



a) NOVELISTAS ESPANOLES
y modernos. Con una introduc-
Eugenio de Ochoa. Paris, Bau-
ben leg. m. p. . . 5000.—



COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO XXXVI.

TESORO

DE

NOVELISTAS ESPAÑOLES.

—

TOMO PRIMERO.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odéon.


Biblioteca Nazionale
NAPOLI
V. E. III



D. DIEGO HURTADO

DE MENDOZA

TESORO

DE

NOVELISTAS ESPAÑOLES

ANTIGUOS Y MODERNOS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTICIAS

DE

DON EUGENIO DE OCHOA.

TOMO PRIMERO.

El Abencerraje, de **Antonio de Villegas.** — El Patrañuelo, de **Juan de Timoneda.** — El Lazarillo de Tormes, y sus fortunas y adversidades, por **D. Diego Hurtado de Mendoza.** — La Picara Justina, por **Fray Andrés Perez.** — Los Tres Maridos Burlados, de **Tirso de Molina.**



PARIS.

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,

3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,

CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847.


Biblioteca Nazionale
NAPOLI
V. E. III

INTRODUCCION.



Rica hasta la profusion en varios ramos de amena literatura, España, fuerza es reconocerlo, es muy pobre en el designado con el nombre genérico de *novela*, ya la consideremos en una ó en otra de las cuatro especies en que generalmente se divide dicho ramo, de novela fantástica, heróica ó caballeresca, novela pastoril, novela histórica y novela de costumbres. No faltará quien véa en esta proposicion una especie de heregía literaria, mas aun, un delito de leso patriotismo, ó cuando menos una prueba de ignorancia. ¡Cómo! dirán (y ya se nos figura que zumban en nuestros oidos sus furiosos clamores), cómo! motejar de pobre en el florido ramo de la literatura novelesca á la nacion madre del gran Cervantes, á la patria de la ingeniosa doña María de Zayas, del dulcísimo Gil Polo, del punzante Quevedo, del fecundo Francisco Santos, etc., etc., etc...! ¿No ha visto por ventura ese procaz las largas hileras de antiguas novelas, forradas de pergamino, que hacen doblarse bajo su peso los estantes de tantas librerías especialmente curiosas por su gran copia de novelas castellanas, como hay en España y otras partes, y señaladamente la de D. Benito Maestre en Madrid, y la de D. Vicente Salvá en Paris? ¿No ha leido siquiera alguno de aquellos largos catálogos que el librero Pedro

de Padilla solia poner al fin de sus reimpresiones de obras viejas, y en que se contienen los títulos de tantas y tantas novelas?

Y sin embargo, nos afirmamos en lo dicho: la literatura española es pobre, pobrísima de novelas, tan pobre que acaso ninguna otra, entre las modernas, lo es mas ni aun tanto, si, como es regular, se atiende á la calidad del género, y no á su cantidad. En efecto muchas novelas tenemos, á lo menos así se llaman, pero malísimas, en tanto grado que las mas se caen de las manos; y aun las que por su castizo lenguage, ó por los versos que intercalados con la prosa contienen alguna vez, ó por tal cual carácter regularmente bosquejado, ó, en fin, por cualquier circunstancia incidental, *tienen mérito* á los ojos de los inteligentes, son á los de la mayoría de los lectores tan soberanamente insípidas, tan inverosímiles en su argumento (cuando alguno tienen, que no es lo comun) y sobre todo tan *pesadas*, como suele decirse, que no hay paciencia que alcance á llevar adelante su lectura mas allá de las diez primeras páginas. Esto, dígase lo que se quiera, es lo general. ¿Necesitamos añadir que hay algunas excepciones? Las hay ciertamente, pero tan raras cual por el corto número de las novelas buenas insertas en esta misma coleccion que ahora damos á luz y que nos atrevemos á intitular *Tesoro* de las mismas, verán los lectores imparciales, y cual se deduce tambien de todas las colecciones de novelas españolas hasta el dia publicadas, que á la verdad no son muchas ni pueden serlo en efecto, atendido lo que dejamos dicho.

No parece sino que el ingenio español, naturalmente claro y fecundo, pero comprimido en todos tiempos por lastimosas trabas, ha reservado toda su afluencia para dos grandes géneros de literatura por los que, cual por dos anchos raudales, se le ve fluir con admirable abundancia y lozanía durante los dos siglos de nuestra preponderancia política y literaria, los siglos XVI y XVII: esos dos géneros, cosa extraña, son cabalmente los mas opuestos entre sí: — la literatura mística, la literatura dramática. En ambas, nuestros ingenios han rayado muy alto, y, sin rebozo podemos decirlo, han llevado la delantera á los de todos los paises modernos. ¿Porqué no ha sucedido lo mismo con ese otro género de literatura, tan aplaudido y general y felizmente cultivado en la actualidad, y que tantos puntos de analogía presenta con el segundo de los dos antecitados?—Porque, en efecto, el drama, si bien se mira, no es mas que una especie de pequeña novela dialogada; ó lo que es lo mismo, la novela, en cierto modo, no es mas que un drama narrado, desleido en uno ó mas volúmenes, y enriquecido por consiguiente con todos los pormenores y todo el desarrollo, digámoslo así, de que,

por su poca extension y por su misma naturaleza no es este susceptible. Varias razones ocurren para ello, pero estas razones mismas necesitan una breve explicacion.

La primera que á cualquiera se le alcanza (y esta explica igualmente porqué en todas las naciones modernas el género novelesco fué tan tardío relativamente á otros de amena literatura) es la escasez, ó mas bien dicho, la falta de modelos en que en este género nos dejó la antigüedad, gran maestra y fuente fecunda de nobles inspiraciones en todo linage de artes de imitacion. La antigüedad clásica ninguna novela propiamente tal nos ha dejado, pues no puede darse este nombre ni á las *Fabulas milesias*, que solo conocemos de oidas, ni á las *Sátiras Varronianas*, aunque compuestas en prosa y verso, añadidas por el poeta Marco Varron á las inventadas por el filósofo Menipo, ni á otras composiciones análogas, que por su poca extension, falta de un plan seguido y suficientemente desarrollado y por otras circunstancias, no llenan ninguna de las condiciones de lo que generalmente entendemos por novela; ni aun creemos que se le pueda dar con propiedad al *Satyricon* de Petronio. Las mas antiguas de que tenemos noticia, sobre estar muy distantes de poderse presentar como modelos, pertenecen á épocas de decadencia. Tales son la *Luciada ó los Metamorfoseos del Asno*, libro licencioso escrito en griego por Lucio de Patras, y la conocida imitacion de esta obra hecha por Apuleyo con el título *el Asno de Oro;* el *Dafnis y Cloe*, de Longo, lectura muy peligrosa para la juventud, que la excelente version de Amyot al francés antiguo ha propagado mas de lo que seria de desear; los *Amores de Teágenes y Cariclea*, ó sea la *Historia etiópica*, de Heliodoro, de la que es una imitacion hecha con miras de competencia, segun confesion de su mismo autor (1), el *Pérsiles y Sigismunda* de Cervantes; tal es tambien el discurso titulado *la Eubéa ó el Cazador*, de Dion Crisóstomo. De nuevo lo diremos: ¡pobres modelos en verdad! pero considérese tambien que no podia ser de otro modo. La novela en prosa es un género de literatura esencialmente moderno, si nos es lícito expresarnos así, un género que no hubiera podido desarrollarse y prosperar sin el auxilio de la imprenta. Esto podrá parecer una paradoja, pero á poco que se reflexione en ello, se verá que es exactísimo. Hablamos de la novela en prosa, téngase presente: nada de lo dicho hasta ahora habla con la novela en verso, ni con el cuento ó conseja, novela tambien en cierto modo, pero muy reducida y que no

(1) Prólogo de las novelas.

llena en verdad la idea que actualmente nos formamos de esta clase de producciones. El cuento, en sentir de los mejores críticos, es tan antiguo como el hombre; por lo menos su orígen se pierde en la noche de los tiempos. La *novela en verso*, lo mismo que el *poema*, con el que tiene aquella tantos puntos de contacto que verdaderamente se confunden, se halla en condiciones totalmente distintas de su hermana prosáica : lo que se diga del poema es aplicable á ella. El poema pudo fácilmente transmitirse á la posteridad por medio de la tradicion oral : el encanto de la armonía, la cadencia del ritmo se prestaban á ello, aun prescindiendo del interés religioso, histórico y aun político anejo á tales producciones segun las comprendian los antiguos; sin este interés hubiera podido pues transmitirse á la posteridad la novela en verso : ¿ mas cómo podia conseguirse igual resultado con la humilde prosa? Y aun hay mas; réstanos explicar porqué tampoco la novela en verso, entendiendo por tal la que se aparta bastante del poema para no confundirse con él, pudo llegar á la posteridad, aun dado que se hubiese conocido y cultivado entre los antiguos, lo que estamos muy distantes de creer. Ese hecho se explica por la falta de *utilidad* del ramo de literatura que nos ocupa. Obsérvese en efecto que, en todas las cosas, por tesis general, solo lo verdaderamente *útil* de algun modo tiene condiciones de vida y duracion, y tantas mas cuanto es la utilidad mayor; y esto, que ahora mismo, como siempre, es cierto, debia serlo *mucho mas*, digámoslo así, ó aparecer con mas evidencia y realce en los tiempos en que eran mas escasos é imperfectos que en el dia los medios materiales de dar vida y sobre todo duracion á los productos del entendimiento. La experiencia, conforme con la teoría, confirma esta verdad. Así vemos que la religion, la historia, las ciencias, la poesía lírica, la tragedia y la comedia tradicionales y escritas de los antiguos han llegado hasta nuestros dias. De la religion como de las ciencias nada diremos, porque no ya su *utilidad*, sino su *necesidad*, es evidente. La historia, por sus grandes enseñanzas; la poesía lírica, por su alta influencia sobre las inteligencias y los afectos, ya ensalce los atributos de la divinidad, ya cante las armonías de la naturaleza, ora inflame el valor de los guerreros, ya celebre las virtudes públicas y privadas de los ciudadanos y por este medio moralice á los pueblos; el drama, por idénticos ó muy análogos motivos, son géneros de literatura conocidamente útiles en la sociedad; no así la novela, á lo menos no así en tan alto grado. Esto basta para explicar su no-existencia en las sociedades antiguas, como en iguales circunstancias la expli-

caria en las sociedades modernas : resta ademas la gran dificultad de su transmision, que ya hemos apuntado. La memoria de los pueblos no podia aceptar cargas inútiles, teniendo ya que sobrellevar tantas otras útiles ó indispensables, cuales eran las tradiciones religiosas y los anales históricos y políticos.

En cierta manera, todo lo dicho es aplicable á los diferentes ramos de la literatura, hasta la época de la invencion de la imprenta : el método de transmision de las ideas, esencialmente lento y costoso, por medio de los copistas manuales, solo bastaba para lo estrictamente necesario; no admitia el lujo, y la novela es un puro lujo en la literatura. Su reinado debia empezar y empezó realmente con la invencion de la imprenta. Ya á los pocos años de verificado este gran paso de la humanidad hácia su tan suspirada cuanto imposible perfeccion, no bastan los ramos de literatura conocidos á satisfacer la insaciable voracidad de las prensas : entonces nace la *novela* bajo la forma de libro de caballerías (1) que debió imprimirle necesariamente la sociedad que le sirvió de cuna; el nuevo producto tomó la forma de la turquesa en que se habia vaciado. De aquella sociedad caballeresca y anárquica son hijos legítimos el *Rey Artus*, *Tristan* y *Lanzarote del Lago* con toda la demas *gran compaña de andantes caballeros* de la Tabla Redonda, cuyos tormentos cuenta Petrarca en su *Triunfo de Amor* (2) y que Dante coloca en su *Infierno*; lo son tambien, mas modernos, Amadís de Gaula y su numerosa progenie de Esplandianes, Tirantes, Palmerines, Belianises, y tantos otros héroes de encrucijada, fantásticos unos, históricos otros, imposibles todos, delicia de nuestros mayores y por nosotros completamente olvidados ó desconocidos.

En la novela de este género, que es la que hemos llamado heróica, fantástica ó caballeresca, somos ricos los Españoles; mas por desgracia este ramo de literatura, cortado en su primer verdor, no llegó á dar sazonados frutos; y como la mano del leñador era hábil y robusta, ni retoñó el ramo, ni retoñará ya nunca probablemente. El libro de caballerías, nacido en un siglo bárbaro, naufragó como tantos otros engendros de la barbarie entre las tinieblas de los tiempos medios. Ya hemos dicho que en este ramo de literatura nuestro

(1) Algunos se escribieron antes de la invencion de la imprenta. Ya en el siglo XII clamaba el docto Pedro Blesense contra Galeoto, autor de *Lanzarote del Lago*, por el pernicioso ejemplo que presentan los amores libertinos de Tristan y la reina Iseo, de Lanzarote y la reina Ginebra; pero hasta el descubrimiento de la imprenta no puede decirse propiamente que existiese este género de literatura.

(2) Traduccion de Hernando de Hoces.

pais es rico. Cuando publiquemos la coleccion que nos ocupamos en recopilar de libros de caballerías, lo verá el lector comprobado con numerosos ejemplos. Los mas y los mejores libros de caballerías son debidos á ingenios peninsulares; el primero de todos, no por su antigüedad, sino por su mérito, es obra de un Portugués, Vasco de Lobeyra: hablamos del *Amadís de Gaula*. Este género de literatura, como tan adecuado á la índole caballeresca y exaltada de nuestra nacion, debia florecer y floreció efectivamente en ella con raro éxito por algun tiempo. En España nos pagamos mucho de todo lo grande, singular y portentoso: las estupendas aventuras de los caballeros andantes eran manjar muy apetitoso para el paladar de nuestros abuelos, y á no haber mediado (oportuna ó inoportunamente, no sabemos cómo) la implacable sátira de Cervantes, cual otra varita del doctor Pedro Recio de Tirteafuera, acaso tambien nosotros nos estaríamos regalando con él.

¿Hizo bien, hizo mal Cervantes en aniquilar la novela fantástica y caballeresca? Segun se considere la cuestion, tal debe ser la respuesta. Considerada en concreto, es decir, con aplicacion solamente á las muestras del género que existian entonces, la afirmativa se cáe por su propio peso: en aquellas muestras, la religion, la moral, el buen gusto y hasta el comun sentido se vén igualmente conculcados; la razon ultrajada reclamaba el fin de tales escándalos, y Cervantes fué el digno ejecutor de tan conveniente sacrificio. Considerada la cuestion en abstracto, bajo un punto de vista general, y sobre todo bajo el aspecto puramente literario, estamos por la negativa. Nosotros creemos que en literatura no hay ningun género *malo* en su esencia, ninguno que por efecto de una necesidad fatal se halle fuera de las leyes eternas de la moral y del buen gusto; creemos que cuando alguno se sale de ellas accidental ó sistemáticamente, la culpa no es del género en sí, sino de los autores que lo manejan. Para nosotros, como para el gran crítico francés,

« Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux, »

y consiguientes á este principio, creemos que no hay género alguno del que no pueda sacar gran partido un talento privilegiado. Véase, sino, la *novela* misma en general. ¿Qué género de literatura ha recibido mas injurias, cual ha sido mas despreciado y escarnecido? ¿De qué *cosa* han hablado con mas insultante desden los eruditos y los moralistas que de la novela? Y sin embargo, muy romo de entendimiento ó muy rutinero ha de ser quien participe todavía sinceramente de esa vulgar preocupacion, el que no respete debida-

mente el género que han cultivado y ennoblecido Cervantes, Le Sage, Fielding, Richardson, M^me^ de Stael, Rousseau, y sobre todo el grande apóstol moderno de este ramo de la literatura, el incomparable sir Walter Scott. Porque es muy de notar la diferencia en este punto entre el célebre novelista escocés y sus predecesores. Walter Scott creó, ó si se quiere acreditó un género, la novela histórica: sus antecesores nada crearon, no formaron escuela, no lograron, presentando seguros modelos, dar carta de naturaleza, digámoslo así, en la república literaria, á un género nuevo, aceptable, bello; unos escribieron novelas heróicas, otros novelas pastoriles, otros novelas de costumbres, pero ninguno de ellos, si se exceptúa á Cervantes (y aun este se halla en una categoría aparte) alcanzó la gloria de constituirse en maestro, apóstol ó fundador del género á que pertenecian sus obras. Lo que sir Walter Scott hizo con la novela histórica en medio del universal aplauso de su nacion y de las extrangeras, otro ingenio igualmente elevado hubiera podido hacerlo con la novela heroica ó libro de caballerías, y la literatura contaria con este género *mas*, con este campo *mas* en el que podrian hacer vistoso alarde de sus esfuerzos las inteligencias ricas y cultivadas: Cervantes, con su *D. Quijote*, imposibilitó ó alejó á lo menos por mucho tiempo la realizacion de esta hermosa quimera. La inmensa copia de *ridículo* que derramó sobre las creaciones caballerescas con su felicísima sátira no solo desacreditó el género, mas retrajo de su cultivo necesariamente á todos los escritores. Este género, pues, murió de muerte violenta, y, como ya hemos dicho, en su infancia infecunda, sin haber dado sazonados frutos. Si era ó no capaz de darlos, es cuestion ociosa y de difícil solucion además. Nuestra opinion está por la afirmativa, pero otras muy respetables disienten de ella. *Rien n'est beau que le vrai*, ha dicho el ilustre legislador moderno del buen gusto; pero en la sana inteligencia de lo que ha de entenderse por *verdadero* en literatura, estriba la dificultad. Entendida materialmente, al pié de la letra, esa proposicion, ciertísima en el fondo, no seria bella la *Iliada*, no seria bella la *Eneida*, no serian bellos el *Aminta* ni el *Telémaco*, porque falsos son estos, falsas son aquellas, tan falsas como las aventuras de Florismarte de Hircania ó del caballero Platir: segun nosotros la entendemos, no se opone á que sea cosa asequible escribir buenos libros de caballerías, con todas las condiciones de tales, es decir, con sus elementos necesarios de gigantes, endriagos y hechicerías; creemos que el ingenio puede dar *verdad*, — verdad literaria por de contado, — á todas estas cosas imposibles. ¿No se la dió Camoens á su gigante Adamastor? ¿No se la dió Lucano á sus brujas de Tesalia? Igual

grado de verdad hubiera impreso la humilde prosa en estas felices creaciones. ¿No es verdadera, no es bellísima la *Dama blanca de Avenel* en el *Monasterio* de Walter Scott? Creemos, pues, que pueden escribirse buenos libros de caballerías, es decir, composiciones de este género que á la mas sana moral y al mas bello lenguage unan todo el interés de una novela de M. Eugenio Sue; pero sea de esta opinion lo que se quiera, es lo cierto que no la confirma ningun ejemplo y que ni en España ni en otra nacion existe un solo libro bueno de caballerías. Unicamente como objeto de curiosidad ó por manera de estudio pueden leerse algunos en el dia; por recreo, no es creible.

Despues de los libros de caballerías, tenemos que considerar, siguiendo el órden de los tiempos, las novelas pastoriles. Tambien en este género somos ricos los Españoles, si atendemos á la cantidad, prescindiendo de la calidad. Hay cosas que todos sienten y que muy pocos se determinan á decir, mas aun, que casi todos niegan obstinadamente, temerosos de pasar por hombres de gusto poco delicado: nada mas comun que afectar que se recibe gran placer con lo que realmente fastidia. Así sucede con las novelas pastoriles que pasan por *buenas*. ¿Hay lectura mas empalagosa, mas insoportable que la de las mejores de entre ellas? No lo creemos. Las *Dianas* de Montemayor y de Gil Polo, la *Galatea* de Cervantes, el *Pastor de Iberia* del canónigo D. Bernardo de la Vega, el *Pastor de Filida* de Luis Gonzalez de Montalvo, son obras muy bien escritas, muy apreciables si se quiere, pero que, francamente hablando, se caen de las manos, la última sobre todo, por mas que haya merecido al erudito D. Gregorio Mayans los honores de una reimpresion (1792). Tampoco aquí nos parece que el mal está en el género, sino en el modo de cultivarle. Aunque menos susceptible de elevacion, novedad y riqueza que el fantástico caballeresco, el género pastoril se presta admirablemente á la pintura de los afectos dulces y delicados, de las escenas risueñas y apacibles propias de la vida del campo, y es acaso el que mas convida á lucir las galas de una locucion encantadora. Nada de esto han hecho nuestros escritores de novelas pastoriles, incluso el gran Cervantes en su *Galatea*, incluso Gil Polo en su *Diana*: costumbres convencionales, pormenores falsos é impertinentes, un sentimentalismo alambicado, un lenguage fluido y castizo seguramente, pero afectado é impropio de los personages que lo emplean, y sobre todo — y esto es lo peor — falta absoluta de interés, he aquí lo que una crítica imparcial notará siempre en esas novelas; y adviértase que citamos las mejores.

Por eso no hemos incluido en nuestra coleccion ninguna novela pastoril. Las bellísimas muestras de lenguage, los dulcísimos trozos de poesía que abundan en ellas, no bastan á compensar su insulsez radical. Nuestros lectores las hubieran recibido con frialdad, porque no interesan, y porque el *interés*, ya lo hemos dicho, no se suple con nada, con nada absolutamente.

Despues de la novela heróica y de la novela pastoril, vienen la novela histórica, de que no poseemos mas que un bello ejemplar (*las Guerras civiles de Granada*), y la novela de costumbres, variedad la mas rica, la mas importante del género novela. El primero de nuestros escritores en esta línea es Cervantes, y el primero tambien entre los de todas las naciones. El *Quijote* es la mejor novela conocida; sobre él está ya dicho todo, y su reconocida excelencia le pone fuera de toda discusion, come le pone tambien fuera de toda comparacion la circunstancia de ser libro único en su especie, á tal punto que hasta se puede dudar si debe calificarse de novela (su mismo autor no le llamó así) ó dársele otro nombre mas *respetable.* Los que desprecian por sistema á la *novela* deben hacerlo así para ser consecuentes consigo mismos. Para nosotros, el *Quijote* no es mas que una novela de costumbres, como el *Gil Blas* ó el *Tom Jones*, una graciosa fábula instructiva y moral desleida en varios tomos; pero todavía parece, esto no obstante, que hay en el *Quijote* algo que le coloca en una esfera superior, bien sea por la elevacion y utilidad práctica de su objeto, ya por la importancia social del mismo y su ambiciosa universalidad (*deshacer la autoridad y cabida que en el* MUNDO *y en el vulgo tienen los libros de caballerias*) (1), ya por las preciosas enseñanzas que contiene, ya tambien por efecto de esa especie de supersticiosa veneracion con que desde la niñez nos acostumbran á mirarle nuestros preceptores, al mismo tiempo que con tanto afan procuran inspirarnos aversion y desden á las *novelas.* Rara contradiccion! no hay muchacho á quien no digan las personas graves que huya de las novelas como de una lectura perniciosa, y apenas hay uno tampoco en nuestro pais que no se suelte á leer de corrido, por consejo de esas mismas personas graves, en el *Quijote*, en una *novela!*

Hemos dicho que el *Quijote* es la primera de todas; ahora añadiremos que en España no poseemos ninguna otra de costumbres completamente buena. Innumerables son las que han dado á luz nuestros escritores del siglo XVII; por las que forman nuestra coleccion, que seguramente son las mejores, juzgará el lector cuan escaso

(1) Prólogo de la parte segunda.

debe ser el mérito de las demás. Lo es en efecto sobre todo encarecimiento. Pobreza de invencion, desaliño en el lenguage, y sobre todo, ausencia de interés, son sus caractéres distintivos y generales. — No se alcanza como podian tener paciencia nuestros mayores para leer tan insulsas y absurdas producciones. En el dia, solo son apreciables algunas de ellas, muy pocas, como pinturas mas ó menos fieles de los tiempos á que pertenecen, y aun bajo este aspecto, poco ó nada añaden á lo que nos enseña nuestro precioso repertorio dramático. En nuestras novelas se observa un fenómeno singular: al mismo tiempo que, á consecuencia de la rígida censura política y religiosa de la época, sus autores nunca remontan el vuelo á altas consideraciones sociales ó filosóficas, ni sacan de estas preciosas fuentes de interés aplicacion alguna á los asuntos imaginarios de que escriben, en una palabra, al mismo tiempo que no tienen libertad para discurrir con independencia y enseñar verdades útiles ó agradables bajo la forma novelesca, tan apta para popularizarlas, la tienen para distinguirse por un exceso de cinismo material y grosero que en nuestros novelistas del dia, con toda su tan decantada inmoralidad, seria intolerable. A primera vista, sorprende este hecho; un poco de reflexion le hace parecer natural y aun necesario. En primer lugar, se deduce precisamente de las costumbres asaz libres de la época, muy distante aun de la cultura y delicadeza actuales: muchas pinturas que ahora nos ofenden eran entonces muy aceptables, como lo son en el dia otras que repugnarán á nuestros nietos, mas cultos y moralizados que nosotros. Es un error manifiesto (así lo creemos firmemente), suponer que las costumbres se van corrompiendo, que la sociedad se va desmoralizando; la sociedad, por el contrario, se moraliza por dias, y en la misma proporcion van perdiendo las costumbres su impureza primitiva. Pero no es esto todo: el análisis de los sentimientos y afectos, la crítica moral, digámoslo así, de los movimientos íntimos del alma, eran entonces, como lo han sido hasta nuestros dias, una ciencia sino desconocida, á lo menos muy poco practicada; ahora bien, sin ese análisis, sin esa crítica, sin copia de ingeniosos estudios psicológicos, sin una diseccion bien hecha del hombre moral, ¿qué es la novela? una entretenida linterna mágica, un kaleidoscopo deslumbrador, un verdadero *tutilimundi* que puede recrear un momento la curiosidad, pero que nada dice al alma ni interesa mas que mientras está delante; aun así, al poco rato fastidia necesariamente á todo el que tenga algo mas de seso que un cadete tonto ó que un bibliófilo que no es mas que bibliófilo. — En este caso estan casi todas nuestras novelas antiguas;



gustan á los que se satisfacen con una larga serie de períodos vacíos, en que se refieren superficialmente estas ó las otras insulsas ocurrencias, verdaderas relaciones de ciego,— y tambien á los bibliófilos que las ponen sobre las niñas de sus ojos, porque son *muy raras*. Otros las aprecian, mania aun mas comun, porque tienen en su lenguage un sabor anticuado, el propio de la época en que se escribieron. ¡Gran mérito por cierto! ¡como si pudieran dejar de tenerle! Reducidos por ignorancia ó por prudencia á no profundizar las materias de sus novelas, á no pasar de la superficie de las cosas, y á relatar secamente, natural era que nuestros autores procurasen reavivar con algun estimulante la amortiguada atencion del lector, animando con algun sainetillo la monótona insulsez de sus relaciones; de aquí ese espolvoreo de situaciones licenciosas, de expresiones equívocas, todo ese cínico baño de sensualismo que advertimos en la mayor parte de las novelas antiguas: así á lo menos lo explicamos nosotros, sin dejar por eso de tomar tambien en cuenta la mayor libertad de costumbres de aquella época, como ya ántes dijimos.

Estas dos circunstancias, consecuencia una de otra, si no nos engañamos, la excesiva licencia del lenguage y la falta de profundidad, ó sea la superficialidad del discurso, forman el carácter distintivo de las novelas antiguas y son las causas esenciales del poco placer que nos ocasiona su lectura. Esos dos rasgos constituyen tambien su diferencia esencial de las novelas modernas buenas. Las novelas del siglo XVII, y nos fijamos en estas porque forman la gran mayoría de las que ya podemos llamar antiguas, son propiamente relaciones de aventúras ó hechos varios que se suceden en el discurso del autor con mas ó menos ilacion y rapidez, pero sin que veamos nunca (ó rarísima vez) á la *accion* desarrollarse por sí misma á nuestra vista, como una consecuencia necesaria del choque de los varios elementos que entran en ella, como un producto natural de las circunstancias reunidas por el ingenio del autor para formarla: no la *vemos* pasar, la *oimos* referir. En tales novelas, por efecto de su escaso artificio, hay muy poco para el entendimiento, menos aun para el corazon. Si algo enseñan es «á »precaverse de las malas artes y seducciones de las mujercillas, »tahures y otra gente *non sancta.*» En esto se cifra toda su moralidad. ¡Campo bien estrecho por cierto! en ellas la gracia degenera frecuentemente en chocarrería, los retratos suelen ser caricaturas; cuando les da por lo serio, son insoportables su pesadez y pedantería.

Este fallo parecerá severo á los que no se hayan tomado el trabajo

de examinar por sí mismos la cuestion y entran en ella con una opinion ya formada por lo que han oido decir; nosotros les rogaríamos que suspendiesen su juicio hasta leer siquiera una docena de novelas, y no de las peores del siglo XVII. Si tienen paciencia para llegar al cabo, seguramente nos darán la razon.

Claro está que lo que decimos no se aplica á las cuatro ó cinco novelas sobresalientes, de una celebridad reconocida, que posée nuestra literatura. Desde luego hay que excluir las novelas de Cervantes, no solo el *Quijote*, su obra maestra, sino tambien las demás. Pasa entre los puristas por la mas perfecta, como modelo de lenguage, el *Pérsiles*, la produccion favorita de su autor, como suelen serlo de todos los padres los últimos hijos habidos en su vejez; pero esta opinion, que se explica en Cervantes, no es sostenible. El lenguage afectadamente sentencioso del *Pérsiles* es sin duda bello y grandilocuente, *sed hic non erat his locus*, pero es altamente ageno de la novela; lejos de presentarlo como modelo, nos parece el mas inoportuno para el caso. De la fábula en sí, nada diremos; le falta interés, y el olvido en que ha caido es justo. En idéntico caso está la *Galatea*; solo por ser de Cervantes, y por el consiguiente mérito de su estilo, se lée en el dia. No es grande el interés que presenta la accion de sus *Novelas ejemplares*; pero las imponderables originalidad y perfeccion de su estilo, la gracia sin igual de su elocucion, la verdad de los caractéres, la admirable variedad de sus incidentes y los innumerables chistes de que estan salpicadas, las constituyen en una de las mas sabrosas lecturas de que es dado disfrutar en nuestra lengua. Nada nuevo, pues, diremos añadiendo que, por todos estos títulos, el gran Cervantes es el príncipe de nuestros novelistas y, en general, de nuestros escritores de costumbres.

Si estuviera probado que el *Gil Blas* es produccion española, seguramente su autor ocuparia el puesto inmediato al de Cervantes; pero no lo está, apesar de las doctas investigaciones de Llorente, y á despecho de las groseras invectivas del P. Isla contra su verdadero autor M. Le Sage. El episodio de las aventuras del escudero Marcos de Obregon, traducido de la novela española de este nombre, y algun otro menos importante, traducido ó imitado de nuestra lengua, no bastan á quitar al conjunto de tan excelente obra el mérito de la originalidad. Despojado de los impertinentes pormenores que hacen tan lenta la marcha de su accion y tan pesada su lectura, el *Guzman de Alfarache*, de Mateo Aleman, sería una bellísima novela de costumbres, tan bella como la primera parte del *Lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza. Por falta de plan y, como

es consiguiente, de ilacion en los sucesos, ó sea de unidad de accion, el *Gran Tacaño* de Quevedo no es mas que una graciosísima caricatura, un mónstruo sin piés ni cabeza, pero que hace reir. ¡ Lástima grande que tantos chistes, tantos felices pormenores y tantas pinturas originalísimas esten malogrados en una composicion tan floja !

Dos novelas de muy distintos géneros, pero muy notables ambas (aunque no sabemos hasta qué punto puede aplicárseles la calificacion de novelas), las *Guerras civiles de Granada*, por Gines Perez de Hita, y la *Celestina* por Fernando de Rojas y un anónimo (Rodrigo Cota segun unos, Juan de Mena en sentir de otros) completan, con las ya citadas, la flor y nata de nuestro repertorio novelesco. ¿ Habremos de incluir en este repertorio al *Conde Lucanor* del sabio infante D. Juan Manuel? Si esta antigua joya de nuestra literatura fuese una novela, sería no solo la mas antigua, sino tambien una de las mejores, por su lenguage, admirable para su tiempo, y por las preciosas máximas de que abunda; pero llamar novela á una obra puramente doctrinal, á una coleccion de ingeniosos ejemplos ó cuentos, si se quiere, muy bien discurridos, pero sin trabazon entre sí, sería abusar singularmente del significado de las palabras. No así la obra de Perez de Hita. Las *Guerras civiles de Granada*, con pretensiones de historia, no son mas que una novela muy entretenida por la variedad de sus incidentes, por la lozanía de su lenguage, la nobleza de sus caractéres y la novedad de las costumbres que describe. Tuvo en su tiempo grandísima celebridad, siendo en efecto, como dice su editor de 1833, « el embeleso de nuestros mayores, que » aprendian de memoria los bellísimos romances que contiene; ha » dado materia y argumento á varias composiciones dramáticas an» tiguas y modernas, y servido de modelo para escribir otras obras » análogas, principalmente á la del caballero Florian, intitulada » *Gonzalo de Córdoba*; » pero no es cierto, como dice poco antes, que « su lectura deleita tanto que quien una vez toma el libro en » sus manos, no puede luego soltarle hasta la conclusion. » — Al contrario, es lectura algo cansada, aunque, en general, muy apacible, sobre todo la primera parte. Mayor interés ofrece, en nuestro concepto, la de la novela dramática *Celestina*, que de buena gana hubiéramos insertado en este primer volúmen, á no figurar ya en otro de esta misma coleccion (primero del *Tesoro del Teatro Español desde su origen hasta nuestros dias*). Es obra de gran mérito, como pintura de costumbres y de caractéres, y tambien por su excelente lenguage.

Ya que hemos tocado el punto de la omision de esta novela

en el *Tesoro* que ahora damos á luz, vamos á explicar otras de algunas producciones que, por lo dicho, debiera esperarse el lector á ver en este ó los siguientes volúmenes. No hemos insertado en ellos ninguna novela de Cervantes, porque estas, como las demás obras del mismo escritor, se han publicado ya todas en la gran *Coleccion de los mejores autores Españoles* de que este *Tesoro* forma parte. Lo mejor del *Gran Tacaño* se halla en el tomo de la misma que comprende las obras selectas en prosa y verso de D. Francisco de Quevedo. El *Guzman de Alfarache* nos ha parecido libro harto generalmente conocido y comun entre los aficionados á la literatura española para reimprimirlo aquí: hemos considerado que el lector recibiria con mas gusto obras menos vulgares y de mérito poco inferior. Si la aceptacion del público nos estimula mas adelante á dar mayor ensanche á esta coleccion, *Guzman de Alfarache* figurará en ella con algunas otras novelas anteriores á Cervantes, tales, par ejemplo, como las de Lope de Vega, hoy tan olvidadas, que la falta de espacio no nos ha permitido insertar aquí (1). Para esa época reservamos tambien un tomo de *libros de caballerias*, y otro de *novelas pastoriles*, pasto para ciertos aficionados, pero no de agrado general para el comun de los lectores. Esta es la razon por que no hemos interpolado nuestra serie de novelas de costumbres con ninguna de esas *especialidades*.

Poco podremos añadir, despues de esta rápida reseña de la literatura novelesca española, acerca de este primer tomo de nuestro *Tesoro*. Todo él, menos los *Tres maridos burlados* de Tirso, se compone de novelas anteriores al *Quijote*, cuya primera edicion es del 1604 (2). De los autores que lo componen, uno solo, Antonio de Villegas, carece de reputacion en la república de las letras; los demas son célebres en ella por distintos conceptos; Hurtado de Mendoza como gran historiador, Tirso, como gran poeta cómico, Timoneda igualmente. De todas estas novelas, la mas notable, en nuestro concepto, es el *Lazarillo de Tormes*, primera parte; hay en ella invencion, mucho chiste y un lenguage bellísimo. La *Pícara*

(1) Por esta razon hemos dejado igualmente de insertar, aunque con la esperanza de publicarlas mas adelante, formando con ellas un nuevo volúmen de este *Tesoro*, la curiosa *Cárcel de Amor*, novela en cartas del género sentimental escrita á mediados del siglo XV por Diego de San Pedro, notable por su excelente lenguage; la *Historia de Aurelio é Isabela*, por Juan de Flores; la *Historia de los amores de Clareo y Florisea*, por Alonso Nuñez de Reinoso; la *Selva de aventuras* por Jerónimo de Contreras y algunas otras.

(2) En su portada se lée la fecha de 1605, que fué cuando se publicó y empezó á expender.

Justina, salvas alguna prolijidad y lo trivial de su argumento, es tambien una buena novela de costumbres, que obtuvo mucho aplauso en su tiempo, y que nadie lée en la actualidad; el género á que pertenece pasó, afortunadamente para el buen gusto.

Reasumiendo lo dicho, resulta que, en nuestro sentir, España, al paso que tiene la gloria de haber producido al autor de la mejor y mas célebre novela conocida, es muy pobre en este género de literatura; que aunque cuenta muchas novelas originales, ninguna de ellas, fuera de las de Cervantes, se deja leer con agrado en el dia despues de lo mucho que han adelantado en este ramo de literatura los modernos Ingleses y Franceses. A los Españoles modernos, fuerza es reconocerlo, nada les debe, nada absolutamente; no hemos hecho mas que seguir muy de lejos las pisadas de los extrangeros. Nuestra literatura novelesca del último siglo, descartadas las innumerables traducciones é imitaciones del francés y del inglés que le dan una apariencia de riqueza, se reasume en el *Eusebio* de Montengon y en el *Fray Gerundio* del P. Isla, libros ambos notables por su estilo y buena composicion, pero insulsos considerados como novelas, en especial el primero. Hasta qué punto aceleramos el paso en la actualidad para acercarnos á nuestros maestros de allende el Pirineo y el canal de la Mancha, lo verá el lector cuando completemos esta coleccion con un volúmen que estamos preparando de las mas celebradas novelas contemporáneas.

EL ABENCERRAJE.

NOVELA HISTÓRICA ESPAÑOLA,

ESCRITA

POR ANTONIO DE VILLEGAS (1).

Dice el cuento que, en tiempo del infante don Fernando, que ganó á Antequera, fué un caballero que se llamó Rodrigo de Narvaez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo; y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria : sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece que cuanto se puede hacer es poco : no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba á morir una vez en toda la vida, le hacian en sus escritos inmortal y le trasladaban á las estrellas. Hizo pues este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que despues de ganada la villa, le hizo alcaide de ella, para que, pues habia sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hízole tambien alcaide de Alora; de suerte que tenia á cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre á la mayor necesidad. Lo mas ordinario residia en Alora, y allí tenia cincuenta escuderos hijosdalgo, á los gages del rey, para la defensa y seguridad de la fuerza : y este número nunca faltaba, como los inmortales del rey Dario, que en muriendo uno ponia otro en su lugar. Tenian todos ellos tanta fé y fuerza en la virtud de su capitan, que ninguna empresa se les hacia difícil; y así no dejaban de ofender á sus enemigos y defenderse de ellos, y en todas las escaramuzas que entraban salian vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacia el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo á todos ellos estas palabras :

(1) Fué este autor natural de Medina del Campo, donde por primera vez (1565, en 4º) se imprimió su única obra conocida: *Inventario de Antonio de Villegas*, que es una coleccion de poesias, entre las cuales se halla esta novelita. Es una de las mas antigues que existen en castellano, y fué, segun se cree, la que dió ocasion á Jorge de Montemayor para escribir la del mismo género que insertó en su *Diana*.

Paréceme, hijosdalgo, señores y hermanos mios, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el contínuo ejercicio de las armas: porque con él se cobra experiencia en las propias, y se pierde miedo á las agenas. Y de esto no hay para que yo traiga testigos de fuera, porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos dias que no hemos hecho cosa, que nuestros nombres acreciente, y seria yo dar mala cuenta de mí y de mi oficio, si teniendo á cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en valde. Paréceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar á entender á nuestros enemigos que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere. Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirian. Y nombrando nueve de ellos, los hizo armar; y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenia, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase á buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividia en dos. El alcaide les dijo: Ya podria ser que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por él uno, yo con estos cuatro me iré por el otro, y si acaso los unos toparen enemigos que no basten á vencer, toque uno su cuerno, y á la señal acudirán los otros en su ayuda. Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno de ellos dijo: Teneos, compañeros, que ó yo me engaño, ó viene gente. Y metiéndose entre una arboleda, que junto al camino se hacia, oyeron ruido; y mirando con mas atencion vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano; él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecia muy bien á caballo. Traia vestida una marlota de carmesí, y un albornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traia el brazo derecho regazado y labrado en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traia una adarga y cimitarra, y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servia de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venia el moro, mostrando gentil continente; y cantando un cantar que él compuso en la dulce membranza de sus amores, que decia:

Nacido en Granada,
Criado en Cartama:
Enamorado en Coin,
Frontero de Alora.

Aunque á la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traia el corazon enamorado, á todo lo que decia daba buena gracia. Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. Él, viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harian. Luego de los cinco escuderos los cuatro se apartaron y el uno le acometió: mas como el moro sabia mas de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto esto de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pare-

ciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos, que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podian con este solo. Allí se vió en gran peligro; porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas fingiendo que huia, puso las piernas á su caballo, y arremetió al escudero que derribára y como una ave se colgó de la silla y le tomó su lanza, con la cual volvió á hacer rostro á sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huia, y dióse tan buena maña que á poco rato tenia de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno, y fué á ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza; porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y á él le iba mas que la vida en defenderse de ellos. A esta hora le dió uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que á no ser el golpe en soslayo, se le pasára todo. Él con rabia de verse herido, volvió por sí, y dióle una lanzada que dió con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Narvaez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traia mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenia á los cuatro en el suelo y el otro casi al mismo punto. Él le dijo: Moro, vente á mí, y si tú me vences yo te aseguro de los demas. Y comenzaron á trabar brava escaramuza; mas como el alcaide venia de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa, que no podia mantenerse; mas viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dió una lanzada á Rodrigo de Narvaez, que á no tomar el golpe en su adarga le hubiera muerto. Él en recibiendo el golpe arremetió á el, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó á brazos, y sacándole de la silla, dió con él en el suelo. Y yendo sobre él le dijo: Caballero, date por vencido, sino matarte he. Matarme bien podrás, dijo el moro, que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció. El alcaide no paró en el misterio con que se decian estas palabras, y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó á levantar, porque de la herida que le dió el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caida quedó quebrantado; y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas; y hecho esto le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora. Y yendo por él adelante hablando en la buena disposicion y valentía del moro, él dió un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía, que ninguno entendió. Rodrigo de Narvaez iba mirando su buen talle y disposicion: acordábase de lo que le vió hacer; y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podia proceder de sola la causa que allí parecia. Y por informarse de él le dijo: Caballero, mirad que el prisionero que en la prision pierde el ánimo aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los mas de sus trances están sujetos á la fortuna, y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé agora tan mala. Si suspirais del do-

lor de las llagas, á lugar vais do sereis bien curado: si os duele la prision, jornadas son de guerra á que están sujetos cuantos la siguen. Y si teneis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijodalgo de hacer, por remediarle, lo que en mí fuere. El moro, levantando el rostro que en el suelo tenia, le dijo: ¿Cómo os llamais, caballero, que tanto sentimiento mostrais de mi mal? Él le dijo: A mí llaman Rodrigo de Narvaez, soy alcaide de Antequera y Alora. El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo: Por cierto agora pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna me fué adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os ví sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y tambien porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros he dos palabras. El alcaide los hizo apartar, y quedando solos, el moro, arrancando un gran sospiro, le dijo: Rodrigo de Narvaez, alcaide tan nombrado de Alora, está atento á lo que te dijere, y verás si bastanlos casos de mi fortuna á derribar un corazon de un hombre cautivo: á mí llaman Abindarraez el mozo, á diferencia de un tio mio hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oido decir; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto.

Hubo en Granada un linage de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino, porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposicion y gran esfuerzo, hacian ventaja á todos los demas; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente comun. En todas las escaramuzas que entraban, salian vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podia bien decir, que en ejercicio de paz y de guerra, eran regla y ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso, ni cobarde, ni de mala disposicion: no se tenia por Abencerraje el que no servia dama, ni se tenia por dama la que no tenia Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna enemiga de su bien, que de esta excelencia cayesen de la manera que oirás. El rey de Granada hizo á dos de estos caballeros, los que mas valian, un notable é injusto agravio, movido de falsa informacion que contra ellos tuvo; y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos, y á su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuracion, siendo verdadera ó falsa, fué descubierta: y por no escandalizar el rey al reino que tanto los amaba, los hizo á todos una noche degollar; porque á dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo á llorarlos: llorábanlos los padres que los engendraron, y las madres que los parieron; llorábanlos las damas á quien servian y los caballeros con quienes se acompañaban; y toda la gente comun alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrára de enemigos; de manera que si á pre-

cio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡ Ves aquí en lo que acabó tan esclarecido linage, tan principales caballeros como en él habia! ¡Considera cuanto tarda la fortuna en subir un hombre y cuan presto le derriba! ¡Cuanto tarda en crecer un árbol, y cuan presto va al fuego! ¡Con cuanta dificultad se edifica una casa, y con cuanta brevedad se quema! ¡Cuántos podrian escarmentar en las cabezas de estos desdichados, pues tan sin culpa padecieron con público pregon, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo rey! Sus casas fueron derribadas: sus heredades enagenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó de este infelice caso que ningun Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre, y un tio mio, que hallaron inocentes de este delito, á condicion que los hijos que les naciesen enviasen á criar fuera de la ciudad, para que no volviesen á ella, y las hijas casasen fuera del reino.

Rodrigo de Narvaez, que estaba mirando con cuanta pasion le contaba su desdicha, le dijo: ¡Por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazon que á los Abencerrajes se hizo fué grande; porque no es de creer que siendo ellos tales cometiesen traicion! Es como yo lo digo, dijo él; y aguardad mas y vereis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprendimos á ser desdichados. Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del rey envióme á Cartama, al alcaide que en ella estaba, con quien tenia estrecha amistad. Este tenia una hija, casi de mi edad, á quien amaba mas que á sí; porque allende de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez, siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos: juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Naciónos de esta conformidad un natural amor, que fué siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdome que entrando una siesta en la huerta, que dicen de los jazmines, la hallé sentada junto á la fuente, componiendo su hermosa cabeza: miréla vencido de su hermosura, y parecióme á Salmacis; y dije entre mí: ¡Oh, quién fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa! ¡No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana! y no aguardando mas fuíme á ella: y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió á recibir, y sentándome junto á sí me dijo: Hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola? Yo la respondí: Señora mia, porque ha gran rato que os busco, y nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazon me lo dijo; mas decidme ahora: ¿qué certenidad teneis vos de que seamos hermanos? Yo, dijo ella, no otra, mas del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos. Y si no lo fuéramos, dije yo, ¿quisiérasme tanto? ¿No vés, dijo ella, que á no serlo, no nos dejára mi padre andar siempre juntos y solos? Pues si ese bien me habian de quitar, dije yo, mas quiero el mal que tengo. Entonces ella, encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo: ¿Y qué pierdes tú en que seamos hermanos? Pierdo á mí y á vos, dije yo. Yo no te entiendo, dijo ella, mas á mí me parece que solo serlo nos obliga á amarnos naturalmente. A mí, sola vuestra hermosura me

obliga, que antes esa hermandad parece que me resfria algunas veces: y con esto bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, víla en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que donde quiera que volvia la cabeza hallaba su imágen, y en mis entrañas la mas verdadera. Y deciame yo á mi mismo: Y (pesárame que alguno me lo oyera) si yo me anegase agora en esta fuente donde veo á mi señora, ¡cuánto mas disculpado moriria yo que Narciso! Y si ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso seria yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida seria la mia! Diciendo esto levantéme, y volviendo las manos á unos jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayan, hice una hermosa guirnalda, y poniéndola sobre mi cabeza me volví á ella coronado y vencido.

Ella puso los ojos en mí (á mi parecer) mas dulcemente que solia, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto mas hermosa que Venus, cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro á mí, me dijo: ¿Qué te parece agora de mí, Abindarraez? Yo la dije: Paréceme que acabais de vencer al mundo, y que os coronan por reina y señora de él. Levantándose, me tomó por la mano y me dijo: Si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada. Yo sin la responder la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuimos creciendo en edad ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo; mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque despues acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se comenzó á dañar, y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que escusar; porque el principio de estos amores fué un gusto y deleite fundado sobre bien; mas despues no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenia mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha á medida de la suya. Todo lo que no via en ella me parecia feo, escusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenia envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecia el corazon. Y de todo esto creo que no me debia nada; porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás.

El rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cartama, envióle á mandar que luego dejase aquella fuerza, y se fuese á Coin (que es aquel lugar frontero del vuestro) y que me dejase á mí en Cartama en poder del alcaide que á ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algun tiempo fuistes enamorado) lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto á llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mia, alma mia, solo bien mio, y otros dulces nombres que el amor me enseñaba: ¿Apartándose vuestra hermo-

sura de mí, terneis alguna vez memoria de este vuestro cautivo? Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo esforzándome para decir mas, malparia algunas razones turbadas, de que no me acuerdo; porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡Pues quien os contase las lástimas que ella hacia, aunque á mí siempre me parecian pocas! Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me suenan en las orejas : y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo : Abindarraez, á mí se me sale el alma en apartándome de tí; y porque siento de tí lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte : tuyo es mi corazon, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda : y en testimonio de esto, llegada á Coin, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, ó por ausencia, ó por indisposicion suya (que ya deseo) yo te avisaré : irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad, ni mi ser lo consentirian; que todo lo demas muchos dias ha que es tuyo. Con esta promesa mi corazon se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometia. Ellos se partieron otro dia, yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol : comencé á sentir su ausencia ásperamente, buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solia poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormia, el jardin do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representacion de mi fatiga. Verdad es que la esperanza que me dió de llamarme, me sostenia, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces de verla alargar tanto, me causaba mayor pena, y holgára que me dejára del todo desesperado; porque la desesperacion fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo. Quiso mi ventura que esta mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome á llamar con una criada suya, de quien se fiaba; porque su padre era partido para Granada llamado del rey para volver luego. Yo resucitado con esta buena nueva, apercibíme; y dejando venir la noche por salir mas secreto, púseme en el hábito que me encontrastes; por mostrar á mi señora el alegría de mi corazon; y por cierto no creyera yo que bastáran cien caballeros juntos á tenerme campo, porque traia mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fué por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi corta suerte, ó la determinacion del cielo, quisieron atajarme tanto bien. Así que considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí, y el mal que tengo. Yo iba de Cartama á Coin breve jornada (aunque el deseo la alargaba mucho) el mas ufano Abencerraje que nunca se vió : iba llamado de mi señora, á ver á mi señora, á gozar de mi señora y á casarme con mi señora. Véome ahora herido, cautivo y vencido; y lo que mas siento que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame pues, cristiano, consolar entre mis suspiros y no los juzgues á flaqueza; pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narvaez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro, y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podria dañar mas que la dilacion, le dijo: Abindarraez, quiero que veas que puede mas mi virtud que tu ruin fortuna: si tú me prometes como caballero de volver á mi prision dentro de tercero dia, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaria de atajarte tan buena empresa. El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar á sus pies, y le dijo: Rodrigo de Narvaez, si vos esto haceis, habreis hecho la mayor gentileza de corazon, que nunca hombre hizo, y á mí me dareis la vida; y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré. El alcaide llamó á sus escuderos, y les dijo: Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate. Ellos dijeron que ordenase á su voluntad: y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo: ¿Vos prometéisme como caballero de volver á mi castillo de Alora á ser mi prisionero dentro de tercero dia? Él le dijo: Sí, prometo. Pues id con la buena ventura, y si para vuestro negocio teneis necesidad de mi persona, ó de otra cosa alguna, tambien se hará. Y diciendo que se lo agradecia, se fué camino de Coin á mucha priesa. Rodrigo Narvaez y sus escuderos se volvieron á Alora, hablando en la valentía y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar á Coin. Yéndose derecho á la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella habia; y deteniéndose allí, comenzó á reconocer el campo, por ver si habia algo de que guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que esta era la señal que le habia dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo: ¿En qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusion? Mi señora ha rato que os espera: apéaos y subireis donde está. Él se apeó, y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo mas paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella que ya habia sentido su venida, con los brazos abiertos le salió á recibir: ambos se abrazaron, sin hablarse palabra, del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo: ¿En qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto? Mi señora, dijo él, vos sabeis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean. Ella le tomó por la mano, y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella habia, le dijo: He querido, Abindarraez, que veais en cual manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque desde el dia que os la dí por prenda de mi corazon, he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir á este mi castillo á ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto, segun entiendo, será muy contra su voluntad, que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor y experiencia de vuestra virtud como yo,

quisiera darme marido mas rico; mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo; y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto. El moro la tomó entre sus brazos, y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacia, la dijo: Señora mia, en pago de tanto bien como me habeis ofrecido, no tengo que daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal que os recibo por mi señora y esposa; y llamando á la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron mas el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son mas para contemplacion que para escritura. Tras esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse del, dió un gran suspiro. La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió á sí, y le dijo: ¿Qué es esto, Abindarraez? Parece que te has entristecido con mi alegria: yo te oigo suspirar revolviendo el cuerpo á todas partes; pues si yo soy todo tu bien y contentamiento como me decias, ¿por quién suspiras? Y si no lo soy, ¿porqué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mí persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas: y si sirves otra dama, dime quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que ó yo moriré ó te libraré del. El Abencerraje corrido de lo que habia hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasion de gran sospecha, con un apasionado suspiro dijo: Señora mia, si yo no os quisiera mas que á mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traia, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas ahora que me obliga á apartarme de vos no tengo fuerzas para sufrirle; y así entendereis que mis suspiros se causan mas de sobra de lealtad que de falta della: y porque no esteis mas suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa. Luego le contó todo lo que habia sucedido; y al cabo la dijo: De suerte, señora, que vuestro cautivo lo es tambien del alcaide de Alora: yo no siento la pena de la prision, que vos enseñasteis mi corazon á sufrir; mas vivir sin vos tendria por la misma muerte. La dama con buen semblante le dijo: No te congojes, Abindarraez, que yo tomo el remedio de tu rescate á mi cargo; porque á mí me cumple mas: yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver á la prision, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de las riquezas de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: enviad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narvaez es buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga ahora á usar de mayor virtud: yo creo que se contentará con esto, pues teniéndoos en su poder ha de hacer lo mismo. El Abencerraje la respondió: ¡Bien parece, señora mia, que lo mucho que me quereis no os deja que me aconsejeis bien! Por cierto no caeré yo en tan gran yerro! porque si, cuando venia á verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado á cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se me ha doblado la obligacion. Yo volveré á Alora y me

porné en las manos del alcaide de ella, y tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere. Pues nunca Dios quiera, dijo Jarifa, que yendo vos á ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado á mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa. El moro llorando de contentamiento la abrazó y le dijo: Siempre vais, señora mia, acrecentándome las mercedes: hágase lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo. Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro dia de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo: la dama le preguntó donde iba: él la dijo: Voy á Alora á negocios que tengo con el alcaide de ella, que es el mas honrado y virtuoso caballero que yo jamás ví. Jarifa se holgó mucho de oir esto; pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que tambien la hallarian ellos, que tan necesitados estaban della. Y volviendo al caminante, le dijo: Decid, hermano, ¿sabeis vos de ese caballero alguna cosa que haya hecho notable? Muchas sé, dijo él, mas contaros he una por donde entendereis todas las demas. Este caballero fué primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocia el valor de este caballero, amaba á su marido tanto, que hacia poco caso de él. Aconteció así, que un dia de verano acabando de comer, ella y su marido se bajaron á una huerta que tenian dentro de casa; y él llevaba un gavilan en la mano, y lanzándole á unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse á acoger á una zarza; y el gavilan, como astuto, tirando el cuerpo á fuera, metió la mano, y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió á la dama, y la dijo: ¿Qué os parece, señora, de la astucia con que el gavilan encerró los pájaros y los mató? Pues hagoos saber, que cuando el alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata. Ella, fingiendo no le conocer, le preguntó quién era.

Es el mas valiente y virtuoso caballero, que yo hasta hoy ví: y comenzó hablar del muy altamente, tanto que á la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo: ¡Pues cómo, los hombres están enamorados de este caballero, y que no lo esté yo de él, estándolo él de mí! Por cierto yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho. Otro dia adelante se ofreció que el marido fué fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle á llamar con una criada suya. Rodrigo de Narvaez estuvo en poco de tornarse loco de placer; aunque no dió crédito á ello acordándose de la aspereza con que siempre le habia tratado; mas con todo eso, á la hora concertada, muy á recaudo, fué á ver la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que habia hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir á aquel de quien tanto tiempo habia sido requerida. Pensaba tambien en la fama que descubre todas las cosas: temia la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla mas; y pasando por todos ellos

le recibió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin de ellas le dijo: Señor Rodrigo de Narvaez, yo soy vuestra de aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcais á mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas ó verdaderas, os aprovecháran poco conmigo; mas agradecedlo á mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy. Tras esto le contó cuanto con su marido habia pasado, y al cabo le dijo: Y cierto, señor, vos debeis á mi marido mas que él á vos. Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narvaez, que le causaron confusion y arrepentimiento del mal que hacia á quien de él decia tantos bienes; y apartándose afuera, dijo: Por cierto, señora, yo os quiero mucho, y os querré de aquí adelante; mas nunca Dios quiera que á hombre que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; ántes de hoy mas he de procurar la honra de vuestro marido, como la mia propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo: y sin aguardar mas, se volvió por donde habia venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, á mi parecer, usó de gran virtud y valentía; pues venció su misma voluntad. El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; y alabándole mucho, él dijo, que nunca mayor virtud habia visto de hombre. Ella respondió: Por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso; mas él debia estar poco enamorado, pues tan presto se salió á fuera; y pudo mas con él la honra del marido, que la hermosura de la mujer: y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras. Luego llegaron á la fortaleza, y llamando á la puerta, fué abierta por los guardas, que ya tenian noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo á llamar al alcaide, le dijo: Señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama. Al alcaide le dió el corazon lo que podia ser, y bajó á bajo. El Abencerraje, tomando á su esposa de la mano, se fué á él y le dijo: Rodrigo de Narvaez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso, y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos: vés aquí mi señora: juzga si he padecido con justa causa; recíbenos por tuyos, que yo fio mi señora y mi honra de tí. Rodrigo de Narvaez holgó mucho de verlos, y dijo á la dama: Yo no sé cual de vosotros debe mas al otro: mas yo debo mucho á los dos. Entrad y reposareis en esta vuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño. Y con esto se fueron á un aposento que les estaba aparejado; y de ahí á poco comieron, porque venian cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje: ¿Señor, qué tal venis de las heridas? Paréceme, señor, que con el camino las traigo enconadas, y con algun dolor. La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo: ¿Qué es esto, señor? ¿heridas teneis vos de que yo no sepa? Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras: verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas; y el camino y no haberme curado me habrán hecho algun daño. Bien será, dijo el alcaide, que os acosteis, y verná un zurujano que hay en el castillo. Luego la hermosa Jarifa le comenzó á desnudar con grande alteracion, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era

nada, y con ungüento que le puso le quitó el dolor; y de ahí á tres dias estuvo sano. Un dia acaeció que acabando de comer el Abencerraje, dijo estas palabras: Rodrigo de Narvaez, segun eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demas: yo tengo esperanza que este negocio que está tan dañado se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa: no quiso quedar en Coin, de miedo de haber ofendido á su padre; todavía se teme de este caso: bien sé que por tu virtud te ama el rey, aunque eres cristiano; suplícote alcances de él que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino. El alcaide les dijo: Consolaos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere, y tomando tinta y papel, escribió una carta al rey, que decia así:

Carta de Rodrigo de Narvaez, alcaide de Alora, para el rey de Granada.

«Muy alto y muy poderoso rey de Granada. Rodrigo de Narvaez, al-
» caide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos, y digo así: Que el
» Abencerraje Abindarraez el mozo, que nació en Granada, y se crió
» en Cartama en poder del alcaide de ella, se enamoró de la hermosa
» Jarifa, su hija: despues tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste á
» Coin: los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí; y
» llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo á su for-
» taleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con
» él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero: y
» contándome su caso, apiadándome de él, le hice libre por dos dias. Él
» se fué á ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad
» y ganó el amiga. Viendo ella que el Abencerraje volvia á mi prision se
» vino con él; y así están agora los dos en mi poder. Suplícote que no
» te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que este y su padre
» fueron sin culpa en la conjuracion que contra tu real persona se hizo;
» y en testimonio de ello viven. Suplico á tu real alteza, que el remedio
» de estos tristes se reparta entre tí y mí: yo les perdonaré el rescate y
» los soltaré graciosamente: solo harás tú que el padre della los perdone
» y reciba en su gracia; y en esto cumplirás con tu grandeza, y harás
» lo que de ella siempre esperé.»

Escrita la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el rey, se la dió: el cual sabiendo cuya era se holgó mucho, que á este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coin, que allí estaba, y llamándole aparte, le dijo: Lee esta carta que es del alcaide de Alora: y leyéndola recibió grande alteracion. El rey le dijo: No te congojes, aunque tengas por qué; sábete que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego á Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los lleves á tu casa, que en pago de este servicio, á ellos y á tí haré siempre merced. El moro lo sintió en el alma: mas

viendo que no podia pasar el mandato del rey, volvió de buen continente y dijo: que así lo haria como su alteza lo mandaba: y luego se partió á Alora donde ya sabian del escudero todo lo que habia pasado, y fué de todos recibido con mucho regocijo y alegría. El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza, y le besaron las manos. Él los recibió muy bien, y les dijo: No se trate aquí de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demas vos, hija, escojistes mejor marido que yo os pudiera dar. El alcaide todos aquellos dias les hacia muchas fiestas; y una noche acabando de cenar en un jardin, les dijo: Yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido á tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer mas contento; y así digo, que solo la honra de haberos tenido por mis prisioneros, quiero por rescate de la prision. De hoy mas, vos, señor Abindarraez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisiéredes. Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacia, y otro dia por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino. Estando ya en Coin gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habian deseado, el padre les dijo: Hijos, agora que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostreis el agradecimiento que á Rodrigo de Narvaez se debe, por la buena obra que os hizo: que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate, antes le merece muy mayor: yo os quiero dar seis mil doblas zahenes, enviádselas, y tenedle de aquí adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes. Abindarraez le besó las manos; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al alcaide de Alora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje Abindarraez al alcaide de Alora.

« Si piensas, Rodrigo de Narvaez, que con darme libertad en tu castillo
» para venirme al mio, me dejaste libre, engáñaste; que cuando liber-
» taste mi cuerpo prendiste mi corazon. Las buenas obras prisiones son
» de los nobles corazones: y si tú por alcanzar honra y fama acostum-
» bras hacer bien á los que podrias destruir, yo por parecer á aquellos
» donde vengo, y no degenerar de alta sangre de los Abencerrajes, antes
» coger y meter en mis venas toda la que de ellos se virtió, estoy obli-
» gado á agradecerlo y servirlo: recibirás en ese breve presente la vo-
» luntad de quien le envia, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan
» limpia y leal, que me contento yo de ella. »

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente; y recibiendo de él los caballos, lanzas y adargas, escribió á Jarifa así:

Carta del alcaide de Alora á la hermosa Jarifa.

« Hermosa Jarifa, no ha querido Abindarraez dejarme gozar del ver-
» dadero triunfo de su prision, que consiste en perdonar y hacer bien;
» y como á mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan gene-
» rosa, ni tan digna de capitan español, quisiera gozarla toda y labrar

» de ella una estátua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y
» armas recibo yo, para ayudarle á defender de sus enemigos; y si en
» enviarme el oro se mostró caballero generoso, en recibirlo yo pare-
» ciera cobdicioso mercader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced
» que me hicistes en serviros de mí en mi castillo: y tambien, señora,
» yo no acostumbro á robar damas, sino servirlas y honrarlas.»

Y con esto les volvió á enviar las doblas. Jarifa las recibió y dijo: Quien pensare vencer á Rodrigo de Narvaez en armas y cortesía, pensará mal.

Desta manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos, y trabados con estrecha amistad, que les duró toda la vida.

EL PATRAÑUELO,

DE

JUAN DE TIMONEDA (1).

PRÓLOGO AL LECTOR.

Amigo lector, este libro de patrañas, ó novelas, sale nuevamente á la vergüenza: harto trabajo lleva consigo en enseñarse á la tuna; pues yo he corrido bastante, y he salido bien medrado; ya le he advertido, que Dios le libre de tropezar con algunos Narcisos censores, ó con mujeres críticas; pues quisiera yo estar de la mejor cien leguas: trátale con benignidad, pues como pequeño (aunque grande en su diversion) es vergonzoso; y te aseguro podia sacar la segunda parte con las tragedias que he pasado para dar á luz esta pequeña obra, pues ha habido sujeto que ha trabajado en su encuadernacion, que le ha sido preciso vender las calcetas de su mujer para comer aquel dia: y yo por la noche fui á cenar á su casa, y hallé á su mujer sin luz, la cual recibió alegría de que me oyó, ya que verme no pudo, por estar á oscuras, y la inocente se presumió que iba á llevarles dineros, lo que en mí era contrabando; y de que la dije á el fin que iba, se quedó tan desmayada, que la juzgué en el último exterminio de su vida, segun lo demostraba lo macilento de su rostro.

Discurre, lector mio, en que apuro me veria, cuando, sin tocarme nada de eclesiástico, me fué preciso fingir en aquella urgencia ser el mayor de los agonizantes, y fué tal mi eficacia que conseguí su alivio, y á breve tiempo llegó su consorte, y sin haber entendido lo antecedente, se explicó así:

Ya puedes, esposa mia, por esta noche llamarte feliz, pues para tu consuelo te traigo ocho onzas de pan, y otras tantas de ciruelas, y gracias á Dios porque lo he adquirido, que á no haberme ocupado mi señora doña Petronila para que pasase á empeñarle las chinelas doradas para chocolate, lo pasáramos mal este noche. (¡Qué consuelo para el que iba con ansia de recibir!) En fin, se dispuso poner la mesa, y á mí, como privilegiado, me franquearon dos ciruelas, y el pan correspondiente, y aunque fueron cinco los acreedores, todos participaron: yo quedé tan pleno aquella noche, que entendí fuese la última de mi vida, segun la decadencia que experimenté. A este tiempo llegó cierto químico, algo experto en este arte, llamado don Celedonio Ponce Trementina, hidalgo á cuatro vientos, caballero urraca, y tomándome el pulso, conjeturó ser mi accidente apoplético, en lo que contesté, sin embargo de haber pasado dos meses de ayuno, lo que no hice en la cuaresma.

Al mismo tiempo fui tan estimado del casero, pues hubo dia que me hizo siete visi-

(1) Valenciano: pueden verse sus noticias biográficas en el tomo primero de nuestro *Tesoro del teatro español*. Este libro se publicó por primera vez, en Alcalá, 1576, 8° gótico. Se conoce tambien bajo este título: *El discreto tertuliante*.

tas por doscientos reales que le debia, los que le pagué en buena moneda, la mitad en dineros de ferias, y la otra mitad en cuartos de luna, que para mí eran los siete dolores. En fin, hicieron junta de médicos él, y otros agresores, y no dieron esperanzas de mi vida, y despues que me ví sin sus visitas conocí grande mejoría; aunque discurro que muchos, cuando pasen los ojos por este prólogo, dirán entre sí: lo mismo me sucede á mí. Y así, amigo lector, siquiera por los trabajos que he pasado en sacarte á luz este pequeño libro, te suplico perdones las faltas; y si te gustase esta primera parte, sacaré á luz la segunda, y algunos libros divertidos.

PATRAÑA PRIMERA.

Argentina y Tolomeo,
Los dos por la penitencia
Vinieron á conocencia
No haber hecho caso feo.

En la ciudad de Alejandría, habitaban dos prósperos y ricos mercaderes, casados muy á su contento; el uno llamado Cosme Alejandrino, y el otro Marco César, los cuales con sus tratos y mercancías hacian compañía; y habitaban en una propia casa. Quiso su buena suerte y ventura que en un tiempo y sazon engendrasen sus mujeres, y pariesen en un mismo dia dos hijos, los mas hermosos y agraciados que formar pudo naturaleza. Por lo cual, confidentes con la buena amistad que se tenian, quisieron que se llamasen los dos Tolomeos, de un solo nombre; aunque de allí á pocos dias las madres murieron, respecto que tuvieron los partos trabajosos y mortales; bien que cuando esto aconteció á Cosme Alejandrino, tenia una hija dicha Argentina, que en su casa un ama se la destetaba. Los honrados viudos, ya despues de haber hecho sus honras en el entierro de sus mujeres, platicando á quien podrian dar á criar sus hijos, habiendo el ama sentimiento de ello, que Pantana se decia, por importunacion de su marido Blas Carretero, de improviso arrodillada delante de sus presencias, hizo la siguiente peticion:

Lastimados y señores mios, tanto con aquella humildad que prestalles debo y puedo, cuanto por la voluntad que á mis señoras y mujeres suyas, que en gloria sean, he tenido, y sobre todo el amor que de nuevo he tomado, por empezar á darles la destilada leche de mis pechos á sus dos hijos únicos amados Tolomeos, suplico cuan encarecidamente posible sea, que me los den á mí á criar tan solamente, si servidos fueren, porque ya sabe aquí el señor Cosme Alejandrino, con cuanta diligencia y solicitud he criado en casa á Argentina hija suya, que de leche necesidad para el presente no tiene; sino yo de esta señalada merced, que á los dos juntamente pido.

En verla tan humilde, y cuan bien manifestaban las lágrimas que destilaban por sus ojos el entrañable amor que en su corazon estaba oculto, tomáronla entrambos á dos por los brazos, y alzándola de tierra, tomando la mano Cosme Alejandrino, dijo lo siguiente: Ama y señora nuestra, que así conviene para el presente que os llamemos, viendo vuestra buena

determinacion, y considerando los muchos servicios que de vos, y de vuestro marido en esta casa recibimos cada dia, de parte del señor Marco Cesar, y mia, digo, que soy contento si él por bien lo tuviere. Respondió Marco Cesar: Sí, señor, y satisfecho; así, señora ama, criadlos como de vos se confia.

Pues como el ama los criase, eran tan semejantes en estatura y gesto, que sino el ama, nadie sabia determinarse de presto cual su hijo fuese. Por lo cual, siendo grandecillos, tuvieron necesidad de diferenciarlos de vestidos.

En este discurso de tiempo el Marco Cesar, viniendo á menos, él, y Cosme Alejandrino, deshicieron la compañía, y determinándose de ir el Marco Cesar á vivir en Aténas, pidiendo su hijo, el ama por el amor que á los niños tenia usó de esta maña, y fué, que mudando los vestidos, trastrocó los hijos, y dió á cada cual padre el que no era su hijo, á respecto que Cosme Alejandrino cuando viniese á saber (siendo grande) que no era su hijo aquel, no dejaria, por haberle tenido en aquella reputacion y cuenta, hacerle algun bien, y á su hijo mucho mas.

Pero como las mujeres sean tan frágiles, el ama, que Pantana se decia, ya que destetado hubo á Tolomeo, por tener el marido viejo rencilloso, y conceder á los lisonjeados requiebros de cierto mancebo, y puesto el amor que tenia á la casa de Cosme Alejandrino, se fué con el dicho mancebo, tomando lo mejor que pudo, y siendo á una jornada de la ciudad, á la falda de la sierra de Armenia, la robó el mancebo que la llevaba. Y viéndose sola, sabiendo que en la cumbre del monte habia una ermita, y necesidad de ermitaño para ella, cortóse de la saya que llevaba un hábito mal cortado, y peor cosido, y llamándose Fray Guillermo, se puso en ella, y por su buena condicion y vida, la tenian en gran reputacion por todos aquellos lugarejos.

Siendo ya de edad proporcionada Argentina, y Tolomeo, por la mucha familiaridad y conversacion que se tuvieron, sin tener respeto al deudo que ellos pensaban tener, se ayuntaron los dos, del cual ayuntamiento se hizo ella preñada.

En esta coyuntura Marco Cesar vino de Aténas con gran cantidad de dineros, que en sus tratos y mercaderías habia ganado, para pagar á todos sus deudores, y trajo consijo á Tolomeo, el cual pensaba que su hijo fuese, y visitándose él, y Cosme Alejandrino, trataron casamiento de Argentina con Tolomeo Ateniense, que así se llamaba por haberse criado en Aténas. Los padres contentos, y dadas las manos, suplicó Marco Cesar á Cosme Alejandrino, que estuviese el negocio secreto entretanto que volviese de cierto camino, que habia de hacer.

Pues como Argentina en este entretenimiento se viese preñada y desposada, dando parte de ello á su muy querido Tolomeo, hallóse el triste mancebo tan atribulado, que no tuvo otro remedio, sino irse aborrecidamente de casa de Cosme Alejandrino, dejando encomendada Argentina á una parienta suya, en que en ser nacida la criatura, secretamente le diese recaudo, y él como culpado, que se pensaba ser por haberse ayuntado con su hermana, no lo siendo, se fué á las sierras de Arme-

nía, para aconsejarse con Fray Guillermo, y recibir la penitencia de su mano, el cual como ama que le habia sido, y por la confesion que hizo, luego le conoció, y disimuladamente le dió una sutil penitencia, dándole acogimiento en su ermita.

Viniendo á parir la congojada y triste Argentina, sin tener nadie sentimiento, no fué tan secreta en este negocio, que al sacar la criatura una moza de casa, la hubo de sentir Cosme Alejandrino, y por allí vino á saber de quien, y cómo se habia engendrado: el cual airado de semejante caso, mandó á Blas Carretero, un criado de quien mucho se fiaba, que vista la presente tomase aquel niño, y le echase en el rio de Armenia: sabido por Argentina, su madre, el cruelísimo mandado de su padre Cosme Alejandrino, por ruegos y promesas que hizo á Blas Carretero, lo indució que le echase en las sierras de Armenia, con cierto joyel que le puso al cruello.

Echado el niño, hallóle Fray Guillermo entre unas matas, el cual llevó á su ermita, y á ciertos pastores, con leche de ovejas y cabras, mandó que lo criasen.

Argentina, alcanzando á saber al cabo de dias que su amado Tolomeo hacia penitencia en las sierras de Armenia, se fué derecha allá escondida y secretamente, y venida á los pies de Fray Guillermo, conocido la inocencia de su pecado, y de como, por las señas que ella dió, que el niño que se criaba era su hijo, se dió á Tolomeo y á ella á conocer, dándoles clara y distinta razon como no eran hermanos, ni por tal se tuviesen, y que el hijo suyo ella lo tenia bien guardado, y que diesen á Dios gracias de todo, pues en tan buen puerto habian aportado, y que les suplicaba de su parte, que se fuesen juntamente con ella á casa de Cosme Alejandrino, porque sabiendo el caso como pasaba, no dejaria de tener por bien que se efectuase el matrimonio de los dos, y haber todos cumplido perdon; y entónces aderezaron su partida.

Como Marco Cesar viniese á pedir la palabra á Cosme Alejandrino, que le diese á Argentina por muger de su hijo Tolomeo Ateniense, y no la hallase, era tanta la contienda de los dos, que no habia quien los averiguase: en esto llegó Fray Guillermo diciendo: Paz, paz, honrados señores, y Dios sea con ellos; sosieguen, y óiganme por caridad, si son servidos, que podrá ser que yo sea el remedio con que se atajen sus tan travadas y marañadas pendencias. Callando todos mandáronle que prosiguiese, el cual dijo así: Señor Cosme Alejandrino, tu hija Argentina, y Tolomeo, bajo de mi poder y dominio estan, y el niño que mandastes echar en el rio tambien: no te fatigues, que sin perjuicio de tu honra, ni ofensa de Dios, pueden ser casados, porque Tolomeo, el que piensas que es tu hijo, no lo es, sino aquí de Marco Cesar, y el de Marco Cesar es el tuyo; y porque crédito me des, y tú quedes satisfecho de lo propuesto, has de saber que yo soy Pantana, mujer de Blas Carretero, que tuve por bien de trastocaros de hijos al tiempo que deshicísteis la compañía, porque los niños, siendo tú próspero, fuesen bien librados; y si de esto que hice te parece que merezco culpa, te suplico que me perdones; y asimismo me lo alcances de mi marido. Concediéndoselo, y venidos Argentina y Tolo-

meo en su presencia, fueron muy bien recibidos, y los padres muy contentos y alegres que fuesen casados; y así se hicieron las bodas muy solemnes y regocijadas, como á sus estados y honra pertenecia.

De este cuento pasado hay hecha comedia que llamaban *Tolomea*.

PATRAÑA SEGUNDA.

Por su bondad Griselida
Fué marquesa obedecida,
Al momento le cumplia
Con paciencia no fingida.

En los confines de Italia hácia el poniente, region harto deleitable, y poblada de villas y lugares, habitaba un excelente y famosísimo marques, que se decia Valtero, hombre de gentil y agradable disposicion, y de grandes fuerzas, puesto en la flor de su mocedad, no menos noble en virtudes que en linage. Era finalmente en todo muy acabado, salvo que contentándose con solo lo presente, era en extremo descuidado en mirar por lo venidero; tanto que toda su ocupacion era correr montes, volar aves, que todo lo demás parecia tener puesto en olvido; y lo que sobre esto sentian sus vasallos, era que no curaba de casarse, ni queria que le hablasen en ello: disimularon algun tiempo estas cosas, pero al fin, habiendo su acuerdo, vinieron en presencia de él, y uno que parecia tener mas autoridad, y era mas privado suyo, en nombre de todos le dijo:

Vuestra humanidad, excelente señor, nos da osadía, para que cada cual de nosotros en particular, cuanto el caso requiere, os pueda muy abiertamente declarar su intencion. Así que ella misma me da á mí al presente atrevimiento para declararos las voluntades secretas de estos vuestros y obedientes vasallos: no porque yo sea para esto mas hábil, ni tenga mayor autoridad, sino la que vos, señor, con vuestras grandes mercedes me habeis querido dar. Como quiera, pues, señor, que todas vuestras cosas sean de tanto valor, y á todos nos parezcan bien, que nos tenemos por dichosos en ser vasallos de tal señor; sola una cosa nos queda, la cual si teneis por bien concedernos, seremos sin duda los mas bien afortunados hombres que hallar se pudieren en nuestros tiempos; y es, que, señor, querais casaros, y poner bajo del yugo matrimonial. Por tanto, señor, vos suplicamos admitais nuestros ruegos, así cual nosotros estamos prontos á vuestros mandamientos; sacadnos, señor, de este tan grande cuidado, porque si de vuestra vida ordena Dios otra cosa, no la finaliceis sin heredero, y nosotros sin el señor que de tan buen linage deseamos.

Movióse el ánimo del marques con estos ruegos, y dijo: Forzáisme, amigo, á pensar en cosa muy agena de mi pensamiento, porque holgaba vivir con entera libertad, la cual en los casados es muy rara; pero yo quiero someterme á vuestras voluntades, con tal condicion que vosotros

me prometais y guardeis una cosa, y es: que la que yo escogiere por mi muger, sea quien fuere, con toda honra y reverencia la sirvais, y que de mi eleccion en esta parte ninguno de vosotros en algun tiempo contienda ó se queje; basteos que se conceda vuestra peticion en casarme. Con mucho gozo y concordia prometieron los vasallos de hacer lo que el marques les prometió, como hombres que apenas podian creer que habian de ver el deseado dia de estas bodas; las cuales él les declaró para dia cierto, porque se aparejasen á solemnizarlas con mucha magnificencia: para lo cual ellos se ofrecieron de muy amorosa gana, y así se despidieron del marques con gran contentamiento.

Idos, el marques, como al punto que hablaron sus vasallos del casamiento, le pasó por la memoria de los servicios, y bondad, y gentileza de Griselida, sábia graciosa pastora, que por diversas veces, yendo á caza, habia recibido, siendo hospedado en la casa de su padre Ianicola, rico cabañero, determinó que Griselida fuese su mujer, y por eso les señaló el dia de las bodas, y por el consiguiente á todos los criados y servidores de su casa.

Griselida, no léjos de la ciudad adonde el marques tenia sus palacios, residia con su padre Ianicola, en un lugarejo de pocos y pobres moradores, con gran copia de ganados, que con la industria y sagacidad de ella eran regidos y gobernados, harto hermosa, y de buen parecer, cuanto á la disposicion y presencia: pero en la verdad en hermosura de ánimo, y noble crianza, tan excelente hembra era, que ninguna de aquel tiempo igualar no se le podia, y como era criada á todo trabajo, ignoraba su pernicioso deleite, que no se asentaba en su pecho pensamiento de regalo, antes un grave y varonil corazon publicaba en defension de su honestidad, y mantenimiento de sus mansas y queridas ovejuelas: era cosa de notar el grandísimo amor con que regalaba y servia á su viejo padre. Y á causa que cerca de este pobre lugar habia un fertilísimo monte de abundante caza, de este marques solia ser visitada por diversas veces, y de ella con mucha sagacidad servido; y como á su noticia viniese, que el marques habia señalado el dia de las bodas, sin nadie saber quien habia de ser tan dichosa y bienafortunada marquesa, rogóle al padre, que para aquel dia la llevase á la ciudad, para que conocerla pudiese, y en regocijo de tan solemnes fiestas del marques alguna merced alcanzase, en recompensa de los pobres y bajos servicios, la cual peticion el padre se la concedió.

En este medio hacia el marques aparejar con gran diligencia anillos, piedras preciosas, joyas, y ropas, y todo lo demás que para tal caso convenia; la cual ropa hacía cortar á medida de una criada de su casa, semejante en estatura y complicion de Griselida. Venido ya aquel dia tan deseado, en que se habian de celebrar las bodas, acudieron á palacio muchos caballeros y damas, ricamente vestidos, y en no saber quien seria la novia, todos estaban suspensos y maravillados. Viendo el marques la caballería juntada, y los ministriles á punto, diciendo que querian salir á recibir á su esposa, cabalgó llamando media docena de los mas privados caballeros suyos, y fuése derechamente á casa de Ianicola, el

cual halló que salia con su hija para venir á la ciudad; y tomándole por la mano le apartó muy en secreto, y le dijo: Ianicola, ya sé que me quieres bien; yo conozco que eres hombre leal, y pienso tendrás por bueno lo que á mi me place. Una cosa en particular querria saber de tí, si como soy tu señor querrás darme á tu hija por mujer. Maravillado el viejo de cosa tan nueva, estuvo un poco sin poder responder; pero al fin cuando el miedo le dejó abrir la boca, dijo: Señor, ninguna cosa debo yo querer ó no querer sino lo que vos teneis por bien, viendo que sois mi señor. En esto le dijo el marques: Entremos yo y tú solos con tu hija Griselida en tu casa, porque en presencia tuya tengo necesidad de hacelle ciertas preguntas. Entrados, pues, en casa, quedando los seis caballeros fuera, enderezó amorosamente su plática á Griselida el marques, diciendo: Virtuosa y dichosa doncella, tu padre, y yo por el consiguiente, somos contentos que seas mi mujer, creo que no querrás contradecirnos; pero yo quiero saber de tí una cosa, y es, que cuando nuestro casamiento fuere concluido (el cual será luego placiendo á Dios) me desengañes si estás pronta para hacer de buena gana todo cuanto yo te mandare, de suerte que nunca vengas contra mi voluntad, y pueda hacer de tí lo que bien me pareciere, sin que por ello conozca en tu cara tristeza, ó en tus palabras contradiccion alguna.

Respondió la considerada doncella, temblando de vergüenza, y de la sobrada alegría que en su corazon habia concebido: Señor mio, bien sé que este tan alto favor es mucho mayor que mi merecimiento; pero si vuestravoluntad y mi dicha es tal, no digo hacer cosa contra su parecer, pero ni pensarla en mi pensamiento; ni aun de cuanto vos hiciéredes contradeciros, si pensase recibir mil muertes por ello. Oido esto, el marques dijo: Baste eso, tal se confia de vos, doncella; y tomándola por la mano, la sacó delante sus caballeros, diciendo: Amigos, esta es (aunque con bastos vestidos compuesta) mi mujer y señora vuestra; servidla, y amadla. Entónces los caballeros, con las gorras en las manos, se arrodillaron delante de ella, besándole las manos con gran cortesía cada uno, y abrazándolos de uno en uno los alzó de tierra. Entónces el marques mandó que secretamente el uno de ellos la llevase á palacio, y la pusiese en su aposento, y que allí de una ama suya, de quien mucho se fiaba, fuese despojada de las ropas que traia y vestida de aquellas riquísimas, que para su propósito se habian ya cortado.

Entrando el marques por su palacio, como tan deseosos estuviesen los caballeros y damas de la marquesa, le preguntaron: Señor; ¿qué es de la señora y deseada marquesa? Muy mal cumple su palabra vuestra señoría. A esto respondió: No os fatigueis, amados vasallos mios, que ya está en palacio, y porque en breve podais conocer quien es, yo entraré por ella, y la sacaré de la mano en vuestra presencia: y despidiéndose de ellos con la cortesía acostumbrada, se entró en el aposento adonde á Griselida estaban aderezando y componiendo, la cual estaba puesta á punto: pareció tan hermosa y real dama cuanto pudo ser en el mundo, que de enamorado que estuvo el marques en verla, no pudo estar sin abrazalla, y besalla, y dalle un riquísimo anillo en señal de desposada; y

tomándola por la mano salió en la sala adonde la estaban aguardando los caballeros y damas, y disparando los menistriles, se movió un grandísimo regocijo, diciendo: ¡Viva el marques y la marquesa por muchos años, y buenos! Adonde fueron desposados por un obispo muy honrado; y les dijo la misa, y se celebraron las bodas, pasando aquel dia con muchos juegos y danzas.

Mostróse en poco tiempo despues en la pobre, ya hecha nueva marquesa, tanta gracia y divinal favor, que no mostraba en alguna cosa ser nacida ni doctrinada en la aspereza de monte, sino en palacios de grandes señores, por donde de todos era muy honrada y querida, cual se podia creer, tanto, que á los que á conocerla vinieron desde niña, se maravillaron que fuese hija de aquel villano Ianicola, segun era de excelente el modo de su vivir y tratamiento, la nobleza de su crianza, y la gravedad y dulcedumbre de sus palabras. Con todo lo cual traia á sí el amor y reverencia de cuantos la miraban, y no solo en aquella su tierra, mas tambien por otras provincias era ya tan divulgada su ilustre fama, que muchas gentes, así hombres como mujeres, con gran deseo la venian á ver. Con tan excelente mujer vivia el marques en su tierra en mucha paz y sosiego, y de todos era tenido por muy prudentísimo, en que debajo de tanta pobreza habia sabido conocer tan sublimada virtud; y no penseis que esta tan noble señora entendiese solamente en los ejercicios de dentro su propia casa, sino que donde se ofrecian generales y públicos casos. Estando el marques ausente atajaba y declaraba los pleitos, apaciguaba las discordias; y todo esto con mucha prudencia y recto juicio, que todos á una voz decian, que Dios nuestro Señor les habia dado tal señora por su infinita misericordia, y rogaban á Dios que le diese fruto de bendicion.

De allí á poco tiempo se hizo preñada, y parió una niña muy hermosa, de lo cual fué muy gozoso el marques, y todos sus súbditos y vasallos; y con gran contentamiento la marquesa la quiso criar á sus pechos: y por probar su fertilidad y paciencia, siendo la niña de edad de dos meses, ordenó el marques una cosa digna de maravillar, y no cierto de loar entre sabios, que mandó á su ama, por ser muy sagaz, y de quien se podia muy bien fiar, que tomase una niña que habia habido del hospital recien fallecida, y estando durmiendo de noche en su cámara la marquesa, le tomase su hija, y le pusiese la muerta con los mismos pañales. Hecho esto con la mayor astucia del mundo, como la marquesa despertase, y hallase muerta la niña, alzándose en la cama, empezó á decir: ¡Ay reina de los ángeles, y amparo de los afligidos pecadores! Señora mia, no me desampareis, de que la vido ser muerta. A las voces, como ya el marques estuviese sobre aviso, vino corriendo de su aposento medio despojado con muchas hachas encendidas, y el ama, mesándose sus cabellos, se le puso delante, diciéndole la desdicha que habia acontecido á la marquesa. Oyendo esto, y llegado en su presencia, mandó que le quitasen la niña de entre manos, y que con solemne entierro la enterrasen; y vista la presente, se retiró en lo mas oculto de su palacio, y con un criado llamado Lucio, muy familiar suyo, envió su hija al conde de Bononia, su

especial y carísimo amigo, para que la criase en toda suerte de buenas y virtuosas costumbres, y sobre todo la tuviese tan secreta, que nadie pudiese saber cuya hija era. De allí á cuatro ó cinco dias determinó el marques de visitar á la marquesa, la cual halló muy triste encerrada en su aposento, y entrando por él, mandó que todos se saliesen fuera y los dejasen solos, y asentados, enderezó su plática á la marquesa, diciendo así:

Ya sabeis, Griselida, porque no pienso que la presente prosperidad os haya hecho olvidar de lo que ántes fuistes, de qué manera venistes á mis palacios, y os tomé por mujer, y á la verdad yo os he siempre amado, y estoy de vos bien satisfecho; sino que despues que nuestra única hija tan deseada hallastes muerta á vuestro lado, mis caballeros y vasallos están de vos malcontentos, y les parece cosa áspera tener por señora una mujer plebeya de rústica generacion: yo, como deseo tener con ellos paz, querria volveros á casa de vuestro padre. Oido esto por la marquesa, ninguna señal de turbacion mostró en su honestísimo rostro, antes con gentil semblante le respondió: Vos sois mi señor y marido, y podeis hacer de mí lo que bien os pareciere; ninguna cosa hallo yo que á vos os agrade, que á mí no me contente: esto es lo que asenté en medio de mi corazon cuando os dí la palabra de ser vuestra mujer en casa de mi padre. Considerando el marques el ánimo y profundísima humildad de su mujer, sin conocer en ella mudamiento alguno de lo que ántes era, sino una fertilidad muy grande, atajó la plática diciendo: Baste por ahora esto, señora, póngase silencio en este negocio, hasta que veamos si mis vasallos me volverán á molestar, lo que contra mi voluntad es por cierto, y con esto se despidieron.

Con esta disimulacion pasaron doce años, al cabo de los cuales la marquesa se hizo preñada, y parió un hermoso niño, el cual fué un gozo singular para sus padres, y á todos sus amigos y vasallos. Al fin de dos años, siendo destetado, ordenó el marques por dalle otro sobresalto mayor, y probar su constancia, que se fuese la marquesa á caza de monte, adonde se holgaria en extremo de verse con su padre Ianicola. Ella muy contenta y regocijada aderezóse ricamente, cual á su estado convenia, no dejando á su hijo, como aquella que en extremo grado le queria y amaba. Allegados al monte, y recibidos con sobrado contentamiento de Ianicola, mandó el marques que la comida, á causa del calor grande que hacia, fuese aderezada y puesta junto de una sombria y deleitosa fuente, y determinando por la mañana de salir á caza con sus monteros, encargó mucho á Lucio su criado, que trabajase cuanto posible fuese de hurtarle el niño á la marquesa, y vista la presente lo llevase al conde de Bononia, para que lo criase juntamente con la niña; y para disimulacion de esto le mandó al dicho criado delante la marquesa, que se fuese luego á la ciudad á despachar el negocio que le habia encomendado. Pues como el marques fuese salido á caza ántes del dia, ya despues de haber almorzado la marquesa por haber madrugado á causa del marques, se puso á dormir sola con su hijo á la sombra de unos mirtos floridos, adonde luego fué adormida, aunque no el niño, sino que levantándose del lado de su madre, iba jugando con unas pedrezuelas: en-

esto el criado Lucio, que no dormia, viendo que ninguno lo podia ver, cogió el niño, y lo llevó donde el marques le tenia mandado.

Cuando la marquesa despertó, preguntando por el niño á las dueñas y escuderos, y viendo que no le hallaban, pensando que alguna fiera le hubiese comido, ó hecho algun daño, los extremos que ella hacia eran tan grandes, que á todos conmovia á tristeza y lloro, á los cuales allegando el marques, y dándole parte de la pérdida de su hijo, no quiso comer ni beber, sino que derechamente se volvió á la ciudad; y la marquesa á caballo con todas sus dueñas detras de él, con mil sollozos y lágrimas, pensando en tan gran desventura como se le habia seguido: del cual perdimiento los vasallos hicieron gran llanto, y se señalaron algunos principales de luto. A cabo de dias, viniendo á visitar á su aposento á la marquesa, le propuso lo siguiente: Señora, grande ha sido la desdicha mia en haberos tomado por mujer; pues tan desastradamente y por vuestra culpa haya perdido dos herederos, que yo lo tenia á muy buena dicha en que poseyesen mi estado, y mis vasallos mucho mas; y viendo ellos la bajeza de vuestro linaje, y la negligencia que en guardallos habeis tenido, soy importunado que me case con una doncella, que dicen que es hija del conde de Bononia, dotada, no solamente de hermosura y dote, pero de infinitísimas virtudes. Ya sabeis vos que mal puedo yo casarme siendo vos viva, y por tanto han propuesto que secretamente os procurase dar la muerte, y cuando pienso en ello, amada Griselida, no me sufre el corazon que tal cosa ponga en efecto, por eso dadme vuestro parecer.

La constante é ilustre marquesa dijo: Señor, si con mi muerte son vuestros vasallos y vos servido, no digo una que debo tan solamente á mi Dios y Criador, pero mil recibiria en solo ser vos de ello contento y pagado. En ver el marques cuan sin turbacion y humildad respondió, dijo: No lo mande Dios, señora, que tal piense ni haga; pero está el remedio, sin que vos padezcais, en la mano, para que yo y mis vasallos esten satisfechos; y es: que el ama de quien tanto mi casa fiaba, por el sentimiento que ha recibido de la pérdida de mi hijo, ha caido mala, y segun los médicos me han dado relacion de ello, no puede escapar de muerte; quiero (si vos quereis) que vos tan solamente la sirvais, y si falleciere, pasarémosla á vuestro aposento, y vos quedareis en el suyo, puesta en su propio lecho como que sois el ama mesma: yo fingidamente diré que os he hallado muerta á mi costado. Contenta la marquesa del pacto susodicho, muerta el ama, la pasaron secretamente los dos adonde estaba concertado, y la marquesa se puso en el lecho del ama, y á media noche el marques empezó á dar voces, que la marquesa era muerta súbitamente durmiendo con ella, y de este desastrado y fingido suceso recibieron todos sus vasallos grandísimo enojo, por el amor y voluntad que le tenian, por donde el marques le hizo hacer solemnes honras, cual á su estado convenia.

Griselida la marquesa, que en cuenta del ama quedaba, se puso, levantándose de la cama, en aquel traje y postura cual el ama solia traer, y secretamente las mas noches dormia con el marques, y estando una

noche con ella le dijo : Ya sabeis, señora, que teniéndome en reputacion de viudo, he dado la palabra de casarme con la hija del conde de Bononia, de quien en dias pasados os apunté, y mis vasallos me importunaban : conviene que nuestra conversacion se departa, y vos useis de vuestra acostumbrada paciencia, considerando que las prosperidades no pueden siempre durar, haciendo lugar á mi nueva esposa. Respondió á esto la noble marquesa : Siempre ví yo, señor mio, que entre vuestra grandeza y mi poquedad no habia proporcion ninguna, no me hallando merecedora de ser vuestra mujer ; y en esta casa y palacio donde vos me hicistes señora, Dios me es testigo que en mis pensamientos siempre me tuve por indigna de tal estado. A Dios nuestro Señor, y á vos hago infinitas gracias del tiempo que en vuestra compañía he vivido con tanta honra, que sobrepuja en extremo grado á mi poco merecimiento : en lo demás, aparejada estoy á servir como obediente esclava á vuestra nueva y deseada esposa, la cual goceis por muchos años y buenos.

En esta sazon envió el marques á Lucio su familiar criado, con cartas de su mano, acompañado de muchos caballeros, suplicándole al conde que le diese la niña que le dió á criar, la cual seria de catorce años, y juntamente el infante. Recebidas las cartas el conde, por el amor que les tenia, determinó de venirse con ellos, y asignando dia cierto, tomó su camino con muy riquísimas joyas, acompañado de sus vasallos, llevando consigo la doncella, en extremo grado hermosa, y muy ricamente vestida, y con ella el infante su hermano.

Allegó en breves dias á la presencia del marques, donde fué muy bien recibido con los suyos en su rico palacio, y la doncella y el infante hospedados en el aposento que solia ser de la marquesa, la cual en figura de sirviente ama, llegó á saludar á la doncella . y despues á los que con ellos venian, y de ver los extrangeros huéspedes su noble crianza y dulce conversacion, estaban en extremo maravillados. Era de ver el especial cuidado que tenia de servir y festejar la doncella, sin poderse hartar de loalla de hermosa y bien señalada. Queriendo ya asentarse á comer, volvióse el marques á Griselida, y casi medio burlando, delante de todos, le dijo : ¿Qué te parece de esta mi esposa, no es agraciada y hermosa? Sí por cierto, señor, dijo Griselida : no pienso que se halle otra mas gentil y bien criada. Pero hablando ahora con libertad, digo : que si vuestra mujer ha de ser, una cosa os suplico, que no le deis á gustar aquellos desabrimientos que distes á la pasada, porque como es moza, y criada en regalo, no los podrá sufrir. Viendo el marqués la generosidad con que esto decia ; y considerando aquella gran constancia de mujer, tantas veces y tan reciamente tentada de la paciencia, con justa causa tuvo ya compasion de ella, y no pudiendo mas disimular, acabado que hubieron de comer, hízola venir y asentar á su lado, diciendo : ¡O mi noble y amada mujer! harto me es notoria y clara vuestra lealtad ; no pienso haber hombre debajo del cielo, que tantas experiencias del amor de su mujer haya visto como yo. Diciendo esto, con entrañable amor la fué abrazar, replicando : Vos sola sois mi mujer, nunca otra tuve, ni tengo, y esta que vos pensais que es mi esposa, es vuestra hija, la cual fingida-

mente hice yo que la tuviésedes por muerta; y este infante vuestro hijo es, el que por diversas veces pensastes haber perdido en el monte. Alegraos, pues juntamente lo cobrais todo, y sabed, señora mujer, que fui curioso probador, y no iracundo matador.

Oyendo esto la noble matrona, de placer casi perdió el sentido, y con un sobrado gozo de ver á sus hijos, salida poco menos de seso, dejó de ir hácia ellos, y á vuelta de muchas lágrimas, no podia escusarse de los abrazar y besar muchas veces. Entónces aquellas damas todas á porfía, con muy gran regocijo, la desnudaron de sus pobres ropas, y la vistieron de las acostumbradas y preciosas suyas. Fué para todos aquellos caballeros y damas una muy grande alegría esta reconciliacion de la marquesa Griselida, y siendo divulgado esto al pueblo, se hicieron grandísimas luminarias y fiestas, y regocijos, por recobracion de la marquesa y de los hijos, que ya por muertos tenian. Vivieron despues de esto marido y mujer largos años con mucha paz y concordia.

PATRAÑA TERCERA.

Por amor murió el quistor,
Y el amada por su hablar
Fué causa de sentenciar
A su marido y señor.

Residia en la ciudad de Paris, junto de la casa de los quistores de nuestra señora del Piege de Francia, un honrado hombre llamado Tiberio; el cual éra casado con una muger tan noble como virtuosa, dicha Patricia. A esta, por parecelle muy bien, requestaba un quistor de aquellos, llamado Esbarroya; mas por bien que la siguiese, así en servicios como en presentalle joyas y dineros, por jamás hizo mella en esta honrada y virtuosa mujer. Y porque si su marido, con la importunacion del necio del quistor, hubiese algun sentimiento de ello, y no la culpasse sin merecerlo, determinó de dalle parte muy cumplidamente de lo que pasaba; de lo cual el marido quedando satisfecho de su bondad, mandó que le diese entrada una noche en su casa al quistor Esbarroya. Ella con todas las caricias y disimulaciones que pudo le dió entrada una noche al quistor. El marido que escondido estaba, así como fué dentro en su casa, dióle un tal golpe en la cabeza, que le mató. Habiéndole muerto, porque la justicia no hubiese sentimiento de ello, tomóle á cuestas, y entróle por detras de un corral de la casa que solia habitar el quistor, y asentóle en una necesaria que habia, y volvióse á su casa.

Como vino cerca de media noche, levantóse otro quistor que tenia pendencias con Esbarroya para hacer sus hechos, y salido al corral, conociendo quien era el que estaba en la necesaria, con la claridad de la luna que hacia, aguardó un rato; tanto estuvo aguardando, que amohinado, pensando que el otro lo hacia adrede, apañó de un canto, y dióle en la

cabeza, de tal manera que le derribó. Él, pensando que le habia muerto, porque no presumiesen que él lo hubiese hecho, por el rencor que le tenia, por lo cual determinó, para mejor remedio y disimulacion, sabiendo que perecia de amores de Patricia, de llevarlo á cuestas á la puerta de la dicha señora, para que presumiesen que por su causa le hubiesen muerto. Llevado, pues, y dejado á la puerta de su casa, levantándose Tiberio ántes del dia, marido de Patricia, para salirse de la ciudad, vido el quistor muerto á su puerta; pospuesto todo temor buscó de presto otro remedio, y es que tomó un garañon, que estaba en el corral de la casa de los quistores ensillado, cabalgó el muerto encima de él, y con una lanza enristrada le puso á la puerta de los quistores.

El quistor, que pensaba haber muerto á Esbarroya, levantóse de buena madrugada para salirse de la ciudad, con una yegua que iba en amor, y al salir de la casa, como el garañon la sintió, rompió la soga en que estaba atado, y fué tras ella. El quistor que vido al muerto á caballo, y enristrado con la lanza, y que le venia detras, no tuvo otro remedio, sino dar de espuelas á la yegua; pero cuanto mas corria, mas la seguia el garañon; de tal manera que alborotó toda la ciudad, de la suerte que los dos corrian. En fin, tomado, y venido delante del juez, interrogándole qué podia ser aquello, el pobre quistor, turbado de lo que habia acontecido, no pudo hablar palabra; sino cuanto dijo uno de la casa de los quistores, que él sabia que estaba reñido con el muerto. Con este testigo mandó el juez que lo pusiesen en la cárcel, el cual de allí á pocos dias cayó malo del espanto que recibido habia, y vino á tal extremo, que le hubieron de sacar con gruesas fianzas de la prision, y llevarlo á casa de los quistores para habelle de medicinar. En este tiempo, como riñesen Tiberio y Patricia por enojos que suelen acontecer entre marido y mujer, alzó la mano el marido, y dióle un bofeton : apenas se lo hubo dado, cuando empezó á decir : A este traidor, á este mal hombre, que ha muerto al quistor Esbarroya, ¿no hay justicia que le castigue? No faltó quien lo oyese, que luego fué acusado Tiberio, y llevado delante el juez, el cual por sus tormentos y órden de justicia, otorgó la verdad de cómo, y porqué habia muerto al quistor Esbarroya, y fué condenado á muerte, y libertado el otro quistor.

PATRAÑA CUARTA.

Arsenio por ser amante
De Sabelina nombrada,
Fué de adúltera culpada,
Y libróla un nigromante.

Para entendimiento de la presente patraña, es de saber que hay en Roma dentro de los muros de ella, al pié del monte Aventino, una piedra á modo de molino, grande, que en medio de ella tiene una cara, casi la

media de leon, y la media de hombre, con una boca abierta, la qual hoy en dia se llama la Piedra de la Verdad. Es el caso, pues, que en el tiempo que en tan famosísima ciudad reinaba la gentilidad, y en sus oráculos y templos se regian y gobernaban por caractéres y respuestas de demonios, que encerrados en los ídolos á sus propósitos é invenciones tenian dedicados, de esta misma manera estaba encerrado un demonio en la dicha Piedra de la Verdad, la cual tenia tal propiedad que los que iban á jurar para hacer alguna salva ó satisfaccion de lo que les inculpaban, metian la mano en la boca, é si no decian verdad de lo que les era interrogado, el ídolo ó piedra cerraba la boca, y les apretaba la mano de tal manera, que era imposible podella sacar, hasta que confesaban el delito en que habian caido; y si no tenian culpa, ninguna fuerza les hacia la piedra, y ansí eran salvos, y absueltos del crímen que les era impuesto, y con gran triunfo les volvian su fama y libertad: y por el consiguiente, si eran culpados, los castigaban, segun el caso y las leyes romanas con todo rigor lo permitian.

Durando este rito y ceremonia diabólica por muy gran tiempo, acaeció que habia en Roma un famosísimo capitan romano, llamado Cipion Torcato, de la línea Cesarina. Este tenia por mujer una matrona romana, la mas afamada en virtudes y gentileza que habia en toda Roma, de la casa Sabela, llamada Enea Sabelina, de edad de veinte y tres años, en toda perficion mujeril, segun naturaleza. En esta sazon, como se rebelasen contra los romanos del Danubio y Transilvania, fué forzado á los romanos enviar ejército contra ellos, para reducillos á la obediencia suya; y con él fué elegido que fuese este capitan Cipion Torcato, en la cual jornada estuvo algun tiempo, que las cosas de la guerra no se difinieron tan presto como acaecer suele. En este comedio, vino del estudio de Aténas un mancebo de edad de veinte y tres años, muy famosísimo doctor de medecina, así en letras, como en toda experiencia de plática. Era patricio, y natural romano de la casa Ursina, llamado Arsenio Rufo, hombre de muy gentil gracia y afable conversacion, y sabio, que por tal era tenido en Roma. En esta coyuntura vino nueva como el ejército de los romanos, que habia ido sobre los del Danubio y Transilvania, era cuasi roto, y muchos de los principales y famosos capitanes muertos. Por la cual nueva y sobresalto esta gentil matrona cayó muy mala; en tal extremo vino, que todos los médicos que curaban de ella dudaban de su salud; y siendo conocida la ventaja que á todos los médicos de Roma este Arsenio Rufo tenia, fué importunado por algunos parientes y amigos, que visitase esta dicha señora Enea Sabelina, el cual en sus visitas fué captivo el bueno del doctor de sus amores: y cuanto mas ponia diligencia en su salud, tanto cada dia iba mas empeorando en su ciega codicia y vano pensamiento; y con la frecuentacion de las visitas, y menudas pláticas, estando ya buena, tuvo el doctor lugar de manifestalle el secreto de su afligido corazon, lo cual á ella no le pesó mucho, viéndole tan apasionado por sus amores, por velle tan gentil hombre en todas sus cosas, y casi de su edad, y que el linage de los dos era conforme: tanteando todo esto, vínole tambien al pensamiento, que si su marido en

la guerra fuese muerto, que no podria casar con otro que mejor le cuadrase que con él; y por otra parte se le ponia delante, cuan abominable y vituperable cosa era á las matronas romanas caer en semejantes delitos; y así vagueando con estos pensamientos, y el doctor continuando con sus molestias, vino ella á conceder á la peticion de su requebrado, con tal que esto fuese muy secreto, porque no cayese en la infamia y pena que las romanas matronas caian, que semejante caso de adulterio cometian, en especial estando los maridos ausentes en la guerra, ó en otro cualquier lugar, que en servicio fuese de la república: él como no deseaba cosa mas que poner en efecto su deseo y enamorada pasion, con muchos juramentos y promesas vanas, como hoy en dia suelen hacer los mundanos hombres en semejantes casos á las mujeres livianas, vino á ponerse por obra lo que los dos tanto deseaban. Duró algun tiempo esta conversacion, y todo lo mas secreto que fué posible, aunque no tanto como convenia en caso tan peligroso.

Pues habiendo sentimiento los parientes del marido de este negocio, por los indicios y apariencias que en tal caso suelen acontecer, avisaron al capitan Cipion Torcato. que con algun achaque demandase licencia para venir á Roma, á un cierto caso que le importaba, que era cosa que le iba mucho en ello, que muy presto se volveria al campo. Y como los romanos ya tenian recuperado lo perdido, y sujetado á sus enemigos, y tratado cierta tregua con ellos, para darse concierto en la paz, hubo lugar y sazon para le conceder al dicho capitan Torcato licencia de venir á Roma; y lo mas presto que pudiese volviese al campo; y así vino á Roma, y fué muy bien recibido, así de su mujer, como de todos sus parientes y amigos, aunque no del señor doctor Arsenio Rufo, por la cesacion de la conversacion que gozaba de sus amores, ni tampoco de su mujer en lo intrínseco y secreto de su corazon, por el amor que ya tenia puesto con el doctor, y temor de lo hecho, no fuese por alguna manera descubierto. El dicho capitan, informado de sus parientes del caso, y de los indicios y apariencias que para esto la sospecha les habia puesto, como hombre prudente y sagacísimo, por lo mucho que queria á su mujer, y por la gran confianza que de ella tenia, no dió del todo crédito á la informacion que le dieron, pero recatadamente miraba si en algo podia ver ó sentir alguna señal que le hiciese cierto del caso, sin dar parte á ninguna persona, ni tampoco á la mujer de cosa alguna, antes la acariciaba y mostraba mas amor y voluntad que nunca, y con esta disimulacion pasaba el tiempo, sin ver ni sentir cosa de que certificado estuviese.

Y llegándose ya cerca el tiempo y término que le habian dado para volver al ejército, estando una noche con su mujer con todo regocijo y pasatiempo, con la mayor disimulacion y sentimiento que pudo, le comenzó á proponer de esta suerte: Muy amada y querida mujer; sábelo Dios cuanta pasion, pena, y tormento llevó mi triste y muy afligido corazon, y ha pasado en todo este tiempo que de vuestra presencia ha estado ausente, y aun de nuevo ahora se me recrece en esta tornada que me es forzado de volver al campo, y ejercitar mi oficio y gobierno segun que por el senado me es encomendado; y porque segun el comun prover-

bio dice, que no hay mejor medicina para curar cualquier llaga que está escondida, que es manifestarla, yo, señora mia, he determinado de manifestaros una, que por sospecha lastima en grandísima manera mi corazon.

La astuta romana con gran disimulacion en el momento fué al cabo de su proposicion; y con toda serenidad y audacia, proveyendo á todos sus sentidos que estuviesen sobre aviso, porque no diesen ninguna señal de alteracion con que se pudiese tomar algun conocimiento de su yerro y culpa, disimulando dijo: Por cierto, mi señor y marido, que ya sabeis vos le que teneis en esta vuestra Enea Sabelina, que vuestra pena, pasion, y trabajo, ó fatiga, es propia mia; y por eso con razon seria muy feo caso y muestra muy evidente de gran desamor entre dos personas que tanto se aman, y en todo son tan conformes, no se manifestar lo que sienten. Por esto, señor mio, os suplico que no me pongais en términos que de vos algo sospeche; sino pues que sabeis que los dos somos una mesma cosa, mucha razon es que entre nos no haya cosa celada ni fingida, sino un corazon, una voluntad, y un querer, como las leyes lo amonestan, y Dios nos lo manda.

En todo cuanto decia esta astuta romana, no dejaba de derramar algunas lágrimas, fingiendo palabras cariciosas de muy grande amor; por las cuales el marido, medio satisfecho, comenzó á decille: Manifiéstoos, señora mia, por las señales que exteriormente vistes, la pasion y pena con que mi corazon se apartó de vos, cuando me partí para esta guerra que entre las manos tenemos de los numidas y transilvanos, que fué tanta, que se puede bien comparar á la de cuando el ánima inmortal se aparta de esta carne corrupta mundana, y con esta mortal pasion seguí mi peregrina jornada, ejercitando el oficio de capitan, como me es encomendado, con mas temor de haberos de perder, que no de los peligros que me podian venir de la peligrosa guerra, por la multitud de los enemigos. Y con esta imaginacion y pensamiento, estando una noche, despues de la centinela de prima, reposando del trabajo del cuerpo, aunque no del espíritu, por el cuidado que me ponian mis pensamientos, ni bien durmiendo, ni velando, soñé que estábades, señora mia, mala de una enfermedad de que muy poca esperanza se tenia de vuestra vida, aunque visitada de los mas principales médicos de Roma, ninguno hallaba remedio de vuestra salud; sino tan solamente un peregrino doctor, aunque patricio de Roma, que dió remedio á vuestra afliccion dándoos salud, quedando él en mayor enfermedad por causa de vuestros amores, y que vos, señora mia, conociendo el beneficio recibido de su mano, por gratificarle en algo, con el contento que teníades de su persona, condecendiendo á sus importunas peticiones, se violaba el vaso, y se perdia la lauréola corona de la continencia, de que tanto se preciaban las matronas romanas. Y con este nocturno temor desperté muy desasosegado, como quien se levanta de un sueño pesado, fuera de todo sentido. Y por muchos dias me duró un temblor de todo el cuerpo, y pasion de corazon, que de mí no sabía parte: en tal manera que me fué forzado retraerme en mi pabellon, fingiendo estar malo de otro accidente, por encubrir mi flaqueza, y cumplir con mi honra. En este tiempo, que mas me aquejaba

mi pena y dolor por los juicios y interpretaciones que echaba y hacia sobre tan grave y pesado sueño, me vinieron ciertas letras de algunos parientes mios de Roma, en las cuales me daban relacion como me habian tenido por muerto en la rota de nuestro ejército, y que por esta nueva habíades vos, mi señora, venido al último fin de la vida, por la gran alteracion que de ello tomastes; y que por medio de un señor doctor la habíades cobrado, perdiendo en algo la fama de la continencia de que ántes triunfábades mediantes las señales y muestras que los indicios en semejantes casos dar suelen; y que me convenia mucho, segun el caso requeria, dar vuelta á Roma con toda la brevedad que fuese posible, en mirar por mi casa y honra; y con esta segunda alteracion, dando algun crédito á mi imaginario sueño, me dispuse y determiné de venir y satisfacerme yo propio con la experiencia. Y tomando licencia de mi general, con condicion de volver á cierto tiempo, que muy presto se me cumple, y me es forzado volver al ejército; querria mucho satisfacerme, y no llevar conmigo esta carcoma y sospecha; aunque á la verdad todo este tiempo que ha que yo vine del campo y he estado en Roma, yo no he dejado por negligencia alguna, ántes con gran solicitud he escudriñado, y he intentado todo lo que en semejante caso se podia hacer, y no he hallado ningun indicio ni muestra para poner mácula en vuestra honra y fama. Y á esta causa yo todavía estoy con algun recelo, y no puedo echar de mí esta imaginacion; y para que no resida mas en mi pensamiento, no he hallado otro mas sano consejo, que es este.

Ya sabeis, señora mia, como para semejantes casos, y otros cualesquier crímenes impuestos, donde se puede conocer la culpa ó inocencia, es apropiada la Piedra de la Verdad, donde los dioses permiten que allí sea conocida: yo os suplico, y os conjuro por aquel verdadero amor que me teneis, que no recibais pena de un dia, cuando á vos os pareciere, antes que yo me parta, con algunos de vuestros deudos, y yo con aquellos que de este caso me avisaron, porque del todo queden satisfechos, vamos juntos á esta peregrinacion y templo, pues no es muy léjos de aquí, y hagais, señora, la prueba y salva de vuestra persona, y sea conocida vuestra limpieza, y quitados los nublados de mis dudosas y malas sospechas, porque de otra manera será imposible quedar yo del todo satisfecho.

La prudente y sagacísima matrona á toda esta plática estuvo muy atenta, aunque con temor de la muerte, como el caso y delito lo requeria; y con muy gran serenidad, fingiendo toda alegría, no mostrando ninguna señal de temor ni turbacion (como algunas astutas mujeres en semejantes casos lo suelen hacer) respondió, que aunque el caso era arduo, porque tocaba tanto á su honra y fama, de la cual por ser romana mucho se preciaba, y era razon que ella se sintiese de ella, que era muy contenta de hacer la prueba, porque fuese conocida su bondad y limpieza, como y cuando mandase. Él muy contento, y algo satisfecho con tan buena respuesta, divirtió la plática en otros coloquios amorosos; aunque ella, con nuevo cuidado y pensamiento como se salvaria de tan gran peligro, y vacilando en su juicio, no halló otro remedio, sino dar parte

de todo lo que pasaba al señor doctor, avisándole que mirase en el peligro que estaba puesta por su respecto, y que con su saber lo remediase, lo mas presto que pudiese.

Avisado pues el doctor del negocio, y en qué términos estaba, y que tambien su vida pasaba peligro, segun las leyes y el uso romano lo permitia, despues de muchos juicios y consideraciones, no halló otro remedio que irse á aconsejar con un grandísimo nigromante y astrólogo, que en aquel tiempo residia en Roma, el cual se llamaba Padulio, de nacion griega. Y comunicándole el caso de la suerte que pasaba, y el peligro que los dos esperaban, que no se podia encubrir el delito yendo á la piedra á jurar la pobre señora romana, segun estaba concertado, que se le suplicaba le diese algun remedio ó consejo con que se pudiese salvar de tan gran afliccion y trabajo; y no lo dejase por ningun interese del mundo de hacer. El mágico, viendo las calidades de sus personas, y en lo que en Roma eran tenidas, condoliéndose de ellos, y mucho mas afectándose á la paga prometida, le dió por respuesta al bueno del doctor, que se sosegase, que él haria todo lo que fuese posible en tal caso. Así que haciendo sus cerimonias y conjuros con sus familiares, apremiándolos que le diesen consejo y remedio con que estos dos amantes no peligrasen, y el triunfo de la fama de esta tan señalada matrona romana no fuese menoscabado, lo que se decretó y ordenó fué lo siguiente.

Entre todos los demonios para esto invocados, uno llamado Zelbi, muy familiar y compañero de Nabuzardam, apropiado para toda cautela y engaño, habló de esta manera: Paludio, á mí me parece, como á espíritu experimentado, que me es forzado por tu gran saber á decirte la verdad y darte consejo en este caso, por el cual me conjuraste, y es, que avises al doctor Arsenio, que se disfrace de lo mas rústico villano que pueda, y lleve todo aparejo, cual suelen traer los mas campestres y rústicos villanos, así esquero, como cuchillo, y agujas para sacar espinas, y sobre todo se provea de una delicada espina para el propósito y efecto que pretendemos: y con este aparejo se pondrá lo mas encubiertamente que fuere posible en la abajada del monte Celio, cerca del palacio de la diva Faustina, en el principio del llano, al arco triunfal historiado, donde divide la calle que va al Coliseo la via Ostiense, que por allí ha de pasar la señora, y el marido con sus amigos y parientes. Y advierta bien, que esté siempre sobre aviso en este monitorio que le doy, y tambien es necesario que la señora esté avisada, que cuando venga á jurar, y llegue á este sobredicho lugar, que mire muy bien hácia el arco, y el doctor se demuestre como ya está allí á punto con todo recaudo, porque le dé ánimo que no desmaye, que en fin es mujer. Yo á la hora llegaré allí, y la haré tropezar, y caer, y cuando se levante de la caida, finja mucho quejarse de un pie, como que se le ha entrado alguna espina en él, y en ninguna manera se mueva de allí, por mas que la importunen que camine, quejándose siempre que no puede afirmar el pié, y no le hallarán nada, porque no lo habrá, mas de una formada cautela para el efecto que se pretende. Y á la hora se mostrará el fingido villano, como que pasa por la via, al cual ella dirá siempre mientes; y quejándose do-

lorosamente, el rústico villano se parará, é sintiendo el caso, como quien hace burla, con palabras groseras se llegará á la señora demandando donde le duele; y señalando ella el pié, y lugar donde fingió habérsele entrado la espina, yo proveeré con mi astucia que el mismo marido le convide á que le mire el pié, si puede ver y sacalle aquella espina, de que tanto se queja, pues hombre es del campo, que casi por costumbre lo tienen de sacarlas cada dia. Él á la hora con mucha presteza y gran diligencia saque su aparejo con mucho tiento y cordura, tomándole el pié entre las manos, aprovechándose del sentido del tocar ó palpar como buen médico ó cirujano, que tanto le va en ello, se aproveche de todo lo que pudiere tocar : y hecho su personage, con la mayor sutileza que el amor le amonestare, sacando una poquita de sangre del pie de la gentil romana, donde finge sacalle la espina, que para este efecto ha de tener aparejada, untándola con la sangre, la mostrará á los circunstantes, y creerán todos que así es la verdad; y con mucha alegría le darán todos las gracias, en especial la señora á quien el caso tanto toca, le presentará una joya por el beneficio recebido.

Este es el mejor consejo y remedio que yo hallar he podido, para remediar este negocio, y contentarte á tí nuestro gran preceptor y subtil maestro; así que es menester que de todo esto des aviso al doctor, y el doctor á su señora, y que cuando venga á jurar, que jure diciendo : Yo, Sabelina, mujer romana, juro que ningun hombre (despues de mi marido) ha llegado á mí, si no es aquel villano que me sacó la espina; y de esta suerte jurará verdad, y se verá libre y salva; por tanto quédate, que no tengo mas que decir. Ido el nigromante, de todo esto dió parte al doctor : el doctor, dándole las gracias y satisfaccion, como el caso requeria, luego lo fué a proveer con gran diligencia avisando á la señora de todo, y que no temiese de nada por ninguna via del mundo.

Esto así concluido, y venido el dia que estaba señalado, en que se habia de hacer la prueba; estando todo prevenido, y el doctor avisado y á punto, se hizo ni mas ni menos de como arriba está relatado, que el villano doctor hizo tan bien su oficio, que no se erró solo un punto. Y con esta gloria y contento, la matrona romana, con su marido y compañía, llegó al templo, y el villano se fue por otra via, lo mas encubiertamente que pudo, y la señora romana, haciendo en el templo las ceremonias que en este caso se hacian, se allegó al ídolo, ó piedra, y metió la mano en la boca diciendo : Yo juro, que despues que soy casada con mi señor y marido Cipion Torcato, ni antes, como él bien sabe que me halló, que ningun hombre nacido no ha llegado á mí, ni ha tocado mis carnes, si no es aquel pobre y rústico villano que en el camino me ha sacado la espina : y como esta era la verdad, que este mesmo villano era el doctor, la piedra, ó ídolo, no hizo ningun movimiento, antes el demonio salió de ella; y ella se quedó como hoy en dia está en la dicha iglesia de Santa María, escuela griega, que antes era templo de gentiles. El marido de la gentil romana y todos sus parientes, muy satisfechos y contentos de la purificacion y salva tan aprobada, y los que la habian acusado harto confusos, la volvieron á casa con muy gran

gloria y triunfo. Y despues de algunos dias que se cumplia el plazo limitado en que el capitan Torcato era obligado á volver á servir á su república y ejército, se partió con gran dolor de su corazon, por el amor y reputacion que de nuevo le habia tomado. Donde llegado, y prosiguiendo todavía la guerra, en un encuentro y escaramuza le mataron los enemigos. Venida la nueva de su muerte á Roma, así la gentil señora su mujer como todos los parientes y amigos hicieron muy gran sentimiento, y sus obsequias y ceremonias como entre los gentiles se usaba.

Ya pasados algunos dias, el sabio y sagacísimo doctor se supo dar tan buena maña, y puso tal diligencia, que á contento de todos sus parientes la tomó por su legítima mujer. Despues, á cabo de tiempo, todo esto fué descubierto por el mismo nigromante; y de comun consentimiento de todo el pueblo, por memoria de su tan sutil saber, hicieron despues de muertos á todos cuatro estatuas, para que perpetuamente fuese notoria tan gran sutileza y hazaña. La del doctor y rústico villano está á la cárcel de San Pedro, de piedra, echada en tierra, en el mesmo lugar que sacó la espina, y hoy en dia se llama el Villano de la espina. La del astrólogo y mágico Padulio está ántes de subir la escalera para el senado, al pié del muro á la mano derecha : las dos, la del capitan Torcato, y la de la gentil romana Enea Sabelina, estan en Campidoli, antes de entrar al senado, en el patio donde se bebe la buena agua fresca. Y es cosa muy señalada de ver estas estatuas por ser tan excelentes, y con tanta suntuosidad y artificio hechas.

PATRAÑA QUINTA.

> **Un niño en la mar hallado**
> **Un abad le doctrinó,**
> **Y Gregorio le llamó**
> **Y despues fué rey llamado.**

Gabano, rey de Palidonia, viniendo al paso de la muerte, llamó un hijo suyo llamado Fabio, y una hija dicha Fabela. Ya despues de habelles dado con muchos sollozos y lágrimas su bendicion, enderezando la plática á Fabio, le dijo : Mira, hijo, que te dejo el reino, con tal condicion, que no te puedas casar, sin que primero cases á tu hermana Fabela, y mires por ella, como por tu propia persona. Muerto el padre y hechas aquellas honras que á un rey pertenecian, tanto miraba Fabio por su hermana, que cuando comia, la hacia comer, y servir en su mesma mesa; y aderezóle una cama, que no pudiesen entrar en ella, si no fuese por su real aposento. Fué tanta la conversacion de Fabio con su hermana Fabela, que se enamoró de ella; y á mal de su grado cumplió su carnal apetito, y se hizo preñada. Pues como ella tal se sintiese, de continuo lloraba, por haber cometidotan enorme pecado. Habiendo sentimiento Fabio del aflígimiento y tristeza de su hermana, y de su yerro tan

grande, tomando parecer de hombres sabios, determinó de irse á Roma, para alcanzar del papa cumplido perdon; y así llamó muy en secreto un senescal suyo, de quien mucho se fiaba, y con juramento que á ninguno descubriese lo que le queria decir, le manifestó el pecado cometido, y como su hermana estaba preñada; y que por cuanto determinaba de irse á Roma á ponerse á los pies del padre santo, se la dejaba encomendada, y señora, y reina absoluta de su reino, si otro fuese de su vida. Contento el senescal, el rey, despedido de su hermana, se partió solo sin ningun criado, con su esclavina, lo mas secreto que pudo, como pobre peregrino. El senescal, porque mejor y cautamente la reina Fabela fuese servida, hizo que su mujer en persona la sirviese y consolase de su afligido pensamiento. De allí á pocos dias vino nueva que el rey Fabio, habiéndose embarcado en una nave camino de Roma, fué su desdicha que pereció en una terrible tormenta, sin quedar persona á vida; de la cual nueva la reina Fabela recibió en su corazon grandísima tristeza. Y por no tener presente la muerte del padre, ni el pecado cometido, determinó echar de su presencia lo que pariese: y así mandó que le aderezasen una cajuela de madera muy bien embetunada. Hecha que fué, aforróla de su mano de por de dentro de brocado. Acercándose el dia de su parto, parido hubo un hijo muy hermoso: envuelto en ricos y preciados pañales, púsole dentro con gran cantidad de plata y oro, para que lo criasen y doctrinasen en letras; y escribió en una plancha de oro lo que se sigue:

Quien hallare esta criatura
Déle de cristiano nombre,
Y prosiga, pues es hombre,
Su buena ó mala ventura.

Y mandó al senescal, que pena de la vida, vista la presente, lo echase en la mar. Siguiendo el inocentísimo niño su ventura, vino á aportar á una isla que eran salidos á pescar unos pescadores, á respecto de un abad de un rico monasterio, que estaba muy cerca tierra, les habia rogado que trabajasen para ciertos convidados que tenia, de sacar algun pescado fresco. Y como ya se saliesen, encontraron con la cajuela; y sacándola á tierra, entregáronla al abad, y en abriéndola vido al niño, que en miralle en la cara se tomó á reir, y llorar juntamente. Y leida la plancha de oro, vista la presente, así como estaba mandó llevarle al abadía, y le bautizó, llamándole Gregorio, que era el mesmo nombre del abad. Y los pescadores determinaron que el oro y la plata guardase el abad para criar y doctrinar el niño. Y el mas anciano de todos ellos dijo: Señor, si manda su paternidad, mi mujer lo criará: porque está para destetar un hijo que tengo; y crea que lo tendremos á muy buena suerte, si esta merced nos quisiere conceder, porque niño de tanta beldad, y tal compostura, no puede dejar de ser de muy buena parte y noble linage. El abad como lo tuviese en buenar reputacion se lo entregó que lo criase en cuenta de hijo. Criándose Gregorio en poder del pescador, cuando ya fué de edad de diez años, jugando un dia á la pelota con el hijo del pescador, sobre falta es, no es falta, alzó la mano Gregorio, y dióle un bofeton. Viniendo llorando delante de su madre, y como

le dijese quien le habia dado, empezó á decir á Gregorio: Este bellaco ribalde borde, quién lo ha de sufrir en casa? Viniendo el pescador á la noche, Gregorio le suplicó: que pues no era su padre, que le dijese de quien era hijo. Fué tanta la importunacion, que le dijo: El reverendo abad Gregorio te lo dirá mejor que yo, porque él te me dió á criar; y á él tengo de dar razon del tiempo que hasta aquí te doctriné. Ido delante del abad, y rogándole con buena crianza, que le dijese cuyo hijo era, le respondió: Decirte quien es tu padre y madre, Gregorio, yo no lo sé por cierto: mas de cuanto te sacamos de la mar, de dentro de una cajuela, con una plancha de oro, que tengo muy bien guardada, escrita, que decia que te bautizasen, y así te puse mi nombre. Cuando oyó aquello de la plancha, le suplicó que se la diese; porque determinaba de ir por el mundo á buscar á su padre y madre. El abad con buenas razones y doctrinales ejemplos le indució á que asosegase, porque era muy muchacho, y que mas le convenia que estudiase, así en letras, como en otros ejercicios de virtud. Con tanto, encomendóle á hombres expertos, y sapientísimos en letras y arte militar. De tal manera aprovechó Gregorio, que cuando vino á edad de quince años, salió tan hábil, así en letras como del arte de caballería, que fué cosa de espanto, que todos le alababan y bendecian.

En este mesmo tiempo viniendo á pedir por mujer á su madre la reina Fabela infinitísimos príncipes, á ninguno quiso aceptar por marido, entre los cuales era el príncipe de Borgoña, y se sintió por mas agraviado que todos, de verse mayor en estado y linage que no ella, y con tanto desden aborrecido; y así determinó de hacelle cruelísima guerra, de tal manera, que sujetó gran parte de su tierra. Y teniéndola en grandísimo aprieto, fué Gregorio despedido del abad con la plancha de oro que le dió, y muchas joyas y dineros: y armado caballero, vino á aportar adonde su madre estaba cercada del príncipe de Borgoña; y compadeciéndose de ella y de su trabajo, asentó en su real por hombre de armas. De tal suerte se avino con su contrario el príncipe de Borgoña, que por su respecto, en breve tiempo le hicieron retraer, y cobrar las plazas perdidas. No sabiendo con que regracialle tal beneficio, los principales del reino suplicaron á la reina que por satisfacer á Gregorio, tan esforzado y generoso caballero, no hallaban otra cosa mas conducente, que casarla con él, si á ella le placia. Satisfecha la reina pues ellos eran contentos, hiciéronse las bodas tan regocijadas y solemnes, cuantas á reyes pertenecieron: encerrándose la noche los dos en su cámara real, sacóse Gregorio la plancha de oro, que en los pechos llevaba, y dándola á la reina, para que la guardase; en tenella en sus manos cayó de su estado, y tornando en sí, con un gravísimo suspiro, dijo: ¡Ay hijo mio! y consolándola cuanto podia Gregorio, rogóle que no dejase de descubrille su pena. Respondióle: Pláceme, Gregorio, y señor mio; pero primero quiero saber de vos de qué provincia, y cuyo hijo sois. Respondióle Gregorio: Sepa vuestra alteza, que tan poca razon la daré de mi patria, como de cuyo hijo soy, pues siendo niño de teta, de una cajuela me sacó de la mar un reverendo abad, y me bautizó, y me puso nombre Grego-

rio; y este me hizo criar, y doctrinó en letras, y me armó caballero con toda la honra del mundo, y al despedirme de él, despues de haber recebido muchas mercedes de su mano, me dió la presente plancha escrita, que dijo haber hallado dentro la cajuela. Ay! dijo la reina, abrazadme, Gregorio, que vos sois sin duda mi hijo, y mi sobrino, y agora de nuevo mi marido, no lo pudiendo ser; que esta plancha de oro que veis es mia sin falta, y la letra que está aquí escrita de mi mano. Preguntándole Gregorio de qué suerte era su hijo y sobrino, para contárselo hizo llamar á la mujer del senescal, que quedaba viuda, á causa de ser muerto su marido en la postrer batalla que tuvieron con el príncipe de Borgoña. Y contándoselo todo por extenso, Gregorio quedó atonito y espantado, y muy mas la mujer del senescal, en saber que aquel era el niño que echaron en la mar, por lo cual dijo la reina: Dos cosas te conviene, hijo, que hagas, para mas honra tuya y mia: la primera es, que lo que te tengo dicho, tengas muy en secreto. La segunda, que te cases aquí con la mujer del senescal, por pagalle los buenos servicios recibidos de ella y de su marido, que en gloria sea su alma; y esto se ha de hacer muy cauta y escondidamente, por pacificacion del reino. Contentos todos de lo que la reina habia propuesto, casóse Gregorio con la mujer del senescal, y la reina votó castidad; los cuales vivieron muy honradamente por muchos, alegres y prósperos años á servicio de Dios.

PATRAÑA SEXTA.

A causa de cien cruzados
Que halló un hombre en un saquillo,
Fué servido de un asnillo,
Y mas, de veinte ducados.

Un tiratierra, habiéndose levantado muy de mañana, para ejercitar su pobre oficio, yendo cargados sus asnos, vido en medio de la calle un talegon; dándole con el pié, vido que eran dineros, y que á gran priesa venia uno de á caballo en busca de ellos. Para mejor cogerlos á su salvo, echóle la tierra encima. Como llegase el mercader, y le dijese: Buen hombre, habeis visto un talegon que se me ha caido con cierta cantidad de moneda? le respondió: Dejadme, cuerpo de tal con vuestra talega ó talegon, que harto tengo que ver en volver á cargar esta tierra, que me ha echado el asno. Ido el mercader, cargó el astucioso hombre su tierra con el talegon; y llevándole á casa, él y su mujer de muy regocijados se pusieron á contar los dineros; y de ver que eran cruzados de oro de Portugal, regostáronse con ellos de tal manera, que no habiendo sentimiento, se les cayó uno detrás de la caja que estaban contando, y vueltos en el talegon como se estaban, alzólos la mujer.

El mercader por parte del alcalde mandó publicar, que cualquier que se hubiese hallado un talegon con cien cruzados de oro, que los manifestase, y que le darian diez por buen hallazgo. Venido á noticia del ti-

ratierra, díjolo á su muger: ella no queriéndoselos dar en ninguna manera, él con buenas palabras indujóla, que de mas conciencia y mas provecho les seria tomar diez ducados de hallazgo, que los cien cruzados no siendo suyos; y así se los dió. El buen hombre venido delante del alcalde, manifestó los dineros; los cuales vista la presente libró en poder del mercader, habiendo dado sus testigos, y razon satisfactoria que eran suyos. Y como el mercader los reconociese, y hallase uno menos, dijo: Mire vuestra señoría, que aquí no hay sino noventa y nueve cruzados, y los mios son ciento, cómo quiere que se determine este negocio? Pensando el alcalde que no fuese maña del mercader, por no pagar el hallazgo prometido, dijo: Ya lo entiendo, que no deben de ser esos los vuestros dineros; volvérselos al buen hombre. Vueltos mas por fuerza que por grado, fuése el tiratierra muy alegre á su casa, y antes que á ella llegase encontró con un aguador, gran amigo suyo, que se le habia caido el asno en un lodo. Y rogándole que se lo ayudase á levantar, tomóle de la cola, y tirando de ella, quedósele en las manos; por lo que el aguador empezó á dar voces: Don traidor, pagadme mi asno, que me habeis desrabado. El tiratierra medio turbado de lo que le habia acontecido, dando á huir, encontró con una mujer preñada, de tal manera que cayó, y fué asido del porqueron, y la mujer del encuentro malparió. Vista la presente.

Ansí que asido el tiratierra, y detrás de él el amo del asno, y la muger y su marido, fueron delante el alcalde. Oida la queja tan graciosa del amo del asno, que se lo pagase, porque se lo habia desrabado, y la necia demanda del marido, porque se afligia en extremo, diciendo, que de que manera podia sentenciar su señoría, que su mujer estuviese preñada como se estaba, oidas las partes, dió por sentencia, que en cuanto la demanda del asno, que se lo llevase el tiratierra á su casa, y que se sirviese de él hasta en tanto que le saliese la cola; y porque el marido replicó, de qué suerte sentenciaria que su muger estuviese preñada como se estaba, sentenció que se la llevase el tiratierra á su casa, y que trabajase de volvérsela preñada, con tal que su muger fuese contenta. La cual sentencia fué muy aprobada, y reida del pueblo, y obedecida, aunque le pesase, del insipiente marido. Viniéndose el tiratierra á su casa alegre y regocijado, por verse señor de dineros, y de asno, y de mujer nueva, salió la mujer á recibille, diciendo: ¿Qué es esto, marido? Respondió: Ventura, muger; toma ese talegon, que los cruzados son nuestros. Pidióle mas: ¿Y el asno? Tambien es ventura, porque me ha de servir hasta que le salga la cola. Replicó: ¿Y la muger? Respondió: Tambien es ventura, pues la tengo de volver preñada á su marido. ¿Cómo de volver preñada? dijo la mujer, ¿á eso llamais ventura? no es sino desventura; ¿dos mandadoras en una casa? Respondió el marido: Catad, mujer, que el juez lo ha mandado. Aunque lo mande y remande, dijo la mujer, yo soy la que mando en mi casa, y por el siglo de mi madre tal no entre de las puertas adentro. Despidiéndola, como el marido de ella la hubiese seguido, ya presumiendo lo que se podia seguir, cobró su mujer muy satifecho y contento. A cabo de dias tornó el mercader

á suplicar al alcalde, dando otros testigos de fe y de creencia, como eran suyos los cruzados, por lo cual mandó llamar al tiratierra, y que trajese el talegon con los cruzados. Traidos, mandó el alcalde que se los diese. Dijo el tiratierra al punto que se les dió, pensando que tampoco los recibiria : Mire, señor, que no hay mas de ochenta, porque los otros se han gastado en alhajas de mi casa. Respondió el mercader : Ochenta ó setenta, dad acá, que no quiero contallos, que mas vale tuerto que ciego, que yo los recibo por ciento. Anda con Dios. Contentas las partes, cada cual se fué á su posada.

Oyendo el aguador que todos habian cobrado sus haciendas, así el mercader sus dineros, como el otro su mujer, pareció delante del alcalde, suplicando que le mandase restituir el asno, que él era contento de recibille desrabado; ansí como estaba proveido cobró su asno, y el tiratierra se quedó con veinte ducados, y libre de los querellantes.

PATRAÑA SÉPTIMA.

La duquesa de la Rosa
Siendo sin culpa culpada,
Por justicia fué librada
Dándola por virtuosa.

A una hija del rey de Dinamarca, hablándole por marido al duque de la Rosa y al conde de Astre, porque el duque era feo, aunque rico en ditado, y el conde hermoso, y no de tanta renta, no quiso determinar cosa, sin que el rey su padre lo determinase. Determinado por el padre, señaló al duque de la Rosa. Pues hechas sus bodas competentes á sus estados, llevóse el duque á su mujer á sus tierras, acompañada de grandes señores muy honradamente, adonde de continuo la duquesa vivia con deseo de ver al conde de Astre por si era tan hermoso como se lo habian pintado, sin ningun pensamiento malo, ni perjuicio de su honra, en cumplir su vano deseo : fingió al duque que habia prometido de ir en romería á la casa de Santiago, si Dios le hacia tamaña merced que casase con él, y que pues habia alcanzado lo que tanto deseaba, que no le negase aquel camino. Y todo este fingimiento era por ser el romerage derecho por donde estaba el conde de Astre; á lo cual respondió el duque : Que vayais á semejantes romerías, señora duquesa, bien me place, que cosas santas son y buenas; pero sin compañía, y el fausto y honra que á mí pertenece, podríanme culpar, y á vos os suceder algunos inconvenientes. Respondióle la duquesa : Para eso buen remedio siento si vuestra señoría quiere ; y es, que Palestino vuestro mayordomo, y Apiano mi camarero, honrados hombres, á quien mas que á mí se les puede fiar, en trajes de pobres peregrinos, yo juntamente con ellos, podemos seguir tan santo camino. Contento el duque, aderezaron y siguieron su camino. Venida la duquesa en traje de romera, y los dos que la acompañaban, á

la villa de Astre, adonde el conde que ella ver queria habitaba, no habiendo oportunidad de verle, á causa de ciertos bandos que traía, hizo la duquesa que aguardasen un dia de fiesta, diciendo que queria ver como solemnizaban los oficios en aquella villa. Venido el dia, púsose junto á la pila del agua bendita por donde el conde habia de pasar; pues como pasase, y la gente que con él venia iba muy recatada, tuvieron mientes cuan ahincadamente aquella peregrina lo estaba mirando; temiendo que no fuese alguna espía, dijéronselo al conde; por donde el conde mandó que vista la presente fuesen á la peregrina, y á los que venian con ella, que de su parte, buena é cortesmente los convidasen á comer, y cuando no, que forzosamente los llevasen á palacio. Idos, y convidándolos, la duquesa alegremente acetó el convite. Venido el conde á comer, mandólos servir á los tres juntos en la mesa á una parte. Ya despues de haber comido, preguntóles el conde de que provincia ó reino eran, y adonde iban; diciendo que á Santiago, nunca el conde lo quiso creer; sino que culpándolos de espías, los mandó á todos poner presos.

Viéndose en tal aprieto la duquesa, apartando al conde en secreto, le dijo: Sepa vuestra señoría que no somos espias, ni traidores, ni Jesucristo tal quiera ni mande: sino que le quiero decir la verdad. pero hame de dar la palabra de leal caballero, de no descubrirme á persona de esta vida; prometiéndoselo, dijo: Sepa vuestra señoría, que yo soy la duquesa de la Rosa, hija del rey de Dinamarca; y la causa de yo venir por su tierra de esta suerte, ha sido por ver su hermosura y agraciada presencia, si era tal cual me manifestaron cuando mi padre determinó de darme al duque de la Rosa por marido; y no lo tomes á jactancia, noble señor, que mucho mas es de lo que dijeron; ni por eso me has de culpar de liviana, sino que te suplico que sin detrimento de mi honra y fama me dejes volver á mis tierras; y sueltes esos dos honrados hombres, que mi castidad acompañan; y mas te pido de merced, que dejes de hacerme aquel acatamiento, que por tu sobrada virtud pretendieres que merezco, porque no sea descubierta. El conde entónces disimuladamente los hizo soltar, y dar como por via de caridad gran copia de dineros y joyas. Despedida la duquesa, y vuelta de Santiago á la presencia del duque su marido, fué recibida con gran regocijo de todos sus vasallos.

De allí á procos dias el mayordomo, enamorado de la duquesa, tuvo atrevimiento de descubrirle abiertamente su mal deseo. Ella, como prudentísima y cuerda, desvióselo lo mejor que pudo, amenazándole que se lo diria al duque su marido, si mas la importunaba sobre caso tan feo. El mayordomo, viendo en el mal caso que habia caido, por encubrir su bellaquería y maldad grande, urdió otra peor; y es, que se fué á un hermano suyo, diciéndole que por causa que la duquesa se revolvia con un cierto mancebo, que entraba secretamente en su retraimiento, le biciese merced de ponerse escondido detrás de las cortinas de la cámara de ella, para saber ciertamente quien fuese. Contento, y puesto donde le habia dicho, fuése el mayordomo al duque de presto, diciendo: Señor, sepa tu señoría como la duquesa tu mujer te hace alevosía con mi propio hermano: ven conmigo, y verlohas, porque mas crédito me des, que

delante de tus ojos daré fin á su vida, que mas quiero que fenezca un traidor, que no que sea deshonra de tu noble y esclarecido linage. Idos los dos al aposento y retraimiento de la duquesa, el mayordomo, sin mas decir palabra, juntó con su hermano, y dióle de puñaladas, de suerte que le mató. La duquesa, espantada de ver semejante caso, dijo : ¡Ay redentor mio, y salvacion mia! ¿y que puede ser esto, ó qué yerro puede haber cometido este desdichado? Vos lo cometistes, dijo el duque, falsa, enemiga, y adúltera malvada : por donde luego proveyó que fuese puesta en una torre : y por bien que le dió con mil juramentos sus disculpas, no aprovechó ninguna cosa, sino que le concedió plazo de cuarenta dias, y que en este tiempo estaria el mayordomo muy á punto armado en el campo, por si alguno la quisiese defender, y cuando no, que el plazo cumplido la mandaria quemar.

La pobre y afligida duquesa, no teniendo otro remedio, esperando el socorro de Dios, escribió una carta para el conde de Astre, haciéndole saber su inocencia y falsa acusacion, y prision en que estaba puesta, y dióla al camarero, que vista la presente la enviase con mensagero cierto. Recibida que fué la carta del conde, dió por respuesta, que en ninguna manera podia ir; y por otra parte él, y otro caballero muy privado suyo, armados en blanco se fueron derecho al ducado de la Rosa. Allegados, el conde hubo unos hábitos de fraile, y sube á suplicar al duque, que le dejase entrar á confesar á la duquesa por ver si le podria hacer confesar la verdad de lo que pasaba : dada licencia, entró á confesarla, y en la confesion dijo la duquesa como era sin culpa de aquello que el duque con tanta reguridad la inculpaba; y que no le debia otra cosa, sino que por haberle alabado la hermosura del conde de Astre, habia fingido una romería para irle á ver, y gozar de su vista. Acabada su confesion, se volvió el conde muy satisfecho á su posada; y armado en blanco él y su compañero salieron al campo, diciendo como venian por defender la duquesa, y que saliesen dos á dos como ellos eran : para lo cual se determinó de armar el duque, y salir juntamente con el mayordomo. Venidos á la pelea, el duque de la Rosa fué muerto por el compañero del conde; y el mayordomo, teniéndolo en tierra el conde para degollar, suplicóle que no le degollase hasta en tanto que hubiese confesado la verdad : contento, publicó á voces muy altas toda su maldad y bellaquería, dando por libre á la noble duquesa del adulterio que le habia levantado. En esto suplicaron los jueces al conde que lo librase en su poder, porque ellos pretendian hacer justicia cual el caso requeria. Librólo el conde sin contradicion ninguna; y él y su compañero, vista la presente, se salieron de la ciudad, caminando para su condado.

Despues los jueces, vistas las confesiones del mayordomo, primero y principalmente dieron por libre á la duquesa, y al duque enterraron con mucha solemnidad y honra; y al mayordomo atenazearon y quemaron. Acabado todo esto, los mas principales de parte del pueblo vinieron cargados de luto á visitar á la duquesa, en señal y demonstracion del pesar que habian concebido en la muerte del duque, y á relatarle de parte del pueblo, que si determinacion tenia de volverse á las tierras de su padre

el rey de Dinamarca, que ellos la volverian con todo aquel acatamiento y estado que merecia; y que si quedarse determinaba, por causa que el ducado quedaba sin heredero, se ofrecian todos de muy buena voluntad de obedecella por señora, con tal que se habia de casar dentro de un año, y el marido á contento y por consejo de todos ellos elegido. Oyendo la duquesa su deliberacion y amorosa embajada, respondió : Que se tenia por mas que dichosa de quedarse duquesa de la Rosa, y obedecer aquello que por su consejo determinasen; pero con tal condicion, que de todo lo contenido diesen parte al rey de Dinamarca su padre. Contentos con esto se despidieron, y enviaron sus embajadores con la presente carta:

« A tí el rey de Dinamarca, á quien salud y vida por infinitísimos años » deseamos. Hacémoste saber cómo por la bondad de tu única hija y se» ñora nuestra, y falsedad y atrevimiento de Palestino, ha sido servido » Dios, por su dispensacion divina, al duque de la Rosa y señor nuestro » privarnos de la vida. El caso ha sido, que requiriendo de amores el Pa» lestino á la duquesa tu hija, y como ella con su encumbrada virtud se » lo desviase, amenazándole que se lo diria al duque, el traidor, de » miedo de esto, y por mas acreditar su mentira, añadió á un mal otro » peor; y es, que indució á un hermano suyo diciendo, que porque tenia » sospecha que la duquesa se revolvia con un page de palacio, que él le » pornia secretamente en la cámara de ella detrás de sus cortinas, para » saber quien podia ser el atrevido page; puesto, fuése derecho al duque, » informándole que la duquesa su mujer le hacia maldad con un her» mano suyo, y que á sus mismos ojos se lo haria ver. Entrados los dos » en la cámara, lo primero que hizo Palestino, sabiendo en qué lugar » estaba escondido su hermano, fué ajuntar con él, y dalle de puñaladas; » de tal manera que allí perdió la vida sin poder hablar. Vista tan cierta » (con apariencia de verdad) la falsa acusacion, mandó el duque, segun » las leyes y constituciones nuestras, poner presa la inocentísima du» quesa, y que Palestino estuviese armado en campo, por espacio de » cuarenta dias, por si alguno la quisiese defender. En este término limi» tado vinieron dos extraños y no conocidos caballeros, diciendo que » saliesen otros dos contra ellos, que ellos les harian conocer cuan fal» samente era acusada la duquesa; y como no hubiese quien acompa» ñase á Palestino en tal querella, teniendo por muy justa su acusacion, » salió el duque con él para contra los dichos caballeros, de tal manera » que fué muerto; y vencido Palestino, y confesando su traicion, le sen» tenciamos á cruda muerte; y la duquesa tu hija volvimos en su estado » y honra cual merecia. Y con voluntad suya y nuestra, la instituimos de » nuevo por señora absoluta de nuestro ducado : por tanto te suplicamos » que lo mas presto que fuere posible vengas á verla, y des tu parecer, y » pregones por todo tu reino (por no ser conocido el caballero que venció » á Palestino) que parezca ante nos, que sin cavilacion ni sospecha nin» guna le aseguramos la vida y estado; y pretendemos casarle, si fuere » contento, con la duquesa, y aceptalle por señor; pues en tanto riesgo

» de la vida defendió su honra : y con esto besamos tus reales manos ; y » Dios sea en tu guarda , y á nosotros consuele. Amen. »

Leida que hubo la carta el rey, fué tanto el enojo que tomó, que vista la presente se retrajo en su real aposento, y de tres dias no quiso que ninguno le hablase ; y mandó cortarse paños de luto para él, y todos sus criados y servidores, y enderezó su camino para verse con su hija ; el cual en breve tiempo se vido con ella, y los mismos grandes y señores que le escribieron la carta pregonaron por su tierra y diversas provincias, con aseguramiento de vida y estado, que el caballero que habia vencido á Palestino, quien quiera que fuese, le prometian dar á la duquesa por mujer, y aceptalle por señor. Llegadas estas nuevas al conde de Astre ; aderezado ricamente cuanto pudo, y acompañado de todos los grandes de su condado, caminó hácia al ducado de la Rosa, pero ántes que á él llegase, escribió una carta de su mano á la duquesa notificándole todo lo que con ella habia pasado, y junto con la suya la carta que ella le escribió, y mas le dió señas de algunas palabras de cuando se confesó con él entrándola á visitar en hábitos de fraile estando presa, y por su confesion habia salido en campo, y habia vencido el mayordomo Palestino ; y que por tanto venia camino derecho de su ducado, con el ofrecimiento que los suyos habian pregonado, con deliberacion de casarse con ella. Leida la carta por los mas principales del ducado en presencia de la duquesa y del rey de Dinamarca su padre, preguntáronla, que si era contenta de casarse con el conde, á lo cual respondió, que pues ellos así lo habian determinado, que se tenia por muy pagada y dichosa. Vista su tan humilde respuesta, suplicáronle que se quitase el luto, y se vistiese ricamente cual su estado requeria ; y asimismo el rey de Dinamarca, que saliese con ellos para recebir al conde. Contentos hiciéronle un solemnísimo recibimiento, y le aposentaron en palacio. Y aquella noche fué desposado con la duquesa con muchas galas y fiestas ; y despues en el otro dia siguiente oyeron su misa, y fueron celebradas las bodas, y al conde juraron por duque de la Rosa. Adonde vivieron por muchos y largos años á servicio de Dios.

De este cuento pasado hay hecha comedia, llamada de la *Duquesa de la Rosa*.

PATRAÑA OCTAVA.

Severino cautivaron,
Y fué llevado á Turquía ;
Despues con mucha alegría
Rosina y él se casaron.

Un mercader de Barcelona, llamado Hilario, envió á Nápoles á un hijo suyo Severino, para que le cobrase cinco mil ducados que allá le debian.

Cobrado que los hubo, dióse tan buena diligencia, que en breve tiempo se los ganaron otros mercaderes de la misma tierra. Quedando sin blanca, y sabiendo que estaba una nave que hacia vela para Barcelona, embarcóse en ella. Y llegando despues de su navegacion en el puerto que deseaba, desembarcó Severino, y entróse en la ciudad de Barcelona. Y como fuese muy de noche, y no hallase posada, determinó de recogerse debajo de su padre, porque no le quitasen la capa, si por caso se durmiese. Estando allí puesto, se sintió que de la calle tiraron una piedra á una ventana de la mesma casa, y salió una mujer que dijo : Señor, á las doce vendrá vuestra merced, que agora no hay sazon. Ido el hombre que tiró la piedra, cerca de las doce salió Severino debajo el banco donde estaba; y tirando su piedra, salió la mujer á su ventana, y dijo : Tome, señor; y él parando la capa, echóle un lio de ropa con riquísimas joyas revueltas en él. Y diciendo : Ya bajo, á cabo de rato vídola salir por la puerta : y no fué salida tan presto, cuando se abrazó con él, diciendo : Vamos, señor mio; y tomándola de la mano, saliéronse de la ciudad caminando hácia Valencia. Cuando fueron bien lejos, y ella viese con la claridad del dia que no era el que pensaba, maldecíase haciendo grandísimos extremos, á lo cual respondió Severino : No os maldigais, señora, antes os habeis de tener por dichosa en haber caido en mi poder, porque sabed que soy hijo de Hilario, mercader riquísimo de esta ciudad. Conociéndole, y que ya no habia remedio en lo hecho, siguieron su camino, y por la presencia del dia, por no ser descubiertos, metiéronse en un bosque, adonde se dieron palabra y fe de marido y mujer, y efectuaron con mucho regocijo el matrimonio. Pues como en el bosque no hubiese agua para beber, determinó Severino de llegarse á la marina, tanto por buscar agua, como por si veria algun bajel para poderse embarcar con Rosina, que así se decia. Fué su desdicha tan grande, que en llegando á la mar fué preso de moros. Ella conociendo que se tardaba, subióse sobre un recuesto, y vido como se lo llevaban cautivo. Conociendo que la fortuna la perseguia, usó de ánimo varonil; y es, que se hizo un talegoncillo, en el cual puso todas las joyas que llevaba; y cosido, se lo ciñó junto á la carne. Y mirando á qué parte la guiaria la ventura, vido muy lejos de allí una casa, y aguijando hácia ella, por estar cerrada, y llamar, y nadie no responder, determinó de entrar dentro por una pared bajuela que habia. Entrado, halló (por ser majada de ganaderos) en un retrete todo un aderezo de pastor, por donde luego en un instante se despojó de sus ropas, y se vistió á modo de zagal; y determinándose llamar Severino, el nombre propio de su marido, caminó para la ciudad de Valencia. Y allegandóse al Grao, para holgarse algunos dias, díjole un mesonero que si queria estar con él. Contenta, preguntóle que como se llamaba : diciendo que Severino, hicieron su afirmamiento.

Dejemos agora á Rosina en hábitos de hombre, y vamos á Severino. El cual como se viese cautivo, dijo que se llamaba Rosino, el nombre de su señora. Traido en Constantinopla por ser los moros corsarios de Turquía, vino por parte al gran turco; el cual por parecerle bien le hizo ataviar, y que sirviese en palacio. Rosino como fuese muy servicial, y que en ex-

tremo trabajaba de agradar á todos, y gran músico de vihuela, de muchos era amado, especialmente del turco, porque las mas noches le hacia tañer y cantar ante él. Y con esta conversacion, la hija del gran turco (que Madama se llamaba) se enamoró de él. Y no sabiendo de qué modo manifestarle su deseo, suplicó al padre que á Rosino se lo diese por maestro, para que le mostrase tañer. Contento el gran turco, en la conversacion y tratamiento tuvo noticia Rosino cómo Madama estaba presa de amores de él, el cual disimulaba sabia y discretamente, por no perder lo que hasta entónces habia ganado, no dejando de recibir algunos dones y mercedes que de cada dia le hacia, en cuenta de maestro. En este tiempo allegó una nave de Barcelona en Constantinopla, sobre seguro. Sabiéndolo Rosino, fuése á los marineros de ella, rogándoles que si les preguntaban de quien era hijo, que dijesen que era de gran linage, que no perderian nada por ello. Pues como Madama supiese que aquella nave era de la ciudad de su maestro, secretamente envió que se informasen de Rosino su maestro, de qué linage y estado era. Habida relacion que era hombre de estado, muy mas se le acrecentó el amor que le tenia. Y sabiendo que estaba la nave de partida, dióle Madama á Rosino una cajuela de riquísimas joyas para que enviase á su padre y madre, y mas un anillo para que se desechase el que llevaba, el cual era el que Rosino le dió en señal de casamiento en el bosque, y trajese aquel en su servicio. Recibidas la joyas y vistas cuan riquísimas y sin precio eran, estuvo muy maravillado de su liberalidad; y cerrando la cajuela, puso juntamente con ella el anillo de Rosina; y cerrada y sellada cual convenia, dióla á los marineros, estrenándoles muy bien, diciéndoles que diesen aquella cajuela de bálsamo en Barcelona á su padre Hilario. Despedidos los marineros, hicieron su viage bueno y salvo, sino que, no pudiendo tomar puerto en Barcelona, los trujo la fortuna á la playa de Valencia; y aun allí hubieron de echar ropa en mar. Y por salvar la cajuela tan encomendada, salió un marinero á tierra con ella, la cual dió á guardar á un mesonero del Grao; y por dicha vino á caer en manos de Rosina, que Severino se llamaba. Pasado el mal tiempo, adobaron su nave los marineros, y teniendo viento natural de su navegacion hicieron vela, olvidándose la cajuela. Rosina, viendo que se habian descuidado, hizo leer un albaran que estaba escrito y fijado en ella, que decia: Sea dada á Hilario en Barcelona. Calló, y disimuladamente á la noche viniendo á abrilla, por ver lo que podia haber dentro, á la primera vista que vió, fué el anillo que habia dado á su querido Severino; por donde maravillada de tal cosa, y mas de las riquísimas joyas que con él venian, dijo: Santa Marta, señora, ¿qué señal ó vestigio puede ser este? ¿es quizá por desdicha mia muerto mi amado y esposo Severino? y cuanto pudo de presto tornar á cerrar la cajuela, y continuando sus oraciones, que Dios le diese nuevas de su vida ó de su muerte, pasaba sus dias y noches tristes con mil sobresaltos que la combatian.

Volviendo á Severino, de como era molestado de los amores de Madama, y él no queriendo conceder en ellos, proveyó Dios de remedio, y fué que allegó en Constantinopla una nave española; y habiendo despe-

dido toda su mercadería con el salvo conduto que tenia del gran turco, y estando para hacerse á la vela, Madama suplicó á Rosino que los dos se fuesen con aquella nave que estaba de partida, que ella le daria gran cantidad de dineros y joyas. Fingiendo que era contento, recibido que hubo lo que habia prometido, embarcóse sin ella; y tuvieron tan buen tiempo, que en breves dias llegaron á España, y vino á aportar á la playa de Valencia, adonde desembarcó con todas sus riquezas. Vino á posar donde Rosina estaba en hábitos de hombre, y como sintiese que se llamaba Severino, y estuviese muy ahincadamente mirándola, estaba dudando si era ó no era ella, y por mejor certificarse de ello, apartóla en puridad; por donde se vinieron á conocer, y abrazarse del gozo que concibieron. Y ella se manifestó como la cajuela estaba en su poder de las joyas que enviaba á su padre, con el anillo que ella le habia dado en el bosque. Severino, muy alegre de ello, manifestó al mesonero como Severino se llamaba Rosina por otro nombre, y era su mujer y esposa amada suya; y que por habelle hecho tan buen tratamiento en su casa, se lo agradecia en grandísima manera, y sin eso le dió algunas joyas. Y ataviando á Rosina de muy riquísimas ropas y joyas, se embarcaron para la ciudad de Barcelona: adonde dándose á conocer á sus padres fueron muy bien recibidos, y de allí á pocos dias celebradas sus bodas con alegre y suntuoso regocijo.

PATRAÑA NONA.

Por causa de un cadenon
A Marquina maltrataron,
Las narices le cortaron,
Y á su marido un jubon.

Tancredo, gentilhombre, sirviendo á Celicea, muger casada, que vivia junto á casa de un barbero, fué tanta la conversacion que tuvo con Marquina, mujer del barbero, que hallándola llorando un dia, le dijo: ¿Sepa yo, señora, de vuestra merced de que llora? Respondió: ¿No le parece que tengo de que llorar, señor? que ya ha dos meses que no ceno, ni duermo con mi marido. Dijo: ¿Porqué respecto, señora? Respondió: Porque lo merece, pues no me quiere dar treinta ducados que me ha prometido para un cadenon de oro de estos que se usan. Dijo Tancredo: ¿Y de eso se ha de fatigar, señora? Yo se los prometo de dar, con tal que recabe vuestra merced con la señora su vecina Celicea, haga lo que por diversas veces le tengo rogado. Marquina, codiciosa de haber cadenon, prometiéndoselo, dióle parte á Celicea de la pasion que Tancredo por ella pasaba; importunándola que no dejase de hacer por él, sabiendo que era hombre de bien, y que le podia socorrer de muchas necesidades. Fué tanta la importunacion de Marquina, que Celicea le dió palabra de hacer lo que mandase, y que seria de esta suerte; que su marido de allí á

dos dias se habia de ir de la ciudad, y que ella le daria entrada, pero con tal condicion, que fuese por su casa por mas guardar su honestidad. Hecho el concierto, el marido de Celicea, ya recelandose de Tancredo, ántes que se partiese pidió á Marquina una navaja, diciendo que la habia mucho menester. Dejada, fué su camino. A la noche, entrando Tancredo en casa de la señora Celicea por el tejado del barbero, á cabo de rato tocó á la puerta el marido, por do de presto se volvió á salir. El marido viendo la cama sahumada, reconoció toda la casa, y vuelto á su mujer, dijo: Teníades algun concierto; ¿paréceos bien, no estando vuestro marido en la ciudad, hacer estas infamias? Ella, desculpándose lo mejor que pudo, y él amenazándola, de puro enojo apechugó con ella, y la ató en un pilar que habia en medio de la casa, con las manos atrás. Dejóla allí diciendo: Esa será tu cama sahumada, bellaca traidora, y ahí dormirás esta noche, y él acostóse en su cama. Como la mujer gimiese y llorase, y la buena de la barbera estuviese acechando lo que pasaba, por codicia de ganar los treinta ducados para su cadenon, entróse quedítamente por el terrado. Y acercándose á Celicea, le dijo: Señora, el mejor remedio del mundo tienes agora si tú quieres hacer por Tancredo, pues tu marido está sin lumbre y duerme. Respondióle: ¿Cómo, ó de que manera? De esta, dijo Marquina, que yo te desataré de donde estas; y tú atarme has á mí; porque si viniere á conocerte tu marido, no te halle menos, y vete, que en mi terrado hallarás á Tancredo que te está esperando. Contenta, desatada que fué Celicea, ató muy bien á Marquina, y fuése á holgar con su amante.

En este medio como el marido despertase, y se viese sin lumbre, dijo: ¿Qué tal estais, mujer, dormis, ó velais? Como Marquina callase por no ser descubierta, levantóse de presto el marido diciendo: ¿Qué soy algun loco por ventura, mujer, que no me volveis respuesta? Espera, que yo os haré que hagais mal gozo á quien bien os quiere. En esto tomó la navaja, y acercándose á ella le cortó las narices, y volvióse á acostar. A cabo de rato vino Celicea, y desató á Marquina, y Marquina ató à la señora Celicea, dándole parte cómo su marido le habia cortado las narices pensando que fuese ella. La cual se fué sin narices muy congojada á su posada; y á Tancredo dió despedida, recibiendo los dichos treinta ducados prometidos.

Celicea á cabo de rato empezó á quejarse diciendo: Señor Dios, pues vos sois testigo si tengo culpa, ó no, de lo que me ha levantado mi marido, mostrad agora milagro en mí, en curarme de mis narices. De allí á poco dijo: Gracias os hago, Señor, que estoy sana, sin mirar á las demencias de mi marido. Oyendo sus quejas, levantóse de presto, encendió lumbre, y encendida, fuése hácia su mujer. Y en vella con narices, arrodillóse á sus pies muy humilmente diciendo: Perdonadme, señora mujer, por el falso testimonio que os he levantado. Perdonándole, desatóla, y fuéronse á acostar marido y mujer muy alegres. El marido de la barbera como se levantase ántes del dia, porque habia de ir á afeitar fuera de la ciudad, y reconociese su estuche, y tentando, hallase menos la navaja, fué á pedirla á su mujer. Y como ella le diese mala respuesta,

tiróle el estuche; por donde ella empezó á gritar y dar voces. ¡Ay traidor! ay mal hombre! que me ha cortado las narices! A las desaforadas voces subió el alcalde, que iba rondando por la ciudad, para ver lo que podia ser aquello. Viendo la mujer sin narices, queriendo apañar de nuestro barbero, y él arrancase de su espada, haciendo resistencia, porque fué herido el porqueron lo llevaron á la cárcel, y por sentencia, á cabo de dias, le azotaron por la ciudad. Así que por codicia de una cadena de oro fué la barbera desnarigada, y el marido azotado.

PATRAÑA DÉCIMA.

Apolonio por casar
Con la hija de Antíoco,
Grandes infortunios tocó
Que pasó por tierra y mar.

Antíoco, rey de la ciudad de Antioquía, siendo viudo, tenia una hija llamada Safirea en tan extremo grado hermosa, que su gracia y gentileza sonaba por todas aquellas comarcas. Y como despues de su padre estaba determinado que habia de suceder en el reino, importunábanle grandes príncipes y señores de pedírsela por mujer; y como á él no le conviniese, porque no le amolestasen sobre ello, puso esta pregunta á la puerta de su palacio, que decia de esta suerte :

PREGUNTA.

Soy el que tengo y no tengo;
Caí sin me levantar;
De lo injusto me sustento,
Entro do no puedo entrar.

Notificado que cualquier que le declarase la sobredicha pregunta, de cualquier estado que fuese, le daria á su hija por mujer, cuando no, que le cortaria la cabeza : por este respecto ninguno hubo que se atreviese á pedilla, si no fué á cabo de mucho tiempo el príncipe Apolonio, señor de la provincia de Tiro, que por su agudísimo ingenio alcanzó la verdad del negocio. El cual por estar muy enamorado de la Safirea, vino delante del rey Antíoco para declararle la pregunta, y apartándole en puridad, le dijo : Tú eres, rey, el que tienes razon, y no la tienes : tienes razon, porque eres hombre; no la tienes, por vivir bestialmente en echarte con tu hija, y eso es sostenerte injustamente, y entrar donde no puedes entrar. Admirado el rey, viendo que habia acertado, sin mostrar ninguna perturbacion, dijo : Digno eres de muerte, Apolonio, porque no has dicho verdad; mas porque no me pintes por cruel, y ser la persona que eres, yo te doy un mes de tiempo para que mejor pienses en ello. Despedido Apolonio, vista la presente, se embarcó para Tiro, y Antíoco no le

hubo dado licencia que de allí á poco no se arrepintiese por ello; y de miedo que no fuese manifiesto su pecado, mandó á Taliarca, criado suyo, con otros hombres de mala vida, que fuesen tras de Apolonio, y como quiera que fuese, le matasen. En este intermedio, estando Apolonio en su tierra, y pensando que habia declarado la pregunta al rey Antíoco, y que no habia cumplido su palabra en darle por mujer á su hija Safirea, á quien tanto queria y amaba, tomó una nave, la cual cargó de mucho trigo y dineros, y joyas de infinita valía, y de aborrecido, se embarcó muy secretamente en ella con ciertos criados y familiares suyos de su palacio.

Los de Tiro, habiendo sentimiento de su tan aborrecible viage, y que la causa de ello era el rey Antíoco, por no haberle querido dar á su hija por mujer, concibieron tanta tristeza por ello, que vista la presente mandaron cesar cualquier trato que fuese de regocijo. Por lo cual la gente de la ciudad estaba puesta en gran aflicion y cuidado, por el amor de su querido príncipe.

Pues como desembarcase Taliarca en el puerto de Tiro, y hallase el pueblo tan triste, preguntando á un muchacho la causa de ello, respondió: Amigo, ¿qué no sabes tú que todo esto es porque el príncipe nuestro Apolonio no se sabe si es muerto ó vivo, que despues que vino de Antioquía no parece? Con esta relacion Taliarca con sus compañeros se volvió á embarcar muy satisfecho. Y venido ante su rey Antíoco, le dió aviso de lo que pasaba. Y luego inmediate mandó pregonar por todo su reino, que cualquier que le diese vivo al príncipe Apolonio, le daria mil pesantes de oro, y al que muerto, ó su cabeza, mil y quinientos. Volviendo al príncipe Apolonio, que con su nave seguia su ventura, vino á aportar en una provincia llamada Tarcia, y desembarcando, y paseándose por ella en traje de mercader, conocióle (aunque en bajos vestidos iba vestido) Heliato, senador de ella, que en dias pasados habia sido su vasallo, y llamándole por su nombre, no le quiso responder Apolonio. Heliato entónces tornó á llamar, diciendo: Rey Apolonio, ¿porqué quieres despreciar á quien favorecerte puede? pues certifícote, que si tú supieses lo que de tí sé, que tú me escucharias y gratificarias muy bien. A esto respondió Apolonio: Si te place, amigo, por lo que debes á virtud, me digas prestamente lo que de mí sabes. Sé, dijo Heliato, que el rey Antíoco ha hecho pregonar por todas sus tierras, que quien le diere tu persona, le promete dar cinco mil pesantes de oro, y el que tu cabeza, mil y quinientos. Así, dijo Apolonio, ¿y es tu pretension de ganar eso? Respondió Heliato: No plega á Dios, señor, que tal traicion cometa á quien por rey he obedecido algun dia; sino lo que te suplico es, que lo mas presto que puedas, dejes la Tarcia, que aunque sea señoría por sí, no podemos dejar de complacer al rey Antíoco, por algunas mercedes que de él habemos recibido. A esto respondió Apolonio: Si alguna gracia alcanzar de tí pretendo, ha de ser esta, que me aposentes secretamente por algunos dias en tu casa, á causa que vengo muy fatigado de la mar. Heliato atemorizado, y no sabiendo como se expedir de tal demanda, dijo: Señor, mi casa y todo cuanto hay en ella está presta para tu servicio, sino que

hay un gran inconveniente; y es, que perecemos de hambre, porque está la ciudad en gran estrechura de trigo, que no tenemos ya sino para tres dias: y mal podrá hacerte aquel tratamiento que mereces, quien de pan carece. Tanto mejor, dijo Apolonio, te deberias alegrar, y dar gracias á Dios, que á tal coyuntura me ha traido á tu querida y amada patria, porque te hago saber muy cierto, que traigo en mi nave cien mil hanegas de trigo, y lo desembarcaré en ella, si fuere contenta la señoría de Tarcia de tenerme escondido en secreto, y hospedarme en su tierra. En oir esto Heliato, del gran gozo y alegría que concibió en su corazon, se arrodilló á sus pies, queriéndoselos besar, y Apolonio no consintiendo, alzóle de tierra: alzado, suplicóle Heliato que se fuese derecho con él, que los senadores le estaban aguardando á consejo sobre la hambre que les apremiaba, y que allí notificaria su demanda y redencion tan preciosa como traia para todos. Idos delante los senadores, propúsoles muy en secreto Heliato, como aquel era el príncipe Apolonio, y si querian favorecelle en tenelle secreto en su tierra, les favoreceria de cien mil hanegas de trigo que traia en su nave; y estas vendidas al precio que le costaba, que era á razon de cuatro reales por hanega. Muy alegres los senadores por tan señalada merced, respondieron que eran muy contentos; que no solo le favorecerian, pero que perderian la vida y estado por él, si menester fuese. Desembarcado el trigo, el príncipe Apolonio, como simple mercader, lo quiso distribuir todo por sus manos al pueblo. Y así el que podia pagar pagaba, y al que no, fiaba; á los pobres labradores daba para que sembrasen, con tal que á la cogida se lo volviesen. Viendo los senadores tan gran misericordia y liberalidad en un hombre, le mandaron hacer una estatua riquísima de piedra mármol dorada, que en la una mano tenia un manojo de espigas, y en la otra dineros, como que se le caian de las manos, con un epigrama á los pies, que decia:

EPIGRAMA.

Este á Tarcia remedió,
Y aunque se mostró ser hombre,
De Apolo deriva el nombre.

Pasados algunos dias, como viesen los senadores la aficion y voluntad que en Apolonio habia puesto el pueblo, lo uno por temor que no se alzase con la tierra, lo otro porque no viniese á noticia del rey Antíoco, que á su enemigo favorecian, determinaron de hacelle príncipe y capitan de la mar, y darle cargo de treinta galeras que tenian; y así dándole parte de ello, fué muy contento de recibir aquel cargo, porque de aquella suerte pretendia estar mas á su salvo. Pues navegando Apolonio con sus treinta galeras, hizo tan señaladas hazañas, que de todos los cosarios era temido, y de los de la Tarcia muy honrado, sino que la fortuna le fué contraria, porque de allí á pocos dias le sobrevino tan gran tormenta, que se le perdió toda la flota, salvo una galera que volvió á Tarcia dando noticia de tan gran desdicha y pérdida, y la capitana que dió al traves en las costas de Pentopolitania, donde no ne salvó sino

Apolonio, que abrazado con una tabla salió á la ribera todo mojado; y estándose allí plañendo, de como la fortuna tan ásperamente le perseguia, juntó con él un pescador, preguntándole de qué nacion era, y qué buenaventura le habia traido en aquella provincia. Dijo Apolonio: Has de saber, hermano mio, que soy natural de Tiro; y viniendo pasagero en las galeras de Tarcia que han perecido, abrazado en una tabla soy escapado cual me ves. Viéndole el pescador de tan buena disposicion y crianza, le rogó que se fuese con él hasta su alojamiento, adonde le daria alguna de su ropa, en tanto que se enjugase la suya. Apolonio, agradeciéndole la merced que le hacia, siguió al buen hombre pescador, el cual le sustentó por algunos dias, incitándole que si queria ejercitar su oficio, que no le faltaria en que poder pasar la vida: respondióle Apolonio que no era de su condicion; le suplicó que le enseñase el camino de la ciudad, porque queria probar su ventura. Viendo su determinacion el pescador, púsole en el camino de la ciudad de Pentopolitania; y dándole dineros para el camino, le dijo: Mirad, amigo: parad mientes á los buenos, y guardad las orejas sobre todo, y cuando no halláredes en que pasar la vida, volveos á mi podre barquilla, que á fe de quien soy de nunca faltaros con mi poca laceria. Apolonio viendo su entrañable ofrecimiento, le abrazó, y dándole gracias por el buen consejo que le daba, se despidió de él. Y entrando por la ciudad, vido un trompeta que iba pregonando á voces muy altas: ¡Ha hombres! oid bien los que sois extrangeros, y diligentes en servir, y diestros en saber algunos virtuosos ejercicios y habilidades; acudid de presto á los baños reales, porque el rey se quiere bañar. Apolonio, apresurando el paso, siguió al trompeta, y vistos los baños, entróse por ellos, adonde viendo al bañador lo que hacia, púsose con muy buena gracia y diligencia en ayudarle. El bañador, en verle tan servicial, y de tan gentil presencia, preguntóle de qué nacion era. Apolonio le respondió, que de Tiro y que habia sido bañador en su tierra. En esto como llegase el rey y toda la caballería, atajóse la plática que los dos tenian, y lavando el bañador al rey, por probar su habilidad, díjole: Naufragio, ayúdame. Bañado que fué el rey, era uso á personas reales en aquella tierra, á la postre ungirlos con ciertas confecciones de ungüentos, y para esto suplicó Apolonio al bañador que le dejase hacer aquel ejercicio. Contento el bañador, fué tanta la sutileza y gracia con que Apolonio lo hizo, que el rey estuvo admirado de él.

Despues que el rey y todos los los caballeros se hubieron bañado, asentóse en una cuadra que habia muy encerrada, y mandó que todos los extrangeros que el trompeta habia llamado viniesen en su presencia, y allí, por holgarse con ellos, como lo acostumbraba, habia puestas cuatro joyas, para quien mejor saltase, y bailase, y luchase, y tirase la barra. Habiéndose todos probado en estas cuatro habilidades, no hubo quien mejor lo hiciese que Apolonio; y así le mandó librar el rey las cuatro joyas. Vuelto á palacio, estando las mesas puestas, para asentarse á cenar, platicando con sus caballeros dijo: Júroos en verdad, amigos mios, que estoy tan contento y satisfecho del servicio que me

hizo aquel mancebo hoy en el baño, como de cuantos servicios he recibido en aquesta vida, y mas de sus fuerzas y habilidades; ¿sabrá alguno de vosotros, acaso, de qué nacion es, ó cómo se llama? Respondieron que no sabian otra cosa, sino que tenia por nombre Naufragio. Pues llamadme á este Naufragio, dijo el rey. Idos, y venido Apolonio á palacio, por jamas quiso entrar de vergüenza delante la presencia real, á causa de estar muy mal vestido. Dándole al rey noticia de esto, mandó que le diesen unos ricos vestidos. Parecido Apolonio delante el rey, con aquel acatamiento que convenia, hízole asentar en una mesa que estaba en frente de la suya, y dar de cenar de las mismas viandas que él cenaba. Apolonio, viendo la magestad del servicio de la plata y oro con que al rey servian, estaba muy triste. En esto dijo el mayordomo al rey: ¿No ves el Naufragio cuan envidiosamente tiene el ojo al oro y plata de vuestra alteza? A estas inconsideradas palabras respondió el rey: Muy mal has juzgado, antes es de pensar que aquella tristeza debe de proceder de haberse visto en alguna prosperidad, segun muestra la autoridad de su persona. Acabado que hubieron de cenar, alzados los manteles, el rey hizo pasar á Apolonio á su mesa; y preguntándole de su estado y vida,

Respondió con un suspiro:
Sabrás, rey, que por amar
Perdí mi nombre en la mar,
Mi estado, y nobleza en Tiro.

Dijo el rey: En verdad, amigo, no te entiendo, si mas abiertamente no te declaras. En esta confabulacion entró por la sala la infanta Silvania, hija del rey, hermosísima en extremo grado; la cual por ser en aquella tierra uso y costumbre de besar en el rostro al rey, y despues á los que á su lado estaban, despues de su padre fué á besar á Apolonio: y como no le conociese, y le viese lleno de sobrada tristeza, dijo: Padre y señor mio, sepa yo, si puede ser, quien es este mancebo extrangero, que tanta honra recibe, y de tanta tristeza le veo rodeado. Dijola el rey: O dulcísima y amada hija mia! este mancebo has de saber que se llama Naufragio, y por el buen servicio que de él he recibido hoy en el baño, le he convidado á cenar. Lo que yo te mando agora es, que te sientes, y por regocijarle, te pongas á tañer y cantar un poco con tu cítara. Contenta Silvania, por complacer al mandamiento de su padre, cantó lo siguiente.

SONETO.

Naufragio, no te quejes de Fortuna:
  Si de prosapia generosa vienes,
  Entiende que sus males y sus bienes
  Estables nunca son en parte alguna.
Si claro ves que por razon ninguna
  No rige sus mudanzas ni vaivenes,
  Menos razon alcanzarás; ni tienes

Poder para quejarte en su tribuña.
Sabes de qué podrias tú quejarte
Con justa causa y venturosa suerte,
Con alegre semblante denodado,
Con espíritu sabio, moderado;
Porque mas presto no quiso traerte
Do Amor, franqueza tanto se reparte.

Acabado que hubo de tañer y cantar la infanta Silvania, todos quedaron muy satisfechos y regocijados, de ver cuan agraciada y artificiosamente habia tañido y cantado, sino Apolonio, que ninguna señal de alegría mostraba haber recibido; por lo cual dijo el rey : ¿Qué es esto, Naufragio? no te entiendo : todos á una de la música de mi hija se han contentado, y tú me parece que con callar la vituperas? Respondióle Apolonio : Magnánimo rey, pues me incitas á que diga lo que siento, has de saber que tu hija comienza á entender el arte de la música, pero no tiene alcanzada la perfeccion de ella. Así, dijo el rey, pues por amor de mí, Naufragio, que tomes la cítara en tus manos, para que todos gocemos de esa perfeccion que dices. Entónces Apolonio (aunque contra su voluntad) por obedecer su real mandamiento, cantó con la cítara, respondiendo al propósito de lo que la infanta Silvania le habia cantado, diciendo así :

OCTAVA.

Dama real, agraciada, y llena
De amor, piedad, favor y gentileza,
De verla sentir pena, de mi pena,
Siente mi corazon mayor tristeza,
Alegre su semblante, y vista buena,
Que solo para mí naturaleza
Formó en triste signo y aciago
Sobresaltos, perder, pasion, y estrago.

Tañido y cantado que hubo Apolonio, de ver la destreza y suavidad de la música, y la gracia y desenvoltura, y cuan á propósito habia respondido y cantado, el rey y los caballeros quedaron atónitos y maravillados, y mucho mas la infanta Silvania, cautiva y presa de sus amores, por lo cual suplicó al padre, diciendo : Amantísimo y querido señor padre, si por tiempo alguna merced de tu liberalísima mano concederme pretendes, esta por tu gran clemencia no me niegues agora, y es, que á este Naufragio me des por maestro, para que su muy perficionada música deprenda. Concediéndosela el padre, le mandó dar á Naufragio cien mil ducados, para que se aderezase, y pusiese en aquel estado de maestro, cual para su hija convenia, y le asignó un rico aposento, y mas seis criados para que le sirviesen. Pues como la conversacion de la infanta Silvania y del maestro Apolonio fuese tanta en la demonstracion de la música, y ella tuviese muy encelados sus encendidos amores, teniendo un dia oportunidad, le suplicó muy encarecidamente que le hiciese tan señalada merced de manifestarle de qué prosapia descendia, porque sus tratos y condiciones manifestaban proceder de alto linage. Viendo Apo-

lonio la aficion tan grande de su demanda, y las mercedes que de ella de continuo recibia, le prometió de decille su nombre, y la condicion de su estado, con tal que le jurase de tenello secreto. Prometiéndoselo, le dijo cómo era el príncipe Apolonio, dándole particularmente relacion de las desdichas que le habian sucedido, y que se tenia por dichoso de ser favorecido de su real alteza. De lo cual ella se holgó en extremo, y fueron mas presas y cautivas de amor sus entrañas; y como su pasion no pudiese manifestar, ó no quisiese por mas honestidad suya, cayó mala: de la cual enfermedad de muchos médicos fué visitada, y de ninguno conocida, y del padre en extremo grado complendida.

En esta coyuntura allegaron á la corte tres príncipes muy señalados, de un ánimo conformes, á pedir á la infanta Silvania por mujer, y que ella misma determinase y señalase (por quitarlos de contienda) á cual de los tres escogia por su legítimo marido. Ordenada su peticion, y venida á manos del rey su padre, llamó á su maestro Apolonio, diciéndole: Toma, Naufragio, esta descricion y voluntad de estos tres príncipes, que han llegado á mi corte, y preséntala á mi muy amada hija mia y discípula tuya, para que asiente, y señale de su mano, á cual de estos tres escoge por marido. Venida á manos de la infanta, tomóla sin perturbacion ninguna, y en ausencia de su maestro Apolonio asignó lo siguiente: El que yo amo y quiero por esposo, señor padre, y suplico que me deis, si pretendeis dar vida á esta hija vuestra, es el príncipe Apolonio. Pasados algunos dias, pidiéndole Apolonio el papel, para saber su determinacion, respondió que no lo daria á persona de esta vida, sino al rey su padre. Venido pues el rey al aposento de su hija, y sabida su voluntad, maravillado de leer tal nombre, la dijo: ¿Qué es esto, hija? no entiendo quien es este príncipe Apolonio, que de tu mano señalas por esposo. Ay! respondió con un apasionado suspiro la infanta, ¿quién ha de ser, sino mi muy amado y carísimo maestro, que hasta aquí por Naufragio habeis tenido? Muy bien entiendo y conozco tu mal, hija mia, dijo el rey, sosiégate, y no te aflijas tanto, porque si así pasa, cual tú me has informado, por las virtudes y fama que de él en mis reinos se ha divulgado y extendido, desde agora lo acepto por mi yerno, y te lo concedo por marido; y con esta esperanza se despidió de ella, y dió por desculpa á los príncipes que por mujer la pedian, que era imposible, por hallarse mal dispuesta, determinase entónces su hija de señalar marido, y que por tanto perdonasen, y así se despidieron, volviéndose á sus tierras.

El rey, no descuidándose de la salud de su querida hija, llamó muy en secreto á Apolonio, diciéndole: Yo te ruego, amigo Naufragio, por la fe que debes á Dios y á la órden de la caballería, me digas si eres tú el príncipe Apolonio. Respondió: No puedo dejar de decir la verdad por el juramento que me ha hecho vuestra real alteza: sabrás, alto rey, que lo soy; y presto y aparejado para hacer tu mandamiento. Respondióle el rey: Lo que yo mando no es otra cosa sino que tengas por bien de casarte con mi hija, porque esta es su voluntad y mia, siendo tú de ello contento. Agradeciéndole tan señalada merced Apolonio, queriéndose arrodillar para besalle las manos, el rey le abrazó con los brazos abiertos,

no consintiendo que se le arrodillase, sino dándole su bendicion y el parabien, se fué al aposento de su hija, y dándole parte de su casamiento, por ser la cosa que ella mas queria y deseaba, y en breves dias se levantó de la cama, y fueron ordenadas las bodas con mucha solemnidad y honra. Pero la noche antes que se velasen, el príncipe Apolonio determinó de ir al baño con aquella autoridad y regocijo que el rey su suegro acostumbraba, con los mas principales del reino. Ya que se hubo bañado, dióse á conocer al bañador, por tener ocasion de gratificarle el bien que por él habia conseguido, el cual como le conociese, se le arrodilló delante, suplicándole que le concediese alguna merced. Y así se la concedió, y vista la presente, le mandó que dejase de ser bañador, y fuese su camarero y camarera su mujer de la infanta Silvania; y para ello les proveyó de veinte mil ducados. Venido el dia de las bodas, fueron celebradas con abundancia de manjares, y máscaras, y danzas, en fin, como á personas reales. En las cuales se hurtaron ciertas piezas riquísimas de plata y oro, y por bien que hicieron sus diligencias y pesquisas, no pudieron descubrir quien habia sido el ladron, porque fué tan astuto y cosario, que vista la presente se embarcó con ellas, y le pasó en su barca el pescador que hospedó al príncipe Apolonio, dándole á entender que era platero, y que por no darle el precio conveniente de las piezas el príncipe Apolonio, se volvia á su tierra. Pues como le hubiese desembarcado, y el ladron no tuviese dineros para podelle pagar su pasaje, le dió un tazoncillo de plata. El bueno del pescador, con sus limpias y sanas entrañas le tomó, y volviendo muy alegre y contento á su casa, lo encomendó á su mujer que lo guardase. Pasados algunos años, viviendo descansadamente el príncipe Apolonio, su amada y querida mujer Silvania se sintió preñada, con la cual nueva y regocijo condució á su padre que jurasen á su marido Apolonio por rey de Pentopolitania, para que reinase despues de sus dias. Contento, fué su coronacion con riquísima suntuosidad celebrada, haciendo por tres dias continuas luminarias, fiestas, y al fin de ellos llegaron, en una nave que surgió en el puerto, unos embajadores del reino de Antioquía y de Tiro, con grandísimo aparato, supremamente ataviados. Y parecidos en la sala real, y postrados delante el rey Apolonio, con la competente ceremonia á que eran obligados, y su estado merecia, los de Antioquía relataron su embajada, diciendo como, por justicia divina, el rey Antíoco era muerto súbitamente, con un rayo que descendió del cielo, y á su hija la infanta Safirea la comprehendió de tal suerte, que por la misericordia de Dios vivió seis dias, en los cuales ordenó su alma, é hizo testamento, dejando por heredero y sucesor de todo su reino á tí el príncipe Apolonio, por el amor que le mostraste tener, poniéndote en riesgo de perder la vida, en declaracion de la pregunta. El cual testamento, teniendo por bueno y válido, los mas principales de la tierra han determinado hacerte la presente embajada para que lo mas presto que fuere posible, por pacificacion del reino, vayas á tomar posesion de él si servido fueres. Acabando los de Antioquía, los de Tiro le propusieron como, por la muerte del rey de Antioquía, Taliarco, por quererse apoderar de la tierra, fué expelido y lan-

zado de ella á fuerza de armas, por los mas principales del reino, y con el amotinamiento de la gente que le seguia, apañando ciertos bajeles que estaban en el puerto, se fué para Tiro, y hallando el pueblo discorde, por causa de tu real ausencia, se puso á defender la mayor parte, y echó de la ciudad los que menos y poco podian, y se apoderó de Tiro, haciéndose señor absoluto de tu reinado; por tanto los afligidos y desterrados pobres de tus vasallos, sabiendo que asistias en Pentopolitania, te hacen la presente embajada, suplicándote que mires que es gran negligencia tuya no recobrar tu estado, y redimir aquellos que por tuyos se nombran y tienen.

Oidas las dos partes, el rey los hizo alzar de tierra, y con un semblante grave y amoroso, los abrazó á todos igualmente, y dándoles respuesta que todo se remediaria, los mandó aposentar, y de todo lo sucedido dió parte al rey su suegro, y que su voluntad era de ir á tomar posesion de Antioquía, y recobrar su reino de Tiro. A esto le respondió que le parecia bien, y que no dejase de hacer todas las provisiones que para tal caso fuesen menester. Con esta liberal respuesta, luego proveyó que cualquier galera, ó nave, ó bajel, que fuese competente para guerra, se hallase dentro de un mes en el puerto de Pentopolitania. En esta sazon el pescador, teniendo necesidad de dineros, vino á la ciudad, trayendo el tazoncillo que le dió el ladron; y amostrándoselo á un platero para que se lo comprase, como ya todos estuviesen sobre aviso, luego fué preso y llevado delante el juez, y confesando la verdad, le sentenciaron á quinientos azotes, y le desorejasen, y fuese guardado para poner al remo. El rey Apolonio viniendo á visitar la cárcel para librar los condenados por sus sentencias, y reconocer los que estaban elegidos para las galeras, haciéndoles que pasasen delante de él, vino á pasar el pescador, y como le conociese, preguntóle la causa de su prision: contándosela por extenso, vino á pedirle que hubiese misericordia de él, en que no fuese afrentado, ni quitadas las orejas; á esto respondió el rey Apolonio: Razon tienes por cierto, que pues tuviste cuidado en que yo guardase las mias, que yo guarde las tuyas. Con tan señaladas palabras, viniéndole á conocer el pescador, se le arrodilló delante, y le besó las manos, y el rey le mandó soltar vista la presente, y le hizo que fuese su capitan, y patron de su galera real. Pasados algunos meses y dias, fué juntada la flota de número de noventa velas y seis mil combatientes. Con tan buen apercibimiento y aparejo, mostróse muy satisfecho y contento el rey Apolonio, sino que le molestaba la importunacion de la reina su mujer, que determinaba de embarcarse con él. Y como se lo hubiese desviado en diversas veces por causa de su preñez, recaudó con su padre que se lo mandase á su marido, que no tuviese pesadumbre de llevarla consigo, pues que primero y principalmente habia de ir al reino de Antioquía, para ser coronado y recibido por señor, y que allí se podria quedar entretanto que fuese á conquistar á Tiro. Con mandárselo su suegro, no pudiendo en ninguna manera contradecillo, hizo labrar una riquísima corona de oro, y aderezar una muy suntuosa nave para la reina su mujer, poniendo en ella todo lo necesario, así partera como ama, la cual fué la mujer del pesca-

dor, que entónces criaba; y otras cosas convenientes, por si acaso el parto le hubiese de tomar en la mar.

Embarcado el rey Apolonio y la reina su mujer con los embajadores y capitanes, y gente de pelea, y despedido del rey su gente, comenzó de hacer su viage con muy próspero tiempo. Pero al cabo de veinte dias habiendo navegado por la mar adelante, tomóle tan gran fortuna, y levantóse tan recia tormenta, que toda la flota fué desparcida para poder salvarse: y la reina de aquel sobresalto y enojo concebido, allí en la nave malparió una niña de siete meses, y tuvo el parto tan mortal, que se traspasó de tal manera, que creyendo ser muerta, todos los de la nave lloraban, y estaban puestos en muy gran tristeza. Sosegada ya la gravosa y pestífera fortuna, y juntada toda el armada, sin haber perdido ninguna cosa, dándole noticia al rey Apolonio de la desdicha tan grande que le habia sucedido á la reina su mujer, pasó de presto á la nave, y viéndola de aquella suerte, rasgó sus vestiduras, y abrazándola, decia: ¡O amada y carísima mujer mia! tan desacertada y breve habia de ser nuestra despedida! Harto os escusaba yo este triste y amargo viage para mí, en el cual veo que habeis perdido la vida, perdiendo toda mi gloria y descanso. En esto los grandes que allí se hallaron lo consolaron lo mejor que pudieron, y el patron de la nave le propuso que trabajase su alteza, lo mas presto que pudiese, de echar á la reina, pues era muerta, de la nave, antes que la mar hiciese algun movimiento, y se viese en algun peligro la armada. Vista su justa demanda, luego el rey proveyó que le hiciesen un ataud á la reina muy bien embetunado. Y puesta allí dentro, con sus ricos vestidos que llevaba, y su corona de oro en la cabeza, mandó, porque mas presto fuese vista adonde quiera que aportase, que en el ataud, en derecho de su rostro, hiciesen una rejuela, y puso en él mil ducados en oro, con una plancha de plomo escrita, que decia: El que hallare el presente cuerpo, por el hallazgo tomará los quinientos ducados, y los otros para que sea enterrada con aquella honra y solemnidad que á una reina se le debe.

Echado el ataud, siguiendo su ventura por las marítimas ondas, vino á aportar en la provincia de Efeso, á do saliendo unos médicos de la ciudad, para buscar ciertas yerbas, junto á la marina vieron el ataud que estaba cerca de tierra. Juntando con él, y sacándole del agua, de ver por la rejuela tanta magestad, estuvieron muy maravillados. Los cuales determinaron de llevalle á un rico monasterio de monjas que de allí cerca estaba. Así que llevado, y quitada la tabla de encima, y leida la plancha, como la mirase y tentase el pulso el mas sagaz y sapientísimo de todos, conoció que no era muerta aquella mujer. Por do mandó de presto que la sacasen del ataud, y la pusiesen encima de un alfombra, y que le hiciesen grandísimo fuego á los lados para que las venas se le escalentasen, y la sangre volviese en sí, y diese virtud á los espíritus vitales. Hecho esto, mandó luego que le aderezasen un lecho muy bien compuesto, y de allí á poco rato la hizo despojar de sus ricos vestidos, y desnuda como su madre la parió, en él acostada, con ciertos ungüentos escalentados, con aceites de mucha virtud y fragancia, la empezó de

ungir por todo su cuerpo. Con esto, á cabo de rato, tornando en sí la reina empezó de abrir los ojos, y reconociéndose, dijo, enderezando las palabras al médico que la estaba ungiendo: Di, hombre, ¿quién te dió á ti tanta licencia, para que mi real persona tocases? Digno eres de ser gravísimamente castigado. Antes no, respondió el médico, sino de vuestra real alteza gratificado, habiéndole restituido la vida. En esto la priorésa, y todas las demas monjas que estaban presentes, la consolaron, y le dieron muchas sustancias que aparejadas le tenian, y le manifestaron de la suerte que aquellos médicos la habian hallado á la marina, y dándole la plancha para que viese lo que en ella se contenia: vista, mandó luego que los quinientos ducados se diesen á los médicos, y los otros fuesen para el monasterio, y que sus ricos vestidos y corona real guardasen; y que su determinacion era, si servidas eran, de quedarse, y hacer vida con ellas hasta que Dios fuese servido, y su marido supiese de ella. Cuanto mandó lo cumplieron las monjas, vista la presente, agradeciéndole mucho su buena voluntad en querer quedarse en su compañía, y que la aceptaban por señora en el monasterio, y patrona de aquella santa casa.

Prosiguiendo su navegacion el rey Apolonio, vino á tomar puerto en breves dias en Tarcia, adonde no consintió que le hiciesen ningun recibimiento, sino que muy de secreto encargó carísimamente á Heliato su hija, con el ama que la criaba, que era la mujer del pescador, dejando copia de dineros y joyas, para que fuese enseñada, así en letras, como en todo género de música, llamándola Politania; y volviéndose á embarcar por sus jornadas contadas, llegó á la ciudad de Antioquía, y allí no pudo escusar que no le hiciesen, como nuevo poseedor del reino, grandísimas fiestas y regocijos, y fué coronado por rey, y entregada toda la recámara y tesoro del rey Antíoco y de la infanta Safirea, adonde se detuvo forzosamente casi doce años en hacer justicia, reconocer sus fortalezas, y arreglar la república, y acrecentar sus huestes, naves y galeras para ir por mar y tierra contra Tiro.

En este entretenimiento se habia criado Politania en bajos vestidos, en compañía del ama, la mas hermosa y agraciada hembra que se podia hallar en toda Tarcia, penetrando en letras y música muy admirablemente, juntamente con Lucina, hija de Heliato, y Dionisia su mujer. Y por haberse criado juntas estas doncellas, de lo mas del pueblo eran tenidas por hermanas, y por tal se tenian ellas. El ama, de ver que en tanto tiempo ningunas nuevas habian sabido del rey Apolonio, de pura imaginacion que fuese muerto, cayó mala, y viéndose ya para morir, llamó á Politania, para dalle su bendicion, y despedirse de ella, y besándola por dos ó tres veces en el rostro, con abundantísimas lágrimas la dijo: Oye bien mis palabras, amada hija mia Politania, y en tu corazon las conserva: dime, ¿quién piensas que es tu padre y madre? Respondiéndole: Señora, ¿quién ha de ser mi padre, sino Heliato, y mi madre Dionisia, á quien hasta el dia de hoy he obedecido y reverenciado? Entónces con un entrañable suspiro le dijo el ama: ¡Ay hija, cuán engañada vives! has de saber que tu padre es el rey Apolonio, y tu madre Sil-

vania, hija del rey de Pentopolitania, que por eso te pusieron ese nombre que tienes, y en tu nacimiento murió tu madre en una nave en que venia, y puesta en un ataud, con riquísimas joyas, fué echada en la mar, y tu padre pasó por aquí con grandísima flota á recobrar su principado de Tiro, habrá doce años, dejándonos encomendadas á este honrado senador llamado Heliato, so cuyo dominio habemos estado hasta el dia de hoy. Todo esto te he descubierto, hija, para que te tengas en reputacion de cuya prosapia eres, y estes sobre aviso que si despues de mi muerte te sobreviniere algun infortunio en desacato y deshonra de tu persona, que desciendas de presto á la plaza, adonde hallarás una estatua riquísima de mármol, dorada, que es la misma figura de tu padre, que los senadores de esta ciudad le hicieron por cierto socorro que les hizo, y te abraces con ella, dando voces diciendo: Señores, catad que soy hija de quien es esta estatua: los ciudadanos no puede ser menos que, conociendo el beneficio de tu padre, no te favorezcan. Y acabadas de decir semejantes palabras dió el alma á Dios, y Politania infinitísimas lágrimas por sus rubicundos ojos. La cual fué enterrada con mucha honra en un rico sepulcro, y de Politania con mil ofrendas y sacrificios de cada dia visitada. Y como fuese alabada su hermosura por su buena plática y conversacion de algunas señoras del pueblo, y Lucina vituperada, concibió Dionisia tan gran odio contra Politania, que de noche ni de dia no pensaba sino de qué manera le podria dar la muerte. En fin, para efetuar su mal pensamiento tomó un esclavo que tenia, llamado Estrangulo, no estando Heliato en la ciudad, y púsole una mañana en su cámara, diciéndole: Mira, si tú, cuando fueres con Politania al sepulcro de su ama, al pasar de la puente le dieres tal rempujon que caiga en el rio, y fenezcan allí sus dias, yo te doy fe y palabra de hacerte que seas franco. Prometiéndoselo el esclavo, se fué. Lucina como aun no estaba levantada, y por bajo que se lo dijo, alcanzó á entender el negocio, levantóse disimuladamente, y por el amor que la tenia á Politania le descubrió lo sobredicho, rogándole que por la vida no descubriese quien se lo habia descubierto, y que dejase de salir de casa, si queria tener segura la vida. Alcanzando ya por este aviso Politania la mala voluntad que Dionisia la tenia, y que ninguna cosa buena se podia ya esperar de ella, aprovechóse del consejo del ama: y es que saliendo acompañada con el esclavo, antes de llegar á la puente, habiendo de pasar por la plaza, estando en derecho de la estatua de su padre, se abrazó con ella diciendo: O ilustres ciudadanos, sabed que soy hija de quien es la estatua presente, y soy condenada á muerte injustamente, si vosotros no me socorreis. Oyendo semejante novedad, acudieron hácia ella mucha de la gente que en la plaza habitaba, y principalmente un senador llamado Teófilo. Viendo que el esclavo huya, mandó que lo prendiesen, y trayéndoselo delante, le dijo: Dime, doncella, á quién representa esa estatua, para que tú tengas osadía de decir que es la estatua de tu padre. Respondió: Al rey Apolonio, del cual sin duda soy hija, y he sabido por providencia de Dios, que por manos de este esclavo que teneis preso habia de morir mala muerte. En esto juntó con ella Teófilo, diciendo: Deja, hija, de hoy

mas de abrazarte con la estatua de tu padre, que nosotros te favoreceremos con tu justicia : ven conmigo. Y llevada delante los senadores, y propuesta la causa y confesando el esclavo la verdad, enviaron por Heliato, el cual atestiguó que era hija del rey Apolonio, que se la dejó encomendada cuando por allí con su armada pasó. Y que en cuanto al insulto del esclavo, que ninguna cosa sabia. Y así lo confesó el esclavo; sino que Dionisia su mujer le habia inducido que matase á Politania, prometiéndole libertad. Oidas las partes, los senadores al esclavo mandaron dar cien azotes de muerte, y Dionisia que fuese desterrada por seis años de la ciudad, y depositaron á Politania en poder de Teófilo para que la tuviese en aquel estado que merecia.

Estando Politania en poder de Teófilo, enamoróse de ella un hijo suyo, dicho Serafino, y confiriendo en su pecho el amor y la majestad de ella, vivia con grandísima desconfianza de poder gozar de sus amores : en tanto, la osadía le dió un remedio para menoscabo de sus tiernos años. Y fué que como Teófilo tuviese en las riberas de la mar ciertas granjas y casería, para poderse en ella holgar algunos dias, ordenó con su mujer (para dar algun pasatiempo y recreo á Politania) de irse con todos los de su casa en semejante lugar. Idos, Serafino secretamente concertó con unos amigos suyos pescadores, que disfrazados con máscaras entrasen en la casería de su padre y se llevasen á Politania. Dicho y hecho semejante caso, embarcáronse todos con ella en un batel que tenian aparejado, y navegando á remo y vela valerosísimamente para llegar á cierta isla que tenian concertado, encontraron con dos fustas de cosarios, donde les fué forzado defenderse, por no ser cautivos; y de tal manera pelearon que todos fueron muertos y echados en la mar; sino tan solamente Politania, que de verla tan hermosa era grandísima la competencia entre ellos, por quien gozaria primero de su hermosura; y de otra parte era gran lástima de oir los ruegos que llorando Politania les hacia con que no violasen su persona, porque habia prometido á Dios castidad. Y así determinaron, convencidos de sus lágrimas, por quitarse de contienda, de conceder á sus ruegos y de venderla por esclava; y con esta determinacion hicieron su viage á la ciudad de Efeso.

Teófilo, amargo y congojoso de ver el osado atrevimiento que habian tenido en llevarle á Politania de dentro de su casería, hizo grandes diligencias y pesquisas, por ver quien podian ser los tan atrevidos. No faltó quien le dijo que su hijo Serafino habia urdido y tramado tan estupendo caso. Airado mucho mas en extremo grado, pidiendo auxilio y favor á los otros senadores, despidió barcas y bajeles por la mar adelante, porque fuese preso y traido á Tarcia; y él, con mucha gente de á caballo, empezó á seguir la costa de mar. Y siguiéndola, hallaron en el arena tendidos, que el agua los habia echado, á dos pescadores heridos, y mas adelante á su hijo Serafino, y el batel sin remos ni nada, que las despedidas barcas lo habian hallado en alta mar. Maravillados de lo que podia ser aquello, vinieron á considerar que habian peleado con algunos contrarios, y que los habrian maltratado de aquella suerte : y por mas diligencia que pusieron buscando á Politania, por dos ó tres dias, como no

la hallasen, presumiendo que tambien era fallecida como los otros, con determinacion y consejo del pueblo, hicieron una sepultura de mármol, abierta á los pies de la estatua del rey Apolonio, y Politania de la misma piedra, muy naturalmente esculpida, como que salia de ella, y se abrazaba con su padre, con este letrero, que decia :

Si Politania murió,
Su desdicha, muerte, ó gloria
Viva está en nuestra memoria.

Los cosarios, tomando puerto sobre seguro en Efeso, despues de muchas cosas que traian para vender, sacaron y dieron en poder á un corredor á Politania, para que fuese vendida por esclava á quien mas diese por ella. Y de ver su gentileza, codicioso Lenio, rico mesonero de la casa pública, porque le hubiese de ganar con otras mujeres, miró de tal suerte en ella, que hubo de quedar en su poder. Librada pues Politania por esclava de Lenio, y traida á su casa, como le diese relacion á qué propósito y fin la habia comprado, postrósele á sus pies con entrañables lagrimas llorando, que mirase por amor de Dios que era doncella, y que habia prometido castidad, que en tan vituperable y deshonesto lugar no fuese puesta; y que justa su conciencia lo que le podia ganar cada dia en tan sucio ejercicio lo tasase, que ella se obligaba de ganárselo con otras virtuosas habilidades que sabia, con que le comprase una guitarrilla y sonajas, y le mandase cortar un sayuelo, y zaragüelles de diversos colores, al uso truhanesco. Contento Lenio, y convencido de sus lágrimas, le cortó sayuelo y zaragüelles : comprándole los instrumentos que pedia, y de esta suerte (como tuviese linda voz, y fuese destrísima en la música) á todo el pueblo era muy acepta y agradable, y entre caballeros y gentileshombres llamada la truhanilla, acudiendo con lo que tasado le tenia su amo Lenio. Pasados catorce ó quince años en que ya el rey Apolonio hubo en este tiempo alcanzado de ser rey de Antioquía, y conquistado su reino de Tiro de poder de Taliarca, castigando los rebeldes, dejó por visorrey de la tierra á su camarero, juntamente con su mujer, que era el bañador que arriba dijimos, y se embarcó con sus naves y galeras, enderezando su camino para Antioquía, y tomando allí puerto, fué bien recibido, á do depositó por visorrey al pescador, prometiéndole de enviar á su mujer, que en Tarcia por ama de su hija Politania habia quedado; y así se despidió de Antioquía, allegando á Tarcia con su flota, donde de los senadores fué realmente hospedado. Y antes que el rey Apolonio preguntase por su muy deseada y querida hija, de los mas principales de ellos, cargados de luto, fué una noche visitado, y de Teófilo, medio llorando, narrada la muerte del ama, y desdichado fin de su hija Politania y de su hijo Serafino : de la cual nueva el rey Apolonio recibió en extrema manera grandísimo enojo, tanto, que juró sobre su corona en todos los dias de su vida no afeitarse la barba, ni vestir oro, ni seda, ni oir cosa que de pasatiempo fuese. A los cuales suplicó que le mostrasen, para mas satisfaccion suya, en qué parte estaba enterrada su hija.

Amostrándosela, las palabras lastimosas que decia, abrazándose con el bulto de su hija Politania, que estaba hecho de mármol, junto de su estatua, eran para romper las entrañas: donde consolándole lo mejor que pudieron, se retrajo en un oscuro aposento, mandándose cortar para él y sus criados paños de luto, y entapizar su nave toda de negro, y en breves dias se embarcó para Pentopolitania. Y navegando, á cabo de dias, levantóse tan contrario viento, que hubieron de tomar, mas por fuerza que por grado, puerto en la playa de Efeso, y como fuese de noche, y viesen por los muros de la ciudad grandes luminarias encendidas, y sintiesen repicar campanas, y otros diferentes instrumentos de músicas, viniendo á preguntar á cierto marinero de la playa la causa de tan sobrado regocijo, les respondió: que aquello se hacia cada año, en celebracion y memoria del nacimiento de su príncipe Palimedo. En oillo el rey Apolonio, luego se retiró en el mas oscuro retraimiento de la nave, dando licencia á todos sus capitanes, que quisiesen salir en tierra, si les placia, para haberse de holgar mucho enhorabuena, excepto sus criados: y que sin eso les mandaba, so pena de la vida, que ninguno fuese osado de entrar adonde él estaba, sin que él primero no los llamase. En esto, el marinero espantado de ver tan grueso ejército, fuése corriendo á dar aviso á su príncipe Palimedo, el cual pensando que fuesen algunos contrarios y enemigos suyos, tocando al arma, mandó poner á punto de guerra toda su gente, y enviar sus espias, las cuales supieron y dieron noticia á su príncipe, que no era sino el rey Apolonio, que la controversia de los vientos le habia traido en aquellas partes con toda su flota, y que no cumplia temer de ninguna cosa. Y así por la mañana desembarcaron los capitanes, y los salió á recibir el príncipe Palimedo con toda la honra que fué posible, y les rogó que fuesen aquel dia sus convidados. Aceptando tan señaladas mercedes, con la cortesia acostumbrada, fué hecho el convite muy solemne y copioso. Sabiéndolo la truhanilla, no faltó en semejante fiesta, adonde tañendo y cantando hizo maravillas sobre mesa, y le valió aquel dia mas de doscientos ducados, que le estrenaron todos aquellos capitanes. Pues como fuesen alzados los manteles, y el príncipe Palimedo les preguntase la causa de la tristeza de su rey Apolonio, por extenso se la contaron, y de todos fué suplicado, que él en persona quisiese entrar en su nave, para ver si le podria dar algun alivio en su tan sobrada tristeza. Concediéndoles tan justa demanda, proveyó que á la truhanilla de presto le cortasen riquísimos vestidos de seda y oro al uso y traje de truhanes, y aparejar con diversidad de manjares una cena real; y cabalgando todos los capitanes, y los mas principales de la ciudad, vino á la playa, adonde se embarcaron para ver las naves y galeras; y el príncipe Palimedo, con tres caballeros suyos mas privados, se entró en la nave del rey Apolonio, y saliéndole los pages al encuentro, le preguntaron quién era, ó qué es lo que mandaba; respondióles: Sabed, hermanos, que soy el príncipe Palimedo, señor de esta ciudad de Efeso; y lo que mando es, que entreis á vuestro rey Apolonio, haciéndole saber como vengo para besarle las manos. ¿Las manos, señor? respondió el uno de ellos; la vida nos costaria si tal hiciésemos. ¿Porqué?

dijo Palimedo. Porque, señor, nos tiene mandado, que el primero que entrare en su aposento, sin que él lo llame primero, será condenado á muerte. Pues yo quiero ser el condenado, dijo el príncipe Palimedo, y alzando el antepuerta, como el rey Apolonio lo sintiese, dijo: ¿Quién es el tan aborrecido de la vida, que así osa entrar en mi acatamiento, sin yo llamarle? Respondió el príncipe Palimedo: Es el que besa tus reales manos, y ruega al omnipotente Dios que te consuele, el príncipe de Efeso. En esto, alzóse de donde estaba asentado el rey Apolonio, y con la debida cortesía le hizo asentar cabe sí: y despues de muchas pláticas ya pasadas, le rogó el príncipe muy encarecidamente que quisiese salir en tierra, para recibir una cena real que le tenia aparejada. El rey Apolonio se lo desvió, diciendo que habia jurado sobre su corona, de no salir en tierra hasta allegar á Pentopolitania. Si es asi, replicó el príncipe, vuestra alteza puede hacerme estas mercedes sin perjuicio de su juramento; y es, que la quiera recibir aquí dentro de su nave, y esto no creo que se me puede negar en ninguna manera. Viendo el rey su tan entrañable voluntad, se lo concedió. Y despidiéndose de él, luego el príncipe, salido á tierra, proveyó que la cena fuese aparejada, y fuese puesta en la nave: advirtiendo á la truhanilla, que á la postre de la cena entrase cantando, y tañendo alguna consolatoria cancion, aplicada para aquel rey que estaba triste, que él le prometia, si en alguna cosa le contentaba, hacella libre. Con esta preparacion, venida la noche, y asentados el rey Apolonio y el príncipe Palimedo á la mesa, fué distribuida la cena por sus criados y gentileshombres, con tan solemne concierto, que el rey quedó mas maravillado que contento. Y estando ya en el postrer servicio, entró la truhanilla con sus sonajas de plata, muy agraciadamente cantando, y tañendo la presente cancion, atribuida al rey Apolonio, diciendo así:

CANCION.

Alégrate, gran señor,
De lo que Dios manda, ordena;
Cata que á veces la pena
Vuelve en gozo muy mayor.
Lo que nosotros juzgamos
Que nos es daño, ó desden,
De allí á veces sale el bien;
Y el mal, del que mas gozamos.
Da gracias al Hacedor
Si algun mal en tí disuena,
Cata que á veces la pena
Vuelve en gozo muy mayor.

Fué tan apacible y acepta esta cancion al rey Apolonio, que mostrando algun contentamiento, le mandó dar cien escudos; y preguntándola de su estado y vida, y de qué nacion era, dejó las sonajas, y tomando

una guitarrilla, dió respuesta á su demanda, cantando este romance :

ROMANCE.

En la tierra fuí engendrada,
De dentro en la mar nacida,
Y en mi triste nacimiento
Mi madre fué fallecida :
Echáronla en la mar
En un ataud metida,
Con ricas ropas coronada
Como reina esclarecida.
Despues para me criar
A la Tarcia fuí traida;
Allí me dejó mi padre,
En bajo traje vestida,
A un ama encomendada
Por quien fuese sostenida;
Y por mano de Heliato
Doctrinada y bien regida.
Siendo de catorce años,
Que es edad lenta y florida,
El ama que me criara
Murió, dejóme afligida;
Y Dionisia, la mujer
De Heliato, combatida
De envidia, de verme hermosa
Mas que su hija querida,
Concertó con un esclavo
Que diese fin á mi vida.
Y abrazada con la estatua,
Que en la Tarcia está esculpida,
De mi padre, fuí librada
De la muerte dolorida.
So el amparo de Teófilo
Fuí puesta y constituida.
Allí (ya que la fortuna
Me tenia combatida)
El amor me combatió
Sin causa de él conocida :
Y es, que Serafino, hijo
De Teófilo, perdida
La confianza de haberme
Por mujer, por ser tenida
Hija de rey, me hurtó
Estando en un vergel metida.
En un batel me embarcaron
Sin poder ser socorrida.
Yendo la mar adelante
De cosarios fuí prendida,
Serafino muerto, y todos
Los de esta traicion urdida.
Despues en Efeso puesta,
Y por esclava vendida.
Y de Lenio el mesonero
Fuí comprada y poseida.
Y aqueste es, señor, mi amo,
Al cual estoy ofrecida
Dalle cierta cantidad
Cada dia; y si cumplida
No se la doy, ha de ser
Mi virginidad perdida,
Y puesto mi cuerpo en venta
Con otras de mala vida.
Mira, magnánimo rey,
En qué afan estoy metida.
Pues te he dado relacion
De mi linage y caida,
Dad remedio que no sea
En tal vicio sometida.

A todo este romance estuvo muy atento el rey Apolonio, y destilando casi algunas lágrimas por sus ojos del gozo que iba concibiendo, en venir á considerar que aquella truhanilla era su hija. Acabado que hubo, preguntándole su nombre, y respondiendo que se llamaba Politania, se alzó con los brazos abiertos; y abrazándola, la dijo : Vos sois sin duda Politania, mi hija, á quien por muerta en mi pensamiento tenia. Ella entónces, con profundísima humildad se le arrodilló delante, y le besó las manos, y él le dió su bendicion, y suplicó al príncipe Palimedo que luego descendiese á la ciudad, para que le mandase cortar á su hija ropas de brocado, y apercibir riquísimas joyas, porque aquella noche queria que quedase en la nave con él, y que en la mañana le prometia desembarcar juntamente con ella, y pasear la ciudad, pues Dios le habia

hecho tan señalada merced de cobrar su hija. El príncipe muy alegre, vuelto á la ciudad, hizo cortar las ropas aquella noche, y aderezar el dia siguiente las joyas, y une hacanea blanca para Politania, y un caballo bien enjaezado para el rey, y mandó llamar á Lenio el mesonero, para pagarle todo lo que habia costado la truhanilla; y como no quisiese, le mandó con gran riguridad echar preso en la cárcel.

Viniendo, pues, á desembarcar el rey Apolonio con su hija Politania, muy ricamente aderezada, dispararon todos los bajeles á un tiempo la artillería, que no parecia sino que se hundia la tierra, y puesta en su hacanea, y el rey en su caballo, enderezando su via á la ciudad, dispararon las trompetas, y menestriles, y atabales, que era contento de oir y mirar el concierto y aderezo de los caballeros y capitanes, y mas de la gente que acudia por ver á la truhanilla en tanta magestad puesta. Y como esta nueva se extendiese entre la gente plebeya, que la truhanilla era hija del rey Apolonio, llegaron estas nuevas al monasterio donde estaba su mujer la reina Silvania, la cual del gozo concebido, en congregacion de todas las monjas se fué al coro, á do dieron gracias á Dios de la conservacion de su hija y marido, y cantaron el *Te Deum laudamus*. Y de consejo de la reina, y de las mas ancianas y sabias, enviaron un embajador, hombre de muchas letras y de grande autoridad, al príncipe Palimedo, suplicándole que les hiciese tan señalada merced, en hacer venir al monasterio al rey Apolonio, y á su hija Politania, para poder considerar y ver las maravillas de Dios. Venido el embajador á palacio, aguardó que hubiesen acabado de comer, y teniendo oportunidad, le suplicó al príncipe Palimedo lo que las devotas religiosas le habian suplicado: y visto su tan buen deseo, le dió palabra, que él trabajaria que visitasen aquella tan santa casa á la tarde, cuando el sol fuese de caida. Con tan buena respuesta, las monjas tuvieron por bien que la reina no saliese á recibir al rey su marido, sino que se retrujese en su celda, vistiéndose las ropas riquísimas que trujo cuando la pusieron en el ataud, y su corona de oro en la cabeza. y de allí no se moviese hasta en tanto que la prioresa entrase por ella. Con esta ordenacion, viniendo el rey Apolonio, y la infanta Politania, y el príncipe Palimedo al monasterio, saliéronlos á recibir las monjas, suplicándoles que tan solamente los tres en lo íntimo de la casa entrasen, por mas honestidad de su religion. Concediendo á su demanda, entraron los tres con grande afabilidad en una cuadra que tenian muy bien aderezada y compuesta, adonde le dieron al rey Apolonio el parabien de haber hallado á su hija: y ellas abrazándola, y besándola, y que Dios la dotase de su bendita gracia. A cabo de rato sacaron tres platos, los dos de riquísima colacion, y el uno con la plancha de plomo que hallaron en el ataud de la reina. Los de la colacion dieron al príncipe y á la infanta, y el de la plancha al rey Apolonio. Y como el rey la mirase, y tuviese en sus manos, con los ojos medio llorosos, les dijo: Mejor colacion que esta no me podríades dar, reverendísimas madres, y sabed que aunque me habeis lastimado con la demostracion de esta plancha, de otra parte he recibido gran contentamiento, en saber que teneis aquí depositado el cuerpo de mi querida mujer, lo que yo os ruego

es que me le mostreis. En esto se levantó la prioresa, diciendo: Por servir vuestra real alteza, estamos prestas y aparejadas, aguarde un tantico: y entrándose donde estaba la reina muy hermosamente compuesta, la sacó en presencia del rey. Y como el rey la viese, casi fuera de sí, se alzó de donde estaba asentado, y la fué á abrazar con los brazos abiertos, diciendo: ¡O dulcísima y amada mujer mia! ¿y es posible, descanso mio, que seais vos la que por muerta tenia? Yo soy, dijo la reina, á quien Dios por su infinita misericordia ha hecho tantas mercedes de aportarme á esta santa casa, y volver en vuestra compañía. La infanta Politania, entendiendo que aquella era su madre, arrodillándose en tierra, le besó las manos, y la reina la abrazó con muy sobrada alegría. El príncipe Palimedo, viendo tan buena coyuntura para pedir lo que ya por muchos dias en su corazon encerrado y oculto tenia, se arrodilló á los pies del rey Apolonio, suplicándole que le diese á la infanta Politania por mujer. El rey Apolonio se lo prometió, dándole en dote el principado de Tiro, y el reino de Antioquía, con tal que á las monjas les respondiese cada año con mil ducados, por tiempo de diez años, en gratificacion del servicio y compañía que le habian hecho á la reina su mujer; y la reina les dió la corona de oro que en la cabeza traia, y así se despidió de todas abrazándolas con abundantísimas lágrimas. Salidos, como los criados y capitanes del rey Apolonio vieron salir aquella tan hermosa dama, reconociéndola, decian: ¿Esta no es la reina? Ella me parece. Unos no es, otros sí es; en sentir y gozar de su apacible y dulce habla, y que el rey, trayéndola de la mano, la ayudó á cabalgar en la hacanea de la infanta, lo creyeron, y estuvieron muy maravillados. Pues habiendo subido á caballo el príncipe Palimedo con la infanta Politania á las ancas de su cuártago, vinieron á palacio donde era excesiva gloria ver con qué placer y contentamiento de uno en uno los criados se arrodillaban delante la reina, y le querian besar las manos, y ella, no consintiendo, los abrazaba, haciéndoles mil mercedes.

De allí á pocos dias fueron ordenadas las bodas del príncipe Palimedo y la infanta Politania, con real preparatorio; en las cuales hubo gran sarao de damas y galanes, regocijos y máscaras, y torneos. Y como á Lenio el mesonero que en la cárcel estaba, allegase á noticia que su esclava la truhanilla era hija del rey Apolonio, y que habia casado con su príncipe y señor, determinó, en semejante regocijo, de hacer una peticion á la infanta Politania para que le alcanzase perdon del príncipe su marido, y fuese librado de la cárcel. Hecha y venida á manos de la infanta Politania, compadeciéndose de él, recaudó con el príncipe su marido que le soltase, y sin eso, que le diese doblado precio de aquello que pagó á los cosarios por ella, y mas los doscientos ducados que los capitanes le dieron, y los ciento que en la nave le dió su padre, pues que justamente eran todos de él, siendo aun esclava suya. Y para esto le hicieron venir delante de ella, y se arrodilló, y la besó las manos por tan sobradas mercedes como le habia alcanzado.

Acabadas las fiestas tan solemnes de las bodas, determinándose de ir el rey Apolonio con la reina Silvania su mujer, con toda la flota, y á

verse con el rey su suegro, que ya muy cansado de dias estaba, y á regir y gobernar su reino como era de razon, se despidió del príncipe Palimedo su yerno, y de la infanta Politania su hija, con mil sollozos y lágrimas paternales, los cuales los acompañaron con toda la caballería de la ciudad de Efeso, hasta el puerto. Pues al embarcar era de oir el estruendo del artillería, y el ver jugar la banderas por el placer que concebian en recobrar la reina, que ya por muerta tenian. Embarcados, en breve tiempo llegaron en Pentopolitania, y allí el suegro les salió á recibir con grandísimo gozo, por gozar de la vista de su yerno el rey Apolonio y de su hija tan amada al cabo de veinte años que no los habia visto. Y de esta tan sobrada alegría cayó malo, y murió. Y quedó el rey Apolonio poseedor y rey universal de toda la Pentopolitania; y nosotros algun tanto contentos de lo que en su apacible historia habemos oido.

PATRAÑA UNDÉCIMA.

A un ciego de un retrete
Hurtaron cierto dinero
Y á otro su compañero
Diez ducados de un bonete.

Era un ciego tan avariento, que por su sobrada mezquindad andaba solo por la ciudad, sin llevar mozo que le guiase, y al comer que comia, donde le tomaba la hambre, por ahorrar de costa, y no comer tanto: y para recogerse de noche, tenia alquilada una pobre casilla, en la cual á la noche cuando se retraia, se encerraba en ella sin lumbre, como aquel que no la habia menester; y cerradas las puertas, desenvainaba de una espadilla corta que tenia, y por reconocer si habia alguno, daba cuchilladas y estocadas por los rincones y debajo de la cama, diciendo: Ladrones, bellacos, esperad, aguardad, ¿ahí estais? Y viendo que no habia nadie, sacaba de una cajita que tenia un talegon de reales, y hacia reseña, por retocar y regocijarse con ellos, y ver si le faltaba alguno. Tantas veces continuaba este avaricioso ejercicio, que un vecino suyo le vino á sentir, el cual hizo un agujero en la pared para ver qué podia ser aquello de dar cuchilladas por casa; y como viniese la noche, y el ciego siguiese su necia y acostumbrada costumbre de acuchillar en el aire, y él no pudiese ver ninguna cosa, á causa que estaba á oscuras, estúvose quedo, y escuchando, y á cabo de un buen rato sintió contar reales, y despues cerrar una cajita. Por lo cual determinó por la mañana, no estando el ciego en casa, de entrar por el terrado, y hurtarle los dineros. Quitados que se los hubo, la noche venidera estuvo acechando, por ver lo que haria el ciego.

Pues como los hallase menos, maldecíase, y quejábase de su mala

suerte, diciendo: ¡Ay dineros mios de mi corazon! ¿y adonde estais vosotros agora? habiéndoos ganado en oraciones, por lo cual os llamaba benditos, no habíades de sufrir que me maldijese. En que con estas quejas se acostó en su cama. Levantóse por la mañana, y el ladron fuése detrás de él por ver si se iba á quejar á la justicia, y vido que encontró con otro ciego, que era su compadre, y contándole como le habian hurtado los dineros, respondió: Aosadas, compadre, que no me los hurten á mí como á vos. Dijo el otro: ¿Porqué? Respondió: Porque los traigo conmigo. Y en oir que el ciego decia que los traia consigo, juntó mas con ellos el ladron para oirlo mejor. El otro, importunándole que le dijese donde, díjole: Compadre, habeis de saber que los traigo en el aforro de mi bonete. No lo hubo acabado de decir, cuando el ladron apañó del bonete, y dió á huir. El ciego, en sentir que le quitaron el bonete, apañó del otro ciego, diciendo que le volviese su bonete que le habia hurtado. El otro diciendo que mentia, sobre esto vinieron á tal competencia, que se dieron de palos, y el ladron se fué con los dineros de los dos ciegos.

PATRAÑA DUODÉCIMA.

Una niña á Feliciano
Hurtaron, y él en persona
De boca de una leona
Cobró otra por su mano.

Feliciano, hombre de mucha autoridad, y dotado de los bienes de fortuna, teniendo una hija, niña de teta, que la criaban fuera de la ciudad, se la hurtó un hermano suyo, muy pobre, y la echó á dos leguas de despoblado, entre unas zarzas; por respecto que si aquella niña vivia, era imposible heredar los bienes de Feliciano. Quiso Dios que yendo Erasistrato, riquísimo labrador, á su majada, sintió llorar la dicha niña. Por do hallándola, la llevó á su mujer, la cual criaba otra niña de la misma edad, y le puso por nombre Zarcina, pues entre zarzas la halló su marido. Feliciano, por bien que hizo sus diligencias, por ninguna via pudo hallar ni descubrir rastro de su hija, sino que á cabo de mucho tiempo parió su mujer Roselia un hijo, del cual parto murió, y quedando el hijo, le puso por nombre Roselio, el mismo nombre de la madre. Y como el hermano que pretendia heredar lo supiese, de puro enojo de allí á muy pocos dias murió. Quedando viudo Feliciano, dándose á la caza de monte, siguióse que un dia, como la mujer de Erasistrato tuviese á la puerta de la majada su hija propia, encima de un poyo, y la niña adoptiva en sus pechos, vino una leona recien parida, y en vella dió á huir, y la leona apañó de su hija; de cual espanto de allí á pocos dias murió.

Feliciano, habiendo salido á caza, encontrando con la leona, de un golpe de escopeta la hizo quedar mal de su grado; pensando que llevaba algun animal muerto atravesado en la boca; y juntando con ella, vido que era una niña muy hermosa, el cual la tomó en sus brazos, y la llevó á su posada; y por haberla tomado de la boca de la leona, la puso por nombre Leonarda. Así que trastrocados de hijas los padres, que el uno tenia la del otro sin sabello, siendo de edad proporcionada ya para habellas de casar, Erasistrato vínose á su casa propia, que tenia dentro de la ciudad; y como Roselio viese á Zarcina, se enamoró de ella, en tanto que escondidamente se dieron palabra de casarse el uno con el otro. Viniendo á noticia de Feliciano, tomó á su hijo Roselio, notificándole que si tal cosa habia pasado, que se hubiese prometido con Zarcina, que le desheredaria de todos sus bienes. Negándoselo Roselio, dijo Feliciano: Agora te conviene, pues, hijo mio, que te cases con Leonarda, y hacerte he donacion de todas mis posesiones, y esto es lo que á tí cumple, y á mi honra. Otorgándoselo Roselio, fué casado con Leonarda: sabiendo esto Zarcina, dió parte á Erasistrato, como Roselio estaba prometido con ella, ántes que se casase con Leonarda. Viniendo Erasistrato á dar parte de lo que pasaba á Feliciano, por jamas le quiso creer, sino que desabridamente lo envió de su casa; pero el buen viejo de Erasistrato púsolo por justicia, y visto el pleito mal parado, determinó Feliciano de enviar á su hijo á Macedonia. Allegado, tomó amistad con un gentilhombre llamado Corineo, el cual teniendo amores secretos con madama Crisolora, mujer de Tiburcio, rico ciudadano, le dió parte de ello, y despendia por su respecto liberalmente. Feliciano, importunado de Leonarda, y tambien por apremialle de su demasiado despender, tuvo por bien de enviarle á llamar. Venido, en sabello Erasistrato, dió aviso á Feliciano como el proceso contra Roselio tenia cerrado, y que lo queria enviar á la corte, que procurase de defendello. En este intermedio sucedió que fueron descubiertos los amores de Corineo por un pariente de madama Crisolora, al cual desafió en campo, acusándole de mal caballero, y á ella de adúltera. Aceptándolo Corineo, por defension de la dama, escogió el tiempo, y su contrario las armas, y pensando que era falsa su querella, descubrióse á un grande amigo suyo nigromante, por ver qué remedio le podia dar para que saliese con su honra: el cual le respondió, que si tenia algun amigo que entrase por él en batalla, que él le remediaria de presto. Diciendo que sí, el cual era Roselio, viniéronse los dos en breve tiempo á casa de Feliciano. Recibidos por Roselio, y sabido á lo que venian, fué muy contento de aceptar el desafío, por do les hizo honroso recibimiento en su casa. Venido el dia de su partida, el nigromante les mandó que se trastrocasen los vestidos, y él despues con su arte mágica les trastrocó los gestos; de tal manera que Roselio parecia Corineo, y Corineo Roselio. Estando ya trastrocados, dijo Roselio á Corineo: Pues ves, amigo, en qué riesgo de perder la vida me pongo por sacarte de afrenta, es menester que me saques tú de otra; y es, que en dias pasados dí fe y palabra de casarme con Zarcina, hija adoptiva de un rico labrador, llamado Erasistrato; y porque sé que de hora en hora

está aguardando el proceso, para que me haya de casar con ella, te suplico que si te tomáren por mí concedas en el matrimonio; pues que de su parte, ni de la mia, no pienso que puedes perder, hermano mio, ninguna cosa. Contento, despidióse Roselio de su padre Feliciano y de su mujer Leonarda, y fuése con el nigromante á Macedonia.

Pues como quedase Corineo en cuenta de Roselio en casa de Feliciano, para mejor guardar la lealtad á su querido y caro amigo, al punto que se acostaba con Leonarda, desenvainaba su espada, y la ponia entre los dos en medio de la cama. Admirada ella de tal novedad, fuélo á decir á Feliciano; pues como Feliciano le diese reprehension por ello, y á qué respecto hacia semejante estrañeza, respondió que era por causa de un voto que habia ofrecido á Dios, cuando vino de Macedonia, y que no se fatigase, que muy presto lo habria cumplido. Estando el negocio de esta manera, allegó el proceso de la corte contra Roselio, mandando que, vista la presente, se casase con Zarcina, ó sino que le cortasen la cabeza. Presentado por Erasistrato delante el juez, proveyó con un alguacil que fuese preso. Yendo Erasistrato con el alguacil, encontraron á Corineo, que iba con un page; y preso, dióle parte el alguacil de lo que pasaba, á lo cual respondió Corineo, que mirase lo que queria Erasistrato de él, que él estaba presto á lo que mandase, porque á Leonarda él juraba á los cuatro evangelios que no la tenia por mujer, ni á ella en todos los dias de su vida se habia juntado. Entónces dijo Erasistrato, que pues así era lo llevase á su posada, y con auto de notario y buenos testigos se desposaria con Zarcina. Contentos, fueron su camino.

A cabo de dias, no fué hecho esto tan secreto, que Leonarda lo vino á saber, y Roselio allegó de Macedonia, habiendo vencido al contrario de Corino, y restituido en su propio rostro, y asimismo Corineo, con la ciencia y sutileza del nigromante: y tocando á su puerta, sintió como reñian con su amigo Corineo, su padre Feliciano y su mujer, sobre el casamiento de Zarcina, y maravillándose de verle en otro gesto, entró Roselio dándose á conocer; y declarándoles la siguiente maraña, y á qué respecto se habia hecho aquello, y notificando á Corineo que estaba fuera de trabajo, se vinieron á abrazar: y asimismo le dijo Corineo como se habia desposado con Zarcina. Maravillados de tal caso, dijo Roselio: Señor padre, con esto que habeis oido pienso que serán acabados todos nuestros pleitos, y satisfecho cumplidamente Erasistrato. Respondió Feliciano: Por mí contento soy; pero porque mas sanamente seamos todos satisfechos, llamen á Erasistrato. Llamado, dándole parte cumplidamente de todo lo que pasaba, y por abonalle tanto á Corineo, y evitar pendencias, fué contento el bueno de Erasistrato, replicando, que se tuviese por dichoso Corineo de haberse casado con Zarcina, porque segun sus tratos y condiciones mostraba ser de linage. Oyendo esto Feliciano, dijo: ¡Cómo! ¿no es vuestra hija? Respondió Erasistrato que no. Preguntóle de qué suerte vino en su poder: habiéndoselo contado, pidióle si los pañales en que iba envuelta la niña se podian ver: diciendo que sí, rogóle que fuese por ellos, y juntamente trujesen á Zarcina. Traidos, vino á conocer por ellos que Zarcina era su hija, y abrazán-

dola, le dió su bendicion. Erasistrato de ver y oir tan estraño caso lloraba de sus ojos, diciendo así: Pluguiese á Dos, mi señor Feliciano, que yo hallase una hija que perdí, pero es por demas lo que digo, que sus tiernas carnes fueron vianda de fieros animales. Preguntándole de qué manera, contó Erasistrato como una leona se la llevó de su majada, del cual espanto fué muerta su mujer. Dijo entónces Feliciano: Qué señas me dareis vos de ella? Respondió: Señor, una águila de oro, que llevaba en el cuello. Díjole Feliciano: Mirad si es esa que lleva Leonarda en sus pechos. Mirándola, y respondiendo que sí, dijo Feliciano: Pues tambien es ella vuestra hija. Abrazado el honrado viejo con Leonarda, dióle su bendicion, y preguntándole que le contase el venturoso suceso de venir en su poder, se lo contó: cómo saliendo á caza encontró con la leona, y de un golpe de escopeta la mató, y por tomarla de su boca la llamó Leonarda. En esto Corineo vino á descubrirse como era hijo de Erasistrato, que habian pasado diez años que no le habia visto. Así que todos alegres y regocijados ordenaron las bodas, y fueron casados hermano y hermana con otro hermano y hermana, y vivieron honradamente á servicio de Dios.

De este cuento pasado hay hecha comedia, que se llama *la Feliciana*.

PATRAÑA DÉCIMATERCIA.

A un muy honrado abad
Sin doblez, sabio, sincero,
Le sacó su cocinero
De una gran necesidad.

Queriendo cierto rey quitar la abadía á un muy honrado abad, y darla á otro, por ciertos revolvedores, llamóle, y díjole: Reverendo padre, porque soy informado que no sois tan docto cual conviene y el estado vuestro requiere, por pacificacion de mi reino y descargo de mi conciencia, os quiero preguntar tres preguntas, las cuales si por vos me son declaradas, hareis dos cosas: la una, que queden mentirosas las personas que tal os han levantado; la otra, que os confirmaré para toda vuestra vida la abadía; y sino, habreis de perdonar. A lo cual respondió el abad: Diga vuestra alteza, que yo haré toda mi posibilidad para declararlas. Pues es, dijo el rey, la primera que quiero que me declareis, que me digais, cuanto valgo yo; y la otra segunda, que adonde está el medio del mundo; y la tercera, qué es lo que yo pienso. Y porque no penseis que os quiero apremiar que me las declareis de improviso, andad, que un mes os doy de tiempo para pensar en ello.

Vuelto el abad á su monasterio, por bien que miró sus libros, y muchos, y diversos autores, nunca jamas halló para las tres preguntas

ninguna respuesta que fuese suficiente. Con esta imaginacion, como fuese por el monasterio argumentando entre sí mismo muy elevado, díjole un dia su cocinero : ¿Qué es lo que tiene su paternidad? Celándoselo el abad, tornó á replicar el cocinero, diciendo : No deje de decírmelo, señor, porque á veces debajo de ruin capa yace buen bebedor; y las chicas piedras suelen mover las grandes carretas. Tanto se lo importunó, que se determinó, y se lo dijo. Dicho, dijo el cocinero : Vuestra paternidad haga una cosa; y es, que me preste sus ropas, y raparéme esta barba, y como le parezco algun tanto, y vaya de par de noche en la presencia del rey, no se dará acato del engaño; así que teniéndome por su paternidad, yo le prometo de sacarle de este trabajo á fe de quien soy.

Concediéndoselo el abad, vistióse el cocinero de sus ropas, y con su criado detras, con toda aquella cerimonia que convenia, vino en presencia del rey. El rey, como le vido, hízole asentar cabe sí, diciéndole : Pues, ¿qué hay de nuevo, abad? Respondió el cocinero : Vengo delante de vuestra real alteza para satisfacer por mi honra. ¿Asi? dijo el rey, veamos qué respuestas traeis á mis tres preguntas. Respondió el cocinero : Primeramente, á lo que me preguntó vuestra alteza, que cuanto valia, digo que vale veinte y nueve dineros, porque Cristo valió treinta. Lo segundo, que dónde está el medio del mundo, es á do tiene su alteza los pies; la causa, que el mundo es redondo como bola, adonde pusieren el pié es el medio de él, y esto no se puede negar. Lo tercero es que diga qué piensa vuestra alteza : es, que cree que habla con el abad, y está hablando con su cocinero. Admirado el rey de esto, dijo : ¿Qué eso pasa en verdad? Respondió : Sí, señor, que soy su cocinero, que para semejantes preguntas era yo suficiente, y no mi señor el abad. Viendo el rey la osadía y viveza del cocinero, no tan solamente le confirmó el abadía al abad para todos los dias de su vida, pero hízole infinitas mercedes al cocinero.

PATRAÑA DÉCIMACUARTA.

Finea en haber perdido
Casa, estado, y pasatiempo,
Pedro se llamó, y por tiempo
Fué juez del mesmo marido.

En la gran ciudad de Candia, residia un rico y abundoso mercader, dicho Herodiano, el cual tenia una hija llamada Finea, y por casarla á su contentamiento y honra, se la dió por mujer á Casiodoro, mancebo tambien mercadante, natural de Ferrara, con cuantas riquezas y posesiones tenia, con tal pacto y condicion, que le habia de sustentar todos los dias de su vida. Contento Casiodoro, y hechas sus bodas como á

tales personas convenia, á cabo de tiempo se fué para Ferrara, á causa de reducir sus negocios con algunos mercaderes de su patria. Pues como se holgase Casiodoro entre sus parientes y amigos, y se alabase un dia en la lonja que habia casado mucho á su contentamiento, y con hermosa y buena mujer, respondió Falacio, otro mercader de Candia, que estaba presente : Calle, señor, que muchas veces la mujer es buena por no tener quien la recueste. Por entónces Casiodoro calló como prudente, y despedidos todos de la conversacion, tomó á una parte á nuestro Falacio, y díjole : Señor, ¿á qué respecto quisistes ponerme mácula en mi mujer? Respondió : Yo no la puse por cierto, mas por eso no me desdigo de lo dicho; y es, que pondré á perder cien ducados, si recuestándola no le hago hacer lo que infinitísimas han hecho. Casiodoro diciendo que no, y él que sí, vinieron á poner sobre esto sus apuestas, y á recibillo por auto de notario. Concertados los inocentísimos mercaderes, vista la presente se partió Falacio para la ciudad de Candia; y en allegando púsose á pasear muy requebradamente por donde estaba Finea, la mujer de Casiodoro, infinitísimas veces; y como la hallase tan honesta y retraida, que por ninguna via del mundo le pudiese hablar, ni ver á la ventana, supo que una vieja, dicha Crispina, tenia entrada y salida en su casa, á la cual por bien que le ofreció dineros y joyas porque manifestase á Finea su pena, nunca lo pudo acabar con ella. Viendo Falacio que por aquí ningun remedio tenia, volvió la hoja, y fué que le prometió de darle diez ducados con que le diese algunas señales de su persona, y asimismo señas de la entrada y salida de su cámara y lecho. Crispina, codiciosa del dinero, estando un dia espulgando á Finea, vido que tenia un lunar en las espaldas, del cual sin haber ningun sentimiento le cortó ciertos cabellos, los cuales dió á Falacio, con todas las señas de su aposento y cama, recibiendo los diez ducados ofrecidos. Falacio fué muy contento y satisfecho con esto, y volvióse á Ferrara, y dando á Casiodoro las señas de las entradas y salidas de su cámara, afirmó que habia dormido con su mujer Finea, y que por mayor verificacion y testimonio, le daba cabellos de su persona, que le habia cortado de un lunar que tenia en las espaldas; los cuales como los viese Casiodoro, y abiertamente conociese que le decia verdad, estuvo un rato suspenso, sin poder hablar, y á la postre dijo : Agora conozco, señor Falacio, que hay en mujeres muy poco que fiar; yo he perdido en esta contienda dineros y honra, y pues tan locamente la puse en riesgo de cien ducados, no tengo á quien culpar sino á mí mismo; lo que yo mas le suplico de este negocio es que esté secreta esta demencia mia. Y así le dió fe Falacio de tenerlo secreto.

Casiodoro lo mas presto que pudo resumió sus tratos, y á cabo de pocos dias se embarcó para Candia, y en su pensamiento de continuo iba imaginando si en llegando mataria ó no mataria á su mujer. Y por el gran amor que la tenia, determinó de no matalla, sino de hacer lo que adelante se dirá. En fin, que llegado á Candia, le salió á recibir Herodiano su suegro, y Finea su mujer, con aquella alegría que acostumbran á recibir las buenas y fieles mujeres á sus deseados maridos; y con el mal concepto que tenia ya Casiodoro de su mujer, en sus entrañas conce-

bido, fingió un dia, estando sobre mesa delante de su suegro, que por haber alabado la bondad y hermosura de su mujer á ciertas parientas suyas, les habia dado palabra del primer viage que hiciese de llevarla á Ferrara, para que gozasen de su vista y conversacion, y por tanto le suplicaba que de ello fuese contenta. El suegro, vista su justa demanda, hizo que su hija se lo concediese. Para esto en breve tiempo aderezó Casiodoro su nave cargada de mercaderías, y embarcada su mujer en ella, hizo alzar vela, siguiendo su viage; ya que á doscientas millas estuvo, mandó á los marineros que tomasen tierra en una isla desierta, fingiendo que estaba deseoso de holgarse en ella: y así desembarcó de la nave; despues de haber comido tan solamente él y su mujer, y debajo de un árbol, para descansar un poco, se recostaron encima de una alfombra y almohada, que de la nave mandó que sacase un criado suyo. No fué acostada Finea tan presto, cuanto luego en un punto fue adormida. Casiodoro cuan astutamente pudo se levantó, dejándola durmiendo, y se embarcó, mandando alzar vela á los marineros la vuelta de Ferrara, á do despachadas sus mercaderías, se volvió para Candia, y dió á entender á su suegro que su hija Finea era muerta de cierta enfermedad que le tomó.

Volviendo á Finea, como despertase, y se viese sola debajo de aquel árbol asentada, empezó á decir: ¡Ay reyna de los ángeles, madre de Dios, y abogada mia, y de los tristes pecadores y desconsolados! no me desampares en este tan desconsolado y triste paso en que me veo puesta! ¿En qué yerro soy caida, cuitada de mí, para que mi marido Casiodoro me dejase en este desierto? Cansada la triste señora de lamentar y destilar lágrimas por sus rubicundos ojos, y rastrear el bosque y orilla de la mar, se tornó á sentar donde levantádose habia, y sacando fuerzas de flaqueza, sacó hilo y aguja, y unas tijeras de un estuche que traia, y de la saya se cortó lo mejor que pudo un capotenico, y caperuza, y zaragüelles, y dejando el trage femenil se vistió en hábito de hombre para mejor defension de su castidad, y encomendándose al glorioso apóstol san Pedro, porque era su abogado, determinó llamarse de su nombre. Pues yendo el afligido Pedro (porque de aquí adelante así le llamaremos) por aquel desierto, determinando buscar su ventura, caminó tres dias y tres noches sin ver persona nacida, sustentándose de las yerbas que de mejor gusto y sabor hallaba, y de contino oraba y alzaba de rato en rato los ojos al cielo, pidiendo á Dios que usase con ella de misericordia. Y como á los buenos nunca Dios olvida ni desampara, estando en esto Pedro, vido asomar una navecilla, por donde de presto puso en un palo una toalla, y alzándola alto, hizo sus señas para que se allegase á tierra. Allegada, los pasageros y patron de ella preguntáronle qué era la causa de andar así solo por aquella isla tan despoblada. A los cuales respondió, que habia escapado de cierta nave, que habia dado al traves bien léjos de allí, y que les suplicaba, por amor de Dios, que lo llevasen á tierra firme. Contento el patron y marineros, recogieron á Pedro en la nave, la cual iba para el reino de Chipre cargada de muy ricas mercaderías. Y siendo cerca del puerto, al punto que quisieron entrar en él, tomóles tan gran fortuna,

que les fué forzado de lanzar mucha cantidad de ropa á la mar, para poder salvarse. Entrados, y descargadas las demas mercaderias que salvaron, era tanta la competencia que entre los mercaderes habia, sobre lo que habia de perder cada uno, que hubieron de venir á juicio delante el rey; y aun allí no pudiéndose conformar en ninguna manera, dijo Pedro, porque sabia muy bien escribir y contar: Si manda vuestra alteza, y me da licencia, yo trabajaré, con mi poco saber, de apaciguar estos señores mercaderes. Dada por el rey la licencia, de presto y con gran facilidad mostró á cada uno lo que habia de perder, segun la ropa que traia. Vista por los mercaderes tan clara y abiertamente la cuenta como les habia mostrado, se fueron muy satisfechos. El rey de Chipre, enamorado de la habilidad y presteza de Pedro, le dijo, que si queria asentar con él, que se holgaria en extremo. A lo cual respondió Pedro que era muy contento, y le besaba sus reales manos por tan señaladas mercedes. Y así el rey lo recibió en su servicio, y mandó que fuese su secretario real, y contador mayor de todo su reino.

Dejemos agora á Pedro con su buena ventura, y tornemos á Casiodoro: el cual como pretendiese que Finea, su mujer, seria muerta en aquel desierto, empezó á dar de mala á su suegro Herodiano, negándole la sustentacion prometida, y sobre esto vinieron á traer muy recio pleito; y ultra que le pedia Herodiano la sustentacion suya, le vino á pedir tambien que le diese razon de su hija, porque él no creia que fuese muerta, como él le habia dado á entender. Así que dejando al suegro con el yerno en su pleito, porque ya los pleitos de sí son largos.

En este comedio, el rey de la misma ciudad de Candia se partió con una nave á visitar la casa santa de Jerusalen, por haberlo en cierta enfermedad prometido. Pues volviendo de esta tan santa romería, vino á pasar por la ciudad de Chipre, á donde desembarcó, para holgarse algunos dias; y el rey le hizo solemne recibimiento, y muchos regalos y fiestas. En esto, como viese Pedro que tenia linda oportunidad para volver á su tierra, dijo al rey de Candia como era su vasallo, y que le rogaba, por amor de Dios, cuando á lance le viniese, le suplicase al rey de Chipre que se lo diese para su servicio. Prometiéndoselo, vino un dia, que estando los dos reyes juntos, y el rey de Chipre le alabase, que tenia de su reino un criado, llamado Pedro, muy hábil y experto en toda cosa, se lo pidió por merced, para servicio de su real persona; á lo cual respondió el rey de Chipre: Gran don me ha pedido vuestra alteza, pero no puedo dejar de otorgárselo, por mas grande que fuese: llámanle, y si él es contento, vaya mucho enhorabuena. Llamado Pedro, y dado noticia de lo que pasaba, respondió: Merced me haria y muy señalada vuestra alteza, si tal licencia otorgar me quisiese, porque ya puede pensar que todo hombre naturalmente desea volver á su patria. Viendo su voluntad, dióselo al rey de Candia, dando á Pedro grandísimos dones. En esto Pedro se arrodilló delante los reyes, besándoles las manos; y de allí á pocos dias el rey de Candia aderezó su partida, y embarcado juntamente con Pedro, despues de haberse despedido del rey de Chipre, siguió la nave su viage. El cual fué tan bueno, que en breve tiempo llegaron á Candia,

y fué recibido el rey de los suyos con aquella honra y acatamiento, cual eran obligados, y á tan gran señor pertenecia. A cabo de seis dias murió el regente de su caballería. Por lo cual proveyó en aquella dignidad á Pedro, y él la aceptó, recibiéndolo en cuenta de grandes mercedes, dándole las gracias por ello.

Pues como Pedro fuese regente, y por su sagacidad y prudencia hiciese grandes justicias, vínole la causa de su padre y marido entre manos. Venidos y comparecidos delante de él, y oida la peticion de su padre Herodiano, que pedia á Casiodoro, su marido, le diese certificacion en qué parte y de qué enfermedad era muerta su hija Finea, proveyó, vista la obligacion, que Casiodoro le diese á Herodiano un tanto para su sustentacion, y que, vista la presente, le pagase lo que hasta allí debia; y tambien, que dentro de cuatro meses le diese por auto y testigos abonados y de toda fé y de creer adonde y de qué enfermedad era muerta su mujer Finea. Pasados que fueron los cuatro meses, como no diese razon ninguna de lo proveido Casiodoro, tornóle á convenir Herodiano delante de Pedro el regente. Y visto por él la poca razon que daba, ni tenia en semejante caso, mandó que lo prendiesen y pusiesen en la cárcel á Casiodoro. Puesto, viendo que por jamás en las confesiones habia querido declarar cosa ninguna de la verdad, mandó que le diesen tormento, fingiendo que tenia testigos recibidos contra él. Casiodoro, atemorizado de los tormentos, vista la presente, confesó toda la verdad, de como, por haber alabado la bondad de su mujer, y Falacio vituperado, diciendo que ponia cien ducados si no dormia con ella, y el haberlos puesto, y el otro ganado, determinó, por el mucho amor que la tenia, de no matarla, sino que la dejó en una isla desierta, y que aquello era sin falta la verdad de lo que habia acontecido con su mujer Finea. Oido por Pedro el regente semejante caso, hizo que lo volviesen á la cárcel, y luego mandó prender á Falacio, el cual, despues de haberle dado muchos tormentos, vino á confesar la verdad, que no habia dormido con Finea, sino que por codicia de ganar los cien ducados que iban de apuesta, habia dado diez ducados á Crispina, porque le dió señas de su persona y de su aposento y cama, con las cuales habia ganado el apuesta á Casiodoro. Admirado de esto Pedro, mandóle poner en la prision, y tambien á Crispina, á la cual habiendo confesado la verdad, hizo sentenciar, publicando su delito; y á Falacio dió por sentencia que restituyese los cien ducados y el interese de ellos, segun el tiempo que los habia tenido, y mas que fuese desterrado perpetuamente de su patria.

Hecho todo esto, secretamente se hizo cortar riquísimas ropas de mujer, y mandó soltar á Casiodoro; y para un dia señalado aderezó un magnífico y generoso convite, en el cual convidó al rey y á su padre Herodiano y á su marido Casiodoro; y despues de haber comido, suplicándoles se aguardasen un poco, se entró en su retrete, adonde se aderezó de mujer como lo era; y salida delante del rey y de su padre y su marido, mandando que todos los criados se saliesen fuera de la sala, se vino á descubrir como ella era Finea, hija de Herodiano y mujer de Casiodoro; y relató en presencia del rey todo el suceso de sus trabajos acontecidos,

por respecto de la inocencia de su marido; y que por haber allegado en aquel estado, daba muchas gracias á Dios y á su alteza, y que si servido era, aquel mismo le suplicaba que diese á su marido. El rey, atónito y maravillado de semejante caso, fué contento, con tal condicion que no pudiese oir su marido ni determinar causa ninguna sin que primero no estuviese ella presente. Y le hizo sin eso (de ver su voluntad y fortaleza) infinitas mercedes. Y de esta suerte vivió honradamente Finea con su marido Casiodoro, con muchos, alegres y prósperos años, en la ciudad de Candia.

De este cuento, ya pasado, hay hecha comedia que se llamaba *Eufemia*.

PATRAÑA DÉCIMAQUINTA.

Quiso Astiages por suerte
Del nieto ser homicida,
Y Harpago por darle vida,
A su hijo dió la muerte.

En la provincia de Media residia un rey valerosísimo y esforzado, llamado Astiages, el cual tenia una hija, dicha Mandane. Este rey por diversas noches soñó que por la parte natural de su hija veia nacer una vid con un sarmiento que cubria casi toda la Asia. Para lo cual consultó todos los adivinos de su reino, los cuales le dijeron y declararon, con sus interpretaciones, que su hija habia de parir un niño que por tiempo seria rey, y que le desprivaria del reino. Él, porque tal no fuese ni aconteciese, acordó de no casar á su hija Mandane con varon que fuese de linage. Y así, vista la presente, la envió á Persia, para que casase con Cambises, hombre de mediano estado, mas con toda diligencia vivia de continuo muy receloso, y mas cuando supo que estaba preñada; por lo cual mandó que fuese venida á su corte; y puesta en su íntimo palacio, le puso guardas, para que le avisasen cuando el parto le tomase. Allegada la hora del parir, parió un muy hermoso niño, el cual mandó a Harpago, un criado suyo de quien mucho se fiaba, vista la presente, lo llevase fuera de la ciudad, y que sin redencion ninguna lo matase. Harpago, tomado que hubo el infante, no lo quiso matar, por respecto que si el rey moria no quedase el reino sin heredero, y así determinó de darlo á un pastor suyo, para que en una selva desierta lo echase. Echado que fué, el pastor viniendo á su aldea halló á su mujer recien parida de un niño muerto; y de verla tan acongojada, contó lo que le habia acontecido con el nieto del rey, y de como le dejaba en la selva desierta. En oirlo la mujer, le hizo al marido tantos ruegos y sumisiones, que le indució á que fuese por él. Ido, trújoselo, y puesto en sus brazos, holgóse tanto,

que olvidado el dolor de su hijo perdido, rogaba á su marido que se lo dejase criar, que por ser hijo de quien era, y nieto de rey, no podia ser sino muy bien gratificada. El pastor no consintiendo dijo : Mira, mujer, no querria que Harpago enviase á la selva á ver si he cumplido su mandamiento. Mas con todo esto, conociendo el marido que tenia razon la mujer, quitóle al niño los paños reales, y púsoselos á su hijo muerto, y dejólo en la selva desierta. Apenas lo hubo dejado, cuando criados de parte del rey vinieron, para ver si el pastor habia hecho lo que Harpago le habia mandado; al cual dieron relacion cierta que lo habian hallado muerto en la selva.

Pues como el infante se criaba en poder del pastor, púsole por nombre Ciro, porque Cira se llamaba su mujer. Siendo el infante ya de edad de diez años, jugando con otros muchachos á un cierto juego que ellos concertaron, alzáronle por rey, y todos le obedecian y besaban las manos. Vino uno, que no le quiso obedecer, por lo cual mandó que le azotasen. Fueron tales los azotes, que sabiéndolo el padre del muchacho, se fué á quejar al rey Astiages, despojándoselo delante porque viese cuan mal parado estaba. El rey admirado de semejante caso, y notificado quién tal habia hecho, mandó llamar al pastor, y al infante con él; y preguntándole el rey, que quién le habia dado tal licencia y atrevimiento de castigar de tal manera hijo de ninguno, respondió el infante con rostro sereno : Sepa vuestra alteza que yo ninguna culpa tengo de ello, porque, jugando, me alzaron y dieron dominio de rey, y juraron de obedecerme; y como este no quisiese hacer mi mandamiento, le mandé azotar, porque conociese qué cosa es ser desobediente á su rey; y si de esto, señor, merezco pena alguna, aparejado estoy, como obediente vasallo, á lo que mandares. Maravillado el rey de cuan osada y concertadamente habia propuesto su razon, estándole mirando en el rostro, vido que le parecia algun tanto retrato de su hija Mandane, y mas cuando le vino á la memoria el sueño que soñado habia, por lo cual dijo al pastor : ¿Cuyo hijo es este muchacho? Respondiendo que suyo, mandó que le diesen tormento, hasta que dijese la verdad. El pastor de miedo entónces confesó todo lo que le habia sucedido con el infante. Y confiriendo el rey el tiempo del muchacho con el dia que le mandára echar, conoció claramente ser su nieto, y que el sueño que los magos le habian declarado, que con haber sido rey de los muchachos se habia cumplido, y que de allí adelante podia vivir sin temor. Mas por eso no dejó de concebir gran odio contra Harpago, porque no habia hecho su mandamiento de matar á su nieto; y por vengarse de él, secretamente le mandó matar un hijo que tenia, y mandóselo guisar en diversos manjares; y dándoselo en la mesa, al mejor sabor que estaba comiendo, preguntóle si le sabia bien? Respondiendo que sí, díjole : Pues tu hijo es el que comes, Harpago, y ese es el castigo que merecen los criados que no hacen lo que les manda su rey. Fué tanto el dolor que Harpago en su ánimo concibió, que luego propuso, en cualquier manera que fuese, vengarse de su rey Astiages.

Pasaron algunos años con esta disimulacion; y el rey, á cabo de dias,

envió á Ciro su nieto á Persia, adonde en ejercicios del arte militar se criaba y hacia grandes proezas y hazañas y tenia ganada la voluntad á todos por su buena crianza y afable conversacion. Harpago, que de continuo en su pecho revolvia de qué modo poderse vengar, escribió una carta á Ciro, diciendo: Que se acordase de cómo su abuelo el rey Astiage en ser nacido le queria matar, y que él le dió la vida, y que por habérsela procurado, le habia hecho matar á un solo hijo que tenia, y dado en manjar; y que por no poder oirle, ni verle, lo tenia desterrado de su corte; y si determinaba de poseer el reino, como de derecho le venia, que allegase mucha gente de armas, y que viniese sobre Media, que él le prometia con todos los modos, cuando en campaña fuese, de pasarse á su parte. Escrita esta carta, porque pudiese llevarla el portador de ella libre y seguramente, porque estaban los pasos todos tomados por el rey, púsola dentro de una liebre, y al que se la llevaba en traje de cazador, con sus redes al cuello, y así pasó de esta manera á Persia, y dió la carta en manos de Ciro. Vista su buena intencion de Harpago, luego aderezó y allegó infinita infanteria, y vino sobre el rey Astiages, su abuelo. El rey, olvidado de la injuria que por su mano Harpago tenia recibida, dióle el cargo de la batalla, para que saliese al encuentro de Ciro. Harpago, en verse con él, se pasó con todos los medos de su parte. Indignado el rey de semejante traicion, juntó muy gran hueste, é vino sobre Ciro y Harpago; y llevándolos de vencida, á los soldados que iban huyendo, salian las madres y sus mujeres al encuentro, que volviesen a la batalla; y viendo que no querian, alzándose las faldas, mostrando sus vergüenzas, á voces altas decian: ¿Qué es esto? ¿otra vez quereis entrar en los vientres de vuestras madres? Los soldados, de vergüenza de esto, volvieron á la batalla con grande ánimo, por donde fué preso el rey Astiages, y su campo roto, y vencida toda su gente. Y quedando Ciro por rey y señor, no le quitó otra cosa que el reino y lo depositó en un castillo bien guardado, é repartió grandes dones con todos sus vasallos, é hizo muchas mercedes á su tan buen amigo Harpago. Y desde entónces feneció la monarquía de los medos, y pasóla Ciro á los persas.

PATRAÑA DÉCIMASEXTA.

Julian por ser cabido
Y amado del rey de Tracia,
Cupo á Estacio tal desgracia,
Que en carbon fué convertido.

El rey de Tracia, yendo un dia á caza de monte, fué perdido de todos sus caballeros y criados, por seguir acosadamente á un ciervo, donde hallándose solo en un áspero bosque, y la noche que venia con abundantísima agua, sonó por dos ó tres veces su bocina, y viendo que no era

oido de ninguno, determinó de seguir por donde el caballo mejor le pareciese caminar. Con esta determinacion, habiendo ya caminado un muy grandísimo rato, cerróle la noche, y perdió el tino. Donde parándose en el desierto, y mirando á todas partes, vido una lumbre muy léjos, á la cual encaminó su caballo; y allegando adonde la lumbre estaba, vido que era una majada, en la cual habitaba marido y mujer, y un hijo, llamado Julian, de edad de quince años. Y pidiendo si habia posada, les suplicó que le acogiesen por amor de Dios aquella noche. Dijéronle que eran muy contentos. Despues que descabalgó, el hijo Julian descalzó las espuelas, y tomó á cargo de pensar el caballo, y el buen hombre de hacer fuego, y enjugarle la ropa, y la mujer de guisarle de cenar. Pues como estuviesen cenando, y el rey viese á Julian cuan bien criado y servicial era, díjole al padre: Decidme, señor, ¿porqué teneis este mozo aquí perdido? Dejadlo que vaya á ver el mundo algun poco de tiempo, que no puede perder nada por ello. En esto respondió la madre, diciendo: No nos miente tal, por amor de Dios, señor, que ya una vez se nos quiso ir á la guerra con una escopeta, y de puras lágrimas mias le hice que se quedase. Dijo entónces el rey: Certificoos, pues, padres honrados, que es mozo para servir delante de un rey; y si el rey de Tracia, vuestro señor, lo sabe, pasa peligro que os lo pida para su servicio. Respondió el padre: Calle, señor, que se quiere burlar de nosotros: dejemos eso á parte, y vamos á dormir, que es gran noche, y vuestra merced (pienso yo) que vendrá cansado. Dijo el rey: Teneis razon, padre. Y así se fueron todos á dormir.

Venida la mañana, ya que esclarecer queria el alba, viérades venir de á pie y de á caballo en busca del rey mucha gente; y como preguntasen á Julian, que estaba á la puerta de la majada, si habia visto un caballero de esta y de esta suerte, y él respondiese que estaba durmiendo, entrados en su cámara, en verle todos se arrodillaron delante de él, y le besaron las manos de alegría, y de placer que concibieron por haberle hallado. Como Julian lo viese, fuélo á decir de presto á su padre y madre, que el huésped que habian hospedado era el rey de Tracia, por lo cual fueron corriendo á besarle las manos, y que los perdonase, si no le habian hecho aquel acogimiento y honra que merecia. En esto el rey los alzó de tierra, y los abrazó, rogándoles que á su hijo Julian se lo diesen para su servicio. Contentos y dichosos por ello, le aderezaron de las mejores ropas que pudieron. Y el rey de Tracia despidiéndose de ellos, se fué para su ciudad, acompañado de todos sus caballeros.

A cabo de tiempo, por ser ya de muchos dias Estacio, gentil hombre, copero suyo, instituyó á Julian en su lugar. Pues como viese Estacio que el rey no se acordaba de él en darle otra dignidad, como pretendia, y que Julian privaba tanto en tan poco tiempo, de envidia que le tuvo, ordenó una malicia, y fué, que tomando á Julian en puridad, le dijo: Mira, hermano, de esto que aquí te quiero avisar, no me lo debes de tener á mal, sino agradecérmelo en muy grandísima manera; porque como eres novicio en el cargo que te ha dado el rey, y mozo, y no bien experimentado, caes en un grandísimo yerro en hablar rostro á rostro con

el rey, é le tienes (segun yo he oido) amohinado, por hederte un poco la boca, por eso cuando hablares con él, desvia cuanto pudieres el aliento, y créeme. Julian con sanas entrañas, y sin caer en malicia ninguna, ni en algun engaño, cuando hablaba con el rey, desviaba cuanto era posible su rostro. Estacio, viendo que Julian hacia lo que él le tenia aconsejado, tomó al rey en secreto, y díjole: Porque conozca vuestra alteza cuan poco hay que fiar en hijos de villanos, y que siempre tiran á su natural, esto muy claramente se ha mostrado en vuestro querido Julian. El rey, admirado de lo que podia ser aquello, le dijo: ¿Cómo, qué es lo que ha hecho? Respondió: Sabrá vuestra alteza que va publicando que le hiede la boca, que no hay quien lo sufra; pero si no me cree, tenga mientes en ello, y verá cuando le sirve, como desvia su rostro del de vuestra alteza. Teniendo sentimiento el rey de lo que Julian hacia, y que Estacio le habia enseñado, lo que él no se daba acato, vista la presente, determinó de hacerle matar. Y porque no le viese morir, por el amor que le tenia, fuése un dia á holgar fuera de la ciudad, adonde unos leñateros solian hacer carbon, y apartándolos en secreto, les dijo: Mirad, buenos hombres, si mañana enviare aquí un criado mio, que os diga: ¿Habeis hecho lo que el rey os ha mandado? Echádmelo vivo y calzado donde soleis hacer el carbon, y muera allí, porque es cosa que me cumple.

Volviendo el rey á su palacio, por la mañana dijo á Julian que fuese adonde hacian aquellos leñateros el carbon, y les dijese si habian hecho lo que el rey les habia mandado. Yendo Julian, como tenia de costumbre por la mañana de rezar ciertas devociones, y se le hubiesen olvidado, pasando por la iglesia, entróse en ella para haberlas de rezar. Estacio, como supiese lo que el rey tenia ordenado, codicioso de ver efectuado su deseo, fuése derecho á los leñateros, y sin darse acato del daño que le podria sobrevenir, dijo: Buenos hombres, ¿habeis hecho lo que el rey os ha mandado? No lo hubo acabado de decir, cuando ya le hubieron dado un porrazo en la cabeza, y metido en el hoyo del carbon. Salido Julian de la iglesia de rezar sus devociones, como fuese á los leñateros á decirles, que si habian hecho lo que el rey les habia mandado, diciendo que sí, volvióse á decir al rey que ya habian hecho su mandamiento. Espantado el rey de pensar qué podia ser aquello, aguardando que anocheciese, y viendo que Estacio no parecia, llamó á Julian, pensando no fuese aquello algun juicio de Dios, diciéndole: Ven acá, ¿Estacio díjote por alguna via ó manera que yo estaba quejoso de tí? Respondió: Sepa vuestra alteza, que lo que él me dijo fué, que cuando le servia á la mesa, desviase mi rostro, porque le habia dicho vuestra alteza que á mí me hedia la boca. Entónces el rey, dándose con la mano en la frente, conoció el engaño y malicia de Estacio, y que los leñateros le habian quemado, y que Dios le habia dado el pago que merecia, por donde desde entónces amó mucho mas á Julian.

PATRAÑA DÉCIMASÉPTIMA.

Porque decia Claudino,
Dios os guarde de mal hombre,
Filemo, por propio nombre,
Se enojaba de contino.

Claudino, sastre, teniendo otro vecino calcetero delante de su casa, llamado Filemo, cada mañana que le saludaba, despues de buenos dias y buenas noches, le decia: Dios os guarde de mal hombre y mala mujer, señor compadre. Tantas veces se lo dijo, que le respondió: ¿Qué me puede hacer á mí mal hombre y mala mujer, sabiéndome yo guardar? Anda de ahí, no me lo digais mas, si me quereis tener por amigo. Por lo cual Claudino calló, y á cabo de dias prestóle sobre una buena prenda dos ducados, sin haberlos menester, los cuales le volvió el mismo dia.

Despues, de allí á dos semañas, volvióle á suplicar que le prestase cinco ducados, y Filemo se los prestó, no queriendo tomarle prenda ninguna, los cuales le volvió pasados tres dias, y de allí á muy poco tiempo le volvió á pedir prestadas diez piezas de oro, y tambien se las dió. Pasado un mes, pasados dos, pasados tres, viendo Filemo que no le volvia sus dineros, díjole un dia: Señor vecino, porqué no se acuerda de volverme aquellos dineros, viendo con cuanta voluntad se los presté? A lo cual respondió Claudino: Qué dineros, ó que haca? Ya os los he vuelto, no sé qué os decis. Señor compadre, dijo Filemo, no me los habeis vuelto, ni tal me podeis vos probar por cierto; pero yo tengo el merecido, por no quereros tomar prenda. Bien, la justicia lo averiguará todo, anda con Dios. Ido, sin perder punto, le envió á citar por tres veces; y á la primera citacion fingió Claudino que le habian robado la ropa de su botica, y su capa juntamente, y que por este respeto no salia de casa. Cuando vino la postrera citacion, dijo á Filemo: Señor vecino, ya veis que por no tener capa dias ha que no salgo de casa; si quereis que parezca delante del juez, prestadme alguna capa de las vuestras sobradas, para que salgamos de este negocio. El Filemo contento, prestósela. Venidos á juicio, habiendo hecho Filemo su demanda, respondió Claudino: Que si le habia dejado dineros, que ya se los habia vuelto, buena y cortesmente; pero mire vuestra señoría cuan mal hombre es este, que si á mano viene, dirá que la capa que yo traigo es suya. Respondió Filemo: Sí, que es mia. Dijo Claudino: ¿Veis si digo yo verdad, señor? Entónces dijo el juez: Jurad aquí: vos debeisle los diez ducados? Respondió Claudino: Juro, señor, que así es la capa suya, como yo le debo los dineros: por donde dió por libre el juez á Claudino, y Filemo se fué á su casa muy congojado. Y á la noche tomó Claudino la capa de Filemo, y los diez ducados, y fuése á su posada, diciendo: Buenas noches, señor compadre, no os altereis por verme: sosegaos por amor de Dios. Primero, y princi-

palmente, veis aquí vuestra capa, y mas los diez ducados. Todo esto no lo he tramado, sino porque conozcais qué es lo que puede hacer un mal hombre y una mala mujer. Entónces Filemo le abrazó, agradeciéndole desde allí adelante el aviso que le daba.

PATRAÑA DÉCIMAOCTAVA.

Tancredo causó y Febea
Que á Brandiana culpasen,
Y dos hermanos peleasen,
Sin cometer cosa fea.

En el reino de Escocia hubo un rey, llamado Aquileyo, mancebo, y de buena fama, el cual cayó malo de cierta enfermedad, que Dios fué servido que tuviese; y viniendo al paso de la muerte, prometió, que si Dios le libraba de aquella afliccion, y le restituia en su sanidad pasada, de hacerse monge, y servirle todos los dias de su vida en religion. Fué, pues, el caso, que en breve tiempo estuvo bueno, y para efectuar lo prometido, llamó á un hermano suyo que tenia, dicho Calimedes, que ya muchos años habia que era casado, y tenia una hija, llamada por nombre Brandiana, y lo depositó en su silla y estado real, y lo hizo jurar por rey de los grandes de su reinado, y él se metió monge en el abadía de Santa Flor.

Pues como Calimedes asistiese por rey de Escocia, y sus grandezas y liberalidades se manifestasen que usaba, no tan solamente con sus vasallos, mas con todos los extrangeros, y por otra parte las virtudes y gracias de su hija Brandiana, acudieron á su corte innumerables y grandes señores. Entre los cuales vinieron dos hermanos, hijos del rey de Bretaña, el uno llamado Ricardo, y el otro Dulcido, y el hijo del duque de Albania, dicho Tancredo. Ricardo, como viese que era igual en grado de la infanta Brandiana, púsose á servirla, de tal manera, que hizo por su servicio en la corte infinitísimas fiestas, así de torneos como de justas y otras galas, saliendo siempre con su honra, por ser esforzado caballero. Por lo cual la reina y el rey Calimedes se holgaban de ello, y le tenian en reputacion de hijo, y le hacian muchos favores, y mercedes de cada dia.

De otra parte Tancredo no habia dejado de servir con toda su posibilidad á la infanta Brandiana; y conociendo el poco fruto que sacaba de ello, é cuan favorecido era Ricardo, quiso probar por otra parte si alcanzaria aquello que tanto deseaba; é fué, que se puso á requebrar á Febea, doncella muy amada y querida de la infanta Brandiana; de tal manera, que en breves dias alcanzó de ella cuanto quiso, é las mas noches dormia con ella á su contento, porque secretamente subia por cierto

lugar oculto, con una escalera de cuerdas, á la media noche, cuando todo hombre sosegaba. Con estos amores, tuvo oportunidad de rogar á Febea, que no dejase de dar un tiento á Brandiana, como él toda la noche y dia penaba por sus amores; y que si ella acababa esto, que le favoreciese, y por cualquier via casase con ella, que de su parte le prometia siete mil ducados en dote. Concediéndoselo Febea, de una parte rehusaba, por no ser ingrata contra si misma, en perder su nuevo amante; y de otra la esforzaba el dote prometido. En fin, que convencida del interese, se lo dijo á Brandiana; mas como Brandiana tenia en su corazon á Ricardo, no hizo caso de Tancredo; ántes amenazó á Febea, si tal negocio mas le boquease. Habida la desabrida respuesta, Tancredo trabó mas continua amistad con Ricardo, y le dijo un dia en secreto: Señor Ricardo, por el amistad que nos tenemos, yo querria que entendieses, como claramente entiendes, y sabes el mucho tiempo que sirvo á Brandiana; y pues se sabe que mis trabajos y servicios son para casarme con ella, y el rey, segun tengo entendido, ningun desvío dará en ello, querria que dejases de hacerme contraste, y que no fueses tras lo incierto. Ricardo le respondió: Maravillado estoy de tí, Tancredo, que digas que ántes que yo bien la quisiese, tú la amases, ni que por tal respecto la hubieses tan solamente mirado; pero dejemos eso á parte: yá sabes el amor que Brandiana me tiene, que de solo ser mi mujer se precia; y porque desengañado quedes, has de saber que de su mesma boca le he oido decir que ver no te puede. ¡Ay! dijo Tancredo, en gran error siento que te ha puesto el amor ciego; pero si te tienes ser amado de ella, como tú dices y pretendes, vengamos á la prueba, y dime qué favores te ha hecho desde que la sirves, que yo te diré los mios; y el que mas y mejores los habrá recibido, aquel permanezca en su servicio. Contento Ricardo, con juramento que hicieron, á la ley de buenos caballeros, de tenerse secreto, empezó á decir: Has de saber, Tancredo, que Brandiana me ha jurado, que no ha de ser otro su marido ni esposo sino yo; y por mas certidumbre, me ha dado este anillo de su mano; y cuando su padre en esto no venga bien, me ha dado palabra de irse conmigo á Bretaña. Respondió Tancredo: Si con eso presumes tenerte por seguro, yo te diré cosa que cuando la sepas me ternás por mas dichoso que tú; y es, que no pasa noche de esta vida, que no duerma con ella. En oir esto Ricardo, le dijo que no podia creer semejante cosa. Respondió Tancredo: ¿Tanta confianza pones en mujeres? pues aguarda, yo te haré que lo veas esta noche venidera, con tus propios ojos. Concertados, fuése Tancredo á Febea, diciendo: Amiga y señora de mi corazon, de parecer seria, si tú quisieses, que por quitarme de la fantasía á Brandiana, me hicieses una señalada merced, que la noche siguiente cuando venga á dormir contigo, yo trabajaré de venir tardecillo, que tú te adereces y te pongas las ropas de Brandiana, y hagas el posible de remedalla, así en habla como en el gesto, porque imaginando que tú eres ella, mi deseo podrá ser que se me quite. Contenta y deseosa de lo dicho, fuése Febea á negociar lo concertado. Y Tancredo llamó á Ricardo para la noche concertada, y Ricardo avisó á su hermano Dulcido, señalándole el lugar

adonde habia de estar en atalaya por si algo le sucediese, y le hubiese menester para defension suya. Venidos los dos competidores á las espaldas del aposento de la infanta, y Ricardo puesto en lugar secreto para ser testigo de vista de lo dicho, Tancredo haciendo sus señas acostumbradas, salió Febea á unos corredores con una ropa blanca finísima con franjas de oro y barras de brocado hecha á mil maravillas, y sus tocas de oro, que era el mismo aderezo que Brandiana solia llevar aquellos dias. Y echada su escalera, Tancredo subió arriba; al cual Febea recibió con los brazos abiertos, y besándola como solia acostumbrar. Tancredo dijo á voces muy altas, porque Ricardo lo sintiese: ¡O infanta y señora mia! ¿en todos los dias de mi vida podré pagar á vuestra alteza las mercedes que me hace? Y por lo que Tancredo decia, y él con su codiciosa vista miraba con la claridad de la luna, creyó Ricardo que fuese Brandiana; y fuera de su acuerdo, desenvainó de su espada, y poniendo el pomo en tierra para echarse sobre ella, acudió Dulcido su hermano, y le trabó del brazo, diciendo: ¿Qué es esto, Ricardo? ¿has perdido el seso? ¿Que una mujer te ha de hacer salir de quicios? ¿No sabes que todas son variables? Y pues por tus ojos has visto su falsedad, guarda las armas para contra ella, acusando al rey su padre tan gran bellaquería. Respondió Ricardo: Nunca Dios tal quiera, hermano, que á la que en algun tiempo he querido bien, en tanto mal y peligro la viese, sino que en fin yo quiero tomar tu consejo: vamos, y dejémoslas para quien son. Idos, Ricardo, como perfecto enamorado, que lo visto tenia fijado en su corazon y alma, el otro dia siguiente, levantóse muy de mañana, ántes que esclareciese el dia, y fuése á media legua de la ciudad, y sobre un peñasco que estaba junto á la mar, llamó á un cierto pastor que vido, y razonando con él le dijo: Hermano, un placer me harás; y es, que vayas á la corte del rey Calimedes, y des aviso cómo Ricardo, que soy yo, él mismo se ha tomado la muerte por sus manos, por la poca fidelidad que le ha guardado Brandiana. Y en acabando de decir semejantes palabras se lanzó en la mar, y el pastor tomó el camino para la corte.

No fué Ricardo dentro en la mar, cuando se halló arrepiso; y como supiese bien nadar, vino á salir á la abadía de Santa Flor, adonde le acogieron los monges, diciendo que habia escapado de una nave, que cerca de allí habia dado al través.

Volviendo á su hermano Dulcido, en hallar menos por la mañana á su hermano Ricardo, los extremos que hacia eran tan grandes, que ponian lástima y terror á los caballeros. Y el rey y la reina, por el amor que le tenian, estaban en gran tristeza puestos, y no menos los grandes de su corte, y Brandiana mas que todos, aunque lo disimulaba.

Estando en estas cuitas y afliciones, allegó el pastor á la corte, notificando como á Ricardo él le habia visto ahogar, por respecto de Brandiana. Dulcido, con estas tan tristes nuevas, considerando que Brandiana habia sido la causa de la muerte de su hermano, armóse en blanco, y estando en la sala real el rey y la reina, y Brandiana, con los mas principales caballeros suyos, entrando por ella, dijo á voces muy altas, enderezando su plática al rey: Ha de saber tu alteza, que la muerte de mi

hermano Ricardo ha sido por causa de tu hija Brandiana, por haberla visto holgar con un caballero de tu corte; el cual, por ser noche, yo no conocí, ni mi hermano quiso decirme su nombre, pero esto que digo yo lo haré bueno en batalla con la espada en la mano. Fué tal la turbacion que puso Dulcido, que unos á otros se estaban mirando, sin saber qué responderle, sino tan solamente el rey, que le respondió : Mirad, caballero, por lo que propuesto habeis, aunque contra mi hija, no dejaré de guardar la ley que está puesta en ese caso contra las mujeres : id en buen ora, que para este efecto nombro desde aquí por jueces á Tancredo, hijo del duque de Albania, y al conde de Flándes; y si dentro de un mes no se hallare caballero que vuelva por ella, yo la daré el castigo que merece. Y así mandó pregonar, que á cualquier que venciese á Dulcido, le daria á su hija por mujer. Sonó tanto este negocio, que en breves dias fué publicado por diversas provincias, sin hallarse caballero que osase salir en batalla con Dulcido, por ser hombre muy robusto y esforzado.

Viniendo á noticia de Ricardo, que estaba en el monasterio de Santa Flor, á causa que el monge Aquileyo, tio de Brandiana, se fatigaba de ver á su sobrina puesta en tanto aprieto, le suplicó muy mucho que le proveyese de armas y caballo, que pues caballero no habia que tomase la tal empresa, que él se obligaba, con el ayuda de Dios, de vencer á Dulcido. No lo hubo dicho tan presto, cuando el monge Aquileyo le hizo proveer de todo lo necesario muy ricamente. Despedido Ricardo de todos los monges, y suplicando que rogasen por él en sus oraciones, no es de dejar en olvido que por el camino entre sí mismo iba vacilando, y parándose cada rato, diciendo : No creo que hay caballero en el mundo tan inconsiderado como yo, que así tan ligeramente, y sin mas pensar en ello, tomase á cargo una empresa como esta. ¿Qué es esto, Ricardo? ¿qué haces? ¿dó vás? ¿duermes ó velas? ¿estás en tí, ó fuera de tu acuerdo? Considerar debes, y mucho sobrepensado, que si entras en esta batalla, que para librar á Brandiana has de vencer ó matar á tu propio y carnal hermano; y si por mi desdicha, que siempre lo ha de ser de una manera ó de otra, que de Dulcido sea vencido ó muerto, seremos yo y Brandiana vasallos de la triste y aborrecible muerte. En fin, conociendo justísimamente que por haber dado parte de sus negocios á su hermano Dulcido era tan gran daño sobrevenido, determinó de proseguir su determinado viage. Y entrando en el campo, adonde cada dia comparecian el rey, y los jueces, y la infanta Brandiana, cargada de luto, en un tablado entapizado de negro, y Dulcido armado de todas sus armas, dió su carta á los jueces, relatando como venia para defender la honra de la infanta Brandiana. Y asignándoles el lugar y el puesto, comenzaron los dos á proseguir su batalla, de tal manera, que á los primeros encuentros rompieron los dos sus lanzas. Y del encuentro cayó el caballo de Dulcido en tierra, de la cual caida toda la gente se alegraba, pensando que juntaria presto con el caballero no conocido, pero Ricardo no quiso, sino aguardar que recobrase el caballo, porque el amor de hermano le convencia de no ejecutar en él su ira. Alzado que se hubo el caballo de Dulcido, echaron mano á sus espadas, y de ver

con cuanto ánimo y esfuerzo se combatian, estaba el pueblo espantado. La cual pelea duró tanto, sin conocerse mejoría entre los dos, que la noche los hubo de despartir, y cada uno irse á reposar á su posada.

En esto Febea, como se diese acato de la maraña pasada, y que Tancredo era causa de la infamia de Brandiana, por evitar la muerte de aquellos dos caballeros, que estaban sin culpa, se fué secretamente derecha al abadía de Santa Flor, y arrodillada á los pies del monge Aquileyo, le confesó por extenso toda la verdad; y le suplicó que del rey Calimedes su hermano (para Tancredo y ella) les hubiese perdon, y que de Tancredo se cobrase el dote que le habia prometido. El monge se lo prometió, y mandó que del monasterio no se partiese. Y vista la presente, se partió para la corte, y descubrió á su hermano Calimedes el hecho como pasaba, y que su hija era sin culpa, y que Tancredo y Febea eran los inventores de tan gran desasosiego, y que por tanto le suplicaba que les hiciese merced de las vidas. Contento el rey por satisfaccion de él y de la honra de su hija, hizo tomar presos á Tancredo y á Febea, y puestos en su tablado, para un asignado dia, mandó que cada uno por sí publicase su maldad y falso testimonió. Hecho esto, proveyó que el caballero extrangero que habia vuelto por su hija fuese traido delante de él. Como Ricardo lo supiese, armóse en blanco, ni mas ni menos, como si hubiera de salir á la batalla. Y venido ante la presencia real, en quitarse el almete fué conocido que era Ricardo; y del rey abrazado con los brazos abiertos, y ansimismo de su hermano, y de los grandes que presentes se hallaron. Sonó tanto este regocijo y contentamiento de saber que Ricardo era viva, y que era el caballero extrangero que habia peleado con Dulcido, que la reina con la infanta Brandiana, riquísimamente ataviadas, vinieron en la presencia del rey, para ver y agrádecer á Ricardo en el riesgo en que se habia puesto por salvar su honra. Y el rey, por cumplir su palabra, cual habia prometido, suplicó á su hermano el monge Aquileyo, que desposase en presencia del pueblo á Ricardo con Brandiana. Desposados, arrodillóse Ricardo delante del rey, suplicándole que soltase á Tancredo y á Febea; lo cual el rey no pudo dejar de haeerlo, y así los soltó y perdonó; pero á Tancredo con esta condicion, que fuese luego desterrado de su corte, dando fianzas de los siete mil ducados para el dote de Febea, como le tenia ofrecidos. Y así fué cumplido todo. Y de allí á pocos dias, fueron ordenadas las bodas de Ricardo y Brandiana.

PATRAÑA DÉCIMANONA.

La mala madrástra hizo
Que culpasen su entenado,
Y tuviesen por finado
Su hijo con un hechizo.

Fué un honrado hombre, que vivia de sus rentas en la ciudad de Nápoles, llamado Firmiano, el cual tenia un hijo mancebo, llamado por su nombre Machabelo, que estudiaba para médico. Muerta la madre, su padre se casó; y esta segunda mujer, dicha Cavina, parió otro hijo, que pusieron por nombre Modesto. Y siendo en edad de diez años, y ella se hallase descontenta, por ser su marido anciano de dias, se enamoró de Machabelo su entenado, de tal manera, que fatigada con la poca paciencia del amor libidinoso, rompió el silencio de lo que callado mucho tiempo habia. Y para efectuar su apetito, fingió de sentirse estar mala; y puesta en su cama, envió á llamar á Machabelo. No tardó el mancebo de obedecer el mandamiento de su madrastra, y con el gesto triste y honesto entró en la cámara, y tentándole el pulso, le preguntó qué era la causa de su presente enfermedad. Entónces ella, hallando ocasion muy dañosa, que es la soledad, le comenzó de hablar lo siguiente: La causa y principio de este mi presente mal, y aun la medicina para él, tú solo eres, porque esos tus ojos entraron por los mios á lo íntimo de mis entrañas; por lo cual te ruego que hayas mancilla de quien por tu causa muere. Y pues ves con cuanta razon te amo, cumple mi deseo, pues estás agora solo conmigo.

Machabelo cuando aquesto oyó, turbado de tan repentino mal, como quier que se espantase, y aborreciese tan gran crímen, no le pareció responder con la severidad presta de su negativa, ántes le prometió, diciendo que se esforzase hasta que su padre se fuese á una heredad que tenia. Diciendo esto, apartóse de la mortal vista de su madrastra; pero ella, como no tuviese paciencia de esperar siquiera á que el marido por su determinacion se fuese, fingiendo lo que á ella le pareció, persuadió que se fuese á su heredad, que estaba bien lejos de la ciudad. Partido que fué, Cavina, con su locura apresurada, viendo que habia lugar para curar el cuerpo y enfermar el alma, llamó á Machabelo, y demandóle con mucha instancia que cumpliese con ella lo prometido. Pero Machabelo escusándose, diciendo agora una cosa, y despues otra, apartándose de su abominable vista, viendo ella manifiestamente que le negaba la promesa, en un punto mudó su nefando amor en odio mortal. Y no hallando en su sucio pensamiento otro mejor consejo que privar de la vida á Machabelo, llamó luego á un esclavo que tenia, llamado Ganejo, aparejado para toda maldad y engaño, y rogándole que le comprase veneno mortal para matar á Machabelo, que le habia requerido de amores, dándole á entender que mas queria que muriese de aquella suerte, que no

que su señor Firmiano pusiese las manos en él. Traido el veneno, y astutamente revuelto con vino, fué aparejado para matar á Machabelo. En tanto que la mala hembra guardaba tiempo y oportunidad para se lo poder dar, y caso, Modesto, su hijo propio, viniendo de la escuela muerto de sed, bebió de aquel veneno, que acaso halló en un vaso de plata, no sabiendo la ponzoña y engaño escondido que allí estaba. No hubo acabado de beber, cuando cayó en tierra muerto sin vida. Viendo los de casa la arrebatada muerte de Modesto, comenzaron á dar grandes voces y clamores, y la madre juntamente con ellos. Y conociendo el caso del veneno mortal, la mala mujer (ejemplo único de malicia de las malas madrastras), no conmovida de la muerte de su hijo, ni por la desdicha de su casa, ni por el enojo de su marino, no dejó de procurar sobre un daño otro peor, y fué, que despachó de presto un mensagero, que fuese á su marido, y le contase la muerte de su hijo. Cuando Firmiano oyó semejantes nuevas, y vino de presto á la ciudad, y entrando por casa, luego ella con gran temeridad comenzó de acusar, y decir que su hijo Modesto era muerto con la ponzoña de Machabelo. Y la mentirosa en este caso no mentia, porque á Modesto habia provenido la muerte que estaba ya destinada y aparejada para Machabelo; pero ella fingia que Modesto era muerto por maldad de Machabelo, á causa que ella no quiso consentir en su malvada voluntad, con la cual habia tentado de la forzar. Y no contenta con esto, añadió que porque le dijo que lo diria á su padre, la quiso matar con un puñal.

Entónces el afligido Firmiano, herido de la muerte de los dos hijos; y convencido de las lágrimas de su mujer, regando su cara con las suyas propias, se lanzó en casa de la justicia; y allí llorando, con muchos ruegos, trabajaba que sentenciasen á su hijo Machabelo, diciendo que habia cometido crímen de incesto ensuciando la cama de su padre, y que era homicida, habiendo muerto á su hermano. Finalmente, con la autoridad de su persona y la fama que tenia, convenció al juez, dejada la órden y dilacion del juzgar, que á Machabelo lo sentenciasen luego, segun el delito. Mas como el abogado se hallase presente, no consintió en ello, sino que derechamente, por las leyes antiguas y via ordinaria, el proceso se hiciese; y oidas las partes, y bien negociado el negocio, civilmente fuese la sentencia pronunciada. Este consejo plugo á todos, y luego mandaron llamar á cabildo: los cuales venidos, y presente Firmiano y Machabelo el reo, despues de muchas preguntas que les hicieron, tuvieron informacion como un esclavo de su casa, dicho Ganejo, sabia como habia pasado aquel hecho. Llamado, atestiguó que Machabelo, por estar enojado de su madrastra, destempló con sus propias manos la ponzoña, y que se la dió, para que la diese á Modesto, pero él, sospechando que el crímen se descubriria, no quiso tomar aquel cargo, y que no sabia mas. Machabelo respondió á esto que el atrevido esclavo mentia como un grandísimo bellaco; y que antes su madrastra presumia él que, por no haber concedido á su malvado deseo, lo habia ordenado para dárselo á beber. El padre, no dando crédito á lo que decia Machabelo, pugnaba la ejecucion de la justicia. Ninguno de los jueces quedó

tan justo y tan derecho que al acusado no le pronunciasen ser culpado de este crimen, y así determinaron que muriese. Y como ya los votos de todos fuesen iguales, y viniese el votar al mas viejo hombre, y de mucha autoridad, letrado y médico, dijo á todos en esta manera: Yo me gozo, y soy contento y alegre de haber vivido tanto tiempo, que por mi edad vosotros, señores, me tengais en alguna reputacion. Y por esto no consentiré que Machabelo con falso testigo haya de perecer, ni menos quiero permitir que vosotros, que jurastes de juzgar bien y fielmente, seais engañados por este esclavo.

Así que oid agora, y conocereis cómo es este negocio. Este ladron de esclavo vino á mi casa muy diligente para comprar ponzoña que luego matase, y ofrecióme cinco ducados de oro porque se la diese, diciendo que la habia menester para un enfermo, el cual estaba muy fatigado de su enfermedad de hidropesía, de la cual no podia sanar, y deseaba morir por librarse del tormento que pasaba. Yo, considerando que este malvado decia cosas livianas, no me satisfaciendo, antes siendo cierto que procuraba alguna traicion, dile aquel brebage, pero mirando á la verdad que se podria saber, no quise recibir el precio, sino con esta condicion, que puso los ducados en un saquillo, y mandé que los sellase con un anillo, que es aquel, que en la mano lleva, de cobre; dando á entender que por ser noche no los podia reconocer bien, que á la mañana los haria pesar y mirar á un cambiador. Y de esta manera los selló, y por mas certificacion veis aquí el saquillo en vuestra presencia: véalo él, y conozca su sello, porque la verdad es esta que pasa sin falta. Entónces tomóle un gran miedo y temblor al bellaco del esclavo, y la boca medio cerrada, tartamudeando, comenzó á decir ciertas mentiras y necedades, y siempre negando con grandísima constancia, no dejaba de acusar al médico que no decia verdad. El cual, por la honestidad y autoridad suya, se levantó, y arremetió al esclavo, y ayudándole, le quitaron el anillo de cobre, el cual puesto y mirado con el sello que estaba en el saquillo, fué conocido que era aquel. Y por tanto luego fueron aparejados muchos géneros de tormentos, pero él, obstinado, nunca quiso confesar la verdad.

Entónces dijo el médico: Por Dios, señores, yo no sufriré que contra derecho condeneis á muerte al inocente de Machabelo, ni tampoco que este esclavo (burlando de nuestro juicio) escape de pena; porque yo daré evidente argumento de este negocio, el cual es este, señores, que como este malvado pensase comprar ponzoña mortal, y no creyese que á mi oficio convenia dar á ninguno causa de muerte, porque la medicina no fué hallada para matar á ninguno, sino para dar vida á los hombres, temiendo que si yo negase de dalle ponzoña, quizá por mala respuesta, le daria camino de su maldad; en irse á otra parte, quizá se le darian, ó por ventura con algun cuchillo ó otro linage de arma acabaria la traicion que habia comenzado: acordé de darle, no ponzoña mortal, sino otra confeccion soñolienta, que da sueño semejante á la muerte. Pero si es verdad que Modesto el muchacho bebió aquel brebaje, que por mis manos fué destemplado, él es vivo, y reposa y duerme:

No hubo acabado de decir semejantes palabras, cuando con gran ímpetu y alegría allegaron dos criados de Firmiano, diciendo cómo Modesto habia tornado en sí, y estaba bueno y sano. En esto proveyeron los del consejo que Modesto fuese traido delante de ellos: y venido, ya podreis pensar en su padre Firmiano, con qué abrazos recibiria á su hijo, que ya por muerto lo tenia llorado, y con qué gozo suplicaba á los jueces que diesen por libre á Machabelo, pues era sin culpa. En esto mandaron callar á todos, y admirados del caso, y con recto juicio, y confesada la verdad por el esclavo, dieron por sentencia que el esclavo fuese ahorcado, y la madrastra desterrada perpetuamente del reino, y al médico, que justamente tomase los cinco ducados. Y así Firmiano, muy contento y satisfecho, se volvió á su posada con sus dos hijos Modesto y Machabelo, conociendo la maldad de Cavina su mujer; y protestó que nunca se veria en cubierto con ella en todos los dias de su vida.

PATRAÑA VIGÉSIMA.

Por Urbino, Federico
Con Antonia no casó
Y á causa de esto llegó
A ser pobre, despues rico.

Habitaba en la ciudad de Roma un procónsul llamado Sergio, el cual teniendo un hijo que se decia Urbino, determinó de enviarle á estudiar al estudio de Bolonia; hecho su preparatorio, cual á su estado convenia, envióle con cartas favorables, encomendando á Guillermo, rico mercadante boloniense, muy grande amigo suyo, para que le favoreciese y mirase por él, como si fuese su hijo propio. Recibido Urbino romano por Guillermo, aposentóle en su casa con aquel acatamiento cual á su honra pertenecia, y por respecto de cuyo hijo era, le puso en compañía de su hijo Federico, en una rica y espaciosa estancia.

Pues como estos dos mancebos, Urbino y Federico, se amasen en extremo grado, que el uno no sabia vivir sin el otro, y fuesen de una misma complexion y estatura, y se semejasen tanto que algunos los tuviesen por hermanos, determinó Guillermo de un mismo paño ricamente vestirlos, y de esta manera fueron diversos años al estudio, penetrando mucho en letras. Pues como ya fuesen de edad de quince años, y se desmandasen algun tanto en los tráfagos y bullicios mundanos, Urbino se enamoró de una hija de un rico ciudadano, llamada la gentil Antonia, y siendo muy callado y vergonzoso, por no poder dar fin á su deseo ni descubrir su enamorado afecto, iba muy de caida, que no parecia ser el que solia. Federico, congojado de su fatiga, por bien que le molestaba que le descubriese su pena, por jamás lo pudo acabar con él. Y en este medio viniéronle á tratar casamiento á Guillermo de su hijo Federico con la gentil Antonia, del cual matrimonio fué contento él y su hijo Federico. Pues como se

aderezasen los desposorios, y á noticia de Urbino viniese, acrecentó su mal en tan excesivo grado que de la cama no se movia. Sabiéndolo Federico vínole á visitar, diciendo : Agora que mas te habias de alegrar, amigo y hermano mio, de mi bien, y gozar de mi alegría y descanso, te veo con mayor tristeza ; ¿qué es esto? ¿no me dirás de qué te sientes? ¿qué es tu fatiga é cuidado? A lo cual Urbino respondió con grandísimo suspiro : ¡Ay Federico! de este mi mal fácilmente me podrias tú remediar si quisieses. ¿Como si quiero? dijo Federico, dime tú de qué manera, que aunque sepa sangrarme de la mejor vena de mi cuerpo, me sangraré por tu salud y vida. Dijo Urbino : Tu tan amigable ofrecimiento, hermano Federico, me da ánimo y osadía á que te descubra mi grave enfermedad. Has de saber que estoy preso de amores de la agraciada y gentil Antonia, que hasta aquí lo he tenido siempre oculto en mi apasionado pecho, y agora por tu importunidad te lo he descubierto. Bien me place, dijo Federico, de saber de donde depende aquesta tu fatiga y mal tan excesivo, y mucho mas cierto me hubiera placido, si ántes que se tratára el casamiento me dieras parte de ello para no dar palabra, como la dí á mi padre, de tomarla por mujer. Pero ruégote que vengamos al remate, y sepamos de qué manera (como arriba dijiste) está en mi mano el remedio para que yo lo pueda remediar, hágase luego. De esta, dijo Urbino : Tú te has de desposar mañana, placiendo á Dios, como está concertado, y has de salir ataviado de las ropas que te ha hecho tu padre, de este nuestro aposento, entregármelas has en mi poder, para que yo me vista de ellas, y tu pornáste en mi cama, y por serte tan semejante en forma y estatura y gesto, fácilmente podrá pasar el engaño, y venga en efecto que sea mi mujer la gentil Antonia. Contento Federico, cuando vino la noche de los desposorios, se puso en la casa de Urbino, y Urbino se fué á desposar con la gentil Antonia. Y como la noche es encubridora de muchas faltas de naturaleza, todo hombre se pensaba que fuese Federico el desposado. Desposados Urbino y la gentil Antonia, despues de cena, por las suplicaciones que Urbino hizo, tuvieron por bien padre y madre de la desposada que durmiesen los dos juntos aquella noche. Venida la mañana y levantado Urbino del lado de su querida Antonia, vista la presente, se fué á dar las gracias á Federico de su contentamiento, al cual halló en la cama : é allí los dos determinaron de llamar á Guillermo para descubrirle lo que entre ellos habia pasado. Pues como se lo dijesen, aunque no hizo demonstracion ninguna, concibió en sí tanto enojo, que apenas hubiera caido de su estado, de ver que su hijo habia querido perder tan buena suerte, y por ser Antonia de tan ilustre parentela, presumia (como era de razon) que se habian de afrentar de semejante caso todos sus deudos. Pero disimulando cuanto pudo todas estas cosas, sacando fuerzas de su tan prudentísima ancianidad, dijo lo siguiente : Hijos, bien siento y conozco (cuanto sentir se debe) que la verdadera amistad de vosotros ha sido parte de hacer semejante trastrueco, y que esteis vosotros dello tan contentos, yo muy mas que pagado, mas no satisfecha Antonia, ni los padres de ella. Pues para eso, dijo Federico, señor padre, le habemos llamado, y dado parte de esto, que en satisfaccion de nosotros sea

relator de lo dicho y disculpe nuestro yerro, si yerro le ha parecido. Contento Guillermo vino á notificar por extenso la presente maravilla á los padres de Antonia, abonando mucho en extremo á Urbino, manifestando cómo era hijo de Sergio, procónsul romano, y que se tuviesen por muy honrados de tenelle por yerno. Los cuales, aunque lo tomaron muy cuesta arriba, viendo que habia dormido con Antonia, y que no se podia hacer mas en ello, publicaron el contento con la lengua, celando mortalísimo rencor en su corazon contra Guillermo, presumiendo que él habia sido el trazador de todo lo contenido. Con esta respuesta Guillermo, vista la presente, escribió sus cartas á Sergio romano, dándole noticia de lo que habia pasado con su hijo, y que no dejase de venir lo mas presto que pudiese, para que fuesen celebradas sus bodas con la gentil Antonia. Recibidas las cartas por Sergio, con las mas ricas joyas que pudo, en breve tiempo llegó á Bolonia, á do despues de celebradas las bodas, se llevó á Roma su hijo y nuera, la gentil Antonia.

Guillermo, del enojo concebido de lo que su hijo habia hecho, de allí á pocos dias enfermó de una grandísima enfermedad de la cual murió. Y como la muerte sea descubridora de la riqueza ó pobreza de los hombres, al fin de sus dias, apoderáronse tantos acreedores en las posesiones y bienes de Guillermo, que con gran crueldad y favores de los deudos de Antonia, como le tenian mala voluntad, no le dejaron en que el hijo Federico pudiese sostenerse, ni pasar la vida. Pues como Federico se viese pobre, hubo (mas por fuerza que de grado) de desamparar su patria. Y determinando de irse derecho á Roma, por el camino le robaron ladrones lo poco que llevaba, y le fué forzado de puerta en puerta pedir por Dios, para pasar su camino y pobre vida. Llegado á Roma, informándose de la posada de su tan amado y querido Urbino, púsose á la puerta, aguardando que cabalgase ó saliese de ella, porque vergüenza le constreñía de no dárselo á conocer por palabras manifiestas, sino tan solamente con la presencia y objeto de su cara.

Así que saliendo Urbino á caballo de su casa, parósele delante Federico, con la mas piadosa postura que pudo, franquéandole el rostro, porque mejor le conociese, pidiendo por amor de Dios que le favoreciese. Urbino estúvolo mirando, como aquel que le queria conocer, y no se daba acato de donde, por do mandó á un criado suyo que le diese un julio. Viniéndoselo á dar, Federico no lo quiso recibir, sino que aborrecido de la vida, viendo que no le habia conocido, se salió de la ciudad de Roma, y adonde mas áspero y solitario camino pudo hallar, enderezó su via. En fin, tanto caminó, que aportó en un lugar muy desierto, do habia una cueva muy escura, y allí propuso de descansar, y acabar su tan penada vida, comiendo de las yerbas del campo.

En esta sazon y tiempo, hurtaron dos ladrones de casa de un riquísimo mercader una cajuela de joyas, los cuales, por no ser descubiertos del hurto que habian hecho, se salieron de la ciudad, é vinieron á la cueva que Federico habitaba, la cual muchas veces les habia servido para semejantes tratos. Pues como viniesen á la cueva, y descargasen la cajuela, por ser muy honda y escura, y el dia empezaba a esclarecer, no se

dieron ningun acato de Federico, que estaba dentro, y los estuviese mirando. Y así muy á su placer y sosegadamente sacaron de ella infinitísimas joyas, y empezaron á repartirlas, y á hacer entre ellos partes iguales. Viniendo á la postre una joya muy riquísima, por decir el uno esa á mí me conviene, porque yo entré dentro en la casa, y el otro, no sino á mí, porque yo te descubrí en qué estancia estaba la cajuela, vinieron á reñir de tal manera, que mató el uno al otro, y el vivo apañó todas las joyas, y se fué. Habiendo sentimiento del hurto en casa del mercader, despacharon por diversas vias gente de á pie y de á caballo, para si podian haber algun rastro de él. Y como de aquella cueva tuviesen noticia, viniendo á reconocella, allegaron al punto que Federico estaba mirando al ladron muerto, apiadándose de él; por do le dijeron, conociendo la cajuela: Daca, ladron, qué son de las joyas que estaban aquí dentro? Federico escusándose que no era ladron, asieron de él, y preguntándole quien habia muerto aquel hombre, respondió, determinado de acabar la vida tan trabajosa que pasaba: Yo le maté, señores. ¿Vos? dijeron ellos: pues ea, vaya preso á la ciudad. Llevado que fué delante el juez, jamas por tormentos quiso confesar que sabia del hurto, sino que él habia muerto el hombre. Cerrado ya su proceso en cuanto al homicidio, y estándole leyendo la sentencia delante el juez, hallóse por suerte Urbino presente, y como le estuviese mirando, y dudase si era Federico ó no, llamándole por su nombre, le respondió, y á otras preguntas, que por mas certificacion le hizo. Siendo cierto Urbino que su amigo Federico era el condenado, con una voz alta y presurosa dijo al juez: No condeneis á este inocente, porque yo soy sin falta el que mató al hombre que culpais que este ha muerto. Federico respondió que no era verdad, sino qué él le habia muerto. Urbino afirmando que no, sino que él era el matador, y no Federico, estaba el juez confuso, y admirado de oir tan extraño caso, que no sabia qué determinarse. En esta competencia, hallándose presente el mismo ladron que lo habia muerto, condoliéndose de que aquellos dos honrados hombres sin tener culpa muriesen, acusándole la conciencia, dijo á voces altas: Señor juez, óigame: vuestra señoría sabrá que ninguno de los dos lo mató, sino que yo soy sin falta el que mató el hombre, y porque mas crédito se me dé, puso la mano al seno, y sacó de las joyas que estaban en la cajuela. A esto respondió el juez: Ser tú el ladron claramente lo manifiestas, pero el matador, ¿de qué suerte? De esta, dijo el ladron: sabrá vuestra señoría que yo y el muerto hicimos el hurto, y al repartir de las joyas, junto á la cueva do le hallastes muerto, venimos en tal diferencia, que reñimos y le maté. Entónces respondió Federico: Dice verdad, que yo le vi por mis ojos en la cueva donde estaba. Dijo el juez: Pues si es verdad, ¿á qué fin dijiste tú que le habias muerto? Respondió: Señor, por dar fin á mis tan aborrecidos dias. Y volviéndose á Urbino, dijo: Y á vos ¿qué causa os movió para haceros culpante? Respondió Urbino: A mí, muy gran señor, por librar á Federico, amigo mio, de la muerte, cual el á mí me libró en dias pasados. Y tú, ladron, veamos, dijo el juez, ¿quién te forzó á decir la verdad? Respondió: Señor, la piedad y conciencia de ver competir dos hom-

bres, por pagar una muerte que no la debian. Así, dijo el juez; pues yo doy por sentencia que vos, Urbino, os lleveis á vuestro amigo Federico á vuestra posada; y á tí, ladron, por la bondad que en tí tan amorosa cupo, te perdono, y te hago merced de la vida, con que tengas cárcel perpetua. La cual sentencia fué muy loada por todo el pueblo. Y Urbino se llevó á su amigo Federico á su casa, á do le mandó cortar ricos vestidos, y lo casó con una hermana suya que tenia, repartiendo con él de los bienes de fortuna. Y vivieron largos años muy alegres, como muy buenos y leales amigos, y muy prósperamente.

LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES,

Y SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES,

POR

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA.



BREVE NOTICIA

SOBRE LA NOVELA TITULADA LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES,

Y SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

Generalmente se presume que fué el autor de esta novela anónimá D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA (1), el que se supone la escribió en su juventud en Salamanca cuando seguia sus estudios en aquella universidad, por los años de 1520 al 1530, y que no se imprimió por los motivos que se dejan conocer. Luego pasó á Italia en la carrera de las armas, en donde regularmente la leeria á algunos amigos, que habiéndoles gustado se encargaron de imprimirla, sin poner su nombre, lo que se verificó por primera vez (segun Brunet) en Amberes en 1553, en 16°. Como Flandes era entónces una provincia española, probablemente se remitirian á España algunos ejemplares, haciéndose por ellos en Burgos una reimpresion en el siguiente año de 1554, que debe tenerse por la primera hecha en España; tambien en el mismo año se hizo nueva edicion en Amberes, en 12°; apareciendo en el de 1555 una segunda parte, igualmente anónima, y del mismo tamaño, que regularmente se encuentra encuadernada junta con la anterior del 54.

La inquisicion prohibió la primera parte, que era la conocida; pero como seguia imprimiéndose en castellano fuera de España, particularmente en Amberes, y se introducian clandestinamente muchos ejemplares, dispuso expurgarla de varios lances que atacaban algo las creencias religiosas de aquella época (2); reimprimiéndose

(1) No falta tambien quien afirma (Fr. José de Sigüenza) que es obra de un monje gerónimo, llamado Fr. Juan Ortega. Véase D. Nicolas Antonio, en su *Bibliotheca nova*, t. I, pág. 291.

(2) El consejo de la inquisicion encargó á Juan Lopez de Velasco la recopilacion y correccion de las tres obras siguientes : *La Propaladia*, de Torres Nabarro; *La vida de La-*

ya en esta forma en Madrid en 1573 en 8º, en seguida de la *Propaladia* de Torres Naharro; en Tarragona en 1586, y en Zaragoza en 1599. En 1603 se reimprimió de nuevo en Medina del Campo, y en Valladolid en el mismo año, ambas en 12º, precedida esta última del *Galateo Español*, de Lucas Gracian Dantisco, y del *Destierro de ignorancia*; expresandose en la portada que *estaba castigado*, y de ahi tomaria origen la equivocada voz de que Gracian fue quien la expurgó, sin duda porque los que la supusieron no habian visto la edicion del 1573, de que se ha hecho referencia. En 1652 se hizo otra impresion en Zaragoza con segunda parte diferente de la de Amberes, compuesta por H. Luna Castellaño, intérpete de lengua castellana en Paris (1); pero debe suponerse que es suplantado el pueblo de la impresion, que parece haber sido hecha en Francia, ya porque no esta expurgada como todas las que se imprimieron en España desde el 1573, ya por su locucion viciosa, y ya por el papel y typo de la letra. En 1664 se hizo otra impresion en Madrid, sin segunda parte; en cuyos terminos se han seguido haciendo las muchas que en España, y aun en el extrangero, se han impreso hasta el dia.

Los lances graciosos de esta novelita, y la sal con que los cuenta, gustaron mucho, no solo á nuestros nacionales, sino tambien á los mismos extrangeros, habiéndose hecho impresiones en francés, aleman é italiano, esta última con el título de *Il picariglio castigliano*; y esto quizá seria lo que movió á algunos anónimos á escribir las dos segundas partes citadas; porque en efecto la primera deja (segun costumbre de los novelistas de aquel tiempo) pendiente la novela, saliendo al público, como se lleva dicho, dos diferentes: la primera la del año de 1555, anónima y sumamente disparatada, pues se convierte *Lazarillo* en un pez llamado atun, y bajo de esta forma cuenta lo que le pasó con sus compañeros durante la transformacion: y la otra la de 1620, que sigue con mas regularidad el estilo de la primera parte, y que algunos atribuyen á un fraile dominico llamado Fr. Manuel Cardoso, á pesar de estar suscrita por H. Luna.

El mucho merito de la primera parte oscureció el poco de las dos segundas, en términos de no saberse que se hayan hecho de ellas mas que cuatro impresiones en español, que son: la de Amberes de 1555; una reimpresion de la misma en Milan de 1587; la de Paris, de H. Luna, de 1620, y la supuesta de Zaragoza de 1652.

BENITO MAESTRE.

AL LECTOR.

PROLOGO DEL AUTOR.

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oidas ni vistas vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podria ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y á los que no ahondaren tanto, los deleite. Y á este pro ósito dice Plinio: que no hay libro por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos

zarillo de Tormes, y las obras de *Cristoval de Castillejo*, secretario que fué del emperador D. Fernando, segun consta de una real cédula de privilegio de impresion, datada en San Lorenzo á 5 de agosto de 1573, que se halla inserta en la edicion de la *Propaladia* de Madrid de 1573, en 8º, en casa de Pierres Cosin.

(1 De esta segunda parte de Luna, unida á la primera, se habia ya hecho una impresion en castellano en Paris en 1620, en 12º, por Boutlone, debiendo creerse que esta fue la primera edicion de dicha segunda parte: tambien en el mismo año de 1620 se hizo en Paris, igualmente por Boutlone, otra impresion en frances de las dos partes juntas; siendo traductor de la primera P. B. P., y de la segunda L. S. D.

unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello; y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son; y por esto ninguna cosa se deberia romper ni echar á mal (si muy detestable no fuese), sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar de ella algun fruto. Porque si así no fuese, muy pocos escribirian para uno solo, pues no se hace sin trabajo; y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, No con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y si hay de qué, se las alaben. Y á este propósito dice Tulio : *La honra cria las artes.* ¿Quién piensa que el soldado que es primero en la escala tiene mas aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y asi en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su merced si le pesa cuando le dicen : ¡Oh qué maravillosamente lo ha hecho V. R.! Justó muy ruinmente el Sr. D. Fulano, y dió el sayete de armas al truhan, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas : ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo va de esta manera : que confesando yo no ser mas santo que mis vecinos, de esta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades. Suplico á vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera mas rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y tambien porque consideren los que heredaron nobles estados, cuán poco se les debe, pues fortuna fué con ellos parcial; y cuanto mas hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.

LA VIDA

DE LAZARILLO DE TORMES,

Y SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

CAPITULO PRIMERO.

Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fué.

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas, que á mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez y de Antona Perez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del rio Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué de esta manera : Mi padre (que Dios perdone) tenia cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel rio, en la cual fué molinero mas de quince años : y estando mi madre una noche en la aceña preñada de mí, tomóla el parto y parióme allí; de manera que con verdad me puedo decir nacido en el rio. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrias mal hechas en los costales de los que allí á moler venian, por

lo cual fué preso, y confesó y no negó, y padeció persecucion por justicia Espero en Dios que esté en la gloria, pues el evangelio los llama bienaventurados En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazon estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué, y con su señor, como leal criado, feneció su vida. Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos por ser uno de ellos, y vinose á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metiase á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba la ropa á ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena; de manera que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias cuidaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venia á nuestra casa, y se iba á la mañana. Otras veces de dia llegaba á la puerta en achaque de comprar huevos, y entrábase en la casa. Yo al principio de su entrada, pesábame con él, y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenia; mas de que ví que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien; porque siempre traia pan, pedazos de carne, y en el invierno leños á que nos calentábamos; de manera que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba á calentar. Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veia á mi madre y á mí blancos, y á él no, huia de él con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decia: Madre, coco. Respondió él riendo: Hideputa! Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí: ¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros, porque no se ven á sí mismos! Quiso nuestra fortuna que la conversacion del Zayde (que así se llamaba) llegó á oidos del mayordomo; y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban, hurtaba; y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos hacia pérdidas: y cuando otra cosa no tenia, las bestias desherraba; y con todo esto acudia á mi madre para criar á mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni de un fraile, porque el uno hurta de los pobres y el otro de su casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando á un pobre esclavo el amor le animaba á esto. Y probósele cuanto digo y aun mas; porque á mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondia y descubria cuanto sabia con miedo, hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase, ni al lastimado Zayde en la suya acogiese. Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia, y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fué á servir á los que al presente vivian en el meson de la Solana, y allí padeciendo mil importunidades acabó de criar á mi hermanico hasta que supo andar, y á mí hasta ser buen mozuelo, que iba á los huéspedes por vino y candelas y por lo demas que me mandaban.

En este tiempo vino á posar al meson un ciego, al cual pareciéndole que yo seria á propósito para adestralle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, habia muerto en la batalla de los Gelves; y que ella confiaba en Dios no saldria peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haria y que me recibia, no por mozo, sino por hijo; y así le comencé á servir y adestrar á mi nuevo y viejo amo. Como estuvimos en Salamanca algunos dias, pareciéndole á mi amo que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí. Y cuando nos hubimos de partir, yo fuí á ver á mi madre; y ambos llorando, me dió su bendicion, y dijo: Hijo, ya sé que no te veré mas; procura de ser bueno, y Dios te guie. Criado te he, y con buen amo te he puesto; válete por tí. Y así me fuí para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada de ella un animal de piedra que casi tiene forma de toro; y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto me dijo: Lázaro, llega el oido á este toro y oirás gran ruido dentro de él. Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenia la cabeza á par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que mas de tres dias me duró el dolor de la cornada; y díjome: Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber mas que el diablo, y rió mucho de la burla.

Parecióme que en aquel instante disperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba, y dije entre mí: Verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer. Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró gerigonza. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decia: Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré. Y fué así, que despues de Dios este me dió la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á vuesta merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos; y dejarse bajar, siendo altos, cuánto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó mas astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabia de coro; un tono bajo reposado y muy sonable, que hacia resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponia cuando rezaba, sin hacer gestos ni visages con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende de esto tenia otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decia saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parian; para las que estaban de parto; para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos á las preñadas, si traian hijo ó hija; pues en caso de medicina decia que Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos y males de madre. Finalmente nadie le decia padecer alguna pasion, que luego no le decia: Haced esto, hareis estotro, coced tal yerba,

tomad tal raiz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decia creian. De estas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba mas en un mes que cien ciegos en un año. Mas tambien quiero que sepa vuestra merced, que con todo lo que adquiria y tenia, jamas tan avariento ni mezquino hombre no ví; tanto que me mataba á mi de hambre, y así no me remediaba de lo necesario. Digo verdad; si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre. Mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre ó las mas veces me cabia lo mas y mejor. Para esto le hacia burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas á mi salvo. Él traia el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave; y al meter de las cosas y sacarlas, era con tanta vigilancia y tan por contadero, que no bastara todo el mundo hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada: y despues que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura que muchas veces del un lado del fardel descosia y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel; sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longanizas. Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba. Todo lo que podia sisar y hurtar, traia en medias blancas; y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecia de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenia lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego conocia y sentia que no era blanca entera, y decia: ¿Qué diablo es esto, que despues que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedi hartas veces me pagaban? en tí debe de estar esta desdicha.

Tambien él abreviaba el rezar y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenia mandado que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacia, y luego él tornaba á dar voces, diciendo: ¿Mandan rezar tal y tal oracion? como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asia y daba un par de besos callados, y tornábale á su lugar; mas duróme poco, que en los tragos conocia la falta; y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, antes lo tenia por el asa asido. Mas no habia piedra iman que así trajese á sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenia hecha; la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió: y dende en adelante mudó de propósito, y asentaba su jarro entre las piernas y tapábale con la mano, y así bebia seguro. Yo como estaba hecho al vino, moria por él: y viendo que aquel remedio de la paja no me

aprovechaba ni valia, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo: y al tiempo de comer, fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos; y al calor de ella, luego derretida la cera por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponia, que maldita la gota se perdia. Cuando el pobrete iba á beber no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podia ser. No direis, tio, que os lo bebo yo, decia, pues no le quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido; y luego otro dia, teniendo rezumando mi jarro como solia, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentia, sentéme como solia, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hácia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor. Sintió el desesperado ciego que agora tenia tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, y ayudándose como digo, con todo su poder; de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo con todo lo que en él hay me habia caido encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy dia me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego: y aunque me queria y regalaba y me curaba, bien ví que se habia holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriéndose, decia: ¿Qué te parece, Lázaro? lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires que á mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraria de mí, quise yo ahorrar de él: mas no lo hice tan presto, por hacerlo mas á mi salvo y provecho.

Aunque yo quisiera asentar mi corazon y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacia; que sin causa ni razon me heria, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decia porqué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿Pensais que este mi mozo es algun inocente? pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que le oian, decian: ¡Mirá, quien pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad! y reian mucho del artificio, y decíanle: Castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habreis; y él con aquello nunca otra cosa hacia: y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede por le hacer mal y daño. Si habia piedras, por ellas; si lodo, por lo mas alto; que aunque yo no iba por lo mas enjuto, holgábame á mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenia. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traia lleno de

tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creia; mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea vuestra merced á cuánto se extendia el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dió bien á entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fué venir á tierra de Toledo, porque decia ser la gente mas rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refran: *mas da el duro que el desnudo*. Y vinimos á este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde no, al tercero diȃ haciamos San Juan. Acaeció que llegando á un lugar que llaman *Almorox*, al tiempo que cogian las uvas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna; y como suelen ir los cestos maltratados, y tambien porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el fardel, tornábase mosto; y de lo que á él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por contentarme; que aquel dia me habia dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dijo: Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de él tanta parte como yo. Partillo hemos de esta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez mas de una uva; yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño. Hecho así el concierto comenzamos, mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó á tomar de dos en dos, considerando que yo deberia hacer lo mismo. Como ví que él quebraba la postura, no me contenté ir á la par con él, mas aun pasaba adelante, dos á dos y tres á tres, y como podia las comia. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: Lázaro, engañádomehas: juraré yo á Dios que has tú comido las uvas tres á tres. No comí, dije yo: mas ¿ porqué sospechais eso? Respondió el sagacísimo ciego: ¿Sabes en qué veo que las comiste tres á tres? en que comia yo dos á dos, y callabas. Reíme entre mi, y aunque mochacho, noté la discreta consideracion del ciego. Mas por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron; y quiero decir el despidiente, y con él acabar. Estábamos en Escalona, villa del duque de ella, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la l nganiza habia pringado, y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual (como suelen decir) hace al ladron: y fué que habia cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal que por no ser para la olla, debió de ser echado allí. Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabia que habia de gozar, no mirando qué me podria suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el

sobredicho nabo en el asador: el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos habia escapado. Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza: y cuando vine, hallé al pecador del ciego que tenia entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aun no habia conocido, por no haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando tambien llevar parte de la longaniza, hallóse en frio con el frio nabo, alteróse y dijo: ¿Qué es esto, Lazarillo? ¡Lazerado de mí, dije yo, si quereis á mi echar algo! ¿yo no vengo de traer el vino? alguno estaba ahí, y por burlar haria esto. No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible. Yo torné á jurar y perjurar que estaba libre de aquel trueco y cambio; mas poco me aprovechó, pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondia. Levantóse y asióme por la cabeza y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo á uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abrióme la boca mas de su derecho, y desatentadamente metia la nariz, la cual él tenia luenga y afilada, que en aquella sazon con el enojo se habia aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó al gallillo. Con esto y con el gran miedo que tenia y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aun no habia hecho asiento en el estómago; y lo mas principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, medio casi ahogado me tuvo: todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño: de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal ateracion sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca. ¡Oh gran Dios! ¡quién estuviera á aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fué tal el corage del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida.

Sacáronme dentre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenia, arañada la cara y rascuñado el pescuezo y la garganta: y esto bien lo merecia, pues por mi maldad me venian tantas persecuciones. Contaba el mal ciego á todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro, como de la del racimo, y agora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba á ver la fiesta. Mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecia que hacia injusticia en no se las reir. Y en cuanto esto pasaba, á la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice por que me maldecia, y fué no dejalle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado; que con solo apretar los dientes se me quedaran en casa, y con ser de aquel malvado por ventura lo retuviera mejor mi estómago, que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. Pluguiera á Dios que lo hubiera hecho, que eso fuera así que asi. Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para

beber le habia traido, laváronme la cara y la garganta, sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo: Por verdad mas vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo de año, que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres en mas cargo al vino que á tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida. Y luego contaba cuantas veces me habia descalabrado y harpado la cara, y con vino luego sanaba. Yo te digo, dijo, que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú; y reian mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y despues acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre que sin duda debia tener espíritu de profecía; y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se los pagué considerando lo que aquel dia me dijo salirme tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejalle, y como lo traia pensado y lo tenia en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmélo mas. Y fué así, que luego otro dia salimos por la villa á pedir limosna, y habia llovido mucho la noche ántes, y porque el dia tambien llovia, andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo habia, donde no nos mojábamos. Mas como la noche se venia y el llover no cesaba, díjome el ciego: Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche mas cierra, mas recia: acojámonos á la posada con tiempo. Para ir allá habíamos de pasar un arroyo que con la mucha agua iba grande: yo le dije: Tio, el arroyo va muy ancho; mas si quereis, yo veo por donde travesemos mas aína sin mojarnos, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos á pié enjuto. Parecióle buen consejo, y dijo: Discreto eres, por esto te quiero bien: llévame á ese lugar donde el arroyo se ensangosta, que ahora es invierno y sabe mal el agua, y mas llevar los pies mojados. Yo que ví el aparejo á mi deseo, saquéle debajo los portales y llevéle derecho de un pilar ó poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjele: Tio, este es el paso mas angosto que en el arroyo hay. Como llovia recio y el triste se mojaba, y con la prisa que llevábamos de salir del agua que encima nos caia, y lo mas principal porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento, fué por darme de él venganza, creyóse de mí, y dijo: Ponme bien derecho y salta tú el arroyo. Yo le puse bien derecho en frente del pilar, y doy un salto y póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y díjele: Sus, saltá todo lo que podais, porque deis de este cabo del agua. Aun apenas lo habia acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabron, de toda su fuerza arremete, tomando un paso atras de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atras medio muerto y hendida la cabeza. ¡Cómo! ¿y olíste la longaniza y no el poste? oledle, dije yo. Y déjole en poder de mucha gente que le habia ido á socorrer, y tomo la puerta de la villa en los pies de un trote; y ántes que la noche viniese, dí conmigo en Torrijos. No supe mas lo que Dios de él hizo, ni curé de lo saber.

CAPITULO II.

Como Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó.

Otro dia no pareciéndome estar allí seguro, fuíme á un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo, que llegando á pedir limosna, me preguntó si sabia ayudar á misa; yo dije que sí, como era verdad; que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una de ellas fué esta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo.

Escapé del trueno y dí en el relámpago, porque era el ciego para con este un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo mas, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en este. No sé si de su cosecha era, ó lo habia anejado con el hábito de clerecía. Él tenia un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traia atada con un agujeta del paletoque: y en viendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornaba á cerrar el arco: en toda la casa no habia ninguna cosa de comer, como suele estar en otras algun tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla, ó en el armario algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran, que me parece á mí, que aunque de ello no me aprovechara, con la vista de ello me consolara: solamente habia una horca de cebollas y tras la llave en una cámara en lo alto de la casa; de estas tenia yo de racion una para cada cuatro dias; y cuando le pedia la llave para ir por ella, si alguno estaba presente echaba mano al falsopeto, y con gran continencia la desataba y me la daba, diciendo: Toma, y vuélvela luego, no hagais sino golosinar; como si debajo de ella estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa, que las cebollas colgadas de un clavo, las cuales él tenia tan bien por cuenta, que si por mal de mis pecados me desmandara á mas de mi tasa, me costara caro. Finalmente yo me finara de hambre, pues ya que conmigo tenia poca caridad, consigo usaba mas: cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar: verdad es que partia conmigo del caldo; que de la carne, tan blanco el ojo, sino un poco de pan: y pluguiera á Dios que me demediara. Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba tres maravedís. Aquella la cocia, y comia los ojos y la lengua, y el cogote y sesos, y la carne que en las quijadas tenia, y dábame todos los huesos roidos, y dábamelos en el plato, diciendo: toma, come, triunfa, que para tí es el mundo: mejor vida tienes que el papa. ¡Tal te la dé Dios! decia yo paso entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine á tanta flaqueza que no me podia tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir á

la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran. Para usar de mis mañas no tenia aparejo, por no tener en que dalle asalto : y aunque algo hubiera, no pudiera cegalle, como hacia al que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció : que todavía aunque astuto, con faltalle aquel preciado sentido, no me sentia. Mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese, como él tenia. Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caia, que no era de él registrada : el un ojo tenia en la gente, y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el cajo como si fueran azogue. Cuantas blancas ofrecian tenia por cuenta, y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponia sobre el altar. No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino : mas aquel poco que de la ofrenda habia metido en su arcaz, compasaba de tal forma que le duraba toda la semana. Y por ocultar su gran mezquindad, deciame : Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros. Mas el lacerado mentia falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos á costa agena, comia como lobo y bebia mas que un saludador. Y porque dije mortuorios, Dios me perdone, que jamas fuí enemigo de la naturaleza humana sino entonces : y esto era porque comiamos y bien me hartaban. Deseaba y aun rogaba á Dios que cada dia matase el suyo. Cuando dábamos sacramento á los enfermos, especialmente la extrema uncion, como manda el clérigo rezar á los que estan allí, yo cierto no era el postrero de la oracion; y con todo mi corazon y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que mas servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de este mundo : y cuando alguno de estos escapaba (Dios me lo perdone), que mil veces le daba al diablo, y el que se moria otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas : porque en todo el tiempo que allí estuve, que serian cuasi seis meses, solas veinte personas fallecieron; y estas bien creo que las maté yo, ó por mejor decir, murieron á mi recuesta : porque viendo el Señor mi rabiosa y contínua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme á mi vida. Mas de lo que al presente padecia, remedio no hallaba, que si el dia que enterrábamos, yo vivia, los dias que no habia muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando á mi cuotidiana hambre, mas lo sentia; de manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo tambien para mí como para los otros deseaba algunas veces. Mas no la via, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba. La primera, por no me atrever á mis piernas, por temer de la flaqueza que de pura hambre me venia; y la otra, consideraba y decia : yo he tenido dos amos; el primero traíame muerto de hambre, y dejándole topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si de este desisto y doy con otro mas bajo, ¿ qué será sino fenecer ? Con esto no me osaba menear, porque tenia por fe que todos los grados habia de hallar mas ruines, y á abajar otro punto, no sonára Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal afliccion, que plega al Señor librar de ella á todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un dia que el cuitado, ruin y lacerado de mi amo habia ido fuera del lugar, llegóse acaso á mi puerta un calderero, el cual yo creo que fué ángel enviado á mí por mano de Dios en aquel hábito, y preguntóme si tenia algo que adobar.

En mí teníades bien que hacer; y no haríades poco, si me remediásedes, dije paso que no me oyó. Mas como no era tiempo de gastallo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le dije : Tio, una llave de esta arca he perdido, y temo mi señor me azote : por vuestra vida veais, si en estas que traeis, hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré. Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traia, y yo á ayudalle con mis flacas oraciones : cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arcaz; y abierto, díjele : Yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago. Él tomó un bodigo de aquellos, el que mejor le pareció, y dejándome mi llave se fué muy contento, dejándome mas á mí. Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida; y aun porque me ví de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba llegar.

Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada que el ángel habia llevado; y otro dia en saliendo de casa, abro mi paraiso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta : y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida, y así estuve con ello aquel dia y otro gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero dia me vino la terciana derecha; y fué que veo á deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volviendo y revolviendo, contando y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oracion y devociones y plegarias decia : San Juan y ciégale.

Despues que estuvo un gran rato echando la cuenta, por dias y dedos contando, dijo : Si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habian tomado de ella panes; pero de hoy mas, solo por cerrar puerta á la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos; nueve quedan y un pedazo. Nuevas malas te dé Dios, dije yo entre mí; parecióme con lo que dijo pasarme el corazon con saeta de montero, y comenzóme el estómago á escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fué fuera de casa, yo por consolarme abro el arca, y como ví el pan comencélo de adorar (no osando recibillo), contélos, si á dicha el lacerado se errara; y hallé su cuenta mas verdadera que yo quisiera. Lo mas que yo pude hacer, fué dar en ellos mil besos : y lo mas delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquel pasé aquel dia, no tan alegre como el pasado : mas como la hambre creciese, mayormente que tenia el estómago hecho á mas pan aquellos dos ó tres dias ya dichos, moria mala muerte, tanto que otra cosa no hacia en viéndome

solo, sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara deDios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios que socorre á los afligidos, viéndome en tal estrecho, trujo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dije : Este arqueton es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros; puédese pensar que ratones entrando en él hacen daño á este pan. Sacarlo entero, no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre, y comienzo á desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro : de manera que en cada cual de tres ó cuatro desmigajé su poco; despues, como quien toma gragea, lo comí, y algo me consolé. Mas él como viniese á comer y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho, porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo á otro, y vióle ciertos agujeros por do sospechaba habian entrado, y llamóme diciendo : Lázaro, mira, mira qué persecucion ha venido aquesta noche por nuestro pan. Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué seria. ¿Qué ha de ser, dijo él? ratones que no dejan cosa á vida. Pusímonos á comer, y quiso Dios que aun en esto me fué bien : que me cupo mas pan que la laceria que me solia dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo : Cómete eso, que el raton cosa limpia es. Y así aquel dia, añadiendo la racion del trabajo de mis manos ó de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba. Y luego me vino otro sobresalto, que fué verle andar solícito, quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca. ¡Oh Señor mio! dije yo entónces : á cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nascidos! ¡ y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí, que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria, y estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura. Mas noquiso mi desdicha, despertando á este lacerado de mi amo y poniéndole mas diligencia de la que él de suyo tenia (pues los míseros por la mayor parte nunca de aquella carecen), ahora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta á mi consuelo y la abriese á mis trabajos.

Así lamentaba yo en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dió fin á sus obras, diciendo : Agora, dones traidores ratones, conviéneos mudar de propósito, que en esta casa mala medra teneis.

De que salió de su casa, voy á ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho; y ví los dos ó tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados; y de ellos todavia saqué alguna laceria, tocándolos muy ligeramente á uso de esgremidor diestro.

Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre noche y dia, estaba pensando la manera que ternia en sustentar el vivir : y pienso para hallar estos negros remedios que me era luz la hambre,

pues dicen que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura; y así era por cierto en mí. Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podria valer y aprovecharme del arca, sentí que mi amo dormia, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito, y habiendo en el dia pensado lo que habia de hacer, y dejado un cuchillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase, voime al triste arcaz, y por do habia mirado tener menos defensa, le acometí con el cuchillo, que á manera de barreno de él usé: y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazon, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió, y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca, y al tiento del pan que hallé partido hice segun de yuso está escripto. Y con aquello algun tanto consolado, tornando á cerrar me volví á mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco, lo cual yo hacia mal, y echábalo al no comer; y así seria, porque cierto en aquel tiempo no me debian de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro dia fué por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo habia hecho, y comenzó á dar al diablo los ratones y decir: ¿Qué diremos á esto? nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora. Y sin duda debia de decir verdad, porque si casa habia de haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquella de razon habia de ser, porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes, y tablillas para tapallos. Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pié con mi aparejo, y cuantos él tapaba de dia, destapaba yo de noche.

En tal manera fué, y tal priesa nos dimos, que sin duda por esto se debió de decir: donde una puerta se cierra otra se abre. Finalmente parecíamos tener á destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejia de dia, rompia yo de noche. Y en pocos dias y noches pusimos la pobre dispensa de tal forma, que quien quisiera propiamente de ella hablar, mas corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamára, segun la clavazon y tachuelas sobre sí tenia. De que vió no aprovecharle nada su remedio, dijo: Este arcaz está tan maltratado, y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá raton á quien se defienda, y va ya tal, que si andamos mas con él, nos dejará sin guarda; y aun lo peor, que aunque hace poca, todavía hará falta faltando, y me pondrá en costa de tres ó cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro á estos ratones malditos. Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso que á los vecinos pedia, contino el gato estaba armado dentro del arca: lo cual era para mí singular auxilio, porque puesto caso que yo no habia menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo. Como hallase el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el raton que lo comia, dábase al diablo, preguntaba á los vecinos qué podria ser, comer el queso y sacarlo de la ra-

tonera, y no caer y ni quedar dentro el raton, y hallar caida la trampilla del gato. Acordaron los vecinos no ser el raton el que este daño hacia, porque no fuera menos de haber caido alguna vez. Díjole un vecino: En vuestra casa yo me acuerdo que solia andar una culebra, y esta debe de ser sin duda: y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo; y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase á salir. Cuadró á todos lo que aquel dijo, y alteró mucho á mi amo; y dende en adelante no dormia tan á sueño suelto, que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roia el arca. Luego era puesto en pié, y con un garrote que á la cabecera (desde que aquello le dijeron) ponia, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacia, y á mí no dejaba dormir. Ibase á mis pajas y trastornábalas y á mí con ellas, pensando que se iba para mí, y se envolvia en mis pajas ó en mi sayo, porque le decian que de noche acaescia á estos animales buscando calor irse á las cunas donde estan criaturas, y aun mordellas y hacerles peligrar. Yo las mas veces hacia del dormido, y en la mañana decíame él: Esta noche, mozo, ¿no sentiste nada? pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para tí á la cama, que son muy frias y buscan calor. Plega á Dios que no me muerda, decia yo, que harto miedo le tengo. De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño que mi fé la culebra, ó el culebro por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca: mas de dia mientras estaba en la iglesia ó por el lugar, hacia mis saltos.

Los cuales daños viendo él, y el poco remedio que les podia poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo. Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenia, y parecióme lo mas seguro metella de noche en la boca, porque ya desde que viví con el ciego, la tenia tan hecha bolsa, que me acaesció tener en ella doce ó quince maravedís todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer, porque de otra manera no era señor de una blanca, quel maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy á menudo. Pues así como digo, metia cada noche la llave en la boca, y dormia sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella. Mas cuando la desdicha ha de venir, por demas es diligencia.

Quisieron mis hados, ó por mejor decir mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debia tener, de tal manera y postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba, salia por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba (segun mi desastre quiso) muy recio: de tal manera, que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda ser el silbo de la culebra; y cierto lo debia parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó á mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas do yo estaba echado, al calor mio se habia venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo, y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me des-

carga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningun sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me habia dado, segun yo debia hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se habia llegado á mí, y dándome grandes voces llamándome procuró recordarme. Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me habia hecho, y con mucha priesa fué á buscar lumbre; y llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debia estar al tiempo que silbaba con ella. Espantado el matador de culebras qué podria ser aquella llave, miróla sacándomela del todo de la boca, y vió lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fue luego á proballa, y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador: El raton y culebra que me daban guerra y me comian mi hacienda, he hallado.

De lo que sucedió en aquellos tres dias siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de como esto que he contado, oí (despues que en mí torné) decir á mi amo, el cual á cuantos allí venian, lo contaba por extenso. Al cabo de tres dias yo torné en mi sentido, y vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada, y llena de aceites y ungüentos, y espantado dije: ¿Qué es esto? Respondióme el cruel sacerdote: A fe que los ratones y culebras que me destruian, ya los he cazado. Y miré por mí, y víme tan maltratado que luego sospeché mi mal. A esta hora entró una vieja que ensalmaba y los vecinos, y comiénzanme quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo; y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho y dijeron: Pues ha tornado en su acuerdo, placerá á Dios no será nada. Ahí tornaron de nuevo á contar mis cuitas y á reirlas, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron demediar: y así de poco en poco á los quince dias me levanté y estuve sin peligro, mas no sin hambre y medio sano. Luego otro dia que fuí levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta fuera, y puesto en la calle díjome: Lázaro, de hoy mas eres tuyo y no mio; busca amo y vete con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego; y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna á meter en casa y cierra su puerta.

CAPITULO III.

Como Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él.

De esta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco, con ayuda de las buenas gentes, dí conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, dende á quince dias se me cerró la herida. Mientras estaba malo siempre me daban alguna

limosna; mas despues que estuve sano, todos me decian: Tú bellaco y gallofero eres; busca un amo á quien sirvas. Y ¿á dónde se hallará ese? decia yo entre mí, si Dios agora de nuevo, como crió el mundo, no le criase.

Andando así discurriendo de puerta en puerta con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo) topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compas en órden. Miróme, y yo á él, y díjome: Mochacho, ¿buscas amo? Yo le dije: Sí, señor. Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo: alguna buena oracion rezaste hoy. Yo seguíle dando gracias á Dios por lo que le oí, y tambien que me parescia segun su hábito y continente ser el que yo habia menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas do se vendia pan y otras provisiones; yo pensaba y aun deseaba que allí me queria cargar de lo que se vendia, porque esta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario: mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no le vé aquí á su contento, decia yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

De esta manera anduvimos, hasta que dió las once: entonces se entró en la iglesia mayor y yo tras él, y muy devotamente le vi oir misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fué acabado y la gente ida; entónces salimos de la iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo. Yo iba el mas alegre del mundo en ver que no nos habiamos ocupado en buscar de comer: bien consideré que debia ser hombre mi nuevo amo que se proveia en junto, y que ya la comida estaria á punto, y tal como yo la deseaba y aun la habia menester. En este tiempo dió el reloj la una despues de medio dia, y llegamos á una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta: entramos en casa, la cual tenia la entrada oscura y lóbrega, de tal manera que parecia que ponia temor á los que en ella entraban, aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenia las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él; hecho esto, sentóse cabe della, preguntandome muy por extenso de donde era, y cómo habia venido á aquella ciudad: yo le di mas larga cuenta que quisiera, porque me parecia mas conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedia. Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes, y callando lo demas, porque me parecia no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya cuasi las dos, y no le ver mas aliento de comer que á un muerto. Despues desto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que habia visto eran paredes sin ver en ella silleta ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente ella parescia casa encantada. Estando así, díjome: Tú, mozo, ¿has comido? No, señor, dije yo, que aun no eran dadas las ocho cuando con vuestra

merced encontré. Pues aunque de mañana, yo habia almorzado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así: por eso pásate como pudieres, que despues cenaremos.

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre, como por conoscer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos. Allí se me vino á la memoria la consideracion que hacia cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparia con otro peor. Finalmente allí lloré mi trabajosa vida pasada, y mi cercana muerte venidera; y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije: Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios, de eso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fuí yo loado della, hasta hoy dia, de los amos que yo he tenido. Virtud es esa, dijo él, y por eso te querré yo mas, porque el hartar es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien. Bien te he entendido, dije yo entre mí: maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre.

Púseme á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habian quedado de los de por Dios. Él, que vió esto, díjome: Ven acá, mozo, ¿ que comes? Yo lleguéme á él y mostréle el pan; tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y mas grande, y díjome: Por mi vida que paresce este buen pan. Y como agora dije yo: ¿ Señor, es bueno? Sí, á fe, dijo él: ¿ á dónde lo hubiste? ¿ es amasado de manos limpias? No sé yo eso, le dije, mas á mí no me pone asco el sabor dello. Así plega á Dios, dijo el pobre de mi amo; y llevándole á la boca, comenzó á dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro. Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios; y como le sentí de qué pie cojeaba, díme priesa, porque le ví en disposicion, si acababa antes que yo, se comediria á ayudarme á lo que me quedase; y con esto acabamos casi á una. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habian quedado, y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo; y desque hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije: Señor, no bebo vino. Agua es, me respondió, bien puedes beber. Entónces tomé el jarro y bebí no mucho, porque de sed no era mi congoja. Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, á las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome: Mozo, párate allí y verás como hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. Púseme de un cabo y él del otro, é hicimos la negra cama, en la cual no habia mucho que hacer; porque ella tenia sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa en un colchon, que por no estar muy continuado á lavarse, no lo parecia, aunque servia del con harta menos lana que era menester. Aquel tendimos haciendo cuenta de ablandalle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenia dentro de sí, que

puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban y parecian á lo propio entrecuesto de flaquísimo puerco; y sobre aquel hambriento colchon un alfamar del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díjome : Lázaro, ya es tarde, y de aquí á la plaza hay gran trecho : tambien en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean : pasemos como podamos, y mañana veniendo el dia, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveido, antes he comido estos dias por allá fuera; mas agora hacerlo hemos de otra manera. Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que bien sé pasar una noche y aun mas, si es menester, sin comer. Vivirás mas sano, me respondió; porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco. Si por esa via es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha á tenella toda mi vida.

Acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus pies, lo cual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre pienso que en mi cuerpo no habia libra de carne : y tambien como aquel dia no habia comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenia amistad; maldíjeme mil veces (Dios me lo perdone) y á mi ruin fortuna allí lo mas de la noche; y lo peor no osándome revolver por no despertalle, pedí á Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida levantámonos, y comienza á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa, y yo que le servia de pelillo, y vísteseme muy á su placer despacio, echéle aguamanos, y peinóse, y púsose su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponia, díjome : ¡Oh si supieses, mozo, qué pieza es esta! no hay marco de oro en el mundo por que yo la diese : mas así ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó á ponelle los aceros tan prestos como esta los tiene : y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo : Vesla aquí, yo me obligo con ella á cercenar un copo de lana. Y yo, dije entre mí, y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras. Tornóla á meter y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y á veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta diciendo : Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á oir misa, y haz la cama, y vé por la vasija de agua al rio, que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto, pueda entrar. Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera, pensara ser muy cercano pariente del conde de Arcos, ó á lo menos camarero que le daba de vestir. Bendito seais vos, Señor, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad y poneis el remedio. ¿Quién encontrará á aquel mi señor, que no piense, segun el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama; y aunque agora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado?

Grandes secretos son, Señor, los que vos haceis, y las gentes ignoran. ¿A quién no engañará aquella buena disposicion y razonable capa y sayo? ¿y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el dia con aquel mendrugo de pan, que su criado Lázaro trujo un dia y noche en el arca de su seno, do no se le podia pegar mucha limpieza? ¿y hoy lavándose las manos y cara, á falta de paño de manos, se hacia servir de la halda del sayo? nadie por cierto lo sospechará. ¡Oh Señor, y cuantos de aquestos debeis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufririan!

Así estaba yo á la puerta, mirando y considerando estas cosas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme á entrar en casa, y en un credo la anduve toda alto y bajo sin hacer represa ni hallar en qué.

Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro y doy conmigo en el rio: donde en una huerta ví á mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mugeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta; antes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del verano á refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, segun las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar. Y como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciéndoles mas dulzuras que Ovidio escribió; pero cuando sintieron de él que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. Él, sintiéndose tan frio de bolsa cuanto caliente del estómago, tomóle tal calofrio qne le robó la color del gesto, y comenzó á turbarse en la plática, y á poner escusas no válidas. Ellas que debian ser bien instruidas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era. Yo que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné, con mucha diligencia como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné á casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que bien era menester, mas no hallé con qué.

Púseme á pensar qué haria, y paescióme esperar á mi amo hasta que el dia demediase, y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fué mi esperanza. Desque ví ser las dos y no venia, y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó, y tórnome á mi menester con baja y enferma voz, é inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas y casas mas grandes que me parecia. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no habia caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me dí, que antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenia otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y mas de otras dos en las mangas y senos. Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería, pedí á una de aquellas mugeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas. Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo,

y él paseándose por el patio. Como entré, vínose para mí, pensé que me queria reñir la tardanza; mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme do venia; yo dije: Señor, hasta que dió las dos estuve aquí, y de que ví que vuestra merced no venia, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis. Mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traia; á lo cual él mostró buen semblante, y dijo: Pues esperado te he á comer, y de que ví que no veniste, comí, mas tú haces como hombre de bien en eso, que mas vale pedillo por Dios, que no hurtallo; y así me ayude como ello me paresce bien; y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra: aunque bien creo que será secreto, segun lo poco que en este pueblo soy conoscido: nunca á él yo hubiera de venir. De eso pierda, señor, cuidado, le dije yo; que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta, ni yo de dalla. Agora, pues, come, pecador, que si Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que despues que en esta casa entré, nunca bien me ha ido: debe ser de mal suelo, que hay casas desdichadas y de mal pié, que á los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe de ser sin duda dellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la den por mia.

Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por gloton, callé la merienda, comienzo á cenar y morder en mis tripas y pan; disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis faldas, que á aquella sazon servian de plato. Tanta lástima haya Dios de mí, como yo habia del, porque sentí lo que sentia; y muchas veces habia por ello pasado, y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien comedirme á convidalle, mas por me haber dicho que habia comido, temíame no aceptaria el convite. Finalmente yo deseaba quel pecador ayudase á su trabajo del mio y se desayunase, como el dia antes hizo; pues habia mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre: quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo, porque como comencé á comer, él se andaba paseando. Llegóse á mí, y díjome: Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida ví á hombre, y que nadie te lo vé hacer, que no le pongas gana, aunque no la tenga. La muy buena que tú tienes (dije yo entre mí) te hace parecer la mia hermosa. Con todo parescióme ayudalle, pues se ayudaba y me abria camino para ello, y díjele: Señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada, que no habrá á quien no convide con su sabor. ¿Uña de vaca es? — Sí, señor. — Dígote, dijo él, que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisan que así me sepa. — Pues pruebe, señor, y verá que tal está. Póngole en las uñas la otra y tres ó cuatro raciones de pan de lo mas blanco. Asentóseme al lado, y comienza á comer, como aquel que lo habia gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera. Con almodrote, decia, es este singular manjar. Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso. Por Dios, que me ha sabido como si no hubiera hoy comido bocado. Así me vengan los buenos años como es ello, dije entre mí. Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo

habia traido. Es señal, que pues no le faltaba el agua, que no le habia á mi amo sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos pusimos á dormir como la noche pasada. Y por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho ó diez dias, yéndose el pecador en la mañana con aquel continente y paso contado á papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que habia tenido, y buscando mejoría, viniese á topar con quien no solo no me mantuviese, mas á quien yo habia de mantener. Con todo le queria bien, con ver que no tenia ni podia mas, y ántes le habia lástima que enemistad: y muchas veces, por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal: porque una mañana levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres, y en tanto yo por salir de sospecha desenvolvíle el jubon y las calzas que á la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decia yo, es pobre, y nadie da lo que no tiene: mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios á ambos, al uno de mano besada, y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre; aquellos es justo desamar, y aqueste es del haber mancilla. Dios es testigo, que hoy dia cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima, con pensar si padece lo que aquel le ví sufrir, al cual con toda su pobreza holgaria de servir mas que á los otros, por lo que he dicho. Solo tenia del un poco de descontento; que quisiera yo que no tuviera tanta presuncion, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subia su necesidad. Mas segun me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada, aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar: el Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el ayuntamiento, que todos los pobres extrangeros se fuesen de la ciudad; con pregon, que el que de allí adelante topasen, fuese punido con azotes. Y así ejecutando la ley, desde á cuatro dias que el pregon se dió, ví llevar una procesion de pobres azotando por las cuatro calles, lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar. Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa, y la tristeza y silencio de los moradores de ella; tanto que nos acaeció estar dos ó tres dias sin comer bocado ni hablar palabra. A mí diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodon, que hacian bonetes y vivian par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento; que de la laceria que les traian, me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenia tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho dias maldito el bocado que comió: á lo menos en casa bien los estuvimos sin comer: no sé yo cómo ó dónde andaba y qué comia; y verle

venir á mediodia la calle abajo, con estirado cuerpo mas largo que galgo de buena casta; y por lo que tocaba á su negra, que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no habia en casa, y salia á la puerta escarbando los que nada entre sí tenian, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo: Malo está de ver, que la desdicha de esta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste y oscura; mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir della.

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecucion un dia, no sé por cual dicha ó ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el cual vino á casa tan ufano, como si tuviera el tesoro de Venecia, y con gesto muy alegre y risueño me lo dió, diciendo: Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano: vé á la plaza, y merca pan, y vino y carne; quebremos el ojo al diablo: y mas te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en esta desastrada no hemos de estar mas de en cumpliendo el mes. Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por nuestro Señor, cuanto há que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno, mas tal vista tiene, y tal oscuridad y tristeza: vé y ven presto, y comamos hoy como condes. Tomo mi real y jarro, y á los pies dándoles priesa, comienzo á subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas ¿qué me aprovecha, si está constituido en mi triste fortuna, que ningun gozo me venga sin zozobra? Y así fué este, porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le emplearia que fuese mejor y mas provechosamente gastado, dando infinitas gracias á Dios que á mi amo habia hecho con dinero, á deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traian. Arriméme á la pared por darles lugar, y desque el cuerpo pasó, venia luego par del lecho una que debia ser la mujer del defunto, cargada de luto y con ella otras muchas mujeres; la cual iba llorando á grandes voces, y diciendo: Marido y señor mio, ¡á dónde os me llevan! ¡á la casa triste y desdichada, á la casa lóbrega y oscura, á la casa donde nunca comen ni beben! Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije: ¡Oh desdichado de mí! para mi casa llevan este muerto.

Dejo el camino que llevaba, y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo á todo el mas correr que pude para mi casa; y entrando en ella, cierro á grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome de él, que me venga a ayudar y á defender la entrada. El cual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo: ¿Ques eso, mozo, qué voces das? ¿qué has, porqué cierras la puerta con tal furia? O señor, dije yo, acuda aquí, que nos traen acá un muerto. ¿Cómo asi? respondió él. Aquí arriba lo encontré, y venia diciendo su mujer: Marido y señor mio, ¡adonde os me llevan! ¡á la casa lóbrega y oscura, á la casa triste y desdichada, á la casa donde nunca comen ni beben! Acá, señor, nos le traen. Y ciertamente cuando mi amo esto oyó, aunque no tenia porque estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenia yo ya echada el aldaba á la puerta, y puesto el

hombro en ella por mas defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habian de meter en casa. Y desque fué ya mas harto de reir que de comer, el bueno de mi amo díjome : Verdad es, Lázaro; segun la viuda lo va diciendo, tú tuviste razon de pensar lo que pensaste, mas pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre, y vé por de comer.

Déjalos, señor, acaben de pasar la calle, dije yo. Al fin vino mi amo á la puerta de la calle, y ábrela esforzándome; que bien era menester segun el miedo y alteracion, y me torno á encaminar. Mas aunque comimos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color; y mi amo muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideracion.

De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este Escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer dia que con él asenté, le conocí ser extrangero por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenia. Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba; porque un dia que habiamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja, y que habia dejado su tierra no mas de por no quitar el bonete á un caballero, su vecino. Señor, dije yo, si él era lo que decis y tenia mas que vos, no errábades en quitárselo primero, pues decis quel tambien os lo quitaba.—Sí, es, y sí, tiene, y tambien me lo quitaba él á mí; mas de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano. Paréceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen mas. Eres muchacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hágote saber que yo soy, como ves, un escudero; mas vótote á Dios, si al conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio, ó atravesar otra calle, si la hay antes que llegue á mí, por no quitárselo: que un hidalgo no debe á otro que á Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un dia deshonré en mi tierra á un oficial, y quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba, me decia : Mantenga Dios á vuestra merced. Vos, don Villano Ruin, le dije yo, ¿porqué no sois bien criado? ¿Manténgaos Dios, me habeis de decir, como si fuese quienquiera? De allí adelante de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia. ¿Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios? Mira, mucho de en hora mala, díjo él, á los hombres de poca arte dicen eso, mas á los mas altos como yo, no les han de hablar menos de : beso las manos de vuestra merced; ó por lo menos, bésoos, señor, las manos, si el que me habla es caballero. Y así de aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento, nunca mas le quise sufrir, ni sufria, ni sufriré á hombre del mundo, del rey abajo, que manténgaos Dios me diga. Pecador de mí, dije yo, por

eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue. Mayormente, dijo, que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas, que á estar ellas en pié y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian mas de doscientos mil maravedis, segun se podrian hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que, á no estar derribado como está, daria cada año mas de doscientos palominos: y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba á mi honra; y vine á esta ciudad, pensando que hallaria un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la Iglesia muchos hallo, mas es gente tan limitada, que no los sacará de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan, mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla, y si no, anda con Dios, os dicen: y las mas veces son los pagamentos á largos plazos, y las mas ciertas comido por servido. Ya cuando quieren reformar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara en un sudado jubon, ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria; pues por ventura ¿no hay en mí habilidad para servir y contentar á estos? Por Dios si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese; porque yo sabria mentille tan bien como otro, y agradalle á las mil maravillas; reille ia mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decille cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir, donde él lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba; si riñiese con alguno su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado; decirle bien de lo que bien le estuviese, y por el contrario ser malicioso mofador; malsinar á los de casa y á los de fuera; pesquisar y procurar de saber vidas agenas, para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy dia se usan en palacio, y á los señores del parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrecen y tienen en poco, y llaman necios, y que no son personas de negocios, ni con quien el Señor se puede descuidar. Y con estos los astutos usan, como digo, el dia de hoy de lo que yo usaria; mas no quiere mi ventura que le halle.

Desta manera lamentaba tambien su adversa fortuna mi amo, dándome relacion de su persona valerosa. Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja; el hombre le pide el alquilé de la casa, y la vieja el de la cama. Hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara: pienso que fueron doce ó trece reales. Y el les dió muy buena respuesta, que saldria á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviesen. Mas su salida fué sin vuelta, por manera que á la tarde ellos volvieron, mas fué tarde: yo les dije que aun no era venido. Venida la noche, y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuíme á las vecinas, y contéles el caso, y allí dormí.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino: mas á estotra puerta. Las mujeres les responden: Veis aquí su mozo, y la llave de la puerta. Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabia adonde estaba, y que tampoco habia vuelto á casa desque salió á trocar la pieza, y que pensaba que de mí y de ellos se habia ido con el trueco. De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano, y helos do vuelven luego con ellos, y toman la llave y llámanme y llaman testigos y abren la puerta, y entran á embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada como he contado, y dícenme: ¿Ques de la hacienda de tu amo? sus arcas y paños de pared, y alhajas de casa? No sé yo eso, les respondí. Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo, que él sabe donde está. En esto vino el alguacil y echóme mano por el collar del jubon, diciendo: Mochacho, tú eres preso si no descubres los bienes deste tu amo. Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar sí habia sido muchas veces, mas era mansamente de él trabado, para que mostrase el camino al que no via; yo hube mucho miedo, y llorando prometíle de decir lo que me preguntaban. Bien está, dicen ellos: pues dí lo que sabes y no hayas temor. Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome qué tenia. Señores, dije yo, lo que este mi amo tiene, segun él me dijo, es un muy buen solar de casas, y un palomar derribado. Bien está, dicen ellos. Por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y á qué parte de la ciudad tiene eso? me preguntaron. En su tierra, les respondí. Por Dios que está bueno el negocio, dijeron ellos; ¿y á dónde es su tierra? De Castilla la Vieja me dijo él que era, les dije. Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo: Bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese. Las vecinas que estaban presentes dijeron: Señores, este es un niño inocente, y há pocos dias que está con ese Escudero, y no sabe del mas que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcico se llega aquí á nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y á las noches se iba á dormir con él.

Vista mi inocencia, dejáronme dándome por libre: y el alguacil y el escribano piden al hombre y á la mujer sus derechos, sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido; porque ellos alegaron no ser obligados á pagar, pues no habia de qué, ni se hacia el embargo. Los otros decian que habian dejado de ir á otro negocio que les importaba mas, por venir á aquel. Finalmente, despues de dadas muchas voces, al cabo carga un porqueron con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces: no sé en qué paró. Creo yo quel pecador alfamar pagara por todos; y bien se empleaba, pues el tiempo que habia de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conócer mi ruin dicha: pues señalándose todo lo que podria contra mí, hacia mis negocios tan al revés, que los amos que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

CAPITULO IV.

Como Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaeció con él.

Hube de buscar el cuarto, y este fué un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron, al cual ellas le llamaban pariente: gran enemigo del coro y de comer en el convento: perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas; tanto que pienso que rompia él mas zapatos que todo el convento. Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida, mas no me duraron ocho dias, ni yo pude con su trote durar mas. Y por esto y otras cosillas que no digo, salí del.

CAPITULO V.

Como Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó (1).

En el quinto que por mi ventura dí, fué un buldero, el mas desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador dellas que jamas yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenia y buscaba modos y maneras, y muy sotiles invenciones. En entrando en los lugares do habian de presentar la bula, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni sustancia: una lechuga murciana, si era por el tiempo; un par de limas ó naranjas, un melocoton, un par de duraznos, cada sendas peras verdiñales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses á tomar

(1) En 12 de julio del año de 1512 se expidió por el consejo real una provision para cortar los abusos y arterias que se ponian en juego por los subalternos comisionados de la comisaría general de cruzada para publicar y expender la bula; abusos que dieron mucho tiempo lugar á quejas y turbulencias de los pueblos; habiéndose circulado bastantes órdenes y providencias á fin de evitar los daños que ocasionaban tales reclamaciones: de esto hablan algunas leyes insertas en el tit. 10, lib. 1º de la Recopilacion; siendo la mayor parte de las disposiciones posteriores á las cortes que se tuvieron en Burgos en el citado año de 1512 por el rey católico, administrador de los reinos de Castilla por su hija doña Juana; las cuales, entre otras peticiones, comprenden muchas particularidades relativas á este asunto; con especialidad en la quinta peticion se hace mérito de la provision citada, pidiendo que los comisarios no llevasen ni percibiesen derechos algunos, por razon de gastos extraordinarios que hacian varias cofradias en comidas y fiestas de toros, puesto que dichos desembolsos eran del peculio de los mismos cofrades. Exponian los procuradores á cortes, que los referidos comisarios no habian querido obedecer las órdenes del consejo, y así reclamaban su cumplimiento, y que restituyesen lo que por esta razon hubiesen percibido; y el rey mando que el doctor Tello, de acuerdo con el obispo de Palencia, dictase las providencias oportunas en órden á remediar este abuso. La comision que se les dió sobre este particular fué extensiva tambien á otros objetos comprendidos en las peticiones tercera y cuarta; en ellas exponian los procuradores del reino las grandes opresiones y agravios que hacian en los pueblos los comisa-

la bula, ofreciéndosele á él las gracias. Informábase de la suficiencia dellos: si decian que entendian, no hablaba palabra en latin, por no dar tropezon: mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua; y si sabian que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo, que mas con dineros que con letras y con reverendas se ordenan, hacíase entre ellos un santo Tomás, y hablaba dos horas en latin, á lo menos que lo parecia, aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba como por mal se las tomasen, y para aquello hacia molestias al pueblo, y otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que le veia hacer seria largo de contar, diré uno muy sotil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia. En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bula, ni á mi ver tenian intencion de se la tomar: estaba dado al diablo con aquello; y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro dia de mañana para despedir la bula. Y esa noche despues de cenar pusiéronse á jugar la colacion él y el alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber malas palabras. Él llamó al alguacil ladron, y el otro á él falsario; sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzon que en el portal do jugaban estaba; el alguacil puso mano á su espada, que en la cinta tenia. Al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio; y ellos muy enojados, procurándose de desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena della, viendo que no podian afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas; finalmente los del pueblo, viendo que no bastaban ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte; y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida mi amo se fué á la iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bula: y el pueblo se juntó, el cual andaba

rios, tesoreros y predicadores de la cruzada, y las amenazas y censuras que imponian, especialmente en las aldeas y pueblos cortos, deteniendo á sus vecinos en las iglesias dos y tres dias para que oyesen sus sermones, sin permitirles salir de ellas á ganar su sustento en sus respectivas labores, para obligarles de este modo a tomar la bula; a cuyo fin iban tambien examinandolos por las calles, prescribiendo a los que hallaban ineptos la pena de que tomasen bulas, conduciéndolos ademas presos por los lugares con los alguaciles y ejecutores que a este efecto los acompañaban; con otras extorsiones y atropellos. Igualmente se quejaban los procuradores de que tambien los comisarios exigian en los pueblos ciertos derechos por la presentacion de testamentos, para lo cual usaban de las mismas violencias; dando, por su autoridad propia, por inciertas y nulas las mandas, que en sentir de teólogos y juristas, eran muy valederas. Otras quejas deducian ademas, acerca de entrometerse los tales comisarios en componer las usuras, contra lo publicado y dispuesto, y cuyo complimiento pedian, añadiendo que el trato mas licito, si no convenia á sus intereses, lo supondrian y calificarian por tal usura: y sobre lo que se mandó expedir la competente provision para su remedio. De todas estas quejas y peticiones se hizo despues amplia mencion en las cortes de Valladolid, convocadas por la reina doña Juana y su hijo el emperador Carlos V, en el año de 1524, resultando de ellas las disposiciones que se dejan insinuadas, sirviendo todo esto quiza de motivo a D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA para escribir este satirico capitulo. (N. D. E.)

murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo habia descubierto: de manera que tras que tenian mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrescieron. El señor comisario se subió al púlpito, y comienza su sermon, y á animar la gente á que no quedasen sin tanto bien é indulgencia como la santa bula traia. Estando en lo mejor del sermon, entra por la puerta de la iglesia el alguacil; y desque hizo oracion, levantóse, y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó á decir:

Buenos hombres, oidme una palabra, que despues oireis á quien quisiéreis. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y agora visto el daño que haria á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho os declaro claramente que las bulas que predica son falsas, y que no le creais ni las tomeis, y yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en el suelo: y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda; antes os desengaño y declaro su maldad; y acabó su razonamiento.

Algunos hombres honrados que allí estaban se quisieron levantar, y echar al alguacil fuera de la iglesia por evitar escándalo, mas mi amo les fué á la mano, y mandó á todos que sopena de excomunion no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese; y así él tambien tuvo silencio, mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó si queria decir mas, que lo dijese. El alguacil dijo: Harto mas hay que decir de vos y de vuestra falsedad, mas por agora basta. El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos y mirando al cielo dijo así: Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y á quien nada es imposible, antes todo posible, tú sabes la verdad, y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que á mí toca, yo le perdono, por qué tú, Señor, me perdones. No mires á aquel, que no sabe lo que hace ni dice: mas la injuria á ti hecha, te suplico y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer; y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera: que si es verdad lo que aquel dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados debajo de tierra, do él y yo jamas parézcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y á aquel persuadido del demonio (por quitar y privar á los que estan presentes de tan gran bien) dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apenas habia acabado su oracion el devoto señor mio, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar; y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca y torcella, y hacer visages con el gesto, dando de pié y de mano, revol-

viéndose por aquel suelo á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oian unos á otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos decian : El Señor le socorra y valga; otros : Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

Finalmente, algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca del estaban. Otros le tiraban por las piernas y tuvieron reciamente, porque no habia mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase : y así le tuvieron un gran rato; porque mas de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban, en los hocicos.

A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces que en la iglesia habia, no eran parte para apartalle de su divina contemplacion. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo, y que no mirase á las cosas pasadas ni á sus dichos malos, pues ya dellos tenia el pago; mas si en algo podia aprovechar para librarle del peligro y pasion que padescia, por amor de Dios lo hiciese; pues ellos veian clara la culpa del culpado y la verdad y bondad suya, pues á su peticion y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y á todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo : Buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado; mas pues él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda, y su Majestad perdone á este que le ofendió, poniendo en su santa fe obstáculo. Vamos todos á suplicarle. Y así bajó del púlpito y encomendó aquí muy devotamente suplicasen á nuestro Señor tuviese por bien de perdonar á aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar del el demonio, si su Majestad habia permitido que por su gran pecado en él entrase. Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baja una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, despues de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no menos larga que devota, con la cual hizo llorar á toda la gente, como suelen hacer en los sermones de pasion de predicador y auditorio devoto; suplicando á nuestro Señor, pues no queria la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que á aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados. Y esto hecho, mandó traer la bula y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y desque fué bien vuelto en su acuerdo, echóse á los pies del señor comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca

y mandamiento del demonio, lo uno por hacer á él daño y vengarse del enojo, lo otro y mas principal, porque el demonio recibia mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos; y á tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella; marido y mujer, hijos é hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos: y cuando á ellos llegábamos, no era menester sermon ni ir á la iglesia; que á la posada la venian á tomar, como si fueran peras que se dieran de valde: de manera que en diez ó doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermon. Cuando se hizo el ensayo, confieso mi pecado que tambien fuí dello espantado, y creí que así era como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí como habia sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo; y aunque mochacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: ¡Cuántas destas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente!

Finalmente estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé tambien hartas fatigas.

CAPITULO VI.

Como Lázaro se asentó con un capellan y lo que le acaeció con él.

Despues desto asenté con un maestro de pintar panderos para molelle los colores; y tambien sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un dia en la iglesia mayor, un capellan della me recibió por suyo, y púsoseme en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad.

Este fué el primer escalon que yo subí para venir á alcanzar buena vida, porque mi boca era medida: daba cada dia á mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo demas entre semana de treinta maravedís. Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubon de fustan viejo, y un sayo raido de manga tranzada y puerta, y una capa que habia sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuellar. Desque me ví en hábito de hombre de bien, dije á mi amo se tomase un asno, que no queria mas seguir aquel oficio.

CAPITULO VII.

Como Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaeció con él.

Despedido del capellan, asenté por hombre de justicia con un alguacil, mas muy poco viví con él por parecerme oficio peligroso, mayormente que una noche nos corrieron á mí y á mi amo á pedradas y á palos unos retraidos; y á mi amo que esperó, trataron mal, mas á mí no me alcanzaron.

Con esto renegué del trato; y pensando en qué modo de vivir haria mi asiento para tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa; y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio real, viendo qué no hay nadie que medre, sino los que le tienen : en el cual el dia de hoy yo vivo y resido á servicio de Dios y de vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas; acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos : pregonero, hablando en buen romance. Háme sucedido tambien, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que en toda la ciudad el que ha de echar vino á vender ó algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hace cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor, y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal persona no podia venir sino bien y favor, acordé de lo hacer, y así me casé con ella : y hasta agora no estoy arrepentido, porque allende de ser buena hija, y diligente servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda : y siempre en el año le da en veces al pié de una carga de trigo, por las Pascuas su carne, y cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja, é hízonos alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa : mas malas lenguas, que nunca faltaron, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué : y sí sé que ven á mi mujer irle á hacer la cama y guisarle de comer; y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad, porque allende de no ser ella mujer que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que él me habló un dia muy largo delante della, y me dijo : Lázaro de Tormes, quien ha de mirar á dichos de malas lenguas, nunca medrará : digo esto, porque no me maravillaria, alguno murmurase viendo entrar en mi casa á tu mujer y salir della. Ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo; por tanto no mires á lo que pueden decir, sino á lo que te toca, digo, á tu provecho. Señor, le dije, yo determiné arrimarme á los bue-

nos : verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por mas de tres veces me han certificado que antes que conmigo casase habia parido tres veces, hablando con reverencia, de vuestra merced, porque está ella delante. Entónces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros, y despues tomóse á llorar y á echar mil maldiciones sobre quien conmigo la habia casado : en tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiese soltado aquella palabra de la boca Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca mas en mi vida mentalle nada de aquello, y que yo holgaba y habia por bien de que ella entrase y saliese de noche y de dia, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes. Hasta el dia de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso, antes cuando alguno siento que quiere decir algo della, le atajo y le digo : Mirá, si sois mi amigo, no me digais cosa que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo mas quiero, y la amo mas que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y mas bien que yo merezco : que yo juraré sobre la hostia consagrada, que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo, y quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él. Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto fué el mesmo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como vuestra merced habrá oido : pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

SEGUNDA PARTE

DE LAZARILLO DE TORMES,

Y SUS FORTUÑAS Y ADVERSIDADES.

CAPITULO PRIMERO.

En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos, y lo que con ellos pasaba.

En este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna: y como yo siempre anduviese acompañado de una buena galleta, de unos buenos frutos que en esta tierra se crian para muestra de lo que pregonaba, cobré tantos amigos y señores, así naturales como extrangeros, que do quiera que llegaba, no habia para mí puerta cerrada: y en tanta manera me ví favorecido, que me parece si entonces matara un hombre, ó me acaeciera algun caso recio, hallara á todo el mundo de mi bando, y tuviera en aquellos mis señores todo favor y socorro. Mas yo nunca los dejaba boquisecos, queriéndolos llevar conmigo á lo mejor que yo habia echado en la ciudad, á do haciamos la buena y espléndida vida y jira. Allí nos aconteció muchas veces entrar en nuestros pies y salir en agenos: y lo mejor desto es que todo este tiempo maldita la blanca Lázaro de Tormes gastó ni se la consentian gastar. Antes si alguna vez yo de industria echaba mano á la bolsa fingiendo querello pagar, tomábanlo por afrenta, mirábanme con alguna ira, y decian: *Nite, nite, asticot; lanz;* reprendiéndome diciendo: que do ellos estaban, nadie habia de pagar blanca. Yo con aquello moríame de amores de tal gente, porque no solo esto, mas de perniles de tocino, pedazos de piernas de carnero cocidas en aquellos cordiales vinos, con mucha de la fina especia, y de sobras de cecinas y de pan me henchian la falda y los senos cada vez que nos juntábamos, que tenia en mi casa de comer yo y mi mujer hasta hartar una semana entera. Acordábame en estas barturas de las mis hambres pasadas, y alababa al Señor y dábale gracias; que así andan las cosas y tiempos. Mas, como dice el refran: *quien bien te hará, ó se te irá, ó se morirá*; así me acaeció, que se mudó la gran corte como hacer suele, y al partir fui muy requerido de aquellos mis grandes amigos me fuese con ellos, y que me harian y

acontecerian. Mas acordándome del proverbio que dice : *mas vale el mal conocido que el bien por conocer*, agradeciéndoles su buena voluntad, con muchos abrazos y tristeza me despedí de ellos. Y cierto, si casado no fuera, no dejara su compañía, por ser gente hecha muy á mi gusto y condicion : y es vida graciosa la que viven, no fantásticos ni presuntuosos, sin escrúpulo ni asco de entrarse en qualquier bodegon, la gorra quitada, si el vino lo merece; gente llana y honrada, y tal y tan bien proveida, que no me la depare Dios peor, cuando buena sed tuviere. Mas el amor de la mujer y de la patria, que ya por mia tengo, pues como dicen : *¿de do eres, hombre?* tiraron por mí. Y así me quedé en esta ciudad, aunque muy conocido de los moradores della, con mucha soledad de los amigos y vida cortesana.

Estuve muy á mi placer, con acrecentamiento de alegría y linage por el nacimiento de una muy hermosa niña, que en estos medios mi mujer parió, que aunque yo tenia alguna sospecha, ella me juró que era mia : hasta que á la fortuna le pareció haberme mucho olvidado, y ser justo tornarme á mostrar su airado y severo gesto cruel, y aguarme estos pocos años de sabrosa y descansada vida con otros tantos de trabajos y amarga muerte. ¡Oh gran Dios! ¡y quién podrá escribir un infortunio tan desastrado, y acaecimiento tan sin dicha, que no deje holgar el tintero, poniendo la pluma á sus ojos!

CAPITULO II.

Como Lázaro por importunacion de amigos se fué á embarcar para la guerra de Argel, y lo que allá le acaeció.

Sepa vuestra merced que estando el triste Lázaro de Tormes en esta gustosa vida, usando su oficio, y ganando él muy bien de comer y de beber, porque Dios no crió tal oficio, y vale mas para esto que la mejor veinticuatría de Toledo, estando asimismo muy contento y pagado con mi mujer, y alegre con la nueva hija, sobreponiendo cada dia en mi casa alhaja sobre alhaja, mi persona muy bien tratada, con dos pares de vestidos, unos para las fiestas, y otros para de contino, y mi mujer lo mismo, mis dos docenas de reales en el arca, vino á esta ciudad, que venir no debiera, la nueva para mí y aun para otros muchos, de la ida de Argel; y comenzáronse de alterar unos no sé cuántos vecinos mios, diciendo : Vamos allá, que de oro hemos de venir cargados. Y comenzáronme con esto á poner codicia, díjelo á mi mujer, y ella, con gana de volverse con mi señor el arcipreste, me dijo : Haced lo que quisiéredes, mas si allá vais, y buena dicha teneis, una esclava querria que me trujésedes que me sirviese, que estoy harta de servir toda mi vida. Y tambien, para casar á esta niña, no serian malas aquellas tripolinas y doblas zahenas, de que tan proveidos dicen que estan aquellos perros moros.

Con ésto y con la codicia que yo me tenia, determiné (que no debiera) ir á este viaje. Y bien me lo desviaba mi señor el arcipreste, mas yo no lo queria creer: al fin habian de pasar por mí mas fortunas las pasadas.

Y así con un caballero de aquí de la órden de San Juan, con quien tenia conocimiento, me concerté de le acompañar y servir en esta jornada, y que él me hiciese la costa, con tal que lo que allá ganase fuese para mí. Y así fué que gané y fué para mí mucha malaventura, de la cual aunque se repartió por muchos, yo truje harta parte. Partimos desta ciudad aquel caballero y yo, y otros, y mucha gente, muy alegres y muy ufanos como á la ida todos van, y por evitar prolijidad, de todo lo acaecido en este camino no hago relacion, por no hacer nada á mi propósito, mas de que nos embarcamos en Cartagena, y entramos en una nao bien llena de gente y vituallas, y dimos con nosotros donde los otros. Y levantóse en el mar la cruel y porfiada fortuna que habrán contado á vuestra merced, la cual fué causa de tantas muertes y pérdida cual en el mar gran tiempo há no se perdió, y no fué tanto el daño que la mar nos hizo como el que unos á otros nos hicimos; porque como fué de noche y aun de dia el tiempo recio de las bravas ondas, y olas del tempestuoso mar tan furiosas, ningun saber habia que lo remediase, que las mismas naos se hacian pedazos unas con otras, y se anegaban con todos los que en ellas iban. Mas pues sé que de todo lo que en ella pasó y se vió vuestra merced estará, como he dicho, informado de muchos que lo vieron y pasaron, y quiso Dios que escaparon, y de otros á quien aquellos lo han contado, no me quiero detener en ello, sino dar cuenta de lo que nadie sino yo la puede dar, por ser yo solo el que lo vió, y el que de todos los otros juntos que allí estuvieron, ninguno mejor que yo lo vió. En lo cual me hizo Dios grandes mercedes, segun vuestra merced oirá. De moro ni de mora no doy cuenta, porque encomiendo al diablo el que yo ví. Mas ví la nuestra nao hecha pedazos por muchas partes, víla á hacer por otras tantas, no viendo en ella mastil ni entena, todas las obras muertas derribadas, y el casco tan hecho cascos, y tal cual he dicho. Los capitanes y gente granada que en ella iban saltaron en el barco y procuraron de se mejorar en otras naos, aunque en aquella sazon pocas habian que pudiesen dar favor. Quedamos los ruines en la ruin y triste nao, porque la justicia y cuaresma diz que es mas para estos que para otros. Encomendámonos á Dios, y comenzámonos á confesar unos á otros, porque dos clérigos que en nuestra compañía iban, como se decian ser caballeros de Jesucristo, fuéronse en compañía de los otros y dejáronnos por ruines. Mas yo nunca ví ni oí tan admirable confesion; que confesarse un cuerpo antes que se muera acaecedera cosa es, mas aquella hora entre nosotros no hubo ninguno que no estuviese muerto; y muchos que cada ola que la brava mar en la mansa nao embestia, gustaban la muerte, por manera que pueden decir que estaban cien veces muertos, y así á la verdad las confesiones eran de cuerpos sin almas. A muchos dellos confesé, pero maldita la palabra me decian sino sospirar y dar tragos en seco, que es comun á los turbados, y otro tanto hice yo á ellos; pues

estándonos anegando en nuestra triste nao sin esperanza de ningun remedio que para evadir la muerte se nos mostrase, despues de llorada por mí mi muerte, y arrepentido de mis pecados y mas de mi venida allí, despues de haber rezado ciertas devotas oraciones que del ciego mi primero amo aprendí aprobadas para aquel menester, con el temor de la muerte vínome una mortal y grandísima sed, y considerando como se habia de satisfacer con aquella salada mal sabrosa agua del mar, parecióme inhumanidad usar de poca caridad conmigo mismo, y determiné que en lo que la mala agua habia de ocupar era bien engullirlo de vino excelentísimo que en la nao habia, el cual en aquella hora estaba tan sin dueño como yo sin alma, y con mucha priesa comencé á beber. Y allende de la gran sed que el temor de la muerte y la angustia della me puso, y tambien no ser yo de aquel oficio mal maestro, el desatino que yo tenia, sin casi saber lo que hacia, me ayudó de tal manera, que yo bebí tanto, y de tal suerte me atesté, descansando y tornando á beber, que sentí de la cabeza á los pies no quedar en mi triste cuerpo rincon ni cosa que de vino no quedase llena; y acabado de hacer esto, y la nao hecha pedazos y sumirse con todos nosotros, todo fué uno; y esto seria dos horas despues de amanecido: quiso Dios que con el gran desatino que hube de me sentir del todo en el mar sin saber lo que hacia, eché mano á mi espada, que en la cinta tenia, y comencé á bajar por mi mar abajo. Aquella hora ví acudir allí gran número de pescados grandes y menores de diversas hechuras, los cuales ligeramente asiendo con sus dientes de aquellos mis compañeros despedazaban y los talaban. Lo cual viendo, temí que lo mismo harian á mí que á ellos si me detuviese con ellos en palabras, y con esto dejé el bracear que los que se anegan hacen, pensando con aquello escapar de la muerte, de mas y allende que yo no sabia nadar, aunque nadé por el agua para abajo, y caminaba cuanto podia mi pesado cuerpo, y comencéme á apartar de aquella ruin conversacion, priesa y ruido, y muchedumbre de pescados que al traquido que la nao dió acudieron; pues yendo yo así bajando por aquel muy hondo piélago, sentí y ví venir tras mí grande furia de un crecido y grueso ejército de otros peces: y segun yo pienso, venian ganosos de saber á qué yo sabia; y con muy grandes silbos y estruendo se llegaron á quererme asir con sus dientes. Yo que tan cercano á la muerte me ví, con la rabia de la muerte, sin saber lo que hacia, comienzo á esgremir mi espada que en la diestra mano llevaba desnuda, que aun no la habia desamparado; y quiso Dios me sucediese de tal manera, que en un pequeño rato hice tal riza dellos dando á diestro y á siniestro, que tomaron por partido apartarse de mí algun tanto: y dándome lugar, se comenzaron á ocupar en se cebar de aquellos de su misma nacion á quien yo defendiéndome habia dado la muerte, lo cual yo sin mucha pena hacia, porque como estos animales tengan poca defensa, y sus cuberturas menos, en mi mano era matar cuantos queria, y á cabo de un gran rato que dellos me aparté, yéndome siempre bajando y tan derecho como si llevara mi cuerpo y pies fijados sobre alguna cosa, llegué á una gran roca que en medio del hondo mar estaba, y como me ví en ella de pies, holguéme algun tanto,

y comencé á descansar del gran trabajo y fatiga pasada, la cual entonces sentí, que hasta allí con la alteracion y temor de la muerte no habia tenido lugar de sentir.

Y como sea comun cosa á los afligidos y cansados respirar, estando sentado sobre la peña dí un gran suspiro, y caro me costó porque me descuidé y abrí la boca que hasta entonces cerrada llevaba, y como habia ya el vino hecho alguna evacuacion, por haber mas de tres horas que se habia embasado, lo que del faltaba, tragué de aquella salada y desaborida agua, la cual me dió infinita pena, rifando dentro de mí con su contrario. Entónces conocí como el vino me habia conservado la vida, pues por estar lleno del hasta la boca no tuvo tiempo el agua de me ofender, entonces ví verdaderamente la filosofía que cerca desto habia profetizado mi ciego, cuando en Escalona me dijo: que si á hombre el vino habia de dar vida habia de ser á mí. Entonces tuve gran lástima de mis compañeros que en el mar perecieron, porque no me acompañaron en el beber, que si lo hicieran estuvieran allí conmigo, con los cuales yo recibiera alguna alegría. Entonces entre mí lloré todos cuantos en el mar se habian anegado, y tornaba á pensar que quizá aunque bebieran no tuvieran el teson conveniente, porque no son todos Lázaro de Tormes, que deprendió el arte en aquella insigne escuela y bodegones toledanos con aquellos señores de otra tierra. Pues estando así pasando por la memoria estas y otras cosas, ví que venia do yo estaba un gran golpe de pescados, los unos que subian de lo bajo, y los otros que bajaban de lo alto, y todos se juntaron y me cercaron la peña; conocí que venian con mala intencion, y con mas temor que gana me levanté con mucha pena y me puse en pie para ponerme en defensa; mas en vano trabajaba, porque á esta sazon yo estaba perdido y encallado de aquella mala agua que en el cuerpo se me entró, estaba tan mareado que en mis pies no me podia tener ni alzar la espada para defenderme. Y como me ví tan cercano á la muerte, miré si veria algun remedio; pues buscallo en la defensa de mi espada no habia lugar por lo que dicho tengo; y andando por la peña como pude, quiso Dios hallé en ella una abertura pequeña y por ella me metí; y de que dentro me ví, ví que era una cueva que en la mesma roca estaba, y aunque la entrada tenia angosta, dentro habia harta anchura, y en ella no habia otra puerta. Parecióme que el Señor me habia traido allí para que cobrase alguna fuerza de la que en mí estaba perdida: y cobrando algun ánimo vuelvo el rostro á los enemigos, y puse á la entrada de la cueva la punta de mi espada; y asimismo comienzo con muy fieras estocadas á defender mi homenage. En este tiempo toda la muchedumbre de los pescados me cercaron, y daban muy grandes vueltas y arremetidas en el agua, y llegábanse junto á la boca de la cueva; mas algunos que de mas atrevidos presumian, procurando de me entrar, no les iba dello bien, y como yo tuviese puesta la espada lo mas recio que podia con ambas manos á la puerta, se metian por ella y perdian las vidas: y otros que con furia llegaban heríanse malamente, mas no por esto levantaban el cerco. En esto sobrevino la noche y fué causa que el combate algo mas

se aflojó, aunque no dejaron de acometerme muchas veces por ver si me dormia, ó si hallaban en mí flaqueza.

Pues estando el pobre Lázaro en esta angustia, viéndose cercado de tantos males, en lugar tan extraño y sin remedio, considerando como mi buen conservador el vino poco á poco me iba faltando, por cuya falta la salada agua se atrevia y cada vez se iba conmigo desvergonzando, y que no era posible poderme sustentar siendo mi ser tan contrario de los que allí lo tienen, y que asimismo cada hora las fuerzas me iban mas faltando; así por haber gran rato que á mi atribulado cuerpo no se habia dado refeccion sino trabajo, como porque el agua digiere y gasta mucho, ya no esperaba mas de cuando el espada se me cayese de mis flacas y tremulentas manos, lo cual luego que mis contrarios viesen, ejecutarian en mí muy amarga muerte haciendo sus cuerpos sepultura; pues todas estas cosas considerando y ningun remedio habiendo, acudí á quien todo buen cristiano debe acudir, encomendándome al que da remedio á los que no le tienen, que es el misericordioso Dios nuestro Señor. Allí de nuevo comencé á gimir, y llorar mis pecados, y á pedir dellos perdon y á encomendarme á él de todo mi corazon y voluntad, suplicándole me quisiese librar de aquella rabiosa muerte, prometiéndole grande enmienda en mi vivir si de dármela fuese servido. Despues torné mis plegarias á la gloriosa santa María madre suya y Señora nuestra, prometiéndole visitalla en las sus casas de Monserrat y Guadalupe y la Peña de Francia, despues vuelvo mis ruegos á todos los santos y santas, especialmente á Santelmo y al señor San Amador que tambien pasó fortunas en la mar cuajada. Y hecho esto, no dejé oracion, de cuantas sabia que del ciego habia deprendido, que no recé con mucha devocion, la del conde, la de la emparedada, la del justo juez, y otras muchas que tienen virtud contra los peligros del agua. Finalmente, el Señor, por virtud de su pasion, y por los ruegos de los dichos y por lo demas que ante mis ojos tenia, quiso obrar en mí un maravilloso milagro, aunque á su poder pequeño, y fué: que estando yo así sin alma mareado y medio ahogado de mucha agua, que como he dicho me habia entrado á mi pesar, y asimismo encallado y muerto de frio de la frialdad que mientras mi conservador en sus trece estuvo nunca habia sentido, trabajado y hecho pedazos mi triste cuerpo de la congoja y contínua persecucion, y desfallecido del no comer, á deshora sentí mudarse mi ser de hombre, quiera no me caté, cuando me ví hecho pez ni mas ni menos, y de aquella propia hechura y forma que eran los que cercado me habian tenido y tenian. A los cuales, luego que en su figura fuí tornado, conocí que eran atunes, entendí como entendian en buscar mi muerte y decian: Este es el traidor de nuestras sabrosas y sagradas aguas enemigo: este es nuestro adversario y de todas las naciones de pescados, que tan ejecutivamente se ha habido con nosotros desde ayer acá hiriendo y matando tantos de los nuestros; no es posible que de aquí vaya, mas venido el dia tomaremos del venganza. Así oia yo la sentencia que los señores estaban dando contra el que ya hecho atun como ellos estaba. Despues que un poco estuve descansando y refrescando en el agua, tomando aliento y hallándome tan

sin pena y pasion como cuando mas sin ella estuve, lavando mi cuerpo de dentro y de fuera en aquella agua que al presente y dende en adelante muy dulce y sabrosa hallé, mirándome á una parte y á otra por ver si veria en mí alguna cosa que no estuviese convertido en atun, estándome en la cueva muy á mi placer, pensé si seria bien estarme allí hasta que el dia viniese, mas hube miedo me conociesen y les fuese manifiesta mi conversion; por otro cabo temia la salida por no tener confianza de mí si me entenderia con ellos, y les sabria responder á lo que me interrogasen, y fuese esto causa de descubrirse mi secreto, que aunque los entendia y me veia de su hechura, tenia gran miedo de verme entre ellos. Finalmente, acordé que lo mas seguro no era me hallasen alli, porque ya que me tuviesen por dellos, como no fuese hallado Lázaro de Tormes, pensarian yo haber sido en salvalle y me pedirian cuenta del: por lo cual me pareció que saliendo antes del dia, y mezclándome con ellos, con ser tantos, por ventura no me echarian de ver, ni me hallarian extraño; y como lo pensé, así lo puse por obra.

CAPITULO III.

Como Lázaro de Tormes hecho atun salió de la cueva, y como le tomaron las centinelas de los atunes y lo llevaron ante el general.

En saliendo, señor, que salí de la roca, quise luego probar la lengua, y comencé á grandes voces á decir *muera*, *muera*, aunque apenas habia acabado estar palabras, cuando acudieron las centinelas que sobre el pecador de Lázaro estaban, y llegados á mí me preguntan quién viva: Señor, dije yo, viva el pece y los ilustrísimos atunes. ¿Pues porqué das voces, me dijeron, qué has visto ó sentido en nuestro adversario que así nos alteras? ¿de qué capitanía eres? Yo les dije, me pusiesen ante el señor de los capitanes, y que allí sabrian lo que preguntaban. Luego el uno destos atunes mandó á diez dellos me llevasen al general, y él se quedó haciendo la guarda con mas de diez mil atunes. Holgaba infinito de verme entender con ellos y dije entre mí: El que me hizo esta gran merced ninguna hizo coja. Así caminamos y llegamos ya que amanecia al gran ejército, do habia juntos tan gran número de atunes, que me pusieron espanto: como conocieron á los que me llevaban dejáronnos pasar, y llegados al aposento del general, uno de mis guias haciendo su acatamiento contó en qué manera y en el lugar do me habian hallado, y que siéndome preguntado por su capitan Licio quién yo era, habia respondido que me pusiesen ante el general, y por esta causa me traian ante su grandeza. El capitan general era un atun aventajado de los otros en cuerpo y grandeza, el cual me preguntó quién era y cómo me llamaba, y en qué capitanía estaba, y qué era lo que pedia, pues pedí ser ante él traido. A esta sazon yo me hallé confuso, y ni sabia decir mi nombre, aunque habia

sido bien baptizado, excepto si dijera ser Lázaro de Tormes; pues decir de dónde ni de qué capitanía tampoco lo sabia por ser tan nuevamente trasformado, y no tener noticia de los mares, ni conocimiento de aquellas grandes compañías, ni de sus particulares nombres, por manera que disimulando algunas de las preguntas que el general me hizo, respondí yo y dije: Señor, siendo tu grandeza tan valeroso como por todo el mar se sabe, gran poquedad me parece que un miserable hombre se defienda de tan gran valor y poderoso ejército, y seria menoscabar mucho su estado, y el gran poder de todos los atunes; y digo, que yo soy tu súbdito y estoy á tu mando y de tu bandera, y ofrezco poner en tu poder sus armas y despojo, y si no lo hiciere que mandes hacer justicia cruel de mí; aunque por sí ó por no, no me ofrecí á darle á Lázaro por no ser tomado en malatin; y este punto no fue de latin, sino de letrado mozo de ciego. Hubo desto el general placer por ofrecerme á lo que me ofrecí y no quiso saber de mí mas particularidades; mas luego respondió y dijo: Verdad es que por escusar muertes de los mios está determinado tener cercado á aquel traidor y tomalle por hambre, mas si tú te atreves á entralle como dices, serte há muy bien pagado, aunque me pesaria si por hacer tú por nuestro señor el rey y mí, tomases muerte en la entrada como otros han hecho, porque yo precio mucho á los mis esforzados atunes, y á los que con mayor ánimo veo, querria guardar mas como buen capitan debe hacer. Señor, respondí yo, no tema tu ilustrísima excelencia mi peligro, que yo pienso lo efectuar sin perder gota de sangre. Pues si así es, el servicio es grande y te lo pienso bien gratificar, y pues el dia se viene, yo quiero ver como cumples lo que has prometido. Mandó luego á los que tenian cargo que moviesen contra el lugar donde el enemigo estaba, y esto fué admirable cosa de ver mover un campo pujante y caudaloso, que cierto nadie lo viera á quien no pusiese espanto. El capitan me puso á su lado preguntándome la manera que pensaba tener para entralle, yo se la decia fingiendo grandes maneras y ardides, y hablando llegamos á las centinelas que algo cerca de la cueva o roca estaban. Y Licio el capitan, el cual me habia enviado al general, estaba con toda su compañía bien á punto, teniendo de todas partes cercada la cueva, mas no por eso que ninguno se osase llegar á la boca della, porque el general lo habia enviado á mandar por evitar el daño que Lázaro hacia, y porque al tiempo que yo fuí convertido en atun quedóse la espada puesta á la puerta de la cueva, de aquella manera que la tenia cuando era hombre, la cual los atunes veian temiendo que el rebelado la tenia, y estaba tras la puerta. Y como llegamos, yo dije al general mandase retraer los que el sitio tenian, y que así él como todos se apartasen de la cueva: lo cual fué hecho luego. Y esto hice yo porque no viesen lo poco que habia que hacer en la entrada; yo me fuí solo y dando muy grandes y prestas vueltas en el agua, y lanzando por la boca grandes espadañadas della; en tanto que yo esto hacia andaba entre ellos de hocico en hocico la nueva como yo me habia ofrecido de entrar al negocio, y oia decir: Él morirá como otros tan buenos y osados han hecho; dejadlo, que presto veremos su orgullo perdido. Yo fingia que dentro habia

defensa, y me echaban estocadas como aquel que las habia echado, y fuia el cuerpo á una y otra parte. Y como el ejército estaba desmayado, no tenia lugar de ver que no habia que ver, tornaba otras veces á llegarme á la cueva, y acometella con gran ímpetu y á desviarme como ántes. Y así anduve un rato fingiendo peleas todo por encarecer la cura: despues que esto hice algunas veces, algo desviado de la cueva, comienzo á dar grandes voces porque el general y ejército me oyesen, y á decir: ¿ O mezquino hombre, piensas que te puedas defender del gran poder de nuestro gran rey y señor, y de su valeroso y gran capitan, y de los de su pujante ejército? ¿ Piensas pasar sin castigo de tu gran osadía, y de las muchas muertes que por tu causa se han hecho en nuestros amigos y deudos? Date, date á prision al insigne y gran caudillo, por ventura habrá de tí merced. Rinde, rinde las armas que te han valido, sal del lugar fuerte do estás que poco te ha de aprovechar, y métete en poder del que ningun poder en el gran mar le iguala. Yo que estaba, como digo, dando estas voces todo para almohazar los oidos al mandon, como hacer se suele por ser cosa de que ellos toman gusto, llega á mí un atun, el cual me venia á llamar de parte del general; yo me vine para él, al cual y á todos los mas del ejército hallé finados de risa. Y era tanto el estruendo y ronquidos que en el reir hacian, que no se oian unos á otros. Como yo llegué espantado de tan gran novedad, mandó el capitan general que todos callasen, y así hubo algun silencio, aunque á los mas les tornaba á arrebentar la risa, y al fin con mucha pena oí al general que me dijo: Compañero, si otra forma no teneis en entrar la fuerza á nuestro enemigo que la de hasta aquí, ni tu cumplirás tu promesa, ni yo soy cuerdo en estarte esperando, y mas que solamente te he visto acometer la entrada y no has osado entrar, mas de verte poner con eficacia en persuadir á nuestro adversario lo que debe de hacer cualquiera. Y esto, al parecer mio y de todos estos, tenias bien escusado de hacer, y nos parece tiempo muy mal gastado, y palabras muy dichas á la llana, porque ni lo que pides, ni lo que has dicho en mil años lo podrás cumplir, y desto nos reimos, y es muy justa nuestra risa ver que parece que estás con él platicando como si fuese otro tú, y en esto tornaron á su gran reir. Y yo caí en mi gran necedad y dije entre mí: Si Dios no me tuviese guardado para mas, bien de ver es á estos necios lo poco y malo que yo sé usar de atun, y caerian en que si tengo el ser, no es natural. Con todo quise remediar mi yerro y dije: Cuando hombre, señor, tiene gana de efectuar lo que piensa, acaécele lo que á mí. Alza el capitan y todos otra mayor risa, y díjome: Luego hombre eres tú. Estuve por responder: *Tu dixisti*. Y cabia bien, mas hube miedo que en lugar de rasgar su vestidura se rasgára mi cuerpo: y con esto dejé las gracias para otro tiempo mas conveniente. Yo viendo que á cada paso decia mi necedad, y pareciéndome que á pocos de aquellos jaques podria ser mate, comencéme á reir con ellos, y sabe Dios que regañaba con muy fino miedo que aquella sazon tenia. Y díjele: Gran capitan, no es tan grande mi miedo como algunos lo hacen, que como yo tenga contienda con hombre, vase la lengua á lo que piensa el corazon, mas ya me parece que tardo en

cumplir mi promesa, y en darte venganza de nuestro contrario; contando con tu licencia quiero volver á dar fin á mi hecho. Tú la tienes, me dijo. Y luego muy corrido y temeroso de tales acaecimientos me volví á la peña, pensando como me convenia estar mas sobre el aviso en mis hablas, y llegando á la cueva, acaecióme un acaecimiento y tornándome á retraer muy de presto me junté del todo á la puerta, y tomé en la boca la que otras veces en la mano tomaba, y estuve pensando qué haria, si entraria en la cueva, ó iria á dar las armas á quien las prometí. En fin pensé si entrara por ventura seria acusado de ladronicio, diciendo habello yo comido, pues no habia de ser hallado, el cual era casa feo y digno de castigo. En fin vuelvo al ejército, el cual ya movia en mi socorro, porque me habia visto cobrar la espada, y aun por mostrar yo mas ánimo cuando la cobré de sobre la pared que á la boca de la cueva estaba, esgremí torciendo el hocico, y á cada lado hice con ella casi como un revés. Llegando al general, humillando la cabeza ante él, teniendo como pude el espada por la empuñadura en mi boca, dije: Gran señor, veis aquí las armas de nuestro enemigo, de hoy no hay mas que temer la entrada pues no tiene con que defenderla. Vos lo habeis hecho como valiente atun, y sereis galardonado de tan gran servicio, y pues con tanto esfuerzo y osadía ganastes la espada, y me parece os sabreis aprovechar della mejor que otro, tenedla hasta que tengamos en poder este malvado. Y luego llegaron infinitos atunes á la boca de la cueva; mas ninguno fué osado de entrar dentro porque temian no le quedase puñal, y me preferia ser el primero de la escala, con tal que luego me siguiesen y diesen favor; y esto pedia porque hubiese testigos de mi inocencia, mas tanto era el miedo que á Lázaro habian, que nadie queria seguirme, aunque el general prometia grandes dádivas al que conmigo segundase. Pues estando así, díjome el gran capitan qué me parecia que hiciese, pues ninguno me queria ser compañero en aquella peligrosa enentrada. Y yo respondí: que por su servicio me atreveria á entralla solo si me asegurasen la puerta, que no temiesen de ser conmigo. Él dijo que así se haria, y que cuando los que allí estuviesen no osasen que él me prometia seguirme. Entónces llegó el capitan Licio, y dijo que entraria tras mí; luego comienzo á esgremir mi espada á un cabo y á otro de la cueva, y á echar con ella muy fieras estocadas, y lánzome dentro diciendo á grandes voces: Victoria, victoria, viva el gran mar y los grandes moradores del, y mueran los que habitan la tierra. Con estas voces, aunque mal formadas, el capitan Licio, que ya dije, me siguió y entró luego tras mí, el cual aquel dia extrañamente se señaló y cobró conmigo mucho crédito en velle tan animoso y aventajado de los otros, y á mí parecióme que un testigo no suele dar fe, y no quitándome de la entrada comienzo á pedir socorro, mas por demas era mi llamar, que maldito el que se osaba aun á llegar. Y no es de tener á mucho, porque en mi conciencia lo mismo hiciera yo, si pensara lo que ellos, para que es sino decir la verdad, mas entrábame como por mi casa sabiendo que un caracol dentro no estaba. Comencé á animallos diciéndoles: ¡Oh poderosos, grandes y valerosos atunes! ¿do está vuestro esfuerzo y osadía

de hoy; qué cosa se os ofrecerá en que ganeis tanta honra? vergüenza, vergüenza. Mirad que vuestros enemigos os ternán en poco siendo sabedores de vuestra poca osadía. Con estas y otras cosas que les dije, aquel gran capitan, mas con vergüenza que gana, bien espaciosamente entró dando muy grandes voces: ¡Paz, paz! en lo cual bien conocí que no las traia todas consigo, pues en tiempo de tanta guerra pregonaba paz; desque fué entrado mandó á los de fuera que entrasen, los cuales pienso yo que entraron con harto poco esfuerzo, mas como no vieron al pobre Lázaro, ni defensa alguna aunque hartos golpes de espada daba yo por aquellas peñas, quedaron confusos; y el general corrido de lo poco que acorrió al socorro mio y de Licio.

CAPITULO IV.

Como despues de haber Lázaro con todos los atunes entrado en la cueva, y no hallando á Lázaro sino á los vestidos, entraron tantos que se pensaron ahogar, y el remedio que Lázaro dió.

Mirada bien la cueva, hallamos los vestidos del esforzado atun Lázaro de Tormes, porque fueron del apartados cuando en pez fué vuelto, y cuando los ví, todavía temí, si por ventura estaba dentro dellos mi triste cuerpo y el alma sola convertida en atun. Mas quiso Dios no me hallé y conocí estar en cuerpo y alma vuelto en pescado. Huélgome porque todavía sintiera pena y me dolieran mis carnes viéndolas despedazadas y tragar de aquellos que con tan buena voluntad lo hicieran, y yo mismo lo hiciera por no diferenciar de los de mi ser, y dar con esto causa á ser sentido. Pues estando así, el capitan general y los otros, atónitos, á cada parte mirando y recatándose, temiendo, aunque deseando encontrarse con el que buscaban. Despues de bien rodeada y buscada la pequeña cueva, el capitan general me dijo, qué me parecia de aquello y de no hallar allí nuestro adversario. Señor, le respondí, sin duda yo pienso este no ser hombre, sino algun demonio, que tomó su forma para nuestro daño: porque ¿quien nunca vió ni oyó decir un cuerpo humano sustentarse en el agua tanto tiempo, ni que hiciese lo que este ha hecho, y al cabo teniéndole en un lugar encerrado como este, y con estar aquí y tan cercado, habérsenos ido ante nuestros ojos? Cuadróle esto que dije, y estando hablando en esto, sucediónos otro mayor peligro, y fué que como comenzasen á entrar en la cueva los atunes que fuera estaban, diéronse tanta priesa viéndose ya libres del contrario, y por haber parte del saco del, y vengarse de las muertes que habia hecho de sus deudos y amigos, que cuando miramos estaba la cueva tan llena que desde el suelo hasta arriba no metieran un alfiler que no fuese todo atunes, y así atocinados unos sobre otros nos ahogábamos todos, porque, como tengo dicho, el que entraba no se tenia por contento hasta llegar á do el general

estaba pensando se repartia la presa. Por manera que vista la necesidad y el gran peligro que estábamos, el general me dijo : Esforzado compañero, ¿qué medio tenemos para salir de aquí con vida, pues ves como vá creciendo el peligro y todos casi estamos ahogados? Señor, dije yo, el mejor remedio seria, si estos que cabe nos estan pudiesen darnos lugar, y que yo pudiese tomar la entrada de esta cueva y defenderla con mi espada para que mas no entrasen, y nosotros con ellos sin peligrar. Mas esto es imposible por haber tanta multitud de atunes que sobre nosotros estan, y habrás de ver como no por eso se ha de escusar que no entren mas, y porque el que está fuera piensa que los que estamos acá dentro estamos repartiendo el despojo y quieren su parte : un solo remedio veo y es : si por escapar vuestra excelencia tiene por bien que algunos destos mueran, porque para ya hacer lugar no puede ser sin daño. Pues así es dijo, guarda la cara al basto y triunfa de todos esos otros. Pues, señor, le respondí, quedais como poderoso, señor, sacadme á paz y á salvo de este hecho, y que en ningun tiempo me venga por ello mal. No solo no te vendrá mal, dijo él, mas te prometo te vendrán por lo que hicieres grandes bienes, que en tales tiempos es gran bien del ejército que el caudillo se salve, y querria mas una escama que los súbditos. ¡Oh capitanes, dije yo entre mí, que poco caso hacen de las vidas agenas por salvar las suyas! ¡cuántos deben de hacer lo que este hace! Cuan diferente es lo que estos hacen á lo que oí decir que habia hecho un Paulo Decio, noble capitan romano, que conspirando los latinos contra los romanos, estando los ejércitos juntos para pelear, la noche antes que la batalla se diese, soñó el Decio que estaba constituido por los dioses, que si él moria en la batalla que los suyos vencerian y serian salvos, y si él se salvaba que los suyos habian de morir. Y lo primero que procuró comenzando la batalla fué ponerse en parte tan peligrosa que no pudiese escapar con la vida, porque los suyos la hubiesen, y así la hubieron. Mas no le seguia en esto el nuestro general atun. Despues viendo yo la seguridad que me daba, digo la seguridad, y aun la necesidad que de hacello habia, y el aparejo para me vengar del mal tratamiento y estrecho en que aquellos malos y perversos atunes me habian puesto, comienzo á esgremir mi espada lo mejor que pude y á herir á diestro yá siniestro, diciendo : ¡Fuera, fuera, atunes mal comedidos que ahogais á nuestro capitan! y con esto á unos de revés, á otros de tajo, á veces de estocada, en muy breve hice diabluras, no mirando ni teniendo respeto á nadie excepto al capitan Licio, que por velle de buen ánimo en la entrada de la cueva me aficioné á él, y le amé y guardé, y no me fué dello mal, como adelante se dirá. Los que estaban dentro de la cueva como vieron la matanza comienzan á desembarazar la posada, y con cuanta furia entraron á mayor salieron. Y como los de fuera supiesen la nueva y viesen salir á algunos descalabrados, no procuraron entrar, y así nos dejaron solos con los muertos, y me puse á la boca de la cueva, y desde allí empiezo á echar muy fieras estocadas; y á mi parecer tan señor de la espada me vi teniéndola con los dientes, como cuando la tenia con las manos. Despues de descansado del trabajo y ahogamiento, el bueno de nuestro general, y los que con él estaban, co-

mienzan á sorber de aquella agua que á la sazon en sangre estaba vuelta; y asimismo á despedazar y comer los pecadores atunes que yo habia muerto, lo cual viendo, comencé á tenelles compañía haciéndome nuevo de aquel manjar que ya le habia comido algunas veces en Toledo, mas no tan fresco como allí se comia; y así me harté de muy sabroso pescado, no impidiéndome las grandes amenazas que los de fuera me hacian por el daño que habia hecho en ellos; y ya que al general pareció, nos salimos fuera con avisalle de la mala intencion que los de fuera contra mí tenian, por tanto que su excelencia proveyese en mi seguridad. Él como salió contento y bien harto, que dicen que es la mejor hora para negociar con los señores, mandó pregonar que los que en dicho ni en hecho fuesen contra el atun extrangero que muriesen por ello, y ellos y sus sucesores fuesen habidos y tenidos por traidores, y sus bienes confiscados á la real cámara, por cuanto si el sobredicho atun hizo daño en ellos, fué por ser ellos rebeldes y haber pasado el mandamiento de su capitan, y puéstole por su mal mirar á punto de muerte; y con esto todos hubieron por bien que los muertos fuesen muertos, y los vivos tuviésemos paz: hecho esto, el capitan hizo llamar todos los otros capitanes, maestros de campo, y todos los demas oficiales señalados que tenian cargo del ejército, mandó que los que no habian entrado en la cueva entrasen y repartiesen entre sí el despojo que hallasen, lo cual brevemente fué hecho, y tantos eran que á un bocado de atun no les cupo. Despues de salidos, porque pareciese á todos hacian participantes, pregonaron saco á todo el ejército, del cual fué hecho cumplimiento á todos los atunes comunes, porque maldita la cosa en la cueva habia si no fuese alguna gota de sangre, y los vestidos de Lázaro. Aquí pasé yo por la memoria la crueldad de estos animales, y cuán diferente es la benigna condicion de los hombres á la dellos; porque puesto caso que en la tierra alguno se allegase á comer algo de lo de su prójimo, el cual pongo en duda haber, mayormente el dia de hoy, por estar la conciencia mas alta que nunca, á lo menos no lo hay tan desalmado que á su mismo prójimo coma. Por tanto los que se quejan en la tierra de algunos desafueros y fuerzas que les son hechos, vengan, vengan á la mar y verán como es pan y miel lo de allá.

CAPITULO V.

En que cuenta Lázaro el ruin pago que le dió el general de los atunes por su servicio, y de su amistad con el capitan Licio.

Pues tornando á lo que hace al caso, otro dia el general mismo me apartó en su aposento y dijo: Esforzado y valeroso atun extraño, yo he acordado te sean galardonados tus buenos servicios y consejos, porque si los que como tú sirven no son galardonados, no se hallaria en los ejérci-

tos quien á los peligros se aventurase, porque me parece en pago dello ganes nuestra gracia, y te sean perdonadas las valerosas muertes que en la cueva en nuestras compañas hecistes: y en memoria del servicio que en librarme de la muerte me has hecho, poseas y tengas por tuya propia esa espada del que tanto daño nos hizo, pues tan bien della te sabes aprovechar; con apercibimiento que si con ella hicieres contra nuestros súbditos y naturales de nuestro señor el rey alguna violencia mueras por ello, y con esto me parece no vas mal pagado, y de hoy mas puedes te volver do eres natural, y mostrándome no muy buen semblante se metió entre los suyos y me dejó. Quedé tan atónito cuando oí lo que dijo, que casi perdí el sentido porque pensaba por lo menos me habia de hacer un gran hombre, digo atun, por lo que habia hecho, dándome cargo perpétuo en un gran señorío en el mar, segun me habia ofrecido. ¡O Alejandro! dije entre mí, repartíades y gastábades vos las ganancias ganadas, con vuestro ejército y caballeros; ó lo que habia oido de Cayo Fabricio, capitan romano, de qué manera galardonaba y guardaba la corona para coronar á los primeros que se aventuraban á entrar los palenques; ¡y tú Gonzalo Hernandez, gran capitan español, otras mercedes heciste á los que semejantes cosas en servicio de tu rey, y en aumento de tu honra se señalaron! Todos los que sirvieron y siguieron, ¡á cuántos del polvo de la tierra levantastes y valerosos y ricos hicistes! ¡Como este mal mirado atun conmigo lo hizo haciéndome merced de la que en Zocodover me habia costado mis tres reales y medio! Pues oyendo esto consuélense los que en la tierra se quejan de señores, pues hasta en el hondo mar se usan las cortas mercedes de los señores. Estando yo así pensativo y triste, conociéndomelo el capitan Licio, llegóse á mí y díjome: Los que confian en algunos señores y capitanes, así como á tí acaece, que estando en necesidad hacen promesas y salidos dellas no se acuerdan de lo prometido. Yo soy buen testigo de todo tu buen esfuerzo y de todo lo que valerosamente has hecho, como quien á tu lado se halló, y veo el mal pago que de tus proezas llevas, y el gran peligro en que estás, porque quiero que sepas que muchos destos que ante tí tienes estan entre sí concertando tu muerte; por tanto no te partas de mi compañía, que de aquí te doy fé, como hijodalgo, de te favorecer con todas mis fuerzas y con las de mis amigos en cuanto pueda, pues seria muy grande pérdida perderse un tan valeroso y señalado pece como tú. Yo le respondí grandes gracias por la voluntad que me mostraba y acepté la merced y buena obra que me hacia, y ofreciéndome á serville en tanto que viviese, y con esto él fué muy contento y llamó hasta quinientos atunes de su compañía, y mandóles que dende en adelante tuviesen cargo de me acompañar y mirar por mí como por él mismo; y así fué que estos jamas de dia ni de noche de mi se apartaban, y con gran voluntad, que estos no era mucho que me desamasen; y no pienso que de los otros habia en el ejército quien no me tuviese gran voluntad, porque les pareció aquel dia del combate que me señalé ó dí á conocer gran valentía y esfuerzo en mí. Desta manera trabamos el capitan Licio y yo amistad, la cual nos mostramos como adelante diré. Deste supe yo muchas cosas y costumbres de los habitadores del mar, los nom-

bres de los cuales y muchas provincias, reinos y señoríos del, y de los señores que los poseian. Por manera que en pocos dias me hice tan práctico que á los nacidos en él hacia ventaja, y daba mas cuenta y relacion de las cosas, que ellos mismos. Pues en este tiempo nuestro campo se deshizo, y el general mandó que cada capitanía y compañía se fuese á su alojamiento y dende á dos lunas fuesen todos los capitanes juntos en la corte, porque el rey lo habia enviado así á mandar. Apartámonos mi amigo y yo con los de su compañía, que serian á mi ver hasta diez mil atunes, entre los cuales habia poco mas que diez hembras, y estas eran atunas del mundo: que entre la gente de guerra suelen andar á ganar la vida. Aquí ví el arte y ardid que para buscar de comer tienen estos pescados, y es que se derraman á una parte y á otra, y se hacen en cerco grande de mas de una legua en torno, y desque los unos de una parte se han juntado con los de la otra vuelven los rostros unos para otros, y se tornan á juntar, y todo el pescado que en medio toman muere á sus dientes. Y así cazan una ó dos veces al dia, segun como acaecen á salir; desta suerte nos hartábamos de muchos y sabrosos pescados, como era pajeles, bonitos, agujas y otros infinitos géneros de peces. Y haciendo verdadero el proverbio que dice : que el pece grande se come al mas pequeño, porque si acontecia en la redada coger algunos mayores que nosotros, luego les dábamos carta de guia, y dejábamos salir sin ponernos con ellos en barajas, excepto que si querian ser con nosotros y ayudarnos á matar y comer conforme al dicho, quien no trabaja que no coma. Tomamos una vez entre otros pescados ciertos pulpos, al mayor de los cuales yo reservé la vida y tomé por esclavo, é hice mi page de espada, y así no traia la boca embarazada ni pena con ella, porque mi page revuelto por los anillos una de sus muchas colas la traia á su placer, y aun parecióme á mi que se ufanaba y pompeaba con ella. Desta suerte caminamos ocho soles, que llaman en el mar á los dias, al cabo de los cuales llegamos á do mi amigo y los de su compañía tenian sus hijos y hembras, de las cuales fuimos recibidos con mucho placer, y cada cual con su familia se fué á su albergue, dejándome á mí y al capitan en el suyo. Entrados que fuimos en la posada del señor Licio, dijo á su hembra : Señora, lo que deste viaje traigo es haber ganado por amigo este gentil atun que aquí veis, la cual ganancia tengo en mucho; por tanto os ruego sea de vos festejado, y hecho aquel tratamiento que á mi hermano hacer soliades, porque en ello me hareis singular placer. Esta era una muy hermosa atuna, y de mucha autoridad; respondió : Por cierto, señor, eso se hará como mandais, y si falta hubiere no será de voluntad. Yo me humillé ante ella suplicándola me diese las manos para se las besar, sino que plugo á Dios se lo díje algo paso, y no se echó de ver y no oyeron mi necedad. Dije entre mí : ¡Maldito sea mi descuido, que pido para besar las manos á quien no tiene sino cola! La atuna me dió una hocicada amorosa rogándome me levantase, y así fuí della recibido muy bien, y ofreciéndome á su servicio, fuí della muy bien respondido como de una muy honrada dueña : y desta manera estuvimos allí algunos dias, y muy á nuestro placer, y yo muy bien tratado destos señores, y servido de los

de su casa. En este medio yo mostré al capitan esgremir no lo habiendo en mi vida aprendido, y hizose de la espada muy diestro, lo cual él preciaba mucho, y asimismo á un hermano suyo que habia nombre Melo, tambien muy ahidalgado atun. Pues estando yo una noche en mi reposo pensando la muy buena amistad que en este pece mi amigo tenia, deseando se le ofreciese algo en que le pudiese pagar parte de lo mucho que le debia, vínome al pensamiento un gran servicio que le podia hacer, y luego á la mañana lo comuniqué con el, lo cual él tuvo en lo que fué justo, pues le valió tanto como adelante diré; y fué el caso, que viéndole yo tan aficionado á las armas, le dije que él debia enviar á aquella parte donde fué nuestro desastre, y que allí se hallarian muchas espadas, lanzas, puñales, y otras maneras de armas, y que trujesen todas las que pudiesen traer, que yo queria tomar cargo de mostrar aquella nuestra compañía y hacellos diestros, y si aquello habia efecto, su compañía seria la mas pujante y valerosa de todas, y de quien el rey y todo el mar mas caso haria, porque ella sola valdria mas que todas las otras juntas, y que desto le redundaria mucha honra y ganancia. Parecióle consejo de buen amigo y mucho me lo agradeció, y luego ejecutando el aviso envió á su hermano Melo con hasta seis mil atunes, los cuales con toda brevedad y buena diligencia vinieron trayendo infinitas espadas y otras armas muchas, de las cuales gran parte venian tomadas del orin y debian ser de cuando el poco venturoso D. Hugo de Moncada pasó otra tormenta en este paso; las armas venidas fueron repartidas entre los atunes que mas hábiles nos parecieron, y el capitan por un cabo, y su hermano por otro, y yo era como sobremaestro á quien venian con las dudas; no entendíamos en otra cosa sino en mostrárselas á tener y esgremir con ellas, y á que supiesen echar su revés y tajo, y fina estocada; á los demas que nos pareció dióse cargo para cazar y buscar de comer. A las hembras hecimos entender en limpiar las armas con una gentil invencion que yo dí, y fué que las sacasen y metiesen en los lugares que tuviesen arena hasta que se parasen lucias. De manera que puestos todos á punto, quien viera aquel pedazo de mar le pareciera una gran batalla en el agua: acabo de algunos dias muy pocos de los atunes armados habia que no se tuviese por otro Aguirre el diestro. Entramos en consejo y fué acordado hiciésemos con los pulpos perpetua liga y amistad de que se viniesen á vivir con nosotros, porque nos sirviesen con sus largas faldas de talabartes, y así se hizo, y holgaron dello, porque los tuviésemos por amigos, y los mantuviésemos. Los cuales, como dije, sin pena nos podian servir, y en este tiempo se cumplió el plazo de los dos meses, en cabo de los cuales el capitan general mandó que fuesen todos juntos los capitanes en la corte. Y Licio se empezó á poner á punto para la ida, y entre él y mí se platicó si seria bien irme yo con él á la corte, y besar las manos al rey y que tuviese noticia de mí, hallamos no ser buena la voluntad que mostró el general, y que seria inconveniente por haber expresamente mandado me fuese á mi tierra, por lo cual, despues de platicado bien el negocio, estando presentes á la plática Melo, hermano del capitan Licio, de muy buen ingenio, y la hermosa y no

menos sábia atuna su hembra, fué el parecer de todos por el presente que yo me quedase allí en su compañía, porque él acordó de ir á la lijera, y llevar pocos de los suyos, y que despues que él llegase allá informaria al rey de mí, y del gran valor mio, y que como el rey le respondiese, así haria lo que fuese bien. Con este acuerdo el buen Licio se partió con hasta mil atunes, y quedamos su hermano Melo y yo con los demas en el aposento. Y al tiempo que de mí se despidió, apartándome me dijo: Verdadero amigo, hágoos saber que voy muy triste por un sueño que esta noche soñé, quiera Dios no sea verdad, mas si por mi desventura saliere verdad, ruégoos os hayais como bueno, y os acordeis de lo que en voluntad me sois en cargo, y no querais de mí mas saber, porque ni á vos ni á mí conviene. Yo le rogué mucho se aclarase cómo, y no quiso, ántes como estaba ya despedido de su dueña, y de su hermano, y de los demas, dándome con el hocico se fué no alegre, dejándome á mí muy triste y confuso. Pensé mucho, y varios pensamientos sobre aquel caso, y en uno dellos hice algun asiento, diciendo: Por ventura este á quien tanto debo debe pensar que la hermosura de su atuna, que las mas veces con la mucha honestidad no se abraza, me cegará para que no vea lo que el mar veria tan gran maldad. Mas esta buena ley el dia de hoy está corrupta y en el mar debe de ser lo mismo y no es mucho. Pasé yo por la memoria muchas cosas en este caso, y parecióme prevenir el remedio, para que él se asegurase y mi lealtad no padeciese, y fué, llegados ante la capitana atuna yo y su cuñado, despues de haberla algun tanto consolado del pesar que la partida de su marido le causaba, mayormente en ver la tristeza que Licio llevaba, aunque tambien á mí y á ella se lo encubrió al tiempo que della se despidió, yo le dije á Melo que yo deseaba ser su huésped si él por bien lo tenia, porque para estar en compañia de hembras era mal regocijado, y ántes causaria á su merced tristeza, que seria en quitársela. Ella me fué mucho á la mano, diciendo: Que si algun consuelo pensaba tener era por estar yo en su poder y posada, sabiendo el grande amor que su marido me tenia, y que si al tiempo que della se partió no le dió mayor cargo que el cuidado que de mí habia de tener, aunque yo no pensé lo que era, ántes distaban nuestros pensamientos: al fin, como á mí se me habian asentado los negros celos aun como atun, que por ventura habia pasado por ellos con la mi Elvira y mi amo el arcipreste, nunca se pudo conmigo acabar que quedase, antes me fuí con el cuñado, y cuando á visitalla venia, siempre le traia conmigo.

CAPITULO VI.

En que cuenta Lazaro lo que al capitan Licio su amigo le aconteció en la corte con el gran capitan.

Pues estando así, como he contado, á ratos cazando, á ratos ejercitando las armas con aquellos que diestros se habian hecho, dende á

ocho dias que mi amigo se habia partido nos llegó una nueva, la cual manifestó la tristeza que llevaba al partir con hacernos á todos los mas tristes peces de todo el mar. Y fué el caso que cuando el capitan general se hubo comigo tan ásperamente, como he contado, él quisiera que me fuera luego del ejército, y que los apasionados á quien yo habia hecho ofensa me ofendieran, y dieran muerte, y aun como despues se supo él habia mandado á ciertos atunes, que viéndome desmandado me matasen, y averiguado no por mas de por parecerle como era verdad ser yo tal testigo de su cobardía, porque otra causa yo no hallaba sino por do merecia ser gratificado, mas Dios dió lugar á esta maldad, poniendo como puso á Licio en corazon el favor que me hizo, lo cual sabido por el general tomó asimismo con él gran odio y mala voluntad, afirmando y jurando que lo que Licio hizo por mí, fué por dalle á él pesar, y sabiendo tambien que él tenia mal testigo por estar junto á mí, cuando el general entró en la cueva diciendo: ¡Paz, paz! Juntóse todo, y lo que en mí habia hecho el buen capitan, y mejor que él procuró con todas sus malas mañas hacer, y como fué en la corte luego fué con grandes quejas al rey, infamándole de traidor y aleve, diciendo que una noche teniendo el dicho capitan Licio encargo la guarda y la mas cercana centinela por muchos dineros que le habia dado por libralle de ser preso. Y esto decian él y otros muchos mas. Y así le ayude Dios como dijo la verdad, que Lázaro de Tormes no le podia dar sino muchas cabezas dellos que tenia á sus piès; y despuso del diciendo que habia traido de partes extrañas un atun malo y cruel, el cual atun habia muerto gran número de los de su ejército con una espada que en la boca traia, de la cual jugaba tan diestramente que no era posible sino ser algun diablo que para destruccion de los atunes tomó su forma, y que él viendo el daño que el mal atun habia hecho, lo desterró, y so pena de muerte le mandó se apartese del campo, y que el dicho Licio, en menosprecio del real mandado y de la real corona, y á su despecho, lo habia acogido en su compañía y dado favor y ayuda, por do habia incurrido en crímen *læsæ majestatis*, y por derecho y ley debia ser hecha del justicia, porque fuese castigo de su yerro, y en él otros tomasen ejemplo, porque dende en adelante nadie fuese contra los mandamientos reales. El señor rey, así mal informado y peor aconsejado, dando crédito á las palabras de su mal capitan, con dos ó tres malos y falsos testigos que juraron lo que él les mandó, y con una probanza hecha en ausencia y sin parte, el mismo dia que llegó á la corte el buen Licio muy inocente desto, mandó fuese luego preso y metido en una cruel mazmorra y echada á su garganta una muy fuerte cadena. Y mandó al general hiciese con toda solicitud poner en él guarda, y llevar á pura y debida ejecucion su castigo, el cual luego proveyó mas de treinta mil atunes que le hiciesen la guarda.

CAPITULO VII.

Como sabido por Lázaro la prision de su amigo Licio le lloró mucho él y los demas, y lo que sobre ello se hizo.

Estas tristes y dolorosas nuevas nos trujeron algunos de los que con él ido habian dándonos esta relacion á todos, y como le habian hecho cargo de lo que he dicho y la manera que en el oille, y estar con él á derecho se tenia, porque todos los jueces que en ello entendian tenia sobornados el general, y que segun pensaban, y la cosa tan de rota iba, no podria escapar de breve y muy rabiosa muerte. A esta hora me acordé y dije entre mí aquel dicho, del conde Claros, antiguo, que dice : *Cuando acabarás ventura, — cuando tienes de acabar : — en la tierra mil desastres, — y en las mares mucho mas.* — Comenzóse entre nosotros un llanto y alaridos y en mí doblado, porque lloraba el amigo y lloraba á mí, que faltando él no esperaba vivir quedando en medio del mar y de mis enemigos, del todo solo y desamparado. Parecióme que aquella compañía se quejaba de mí, y con justa causa y razon, pues yo era causante que lo perdiesen al que bien querian; no sin causa decia su atuna : Vos, mi señor, tan triste de mí os partistes sin quererme dar parte de vuestra tristeza; bien pronosticábades vos mi grande pérdida. Sin duda, decia yo, este es el sueño que vos, mi buen amigo, soñastes; esta es la tristeza con que vos de mí os partistes dejándome con ella. Y así cada uno decia y lamentaba, dije delante de todos : Señora y señores y amigos, lo que con las tristes nuevas hemos hecho ha sido muy justo, pues cada uno de nosotros muestra lo que siente, mas ya que este primer movimiento que en mano de nadie es pasado, justo será, mis señores, que pues con lloro nuestra pérdida no se cobra, que demos órden brevemente en pensar el mejor remedio que nos convenga, y esto pensado y visto, ponello luego en ejecucion, pues, segun dicen estos señores, la demasiada priesa que nos dan los que nos desaman lo requiere. La hermosa y casta atuna, que derramando muchas lágrimas de sus graciosos ojos estaba, me respondió : Todos vemos, esforzado señor, ser gran verdad lo que decis, y asimismo la demasiada necesidad que de nuevo tenemos, por lo cual, si estos señores y amigos de mi parecer son, debemos todos de remitirnos á vos como á quien Dios ha puesto claro y señalado seso, y pues Licio mi señor siendo tan cuerdo y sábio sus árduos y pesados negocios de vos confiaba, y vuestro parecer seguia, no pienso errar, aunque soy una flaca hembra, en suplicaros lo tomeis á cargo de proveer y ordenar lo que convenga á la salvacion del que de un tan verdadero amor os ama, y al consuelo desta triste que siempre os quedará en gran deuda. Y esto dicho tornó á su gran llanto, y todos hecimos lo mesmo. Melo y otros atunes con la señora capitana estaban, y con ella se hallaron á su parecer conformes, los cuales me dieron cargo desta empresa, ofreciéndose á

seguirme y hacer todo lo que yo les mandase. Pues viendo que yo era obligado á hacerlo de ponerme en todo cuidado y trabajo, por el que por mí en tanto estrecho estaba, comedidamente lo acepté, diciéndoles conocer yo que cada cual de sus mercedes lo hiciera mejor, mas pues eran servidos que yo lo hiciese, á mí me placia. Diéronme las gracias, y luego allí acordamos se hiciese saber á todo el ejército, lo cual luego fué hecho, y dentro de tres dias fueron todos juntos. Yo escojí para mi consejo doce dellos los mas ricos, y no tuve respeto á mas sábios si eran pobres, porque así lo habia visto hacer cuando era hombre en los ayuntamientos do se trataban negocios de calidad, y así ví hartas veces dar con la carga en el suelo, porque como digo no miran sino que anden vestidos de seda, no de saber. Y estos apartados, fué el uno dellos Melo, y la señora capitana que era muy sesuda hembra, cosa por cierto muy rara en tierra y en mar. Y hecho esto mandamos á toda la compañía se fuesen á comer y viniesen luego á punto de guerra, los armados con sus armas, los otros con sus cuerpos; venidos que fueron hice contallos, y hallamos por número diez mil y ciento y nueve atunes, todos estos de pelea, sin hembras, pequeños y viejos, los cinco mil dellos armados cual de espada ó puñal, lanza y cuchillo, todos estos hicieron juramento en mi cola que sobre su cabeza pusieron á usanza de allá (y aun reíme en cuanto hombre entre mí de la donosa ceremonia) que harian lo que yo les mandase y pornian sus armas y los que no las tuviesen sus dientes en quien yo les dijese, procurando con todas sus fuerzas librar á su capitan, guardando la debida lealtad á su rey. Acordamos en el consejo de guerra que la señora capitana fuese con nosotros muy bien acompañada de otras cien atunas, entre las cuales llevó una hermana suya, doncella muy hermosa y apuesta. Y hecimos tres escuadrones, el uno de todos los atunes desarmados, y los dos de los que llevaban armas. En la vanguardia iba yo con dos mil y quinientos armados, y en la retaguardia iba Melo con otros tantos; los desarmados y carruage iban en medio, y llevando asimismo con nosotros nuestros pages ya dichos, que las espadas nos llevaban.

CAPITULO VIII.

De como Lázaro y sus atunes puestos en órden van á la corte con voluntad de libertar á Licio.

Desta suerte, que arriba he dicho, nos metimos en camino, y con mucha priesa dando cargo á los que nos pareció de la pesca para bastecer la compañía porque no se desmandasen, y tomé aviso de los que nos habian traido la nueva, del asiento de la corte, y el lugar donde nuestro capitan estaba preso: y á cabo de tres dias llegamos á diez millas de la corte, y porque por ir de nueva y extraña manera, si se supiese de nuestra ida, pondriamos escándalo, acordóse que no pasásemos adelante hasta que la noche viniese. Y mandamos á ciertos atunes de aquellos que

la triste nueva nos habian traido, se fuesen á la ciudad, y lo mas disimulado que pudiesen, supiesen en qué estaba la cosa y volviesen á nosotros con el aviso, y dellos algunos vinieron dándonos la peor que quisiéramos. La noche venida, fué acordado que la señora capitana con sus hembras, y Melo con ellas con hasta quinientos atunes sin armas, de los mas honrados y viejos, fuesen derecho camino al rey, y como bien sabian, suplicasen al rey hubiese por bien de examinar la justicia de su marido y hermano, y que yo con todos los demas me metiese en una montaña muy espesa de arboledas y grandes rocas, que á dos millas de la ciudad estaba, do el rey algunas veces iba á monte, y allí estuviésemos hasta ver lo que negociaban, los cuales nos avisasen. Luego llegamos al bosque y hallámosle bien proveido de pescados monteses, en el cual nos cebamos, ó por mejor decir hartamos á mucho placer; yo apercebí toda la compañía que estuviese lanza en cuja. La hermosa y buena atuna llegó allá al alba, y luego se fué para palacio con toda su compañía, y esperó gran rato á la puerta hasta que el rey fué levantado, al cual dijeron la venida de aquella dueña, y lo mucho que á los porteros importunaba la dejasen entrar y hablar á su alteza. El rey, que bien sintió á lo que venia, le envió á decir se fuese en hora buena, que no podia oirla. Visto que de palabra no queria oir, fué por escrito, y allí se hizo una peticion bien ordenada de dos letrados que por Licio abogaban, en la cual se le suplicó quisiese admitir así aquel juicio, pues Licio habia apelado para ante su alteza, porque el nuestro buen capitan estaba condenado á muerte por esos señores alcaldes del crímen, y habiase dado esta sentencia el dia de ántes, la cual nosotros supimos de los que dije, diciendo: que su alteza supiese que su marido habia sido acusado con falsedad, y muy injustamente sentenciado, y que su alteza hiciese tornar á examinar su justicia, y que hasta entanto sobreseyese la justicia y ejecucion de la sentencia; estas y otras cosas muy bien dichas fueron en la buena peticion, la cual fué dada á uno de los porteros. Y al tiempo que se la dió la buena capitana, se quitó una cadena de oro que traia con su joyel, y se la dió al portero, y le dijo que se doliese della y de su fatiga y no mirase al galardon tampoco, con muchas lágrimas y tristeza. El portero tomó del la peticion de buena gana y de mejor la cadena, prometiendo hacer su posibilidad, y no fué en vano la promesa, porque leida ante el rey la petition, muchas y buenas cosas se atrevió á decir con su boca llena de oro á su alteza: juntamente con narralle los llantos y angustias que la señora capitana hacia por su marido á la puerta de palacio, que al mal aconsejado rey hizo mover á alguna piedad, y dijo: Vé con esa dueña á los alcaldes del crímen, y diles que sobresean la ejecucion de la sentencia, porque quiero ser informado de ciertas cosas convenientes al negocio del capitan Licio; y con esta ambajada vino muy alegre el portero á la triste pidiéndole albricias de su buen negociar, las cuales de buena gana ella se las ofreció; y luego sin detenerse fueron al aposento de los alcaldes, y quiso su desdicha que yendo por la calle, toparon con don Paver, que así se llamaba el inventor destos nuestros afanes, el cual muy acompañado iba á palacio, mas como vió la dueña y

su capitanía, y supo quien era, y conoció el portero, como astuto y sagaz, sospechó lo que podia ser, y con gran disimulacion llamó al portero, é interrogándole á do iba con aquella compañía, el cual simplemente se lo dijo; y él demostró que le placia dello, siendo al revés, diciendo que se holgaba de lo que el rey hacia, porque al fin Licio era valeroso y no era justo así hacer justicia de él sin bien examinar el negocio: En mi posada quedan los alcaldes que á pedir mi parecer en este negocio venian, y yo iba á hablar al rey sobre ello, y ellos me quedan allí esperando; mas pues traeis despacho, volvamos y decirles heis lo que el rey nuestro señor manda; y yendo llamó á un page suyo, y muy riendo le dijo que fuese á los alcaldes, y les dijese que luego á la hora hiciesen de Licio la justicia que se habia de hacer, porque así convenia al servicio del rey. Y que en la cárcel ó á la puerta della lo justiciasen sin traello por las calles, entretanto que yo detengo este portero. El criado lo hizo así, y llegando á la posada, el traidor metió consigo al portero, y dijo á Melo y á su cuñada que esperasen mientras entraba á hablar á los alcaldes, y que de allí todos irian á la prision de Licio á dalle el parabien de su buena esperanza, y que él queria con ellos ir, mas á esta hora la desventurada fué avisada de la gran traicion, y mayor crueldad del gran capitan. Pues aunque peor voluntad tuviera al buen Licio, mirara á la angustia y lágrimas de la buena capitana su mujer, y fuera mejor aplacallo por este respeto. Y cuando el malaventurado y traidor llamó al page para que fuese á negociar la muerte del buen Licio, quiso Dios que uno de sus criados lo oyó y díjolo á la buena capitana, del cual el mal capitan no se guardó, la cual cuando se lo dijo cayó sin sentido casi muerta sobre el cuello de su cuñado que junto á ella estaba. Melo, como lo oyó, tomó treinta atunes de los que consigo estaban para que con la mayor presteza que pudiesen me diesen aviso del peligro en que el negocio estaba, los cuales como fieles y diligentes amigos se dieron tanta priesa que en breve fuimos sabedores de las tristes nuevas que nos llegaron, dando muy grandes voces: ¡Armas, armas, valientes atunes, que nuestro capitan padece muerte por traicion y astucia del traidor don Paver, contra voluntad y mandado del rey nuestro señor! y en breves palabras nos cuentan todo lo que yo he contado. Hice luego tocar las bocinas, y mis atunes fueron juntos con sus bocas armadas, á los cuales yo hice una bravísima habla, dándoles cuenta de lo contado, por tanto que como buenos y esforzados mostrasen sus ánimos á los enemigos socorriendo á su señor en tan extrema necesidad, y ellos respondieron todos que estaban prestos á seguirme y hacer en el caso su deber. Acabada su respuesta, luego comenzamos á caminar para allá: quien viera á esta hora á Lázaro atun delante de los suyos haciendo el oficio de esforzado capitan, animándolos y esforzándolos sin haberlo jamas usado; excepto pregonando los vinos que hacia casi lo mismo, incitando los bebedores, diciendo: ¡Aquí, aquí, señores, que aquí se vende lo bueno! y no hay tal maestro como la necesidad. Pues desta suerte, á mi parecer, en menos de un cuarto de hora entramos en la ciudad y andando por las calles con tal ímpetu y furor que me parece á aquella sazon lo quisiera

haber con un rey de Francia, y puse á mi lado los que mejor sabian la ciudad para que nos guiasen do el sin culpa estaba, por el mas breve camino.

CAPITULO IX.

Que contiene como Lázaro libró de la muerte á Licio su amigo, y de lo que mas por él hizo.

Yendo nosotros con el furor y velocidad que tengo dicho, dimos con nosotros en una gran plaza que ante la torre de la prision estaba; mas nunca á mi pesar socorro entró ni llegó á tan buen tiempo, ni aquel buen Cipion Africano socorrió á su patria, que casi del todo estaba ocupada del gran Anibal, como nosotros corrimos al buen Licio. Finalmente que el mensagero que el traidor envió supo tanbien negociar, y los señores jueces que así mismo holgaron de contentar aquel, aunque malo, gran señor y privado del rey, porque otro dia le dijese que tenia muy buena justicia, y que los que la ejecutaban eran muy suficientes, y así les ayude Dios, que cuando llegamos tenian al nuestro Licio sobre un repostero, y á la hermosa su mujer con él dándole la postrer hocicada que por grandes ruegos la dejaron llegar, muy sin esperanza ella y Melo de nuestro velocísimo socorro. Estaban en torno de la plaza y por las bocas de las calles que á ella venian mas de cincuenta mil atunes de la compañía del mal gran capitan, á los cuales habia dado la guarda del buen Licio. El ejecutivo verdugo estaba dando gran prisa á la señora capitana se apartase de allí y le dejase hacer su oficio, el cual tenia en su boca una muy gruesa y aguda espina de ballena del largo de un brazo para metelle por las agallas á nuestro muy gran capitan, que así mueren los que son hijosdalgo. Y la triste hembra muy á su pesar dando lugar á aquel verdugo con grandes lloros y gemidos que ella y su compañía daban; ya el buen Licio se tendia para esperar la muerte, y cerrando para siempre sus ojos por no verla, ya que al verdugo como es costumbre le habia pedido perdon. Y llegándose á él, le andaba tentando el lugar ó la parte por donde habia de herir para mas presto dejalle sin vida, cuando Lázaro atun habia hendido con su companía por medio de los malos guardadores, derribando y matando cuantos delante del se ponian con su toledana espada, y llegó á buen tiempo; al cual se debe creer que lo trujo Dios que quiere socorrer á los buenos en tiempo de mas necesidad; pues llegando al lugar que digo, y visto el duro peligro en que el amigo estaba, dí una gran voz, como las que solia dar en Zocodover; ántes que llegase el verdugo á hacer su deber, yo le dije: ¡Vil gurrea, ten, ten tu mano, sino morirás por ello! Fué mi voz tan espantosa y puso tanto temor, que no solo al cegoñino, mas á los demas que allí estaban, dió espanto, y no es de maravillar por qué, de verdad, á la boca del infierno que tal voz sonara, espantara á los espantosos demonios, que fuera parte

que me rindieran las atormentadas ánimas. El verdugo atónito de me oir y espantado de ver el velocísimo ejército que en mi seguimiento venia, esgrimiendo mi espada á una y otra parte por ponelle mas miedo y dalle materia en que ocupase la vista, me esperó; mas como yo llegué parecióme asegurar el campo, y dí al pecador que matarle queria una estocada por el testuz, por do cayó luego muerto al lado del que nada desto veia, aunque animoso y esforzado pece; la tristeza y pesar de verse tan injusta malamente morir le tenia á esta sazon fuera de su acuerdo, y cuando así le ví estar pensé si por desdicha mia habia acaecido, ántes que yo llegase, que el miedo le hubiese muerto, y con esto apresuradamente llegué á él llamándole por su nombre, y á las voces que le di levantó un poco la cabeza y abrió los ojos, y como me vió y conoció, como si de la muerte resucitara, se levantó, y sin mirar nada de lo que pasaba se vino á mí, y yo le recibí con el mayor gozo y alegria que jamas ni despues hube, diciéndole: Mi buen señor, quien en tal estrecho os puso, no os debe amar como yo. ¡Ay, mi buen amigo, me respondió, cuán bien me habeis pagado lo poco que me debíades! ¡Plega á Dios me dé lugar para os pagar lo mucho que hoy vuestro deudor me habeis hecho! No es tiempo, mi señor, le respondí, destas ofertas, do tanta voluntad de todas partes sobra, mas entendamos en lo que conviene, pues ya veis lo que pasa; metí mi espada entre el cuello y cortéle un cabo de guindaleta con que estaba atado. Como fué suelto, tomó una espada á uno de nuestra compañía, y fuímos á su hembra, y Melo y los otros que con él estaban, que á esta hora atónitos y fuera de sí estaban de ver lo que vian; mas tornados en sí comienzan á darme gracias de la buena ventura. Señores, yo les dije, habéislo hecho vosotros como buenos; yo de aquí adelante y mientras tuviere vida, haré lo que pueda en vuestro servicio y de Licio mi señor, y porque no hay tiempo de hablar mi hecho, mas de hacer algo, entendamos en ello, y sea que vosotros, señores, no os aparteis de nosotros, porque venís desarmados y no recibais daño; y vos, señor Melo, tomá una arma, y cien atunes de vuestra escuadra con sus armas, y no entendais en otra cosa mas que en seguirnos, y mirá por vuestra hermana y esas otras hembras, porque nosotros llevamos acá los negocios y la victoria, y hayamos venganza de quien tanta tristeza y trabajo nos ha dado. Melo hizo como yo le rogué, aunque conocí del quisiera emplearse á mas peligro; yo y el buen Licio nos tuvimos, y nos metimos entre los nuestros que andaban tan bravos y ejecutivos que pienso tenian muertos mas de treinta mil atunes, y como nos vieron entre sí, y conocieron su capitan, nadie puede contar el alegría que sintieron; allí el buen Licio, haciendo maravillas con su espada y persona, mostraba á los enemigos la mala voluntad que en ellos habia conocido, matando y derribando á diestro y siniestro cuantos ante sí hallaba; mas á esta hora ellos iban tan mal trechos y desbaratados, que ninguno dellos entendia sino en huir y esconderse, y meterse por aquellas casas sin hacer defensa alguna mas de la que las flacas ovejas suelen hacer á los bravos y carniceros lobos.

CAPITULO X.

Como recojiendo Lázaro todos los atunes, entraron en casa del traidor de don Paver y allí le mataron.

Visto esto mandamos tocar las bocinas, porque los nuestros, que derramados andaban, se juntasen, al son de las cuales todos fueron juntos, y en ellos se renovó la demasiada alegría de ver á su buen capitan vivo y sano, y la victoria que de nuestros adversarios habiamos habido, porque pareció milagro, y por tal se debe tener, que casi todos los que murieron eran criados y paniguados del malo don Paver, á los cuales habia dado la guarda del buen Licio por la gran confianza que dellos tenia. Y todos ellos deseaban haber hecho en él lo que nosotros hecimos en ellos; cosa muy acaecedera que cuando el señor es malo, los criados procuran serlo con él, y al revés, cuando el señor es piadoso, manso y bueno, los criados le procuran imitar, ser buenos y virtuosos, y amigos de justicia y paz, sin las cuales dos cosas no se puede el mundo sustentar. Pues tornando á nuestro negocio, visto que no teniamos con quien pelear, el buen Licio y todos á grandes voces me dijeron y qué me parecia se debia hacer, que todos estaban aparejados á seguir mi consejo y parecer, pues habia de ser el mas acertado. Pues mi voto quereis, valerosos señores y esforzados amigos y compañeros, les respondí, á mí me parece, pues Dios nos ha guardado en lo principal, así hará en lo accesorio, que tengo creido que esta victoria y buena andanza nos lo ha dado para que seamos ministros de justicia, pues sabemos que á los malos desama y castiga. El mayor de los que tantas muertes ha causado, no seria justo quedase con la vida, pues sabemos que la ha de emplear en maldades y traiciones; por tanto, si así, señor Licio, os parece, vamos á él y hagamos en él lo que en vos hacer quiso, que siempre oí decir de los enemigos los menos: que muchos grandes hechos se han perdido juntamente con los hacedores dellos por no saber dalles cabo; sino pregúntese al gran Pompeyo y á otros muchos que han hecho lo que él, mayormente que la ocasion no todas veces se halla. Y como libraremos por lo hecho, libraremos por lo que está por hacer. Todos á grandes voces dijeron ser muy bien acordado, y que ántes que se escapase diésemos sobre él. Con este acuerdo con muy buena ordenanza y con toda presteza llegamos á la posada del traidor, al cual á aquella hora le habian llegado las tristes nuevas de la libertad de nuestro buen capitan y de la gran matanza de los suyos. A esta sazon se le debia doblar el pesar cuando le entrasen á decir como le tenian cercado la casa y mataban á cuantos se defendian, y la cruel y espantosa y nunca oida manera de nuestro pelear; él era de suyo cobarde, y es Dios testigo que no se lo levanto, ni lo digo por quererlo mal, mas porque así lo ví y conocí; y como viese esto debíase encobardar mas, porque en pusilánimes es muy acaecedero, y lo contrario en los animosos. Y así se dió tan

mala maña, que ni en escaparse ni en defenderse entendió : la casa cerrada, Licio adelante y yo á su lado, entramos dentro con harta poca resistencia, do le hallamos casi tan muerto como le dejamos; con todo quiso hasta su fin usar de su oficio, no de capitan, mas de traidor disimulado, porque como así nos vió ir para él, con una vocecita y falsa risita, haciendo del alegre nos dijo : Buenos amigos, ¿qué buena venida es esta? Enemigo le respondió Licio, á daros el pago de vuestro trabajo, y como quien tenia delante la gran afrenta y peligro en que puesto le hahabia, no curó con él de mas pláticas sino juntársele y meterle la espada tres ó cuatro veces por el cuerpo; yo no le quise ayudar ni consentir que nadie lo hiciese por no haber dello necesidad y tambien porque así convenia hacerse á la honra de Licio; por manera que apocado y cobardemente feneció el traidor don Paver, como él y los de sus costumbres suelen. Salimos de su casa sin consentir que se hiciese algun daño, aunque hartos de los nuestros deseaban saquealla, en la cual habia bien de que trabar, porque aunque malo, no necio, ni tan fiel como se cuenta de Scipion, que siendo acusado por otros no tales como él, haber habido grandes intereses de la guerra de Africa, mostrando en su cuerpo muchas heridas, juró á sus dioses no le haber quedado otras ganancias de las dichas guerras, las cuales heridas ni juramento no pudiera mostrar ni hacer el malo de nuestro adversario, porque siempre en la guerra lo mas de lo que en ella ganaba se llevaba y lo mejor. Y con lo menos acudia al rey, y así era muy rico, y tenia muy sano y entero el pellejo, que bien pienso yo que hasta el dia que murió no se le habian rompido, porque él se guardaba de hallarse en las batallas en lugar de peligro, sino á ver de léjos en que paraba la cosa, á manera de muy cuerdo capitan. Y digo que porque no se pensase de nosotros codicia, mas de que viesen que de sus males y no de los bienes lo quisimos despojar, no se tocó en cosa alguna. A esta hora todos los atunes que en la corte estaban y los mas peces que en ella se hallaron naturales y extrangeros recorrieron á palacio; la vuelta fué tan grande, y el ruido y voces tan espantoso, que el rey en su retraimiento lo oyó, y preguntando la causa, le dijeron todo lo pasado, de que se espantó y alteró en gran manera, y como cuerdo parecióle : que Dios te guarde de piedra y dardo, y de atun denodado : determinó por entónces no salir al ruido, y asimismo mandó que nadie saliese de palacio, mas que allí se hiciesen fuertes hasta ver la intencion de Licio. Y así sé yo que bien estarian en el real palacio y delante de él mas de quinientos mil atunes, sin otros muchos géneros de pescados que en la corte á sus negocios asistian; mas á mi ver, si la cosa hubiera de pasar adelante, tan poca defensa pienso tuvieran como otros : mas Dios nos guarde que tu ley y á tu rey guardarás. Dejáronnos solos en la ciudad, y todos desampararon sus casas y haciendas, no se teniendo en ellas por seguros; y los que no se iban al real palacio salíanse huyendo al campo y lugares apartados, por manera que se podrá decir : dependen ciento de un malo, pues por aquel malo padecieron y fueron muertos y amedrentados muchos que por ventura no tenian culpa. Mandamos pregonar que ninguno de los nuestros fuese osado de entrar en ninguna

casa, ni tomar un caracol que ageno fuese, sopena de muerte, y así se hizo.

CAPITULO XI.

Como, pasado el alboroto del capitan Licio, Lázaro con sus atunes entraron en su consejo para ver lo que harian, y como enviaron su embajada al rey de los atunes.

Esto pasado entramos en nuestro consejo para ver lo que haríamos; algunos hubo que dijeron ser bien volvernos á nuestro alojamiento y hacernos fuertes en él, ó contratar amistad y confederacion con solos los que al presente teníamos por enemigos, y con vernos airados, y ver nuestro gran poder, holgarian de nuestra amistad y nos darian favor : el parecer del bueno y muy leal Licio no fué este, diciendo que si esto se hiciese que hariamos verdad la enemistad y mentira de nuestro enemigo, haciéndonos fugitivos y dejando nuestro rey y naturaleza, mas que era mejor hacerlo saber al rey nuestro señor. Y que si su alteza fuese bien informado de la mucha causa que hubo para lo hecho, mayormente aquella postrera y mas peligrosa traicion del traidor ser contra la voluntad y mando de su alteza, pues queriendo sobreseer el negocio como su alteza enviaba á mandar con el portero al alcalde, usó de mandado para que su maldad y no el querer del rey su señor fuese cumplido. Y que visto esto por su alteza y que no habia sido desacato ni atrevimiento á su real corona lo hecho, sino servicio á su justicia debido; con este parecer nos arrimamos los mas cuerdos. Pues en este consejo acordamos enviarle con quien bien lo supiese á decir; sobre quien habia de hacer esto tuvimos diversos pareceres, porque unos decian que fuesen todos y le suplicasen se parase á una *finiestra* (1) á oir; otros dijeron que parecia desacato y era mejor ir diez ó doce de nos; otros dijeron que como estaba enojado no se desenojase en ellos; de manera que estábamos en la duda de los ratones, cuando pareciéndoles ser bien que el gato trajese al pescuezo un cascabel, contendian sobre quien se lo iria á colgar; á la fin la sábia capitana dió mejor parecer, y dijo á su varon que si servido fuese, que ella sola con diez doncellas se queria aventurar á hacer aquella embajada, y le parecia se acertaba el negocio; lo uno, porque contra ella y sus flacas servidoras no se habia el real poder de mostrar, lo otro porque ella por librar á su marido de muerte tenia menos culpa que todos, y lo demas porque pensaba sabello tan bien decir, que ántes le aplacase que indignase : á nuestro capitan le pareció bien, y á todos nosotros no mal. Y ella, apartando consigo á la hermosa Luna, que así se llamaba la hermosa atuna su hermana de quien ya dijimos, y con ellas otras nueve las mejores de hocicos y muy bien dispuestas, se fué á palacio, y llegando á las guardas les dijeron hiciesen saber al rey como la hembra de Licio su

(1) Ventana.

capitan le queria hablar, y que su alteza le diese á ello lugar, porque convenia mucho á su real servicio, y para evitar escándalos, y pacificar su corte y reino, y que por ninguna via la dejase de oir, y que si lo hiciese haria justicia, porque ella y su marido y los que con él estaban lo pedian y querian fuese bien castigado el culpado, y que si su alteza no la queria oir, que desde allí su marido Licio ponia á Dios por testigo de inocencia y lealtad, para que en ningun tiempo fuese juzgado por desleal. Y de todo esto y lo demás que habia de decir y hacer la señora capitana iba bien informada, y ella que sabia muy bien hablar; llegada al rey esta nueva, aunque muy airado estaba, mandó que le diesen lugar y entrase segura. Y puesta ante él haciendo el acatamiento, antes que comenzase su habla, el rey le dijo: ¿Paréceos, dueña, que le ha salido á vuestro marido buena obra de entre las alas? Señor, dijo ella, vuestra alteza sea servido de oirme hasta dar fin á mi habla, y despues mande lo que servido fuere, y cumplirse há todo lo mandado por vuestra alteza, sin faltar un punto. El rey dijo que dijese, aunque tiempo de mas reposo era menester para oirla. La discreta señora, cuerda y muy atentadamente, en presencia de muchos grandes que con él estaban, los cuales á aquella sazon debian de estar bien pequeños, comenzando del comienzo, muy por extenso dió cuenta al rey de todo lo que hemos contado, contando y afirmando ser así verdad, y si un punto dello saliese en todo lo que decia, fuese de ella cruel justicia hecha, como de inventora de falsedad ante la real presencia, y asimismo Licio su marido y sus valedores fuesen sin dilacion justiciados. El rey le respondió: Dueña, yo estoy al presente tan alterado de ver y oir lo que se ha hecho; por ahora no os respondo mas de que os volvais para vuestro marido, y decille heis si le parece estalle bien que levante el cerco que sobre mí tiene, y deje á los vecinos deste pueblo sus moradas, y mañana volvereis acá y daráse parte del negocio á los de mi consejo y hacerse ha lo que fuere justicia. Le señora capitana, aunque desta repuesta no llevaba minuta, no le quedó en el tintero la buena y conveniente respuesta, y dijo al rey: Señor, mi marido ni los que con él vienen no tienen cerco sobre vuestra real persona, y asimismo él ni nadie de su compañía en casa alguna ha entrado sino en la de don Paver. Y así los vecinos y moradores de aquí no se quejarán con razon que en sus casas les han hecho menos una toca, y si estan en el pueblo es esperando lo que vuestra alteza les manda hacer, y para esto es mi venida: y no quiera Dios que en Licio ni en los que con él vienen haya otro pensamiento, porque todos son buenos y leales. Dueña, dijo el rey, por agora no hay mas que responder. Ella y sus dueñas, haciendo su debida mesura con gentil continente y reposo, se volvió á nosotros: y sabida la voluntad del rey, á la hora salimos de la ciudad con muy buena ordenanza, y nos metimos en el monte, mas no muy muertos de hambre, porque dimos en nuestros enemigos muertos, y aun mandamos llevar á los desarmados bastimentos para los nuestros tres ó cuatro dias con quedar tanto, que tuvo toda la ciudad y corte hartazgo; y mal pecado no rogasen á Dios que cada ocho dias echase allí otro tal nublado guardando al que rogaba: la

ciudad desembarazada de los nuestros, los moradores de ella cada cual se fué á su posada, las cuales hallaron como las dejaron, y el rey mandó que le trujesen lo que en la posada del muerto gran capitan hallasen; y fué tanto y tan bueno, que no habia rey en el mar que mas y mejores cosas tuviese, y aun fué esto harta parte para que el rey diese crédito á sus maldades, por parecelle no podia tener lo que se halló con justo título, sino habido mal y cautelosamente, y hurtándoselo á él. Despues de esto entró en su consejo, y como quiera que á do hay malos, alguna vez se halla algun bueno, debiéronle decir que si era así como la parte de Licio decia, no habia sido muy culpado en su hecho, mayormente pues su alteza habia mandado no hiciesen de él al presente justicia hasta ser bien informado de su culpa; junto con esto el portero que el mandato llevó declaró la cautela que el cauteloso con él habia usado, y como le metió en su posada y engañó, diciendo estar ahí los jueces, y como no lo dejó salir de ella, y la diligencia que hizo allí, y los alcaldes ante el rey dijeron como era verdad que el capitan general les habia enviado á decir que su alteza les mandaba que luego á la hora hiciesen la justicia, y por dar en ello mas brevedad no le trujesen, como se suele hacer, por las acostumbradas calles, y que ellos, creyendo que aquel fuese el mandado de su alteza, lo habian mandado degollar. Por manera que el rey conoció la gran culpa de su capitan, y fué cayendo en la cuenta, y cuanto mas en ello miraba, mas se manifestaba la verdad.

CAPITULO XII.

Como la señora capitana volvió otra vez al rey, y de la buena respuesta que trajo.

Así estuvimos aquel dia y la noche en el monte no muy descansados, y otro dia la señora capitana con su compañía tornó á palacio, y por evitar prolijidad el señor nuestro rey estaba ya harto mas desenojado, y la recibió muy bien diciendo: Buena dueña, si todos mis vasallos tuviesen tan cuerdas y sábias hembras, por ventura en sus bienes y honras aumentarian, y yo me ternia por bien andante. Digo esto porque en verdad, viendo vuestra cordura y sábias razones, habeis aplacado mi enojo y librado á vuestro marido y sus secuaces de mi ira y desgracia, y porque de ayer acá yo estoy informado mejor que estaba; decidle que sobre mi palabra venga á esta corte seguro él y toda su compañía y amigos, y por evitar escándalos por el presente le mando tenga su posada por cárcel hasta que yo mande otra cosa, y vos visitadnos á menudo, porque huelgo mucho en ver y oir vuestro buen concierto y razonamiento. La señora capitana le besó la cola dándole gracias de tan crecidas mercedes como muy bien supo; y así se volvió á nos con muy alegre respuesta, aunque algunos les pareció no lo debíamos hacer, diciendo ser mañosamente hecho para cogernos. A la fin como leales acordamos de cumplir el

mandado de nuestro rey, y ahincando sobre una prenda que eran nuestras bocas, en las cuales confiábamos cuando nuestra lealtad no nos valiese. Luego movimos para la ciudad y entramos en ella acompañados de muchos amigos, que entónces se nos mostraban con ver nuestro hecho bien hilado. Y ántes de esto no se osaban declarar por tales, conforme al dicho del sábio antiguo que dice así: cuando fortuna vuelve enviando algunas adversidades, espanta á los amigos que son fugitivos, mas la adversidad declara quien ama ó quien no. Fuimos á posar á un cabo de la ciudad, lo mas despoblado y sin embarazo que hallamos, donde estaban hartas casas sin moradores de los que nosotros sin vida hecimos; allí aposentamos lo mas congregado que pudimos, y mandamos que no saliese á la ciudad ninguno de nuestra capitanía, por parecer se hacia cumplidamente lo que su alteza mandó. En este medio la señora capitana visitaba cada dia al rey, con la cual él trabó mucha amistad, mas de lo que yo quisiera, aunque todo, segun pareció, fué agua limpia, pagando la hermosa Luna con su inocente sangre, gentil y no tocado cuerpo. Porque como ella iba con su hermana á aquellas estaciones, y como suelen decir, de tales romerías tales veneras, el rey se pagó de ella tanto que procuró con su voluntad haber su amor, y bien creo yo la hermosa Luna no lo hizo con consejo y parecer de su hermana, y así fué de ello sabedor el buen Licio, porque casi me lo declaró pidiéndome mi parecer; yo le dije me parecia no ser mucho yerro, mayormente que seria gran parte y el todo de nuestra deliberacion. Y así fué que la señora Luna privó tanto con su alteza, y él fué de ella tan pagado que á los ocho dias de su real ayuntamiento pidió lo que pidió y fuimos todos perdonados. El rey alzó el carcelage á su cuñado, mandó que todos fuésemos á palacio, Licio besó la cola del rey, y él se la dió de buena gana, y yo hice lo mismo, aunque de mala gana en cuanto hombre por ser el beso en tal lugar. Y el rey nos dijo: Capitan, yo he sido informado de vuestra lealtad, y de la poca de vuestro contrario; por tanto desde hoy sois perdonado vos y todos los de vuestra compañía, amigos y valedores que en el caso pasado os dieron favor y ayuda, y para que de aquí adelante asistais en nuestra corte, os hago merced de las casas y de lo que en ellas está, del que permitió Dios las perdiese y la vida con ellas, y os hago merced del mismo oficio que él tenia de nuestro capitan general, y de hoy mas lo ejerced y usad como sé que bien sabeis hacer. Todos nos humillamos ante él, y Licio le tornó á besar la cola, rindiéndole grandes loores por tantas mercedes, diciendo que confiaba en Dios le haria con el cargo tales y tan leales servicios que su alteza tuviese por bien habérselas hecho. Aquel dia fué informado el rey nuestro señor del pobre Lázaro atun, aunque á esta sazon estaba tan rico y alegre de verlos ser amigos que me parece jamas haber habido tal alegria. El rey me preguntó muchas cosas y en los de las armas como habia hallado la invencion de ellas, y á todo le respondí lo mejor que supe. Finalmente se holgó y preguntó con qué número de peces pensaria pelear con los armados que traimos; yo le respondí: Señor, sacada la ballena, á todo el mar junto osaré esperar y pensaré ofender. Espantóse de esto y díjome que holgaria si hiciésemos una mues-

tra ante él por ver el modo que teníamos en pelear; acordóse que el dia siguiente se hiciese, y que él saldria al campo á verlos. Y así fué que Licio, nuestro general, y yo y los demas salimos con todos los armados de nuestra compañía, y ordené aquel dia una buena invencion, aunque acá los soldados la usan: hícelos poner en ordenanza, y así pasamos ante su alteza, y hecimos nuestro caracol, y aunque el coronel Villalva y sus contemporáneos lo debian hacer mejor, y con mejor concierto, á lo menos para el mar, y como no habian visto estar ordenados escuadrones, parecióles á los que los veian maravillosa cosa: despues hice un escuadron de toda la gente, poniendo los mejores y mas armados en las primeras hileras; y hice á Melo que con todos los desarmados, y con otros treinta mil atunes saliesen á escaramuzar con nosotros, los cuales nos cercaron de todas partes, y nosotros muy en órden, nuestro escuadron bien cerrado, comenzamos á defendernos y herir y ofenderlos, de manera que no bastara todo el mar á entrarnos. El rey vió que yo habia dicho verdad, y que de aquel modo no podiamos ser ofendidos, y llamó á Licio y le dijo: Maravillosa manera se da este vuestro amigo en las armas; paréceme es esta manera de pelear para señorear todo el mar. Sepa vuestra alteza que es así verdad, le dijo el capitan general, y cuanto á la buena industria del extraño atun mi buen amigo, no puedo creer sino que de Dios viene, y que lo ha acarreado en estas partes para gran pró é honra de vuestra alteza, y aumento de sus reinos y tierra; crea vuestra grandeza que lo menos que en él hay es esto, porque son tantas y tan excelentes las partes que tiene, que nadie basta á las decir: el mas cuerdo y sábio atun que hay en el mar, virtuoso y honrado, y el atun de mas verdad y fidelidad, el mas gracioso y de buenas maneras es que yo jamas he oido decir; finalmente no tiene cosa de echar á mal, y vuestra alteza piense que no me hace decir esto la voluntad que le tengo, sino la mucha verdad que en decillo digo. Por cierto mucho debe á Dios, dijo el rey, un atun que así con él partió sus dones, y pues me decís ser tal, justo es le hagamos honra, pues á nuestra corte ha venido; sabed de él si querrá quedar con nos, y rogádselo mucho de vuestra parte y de la mia, que podrá ser no se arrepienta de nuestra compañía.

CAPITULO XIII.

Como Lázaro asentó con el rey y como fué muy su privado.

Pasado esto, el general tomó cargo de me lo decir, y el rey se volvió muy contento á la ciudad, y nosotros tambien; despues el capitan me habló diciendo lo que con el rey habia pasado, y como deseaba que le sirviese, y todo lo demas. Finalmente, yo fuí rogado; y mucho á mi honra hice mi asiento. Veis aqui vuestro pregonero de cuantos vinateros en Toledo habia, hecho el mayor de la casa real, dándome cargo de la

gobernacion de ella, y andaos á decir donaires. Di gracias á Dios, porque mis cosas iban bien en mejor, y procuré servir á mi rey con toda diligencia, y en pocos dias casi lo era yo; porque ningun negocio de mucha ó poca calidad se despachaba sino por mi mano, y como yo queria. Con todo esto no dejé sin castigo á los que lo merecian, y por mis mañas supe cómo y de qué manera la sentencia de Licio se habia dado tan injustamente, aunque al presente el rey habia puesto silencio en el caso, por ser el capitan pece de calidad y muy emparentado; de que me ví en alto presumí de repicar las campanas, y dije al rey que aquel habia sido un caso feo, y no digno de disimularse, porque era abrir puerta á la justicia; por tanto que á su servicio cumplia fuesen castigados los que tuviesen culpa. Cometiólo su alteza á mí como todo lo demas, y yo los cometí de tal suerte, que hice prender todos los falsarios que muy descuidados estaban, y puestos á cuestion de tormento, confesaron haber jurado falso en dichos y condenacion que al buen Licio se hizo. Preguntándoles porqué lo hicieron, ó qué les dió el mal capitan general porque lo hiciesen, respondieron no les haber dado ni prometido, ni eran sus amigos ni servidores. ¡Oh desalmados pecadores ó litigantes, y hombres que os quejais que vuestro contrario hace mala probanza con número de testigos falsos que tiene grangeados para sus menesteres, venid, venid al mar, y vereis la poca razon que teneis de os quejar en la tierra; porque si ese vuestro adversario presentó testigos falsos, y les dió algo por ello, ó lo prometió, y ser ántes sus amigos, por quien el otro dia hacia otro tanto! ¡mas á estos infieles peces, ni promesa, ni galardon, ni amistad lo hace hacer, y así son mas de culpar y dignos de gran castigo! y así fueron ahorcados. Supe mas, el escribano ante quien pasaba la causa, ningun escrito que por parte de Licio se presentó, ni auto que en su defensa hiciesen, admitia ni queria recibir. ¡Oh desvergüenza; dije yo, y como se sufriria en la tierra! Por cierto, ya que el escribano no fuese favorable, hiciera lo demas honestamente tomando las escrituras, y despues las pusiera en el proceso, mas no las hiciera perdedizas; mas ese otro hecho es el diablo: y asimismo se hizo de él justicia. Súpose como no fué agua limpia la mucha brevedad que se tuvo en sentencialle, y yo culpé mucho á los ministros, diciendoles: Un pleito de dos pajas no lo determinaré en un año, ni en diez, ni aun en veinte, y la vida y honra de un noble pece deshaceis en una hora. Diéronme no sé qué excusas, las cuales no les excusáran de pena, sino que el rey mandó expresamente hubiese con ellos disimulacion por lo que tocaba al real oficio, y así lo hice, mas bien sentia habia andado en medio de ellos y del mal general, el generoso y gracioso brazo que es el que suele bajar los montes y subir los valles, y adonde esto entra todo lo corrompe; por la cual causa el rey de Persia dió un cruel castigo á un mal juez, haciéndole desollar, y teniendo tendida la piel en la silla judicial, hizo sentar en ella á un hijo del mal juez; y así el rey bárbaro proveyó por maravillosa y nueva forma, que ningun juez dende adelante no fuese corrompido. En este propósito decia el otro que do aficion reina, la razon no es entendida, y que el buen legista pocas cosas puede cometer á los jueces, mas determinallas por

leyes, porque los jueces muchas veces son pervertidos, ó por amor, ó por odio, ó por dádivas; por lo cual son inducidos á dar muy injustas sentencias, y por tanto dice la escritura: « Juez, no tomes dones que ciegan á los prudentes, y tornan al revés las palabras de los justos. » Esto aprendí de aquel mi buen ciego, y todo lo demás que sé en leyes, que cierto sabia, segun él decia, mas que Bártolo y que Séneca en doctrina, mas por hacer lo que tengo dicho que el rey me mandó, pasé por ello harto á mi pesar. En tanto que esto pasaba, el general por mando del rey habia ido con grande ejército á hacer guerra á los sollos, los cuales pronto venció poniendo su rey de ellos en sujecion, y quedó obligado á darle cada un año largas párias, entre las cuales daban cien sollas vírgenes y cien sollos, los cuales por ser de preciado sabor el rey com a, y las sollas tenia para su pasatiempo. Y despues nuestro gran capitan fué sobre las toñinas, y las venció y puso bajo nuestro poderío. Creció tanto el número de los armados y pujanza de nuestro campo que teníamos sujetos muchos géneros de pescados, los cuales todos contribuian y daban párias, como hemos dicho á nuestro rey. Nuestro gran capitan, no contento con las victorias pasadas, armó contra los cocodrilos, que son unos peces fierísimos, y viven á tiempo en tierra, y á tiempo en el agua, y hubo con ellos muchas batallas campales, y aunque algunas perdió, de las mas salió con victoria; mas no era maravilla perder algunas, porque, como dije, estos animales son muy feroces, grandes de cuerpo, tienen dientes y colmillos, con los cuales despedazan cuantos se topan delante, y con toda su ferocidad los nuestros los hubieran desbaratado muchas veces, sino que cuando se veian de los nuestros muy apremiados, dejaban el agua é íbanse en tierra, y así escapaban; y al fin el buen Licio los dejó con haber hecho en ellos grande matanza, y él asimismo recibió gran daño, y perdió al buen Melo su hermano, que fué para el ejército harta tristeza: mas como muriese como bueno fuénos consuelo, porque se averiguó que ántes que lo matasen, mató con su persona y con su buena espada (de la cual era muy diestro) mas de mil cocodrilos, y aun no lo matáran, sino que yendo ellos huyendo á tierra y él tras ellos en el alcance, no mirando el peligro, dió en tierra, y allí encalló, y como no le pudieron los suyos socorrer, los enemigos le hicieron pedazos. Finalmente, el buen Licio vino de la guerra el mas estimado pece que habia vivido en agua del mar estos diez años, trayendo grandes riquezas y despojos, con los cuales enteramente acudió al rey sin tomar para sí cosa alguna Su alteza lo recibió con aquel amor que era justo á pece que tanto le habia servido y honrado, y partió con él muy largo, hizo mercedes muy cumplidas á los que le habian seguido, por manera que todos quedaron contentos y pagados. El rey por mostrar favor á Licio puso luto por Melo, y lo trujo ocho dias, y todos lo trujimos, porque sepa vuestra merced el luto que se pone entre estos animales cuando tienen tristeza, que en señal de luto y pasion no hablan, sino por señas han de pedir lo que quieren. Y esta es la forma que entre ellos se tiene cuando muere el marido ó la mujer ó hijo, ó principal persona valerosa, y guárdase en tanta manera que se tenia por gran ignominia, y la mayor del mar, si trayendo luto hablasen, hasta tanto

que el rey se lo enviase á mandar al apasionado, que le mandaba que alce el llanto y entónces hablan como de ántes. Yo supe entre ellos que por muerte de una dama, que un varon tenia por amiga, puso luto en su tierra que duró diez años, y no fué el rey bastante á se lo hacer quitar, porque todas las veces que se lo enviaba á decir que lo quitase, le enviaba á suplicar le mandase matar, mas que quitallo era por demas; y contáonme otra cosa de que gusté mucho, que viendo los suyos tan gran silencio, unos á un mes, otros á un año, otros á dos, cada uno segun tenia la gana de hablar, se le fueron todos, que un atun no le quedó, y con esto le duró tanto el luto, que aunque quisiera quitallo no tuviera con qué. Cuando esto me contaban, pasaba yo por la memoria unos hombres parlones que yo conocia en el mundo, que jamas cerraban la boca, ni dejaban hablar á nadie que con ellos estuviese; sino un cuento acabado, y otro comenzado, y hartas veces, porque no les tomasen la mano, los dejaban á medio tiempo, tornaban á otro, y hasta venir la noche que los despartiese como batalla, no hubiésedes miedo que ellos acabasen; y lo peor que no ven ellos cuán molestos son á Dios y al mundo, y aun pienso que al diablo, porque de parte de ser sábio huiria de estos necios, pues cada semejante quiere á su semejante: vasallos de estos barones los vea yo, y que se les muera la amiga porque me vengue de ellos.

CAPITULO XIV.

Como el rey y Licio determinaron de casar á Lázaro con la linda Luna, y se hizo el casamiento.

Pues tornando á nuestro negocio, y siendo pasado el luto y tristeza que todos tuvimos por la muerte de Melo, el rey mandó con gran diligencia se entendiese en rehacer el número de los armados y en buscar armas donde se hallasen, y así se hizo. En este tiempo pareció á su alteza ser bien casarme, y comunicólo con el buen Licio, al cual dió el cargo del negocio, y él se quisiera eximir de ello segun que del supe: mas por complacer al rey no osó hacer otra cosa. Y díjomelo con alguna vergüenza diciendo: que él via yo merecer mas honra segun la mucha mia; mas que el rey le habia mandado expresamente que él fuese el casamentero. Finalmente dan la ya no tan hermosa ni tan entera Luna por mia. En dicha me cabe (dije entre mí); para jugador de pelota no valdria un clavo, pues maldito el voleo alcancé sino de segundo bote, y aun plega á Dios no sea de mas, con todo á subir acierto: razon es de arcipreste á rey haber salto. Al fin lo hice, y mis bodas fueron hechas con tantas fiestas como se hicieran á un príncipe, con un vizcondado que con ella el rey me dió, que á tenerlo en tierra me valiera algo mas que en la mar; al fin del extremo atun subí mi nombre á su señoría, á pesar de gallegos. Desta manera se estaba mi señoría triunfando la vida,

y con mi buena y nueva Luna muy bien casado, y muy mejor con mi rey, y no descuidándome de su servicio, pensando siempre como le daria placer y provecho, pues le debia tanto, y con esto en ningun tiempo y lugar lo via que no se lo alegase, fuese como fuese, y diese do diese, guardándome mucho de decirle cosa que le diese pena y enojo, teniendo siempre ante mis ojos lo poco que privan ni valen con señores los que dicen las verdades. Acordéme del tratamiento que Alejandro hizo al filósofo Calístenes por se las decir, y con esto nada me sucedia mal, tenia á grandes y pequeños tan somano que en tanto tenian mi amistad como la del rey. En este tiempo, pareciéndome conformar el estado del mar con el de la tierra, dí aviso al rey diciéndole seria bien, pues tiene el trabajo, que tuviese el provecho, y era que hasta entonces la corona real no tenia otras rentas sino solamente de treinta partes la una de todo lo que se vendia, y cuando tenia guerra justa y conveniente á su reino, dábanle los peces necesarios para ella, y pagábanselos, y solos diez pescados para su plato cada dia; yo le impuse en que le pechasen todos cada uno un tanto, y que fuesen los derechos como en la tierra, y que le diesen para su plato cincuenta peces cada dia. Puse mas, que cualquiera de sus súbditos que se pusiese don sin venirle por línea derecha, pagase un tanto á su alteza, y este capítulo me parece fué muy conveniente, porque es tanta la desvergüenza de los pescados, que buenos y ruines, bajos y altos, todos dones, don acá y don acullá, doña nada y doña nonada; hice esto acordándome del buen comedimiento de las mujeres de mi tierra, que ya que alguna caiga por desdicha en este mal latin, ó será hija de mesonero honrado, ó de escudero, ó casó con hombre que llaman su merced, y otras de esta calidad que ya que pongan el dicho don, estan fuera de necesidad; mas en el mar no hay hija de habacera que si casase con quien no sea oficial, no presuma dende á ocho dias poner un don á la cola, como si aquel don les quitase ser hijas de personas no honestas y que no lo tenian, y que no lo tener muchas de ellas serian por ventura en mas tenidas, porque no darian causa que las desenterrasen sus padres, y traigan á la memoria lo olvidado, y sus vecinos no tratarian ni reirian de ellas, ni de su merced que se lo consiente poner, y á ellas de suyo sabemos no ser macizas; mas en esto ellos se muestran mas bravos y livianos. Pareció bien al rey rentándole harto, aunque de allí adelante como costaba dinero pocos dones se hallaban. Destas y de otras cosillas y nuevas imposiciones mas provechosas al rey que al reino avisé yo. El rey, con verme tan solícito en su servicio, tampoco era perezoso en las mercedes, ántes eran muy contentas y largas; aprovechéme en este tiempo de mi pobre escudero de Toledo, ó por mejor decir de sus sagaces dichos, cuando se me quejaba no hallar un señor de título con quien estar, y que si lo hallara le supiera bien grangear, y decia allí el cómo del cual yo usé, y fué para mí muy provechoso, especialmente un capítulo de ella que fué muy avisado en no decir al rey cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese andar á su favor, tratar bien y mostrar favor á los que él tenia buena voluntad, aunque no lo mereciesen, y por el contrario, á los que no la tenia buena, tratándolos mal, y decir de ellos males aunque en

ellos no cupiesen, no yéndoles á la mano á lo que quisiesen hacer, aunque no fuese bueno. Acordéme del dicho Calístenes, que por decir verdades á su amo Alejandro le mandó dar cruelísima muerte, aunque esta deberia tenerse por vida siendo tan justa la causa; ya no se usa sino vivir sea como quiera, de manera que yo me arrimaba cuanto podia á este parecer, y de esta suerte cayóse la sopa en la miel y mi casa se henchia de riqueza; mas aunque yo era pece tenia el ser y entendimiento de hombre. Y la maldita codicia que tanto en los hombres reina, porque un animal dándole su cumplimiento de lo que su natural pide, no desea mas ni lo busca. No dará el gallo nada por cuantas perlas nacen en oriente, si está satisfecho de grano, ni el buey por cuanto oro nace en las Indias, si está harto de yerbas, y así todos los demas animales, solo el bestial apetito del hombre no se contenta ni harta, mayormente si está acompañado de codicia; dígolo porque con toda mi riqueza y tener, porque apenas se hallaba rey en el mar que mas y mejores cosas tuviese, fui aguijonado de la codicia hambrienta y no con lícito trato; con esto hice armada para que fuese á los golfos del Leon y del Hierro, y á otros despaché á los bancos de Flandes do se perdian naos de gentes, y á los lugares do habia habido batallas, do me trujeron grande cantidad de oro, que en solo doblones pienso me trujeron mas de quinientos mil. Reíase mucho el rey de que me veia holgar y revolcar sobre aquellos doblones, y preguntábame que para que era aquella nonada, pues ni era para comer ni traer: dije yo entre mí: Si tú lo conocieses como yo, no preguntarias eso. Respondíale que los queria para contadores y con esto le satisfacia, y despues que á la tierra vine, como adelante diré, maldito aquel de mis ojos pude ver, y es que todos los que habia me los trujeron allí en el mar, y así acá no anda ya ninguno, y si lo hay débenlo tener en otro tan hondo y escondido lugar. Harto yo deseaba si ser pudiera hallar una nao que cargára de ellos, aunque le diera la mitad de mi parte al que me los diera á la mi Elvira en Toledo para con que casar á la mi niña con alguno, que bien seguro estaba haber hartos que no me la desecháran por ser hija de pregonero; y con esta gana, salí dos ó tres veces tras naos que venian de Levante dándoles gritos sobre el agua que esperasen, pensando me entenderian é imaginarian, y aunque no fuesen fieles mensajeros en llevar el tesoro ó parte de él á Toledo, con que lo aprovechasen hombres me contentaba por el amor que yo tenia á la humana naturaleza; mas luego que los llamaba, ó me veian, me arrojaban harpones ó dardos para me matar, y con esto tornábame á mi menester y bajaba á ver mi casa; otras veces deseaba que Toledo fuera puerto de mar, para podelle henchir de riquezas, porque no fuera menos de haber ni mujer é hija alguna parte. Y con estos y otros deseos y pensamientos pasaba mi vida.

CAPITULO XV.

Como andando Lázaro á caza en un bosque, perdido de los suyos, halló la Verdad.

Como yo me perdí de los mios, hallé la Verdad, la cual me dijo ser hija de Dios y haber bajado de cielo á la tierra por vivir y aprovechar en ella á los hombres, y como casi no habia dejado nada por andar en lo poblado y visitado todos los estados grandes y menores, y ya que en casa de los principales habia hallado asiento, algunos otros la habian revuelto con ellos, y por verse con tan poco favor se habia retraida á una roca en la mar. Contóme cosas maravillosas que habia pasado con todos géneros de gentes, lo cual si á vuestra merced hubiese de escribir seria largo, y fuera de lo que toca á mis trabajos; cuando sea vuestra merced servido, si quiere, le enviaré la relacion de lo que con ella pasé. Vuelto á mi rey, le conté lo que con la Verdad habia pasado.

CAPITULO XVI.

Como, despedido Lázaro de la Verdad, yendo con las atunas á desovar, fué tomado en las redes, y volvió á ser hombre.

Yéndome á la corte consolado con estas palabras, viví alegre algunos dias en el mar; en este medio se llegó el tiempo que las atunas habian de desovar, y el rey me mandó que yo fuese aquel viage, porque siempre con ellas enviaba quien las guardase y defendiese, y al presente el general Licio estaba enfermo, el cual, si bueno estuviera, sé que hiciera este camino, y despues que yo estaba en el mar habia ido dos ó tres veces, porque cada año una vez iban en la dicha desovacion. De manera que en el dicho ejército llevé conmigo dos mil armados, y en mi compañia fueron mas de quinientas mil atunas que se hallaron preñadas; y despedidos del rey, tomamos nuestro camino, y nuestras jornadas contadas, dimos con nosotros en el estrecho de Gibraltar, y aquel pasado, venimos á Conil y á Vejer, lugares del duque de Medina Sidonia do nos tenian armado; yo fuí avisado de aquel peligro y como allí se solia hacer daño en los atunes, y aviséles se guardasen, mas como fuesen ganosas de desovar en aquella playa, y ella fuese para ello aparejada, por bien que se guardaron, en ocho dias me faltaron mas de cincuenta mil atunas. Y visto el daño como se hacia, acordamos los armados de meternos con

ellas en la playa, y mientras desovaban, si prenderlas quisiesen, herir en los salteadores y en sus redes, y hacérselas pedazos; mas saliónos al revés la fuerza y maña de los hombres, que es otra que la de los atunes: y así nos apañaron á todos con infinitas de ellas en una redada, sin recibir casi daño de nos, antes ganancias, que como mis compañeros se vieron presos, desmayaron, y por dar gemidos desampararon las armas, lo cual yo no hice, sino con mi espada me asieron, habiendo con ella hecho harto daño en las redes, juntamente conmigo á mi buena y segunda mujer. Los pescadores, admirados de verme así armado, me procuraron quidar el espada, la cual yo tenia bien asida; mas tanto por ella tiraron, que me sacaron por la boca un brazo y mano, con la cual yo tenia bien asida el espada, y me descubrieron por la cabeza la frente, ojos y narices, y la mitad de la boca. Muy espantados de tal acaecimiento me asieron muy recio del brazo y otros trabándome de la cola, me comienzan á sacar, como á cuero atestado en costal. Miré y ví cabe mí la mi Luna muy afligida y espantada, tanto y mas que los pescadores, á los cuales comenzando á hablar en lengua de hombre, yo dije: Hermanos, encárgoos las conciencias, y no se atreva alguno á visitarme con el brazo del mazo, ca sabed que soy hombre como vosotros; mas acabad de quitar la piel, y sabreis de mí grandes secretos. Esto dije porque aquellos mis compañeros estaban cabe mí, muchos de ellos muertos, hechos pedazos los testuces con unos mazos que los de la javega en sus manos para aquel menester traian, y asimismo les rogué por gentileza que á aquella atuna que cabe mí estaba diesen libertad, porque habia sido mi compañera y mujer gran tiempo. Ellos, en gran manera alterados en verme y oirme, hicieron lo que los rogué. Al tiempo que la mi compañera de mí partia llorando y espantada, le dije en lengua atunesa: Luna mia y mi vida, vete con Dios, y no tornes á ser presa, y dá cuenta de lo que ves al rey y á todos mis amigos, y ruégote que mires por mi honra y la tuya. Ella, sin me dar respuesta, saltando en el agua, se fué muy espantada. Sacáronnos de allí á mí y á mis compañeros que veia á mis ojos matar, y hacer pedazos á la lengua del agua, y á mí teníanme echado en el arena medio hombre y medio atun, como he contado, y con harto miedo si habian de hacerme ceniza. Acabada la pesca aquel dia, habiéndome preguntado, yo les dije la verdad, y rogándoles me sacasen del todo, lo cual ellos no hicieron; mas aquella noche me cargan en un acémila, y dan conmigo en Sevilla, y pónenme ante el ilustrísimo duque de Medina; y fué tanta la admiracion que con mi vista ellos y los que me veian sentian y sintieron, que en grandes tiempos no vino á España cosa que tanto espanto pusiese. Tuviéronme en aquella pena ocho dias, en los quales supieron de mí cuanto habia pasado. A cabo de este tiempo sentí á la parte que de pece tenia detrimento, y que se estragaba por no estar en el agua, y supliqué á la señora duquesa y á su marido que por amor de Dios me hiciesen sacar de aquella prision, pues á su alto poder habia venido, y dándoles cuenta del detrimento que sentia holgaron de lo hacer y fué acordado que diesen pregon en Sevilla para que viniesen á ver mi conversion, y en una plaza que ante su casa está hecho un ca-

dalso, porque todos me viesen allí. Fué juntada Sevilla, y desque la plaza se hinchió por calles, tejados y terrados no cabia la gente, luego mandó el duque que fuesen por mí y me sacasen de una jaula que luego que vine del mar me hicieron, do estuve, y fué bien pensado, porque segun la multitud de las gentes que siempre me acompañaban, si no hubiera verjas en medio de mi y de ellos, ahogáranme sin falta. ¡Oh gran Dios! decia, ¿qué es lo que en mí se ha renovado? porque hombre en jaula ya lo he visto estar y mucho á su pesar, y aves; pescado nunca lo ví. Así me sacaron y llevaron en un paves con cincuenta alabarderos que delante de mí iban apartando la gente y aun no podian.

CAPITULO XVII.

Que cuenta la conversion hecha en Sevilla en un cadalso de Lázaro atun.

Pues puesto en el cadalso, y allí tirándome unos por la parte de mi cuerpo que defuera tenia, otros por la cola del pescado, me sacaron como el dia en que mi madre del vientre me echó, y el atun se quedó solamente siendo pellejo; diéronme una capa con que me cubrir, y el duque mandó me trujesen un vestido suyo de camino, el cual aunque me arrastraba me vestí, y fui tan festejado y visitado de gentes, que en todo el tiempo que allí estuve casi no dormí, porque de noche no dejaban de me venir á ver y á preguntar, y el que un rato de auditorio conmigo tenia se contaba por muy dichoso; al cabo de algunos dias, despues que del todo descubrí mí ser, caí enfermo porque la tierra me probó, y como estaba hecho al mantenimiento marino, y el de la tierra es de otra calidad, hizo en mí mudanza, y pensé cierto que mis trabajos con la vida habian acabado; quiso Dios de este trabajo con los demas librarme, y desque me ví para poder caminar, pedí licencia á aquellos señores, la cual de mala gana alcancé, porque me pareció quisieran tenerme consigo, por oir las maravillosas cosas que me acontecieron, y las mas que yo glosaba, á las cuales me daban entero crédito con haber visto en mí tan maravillosa mudanza. Mas en fin, sin embargo de esto diéronme la dicha licencia, y me mandaron magníficamente proveer para mi camino; y así di conmigo en Toledo, víspera de la Asuncion que pasó, el mas deseoso hombre del mundo de ver á mi mujer y á mi niña, y dalle mil abrazos, la cual manera de retozo para cuatro años iba que no la usaba, porque en el mar no se usa, que todo es hocicadas. Entré de noche y fuíme á mi casilla, la cual hallé sin gente; fuí á la de mi señor el arcipreste, y estaban ya durmiendo, y tantos golpes dí que los desperté; preguntándome quien era, y diciéndolo, la mi Elvira muy ásperamente me respondió á grandes voces: Andad para beodo, quien quiera que sois, que á tal hora andais á

burlar de las viudas: á cabo de tres ó cuatro años que al mi malogrado llevó Dios, y hundió en la mar á vista de su amo, y de otros muchos que lo vieron ahogar, venís agora á decir donaires: y tórnase á la cama sin mas me oir ni escuchar. Torné á llamar y dar golpes á la puerta, y mi señor enojado se levantó y púsose á la ventana, y á grandes voces comenzó á decir: ¡Qué bellaquería es esa, y qué gentil hecho de hombre de bien! querria saber quien sois para mañana daros el pago de vuestra descortesía, que á tal hora andais por las puertas de los que estan reposando, dando aldabadas, y haciendo alborotos, con los cuales quebrais el sueño y reposo. Señor, dije yo, no se altere vuestra merced; que si quiere saber quien soy, tambien yo lo quiero decir. Vuestro criado Lázaro de Tormes soy. Apenas acabé de decillo, cuando siento pasar cabe las orejas un guijarro pelado con un zumbido y furia, y tras aquel otro y otro, los cuales dando en los que en el suelo estaban, con lo que la calle estaba empedrada, hacia saltar vivo fuego y ásperas centellas; visto el peligro, que no esperaba razones, tomé la calle abajo ante los ojos y á buen paso me alejé, y él quedó desde su ventana dando grandes voces, diciendo: Veníos á burlar y vereis cómo os irá. Eché seso amonton, y parecióme tornar á probar la ventura porque yo no me queria descubrir á nadie, y por ser ya muy noche determiné de pasar lo que quedaba de ella por allí, y venida la mañana irme á casa; mas no me acaeció así, porque dende á poco pasó por donde yo estaba un alguacil, que andaba rondando, y tomándome la espada, dió conmigo en la cárcel, y aunque yo conocia á algunos de los gentiles hombres que de porquerones lo acompañaban, y los llamé por sus nombres y dije quien era, reíanse de mí, diciendo que mas de tres años habia que el que yo decia ser era muerto en lo de Argel, y así dan conmigo en la cárcel, y allí me tomó el dia, el cual venido, cuando los otros se visten y aderezan para ir á la iglesia á holgar una tan solemne fiesta, pensando yo haria lo mismo porque luego seria conocido de todos, entró el alguacil que me habia preso, y echándome grillos á los pies y una buena cadena gruesa á la garganta, y metiéndome en la casa del tormento, todo fué uno. Este gentilhombre que teniendo disposicion y manera para ser corregidor, y se hace pregonero, esté aqui algun dia, hasta que sepamos quien es, pues anda de noche á escalar las casas de los clérigos; pues a fé que ése sayo no se debió cortar á vuestra medida, ni trae olor de vino como suelen traer los de vuestro oficio, sino de un fino ambar; al fin vos direis, mal de vuestro grado, á quién lo hurtasteis, que si para vos se cortó, á fé que os hurtó el sastre mas de tres varas. En hora mala acá venimos, dije yo entre mí; con todo eso le hablé diciéndole que yo no vivia de aquel menester, ni andaba á hacer lo que él decia. No sé si andais, dijo, mas agora sale el arcipreste de San Salvador de la casa del corregidor diciendo que anoche le quisieron robar, y entrar la casa por fuerza, si con buenos guijarros no se defendiera, y que decia el ladron que era Lázaro de Tormes, un criado suyo; le dije como os topé cabe su casa y me dijo lo mismo, y por eso os manda poner á buen recaudo. El carcelero dijo: Ese que decis, pregonero fué en esta ciudad, mas en lo de Argel murió, y bien le conocia yo, perdó-

nelo Dios, hombre era para pasar dos azumbres de vino de una casa á otra sin vasija. ¡Oh desventurado de mí! dije yo, que aun mis fortunas no han acabado; sin duda de nuevo tornan mis desastres: ¿qué será esto que aquellos que yo conozco y conversé y tuve por amigos me niegan y desconocen? mas no podrá tanto mi mala fortuna que en esto me contrarie, pues mi mujer no me desconocerá, como sea la cosa que en este mundo mas quiero y ella quiere. Rogué mucho al carcelero, y paguéselo, que fuese á ella y le dijese que estaba allí, que me viniese á hacer sacar de la prision, y él riendo de mí tomó el real, y dijo lo haria, mas que le parecia que no traia juego de veras, porque si yo fuera el que decia él lo conociera, porque mil veces le habia visto entrar en la cárcel, y acompañar los azotados, y que fué el mejor pregonero y de mas clara y alta voz que en Toledo hubo: al fin con yo importunalle, fué y pudo tanto que trujo consigo á mi señor, y cuando le iba á hablar que lo metió dó yo estaba, trujeron una candela; aquella alegría que los del limbo debieron sentir al tiempo de su libertad sentí, y dije llorando de tristeza, y mas de alegría: ¡Oh mi señor Rodrigo de Yepes, arcipreste de San Salvador! mirad cual está el vuestro buen cria do Lázaro de Tormes, atormentado y cargado de hierros, habiendo pasado tres años las mas extrañas y peregrinas aventuras que jamas oidas fueron. Él me llegó la candela á los ojos, y dijo: La voz de Jacob es, y la cara de Esau. Hermano mio, verdad es que en la habla algo os pareceis, mas en el gesto sois muy diferente del que decis. A esta hora caí en la cuenta, y rogué al carcelero me hiciese merced de un espejo, y él lo trujo; y cuando en él me miré, vime muy desemejado del ser de ántes, especialmente del color que solia tener como una muy rubicunda granada, digo como los granos de ella, y agora como la misma gualda, y figuras tambien muy mudadas; yo me santigüé y dije: Agora, señor, no me maravillo, estándolo mucho de mí mismo, que vuestra merced ni nadie de mis amigos no me conozcan, pues yo mismo me desconozco; mas vuestra merced me la haga de sentarse, y vos, señor alcalde, nos dad un poco lugar y verá como no he dicho mentira. Él lo hizo y quedando solos le dí todas las señas de cuanto habia pasado despues que lo conocia, y tal dia esto, y tal dia esto otro; despues le conté en suma todo lo que habia pasado, y como fuí atun, y que del tiempo que estuve en el mar y del mismo mantenimiento y del agua, me habia quedado aquel color, y mudado el gesto, el cual hasta entonces yo no me habia mirado. Finalmente, despues quedóse muy admirado y dijo: Eso que vos decis muy notorio se dijo en esta ciudad, que en Sevilla se habia visto un atun hombre, y las señales que me dais tambien son verdaderas, mas todavía dudo mucho; lo que haré por vos será traer aquí á Elvira mi ama, y ella por ventura os conocerá mejor, y le dí muchas gracias y le supliqué me diese la mano para la besar, y me echase su bendicion como otras veces habia hecho; mas no me la quiso dar. Pasé aquel dia y otros tres, al cabo de los cuales una mañana entra el teniente de corregidor con sus ministros y un escribano, y comiénzanme á preguntar, y si no lo han por enojo, á querer ponerme á caballo, ó por mejor decir verdad, en potro. No pude contenerme de no

derramar muchas lágrimas dando muy grandes suspiros y sollozos, quejándome de mi sobrada desventura, que tan á la larga me seguia; con todo esto con las mejores y mas razones que pude, supliqué al teniente que por entónces no me tormentase, pues harto lo estaba yo, y porque lo contentase viese mi gesto, al cual llegando la luz dijo : Por cierto este pecador yo no sé qué fuerza podrá hacer en las casas, mas él sin ella está á lo que parece, segun su disposicion muestra; dejémosle agora hasta que mejore ó se muera, y dallehemos por libre, y así me dejaron. Supliqué al carcelero tornase á casa de mi señor y le rogase de su parte, y suplicase de la mia cumpliese la palabra que me habia dado de traer consigo á mi mujer, y tornéle á dar otro real; porque estos nunca echan paso en vano, y él lo hizo y me trujo recaudo, que para el dia siguiente ambos me prometieron de venir; consolado con esto, aquella noche dormí mejor que las pasadas, y en sueños me visitó mi señora y amiga la Verdad, y mostrándose muy airada me dijo : Tú, Lázaro, te quieres castigar; prometiste en la mar de no me apartar de ti, y desque saliste casi nunca mas me miraste. Por lo cual la divina justicia te ha querido castigar, y que en tu tierra y en tu casa no halles conocimiento, mas que te vieses puesto como malhechor á cuestion de tormento; mañana vendrá tu mujer, y saldrás de aquí con honra, y de hoy mas haz libro nuevo. Y así se me despidió de presente. Muy alegre de tal vision, conociendo que justamente pasaba, porque eran tantas y tan grandes las mentiras que yo entretegia en lo que contaba, que aun las verdades eran muy admirables, y las que no eran pudieran de espanto matar las gentes, propuse la enmienda y lloré la culpa. Y la mañana venida, mi gesto estaba como de ántes, y de mi señor y de mi mujer fuí conocido, y llevado á mi casa con mucho placer de todos; hallé á mi niña ya casi para ayudar á criar otra. Y despues que algunos dias reposé, tornéme á mi taza y jarro, con lo cual en breve tiempo fui tornado en mi propio gesto, y á mi buena vida.

CAPITULO XVIII.

Como Lázaro se vino á Salamanca, y la amistad y disputa que tuvo con el rector, y como se hubo con los estudiantes.

Estando ya algun tanto á mi placer, muy bien vestido y muy bien tratado, quiseme salir de allí do estaba por ver á España, y solearme un poco, pues estaba harto del sombrío del agua. Determinando á do iria, vine á dar conmigo en Salamanca, adonde, segun dicen, tienen las ciencias alojamiento. Y era lo que habia muchas veces deseado por probar de engañar alguno de aquellos abades ó mantilargos, que se llaman hombres de licencia. Y como la villa está llena de estos, el olor tambien se siente de léjos, aunque del de sus noches Dios guarde mi casa. Fuíme

luego á pasear por la villa, y avezado de la mar, maravilléme de lo que allí veia, y bien era algo mas de lo que tenia oido. Quiero contar una cosa que allí me aconteció yendo por una calle de las mas principales: un hombre á caballo en un asno, y como era guiñoso, y debia estar casado, no podia caminar adelante, ni aun volver atras, sino con gran trabajo; comienza el hombre á dar sus gritos: ¡Arre acá, señor bachiller! Con esto no me moví yo, aunque pensé en volverme; pero entendiendo él que con mas honrado nombre se moveria mas presto, comienza de decir: ¡Arre, señor licenciado, arre con todos los diablos! y dale con un aguijon que traia; viérades entonces echar coces atras y adelante, y el licenciado á una parte y el caballero á otra; nunca ví en mi vida, ni en el señorio de la mar ni en el de la tierra, licenciado de tal calidad, que tanto lugar le hiciesen todos, ni que tanta gente saliese por verlo. Conocí entónces que debia ser de los criados con alguno de nombre, y que se hacian tambien de honrar con sus nombres, como yo me habia hecho por mi valer y fuerzas en la mar entre los atunes. Pero todavía los tuve en mas que á mí, porque aunque me hicieron señoría no me dieron licencia, mas de la que yo de mí por mi esfuerzo entre ellos me tomaba. Y cierto, señor, que he yo pasado algun tiempo, que quisiera ser mucho mas el licenciado asno, que Lázaro de Tormes. De aquí vine siguiendo el ruido á dar en un colegio, adonde ví tantos estudiantes, y oí tantas voces, que no habia ninguno que no quedase mas cansado de gritar que de saber. Y entre muchos otros que conocí (aunque á mí ninguno de ellos), quiso Dios que hallé un amigo mio de los de Toledo, conocido de buen tiempo, el cual servia á dos señores, como el que arriba movió el ruido, y aun eran de los mayores del colegio; y como era criado de consejo y de mesa, habló con sus amos de mí de tal manera, que me valió una comida y algo mas. Es verdad que fué á uso de colegio, comida poca y de poco, mal guisada y peor servida; pero maldito sea el hueso que quedó sin quebrar. Hablamos de muchas cosas estando comiendo, y replicaba yo de tal manera con ellos, que bien conocieron ambos haber yo alcanzado mas por mi experiencia, que ellos por su saber. Contéles algo de lo que habia á Lázaro acontecido, y con tales palabras, que cierto todos me preguntaban adonde habia estudiado, en Francia, ó en Flandes, ó en Italia, y aun si Dios me dejára acordar alguna palabra en latin, yo los espantára; tomé la mano en el hablar por no darles ocasion de preguntar algo que me pusiese en confusion. Todavía ellos, pensando que yo era mucho mas de lo que por entónces habian en mí conocido, determinaron de hacerme defender unas conclusiones; pero, pues sabia que en aquellas escuelas todos eran romancistas, y que yo lo era tal que me podia mostrar sin vergüenza á todos, no lo rehusé, porque quien se vale entre atunes, que no juegan sino de hocico, bien se valdria entre los que no juegan sino de lengua. El dia fué el siguiente, y para ver el espectáculo fué convidada toda la universidad. Viera vuestra merced á Lázaro en la mayor honra de la ciudad, entre tantos doctores, licenciados y bachilleres, que por cierto con el diezmo se podrian talar cuantos campos hay en toda España, y con las primicias se tenia el

mundo por contento; viera tantos colores de vestir, tantos grados en el sentar, que no se tenia cuenta con el hombre, sino segun tenia el nombre. Antes de parecer yo en medio quisiéronme vestir segun era la usanza de ellos; pero Lázaro no quiso, porque pues era extrangero, y no habia profesado en aquella universidad, no se debian maravillar sino juzgar mas segun la doctrina (pues que tal era esta) que no segun el hábito, aunque fuese desacostumbrado. Ví á todos entónces con tanta gravedad y tanta mesura, que si digo la verdad, puedo decir que tenia mas miedo que vergüenza, ó mas vergüenza que miedo no se burlasen de mí: puesto Lázaro en su lugar (y cual estudiante yo) viendo mi presencia doctoral, y que tan bien sabia tener mi gravedad como todos ellos, quiso rectorel ser el el primero que conmigo argumentase, cosa desacostumbrada entre ellos. Así me propuso una cuestion harto difícil y mala, pidiéndome le dijese cuantos toneles de agua habia en la mar; pero yo, como hombre que habia estudiado y salido poco habia de allá, súpele responder muy bien, diciendo que hiciese detener todas las aguas en uno, y que yo lo mensuraria muy presto, y le daria de ello razon muy buena. Oida mi respuesta tan breve y tan sin rodeos, que mal año para el mejor la diera tal, viéndose en trabajo pensando ponerme, y viendo serle imposible hacer aquello, dejóme el cargo de mensurarla á mí, y que despues yo se lo dijese. Avergonzado el rector con mi respuesta, échame otro argumento pensando que me sobrada á mí el saber ó la ventura, y que como habia dado resolucion en la primera, así la daria en la segunda; pídeme que le dijese cuantos dias habian pasado desde que Adan fué criado hasta aquella hora, como si yo hubiera estado siempre en el mundo contándolos con una péndola en la mano, pues á buena fe que de los mios no se me acordaban sino que un tiempo fuí mozo de un clérigo, y otro de un ciego, y otras cosas tales, de las cuales era mayor contador que no de dias. Pero todavía le respondí, diciendo que no mas de siete, porque cuando estos son acabados, otros siete vienen siguiendo de nuevo, y que así habia sido hasta allí, y seria tambien hasta el fin del mundo. Viera vuestra merced á Lázaro entonces ya muy doctor entre los doctores, y muy maestro entre los de licencia.

Pero á las tres vá la vencida, pues de las dos habia tan bien salido, que pensó el señor rector que en la tercera yo me enlodára, aunque Dios sabe qué tal estaba el ánimo de Lázaro en este tiempo, no porque no mostrase mucha gravedad, pero el corazon tenia tamañito. Díjome el rector que satisfaciese á la tercera demanda; yo muy pronto respondí que no solo á la tercera, pero hasta el otro dia se podia detener. Pidióme que á do estaba el fin del mundo. ¿Qué filosofías son estas? dije yo entre mí, ¿pues cómo? no habiéndolo andado todo, ¿cómo puedo responder? Si me pidiera el fin del agua algo mejor se lo dijera. Todavía le respondí á su argumento, que era aquel auditorio á do estábamos, y que manifiestamente hallaria ser así lo que yo decia, si lo mensuraba, y cuando no fuese verdad, que me tuviese por indigno de entrar en colegio. Viéndose corrido por mis respuestas, y que siempre pensando dar buen jaque, recibia mal mate, échame la cuarta cuestion muy entonado, pre-

guntando que cuanto habia de la tierra hasta el cielo. Viera vuestra merced mi gargajear á mis tiempos con mucha manera, y con ello no sabia qué responderle, porque muy bien podia él saber que no habia yo hecho aun tal camino; si me pidiera la órden de vida que guardan los atunes y en qué lengua hablan, yo le diera mejor razon; pero no callé con todo, antes respondí que muy cerca estaba el cielo de la tierra, porque los cantos de aquí se oyen allá, por bajo que hombre cante ó hable, y que si no me quisiese creer, se subiese él al cielo, y yo cantaria con muy baja voz, y que si no me oia, me condenase por necio. Prometo á vuestra merced que hubo de callar el bueno del rector, y dejar lo demas para los otros. Pero cuando le vieron como corrido, no hubo quien osase ponerse en ello; antes todos callaron y dieron por muy excelentes mis respuestas. Nunca me ví entre los hombres tan honrado, ni tan señor acá, y señor acullá; la honra de Lázaro de dia en dia se iba acrecentando; en parte la agradezco á las ropas que me dió el buen duque, que si no fuera por ellas, no hicieran mas caso de mí aquellos diablos de baldilargos, que hacia yo de los atunes, aunque disimulaba. Todos venian para mí, unos dándome el parabien de mis respuestas, otros holgándose de verme y oirme hablar. Habiendo visto mi habilidad tan grande, el nombre de Lázaro estaba en la boca de todos, y iba por toda la ciudad con mayor zumbido que entre los atunes. Mis convidados quisiéronme llevar á cenar con ellos, y yo tambien quise ir, aunque rehusé segun la usanza de allí á la primera, fingiendo ser por otros convidado. Cenamos, no quiero decir qué, porque fué cena de licencia aquella, aunque bien ví que la cena se aparejó á trueco de libros, y así fué tan noble. Despues de haber cenado y quitados los manteles de la mesa, tuvimos por colacion unos naipes, que suelen ser allá cotidianos, y cierto que en aquello algo mas docto estaba yo, que no en las disputas del rector. Y salieron en fin dineros á la mesa, como quiera que ello fuese. Ellos, como muy diestros en aquella arte, sabian hacer mil traspantojos, que á ser otro dejára cierto el pellejo, porque al medio mal me iba; pero á la fin les traté tan bien que ellos pagaron por todos, y demas de la cena, embolsé mis cincuenta reales de ganancia en la bolsa. Tomaos, pues, con aquel, que entre los atunes habia sido señoria, de Lázaro se guardaran siempre, y por despedirme de ellos, les quisiera hablar algo en lengua atunesa, sino que no me entendieran Despues temiendo no me pusiesen en vergüenza, porque no les faltara ocasion, partíme de allí pensando que no todavía puede suceder bien. Así determiné volverme dándome verdes con mis cincuenta reales ganados, y aun algo mas que por honra de ellos al presente callo, y llegué á mi casa, adonde lo hallé todo muy bien, aunque con gran falta de dinero. Aquí me vinieron los pensamientos de aquellos doblones que se desaparecieron en el mar, y cierto que me entristecí, y pensé entre mí que, si supiera me habia de suceder tan bien como en Salamanca, pusiera escuela en Toledo, porque cuando no fuera sino por aprender la lengua atunesa, no hubiera quien no quisiera estudiar. Despues, pensándolo mejor, ví que no era cosa de ganancia porque no aprovechaba algo; así dejé mis pensamientos atras, aunque bien quisiera

quedar en una tan noble ciudad con fama de fundador de universidad muy celebrado y de inventor de nueva lengua nunca sabida en el mundo entre los hombres. Esto es lo sucedido despues de la ida de Argel; lo demas con el tiempo lo sabrá vuestra merced, quedando muy á su servicio

LAZARO DE TORMES.

SEGUNDA PARTE

DE LAZARILLO DE TORMES,

SACADA DE LAS CRÓNICAS ANTIGUAS DE TOLEDO,

POR H. DE LUNA,

INTÉRPRETE DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

A LOS LECTORES.

La ocasion, amigo lector, de haber hecho imprimir la segunda parte de Lazarillo de Tormes, ha sido por haberme venido á las manos un librillo que toca algo de su vida, sin rastro de verdad. La mayor parte de él se emplea en contar como Lázaro cayó en la mar, donde se convirtió en un pescado, llamado atun, y vivió en ella muchos años, casándose con una atuna de quien tuvo por hijos tres peces como el padre y la madre. Cuenta tambien las guerras que los atunes hacian, siendo Lázaro el capitan, y otros disparates tan ridículos como mentirosos, y tan mal fundados como necios. Sin duda que el que lo compuso quiso contar un sueño necio, ó una necedad soñada. Este libro, digo, ha sido el primer motivo que me ha movidó á sacar á luz esta segunda parte al pié de la letra, sin quitar ni añadir, como la ví escrita en unos cartapacios en el archivo de la jacarandina de Toledo, que se conformaba con lo que habia oido contar cien veces á mi abuela y tias al fuego las noches de invierno, y con lo que me destetó mi ama : por mas señas, que disputaban muchas veces ellas, y otras vecinas, como habia podido ser que Lázaro hubiese estado tanto tiempo dentro del agua (como se cuenta en esta segunda parte) sin ahogarse. Las unas decian en pro, las otras en contra : aquellas acotaban el mesmo Lázaro, que dice no le podia entrar el agua, por estar lleno y colmado de vino hasta la boca. Un buen viejo experimentado en nadar, para probar ser cosa hacedera, interpuso su autoridad, diciendo habia visto un hombre, que entrando á nadar en el Tajo, se zambulló y metió en unas cavernas, desde que el sol se puso hasta que salió, que con su resplandor pudo atinar el camino, y cuando todos sus parientes y amigos estaban hartos de llorarle y buscar su cuerpo para darle sepultura, salió sano y salvo. La otra dificultad que en su vida hallaban era el no haber ninguno conocido ser Lázaro hombre, y que todos los que le veian lo juzgasen por pez : á esto respondia un buen canónigo (que por ser muy viejo estaba todo el dia al sol con las hilanderas de rueca) haber sido mas posible : ateniéndose á la opinion de muchos autores antiguos y modernos, entre los cuales son Plinio, Eliano, Aristóteles, Alberto Magno, los cuales certifican haber en la mar unos pescados, que á los machos llaman tritones, y á las hembras nereidas, y á todos hombres marinos, los cuales de la cintura arriba tienen

figura de hombres perfectos, y de allí abajo de peces; y yo digo que aunque esta opinion no fuera defendida de autores tan calificados, bastaba para excusa de la ignorancia española la licencia que los pescadores tenian de los señores inquisidores; pues fuera un caso de inquisicion, si dudaran de una cosa que sus señorías habian consentido se mostrase por tal. A este propósito (aunque sea fuera del que trato ahora) contaré una cosa que sucedió á un labrador de mi tierra, y fué, que enviándole á llamar un inquisidor para pedirle le enviase de unas peras que le habian dicho tenia extremadas, no sabiendo el pobre villano lo que su señoría le queria, le dió tal pena que cayó enfermo, hasta que por medio de un amigo suyo supo lo que le queria: levantóse de la cama, fuése á su jardin, arrancó el árbol de raiz, y lo envió con la fruta, diciendo no queria tener en su casa ocasion de que le enviasen á llamar otra vez; tanto es lo que los temen, no solo los labradores y gente baja, mas los señores y grandes, todos tiemblan cuando oyen estos nombres inquisidor é inquisicion mas que las hojas del arbol con el blando cefiro. Esto es lo que he querido advertir al lector para que pueda responder, cuando en su presencia se verificasen tales cuestiones; y asimismo le advierto me tenga por coronista, y no por autor de esta obra, con que podrá pasar una hora de tiempo: si le agradare aguarde la tercera parte con la muerte y testamento de Lazarillo, que es lo mejor de todo, y sino, reciba la buena voluntad. Vale.

CAPITULO PRIMERO.

Donde Lázaro cuenta la partida de Toledo para ir á la guerra de Argel.

Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje. Dígolo á propósito, que no pude ni supe conservarme en la buena vida que la fortuna me habia ofrecido, siendo en mí la mudanza como accidente inseparable que me acompañaba tanto en la buena y abundante, como en la mala y desastrada vida. Estando pues gozando el mejor tiempo que patriarca gozó; comiendo como fraile convidado, y bebiendo mas que un saludador; mejor vestido que un teatino, y con dos docenas de reales en la bolsa mas ciertos que revendedora de Madrid; mi casa llena como colmena, con una hija injerta á canutillo, y con un oficio que me lo podia envidiar el echaperros de la iglesia de Toledo, llegó la fama de la armada de Argel, nueva que me inquietó é hizo que como buen hijo determinase seguir las pisadas y huellas de mi buen padre Tomé Gonzalez (que buen siglo haya), con deseo de dejar en los venideros siglos ejemplo y dechado, no de guiar á un astuto ciego, ratonar el pan del avariento clérigo, servir al pelon escudero, y finalmente gritar las faltas agenas; mas el ejemplo y dechado fué de dar vista á los moros ciegos en sus errores, de abrir y romper los atrevidos y corsarios bajeles, de servir á mi valeroso capitan de la órden de San Juan, con quien asenté por repostero, capitulando que todo lo que ganase seria para mí (como lo fué); finalmente, quise dejar ejemplo de gritar y animar, llamando á Santiago y cierra España. Despedíme de mi amada consorte y cara hija; esta me rogó

no me olvidase de traerla un morico, y la otra que me acordase de enviarle con el primer mensagero una esclava que la sirviese, y algunos cequíes berberiscos con que se consolase de mi ausencia. Pedí licenc a al arcipreste mi señor, á quien encargué el cuidado y regalo de mi mujer é hija, prometiéndome haria con ellas como si fueran propias suyas. Partí de Toledo alegre, ufano y contento, como suelen los que van á la guerra, colmado de buenas esperanzas, acompañado de grande cantidad de amigos y vecinos que iban al mesmo viage llevados del deseo de mejorar su fortuna. Llegamos á Murcia con intencion de irnos á embarcar á Cartagena, donde me sucedió lo que no quisiera, por conocer que la fortuna, que me habia puesto en lo mas alto de su rueda voltaria y subido á la cumbre de la bienaventuranza terrestre con su curso veloz, comenzaba á despeñarme á lo mas ínfimo : fué, pues, el caso, que llegando á la posada ví un semi-hombre, que mas parecia cabron segun las vedijas é hilachas de sus vestidos : tenia un sombrero encasquetado, de manera que no se le podia ver la cara ; la mano puesta en la mejilla, y la pierna sobre la espada que en una media vaina de cimoges traia ; el sombrero a lo picaresco, sin coronilla, para evaporar el humo de la cabeza; la ropilla era á la francesa, tan acuchillada de rota, que no habia en donde poder atar una blanca de cominos; la camisa era de carne, la cual se veia por la celosía de sus vestidos; las calzas al equivalente; las medias, una colorada y la otra verde, que no le pasaban de los tobillos; los zapatos eran á lo descalzo, tan traidos como llevados. En una pluma que cosida en el sombrero llevaba, sospeché ser soldado; con esta imaginacion le pregunté de dónde era, y adonde bueno caminaba. Alzó los ojos para ver quién era el que se lo preguntaba, conocióme, y yo á él : era el escudero que en Toledo serví, quedé admirado de verle en tal traje. Conocida mi admiracion, dijo : No me espantaria, Lázaro amigo, te maravillase verme como me ves, pero presto no lo estarás si te cuento lo que por mí ha pasado desde el dia que yo te dejé en Toledo hasta hoy. Tornando á casa con el trueque del doblon para pagar á mis acreedores, encontré con una arrebozada que, tirándome del herreruelo, con lágrimas y suspiros mezclados con sollozos, me pidió con encarecimiento la favoreciese en una necesidad que se le ofrecia : roguéle me diese cuenta de su pena, que mas tardaria en dármela que yo en dalle remedio : ella sin dejar el llanto, con una vergüenza virginal dijo, que la merced que le habia de hacer, y ella me suplicaba le hiciese, era la acompañase hasta Madrid, en donde le habian dicho estaba un caballero, que no se habia contentado con deshonrarla, sino que ademas le habia llevado todas sus joyas, sin tener respeto á la palabra de esposo que le habia dado, y que si yo queria hacer por ella esto, ella haria por mí lo que una mujer obligada debia. Consoléla lo mejor que pude dándole esperanzas, que si su enemigo estaba en el mundo, se tuviese por desagraviada. En conclusion, sin tornar el pié atras partimos á la corte, hasta donde la hice la costa. La señora, que sabia bien adonde iba, me llevó á una bandera de soldados, donde la recibieron con alegría y la llevaron delante del capitan, para que la pusiese en la lista de las cicatriceras, y tornándose á mí con

una cara de poca vergüenza dijo : A Dios, seor peligordo, pues esta no es para mas. Viéndome burlado, comencé á echar espumajos por la boca, diciéndole, que si como era mujer fuera hombre, la sacaria el alma de cuajo. Un soldadillo de los que allí estaban se llegó á mí y me hizo una mamona, no osando darme un bofeton, que si me lo hubiera dado, allí podian abrir la sepultura : como ví aquel negocio mal encaminado, sin decir chus ni mus, me fuí mas que de paso, por ver si me seguiria algun soldado de talle para matarme con él : porque si me pusiera con aquel soldadejo, y le matara (como sin duda hiciera), ¿qué honra ó qué fama ganaria? mas si hubiera salido el capitan ó algun valenton, les hubiera dado mas cuchilladas que arenas hay en el mar. Como ví que ninguno osaba seguirme, fuíme muy contento.

Busqué una comodidad, y por no haberla hallado tal cual merecia, estoy como ves : verdad es que he podido ser repostero, ó escudero de cinco ó seis remendonas, oficios que aunque muriese de hambre no los tomaria. Concluyó el bueno de mi amo con decir que por no haber hallado unos mercaderes de su tierra, que le prestasen dineros, estaba sin ellos y no sabia adonde ir aquella noche. Yo que le entendí la leva, le convidé con la mitad de mi cama y cena; admitió el convite. Cuando nos quisimos acostar, le dije quitase los vestidos de encima del lecho que era pequeño para tanta gente. A la mañana quise levantarme sin hacer ruido, eché mano á mis vestidos, y fué en vago, porque el traidor me los habia hurtado é ídose con ellos. Pensé quedarme muerto en la cama de pura pena, y me hubiera sido mejor por evitar tantas muertes como despues recibí ; dí voces apellidando : ¡ Al ladron, al ladron! Subieron los de casa y halláronme como el nadador, buscando con que cubrirme por los rincones del aposento : se reian todos como locos, y yo renegaba como carretero; daba al diablo al ladron fanfarron que me habia tenido la mitad de la noche contando grandezas de su persona y linage. El remedio que por entónces tomé (porque ninguno me lo daba) fué ver si los vestidos de aquel matasiete me podian servir, hasta que Dios me deparase otros : pero era un laberinto, ni tenian principio ni fin : entre las calzas y sayo no habia diferencia ; puse las piernas en las mangas, y las calzas por ropilla, sin olvidar las medias que parecian mangas de escribano ; las sandalias me podian servir de cormas, porque no tenian suelas : encasquetéme el sombrero poniendo lo de arriba abajo, por estar menos mugriento. De la gente de á pié y de á caballo que iban sobre mí, no hablo. Con esta figurilla fuí á ver á mi amo que me habia enviado á llamar, el cual espantado de ver aquella madagaña, le dió tal risa, que las cinchas traseras se aflojaron, é hizo flux : por su honra es muy justo se pase en silencio. Despues de haber hecho mil paradillas, me preguntó la causa de mi disfraz ; contéselo, y lo que de ello resultó fué, que en lugar de tener lástima de mí, me reprendió y echó de su casa, diciendo : que como aquella vez habia acogido aquel hombre en mi cama, otro dia haria lo mismo con alguno que le robase.

CAPITULO II.

Como Lázaro se embarcó en Cartagena.

De cosecha tenia el no durar mucho con mis amos : así lo hice con este, aunque sin culpa mia; víme desesperado, solo y afligido, en traje que todos me daban de codo y se burlaban; unos me decian : No está malo el sombrerillo con puerta falsa, parece tocado de flamenca; otros : La ropilla es al uso, parece pocilga de puercos, pues demas que vuestra merced está dentro : le corren tan gordos que los podria matar y enviar salados á la señora su mujer. Díjome un mochiller : Seor Lázaro, por Dios que las medias le hacen buena pantorrilla. Las sandalias son á lo apostólico, replicó un barrachel; es que el señor va á predicar á los moros. Tanto me decian y corrian, que estuve determinado á tornarme á mi casa; no lo hice por pensar que la guerra seria muy pobre si en ella no se ganaba mas de lo perdido : lo que mas sentia era que huian de mí como de un apestado. Embarcámonos en Cartagena : la nave era grande y bien abastecida : izaron las velas y diéronlas al viento, que la llevaba é impelia con grande velocidad. La tierra se nos escondió, y el mar se embraveció con un viento contrario, que levantaba las velas hasta las nubes : la borrasca crecia y la esperanza faltaba : los marineros y pilotos nos desahuciaron : los gemidos y llantos eran tan grandes, que me pareció estábamos en sermon de pasion : con la grande bataola no se entendia nada de lo que se mandaba : unos corrian á una parte, otros á otra : pareciamos caldereros : todos se confesaban con quien podian, y tal hubo que se confesó con una *piltrafa*, y ella le dió la absolucion tan bien como si hubiera cien años que ejercitara el oficio. A rio revuelto ganancia de pescadores; como ví que todos estaban ocupados, dije entre mí : Muera Marta y muera harta. Bajé á lo hondo de la nave, donde hallé abundancia de pan, vino, empanadas, conservas, que nadie les decia : ¿Qué haceis hay? comencé á comer de todo y á henchir mi estómago por hacer provision hasta el dia del juicio. Llegóse á mí un soldado pidiéndome le confesase, y espantado de verme con tan buen aliento y apetito, preguntóme cómo podia comer viendo la muerte al ojo : díjele lo hacia por miedo de que el agua de la mar que habia de beber cuando me ahogase no me hiciese mal : mi simplicidad le hizo sacar la risa de los carcañales. A muchos confesé que no decian palabra con la agonía, ni yo la escuchaba con la prisa de tragar. Los capitanes y gente de consideracion, con dos clérigos que habia, se salvaron en el esquife : yo estaba mal vestido, y así no cupe dentro. Cuando estuve harto de comer, fuíme á una pipa de buen vino, y trasmudé en mi estómago todo lo que cupo : olvidéme de la tormenta y aun de mí mismo. La nave dió al través, y el agua entraba por ella como por su casa : un cabo de escuadra me asió de las manos, y con la agonía de la muerte me dijo le escuchase un pecado que

me queria confesar, y era que no habia cumplido una penitencia que le habian dado de ir en romería á Nuestra Señora de Loreto, habiendo tenido mucha comodidad para ello, y que entónces que queria no podia: y yo le dije, que con la autoridad que tenia se la conmutaba, y que en lugar de ir á Nuestra Señora de Loreto, fuese á Santiago: ¡Ay señor! dijo él, ¡cuánto quisiera yo cumplir esa penitencia! mas el agua empieza á entrarme por la boca, y no puedo. Si así es, le repetí, os doy por penitencia, que bebais toda la de la mar: mas no la cumplió, que muchos hubo allí que bebieron tanto como él. Llegando á mi boca le dije: A otra puerta, que esta no se abre, y aunque la abriera, no pudiera entrar, porque mi cuerpo estaba tan lleno de vino, que parecia cuero atisbado. Al estallido de la nave acudió gran cantidad de pescados: parecia les habian dado socorro con los del navío: comian de las carnes de los miserables ahogados (y no en poca agua), como si pacieran en prado concejil. Quisieron hacer ejecucion en mi persona: puse mano á mi tizona, y sin detenerme en pláticas con tan ruin gente, daba en ellos como asno en centeno verde. Silvando me decian: No queremos hacerte mal, salvo saber si tienes buen gusto. Tanto hice, que en menos de medio cuarto de hora, maté mas de quinientos atunes, que eran los que querian hacer *gaudeamus* con estas carnes pecadoras. Los pescados vivos se cebaron en los muertos, y dejaron la compañía de Lázaro que no les era provechosa. Víme señor en la mar sin contradicion ninguna. Discurrí de unas á otras partes, donde vi cosas increibles: infinidad de osamenta y cuerpos de hombres: hallé cantidad de cofres llenos de joyas y dineros: muchedumbre de armas, sedas, lienzos y especería. Todo me daba envidia, y todo lástima por no tenerlo en mi casa: con que, como decia el vizcaino, comiera el pan empringado con sardinas. Hice todo lo que pude, y no hice nada. Abrí una gran arca, é henchíla de doblones y joyas preciosísimas: tomé algunas sogas de muchas que allí habia, con que la até, y añudando unas á otras, hice una tan larga, que me pareció bastante para llegar á la superficie del agua. Si puedo sacar estas riquezas de aquí (decia entre mí), no habrá bodegonero en el mundo mas regalado que yo: haré casas: fundaré rentas, y compraré un jardin en los cigarrales: mi mujer se pondrá don, y yo señoría: casaré á mi hija con el mas rico pastelero de mi tierra: todos vendrán á darme el parabien, y yo les diré que lo he bien trabajado, sacándolo, no de las entrañas de la tierra, pero del corazon de la mar: no mojado de sudor, mas remojado como curadillo seco. En mi vida he estado tan contento como entónces, sin considerar que si abria la boca, quedaria allí con mi tesoro sepultado hasta ciento y un año.

CAPITULO III.

Como Lázaro salió de la mar.

Viéndome tan cerca de morir, temia : y tan cercano de ser rico, me alegraba : la muerte me espantaba, y el tesoro me deleitaba, para huir de aquella y gozar de este. Desnudéme los andrajos que mi amo primero me habia dejado por el servicio que le habia hecho : atéme la soga al pié, y comenzé á nadar (que aunque sabia poco, la necesidad me ponia alas en los pies y remos en las manos). Los pescados que alrededor estaban acudieron á picarme, haciéndome caminar con sus rempujones, que me servian como de estribo : ellos picando y yo coceando, llegamos hasta la superficie del agua donde me sucedió una cosa, que fué causa de toda mi desdicha. Los pescados y yo encontramos con unas redes que unos pescadores habian tendido, los que sintiendo la pesca enredada tiraron con tanta furia, y el agua me comenzó á entrar no con menor, que sin poder resistir me comencé á ahogar, y lo hubiera hecho si los marineros, con su prisa acostumbrada, no sacaran la presa á los barcos. Doy al diablo el mal sabor; en todos los dias de mi vida he bebido cosa peor. Súpome á los meados del señor arcipreste, que un dia mi mujer me hizo beber diciendo ser vino de Ocaña. Puestos en el barco los peces y yo á revuelta de ellos, comenzaron á tirar de la cuerda, por la cual (como dicen) sacaron el ovillo. Halláronme atado á ella, y admirados decian : ¿Qué pescado es este que tiene las facciones de hombre? ¿si es diablo ó fantasma? tiremos de esta soga, veremos qué trae asido al pió. Tiraron con tanta fueza que el barco se iba á lo hondo : conociendo el peligro la cortaron, y con ella las esperanzas á Lázaro de hacerse de los godos. Pusiéronme boca á bajo para que echara el agua que habia bebido : vieron que no estaba muerto (que no hubiera sido para mí lo peor) : diéronme un poco de vino, con que como lámpara con aceite torné en mí. Hiciéronme mil preguntas, á ninguna respondí, hasta que me dieron de comer, y cobrando aliento, lo primero que les pregunté fué por la corma que traia atada al pie : dijéronme como la habian cortado por librarse del peligro en que se habian visto. Allí se perdió Troya, y Lázaro sus bien colocados deseos : allí comenzaron sus dolores, angustias y tormentos. No hay mayor dolor en el mundo que haberse visto rico, y en los cuernos de la luna, y verse pobre y sujeto á necios. Todas mis quimeras se fundaban en el agua, y ella me las anegó todas. Conté ó los pescadores lo que ellos y yo habíamos perdido en haberme cortado las pihuelas. Fué tan grande el enojo que recibieron, que uno de ellos se quiso desesperar. El mas cuerdo de todos dijo : seria bueno me tornasen á la mar, y que me aguardasen allí hasta que saliese : siguieron todos el voto de este, y no obstante los inconvenientes que yo les representé, estaban en sus trece : diciendo, que pues sabia el camino, me era fácil (como si fuera ir á la pastelería ó

al bodegon): cególos tanto la codicia, que me querian ya echar, si mi dicha ó desdicha no ordenase llegase doude estábamos un barco que venia á ayudarles á llevar la pesca: callaron porque los otros no supiesen el tesoro que habian descubierto: fuéles forzoso por entónces dejar su mala intencion; llegaron los barcos á la lengua del agua, echáronme entre los pescados para disimular, con intencion de tornarme á buscar cuando pudiesen. Tomáronme entre dos y llevaron á una cabañuela que cerca tenian. Uno que no sabia el misterio, les preguntó qué era aquello: respondiéronle ser un mónstruo que habian cogido con los atunes. Puesto en aquella pobre zahurda, les rogué me diesen algunos andrajos con que cubrir mi desnudez y con que poder salir delante de los hombres: Eso será, dijeron ellos, despues de haber hecho cuenta con la huéspeda: no entendí entónces esta gerigonza. Extendióse la fama del mónstruo por la comarca: venia mucha gente á la choza para verme: los pescadores no me querian mostar diciendo aguardaban licencia del señor obispo é inquisidores para mostrarme, y que hasta entónces era excusado. Yo estaba atónito, sin saber qué decir ni hacer, no adivinando su intencion: sucedióme lo que al cornudo, que es el postrero que lo sabe. Inventaron, pues, estos diablos una invencion, que el mismo Satanás no hubiera urdido otra semejante, que pide un nuevo capítulo y una nueva atencion.

CAPITULO IV.

Como llevaron á Lázaro por España.

La ocasion hace al ladron: los pescadores echando de ver se les ofrecia tan buena, asiéronla de la melena, y aun de todo el cuerpo. Viendo que acudia tanta gente al nuevo pescado, determinaron desquitarse de la pérdida que habian hecho cortándome la soga del pié, y así enviaron á pedir licencia á los señores inquisidores para mostrar por toda España un pez, que tenia cara de hombre: alcanzáronla con facilidad, por medio de un presente que del mejor pescado que habian cogido hicieron á sus señorías. Cuando el buen Lázaro estaba dando gracias á Dios por haberle sacado del vientre de la ballena (que fué un milagro tanto mayor, cuanto mi industria y saber era menor, nadando como una barra de plomo), tomáronme entre cuatro de aquellos, que parecian mas verdugos de los que crucificaron á Jesucristo, que hombres: atáronme las manos y pusiéronme una barba y casquete de musgo, sin olvidar los mostachos, que parecia salvage de jardin. Envolviéronme los pies en espadañas: víme como trucha montañesa. Lloraba mi desdicha: gemia quejándome de mi hado ó fortuna: decia, ¿qué es esto que tanto me persigues? en mi vida te ví, ni te conozco; pero si por los efectos se rastrea la causa, por lo que de tí he experimentado creo no hay sirena, basilisco, vívora, ni leona parida mas cruel que tú: subes á los hombres con halagos y caricias á la cumbre de tus deleites y riquezas, dejándolos de allí despeñar

en el abismo de todas las miserias y calamidades, tanto mayores cuanto tus favores lo habian sido. Oyó mi soliloquio uno de aquelles horreros, y con voz carretil me díjo : Si el señor atun habla mas palabra, le pondrán en sal con sus compañeros, ó lo quemaremos como á mónstruo : los señores inquisidores han mandado, prosiguió, lo llevemos por las villas y lugares de España, á enseñarlo á todos como portento y mónstruo de natura. Yo les juraba que no era atun, mónstruo ni otra cosicosa, mas que hombre, tanto como cualquiera hijo de vecino, y si habia salido de la mar, era por haber caido en ella con los que se ahogaron en la armada de Argel. Eran sordos, y tanto peores, cuanto menos querian entender. Viendo que mis ruegos eran tan perdidos como la legía con que lavan la cabeza al asno, tuve paciencia aguardando á que el tiempo, que todo lo cura, curase mi mal, que procedia de aquellos malditos metamorfosios. Pusiéronme en una media cuba, hecha al modo de un bergantin, que llena de agua, y yo sentado en ella, me llegaba hasta los labios : no me podia levantar en pié por tenerlos atados con una soga de la cual salia un cabo por entre los cellos de aquel pelambre, de suerte que si por malos de mis pecados pipeaba, me hacian dar un camarujo, como rana, y beber mas agua que hidrópico : cerraba la boca hasta que sentia que el que tiraba aflojaba: entonces sacaba la cabeza fuera como tortuga y escarmentaba en la mia propia. Puesto de esta suerte me mostraban á todos, y eran tantos los que acudian á verme (pagando cada uno un cuartillo) que en un dia ganaban doscientos reales. Crecia la codicia á medida de la ganancia, la cual les hizo dudar de mi salud; para conservarla entraron en burco, si seria bueno sacarme las noches del agua, por temer que la mucha humedad y frialdad no me acortase la vida, que ellos querian mas que á la propia (por el provecho que de ella se les seguia). Determinaron estuviese siempre en ella, creyendo que la costumbre se tornaria en naturaleza; de manera que el pobre Lázaro estaba como arroz ó como cáñamo en balsa. A la piadosa consideracion del benigno lector dejo lo que en tal caso podia sentir, viéndome preso con tan extraño género de prision. Cautivo en tierra de libertad y aherrojado por la malicia de aquellos codiciosos titiriteros, y lo peor y que mas sentia era, serme necesario contrahacer el mudo sin serlo, ni aun podia abrir la boca, porque al punto que la abria, estaba tan alerta mi centinela, que sin que nadie lo pudiera ver, me la henchia de agua temiendo no hablase. Mi comida era pan remojado, que los que venian allí echaban para verme comer : de manera que en seis meses que en aquel baño estuve, maldita otra cosa comí : perecia de hambre, mi bebida era agua de la cuba, que por no ser muy limpia, era mas sustanciosa, particularmente que con la frialdad me dieron unas camarillas, que me duraron lo que me duró aquel purgatorio aguado.

CAPITULO V.

Como llevaron á Lázaro á la corte.

Llevarónme aquellos sayones de ciudad en villa, y de villa en aldea, y de aldea en cortijo, mas alegres con la ganancia que pascua de flores. Burlábanse del pobre Lázaro y cantaban diciendo: ¡Viva, viva el pescado que nos da de comer sin trabajo!

El atahud iba encima de un carro; acompañábanme tres: el carretero, el que tiraba de la cuerda cuando yo queria hablar, y el relator de mi vida: este hacía las arengas contando el extraño modo que habian tenido en pescarme, y mintiendo mas que sastre en víspera de Pascua. Cuando caminábamos por despoblados, me permitian hablar, que fué la mayor cortesía que dellos recibí: preguntábales quién diablos les habia puesto en la cabeza me llevasen de aquella manera puesto en piscina. Respondíanme que si no lo hacia así moriria al punto, pues siendo como era pescado, no podia vivir fuera del agua. Viéndolos tan porfiados determiné de serlo, y así me lo persuadia, pues que todos me tenian por tal, creyendo que el agua de la mar me habria mudado, siendo la voz del pueblo, como dicen, la de Dios: y así de allí adelante no hablaba mas que en misa. Entráronme en la corte, donde la ganancia era grande por ser la gente de ella amiga de novedades, á quien siempre acompaña la ociosidad. Entre muchos que vinieron á verme fueron dos estudiantes que considerando por menudo la fisonomía de mi rostro, dijeron á medio tono jurarian en una ara consagrada, que yo no era pescado sino hombre, y que si ellos fueran ministros de justicia sacaran la verdad en limpio, limpiándonos á todos las espaldas con una penca. Rogaba á Dios en mi alma que lo hiciesen, con tal que me sacasen de allí; quise ayudarles, diciendo: Los señores bachilleres tienen razon; mas apenas habia abierto la boca, cuando mi centinela me la habia metido en el agua: los gritos que dieron todos cuando me zambullí (ó me zambulleron) impidió que los buenos licenciados pasasen adelante en su discurso. Echábanme pan, y yo lo despachaba antes que se remojase mucho: no me daban la mitad de lo que comiera. Acordábame de la abundancia de Toledo y de mis amigos los alemanes, y de aquel buen vino que solia pregonar. Rogaba á Dios repitiese el milagro de la cena de Galilea, y que no permitiese que muriese á manos del agua mi mayor enemigo. Consideraba lo que aquellos estudiantes habian dicho, que por el ruido nadie lo entendió: confirméme en que era hombre, y por tal me tuve de allí adelante, aunque mi mujer me habia dicho muchas veces era una bestia, y los muchachos de Toledo me solian decir: Señor Lázaro, encasquétese un poco el sombrero que se le ven los cuernos: todo esto y el llevarme en remojo me habia hecho dudar si era hombre perfecto ó no: mas desde que oí hablar á aquellos benditos zahorís del mundo, no dudé mas en ello, y así procu-

raba librarme de las manos de aquellos caldeos. Una noche en el mayor silencio de ella, viendo que mis guardas dormian á pierna suelta, procuré soltarme, mas por estar las cuerdas mojadas me fué imposible: quise dar voces: pero consideré que no me serviria de nada, pues el primero que las oyese me taparia la boca con un azumbre de agua. Viendo cerrada la puerta á mi remedio, con gran impaciencia empecé á revolcarme en aquel cenagal, y tanto hice y forcejeé que la cuba se trastornó y yo con ella: derramóse toda el agua: viéndome libre grité pidiendo favor: los pescadores despavoridos conociendo lo que yo habia hecho acudieron al remedio que fué taparme la boca, hinchiéndomela de yerba, y para confundir mis voces las daban ellos mayores apellidando justicia, justicia; y diciendo y haciendo tornaron á henchir la cuba de un pozo que allí estaba, con una presteza increible: el huésped salió con una alabarda, y todos los de la posada, cuales con asadores y cuales con palos: acudieron los vecinos y un alguacil con seis corchetes, que por allí acertó á pasar; el mesonero preguntó á los marineros qué era aquello: respondieron ser ladrones que les querian hurtar su pez: él como un perdido gritaba: ¡A los ladrones, á los ladrones! unos miraban si saldrian por la puerta ó si saltarian de un tejado á otro: ya mis custodios me habian tornado á la tina. Sucedió que el agua que de ella se habia derramado cayó toda por un agujero á un aposento mas bajo, sobre una cama donde dormia la hija de casa; la cual movida de caridad habia acogido en ella á un clérigo que para su contemplacion habia venido á aposentarse allí aquella noche. Espantáronse tanto del diluvio del agua que sobre su cama caia, y de las voces que todos daban, que sin saber qué hacer, se echaron por una ventana desnudos como Adan y Eva, pero sin hojas de higuera en sus vergüenzas. Hacia una luna muy clara, que su claridad podia competir con la del que se la daba; al punto que los vieron, apellidaron: ¡Ladrones, tengan los ladrones! Los corchetes y alguacil corrieron tras ellos, y á pocos pasos los alcanzaron, porque como iban descalzos, las piedras no les dejaban huir; y sin ser oidos ni vistos los llevaron á la cárcel. Los pescadores salieron muy de mañana de Madrid á Toledo sin saber lo que Dios habia hecho de la simple doncellita y del devoto clérigo.

CAPITULO VI.

Como llevaron á Lázaro á Toledo.

La industria de los hombres es vana: su saber, ignorancia, y su poder flaqueza, cuando Dios no le fortalece, enseña y guia. Mi trabajo sirvió solo de acrecentar el cuidado y solicitud de mis guardas, los cuales enojados del asalto de la noche pasada, me dieron tantos palos por el camino, que me dejaron casi por muerto, diciendo: Maldito pescado, ¿queriais iros? ¿no conoceis el bien que os hacen en no mataros? sois como la encina, que no dais el fruto sino á palos. Molido, reprendido y

muerto de hambre, me entraron en Toledo: aposentáronse junto á Zocodover en casa de una viuda, cuyos vinos solia yo pregonar. Pusiéronme en una sala baja, adonde acudia mucha gente. Entre otros vino mi Elvira con mi hija de la mano: cuando la ví no pude detener dos hilos de lágrimas que rebentaron de mis ojos. Lloraba y suspiraba, pero entre cuero y carne, porque no me privasen de lo que tanto amaba, y de la vista de lo que quisiera tener mil ojos para ver; aunque fuera mejor que los que me privaban de la palabra lo hicieran de la potencia visiva, porque mirando atentamente á mi mujer, la ví, ¡no sé si lo diga!... víla la tripa á la boca: quedé espantado y atónito; aunque si tuviera juicio no tenia de qué, pues el arcipreste mi señor me habia dicho cuando salí de aquella ciudad para la guerra, haria con ella como si fuera suya propia. De lo que mas me pesaba era de no poder persuadirme estaba preñada de mí, pues habia mas de un año que estaba ausente. Cuando moraba con ella y viviamos en uno, y me decia: Lázaro, no creas te haga traicion, porque si lo crees, haces muy mal, quedaba tan satisfecho, que huia de pensar mal de ella, como el diablo del agua bendita: pasaba la vida alegre, contento y sin celos, que es enfermedad de locos. Muchas veces he considerado entre mí, que esto de hijos consiste en la aprension; porque ¡cuántos hay que aman á los que piensan serlo suyos sin tener mas de ellos que el nombre! ¡y otros que por alguna quimera que se les pone en el capricho, los aborrecen por imaginar que sus mujeres les han puesto la madera tinteril en la cabeza! Comencé á contar los meses y dias; hallé cerrado el camino de mi consolacion: imaginé si mi buena consorte estaba hidrópica: duróme poco esta pia meditacion, porque al punto que de allí salió, comenzaron dos viejas á decirse una á otra: ¿Qué os parece de la arcipresta? no le hace falta su marido. ¿De quién está preñada? preguntó la otra. ¿De quién? prosiguió la primera: del señor arcipreste, y es tan bueno que por no dar escándalo si pare en su casa sin tener marido, la casa el domingo con Pierres el gabacho, que será tan paciente como mi compadre Lázaro. Este fué el toque y el *non plus ultra* de mi paciencia: comenzóseme á abrir el corazon sudando dentro del agua, y sin poder irme á la mano me caí desmayado en la pocilga: el agua se entraba á mas andar por todas las puertas sin resistencia alguna, dando muestras de estar muerto, harto contra mi voluntad, la cual fué de vivir todo lo que Dios quisiera y yo pudiese, á pesar de gallegos y de la adversa fortuna. Los pescadores afligidos hicieron salir fuera á todos, y con grande diligencia me sacaron la cabeza fuera del agua: halláronme sin pulso, y sin aliento, y sin él se lamentaban, llorando la pérdida que para ellos no era pequeña. Sacáronme fuera de la tina: procuraron hacerme vomitar lo que habia bebido; mas fué en vano, porque la muerte habia cerrado la puerta tras sí. Viéndose en blanco, y aun *in albis*, como domingo de Cuasimodo, no sabian imaginar el remedio, ni aun dar un medio á su pena y fatiga: salió decretado por el concilio de tres, que la noche venida me llevasen al rio y me echasen dentro con una piedra al cuello para que me sirviese de sepulcro la que lo habia hecho de verdugo.

CAPITULO VII.

De lo que sucedió á Lázaro en el camino del rio Tajo.

Ninguno desespere por mas afligido que se vea, pues cuando menos se catará abrirá Dios las puertas y ventanas de su misericordia, y mostrará no serle nada imposible, y que sabe, puede y quiere mudar los designios de los malos en saludables y medicinales remedios para los que en él confian. Pareciéndoles á aquellos sayones de ramplon, que la muerte no se burlaba, siendo costumbre suya no hacerlo, me metieron en un costal, y atravesándome en un macho, como zaque de vino, ó por mejor decir de agua, estando lleno de ella hasta la boca, se encaminaron por la cuesta del Cármen con mas tristeza, que si llevaran á enterrar al padre que los habia engendrado y á la madre que los parió. Quiso mi buena suerte que cuando me pusieron sobre el mulo, fué de pechos y tripas: como iba boca abajo, comencé á echar agua por ella, como si hubieran levantado las compuertas de una represa ó esclusa. Torné en mi acuerdo y cobrando aliento conocí estar fuera del agua y de aquel desdichado pelambre. No sabia donde estaba, ni adonde me llevaban: solo oí decir: Importa para nuestra seguridad buscar un pozo muy hondo para que no lo encuentren tan presto. Por el hilo saqué el ovillo: imaginándome lo que era, y viendo que no podia ser mas negro el cuervo que las alas, oyendo ruido de gente cerca, dí voces diciendo: ¡Aquí de Dios, justicia, justicia! Los del ruido eran la ronda, que acudieron á mis gritos con las espadas desnudas: reconocieron el costal y hallaron al pobre Lázaro hecho un abadejo remojado. En cuerpo y alma, sin ser oidos ni vistos, nos llevaron á todos á la cárcel: los pescadores lloraban por verse presos, y yo reia por estar libre. Pusiéronlos á ellos en un calabozo y á mí en una cama. A la mañana siguiente nos tomaron nuestros dichos; ellos confesaron la traida y llevada por España, mas que lo habian hecho creyendo era pescado, habiendo para ello pedido licencia á los señores inquisidores. Yo dije la verdad de todo, y como aquellos bellacos me tenian atraíllado y puesto de manera que no podia pipear. Hicieron venir al arcipreste y á mi buena Elvira para probar si era verdad que yo fuese el Lázaro de Tormes que decia: dijo ser verdad que parecia en algo á su buen marido; mas que creia no era él, porque aunque habia sido una gran bestia, ántes seria mosquito que pez, y buey que pescado: diciendo esto y haciendo una grande reverencia se salió. El procurador de mis verdugos requirió que me quemasen, porque sin duda era mónstruo, y que él se obligaba á probarlo. ¡Eso seria el diablo, decia yo entre mí, si hay algun encantador que me persigue, transformándome en lo que le dá gusto! Los jueces le mandaron callar. Entró el señor arcipreste, que viéndome tan descolorido y arrugado, como tripa de vieja, dijo no me conocia en la cara, ni talle. Trújele á la memoria algunas cosas pasadas y muchas se-

cretas, que entre nosotros habian pasado; particularmente le dije se acordase de la noche que vino desnudo á mi cama, diciendo tenia miedo de un duende que habia en su aposento, y se habia acostado entre mi mujer y mí. Él, porque no pasase adelante con las señas, confesó ser verdad que yo era Lázaro su buen amigo y criado. Concluyóse el proceso con el testimonio del señor capitan que me sacó de Toledo y fué de los que se escaparon de la tormenta en el esquife, confesando ser yo en persona Lázaro su criado. Conformóse con esto la relacion del tiempo y lugar en que los pescadores dijeron haberme pescado. Sentenciáronlos á cada uno á doscientos azotes, y su hacienda confiscada, una parte para el rey, otra para los presos, y la tercera para Lázaro. Halláronles dos mil reales, dos mulas y un carro: de que pagadas las costas y gastos, me cupieron veinte ducados. Quedaron los marineros pelados y aun desollados, y yo rico y contento, porque en mi vida me habia visto señor de tanto dinero junto. Fuíme á casa de un amigo, donde despues de haber envasado algunas cántaras de vino para quitar el mal gusto del agua, y puesto á lo de Dios es Cristo, comencé á pensearme como un conde, comiendo como cuerpo de rey, honrado de mis amigos, temido de mis enemigos, y acariciado de todos. Los males pasados me parecian sueño; el bien presente, puerto de descanso, y las esperanzas futuras, paraiso de deleites. Los trabajos humillan, y la prosperidad ensoberbece. El tiempo que los veinte escudos duraron, si el rey me hubiera llamado primo, lo tuviera por afrenta. Cuando los españoles alcanzamos un real, somos príncipes, y aunque nos falte, nos lo hace creer la presuncion. Si preguntais á un mal trapillo quién es, responderos há por lo menos, que desciende de los godos, y que su corta suerte lo tiene arrinconado, siendo propio del mundo loco levantar á los bajos y bajar á los altos; pero que aunque así sea, no dará á torcer su brazo, ni se estimará en menos que el mas preciado, y morirá ántes de hambre, que ponerse á un oficio; y si se ponen á aprender alguno, es con tal desaire que, ó no trabajan, ó si lo hacen, es tan mal, que apenas se hallará un buen oficial en toda España. Acuérdome que en Salamanca habia un remendon que cuando le llevaban algo que remendar, hacia un soliloquio quejándose de su fortuna què le ponia en términos de trabajar en un tan bajo oficio, siendo descendiente de tal casa y de tales padres, que por su valor eran conocidos en España. Pregunté un dia á un vecino suyo, quiénes habian sido los padres de aquel fanfarron: dijéronme que su padre habia sido pisador de uvas, y en invierno matapuercos, y su madre lavavientres: quiero decir, criada de mondonguera Habia yo comprado un vestido de terciopelo raido, y una capa traida de raja de Segovia: llevaba una espada con cuya contera desempedraba las calles. No quise ir á ver á mi mujer cuando salí de la cárcel, por hacerle desear mi visita, y para vengarme del desprecio que habia hecho de mí, en ella: creí sin duda que viéndome tan bien vestido se arrepentiria y recibiria con los brazos abiertos: mas tijeretas eran y tijeretas fueron. Halléla parida y recien casada: cuando me vió dijo gritando: ¡Quítenme de delante á ese pescado mal remojado, cara de ansaron pelado, que sino, por el siglo de mi padre, me levante y le saque los

ojos. Yo con mucha flema la respondí: Poco á poco, señora atizacandiles, que si no me conoce por marido, ni yo por mujer: dénme á mi hija, y tan amigos como ántes: hacienda he ganado, proseguí, para casarla muy honradamente. Pareciame que aquellos veinte ducados habian de ser como las cinco blancas de Juan espera en Dios, que en gastándolas hallaba otras cinco en su bolsa, mas á mí, como era Lazarillo del diablo, no me sucedió así, como se verá en el siguiente capítulo. El señor arcipreste se opuso á mi demanda, diciendo que no era mia, y para prueba de ello me mostró el libro del bautismo, que confrontado con los capítulos matrimoniales, se veia que la niña habia nacido cuatro meses despues que yo habia conocido á mi mujer. Cai de mi asno, en que hasta entónces habia estado á caballo, creyendo ser mi hija la que no lo era. Volví las espaldas tan consolado como si jamas las hubiera conocido. Fuí a buscar á mis amigos, contéles el caso, consoláronme, que fué menester poco para ello. No quise tornar al oficio de pregonero, porque aquel terciopelo me habia sacado de mis casillas. Yéndome á pasear hácia la puerta de Visagra, en la de San Juan de los Reyes, encontré á una antigua conocida, que despues de haberme saludado me dijo, como mi mujer estaba mas blanda despues que habia sabido tenia dineros, particularmente porque el gabacho la habia parado como nueva. Roguéla me contase el caso; ella lo hizo, diciendo que el señor arcipreste y mi mujer se habian puesto un dia á consultar si seria bueno tornarme á recibir á mí y echar el gabacho, poniendo razones en pró y en contra: la consulta no fué tan secreta, que el nuevo velado no la entendiese, el cual disimulando, a la mañana se fué á trabajar al olivar, adonde su mujer y la mia fué á medio dia á llevarle la comida. Él la ató al pié de un árbol, habiéndola primero desnudado, donde le dió mas de cien azotes, y no contento con esto, hizo un lio de todos sus vestidos, y quitándole las sortijas se fué con todo, dejándola atada, desnuda y lastimada, donde sin duda muriera si el arcipreste no hubiera enviado á buscarla. Prosiguió diciendo, creia sin falta, que si yo echaba rogadores me recibirian como ántes, porque ella la habia oido decir: Desdichada de mí, ¿por qué no admití á mi buen Lázaro, que era bueno como el buen pan, nada melindroso, ni escrupuloso, el cual me dejaba hacer lo que queria? Este fue un toque que me trastornó de arriba abajo, y estuve por tomar el consejo de la buena vieja, pero quise comunicarlo primero con mis amigos.

CAPITULO VIII.

Como Lázaro pleiteó contra su mujer.

Somos los hombres de casta de gallinas ponederas, que si queremos hacer algun bien, lo gritamos y cacareamos; pero si mal, no queremos que nadie lo sepa, para que no nos disuadan lo que seria bueno estorbasen. Fuí á ver á uno de mis amigos, y hallé tres juntos, porque despues

que tenia dineros, se habian multiplicado como moscas con la fruta : díjeles mi deseo, que era tornarme con mi mujer, y quitarme de malas lenguas, siendo mejor el mal conocido, que el bien por conocer : afeáronme el caso, diciendo era un hombre que no tenia sangre en el ojo, ni sesos en la cabeza, pues queria juntarme con una ramera, piltrafa, escalentada, mata-candiles, y finalmente, mula del diablo, que así llaman en Toledo á las mancebas de los clérigos. Tales cosas me dijeron y tanto me persuadieron, que determiné de no rogar ni convidar. Echando de ver mis buenos amigos ¡del diablo lo fueran ellos! que su consejo y persuasiones eran eficaces, pasaron adelante diciendo me aconsejaban, como quien tan íntimo lo era suyo, sacase las manchas y quitase el borron de mi honra tornando por ella, pues iba tan de capa caida, dando una querella contra el arcipreste y contra mi mujer, pues todo no me costaria blanca, ni cornado, siendo ellos como eran ministros de justicia. El uno que era un procurador de causas perdidas, me ofrecia cien ducados por mi provecho : el otro como mas entendido por ser un letrado de cantoneras, me decia que si él estuviera en mí pellejo, no daria mi ganancia por doscientos : el tercero me aseguraba (que como corchete que era lo sabia muy bien) haber visto otros pleitos menos claros, mas dudosos, que habian valido á los que los habian emprendido una ganancia sin cuento; cuanto mas que creia que á los primeros encuentros del dómine Bacalarius, me hinchiria á mí las manos, y se las untaria á ellos, porque desistiésemos de la querella, rogándome que tornase con mi mujer, resultándome de ello mas honra y provecho, que no si yo lo hacia. Encarecieron la cura arregostándome con buenas esperanzas. Cogiéronme del pié á la mano, sin saber qué responder á sus argumentos sofísticos, aunque bien se me alcanzaba ser mejor perdonar y humillarse, que no llevar las cosas á punta de lanza, cumpliendo el mandamiento de Dios mas dificultoso, que es el amor á los enemigos, y mas que mi mujer no me habia hecho obras de ello; al contrario, por ella habia comenzado á alzar cabeza y á ser conocido de muchos, que con el dedo me señalaban diciendo : Veis aquí al pacífico Lázaro : por ella comencé á tener oficio y beneficio. Si la hija que el arcipreste decia no ser mia, era ó no, Dios escudriñador de los corazones lo sabe, y podria ser que así como yo me engañé, él pudiera engañarse tambien, como puede suceder que alguno de los que leyendo mis simplicidades, riendo se hinche la boca de agua, y las barbas de babas, sustente á los hijos de algun reverendo; trabaje, sude y afane por dejar ricos á los que empobrecen su honra, creyendo por cierto, que si hay mujer honrada en el mundo es la suya : y aun podria ser que el apellido que tienes, amigo lector, de Cabeza de Vaca, lo hubieses tomado de la de un toro. Mas dejando á cada uno con su buena opinion, todas estas buenas consideraciones no bastaron, y así dí una querella contra el arcipreste y contra mi mujer. Como habia dinero fresco, en veinte y cuatro horas los pusieron en la cárcel, á él en la del arzobispo, y á ella en la pública. Los letrados me decian no reparase en los dineros que me podia costar aquel negocio, pues todo habia de salir de las costilas del dómine : y así por hacerle mas mal, y que fuesen mayores las cos-

tas, daba cuanto me pedian. Andaban listos, solícitos y bulliciosos; sentian el dinero como las moscas la miel; no daban paso en vano. En menos de ocho dias el pleito estuvo muy adelante y mi bolsa muy atras. Las probanzas se hicieron con facilidad, porque los alguaciles que los habian preso, los hallaron en fragante delito y los llevaron á la cárcel en camisa como estaban: los testigos eran muchos, y sus dichos verdaderos. Los buenos del procurador, letrados y escribanos, que conocieron la flaqueza de mi bolsa, comenzaron á desmayar; de suerte, que para hacerles dar un paso, era menester meterles mas espuela que á mula de alquiler. La remision fué tan grande, que conocida por el arcipreste y los suyos, comenzaron á gallear, untándoles las manos y los pies á los suyos: parecian pesas de reloj, que subian á medida que los mios bajaban. Diéronse tal maña, que en quince dias salieron de la cárcel bajo fiado, y en menos de ocho, con testigos falsos condenaron al pobre Lázaro á pedir perdon, en costas y destierro perpétuo de Toledo. Pedí perdon, como era justo lo hiciese, quien con veinte escudos se habia puesto á pleitear con quien los contaba á espuertas. Dí hasta mi camisa para ayuda de pagar las costas, saliendo en porreta á cumplir mi destierro. Víme en un instante rico, pleiteando contra una dignidad de la santa iglesia de Toledo, empresa solo para un príncipe; respetado de mis amigos, y puesto en predicamento de hombre honrado que no sufria moscas en la matadura, y en el mismo me hallé echado, no del paraiso terrenal, cubiertas mis vergüenzas con hojas de higuera, mas del lugar que mas amaba y de donde tantos regalos y placeres habia recibido, cubierta mi desnudez con andrajos, que en unos muladares habia hallado. Acojíme al consuelo comun de todos los afligidos, creyendo que pues estaba en lo mas bajo de la rueda de la fortuna, necesariamente habia de volver á subir. Acuérdome ahora de lo que oí decir una vez á mi amo el ciego, que cuando se ponia á predicar era un águila; que todos los hombres del mundo subian y bajaban por la rueda de la fortuna, unos siguiendo su movimiento, y otros al contrario, habiendo entre ellos esta diferencia: que los que iban segun el movimiento con la facilidad que subian, con la misma bajaban; y los que al contrario, si una vez subian á la cumbre, aunque con trabajo, se conservaban en ella mas tiempo que los otros. Segun esto yo caminaba á pelo y con tanta velocidad, que apenas estaba en lo alto, cuando me hallaba en el abismo de todas las miserias. Víme hecho pícaro de mas de marca, habiendo sido hasta entónces recoleto, pude muy bien decir: Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Encaminéme hácia Madrid pidiendo limosna, que lo sabia muy bien hacer: molinero solia ser, volvíme á mi menester. Contaba á todos mis cuitas, unos se dolian y otros se reian de mí, y algunos me daban limosna; con ella como no tenia hijos ni mujer que sustentar, me sobraba la comida y aun la bebida. Aquel año habian cojido tanto vino, que á las mas puertas que llegaba me decian si queria beber, porque no tenian pan que darme; jamás lo rehusé, y así me sucedió algunas veces en ayunas haber envasado cuatro azumbres de vino, con que estaba mas alegre que moza en víspera de fiesta. Si he de decir lo que siento, la vida picaresca es vida, que

las otras no merecen este nombre: si los ricos la gustasen, dejarían por ella sus haciendas, como hacian los antiguos filósofos, que por alcanzarla, dejaban lo que poseian, digo por alcanzarla, porque la vida filósofa y picaral es una misma; solo se diferencian en que los filósofos dejaban lo que poseian por su amor, y los pícaros sin dejar nada la hallan. Aquellos despreciaban sus haciendas, para contemplar con menos impedimento en las cosas naturales, divinas y movimientos celestes: estos para correr á rienda suelta por el campo de sus apetitos: ellos las echaban en la mar, y estos en sus estómagos: los unos las menospreciaban como caducas y perecederas: los otros no las estimaban, por traer consigo cuidado y trabajo, cosa que desdice de sú profesion; de manera que la vida picaresca es mas descansada que la de los reyes, emperadores y papas. Por ella quise caminar como por camino mas libre, menos peligroso y nada triste.

CAPITULO IX.

Como Lázaro se hizo ganapan.

No hay oficio, ciencia ni arte, que si se ha de saber con perfeccion, nò sea necesario emplear la capacidad del mas agudo entendimientò del mundo: á un zapatero que haya ejercitado treinta años su oficio, decidle que os haga unos zapatos anchos de puntas, altos de empeine y cerrados de lazo: ¿harálos? Primero que os haga un par como le pedis, os perderá los pies. Preguntad á un filósofo, porqué las moscas cagan en lo blanco negro, y en lo negro blanco: pararse há tan colorado, cómo moza á quien se lo vieron afeitar á la candela, y no sabrá qué responder; y si á esto responde, no lo hará á otras mil niñerías.

Encontré junto á Illescas un archipícaro, conocílo por la punta: mė llegué á él como á un oráculo, para preguntarle el cómo me habia dė gobernar en la nueva vida sin perjuicio de barras: respondióme, que si queria salir limpio de polvo y paja, juntase á la ociosidad de María, el trabajo de Marta: á saber que con ser pícaro añadiese serlo de cocina, del mandil, del rastro, ó de la soguilla, que era como poner una salvaguardia á la picardía. Díjome mas; que por no haberlo hecho así al cabo de veintė años que ejercitaba su oficio, el dia anterior le habian dado doscientos por holgazan: agradecíle el aviso y tomé su consejo. Cuando llegué á Madrid compré una soguilla, con que me puse en medio de la plaza, mas contento que gato con tripas. Dios y en hora buena, el primero que me engüeró fué una doncella (él me perdone si miento) de hasta diez y ocho años, mas relamida que monja novicia; díjome la siguiese; llevóme por tantas calles que pensé lo habia tomado á destajo, ó que se burlaba de mí: á cabo de rato llegamos á una casa, que en el postiguillo, patio y mujercillas que allí bailaban, conocí ser del partido:

entramos en su celda, donde me dijo si queria me pagase de mi trabajo antes que de allí saliese : respondile, bastaba cuando llegásemos á donde llevaba el lio : cargué con todo, y encaminándose á la puerta de Guadalajara, allí me dijo se habia de poner en un carro para ir á la feria de Nájera. La carga era ligera, por ser lo mas de ella salserillas, redomas de aceites y aguas : en el camino supe usaba de aquel oficio. El primero que me dió canilla, dijo ella, fué el padre rector de Sevilla, de donde soy natural, el cual lo hizo con tanta gracia, que desde aquel dia le soy muy devota : encomendóme á una beata con quien estuve bien proveida de lo necesario mas de seis meses : de allí me sacó un capitan llevándome de ceca en meca, y de zoca en colodra hasta donde me veis : ¡y pluguiera á Dios jamas hubiera salido de la proteccion de aquel buen padre que me trataba como á hija y me amaba como si fuera su hermana! al fin me ha sido necesario trabajar para ganar mi vida. En estas llegamos al carro que estaba para partir, puse en él lo que llevaba, pidiéndole me pagase mi trabajo. La descosida dijo, que de muy buena gana, y levantando el brazo me dió tan gran bofetada, que me echó en el suelo, diciendo : ¿Es tan bozal que pide dineros á las de mi oficio? ¿no le dije antes que partiésemos de la casa llana, se pagase en mí si queria? Saltó en el carro como un caballejo; picó dejándome picado : quedé mas corrido que mona, sin saber lo que me habia sucedido, considerando que si el fin de aquel oficio era tal como el principio, medraria bien al cabo del año. No me habia apartado de allí, cuando llegó otro carro que venia de Alcalá de Henares. Saltaron en tierra los que venian dentro, que todos eran putas, estudiantes y frailes. Uno de la órden de San Francisco, me dijo si le queria hacer caridad de llevarle su hato hasta su convento : díjele con alegría que sí, porque bien eché de ver que no me engañaria como habia hecho la berrionda. Carguémele, y era tan pesado, que ápenas lo podia llevar; mas con la esperanza de la buena paga me esforcé. Llegué al monasterio muy cansado, porque estaba léjos : tomó el fraile su lio, y diciendo : Sea por el amor de Dios, cerró tras sí la puerta : aguardé allí hasta que saliese á pagarme; mas viendo que tardaba, llamé á la portería. Salió el portero preguntándome lo que queria : díjele me pagase el porte del hato que habia traido. Respondióme fuese con Dios que ellos no pagaban nada, y cerró la puerta diciendo no llamase mas, porque era hora de silencio, y que si lo hacia me daria cien cordonazos : quedéme helado. Un pobre de los que estaban en la portería me dijo : Hermano, bien se puede ir, que estos padres no tocan dineros, porque viven de mogollon. Ellos, repliqué, pueden vivir de lo que quisieren, que mi trabajo me pagarán, ó yo no seré quien soy. Torné á llamar con gran cólera : salió el lego motilon con mayor, y sin decir qué haces ahí, me dió un rempujon, que me echó en el suelo como si fuera pera madura, y poniéndose de rodillas sobre mí, me dió media docena de rodillazos y otros tantos cordonazos, con que me dejó magullado, como si hubiera caido sobre mí la torre del reloj de Zaragoza. Quedéme allí tendido mas de media hora sin poderme lavantar : consideraba mi mala dicha, y las fuerzas de aquel irregular tan mal empleadas, que mejor estuviera sirviendo al

rey nuestro señor, que no comiendo las limosnas de los pobres; aunque ni para aquello son buenos, porque son carnes holgazanas. El emperador Carlos V mostró bien esto, cuando el general de los franciscos le ofreció veinte y dos mil frailes para la guerra, que no pasasen de cuarenta años, y que llegasen á los veinte y dos. El invicto emperador respondió que no los queria, porque habria menester veinte y dos mil ollas todos los dias para sustentarlos: dando á entender, ser mas hábiles para comer que para trabajar. ¡Dios me lo perdone! que desde aquel dia aborrecí tanto á estos religiosos legos que me parecia cuando los veia ver un zángano de colmena, ó una esponja de la grasa de la olla. Quise, pues, dejar aquel oficio, mas aguardé pasasen las veinte y cuatro horas.

CAPITULO X.

De lo que sucedió á Lázaro con una vieja alcahueta.

Desmayado y muerto de hambre me fuí poco á poco la calle adelante, y pasando por la plaza de la Cebada encontré una vieja rezadora con mas colmillos que un jabalí. Llegóse á mí diciendo, que si queria llevarle un cofre á casa de una amiga suya que estaba cerca de allí, me daria cuatro cuartos. Cuando lo oí dí gracias á Dios que de una boca tan hedionda como la suya salia una tan dulce palabra como era que me daria cuatro cuartos: díjele que sí, de muy buena gana, aunque mas buena era la de empuñar aquellos cuatro cuartos, que no de llevar carga, pues mas estaba para ser llevado que para llevar. Cargué el cofre con gran dificultad, porque era grande y pesado: díjome la buena vieja lo llevase con tiento, porque habia dentro unas redomas de aguas que las estimaba en mucho. Respondíla no tuviese miedo, que yo iria poco á poco; porque aunque quisiera no pudiera hacer otra cosa, por estar tan hambriento que apenas podia menearme. Llegamos á la casa donde llevábamos el arcon: recibiéronle con grande alegría, particularmente una doncellita cariampollar y repolluda (que tales sean las musarañas de mi cama, despues de bien harto) la cual con rostro alegre dijo queria guardar el cofre en su retrete. Llevélo á él; la vieja le dió la llave diciéndole lo guardase hasta que volviese de Segovia, adonde iba á visitar una parienta suya, y de donde pensaba volver dentro de cuatro dias. Abrazóla despidiéndose de ella: díjole dos palabras al oido, de que quedó tan colorada la doncella, que parecia una rosa; y aunque me pareció bien, mejor me hubiera parecido si estuviera harto. Despidióse de todos los de aquella casa, pidiendo perdon al padre y á la madre de la niña del atrevimiento: ellos le ofrecieron su casa para servirse de ella: dióme cuatro cuartos, diciéndome á la oreja, que á la mañana siguiente volviese á su casa y me haria ganar otros tantos. Fuíme mas alegre que una Pascua, y que dia de San Juan: cené con los tres, guardando uno para pagar la cama. Consideraba

la virtud del dinero, que al punto que aquella vieja me dió aquellos pocos cuartos, me hallé mas ligero que el viento, mas esforzado que Roldan y mas fuerte que Hércules. ¡Oh dinero que no sin razon la mayor parte de los hombres te tienen por dios! Tú eres la causa de todos los bienes, y el que acarreas todos los males. Tú eres el inventor de todas las artes, y el que las conservas en su perfeccion: por tí las ciencias son estimadas y las opiniones defendidas, las ciudades fortalecidas, y sus fuertes torres allanadas, los reinos restablecidos y al mismo tiempo perdidos. Tú conservas la virtud, y tú mismo la pierdes: por tí las doncellas castas se conservan, y las que lo son dejan de serlo: finalmente no hay dificultad en el mundo que para tí lo sea, ni lo mas escondido que no penetres; cuesta que no allanes, ni collado humilde que no ensalces.

Venida la mañana fuí á casa de la vieja, como me lo habia mandado: díjome volviese con ella á traer el cofre que habia llevado el dia ántes. Dijo á los señores de la casa que volvia por él, porque en el camino de Segovia, á media legua de Madrid, habia encontrado á su parienta que venia con la misma intencion que ella, de verla; y que lo habia de menester luego, á causa de la ropa limpia que en él habia, para aposentarla. La niña de la rollona la volvió la llave besándola y abrazándola con mas ahinco que la primera vez; y volviéndose á hablar al oido, me ayudaron á cargar mi cofre, que me pareció mas ligero que el dia ántes porque mi vientre estaba mas lleno. Bajando por la escalera encontré con un estorbo, que el diablo sin duda habia puesto allí; tropecé, y rodando con él bajé hasta el recibimiento donde estaban los padres de la inocente niña. Rompíme las narices y las costillas. Con los golpes que el diablo del arca dió, se abrió y apareció dentro un galan mancebo, con su espada y daga. Estaba vestido de camino; no tenia herreruelo; las calzas y ropilla eran de raso verde, con plumage del mismo color; ligas encarnadas con medias de nácar; zapato blanco y alpargatado. Púsose en pié con buen donaire, y haciendo una grande cortesía y reverencia, se salió por la puerta afuera. Quedaron atónitos de la repentina vision, y mirándose el uno al otro parecian matachines. Habiendo vuelto de su éxtasis, llamaron á gran prisa á dos hijos que tenian, y contándoles el caso con grande alboroto tomaron sus espadas diciendo: ¡Muera muera! salieron á buscar al pisaverde; mas como iba de prisa no le pudieron alcanzar. Los padres que quedaron en casa cerraron la puerta y acudieron á vengarse de la alcahueta, mas esta que habia oido el ruido y sabido la causa, se salió por una puerta falsa siguiéndola siempre la novia. Halláronse burlados y atajados, y bajaron á dar en mí, que estaba derrengado sin poderme mover, que si no fuera por esto hubiera seguido las pisadas del que me causó tanto mal. Llegaron los hermanos sudando y jadeando, jurando y votando que pues no habian alcanzado al infame habian de matar á su hermana y á la tercera; mas cuando les dijeron que se habian ido por la puerta trasera, allí fué el blasfemar, jurar y renegar. El uno decia: ¡Que no encontrára yo ahora aquí al mismo diablo con una caterva infernal para hacer en ellos tanto estrago como si fueran moscas! venid, venid, diablos; ¿mas para qué os llamo? pues cierto

que adonde estais temeis mi cólera y no osareis poneros delante. ¡Si yo hubiera visto aquel cobarde, con solo soplar, lo hubiera aventado adonde jamas se hubieran oido nuevas de él! El otro proseguia: ¡Si le hubiera alcanzado, el mayor pedazo que de él quedára habia de ser la oreja! mas si está en el mundo, y aunque no lo esté, no se escapará de mis manos, porque yo lo buscaré aunque se esconda en las entrañas de la tierra. Estas fanfarronadas y fieros decian, y el pobre Lázaro aguardaba que todos aquellos nublados descargarian sobre él. Mas miedo tenia de los muchachos, que habia diez ó doce, que de aquellos valentones. Chicos y grandes de tropel arremetieron á mí: los unos me daban de coces, los otros de puñadas; estos me tiraban de los cabellos, y aquellos me abofeteaban. No salió en vano mi temor, que las muchachas me metian las agujas de á blanca, que me hacian poner el grito en el cielo: las esclavas me pellizcaban haciéndome ver las estrellas: los unos decian, matémosle; los otros, mejor será echarlo en la letrina. El martilleo era tan grande que parecia majaban granzas, ó mazos de batan, que no cesaban. Viéndome sin aliento, cesaron de herirme, mas no de amenazarme. El padre, como mas maduro, ó como mas podrido, dijo me dejasen, y que si yo decia la verdad de quien era el robador de su honra, no me harian mas mal. No les podia satisfacer su deseo, porque ni sabia quien era, ni lo habia visto en mi vida hasta que salió del ataud: pero como no les decia nada tornaron de nuevo. Allí era el gemir, allí el llorar mi desdicha, allí el suspirar y renegar de mi corta fortuna, pues siempre hallaba nuevas invenciones para perseguirme. Díjeles, como pude, me dejasen, que yo les contaria lo que habia en aquel caso: hiciéronlo, y yo les dije al pié de la letra lo que pasaba; pero no daban crédito á la verdad. Viendo que la tempestad no cesaba, determiné engañarlos, si podia, y así les prometí de enseñarles el malhechor. Cesaron de martillear sobre mí, ofreciéndome maravillas: preguntáronme cómo se llamaba y en donde vivia: respondíles que no sabia el nombre, ni menos el de su calle; pero que si ellos me querian llevar, porque ir por mis pies era imposible, segun me habian maltratado, les enseñaria su casa. Holgáronse de ello; diéronme un poco de vino, con que torné algun tanto en mí, y bien armados me tomaron entre dos, de los sobacos, como á dama francesa, y me llevaron por Madrid. Los que me veian decian: A ese hombre lo llevan á la cárcel, otros, al hospital, y ninguno daba en el blanco. Iba confuso y atónito sin saber qué hacer ni decir, porque si queria llamar ayuda, habian de dar queja de mí á la justicia, que la temia mas que á la muerte: huir era imposible, no solo por el quebrantamiento pasado, pero por ir en medio del padre, hijos y parientes, que para el caso se habian juntado ocho ó nueve, y iban todos como unos San Jorges. Cruzamos calles, pasamos callejas, sin saber adonde estaba, ni adonde los llevaba. Llegamos á la Puerta del Sol, y por una calle que á ella sale, ví venir un galancete pisando de punta, la capa por debajo del brazo, con un pedazo de guante en una mano, y en la otra un clavel, braceando, que parecia primo hermano del duque del Infantado: hacia mil ademanes y contorsiones. Al punto le conocí, que era mi amo el escudero, que me habia hurtado el

vestido en Murcia : y sin duda que algun santo me lo deparó allí (porque yo no habia dejado ninguno en las letanías que no hubiese llamado). Como ví la ocasion que me mostraba su calva, asíla del copete, y con una piedra quise matar dos pájaros, vengándome de aquel fanfarron, y librándome de aquellos sayones. Así les dije : Señores, alerta, que el galan robador de vuestra honra viene aquí, que ha mudado de vestido. Ellos ciegos de cólera, sin hacer mas discurso, me preguntaron quién era : señaléselo : arremetieron á él y asiendole de los cabezones le echaron en el suelo, dándole mil coces, puntapies y mojicones. Uno de los mozalvillos, hermano de la doncella, le quiso meter la espada por el pecho; mas su padre lo estorbó, y apellidando á la justicia lo maniataron. Como ví el juego revuelto y que todos estaban ocupados, tomé las de villadiego, y lo mejor que pude me escondí. Mi buen escudero me habia conocido, y pensando que eran algunos deudos mios que le pedian mi vestido, decia : Déjenme, déjenme, que yo pagaré dos vestidos ; mas ellos le tapaban la boca á puñadas. Ensangrentado, descalabrado y molido le llevaron á la cárcel, y yo me salí de Madrid, renegando del oficio, y aun del primero que lo habia inventado.

CAPITULO XI.

Como Lázaro se partió para su tierra, y de lo que en el camino le sucedió.

Quise ponerme en camino, mas las fuerzas no llegaban al ánimo, y así me detuve en Madrid algunos dias; no lo pasé mal porque ayudándome de muletas, no pudiendo caminar sin ellas, pedia limosna de puerta en puerta, y de convento en convento, hasta que me hallé con fuerza de ponerme en camino : dime prisa á ello por lo que oí contar á un pobre, que al sol con otros se estaba espulgando : era la historia del cofre como la he contado, añadiendo que aquel hombre, que habian puesto en la cárcel pensando era el del arca, habia probado lo contrario, porque á la hora que habia pasado el caso, estaba ya en su posada, y persona del barrio le habia visto con otro vestido del con que lo habian prendido; mas que con todo eso lo habian sacado á la vergüenza por vagamundo, y desterrádolo de Madrid; y así él, como los parientes de la doncella buscaban un ganapan, que habia sido el que lo habia urdido, con juramento que el primero que lo encontrase lo habia de acribillar á estocadas. Abrí el ojo, y púseme en uno un parche, rapándome la barba como cucarro : quedé con tal figurilla, seguro de que la madre que me parió no me hubiera conocido. Salí de Madrid con intencion de irme á Tejares por ver si, tornando al molde, la fortuna me desconoceria. Pasé por el Escorial, edificio que muestra la grandeza del monarca que lo hacia (porque aun no estaba acabado) tal que se puede contar entre las maravillas del mundo, aunque no se dirá de que la amenidad del sitio ha convidado á edificarle

allí, por ser la tierra muy estéril y montañosa; pero sí la templanza del aire, que en verano lo es tanto, que con solo ponerse á la sombra no enfada el calor, ni la frialdad ofende, siendo por extremo sano. A menos de una legua de allí encontré con una compañía de gitanos, que en un casal tenian su rancho : cuando me vieron de lejos, pensaron era alguno de los suyos, porque mi traje no prometia menos; mas de cerca se desengañaron. Esquiváronse algun tanto, porque segun eché de ver, hacian una consulta ó leccion de oposicion : dijéronme que aquel no era el camino derecho de Salamanca, pero sí el de Valladolid. Como mis negocios no me forzaban mas á ir á una parte que á otra, díjeles, que pues así era queria antes que volviese á mi tierra ver aquella ciudad. Uno de los mas ancianos me preguntó de donde era, y sabiendo que de Tejares, me convidó á comer por amor de la vecindad de los lugares, porque él era de Salamanca : admití el convite, y por postres me pidieron les contase mi vida y milagros. Hícelo sin hacerme de rogar con las mas breves y sucintas palabras, que cosas tan grandes permitian. Cuando llegué á tratar de la cuba, y de lo que en Madrid me habia sucedido en casa de un mesonero, dióles muy gran risa, particularmente á un gitano y á una gitana, que daban las carcajadas de mas de marca. Comencé á correrme poniéndome colorado : el gitano compatriota que conoció mi corrimiento dijo : No se apure, hermano, que estos señores no se rien de su vida, siendo ella tal, que pide antes admiracion que risa; y pues tan por extenso nos ha dado cuenta de ella, justo es le paguemos en la misma moneda, fiándonos de su prudencia, como él lo ha hecho de la nuestra; y si estos señores me dan licencia contarle hé de donde la risa procedió. Todos le dijeron la tenia, pues sabian que su mucha discrecion y experiencia no le dejarian pasar los límites de la razon. Sepa, pues, prosiguió él, que los que allí rien y carcajean, son la doncella y clérigo, que saltaron por la ventana *in puribus*, cuando el diluvio de su cuba los quiso anegar : ellos, si gustan, le contarán los arcaduces por donde han venido al presente estado. La gitana flamante pidió licencia, captando la benevolencia del ilustre auditorio, y así con voz sonora, reposada y grave relató su historia del modo siguiente : «El dia que salí ó salté, por mejor decir, de casa de mi padre y me llevaron á la trena, me pusieron en un aposento mas oscuro que limpio, y mas hediondo que adornado : al dómine Urvez, que está presente y no me dejará mentir, le metieron en el calabozo, hasta que dijo ser clérigo, que del mismo lo remitieron al señor obispo de anillo, que le dió una muy grande reprension por haberse pensado ahogar en tan poca agua, y haber dado tal escándalo; pero con la promesa que hizo de ser mas cauto, y de atar su dedo de modo que la tierra no supiese sus entradas y salidas, le soltaron mandándole no dijese misa en un mes. Yo quedé en guarda del alcaide, que como era mozo y galan, y yo niña, y no de mal talle, me bailaba el agua delante. La cárcel era para mí jardin y Aranjuez de deleites : mis padres, aunque indignados de mi libertad, hacian lo que podian para que la tuviese; pero en vano, porque el alcaide ponia los medios posibles para que no saliese de su poder. El señor licenciado que está presente andaba al rededor de la cár-

cel como perro de muestra, por ver si podia hablarme; hízolo por medio de una buena tercera, que era un águila en el oficio, vistiéndolo con una saya y cuerpo de una criada suya, y poniéndole un rebozo por la barba como si tuviera dolor de muelas. De la vista resultó la traza de mi salida. La noche siguiente se hacia un sarao en casa del conde de Miranda, y al final habian de danzar unos gitanos. Con ellos se concertó Canil (que así se llama ahora el señor vicario) para que le ayudasen en sus pretensiones: hiciéronlo tan bien, que mediante su industria, gozamos de la libertad deseada, y de su compañía, que es la mejor de la tierra. La tarde antes del sarao hice al alcaide mas monerías que gata tripera, y mas promesas que el que navega con borrasca: obligado de ellas respondió no con menos, rogándome le pidiese, que mi boca seria la medida, como no fuese carecer de mi vista. Agradecíselo mucho, diciéndole que el carecer de la suya seria para mí el mayor mal que me podia venir. Viendo la mia sobre el hito, roguéle que aquella noche, pues podia, me llevase á ver el sarao: parecióle cosa dificultosa; pero por no desdecirse, y porque el cieguecillo le habia tirado una flecha, me lo prometió. El alguacil mayor estaba tambien enamorado de mí, y habia encargado á todas las guardas, y al mismo alcaide tuviesen cuenta con mi regalo, y que ninguno me traspusiese: por hacerlo mas secreto me vistió como page, con un vestido de damasco verde, pasamanos de oro; el bohemio de terciopelo del mismo color, forrado de raso amarillo; una gorra con garzota y plumas, con un cintillo de diamantes; una lechuguilla con puntas de encage; medias pajizas, con ligas de gran balumba; zapatillo blanco picado y espada y daga dorada á lo de aires bola. Llegamos á la sala donde habia infinidad de damas y caballeros: ellos galanes y bizarros, y ellas gallardas y hermosas: habia muchos arrebozados y embozadas. Canil estaba vestido á la valentona, y en viéndome se me puso al otro lado, de manera que yo estaba en medio del alcaide y de él. Comenzó el sarao, donde vi cosas que por no hacer á mi cuento dejaré: salieron los gitanos á bailar y voltear: sobre las vueltas se asieron dos de ellos de palabras, y de unas en otras, desmintió el uno al otro. El desmentido le respondió con una cuchillada en la cabeza, haciéndole echar tanta sangre de ella que parecia habian muerto un buey. Los asistentes, que hasta entónces habian pensado ser burlas, se alteraron, gritando; aquí de la justicia; los ministros de ella se alborotaron; todos los circunstantes metieron mano á las espadas; yo saqué la mia, y cuando me ví con ella en la mano me puse á temblar de miedo de ella. Prendieron al delincuente, y no faltó quien, echado para ello, dijese que estaba allí el alcaide á quien lo podian entregar: el alguacil mayor le llamó para encargarle el homicida. Quisiera llevarme consigo; pero por miedo que no me conociesen me dijo me retirára á un rincon, que me mostró, y que no me apartase de allí hasta que él volviese. Cuando ví aquella ladilla despegada de mí, tomé de la mano al dómine Canil, que estaba sin moverse de mi lado, y en dos brincos salimos á la calle donde hallamos á uno de estos señores, que nos encaminó á su rancho. Cuando el herido, que ya todos tenian por muerto, echó de ver que estaríamos libres, se

levantó diciendo: Señores, basta de burla, que yo estoy sano, y esto no ha sido sino para alegrar la fiesta. Quitóse una caperuza dentro de la cual estaba una vegiga de buey, que encima de un buen casco acerado tenia llena de sangre preparada, y con la cuchillada se habia reventado. Todos comenzaron á reir de la burla, sino el alcaide, para quien fué muy pesada: torció al lugar señalado, y no hallándome en él, comenzó á buscarme preguntando á una gitana vieja si habia visto un page de tales y tales señas. Ella que estaba advertida le dijo que sí, y que le habia oido decir, cuando salió de la mano con un hombre, vámonos á retirar á San Felipe: fuése con grande prisa á buscarme, mas en vano, porque él iba hácia oriente, y nosotros huiamos al occidente. Antes que saliésemos de Madrid, habíamos trocado mi vestido, y del que me dieron, encima doscientos reales: vendí el cintillo en cuatrocientos escudos: dí á estos señores en llegando doscientos, porque así se lo habia prometido Canil. Este es el cuento de mi libertad, si el señor Lázaro quiere otra cosa mande, que en todo se le servirá como su gallarda presencia merece.» Agradecíle la cortesia, y con la mejor que pude me despedí de todos: el buen viejo me acompañó media legua; preguntéle en el camino si los que estaban allí eran todos gitanos nacidos en Egipto: respondióme que maldito el que habia en España, pues que todos eran clérigos, frailes, monjas ó ladrones, que habian escapado de las cárceles, ó de sus conventos; pero que entre todos, los mayores bellacos eran los que habian salido de los monasterios, mudando la vida contemplativa en activa. Tornóse con esto á su rancho, y yo á caballo en la mula de san Francisco me dirigí á Valladolid.

CAPITULO XII.

De lo que le sucedió á Lázaro en una venta, une legua ántes de Valladolid.

Que rumiar llevé para todo el camino de mis buenos gitanos, de su vida, costumbres y tratos. Espantábame mucho cómo la justicia permitia públicamente ladrones tan al descubierto, sabiendo todo el mundo que su trato y contrato no es otro que el hurto. Son un asilo y añagaza de bellacos, iglesia de apóstatas y escuela de maldades; particularmente me admiré de que los frailes dejasen su vida descansada y regalona, por seguir la desastrada y aperreada del gitanismo; y no hubiera creido ser verdad lo que el gitano me dijo, si no me hubiera mostrado á un cuarto de legua del rancho, detras de las paredes de un arrañal, un gitano y una gitana, él rehecho y ella carillena; él no estaba quemado del sol, ni ella curtida de las inclemencias del cielo. El uno cantaba un verso de los salmos de David, y la otra respondia con otro: advirtióme el buen viejo, que aquellos eran fraile y monja, que no habia mas de ocho dias que habian venido á su congregacion con deseo de profesar mas austera vida. Llegué á una venta una legua antes de Valladolid, en cuya puerta ví

sentada á la vieja de Madrid con la doncellita de marras: salió mi galancete á llamarlas para que entrasen á comer; no me conocieron por ir tan disfrazado, siempre con mi parche en el ojo, y mis vestidos á lo bribonesco; mas yo conocí ser el Lázaro que habia salido del monumento que tanto me habia costado. Púseme delante de ellos, para ver si me darian algo; no me podian dar, pues no tenian para ellos. El galan, que habia servido de despensero, fué tan liberal, que para él, para su enamorada y para la vieja alcahueta, habia hecho aderezar un poco de hígado de puerco con una salsa: todo lo que habia en el plato, lo hubiera yo traspalado en menos de dos bocados. El pan era tan negro como los manteles, que parecian túnica de penitente ó barredero de horno. Coma, mi vida, le decia el señor, que este manjar es de príncipes: la tercera comia y callaba por no perder tiempo, y por ver que no habia para tantos envites; comenzaron á fregar el plato que le quitaban el betun: acabada la triste y pobre comida, que mas hambre que hartura les habia causado, el señor enamorado se escusó con decir que la venta estaba mal provista. Viendo que allí no habia nada para mí, pregunté al huésped si habia que comer, díjome que segun la paga: quísome dar una poca de asadura: preguntéle si tenia otra cosa: ofrecióme un cuartillo de cabrito que aquel enamorado no habia querido por ser caro: quise hacerles un fiero, y así dije me le diese: púseme con él á los pies de la mesa, donde era de ver el mirar de ellos: á cada bocado tragaba seis ojos, porque los del enamorado, los de la señora y los de la alcahueta estaban clavados en lo que comia. ¿Qué es esto? dijo la doncella, ¿aquel pobre come un cuartillo de cabrito, y para nosotros no ha habido mas que una pobre patorrilla? El galan respondió habia pedido al huésped algunas perdices, capones ó gallinas, y que habia dicho no tenia otra cosa que darle: yo que sabia el caso, y que por no gastar, ó por no tener de que hacerlo, les habia hecho comer con dieta, quise comer y callar: parecia aquel cabrito piedra iman: cuando menos me caté, los hallé á todos tres encima de mi plato. La sin vergüenza cachondilla tomó un bocado y dijo: Con vuesa licencia, hermano, y ántes de tenerla, ya lo habia metido en la boca. La vieja replicó: No le quiteis á este pecador su comida. No se la quitaré, dijo ella, porque yo se la pienso pagar muy bien; y diciendo y haciendo comenzó á comer con tanta prisa y rabia, que parecia no lo habia hecho en seis dias: la vieja tomó un bocado por probar qué gusto tenia; el galan diciendo, esto les agrada tanto, se hinchó la boca con un tasajo como un puño. Viendo pues que se desmandaba, tomé todo lo que habia en el plato y me lo metí de un bocado: como era tan grande no podia ir atrás, ni adelante. Estando en este conflicto, entraron por la puerta dos caballeros armados con jacos, casquetes y rodelas: traia cada uno un pedreñal al lado, y otro en el arzon de la silla: apeáronse dando las mulas á un criado de á pié: dijeron al huésped si habia algo que comer: él les dijo habia muy buen recado y que entretanto que lo aderezaba, si sus mercedes se servian, podian entrarse en aquella sala. La vieja, que al ruido habia salido á la puerta, entró con las manos en la cara, haciendo mil inclinaciones, como fraile novicio: hablaba por eco; retorcíase hácia una y

otra parte, como si estuviera de parto, dijo lo mas bajo y mejor que pudo : ¡Perdidos somos! los hermanos de Clara, que este era el nombre de la doncelluela, estan en el portal. La mozuela comenzó á desgreñarse y mesarse, dándose tan grandes bofetadas, que parecia endemoniada. El galancete, que era animoso, las consolaba diciendo, no se afligiesen, que donde él estaba no habia de que temer : yo, atisbando, con la boca llena de cabrito, cuando oí que aquellos valentones estaban allí, pensé morir de miedo, y lo hubiera hecho; mas como mi gaznate estaba cerrado, el alma se tornó á su lugar, por no hallar la puerta abierta. Entraron los dos Cides, y al punto que vieron á su hermana y á la alcahueta, dijeron gritando : Aquí estan, aquí las tenemos, aquí morirán. A los gritos fué tal mi espanto, que dí en el suelo : con el golpe eché el cabrito que me ahogaba. Pusiéronse las dos detras del caballerejo, como pollos debajo de las alas de la gallina, cuando huyen del milano : él con gentil ánimo metió mano á su espada, y se fué para ellos con tanta furia, que de espanto se quedaron hechos dos estátuas : heláronseles las palabras en la boca, y las espadas en las vainas. Preguntóles qué querian ó qué buscaban, y diciendo esto arremetió al uno y le sacó la espada, poniéndosela en los ojos, y la otra al otro : á cada movimiento que él hacia con las espadas, temblaban como las hojas en el árbol. La vieja y la hermana que vieron tan rendidos á los dos Roldanes, se llegaron á ellos y los desarmaron : el ventero entró al ruido que todos haciamos (porque ya yo me habia levantado y tenia al uno de la barba). Parecióme aquello á los toros uncidos de mi tierra, que cuando los muchachos los ven huyen de ellos, mas poco á poco se les atreven, y conociendo que no son bravos, ni lo parecen, se les llegan tan cerca, que perdido el temor les echan mil estropajos. Como ví que aquellas madagañas no eran lo que parecian, me animé y acometí á ellos, con mas ánimo que mi mucho temor pasado permitia. ¿Qué es esto? dijo el huésped, ¿en mi casa tanto atrevimiento? Las mujeres, el caballerete y yo comenzamos á gritar, diciendo eran ladrones que nos venian siguiendo para robarnos : el ventero que los vió sin armas, y á nosotros con la victoria, dijo : ¿Ladrones en mi casa? y echó mano de ellos, y ayudándole nosotros los metió en un sótano, sin valerles razon que alegasen en contrario. El criado de los dos, que venia de dar recado á las mulas, preguntó por sus amos, y el ventero le puso con ellos : tomó sus maletas, cojines y porta-manteos, y los encerró; repartiéndonos las armas, como si fueran suyas, no nos pidió nada de la comida por que firmásemos la sumaria que contra ellos habia hecho, en que como ministro de la inquisicion, que decia era, y como justicia de aquel pago, condenó á los tres á galeras perpétuas, y á doscientos azotes al rededor de la venta. Apelaron á la chancillería de Valladolid, adonde el buen mesonero con tres criados suyos los llevaron, y cuando los desdichados pensaron estar delante de los señores oidores, se hallaron delante de los inquisidores; porque el taimado ventero habia puesto en el proceso algunas palabras, que ellos habian dicho contra los oficiales de la santa inquisicion (crímen imperdonable). Pusiéronlos en oscuros calabozos, de donde, como ellos pensaron, no pudieron escribir á su pa-

dre, ni avisar á persona alguna para que los ayudasen, y donde los dejaremos bien guardados para tornar á nuestro huésped, que lo encontramos en el camino. Díjonos como los señores inquisidores le habian mandado hiciese parecer ante ellos á los testigos que firmaban en el proceso; pero que él como amigo nos avisaba nos escondiésemos. La doncellita le dió una sortija que tenia en su dedo, rogándole hiciese de modo que no fuésemos á su presencia: prometióselo: el ladron habia dicho aquello por hacernos huir, porque si quisiesen oir los testigos no se descubriese su bellaquería (que no era la primera). Dentro de quince dias se hizo auto público en Valladolid, donde ví salir entre los otros penitentes á los tres pobres diablos, con mordazas en las bocas, como blasfemos, que habian osado poner la lengua en los ministros de la santa inquisicion, gente tan santa y perfecta como la justicia que administran. Llevaban corozas y un sambenito cada uno, en que iban escritas sus maldades, y las sentencias que por ellas les daban: pesóme de ver aquel pobre mozo de mulas, que pagaba lo que no debia: de los otros no tenia tanta lástima, por la poca que de mí habian tenido: confirmaron la sentencia del huésped, añadiendo á cada uno trecientos azotes, de manera que les dieron quinientos, y los enviaron á galeras, donde se les pasaron los fieros y bravatas. Yo busqué mi fortuna: muchas veces encontré en el prado de la Magdalena á las dos amigas, sin que jamas me hubiesen conocido, ni supiesen que yo las conocia. Al cabo de los pocos dias vi á la doncellica de religiosa en la casa de poco trigo, donde ganaba para sustentar á su respeto y á ella: la vieja ejercitaba su oficio en aquella ciudad.

CAPITULO XIII.

Como Lázaro sirvió de escudero á siete mujeres juntas.

Llegué á Vallodolid con seis reales en la bolsa, porque la gente que me veia tan flaco y descolorido, me daba limosna con mano franca y yo la recibia, no con escasa: fuíme derecho á la ropería, donde por cuatro reales y un cuartillo, compré una capa larga de bayeta, que habia sido de un portugués, tan raida como rota y descosida. Con ella, y con un sombrero alto como chimenea, ancho de ala, como de fraile Francisco, que compré por medio real, y con un palo en la mano, me paseaba por el lugar: los que me veian se burlaban de mí; cada uno me decia su apodo: los unos me llamaban filósofo de taberna; otros: Veis allí á san Pedro vestido en víspera de fiesta; otro: ¡Ah señor ratiño! ¿quiere sebo para sus botas? No faltó quien dijese parecia alma de médico de hospital: yo hacia orejas de mercader y pasaba por todo. A pocas calles andadas encontré con una mujer de verdugado y chapines de mas de marca, puesta la mano en la cabeza de un muchacho, un manto de

soplillo, que la cubria hasta los pechos: preguntóme si sabia de un escudero: respondíle no sabia de otro sino de mí, y que si le agradaba podia disponer como de cosa propia. Concertéme con ella en dame acá esas pajas; prometióme tres cuartillos de racion y quitacion: tomé posesion del oficio dándole el brazo; arrojé el palo, porque no tenia de él necesidad, pues solo lo traia para mostrarme enfermo y mover á piedad. Envió el niño á casa mandándole dijese á la moza tuviese la mesa puesta y la comida aderezada: trújome mas de dos horas de ceca en meca, y de zoca en colodra; á la primera visita que llegamos me advirtió la señora, que cuando ella llegase me habia de adelantar á la casa adonde iba preguntando por la señora ó señor de la casa, y decir Juana Perez, mi señora, que este era su nombre, quiere besar á su merced las manos: advirtióme tambien que jamas me habia de cubrir delante de ella, cuando estuviese parada en alguna parte: díjele que yo sabia la obligacion de un criado, y así cumpliria con ella. Grande era el deseo que tenia de ver la cara de mi ama reciente; mas no podia por ir rebozada: díjome que no me podia tener solo para ella; pero que buscaria algunas vecinas suyas á quien sirviese, entre las cuales me darian la racion que me habia prometido, y que entretanto que todas no concurriesen, que seria con brevedad, ella me daria su parte. Preguntóme si tenia donde dormir; respondíle que no: No os faltará, dijo ella, porque mi marido es sastre y os acomodareis con los mancebos: no podiais, prosiguió, hallar en la ciudad mejor comodidad, porque ántes de tres dias tendreis seis señoras, que cada una os dará un cuarto. Quedé medio atónito de ver la gravedad de aquella mujer, que parecia por lo menos lo era de algun caballero Pardo, ó de algun ciudadano rico: espantóme tambien de ver que para ganar tres pobres cuartillos cada dia, habia de servir á siete mujeres; pero consideré que valia mas algo que nada, y que aquel no era oficio trabajoso, de lo que yo huia como del diablo, porque siempre quise mas comer berzas y ajos sin trabajar, que capones y gallinas trabajando. Dióme el manto y los chapines en llegando á casa, para que los diese á la criada. Ví lo que deseaba: no me dejó de agradar la mujercilla; era briosa, morenica y de buen talle; solo me desagradó que la relucia la cara como cazuela barnizada: dióme el cuarto diciendo acudiese cada dia dos veces, una á las ocho de la mañana, y otra á las tres de la tarde, para ver si ella queria salir de casa. Fuíme á una pastelería, y con un pastel de á cuarto di fin á mi racion. Todo lo demas del dia pasé como camaleon, porque ya habia acabado la limosna que en el camino me habian dado, y no osaba ponerme á pedirla, porque si mi ama lo supiera me comiera. Fuí á su casa á las tres: díjome que no queria salir pero que me advertia que de allí adelante no me pagaria el dia que no saliese, y que si no salia mas de una vez al dia, no me daria mas de dos maravedises; mas me dijo: Que pues ella me daba cama, la habia de preferir á las demas, intitulándome por su criado. La cama era tal, que merecia bien esto y mas: hizome dormir con los aprendices encima de una gran mesa, sin maldita otra cosa, que una manta raida para cubrirnos: pasé dos dias con la miseria que con cuatro maravedises podia comprar: al

cabo de éllos entró en la cofradía la mujer de un zurrador, que regateó mas de una hora los dos ochavos. Finalmente en cinco dias tuve siete amas, y de racion siete cuartos. Comencé á comer espléndidamente, bebiendo, no de lo peor; aunque no de lo mas caro, por no tender la pierna mas de hasta donde llegaba la sábana: las otras cinco dueñas eran una viuda de un corchete; la mujer de un hortelano; una sobrina, que decia ser, de un capellan de las descalzas, moza de buen fregado; y una mondonguera, que era á quien yo mas queria, porque siempre que me daba el cuarto me convidaba con caldo de mondongo: y ántes que de su casa saliese, habia embasado tres ó cuatro escudillas con que pasaba una vida, que Dios nunca me la dé peor. La última era una beata; con esta tenia mas que hacer que con todas, porque jamas hacia sino visitar frailes, con quienes cuando estaba á solas, no habia juglar como ella: su casa parecia colmena: unos entraban, otros salian, y todos le traian las mangas llenas, y á mí, porque fuese fiel secretario, me daban algunos pedazos de carne, que de su racion se metian en las mangas. En mi vida he visto mayor hipócrita que esta. Cuando iba por las calles, no alzaba los ojos del suelo, no se le caia el rosario de la mano, siempre lo rezaba por la calle: todas las que la conocian la pedian rogase á Dios por ellas, pues que sus oraciones eran tan aceptas: ella las respondia era una grande pecadora; y no mentia, que con la verdad engañaba. Cada una de estas mis amas tenia su hora señalada: cuando me decian no querer salir de casa, iba á la otra, hasta que acababa mi tarea: señalábanme el tiempo en que debia volver á buscarlas, y esto sin falta, porque si por malos de mis pecados tardaba un poco, la señora delante de las que estaban en la visita me decia mil perrerías, y me amenazaba, que si continuaba en mis descuidos, buscaria otro escudero mas diligente, cuidadoso y puntual. Quien la oia gritar y amenazar con tanto orgullo, sin duda creia me daba cada dia dos reales, y de salario cada año treinta ducados. Cuando iban por las calles, parecian la mujer del presidente de Castilla, ó por lo menos de un oidor de chancillería. Sucedió un dia, que la sobrina del capellan, y la corcheta, se encontraron en una iglesia, y queriéndose volver las dos á sus casas á un mismo tiempo, sobre á quien habia yo de acompañar la primera, hubo una riña tan grande, que parecia estábamos en el horno (1); tiraban de mí, la una por un cabo, la otra por otro, con tanta rabia que me despedazaron la capa. Quedé en pelota, porque debajo de ella maldita otra cosa tenia, sino un andrajo de camisa, que parecia red de pescar. Los que veian las carnes que por la desgarrada camisa descubria, reian á boca llena: la iglesia parecia taberna. Los unos se burlaban del pobre Lázaro: los otros escuchaban á las dos damas, que desenterraban sus abuelos. Con la prisa que tenia de recoger los pedazos de mi capa, que de maduros se habian caido, no pude escuchar lo que se decian; solo oí decir á la viuda: ¿De

(1) En muchos pueblos hay hornos publicos que llaman de poya, adonde cada vecino puede llevar su pan a cocer, pagando un pequeño estipendio al arrendatario del horno: y como se reunen muchas mujeres, sobre a quien le toca la primera, etc., arman una algazara, y á veces riñas que aturden el barrio. *Nota del editor.*

dónde le viene á la piltrafa tanto toldo? ayer era moza de cántaro, y hoy lleva ropa de tafetan, á costa de las ánimas del purgatorio. La otra le respondia: Ella la muy descosida la lleva de burato, ganada con un *Deo gratias, y sea por amor de Dios*, y si yo era moza de cántaro, ella lo es hoy *de jarro*. Los presentes las separaron, que se habian ya comenzado á asir de la melena. Acabé de recoger los pedazos de mi podre herreruelo, y pidiendo dos alfileres á una que se halló allí, la acomodé como pude, con que cubrí mis vergüenzas: dejélas riñendo y fuíme á casa de la sastresa, que me habia mandado acudiese á acompañarla á las once, porque habia de ir á comer á casa de una amiga suya. Cuando me vió tan mal tratado, me dijo gritando: ¿Pensais ganar mis dineros y venirme á acompañar como un pícaro? con menos de lo que os doy á vos, podria tener otro escudero con calzas atacadas, bragueta, capa y gorra; y vos no haceis sino borrachear lo que os doy. ¡Qué borrachear, decia yo entre mí, con siete cuartos que gano el dia que mas! pasando muchos que mis amas por no pagar un cuarto no querian salir de su casa. Hízome hilbanar los pedazos de mi capa, y con la prisa que se daban, pusieron unos pedazos de abajo arriba: de aquella manera fuí á acompañarla.

CAPITULO XIV.

Donde Lázaro cuenta lo que le pasó en un convite.

Ibamos á paso de fraile convidado, porque la señora temia que no habria harto para ella: llegamos á casa de su amiga, donde habia otras mujeres de las convidadas: preguntaron á mi ama si era yo capaz para guardar la puerta: díjoles que sí: dijéronme: Quedaos, hermano, que hoy sacareis el vientre de mal año. Acudieron muchos galancetes, sacando cada uno de su faltriquera, cual una perdiz, cual una gallina; uno sacaba un conejo, otro un par de palominos: este un poco de carnero: aquel un pedazo de solomo; sin faltar quien sacase longaniza, ó morcilla: tal hubo que sacó un pastel de á real envuelto en su pañuelo: diéronlo al cocinero, y entretanto retozaban con las señoras y daban en ellas como asno en centeno verde: lo que allí pasó, no me es lícito decirlo, ni al lector contemplarlo. Acabada esta comedia, vino la comida: las señoras comieron los *Kyries*, y los galanes bebieron el *Ite missa est*. No quedaba nada en la mesa que las damas no metiesen en sus faltriqueras, envolviéndolo en sus mocadores: sacaron los postres los galanes de las suyas: unos manzanas, otros queso, aceitunas, y uno de ellos, que era el gallo, y el que se las daba con la sastresa, sacó media libra de confitura. Mucho me agradó aquel modo de tener la comida tan cerca de sí, para una necesidad, y propuse de allí adelante hacer tres ó cuatro faltriqueras en las primeras calzas que Dios me deparase, y una deellas de buen cuero bien cosida para meter el caldo, porque si aquellos caba-

lleros, que eran tan ricos y principales, lo traian todo en su faltriquera, y las señoras lo llevaban cosido en las suyas, yo que no era sino un escudero de piltrafas, lo podia bien hacer. Fuímonos á comer los criados, y maldita otra cosa habia para nosotros sino caldo y sopas, que me espantó cómo aquellas damas no se las metieron en las mangas. No habíamos apenas comenzado, cuando oimos gran ruido en la sala donde estaban nuestros amos: disputaban quienes habian sido sus mujeres, y quienes eran los maridos de ellas; dejando atras las palabras vinieron á las manos, y entre col y col lechuga, dábanse puñadas, bofetadas, pellizcos, coces, bocados; desgreñábanse, mesábanse y daban tantos mojicones, que parecian muchachos de aldea cuando van á procesion. La riña se comenzó, segun pude entender, porque algunos de ellos no querian dar ni pagar nada á aquellas señoras, diciéndoles bastaba lo que habian comido. Sucedió que la justicia pasaba por la calle, y oido el ruido, llamaron á la puerta diciendo: Abran á la justicia. Oida esta palabra, huyeron los unos por aquí, los otros por allí: unos dejaban los herreruelos, los otros las espadas: esta dejaba los chapines, aquella el manto: de manera que todos desaparecieron escondiéndose cada uno lo mejor que pudo: yo, que no tenia por qué huir, estúveme quedo, y como era portero abrí, porque no me achacasen hacia resistencia á la justicia. El primer corchete que entró me asió de los cabezones diciendo fuese preso por la justicia: teniéndome asido cerraron la puerta, y fueron á buscar á los que hacian el ruido: no dejaron aposento, retrete, sótano, bodega, desvan ni letrina que no registrasen. Como no hallaron á nadie, me tomaron el dicho, confesé de P á PA los que habia en la compañía, y lo que habian hecho: espantáronse que habiendo tantos como yo decia, no pareciese ninguno; si va á decir la verdad, yo mismo me espanté de ello, habiendo doce hombres y seis mujeres; con mi sencillez les dije (y aun lo creia) que pensaba fuesen trasgos todos los que allí habian estado y hecho aquel ruido: riéronse de mí y el alguacil dijo á los que habian bajado á la bodega, si habian mirado bien todo; hizo encender una hacha y entrando por la puerta vieron rodar una cuba. Espantados los corchetes echaron á huir, diciendo: ¡Por Dios que es verdad lo que este hombre dice, que aquí no hay sino duendes! El alguacil, que era mas astuto, los detuvo diciendo no temia al diablo: fuése á la cuba y destapándola halló dentro un hombre y una mujer: no quiero decir cómo los halló, por no ofender las castas orejas del benigno y escrupuloso lector; solo digo que la violencia de su accion habia hecho rodar la cuba, y fué causa de su desgracia, y de mostrar en público lo que hacian en secreto: sacáronles fuera: él parecia á Cupido con su flecha, y ella á Venus con su aljaba. El uno y el otro desnudos como su madre los parió, porque cuando la justicia llamó estaban en una cama haciendo las paces, y con el alarma no habian tenido lugar de tomar sus vestidos, y por esconderse se habian metido en aquella cuba vacia donde proseguian su devoto ejercicio. Dejó admirados á todos la hermosura de los dos: echáronles dos capas, entregándolos á dos corchetes para que los guardáran: pasaron adelante á buscar á los otros; descubrió el alguacil una tenaja de

aceite, donde halló un hombre vestido: el aceite le llegaba á los pechos: al punto que lo descubrieron quiso saltar fuera, mas no lo hizo tan diestramente que la tenaja y él no diesen en el suelo: saltó el aceite hasta los sombreros de los ministros de justicia, y sin respeto los manchó: renegaban del oficio y aun de la puta que se lo habia enseñado: el aceitado que vió que ninguno le acometia, antes todos huian de él como de apestado, dió á huir: el alguacil gritaba: ¡Ténganlo, ténganlo! mas todos le hacian lugar: fuése por una puerta falsa meando aceite: de lo que sacó de su vestido hizo arder la lámpara de Nuestra Señora de las Congojas mas de un mes. La justicia quedó bañada en aceite; renegaban de quien allí los habia traido, y yo tambien, porque decian era el alcahuete, y como á tal me habian de emplumar; saliéron como buñuelos de la sarten, dejando rastro por donde iban. Estaban tan enojados, que juraron á Dios y á los cuatro sacrosantos Evangelios, habian de hacer ahorcar á todos los que hallasen: temblábamos los presos; fueron á los alhorines á buscar otros: entraron dentro, y de encima de una puerta derramaron una talega de harina con que cegaron á todos los que dentro estaban: daban voces diciendo: ¡Resistencia á la justicia! Si querian abrir los ojos al punto se los cerraban con agua y harina: los que nos tenian nos dejaron para ir á socorrer al alguacil que gritaba como un loco. Apenas habian entrado cuando les taparon los ojos con harina y agua, andaban como gallinas ciegas: encontrábanse los unos con los otros y se descargaban golpes, que se rompian las mejillas, dientes y muelas: como los vimos de vencida dimos todos en ellos, y ellos mismos en sí propios; tanto que de cansados cayeron en el suelo, donde llovian golpes sobre ellos y granizaban coces. No gritaban ni se meneaban, como si estuvieran muertos; si alguno queria abrir la boca para ello, al punto se la hinchian de harina embutiéndolos como á capones en caponera: atámosles las manos y pies, y arrastrando como puercos los llevamos á la bodega, echándoles en el aceite como peces á freir: revolcábanse como lechones en cenagal: cerramos las puertas yéndose cada uno á su casa: el de aquella vino, que estaba en el campo, y hallando las puertas cerradas y que ninguno respondia, porque una sobrina suya, que era la que habia prestado su casa para hacer aquel convite, se habia ido á la de su padre, por temer á su tio, hizo descerrajar las puertas, y cuando vió su casa sembrada de harina y untada de aceite, se enojó tanto que daba voces como un borracho: fué á la bodega donde halló su aceite derramado, y á la justicia que se revolcaba; con la rabia que tenia de ver su hacienda desperdiciada, tomó un garrote y dió tantos palos al alguacil y corchetes, que los dejó medio muertos: llamó á sus vecinos y entre todos los sacaron á la calle; donde los muchachos les tiraban lodo, estropajos y suciedades: estaban tan llenos de harina que nadie los conocia. Cuando tornaron en sí y se vieron en la calle libres, se fueron huyendo: entonces se podia decir, tengan á la justicia que huye: dejaron sus herreruelos, espadas y dagas, sin osar jamas volver por ellas, porque nadie supiese el caso. El amo de aquella casa se quedó con todo, por el daño que habia recibido. Cuando yo salí para irme, encontré con una capa,

no mala : dejé la mia y tomé aquella : daba gracias á Dios que habia salido medrado de aquella jornada (cosa nueva para mí) pues siempre iba con las manos en la cabeza : fuíme á casa de la sastresa : hallé la casa revuelta, y al sastre su marido que la molia á palos, por haber venido sola, sin manto, ni chapines, corriendo por la calle, con mas de cien muchachos tras ella. Llegué á buena hora, porque al punto que el sastre me vió dejó á su mujer, y envistió conmigo dandome una puñada, con que me acabó de quitar los dientes que tenia. Dióme diez ó doce coces que me hicieron vomitar lo poco que habia comido. ¿Cómo, decia, bellaco alcahuete, no teneis vergüenza de venir á mi casa? Aquí pagareis las de antaño y las de ogaño : llamó á sus criados, y trayendo una manta me mantearon tan á su gusto, cuanto á mi pesar : dejáronme por muerto, y como estaba me pusieron en un tablero. Era ya noche cuando torné en mí y me quise menear : caí en tierra, rompiéndome de la caida un brazo : venido el dia, poco á poco me fuí á la puerta de una iglesia, donde con voz lastimosa pedia limosna á los que entraban.

CAPITULO XV.

Como Lázaro se hizo ermitaño.

Tendido en la puerta de la iglesia y haciendo alarde de mi vida pasada, consideraba los infortunios en que me habia visto desde el dia que comencé á servir al ciego hasta el punto en que me hallaba, y sacaba en limpio que por mucho madrugar no amanece mas temprano, ni el mucho trabajar enriquece siempre; y así dice el refran, mas vale á quien Dios ayuda, que no quien mucho madruga : encomendéme á él para que el fin fuera mejor que habia sido el principio y el medio. Estaba junto á mi un hermanuco venerable, barba blanca, báculo y rosario en la mano, en cuyo remate colgaba una calavera, tan grande como de conejo. Como el buen padre me vió aflijido, con palabras dulces y blandas me comenzó á consolar; preguntándome de donde era, y qué sucesos me habian traido á tal término. Contéle con breves y sucintas razones el largo proceso de mi amarga peregrinacion; quedó admirado de oirme, y con piedad y lástima que mostró tener de mí, me convidó con su ermita : acepté el partido, y como pude, que no fué con poca pena, llegamos al oratorio que estaba una legua de allí en una peña : pegado á él habia un aposento con una alcoba y una cama : en el patio estaba una cisterna con fresca agua, de la cual se regaba un huertecillo, mas curioso que grande. Aquí, dijo el buen viejo, há veinte años que vivo fuera del tumulto é inquietud humana : este es, hermano, el paraiso terrestre : aquí contemplo en las cosas divinas y aun humanas : aquí ayuno cuando estoy harto, y como cuando hambriento : aquí velo cuando no puedo dormir, y duermo cuando el sueño me acosa : aquí paso en soledad cuando no tengo com-

pañía, y estoy acompañado cuando no solo: aquí canto cuando estoy alegre, y lloro cuando triste: aquí trabajo cuando no estoy ocioso, y lo estoy cuando no trabajo: aquí pienso en mi mala vida pasada, y contemplo la buena presente: aquí finalmente es donde todo se ignora, y todo se sabe. En el alma me holgaba de oir al chocarrero ermitaño, y así le supliqué me diese alguna noticia de la vida eremítica, porque me parecia la nata de todas. ¿Cómo, respondió él, la mejor? ¡éslo tanto, que solo el que la ha gustado puede saberlo! mas la hora no nos da tiempo para mas, porque se acerca la de comer. Roguéle me curase mi brazo, que me dolia mucho: hízolo con tanta facilidad, que de allí adelante no me hizo mas mal: comimos como reyes, y bebimos como tudescos. Acaba la comida, en medio del dormir de la siesta, comenzó á gritar mi bueno del santero, diciendo: ¡Que me muero! ¡que me muero! levantéme y halléle que queria espirar. Viéndole de aquella manera, preguntéle si se moria, respondióme: Sí, sí, sí; y repitiendo sí falleció dentro de una hora. Víme afligido considerando que si aquel hombre se moria sin testigos podian decir que yo lo habia muerto, y costarme la vida, que hasta entónces con tantos trabajos habia sustentado, y para esto no eran menester muchos testigos, porque mi talle mostraba ser ántes salteador de caminos que hombre honrado. Salí al punto de la ermita, por ver si parecia por allí alguno que fuese testigo de aquella muerte: mirando á todas partes ví un hato de ganado cerca de allí: fuí allá presto (aunque con trabajo por estar molido de la refriega sastresca), hallé seis ó siete pastores, y cuatro ó cinco pastoras á la sombra de unos sauces junto á una fuente despejada y clara: ellos tañian y ellas cantaban: los unos bailaban y los otros tocaban: este tenia de la mano á una, aquel dormia en el regazo de la otra: finalmente pasaban el calor en requiebros y palabras regaladas. Llegué despavorido á ellos, rogándoles que sin dilacion se viniesen conmigo porque el ermitaño se moria: vinieron algunos de ellos, quedando los otros á guardar el rebaño. Entraron en la ermita y preguntaron al buen ermitaño si se queria morir: dijo que sí (y mentia porque él no lo queria, haciánselo hacer contra su voluntad). Como ví que estaba siempre en sus trece de decir que sí, díjele si queria que aquellos pastores sirviesen de albaceas y cabezaleros, respondió sí; preguntéle si me dejaba por su único y legítimo heredero, dijo que sí; proseguí si confesaba que lo que poseia y de derecho podia poseer me lo debia por servicios y cosas que de mí habia recibido, dijo otra vez sí. Aquel quisiera hubiera sido el último cuento de su vida, mas como vi que aun le quedaba aliento, porque no lo emplease en daño, proseguí con mis preguntas, haciendo que uno de aquellos pastores sentase todo lo que decia: hízolo el pastor con un carbon en una pared, porque no habia tintero, ni pluma. Díjele si queria que aquel pastor firmase por él, pues que no estaba para ello, y murió diciendo sí, sí, sí. Dimos órden de enterrarlo, hicimos una sepultura en su huerto (todo con gran prisa porque temia que resucitase); convidé á merendar á los pastores, no quisieron admitirlo, per ser hora de repastar: fuéronse dándome el pésame. Cerré bien la puerta de la ermita y dí vuelta á todo:

hallé una gran tenaja de buen vino, otra de aceite, y dos orzas de miel; tenia dos tocinos, mucha cecina y algunas frutas secas, todo esto me agradaba mucho, mas no era lo que buscaba : hallé sus arcas llenas de lienzo, y en un rincon de una un vestido de mujer : esto me maravilló, y mas de que hombre tan prevenido, no tuviese dineros : quise ir á la sepultura á preguntarle donde los habia puesto : parecióme que despues de habérselo preguntado me responderia : Ignorante, piensas que estando en despoblado, sujeto á ladrones y malandrines, los habia de tener en un cofre á peligro de perder lo que amaba mas que á mi vida. Esta inspiracion, como si realmente la hubiera oido de su boca, me hizo buscar en todos los rincones, y no hallando nada, consideré, si yo hubiese de esconder aquí dineros, para que ninguno los hallase, donde los esconderia. Dije entre mí, en aquel altar; fui á el y levanté el delante altar de la peana, que era de barro y adobes : en un lado ví una rendija por donde podia caber un real de á ocho, la sangre me comenzó á bullir y el corazon á palpitar : tomé una azada, y en menos de dos azadonazos, eché la mitad del altar á tierra, y descubrí las reliquias que allí estaban sepultadas : hallé una olla llena de dineros : contélos y habia seiscientos reales : fué tan grande el contento del hallazgo que pensé quedarme muerto : saquélo de allí, é hice un hoyo fuera de la ermita, donde los enterré, porque si me querian echar de allí, tuviese fuera lo que mas amaba : hecho esto vestíme los hábitos del ermitaño, y fui á la villa á dar noticia de lo que pasaba al prior de la cofradía, no olvidando de tornar á acomodar el altar como ántes estaba. Hallé juntos á los cofrades, de quienes dependia aquella ermita, que era de la advocacion de San Lázaro, de donde conjeturé buen pronóstico para mí : como los cofrades me vieron ya cano y de ejemplar aspecto, que esto es lo que mas importa para tales cargos; aunque hallaron una dificultad, y fué que no tenia barba, porque como habia tan poco que me la habia tundido, no me habia aun nacido, mas esto no obstante, viendo por relacion de los pastores, que el muerto me habia dejado por su heredero, me dieron la tenencia de la capilla. Acuérdome á este propósito de barbas, de una cosa que me dijo una vez un fraile : que en una religion, de las mas reformadas, no hacian superior á ninguno que no fuese bien barbado; y así sucedia que habiendo algunos capaces para ejercitar aquel cargo, lo excluian y ponian en él á otro con tal que tuviese lana (como si el buen gobierno dependiera de los pelos, y no del entendimiento, capacidad y madurez) : amonestáronme viviese con el ejemplo y buena reputacion que mi predecesor habia vivido, siendo tal que todos le tenian por santo. Prometíles vivir como un Hércules : advirtiéronme que no pidiese limosna sino los martes y sábados; porque si la pedia otro dia, los frailes me castigarian : prometíles hacer en todo lo que me ordenasen : particularmente porque no tenia gana de enemistarme con ellos, pues habia gustado á lo que sabian sus manos. Comencé á pedir con un tono bajo, humilde y devoto, como lo habia aprendido en la escuela del ciego : hacia esto, no por necesidad, sino porque es uso y costumbre de mendigantes, que cuanto mas tienen piden mas, y con mas gusto. Las gentes que oian decir, den limosna para la

lámpara del señor san Lázaro y no conocian la voz, salian á las puertas, y viéndome se espantaban : preguntábanme por el padre Anselmo, que así se llamaba el buen Arias; díjeles se habia muerto. Los unos decian : ¡Buen siglo le dé Dios, que tan bueno era! su alma está gozando de la bienaventuranza; otros : ¡Bendito sea él, que tal vida hacia! en seis años no ha comido cosa caliente; aquellos, que se pasaba con pan y agua. Algunas piadosas mentecatas se hincaban de rodillas, invocando al padre Anselmo. Preguntóme una qué habia hecho de su hábito : díjele que era el que yo llevaba : sacó unas tijeras, y sin decir lo que queria, comenzó á cortar un pedazo de lo que primero encontró, que fué de hácia la horcajadura. Como ví que acudia á aquellas partes, comencé á gritar : viéndome tan alborotado, dijo : No se espante, hermano, que no quiero dejar de tener reliquias de aquel bienaventurado, yo le pagaré el daño del hábito. ¡Ay! decian algunos, sin duda que antes de seis meses lo canonizarán, porque ha hecho muchos milagros. Acudió tanta gente á ver su sepulcro, que la casa estaba siempre llena, y así fué necesario sacarlo á un cobertizo que estaba delante de la ermita : de allí adelante no pedia para la lámpara de san Lázaro; pero sí para la del bienaventurado Anselmo. Jamas he podido entender este modo de pedir limosna para alumbrar á los santos, ni quiero tocar esta tecla que sonará mal. No se me daba nada de no ir á la ciudad, porque en la ermita tenia todo lo que queria; mas porque no dijesen que estaba rico, y que por eso no pedia limosna, fuí el dia siguente donde me sucedió lo que verá el que leyere.

CAPITULO XVI.

Como Lázaro se quiso casar otra vez.

Mas vale fortuna que caballo ni mula : al hombre desdichado la puerca le pare perros : muchas veces vemos muchos hombres levantarse del polvo de la tierra, y sin saber cómo se hallan ricos, honrados, temidos y estimados. Si preguntais : ¿Este hombre es sabio? deciros han que como una mula : ¿si es discreto? como un jumento : ¿si tiene algunas buenas perfecciones? como la hija de Juan Pito. ¿Pues de dónde le ha venido tanto bien? responderos han : de la fortuna. Otros por el contrario, que son discretos, sábios, prudentes, llenos de mil perfecciones, capaces para gobernar un reino, se ven abatidos, desechados, pobres y hechos estropajos del mundo; y si preguntais la causa, deciros han : la desdicha los persigue. Esta pienso me seguia y perseguia, dando al mundo un ejemplo y dechado de lo que puede, porque desde que el se fundó no ha habido un hombre tan combatido de esta desdichada fortuna. Iba por una calle pidiendo como solia para el señor san Lázaro, porque en la ciudad no osaba pedir para el beato Anselmo : esto solo era para los bo-

zos y motolitas, que venian á tocar sus rosarios al sepulcro donde, segun su dicho, se hacian muchos milagros. Llegué á una puerta, y haciendo lo que en otras, oí que de una escalera me decian: ¿Porqué no sube, padre? suba, suba: ¿qué novedad es esta? Subí, y en medio de la escalera, que estaba un poco oscura, me asaltaron varias mujeres y niños. Unas se me colgaban del cuello, otras me trababan de las manos, metiéndome las suyas en las faltriqueras: todas me preguntaban la causa de no haberme visto en ocho dias. Cuando hubimos acabado de subir la escalera, y que con la claridad de las ventanas me vieron, se quedaron mirando las unas á las otras hechas matachines: dieron en reir, que parecia lo habian tomado á destajo: ninguna podia hablar: el primero que lo hizo fué un niño, diciendo: ¡Este no es papá! Despues que aquellas grandes crecidas de risa se mitigaron un poco, las mujeres, que eran cuatro, me preguntaron para quién pedia limosna; díjeles que para san Lázaro. ¿Cómo, dijeron ellas, pedis vos? ¿El padre Anselmo está bueno? Bueno, le respondí yo; no le duele nada, porque hace ocho dias que murió. Cuando esto oyeron dispararon á llorar, que si la risa era grande ántes, los llantos eran mayores despues. Estas gritaban, aquellas se mesaban los cabellos, y todas juntas hacian una música tan disonante, que parecian monjas encataradas. Esta decia: ¿Qué haré, desdichada de mí, sin marido, sin amparo y sin consuelo? ¿á dónde iré? ¿quien me amparará? ¡oh amarga nueva! ¿qué desdicha es esta? Aquella lamentando entonaba: ¡Oh yerno mio y mi señor! ¿cómo nos has dejado, sin despedirte de nosotras? ¡oh nietecitos mios huérfanos y desolados! ¿dónde está vuestro padre? Los niños llevaban el tiple de aquella mal acordada música: todos lloraban, todos gritaban: todo era lamentaciones y lástimas. Cuando las aguas de aquel gran diluvio cesaron un poco, se informaron de mí, cómo y de qué habia muerto: contéselo, y el testamento que habia hecho, dejándome por su legítimo heredero. ¡Aquí fué ello! las lágrimas se tornaron en rabias, los lloros en blasfemias y las lástimas en amenazas. Vos sois algun ladron que lo habeis muerto por robarlo; mas no os alabareis de ello, decia la mas moza, que ese ermitaño era mi marido, y estos tres niños sus hijos, y si vos no nos dais toda su hacienda, os haremos ahorcar: y si la justicia no lo hace, puñales y espadas hay con que sacaros mil vidas, si mil vidas tuviéreis. Díjeles como habia buenos testigos, delante de quienes habia hecho testamento. Todas esas, dijeron ellas, son marañas y embustes, porque el dia que vos decis que murió, estuvo aquí, y dijo no tenia compañía. Como ví que el testamento no se habia hecho por ante escribano, y que aquellas mujeres me amenazaban, y por la experiencia que tenia de la justicia y pleitos, determiné hablarles con blandura, por si con ella podia acabar lo que por justicia sabia habia de perder, y tambien porque las lágrimas de la recien viuda me habian atravesado las telas del corazon; y así les dije se sosegasen, que no perderian nada conmigo: que si habia aceptado la herencia habia sido por creer que el muerto no era casado, no habiendo oido decir jamas que los ermitaños lo fuesen. Ellas, pospuesta toda tristeza y melancolía, se comenzaron á reir diciendo, que bien se echaba de ver

ser nuevo y poco experimentado en aquel oficio, pues no sabia que cuando decian un ermitaño solitario, no se entendia haberlo de estar de la compañía de mujeres, no habiendo ninguno que no tuviese una por lo menos, con quien pudiese pasar los ratos que le quedaban desocupados de su contemplacion en ejercicios activos, imitando unas veces á Marta y otras á María, particularmente siendo gente que tenian mas conocimiento de la voluntad de Dios, que quiere que el hombre no esté solo; y así ellos, como hijos obedientes, tenian una ó dos mujeres, que sustentaban, aunque fuese de limosna; y con especialidad aquel desdichado que sustentaba cuatro : á esta pobre viuda : á mí, que soy su madre : á estas dos, que son hermanas, y á estos tres niños, que son sus hijos, ó á lo menos que él tenia por tales. Entónces la que decian era su mujer dijo, que no queria la llamasen viuda de aquel viejo podrido, que no se habia acordado de ella el dia de su muerte, y que aquellos niños, ella juraria no ser suyos, y que desde entónces anulaba los capítulos matrimoniales. ¿Qué contienen esos capítulos, le repliqué yo? La madre dijo : Los capítulos matrimoniales que yo hice cuando mi hija se casó con aquel ingrato, fueron los siguientes : que para decirlos es menester tomar el agua de atras. Estando en una villa llamada Dueñas, seis leguas de aquí, habiéndome quedado estas tres hijas de tres diferentes padres, que segun la mas cierta conjetura, fueron un monje, un abad y un cura, porque siempre he sido aficionada á la Iglesia, me vine á vivir á esta ciudad, por huir y evitar las murmuraciones, que en lugares pequeños nunca faltan. Todos me llamaban la viuda eclesiástica; porque por mis pecados todos eran muertos, y aunque hubo luego otros que entraron en su lugar, eran gente de poco provecho, de menos autoridad, y no queriéndose contentar contentar con la oveja, acometian á las tiernas corderillas. Viendo pues el peligro evidente, y que la ganancia no nos podia pelechar, hice alto, y asenté aquí mi real, donde á la fama de las tres mozuelas, acudieron como mosquitos al tarugo; y de todos, á ningunos me incliné tanto como á los eclesiásticos, por ser gente secreta, rica, casera y paciente. Entre otros llegó á pedir limosna el padre de San Lázaro, que viendo á esta niña le hinchó el ojo, y con su santidad y sencillez me la pidió por mujer; dísela con las condiciones y capítulos siguientes. Primera : que se obligaba á sustentar nuestra casa, y que lo que pudiésemos ganar, seria para vestirnos y ahorrar. Segunda : que si mi hija en algun tiempo tomase algun coadjutor, por ser él algo decrépito, que callaria como en misa. Tercera : que todos los hijos que ella pariese, los habia de tener por propios, á quienes desde luego prometia lo que tenia y podia tener : y si mi hija no tuviese hijos, la hacia su legítima heredera. Cuarta : que no habia de entrar en nuestra casa cuando viese á la ventana jarro, olla, ú otra basija, que era señal que no habia lugar para él. Quinta : que cuando él estuviese en casa y viniese otro, se habia de esconder donde le dijésemos, hasta que el tal se fuese. Sexta y última : que nos habia de traer dos veces á la semana algun amigo ó conocido que hiciese la costa, dándonos un buen *gaudeamus*. Estos son los artículos, prosiguió ella, con que aquel desdichado dió palabra á mi

hija, y ella á él. El casamiento quedó hecho y acabado sin tener necesidad de ir al cura, porque él nos dijo no era menester, pues lo esencial de él consistia en la conformidad de voluntades, é intencion mútua. Quedé espantado de lo que aquella segunda Celestina me decia, y de los artículos con que habia casado á su hija. Estuve perplejo sin saber qué decir, mas ellas abrieron camino á mi deseo; porque la viudeja se me colgó del cuello diciendo : Si aquel desdichado tuviera la cara de este ángel, yo le hubiera amado : y con esto me besó. Tras este beso me entró un no sé qué, que me comencé á abrasar. Díjele que si queria salir del estado de viuda y recibirme por suyo, guardaria no solo los artículos del viejo, mas todos los que quisiere añadir. Contentáronse de ello diciendo, que solo querian les entregase todo lo que en la ermita habia, que ellas lo guardarian; prometíselo, con intencion de encubrir el dinero para una necesidad. La conclusion del casamiento quedó para la mañana siguiente, y aquella tarde enviaron un carro, en que se llevaron hasta las estacas : no perdonaron al lienzo del altar, ni á los vestidos del santo. Yo estaba tan picado, que si me hubieran pedido el ave fénix, ó las aguas de la laguna Estigia, se las hubiera dado. No me dejaron sino una pobre marraga, donde me echase como un perro. Como la señora mi mujer futura, que vino con la carreta, vió que no habia dineros, se enojó porque el viejo le habia dicho que los tenia; mas no donde. Preguntóme si sabia donde estaba el tesoro : díjele que no. Ella como astuta me trabó de la mano para que lo buscásemos : llevóme por todos los rincones y escondrijos de la ermita, sin dejar la peana del altar, y como vió que estaba recien acomodada, concibió mala sospecha. Abrazóme y besóme, diciendo : Mi vida, dime donde estan los dineros, para que con ellos hagamos una boda alegre. Yo lo negué siempre, diciendo que no sabia de dineros. Sacóme de la mano é hizo diésemos una vuelta á la ermita mirándome siempre á la cara, y cuando llegamos donde yo los habia escondido, se me fueron los ojos hácia allá. Llamó á su madre diciendo cavase debajo de una piedra que yo habia puesto : topó con ellos y yo con mi muerte : disimuló diciendo : Veis aquí con que nos daremos buena vida. Hízome mil caricias, y al punto, porque se hacia tarde, se fueron á la ciudad, quedando convenidos que á la mañana yo iria á su casa, donde hariamos la mas alegre boda que jamas se vió. ¡ Plegue á Dios que orégano sea ! decia yo entre mí. Estuve toda aquella noche puesto entre la esperanza y el temor de que aquellas mujeres no me engañasen, aunque me parecia era imposible hubiese engaño en una tan buena cara. Esperaba gozar de aquella polluela, y así la noche me pareció un año. No era aun bien amanecido, cuando cerrando mi ermita me fui á casarme, como quien no decia nada : no me acordaba que lo era : llegué á hora que se levantaban : recibiéronme con tan grande alegría, que me tuve por dichoso, y pospuesto todo temor, comencé á hacer y deshacer en casa, como en propia : comimos tan bien y con tanto gusto, que me parecia estaba en un paraiso. Habian convidado á comer á seis ó siete de sus amigas : despues de comer danzamos, y á mí, aunque no lo sabia hacer, me forzaron á ello. ¡ Era verme bailar, con mis

hábitos de ermitaño, cosa de risa! Venida la tarde, despues de bien cenar y mejor beber, me entraron en un aposento no mal aderezado, donde habia una buena cama. Mandarónme acostar en ella : entretanto que mi esposa se desnudaba, descalzóme una criada, y dijo me quitase la camisa, porque para las ceremonias que se habian de hacer, era menester estar en cueros. Obedecí luego, entraron por el aposento todas las mujeres y mi esposa detras vestida de ceremonia, trayéndole una la cola. Así que llegaron me asieron cuatro de los pies y de los brazos y con grande diligencia me echaron cuatro lazos corredizos, y atando las cuerdas á los cuatro pilares de la cama, quedé aspado, como un san Andres. Comenzaron todas á reir al verme en aquella forma, y trayendo una un caldero de agua del pozo, y otra una olla de agua hirviendo, empezaron á echarme por todo el cuerpo jarros ya de fria, ya de caliente. Yo ponia con esto los gritos en el cielo : ellas me mandaron callar, amenazándome que de otro modo seria mas sério el chasco; y que pensase para qué habia nacido. Luego tomaron una gran Bacía con agua muy caliente y me metieron en ella la cabeza; abrasábame, y lo peor era que si queria gritar me daban tantos repizcos y azotes con los chapines, que tomé por mejor partido sufrir y dejarlas hacer cuanto quisieran : peláronme las barbas, cejas, cabellos y pestañas. Paciencia, decian ellas, que las ceremonias se acabarán presto y gozará de lo que tanto desea. Roguélas que me dejasen, pues el amor se me habia pasado; pero sin hacer caso de mis lamentos, con el tizne de las sartenes me pusieron la cara y todo el cuerpo de modo que me parecia el mismo demonio. Entónces una, la mas vivaracha y desahogada, dijo á las demas : No seria malo llamar á Pierres el capador para que lo hiciese músico. Riyeron todas la ocurrencia, y en particular mi mujer. Se preparaban á ponerlo por obra diciéndome : ¿Creia el dómine ermitaño que no hay mas que casarse, y que todo lo que le deciamos era el evangelio? pues no era ni aun la epístola. ¿De mujeres se fiaba? ahora verá el pago qué lleva. Yo como me ví en un peligro tan inesperado, hice tales esfuerzos que rompi una cuerda con un pilar de la cama, y ellas temiendo acabase de romperla me desataron, y cogiendo las puntas de la manta sobre que estaba tendido, empezaron á mantearme con mucha alegría diciéndome : Estas son las ceremonias con que comienza el casamiento : mañana si quiere volver acabaremos lo demas. Yo estaba tan rendido y quebrantado, que ni aun aliento tenia para hablar. Entónces envuelto en la misma manta me llevaron entre cuatro, léjos de la casa, dejándome en medio de la calle, en donde me amaneció; y los muchachos me comenzaron á correr y hacerme tanto mal, que por huir de su furia me entre en una iglesia y puse junto al altar mayor donde cantaban una misa. Como los clérigos vieron aquella figura, que sin duda parecia al diablo que pintan á los pies de san Miguel, dieron á huir y yo tras ellos por libertarme de los muchachos. La gente de la iglesia gritaba : unos decian, guarda el diablo; otros, guarda el loco; yo tambien gritaba, que ni era diablo, ni loco, sino un pobre hombre á quien sus pecados habian puesto así. Con esto se sosegaron todos : los clérigos tornaron á acabar su misa, y el sacristan me dió un

bancal de una sepultura con que cubrirme. Púseme en un rincon considerando los reveses de la fortuna, y que por donde quiera hay tres leguas de mal camino, y así determiné quedarme en aquella iglesia para acabar allí mi vida, que segun los males pasados no podia ser muy larga, y para escusar el trabajo á los clérigos de que me fuesen á buscar á otra parte despues de mi muerte.

Esta es, amigo lector, en suma la segunda parte de la vida de Lazarillo, sin añadir ni quitar, de lo que de ella oí contar á mi bisabuela. Si te diere gusto, me huelgo, y á Dios.

LA
PICARA JUSTINA,

NOVELA COMPUESTA

POR

El licenciado FRANCISCO LOPEZ DE UBEDA,

NATURAL DE TOLEDO (1).

PROLOGO SUMARIO DE LA PICARA JUSTINA.

Justina fué mujer de raro ingenio, felíz memoria, amorosa y risueña, de buen cuerpo, talle y brio, ojos zarcos, pelinegra, nariz aguileña, y color moreno. De conversacion suave, única en dar apodos : fué dada á leer libros de romance, con ocasion de unos que acaso hubo su padre de un huésped humanista, que pasando por su meson dejó en él libros, humanidad, y pellejo, y así no hay enredo en Celestina, chistes en Momo, simplezas en Lázaro, elegancias en Guevara, chistes en Eufrosina, enredos en Patrañuelo, cuentos en Asno de oro; y generalmente no hay cosa buena en romancero, comedia, ni poeta español, cuya nota aquí no tenga, cuya quinta esencia no saque. La suma de estos tomos véala el lector en una copiosa tabla : mas si con mas brevedad quieres una breve descripcion de quien es Justina, y todo lo que en estos dos tomos se contiene, oye la cláusula siguiente, que ella escribió á Guzman de Alfarache, antes de celebrarse el casamiento :

Yo, mi señor don Pícaro, soy la melindrosa escribana, la honrosa pelona, la manchega al uso, la engulle fisgas, la que contrafisgo, la fisguera, la festiva, la de aires bola, la mesonera astuta, la ogienjuta, la celeminera, la bailona, la espabila gordos, la del adufe, la del rebenque, la carretera, la entretenedora, la aldeana de las burlas, la del amapola, la escalfa fulleros, la adivinadora, la del penseque, la vergonzosa á lo nuevo, la del ermitaño, la encantadora, la despierta dormida, la trueca burras, la envergonzante, la romera pleitista, la del engaño meloso, la mirona, la de Bertol, la vizmadera, la esquilmona, la desfantasmadora, la desenojadora, la de los coritos, la deshermanada, la marquesa de las Motas, la nieta pegadiza; la heredera inserta, la devota maridable, la busca Roldanes, la

(1) El verdadero autor de este libro fué fray Andres Perez, natural de Leon, del órden de Santo Domingo. Escribió tambien la *Vida de san Raimundo de Peñaforte*, que imprimió en Salamanca, año de 1601, unos *Sermones de Cuaresma*, impresos en Valladolid en 1621, y otros *de los santos*, en 1622.

ahidalgada, la alojada, la abortona, la bien celada, la del parlamento, la del mogollon, la amistadera, la santiguadera, la depositaria, la gitana, la palatina, la lloradora enjuta, la del pésame y rio, la viuda con chirimías, la del tornero, la del disciplinante, la paseada, la enseña niñas, la maldice viejas, la del gato, la respostona, la desmayadiza, la dorada, la del novio en pelo, la honruda, la estratagemera, la del serpenton, la del trasgo, la conjuradora, la mata viejos, la barqueada, la loca vengativa, la astorgana, la despachadora, la santiguesa, la de Julian, la burgalesa, la salmantina, la papelista, la escusa barajas, la castañera, la novia de mi señor don Pícaro Guzman de Alfarache, á quien ofrezco cabralgar su picardía, para que dure los años de mi deseo.

Estos epítetos son cifra de los mas graciosos cuentos, aunque no de todos los números, porque son muchos mas; pero porque aquí se ponen tan sucintamente, remito el lector á la tabla.

PRÓLOGO AL LECTOR,

EN EL CUAL DECLARA EL AUTOR EL INTENTO DE TODOS LOS TOMOS Y LIBROS DE LA PÍCARA JUSTINA.

Hombres doctísimos, graves y calificados, en cuya doctrina, erudicion y ejemplo ha hallado el mundo desengaño, las escuelas luz, la cristiandad muro, y la Iglesia ciudadanos, han resistido varonilmente á gentes perdidas, y holgazanas, y á sus fautores, los cuales, con apariencia y máscara de virtud, han querido introducir y apoyar comedias, y libros prófanos, tan inútiles como lascivos, tan gustosos para el sentido, cuan dañosos para el alma. Esta ha sido obra propia de varones evangélicos, los cuales no consienten que la honra propia del evangelio (que consiste en una publicidad y notoriedad famosa) se dé á futiles é impertinentes representaciones de cosas mas dignas de perpetuo olvido que de estamparse en las memorias humanas: y que no es justo que el nombre de libro, que se dió a la historia de la genealogía y predicacion evangélica de Cristo, se aplique á los que contienen cosas tan agenas de lo que Cristo edificó con su doctrina, y pretendió en su venida.

Estos insignes varones han mostrado en esto ser custodios angelicales, que defienden los sentidos, para que por ellos no entre al alma memoria del pecado, ni aun de su sombra, tan dañosa cuan mortífera: han probado ser jardineros del dulcísimo paraiso de Cristo, pues han pretendido que, para que las tiernas plantas (que son los niños cristianos) crezcan en la virtud sin impedimento, no les ocupen, viendo, ó leyendo en su tierna edad cosas lascivas, las cuales, para imprimirse en ellos, halla sus sujetos de cera, y para despedirse, de bronce: hase visto ser leidos en los santos de la Iglesia, y criados á los pechos de su doctrina, sin discrepar un punto de ella, pues por ella han juzgado cuan dañoso es en la Iglesia de Dios usar semejantes libros y asistir á las tales representaciones: han mostrado en esto su modestia, y mortificacion rara, junta con una gran caridad, pues á trueco del universal provecho de las almas, han carecido y querido carecer de estos gustos, siendo ellos los que por la gran capacidad de su ingenio pudieran mejor juzgar de qué cosa sea gusto; si ya no es, que la divina contemplacion, á que son dados, les quita el tener por gustos los que el mundo aprueba por tales; finalmente, entre otras grandes virtudes suyas, dignas de eterna memoria, han mostrado el valor de su cris-

tiano pecho, pues ni el gusto de los potentados holgazanes, que amparan este partido, ni los importunos ruegos, ni promesas de grandes intereses y ofertas, ni la contradicion de sabios placenteros, ha sido parte, para que no contradigan á un tan perjudicial cáncer de la salud del alma, á un hechizo de la carne, á una fantástica ilusion del demonio, y (por decirlo todo) han resistido a un corsario infernal, el cual á trueco de juguetes niñeros compra y cautiva las almas, y las engaña como a negros bozales, obra propia de quien cumple y amplifica la de la redencion de Cristo, y misterios de la redencion de las almas, que fué el fin que trajo á Dios del cielo al suelo, y á ellos á la Iglesia, madre suya, en buena hora y feliz dia.

Mas como sea verdad, que el vicio es el mas valido, y sus defensores mas en número, y la verdad tan atropellada, ya se han introducido tales, y tan raras representaciones, tan inútiles libros, que en la muchedumbre del vulgo, que sigue esta opinion, ha anegado, y ahogado tantos santos consejos, cuales son los que referido tengo de estos santos varones, admitiendo sin distincion alguna cualquier libro, lectura, ó escrito, ó representacion de cualquier cosa, por mas mentirosa y vana que sea; y callo el agravio que hacen (aun los mismos que escriben á lo divino) á las cosas divinas, de que tratan, hinchéndolas de profanidades, y por lo menos de impropiedades y mentiras, con que las cosas de suyo buenas vienen a ser mas dañosas que las que de suyo son dañosas y malas. De aquí infiero, que si el siglo presente siguiera tan docto y sano consejo, como el de estos famosos varones, no me atreviera aun á imaginar el estampar este libro; pero atendiendo á que no hay rincon, que no esté lleno de romances impresos, inútiles, lascivos, picantes, audaces, impropios y mentirosos, ni pueblo donde no se representen amores en hábitos, y trajes, y con ademanes, que incentivan el amor carnal; y por otra parte no hay quien arrastre á leer un libro de devocion, ni una historia de un santo, me he determinado á sacar á luz este juguete, que hice, siendo estudiante en Alcalá, á ratos perdidos, aunque algo aumentado, despues que salió á luz el libro del Pícaro tan recibido. Este hice por me entretener, y especular los enredos del mundo, en que via andar. Esto saldrá á ruego de discretos, é instancias de amigos. Díles el sí, cumplirélo. No mas sí; pero será de manera, que en mis escritos temple el veneno de cosas tan profanas, con algunas cosas útiles y provechosas, no solo en enseñanza de flores retóricas, varia humanidad, y lectura, leyendo en ejercicio toda el arte poética, con raras y nunca vistas maneras de composicion, sino tambien enseñando virtudes y desengaños, emboscados donde no se piensa, usando de lo que los médicos platicamos, los cuales de un simple venenoso hacemos medicamento útil, con añadirle otro simple de buenas calidades, y de esta comistion sacamos una perfecta medicina purgativa, ó preservativa, mas ó menos, segun el temperamento ó comistion que es necesaria.

Si este libro fuera todo de vanidades, no era justo imprimirse; si todo fuera de santidades, leyéranle pocos (que ya se tiene por tiempo ocioso, segun se gasta poco). Pues para que le lean todos, y juntamente parezca bien á los cuerdos y prudentes, y deseosos de aprovechar, dí en un medio, y fué, que despues de hacer un largo alarde de las ordinarias vanidades, en que una mujer libre se suele distraer desde sus principios, añadí, como por via de presuncion, ó moralidad (al tono de las fábulas de Esopo, y geroglíficos de Agaton) consejos y advertencias útiles, sacadas, y hechas á propósito de lo que se dice y trata. No es mi intencion, ni hallarás, que he pretendido contar amores al tono del libro de Celestina; ántes, si bien lo miras, he huido de eso totalmente, porque siempre que de eso trato, voy á la ligera, no contando lo que pertenece á la materia de deshonestidad, sino lo que pertenece á los hurtos ardidosos de Justina, porque en esto he querido persuadir, y amonestar, que ya en estos tiempos las mujeres perdidas no cesan sus gustos, para satisfacer á su sensualidad (que esto fuera menos mal), sino que hacen de esto trato,

ordenándolo á una insaciable codicia de dinero; de modo, que mas parecen mercaderas, tratantes de sus desventurados apetitos, que engañadas de sus sensuales gustos; y no solo lo parece así, pero lo es. demas, que á un hombre cuerdo y honesto, aunque no le entretienen lecturas de amores deshonestos, pero enredos de hurtillos graciosos le dan gusto, sin dispendio de su gravedad, en especial con el aditamento de la resuncion, y moralidad, que tengo dicho: y de este modo de escribir no soy yo el primer autor, pues la lengua latina, entre aquellos en quien era materna, tiene estampado mucho de esto, como se vera en Terencio, Marcial, y otros, á quien han dado benévolo oido muchos hombres cuerdos, sabios y honestos. Pienso, que los que así escriben, añadiendo semejantes resunciones á historias frívolas y vanas, imitan en parte al autor natural, que de la nieve helada y despegadiza saca lana calida, y continuada, y de la niebla húmeda saca ceniza seca, y del duro y desabrido cristal saca menudos y blandos bocados de pan suave. Consulte este libro con algunos hombres espirituales, á quien tengo sumo respeto, y sin cuyo consentimiento no me fiára de mi mismo, y dijeronme de mi libro, que así como Dios permitia males, para sacar de ellos bienes, y junto con el pecado suele juntar aviso, escarmiento, y aun llamamiento de los escarmentados, así (supuesto que en estos tiempos miserables tan desenfrenadamente se apetece la memoria de cosas vanas y profanísimas) es bien que se permita esta historia de esta mujer vana (que por la mayor parte es verdadera, de que soy testigo) con que junto con los malos ejemplos de su vida, se ponga (como aquí se pone) el aviso á los que pretendemos que escarmienten en cabeza agena. Bien se que en otro tiempo no fueran de este parecer, y así me lo dijeron, ni yo sin su parecer me fiara de mi mismo, pero por esta vez probemos, y permitase que pruebe, si acaso tantos como estan resueltos de leer así como así lecturas profanas, y aun deshonestas, leyendo aquí consejos insertos en las mismas vanidades, de que tanto gustan, tornarán sobre sí, y acabaran de conocer los enredos de la vida en que viven, los fines desastrados del vicio, y los daños de sus desordenados gustos: y finalmente, probemos si acaso por aquí conocerán cuan sutil y de poca estima y precio es la vida de los que solo viven á ley de sus antojos, que es la ley que Seneca llamó desleal, y Ciceron ley espuria, ó adúltera.

En este libro hallará la doncella el conocimiento de su perdicion, los peligros en que se pone una libre mujer, que no se rinde al consejo de otros: aprenderan las casadas los inconvenientes de los malos ejemplos, y mala crianza de sus hijas: los estudiantes, los soldados, los oficiales, los mesoneros, los ministros de justicia, y finalmente todos los hombres de cualquier calidad y estado, aprenderán los enredos de que se han de librar, los peligros que han de huir, los pecados que les pueden saltear las almas. Aquí hallaras todos cuantos sucesos pueden venir y acaecer á una mujer libre; y si no me engaño, verás que no hay estado de hombre humano, ni enredo, ni maraña, para lo cual no halles desengaño en esta lectura: aun lo mismo que huele á estilo vano, no saldrá todo junto, atendiendo al gusto propio, y al gusto ageno. No doy este libro por muestra; antes prometo que lo que no está impreso es aun mejor: que Dios comenzó por lo mejor, pero los hombres vamos de menos á mas. Puse dos consideraciones en dos balanzas de un pensamiento: la una fué, que acaso algunos, leyendo este libro, seria posible aprendiesen algun enredo, que no atináran sin la lectura suya. Dióme pena, que sabe el Señor temo el ofender su magestad divina, como al infierno, cuanto y mas ser catedrático, y enseñar á pecar desde la cátedra de pestilencia. Puse en otra balanza, que muchos, y aun todos los que leyeren este libro, sacarán de él antidoto para saber huir de muchas ocasiones, y de varios enredos, que hoy dia la Circe de nuestra carne tiene solapado debajo de sus gustillos y entretenimientos: mas pesó tanto la segunda balanza, que atropelló el peso del primer inconveniente: demas, que ya son tan públicos los pe-

cadores y los pecados, escándalos y malos ejemplos, ruines representaciones de entremeses y aun comedias, alcagueterías y romances, coplas y cartas, cantares, cuentos y dichos, que ya no hay por que temer el poner por escrito en papel lo que con letras vivas de obras y costumbres manifiestas anda publicado, pregonado, y blasonado por las plazas y cantones: que este es el tiempo, en que por nuestros pecados ya los malos pecan tan de oficio, que se precien de pecar, como si cada especie de pecado, cuanto mas enorme y feo es, tanto mas compitiera con la gloria de un famoso artificio, herencia, hazaña, ó valentia muy famosa. Finalmente, pienso (debajo de mejor parecer) ser muy lícito mi intento; y sino, condénense las historias gravísimas, que refieren insignes bellaquerias de hombres facinerosos, lascivos é insolentes. Condénese el procesar á vista de testigos, y de todo el mundo, y el relatar feísimos crímenes y delitos segun y como se hace en las reales salas del crimen, donde reside suma gravedad, acuerdo y peso. Condenense los edictos, en que se hace pública pesquisa de crímenes enormes y graves. Condenense las reprehensiones de los predicadores, que hacen invectivas contra algunos vicios, en presencia de algunos que estan sin memoria é imaginacion de ellos; pero pues esto no se condena, antes es santo y justo, quiero por lo menos se conceda que mi libro es (no digo santo, que eso fuera presuncion loca, ni tal, cual es la menor de las cosas que he referido) pero á lo menos concedase que el permitirse será justo, pues no hay en él número, ni capítulo, que no se aplique á la reformacion espiritual de los varios estados del mundo. Sin esta utilidad tiene mi libro otra, y es, que no piensen los mundanos engañadores que tienen ciencia, que no se alcanze de los buenos y sencillos, por especulacion y buen discurso, ya que no por experiencia: y para conseguir este santo fin, que prometo, habia determinado hacer un tratado al fin de este libro, en el cual pusiese solas las resunciones y aplicaciones al propósito espiritual, y movióme el pretender que estuviese cada cosa por si, y no ocupase un mismo lugar uno que otro; pero mejor mirado, me pareció cosa impertinente: lo uno, porque el mundano, despues de leido lo que á su gusto toca, no hará caso de las aplicaciones ni enseñanzas espirituales, que son muy fuera de su intento, siendo este el mio principal: lo otro, porque despues de leidos tantos números y capítulos, no se podria percibir bien mi suficiente distincion, á donde viere cada cosa: y por esto me determiné de encajar cada cosa en su lugar, que es al fin del capítulo y número, lo cual puse muy breve y sucintamente, no porque sea lo que menos yo pretendo, sino porque, si pusiera esto difusa y largamente, destruyera mi mismo intento, que quien hoy dia dice cosas espirituales larga y difusamente puede entender que no será oido; ca en estos tiempos estas cosas de espíritu, aun dichas brevemente, cansan, y aun enojan. Quiera Dios que yo haya acertado con el fin verdadero, y el pio lector con el que mi buen zelo le ofrece, á honra y gloria de Dios, que es el fin de nuestros fines.

INTRODUCION GENERAL

PARA TODOS LOS TOMOS Y LIBROS,

ESCRITA DE MANO DE JUSTINA,

INTITULADA

LA MELINDROSA ESCRIBANA.

DIVIDESE ESTA INTRODUCION EN TRES LIBROS.

I. DEL MELINDRE AL PELO DE LA PLUMA.

Redondillas.

Cuando comenzó Justina
A escribir su historia, en suma,
Se pegó un pelo á su pluma,
Y al alma y lengua mohina.
  Y con aquesta ocasion
Dice símbolos del pelo,
Y mil gracias muy á pelo
Para hacer su introducion.

Un pelo tiene esta mi negra pluma; ¡ay pluma mia, pluma mía! ¡cuan mala sois para amiga, pues mientras mas os trato, mas á pique estais de prender en un pelo, y borrarlo todo! Pero no se me hace nuevo que me hagais poca amistad, siendo (como lo sois) pluma de pato; el cual, por ser ave que ya mora en el agua como pez, ya en la tierra como animal terrestre, ya en el aire como ave, fué siempre símbolo y figura de la amistad inconstante, si ya no dicen los escribanos del número, y aun los sin número, que con ellos han hecho treguas sus plumas. En fin, señor pelo, no me dejais escribir.

No sé si dé rienda al enojo, ó si saboree el freno á la gana de reirme, viendo que se ha empatado la corriente de mi historia, y que todo pende en el pelo de una pluma de pato. Mas no hay para que empatarme, antes os confieso, pluma mia, que casi me viene á pelo el gustar del que teneis; porque imagino que con él me decis mil verdades de un golpe, y un golpe de mil verdades. Y entendereis el como, si os cuento un cuento que puede ser cuento de cuentos. La prudentísima reina doña Isabel, prez y honor de los dos reinos, queriendo persuadir al rey don Fernando

que cierta derrota y jornada que intentaba era tan contra su gusto cuan contra el buen acierto, volvió los ojos á unas malvas que estaban en el camino, y (mirándolas) le dijo: Señor, si el camino donde estan malvas, y no otra cosa, nos hubiera de hablar en esta ocasion á vos y á mí, ¿de qué tratára? Respondió el rey: Vos lo direis, señora. Entónces dijo la reina: Claro es, que el camino donde solas las malvas sirvieran de lengua, no supieran en esta ocasion decirnos á mí ni á vos otra cosa, sino, mal vas. Volvió la rienda el prudentísimo monarca, y (sonriéndose) dijo á su Isabela: No entendí que las malvas sabian hablar tan á propósito y tan bien. La reina (echando el sello á su prudentísimo discurso y catecismo) dijo: No os espanteis, señor, de que las malvas hablen tan bien, porque los yerros de los reyes (como son personas tan públicas y comunes) por secretos que sean, las piedras los murmuran, y las malvas los pregonan. Dijo la reina por extremo bien; que aun allá fingió el poeta que por do quiera que caminaba Júpiter, rey de los dioses, llevaba delante de sí, como pages de hacha, sol, y luna, y todas las estrellas, para que el mundo y dioses menores viesen los caminos por donde su rey andaba. Y otro pintó á un rey, cargado de los ojos de sus vasallos. Mirad pues, ¡ó pelos de mi pluma! cuanto me honrais, y cuanto os debo, pues para decir mis yerros, mis tachas y mis manchas, haceis lengua de vuestros pelos, como si fueran yerros de real persona, que las malvas los pregonan. Así, que de haberse atravesado este pelo, y de lo que yo alcanzo, por la judiciaria picaral, colijo para conmigo, que mi pluma ha tomado lengua (aunque de borra) para hablarme. Sin duda que me quiere dar matraca, por ver que me hago coronista de mi misma vida. En lo cierto estoy. Como si lo adivinára. Ella es matraca. Al arma, señora pluma. Aquí estoy, y resumo fielmente lo que me decis, porque en pago escribais con fidelidad lo que yo os dijere.

¿Ofrecéisme ese pelo para que cubra las manchas de mi vida, ó decisme (á lo socarron) que á mis manchas nunca las cubrirá pelo? Agradézcoos la buena obra, pero no la buena voluntad, ni menos la sana intencion. Mas entended, que no pretendo (como otros historiadores) manchar el papel con borrones de mentiras, para por este camino cubrir las manchas de mi linage y persona. Antes pienso pintarme tal cual soy, que tan bien se vende una pintura fea (si es con arte) como una muy hermosa y bella. Y tan bien hizo Dios la luna, con que descubrir la noche oscura, como el sol con que se ve el claro y resplandeciente dia. En las plantas hacen labor las espinas, en los tiempos el verano, y en el órden del universo tambien hacen su figura los terrestres y ponzoñosos animales. Y (finalmente) todo lo hizo Dios hermoso y feo. Dígolo á propósito, que no será fuera de él pintar una pícara, una libre, una pieza suelta, hecha dama á puro andar de casa en casa como peon de ajedrez, que todo es de provecho, sino es el unto del moscardon. Los que pretendieren entretenimiento tras el gasto, hallarán el gusto. No quiero, pluma mia, que vuestras manchas cubran las de mi vida, que (si es que mi historia ha de ser retrato verdadero, sin tener que retratar de lo mentido) siendo pícara, es forzoso pintarme con manchas y mechas, pico y picote, venta

y monte, á uso de la mandilandinga. Y entended que las manchas de vida picaresca (si es que se ha de contar y cantar en canto llano) son como las del pellejo de pia, onza, tigre, pórfido, taracea y jaspe, que son cosas las cuales con cada mancha añaden un cero á su valor.

Mas ya querreis decirme, pluma mia, que el pelo de vuestros puntos está llamando á la puerta y al cerrojo de las amargas memorias de mi pelona francesa. Parecéisme al galan, que por quejarse de un golpe de los desvíos presentes y daños pasados de su dama, hizo que le sacasen de invencion, echado en un pelambre, con un mote que decia:

Acordaos de un olvidado,
Que por vos está penado.

Así vos, con ese pelo quereis publicar mi pelona, antes que yo la escriba. Segun eso, ya me parece, señora pluma, que me mandais destocar y poner *in puribus*, como á luchador romano, y que animando vuestros puntos á la batalla (viéndolos con pelo, y á mí sin él) tocais al arma, y les haceis el parlamento, fundándolo en el que se suele platicar en la batalla del ajedrez, que dice: Cuando tuvieres un pelo mas que él, pelo á pelo te pela con él. Confiésoos de plano, señora pluma, que con solo un pelo, que se os ha pegado á los puntos, me llevais conocida ventaja. Y confieso (si ya por tanto confesar no me llaman confesa) que los pelos que de ordinario traigo sobre mí, andan mas sobre su palabra que sobre mi cabeza, que tienen mas de bienes muebles que de raíces, que son como naranjas rojas, puestas en arco triunfal que adornan plantas que no conocen por madres, ni aun por parientas, y son mis cabellos de manera, que si me toco de almirante, temo barajas de poste, no tanto por el chinchon (que como ha tanto que soy condesa de Cabra, no temo golpes de frente) cuanto porque, como mis cabellos son movibles y borneadizos, temo que al primer tope vuelva barras al almirante, y descubra el calvatrueno de mi casquete, el cual como está bruñido sobre negro, parece pavonado, como pomo de espada. Toda esta fanega de confusiones confieso que hay para ello. Digo que sí. Concedo que soy pelona, doscientas docenas de veces. ¿Seré yo la primera, que anocheció sana en España, y amaneció enferma en Francia? ¿Seré yo la primera camuesa, colorada por defuera, y podrida por de dentro? ¿Seré yo el primer sepulcro vivo? ¿Seré yo el primer alcázar, en quien los frontispicios estan adornados de ricos jaspes, pórfidos y alabastros, encubriendo muchos ocultos, embutidos de tosca manpostería, y otras partes tan secretas como necesarias? Seré yo la primera ciudad, de limpias y hermosas plazas y calles, cuyos arrabales son una sentina de mil vascosidades? ¿Seré yo la primera planta, cuya raiz secó y marchitó el roedor caracol? ¿Seré yo la primer mujer, que al pasar el lodo diga las tres verdades de un golpe, cuando enfaldándome por todos lados, diga, muy sucio está esto? Enfin, ¿seré yo la primera fruta que huela bien y sepa mal? No me corro de eso, señora la de los pelos, ántes pretendo descubrir mis males: porque es cosa averiguada que pocos supieran vivir sanos, si no supieran

de lo que otros han enfermado. Que los discretos escriben el arancel de su propia salud en el cuerpo de otro enfermo. Y no hay notomía que menos cueste y mas valga, que la que hace la noticia propia y la experiencia agena. ¿Y piensa el dómine pelo que de eso me corro yo? ¡Dolor de mí, si supieran los señores cofrades del grillimon que me corria yo de pagar culpas oscuras con penas claras! No, mi reina, que ya se sabe que un mismo oficial es el que tunde las cejas y la vergüenza, y de camino, con el tocino de las tijeras, unta las mejillas, para desterrar el rosicler de las corridas. Un clavo saca otro. Como este mal es todo corrimientos, con él se quitan los corrimientos. Y ansí se ve que ningun pelado se corre, por mas que lluevan fisgas y matracas. Otra tecla toque, señor pelo, que esa por mas que se curse nunca me sonó mal. Antes, en buena fe, que me holgase saber si ogaño los señores cofrades publican congregacion, porque como quien soy juro, á lo menos como quien fuí (que el otro juramento daba el golpe en vago), de ir, por honrar su junta, mas cargada de parches por la cara, que si ella fuera privilegio rodado, y ellos sellos pendientes. Desmelenadas, desmelenadas de nosotras, si cuando nuestro gustos dieron al dolor la tenencia de nuestros cuerpos, desterráran para siempre de nuestras almas el consuelo, como si el alma no pudiera, ó no supiera, dar posada á muchos gustos, que vienen en hábito de peregrinos, mientras el cuerpo llora y afana. Sin pelo salí del vientre de mi madre, y sin pelo tornaré á él. Y si alguno pensáre que nací con pelo como hija de salvages, terné el consuelo de la rana. Dicen las fábulas á propósito, de que nadie hay contento con su suerte; que la rana, en realidad de verdad, nació con pelo, pero no tanto, que no naciese con mucha mas envidia que pelo. Y de quien tuvo envidia fué del cisne y de la mosca. Del cisne, porque cantaba dulcemente en el agua, y de la mosca, porque dormia todo el invierno sin cuidado: y así pidió á Júpiter le diese modo como ella durmiese todo el invierno, y cantase todo el verano. El Júpiter oyó benignamente su peticion, y la dijo: Hermana rana, haráse lo que me pedis: mas para conseguir el efecto que pretendeis, es necesario que os pelemos, y del pelo que os quitarémos, se os infundirá una almohada, sobre que durmais todo el invierno, como la mosca, y del mismo pelo os haremos una lengua de borra, con que al verano canteis, no con tanta melodía como el cisne, pero con mas gusto y mejor ocasion, pues él canta para convidar á la muerte; pero vos cantareis para entretener la vida. Pelóse la rana, y el pelarse le valió conseguir su gusto y su peticion. A propósito: los pelados tenemos este consuelo, que si algun tiempo fuimos gente de pelo, y ahora no le tenemos, mas que por la palma (Dios sea loado), podemos decir que del pelo hicimos almohada para dormir, mientras los sanos estan en misa y sermon, imitando las moscas, que todo el invierno son de la cofradía de los siete durmientes, y juntamente hacemos lengua de borra, para decir de todos sin empacho. Y viene esto bien con el refran de los del hospital de la folga en Toledo, que lo dice: Los pelados son hidalgos eclesiásticos, y pájaros harpados. Y dícenlo porque los de nuestra faccion sin pena pierden la misa, y sin

vergüenza la fama. Dicen de todos, mas que relator en sala de crímen, y aun de sí no callan. Y si una vez dan barreno á la cuba del secreto, hasta las heces derrama. Para decir de los otros, son como galeotes en galera, y para pregonar su casa son como gallinas ponedoras, que para un huevo atruenan un barrio. Sor pelo sepa, que si en el discurso de la matraca de la pelona lo quisiéramos meter á voces, no nos faltára como echarlo por la venta de la zarzaparrilla. Mil escapatorias tuviéramos, que sesenta son las especies de las bubas (como las de la locura) y se apela de una para otra, por via de agravio. Y mas yo, que á puro pasar clases, estoy de la otra parte de las bubas; pero no es mi desino que salgan las monas de máscara, sino que se venda cada cosa por lo que es. Si yo quiero, despues de haber sido ladrona del tiempo, predicar el dia de la horca, ¿quién me puede condenar, si no es algun sin alma, que no quiere escarmentar en cabeza agena? El cisne canta su muerte, el cinife los daños de la canícula, la rana los ardores del verano, el carro su carga y su peligro, y el invierno pregona con trompetas y atabales del cielo los rayos y tempestades. Segun esto, ni es injusto, ni indecente, que permitan el cielo, y el suelo, el que sea pregonera de sus males la misma que los labró por sus manos, y que con el mismo estilo con que hablaba, cuando sin sentir nada (ó por sentir demasiado) se le pegó esta roña, diga ahora (á lo pícaro y libre) lo que cuesta el haberlo sido. Así que, para con este artículo de retarme en España lo que pequé en Francia, ya he cumplido. Mas parece que me dice mi pluma que se le ofrece otro escrúpulo, en persecucion de lo que significa el pelo atravesado á tal coyuntura, y es la siguiente.

Díceme mi pelo que me llamo pelona, no por bubosa, sino por pobre. ¡O qué lindo! Hablára yo entre once y mona, cuando contrapuntea el cochino. Sepa, señor pelo, que viene á pospelo esa injuria, y aun no la tengo por tal, ni habrá pícara que tal sienta, porque pobreza y picardía salieron de una misma cantera, sino que la picardía tuvo dicha en caer en algunas buenas manos, que la han pulido, y puesto en mas frontispicios que rotulos de comedias: y á la pobreza la arrimaron en la casa de una viuda vieja y triste, la cual (queriéndola labrar, para sacar de ella un moriero para hacer salsas de viandantes) sacó de ella un cepo de limosna. Y por tanto (como la sangre sin fuego hierve) donde quiera que se encuentran pobreza y picardía, se dan el abrazo que se descostillan. Y yo (que del ripio del mortero de la vieja cogí mas que nadie) tan léjos estoy de correrme de eso, y de que me llameis pelona, que antes es el mote que ciñe el blason de mi gloria, y adorna el feston y cuartel de mis armas. Llamóme pobre y pícara mi pluma. ¡Gran cosa! Como si los pobres no tuvieran la *pia mater* en su sitio. ¿Es porque no tengo mas que unas gerbigillas, y estas ruines? Pues, emperador ha habido tan deserrado, que tenia unos zapatos solos, y para remendarlos, se quedaba en casa hecho pisador de uva, ó torneador de tinteros, que son oficios de á pié mondo. ¿Es porque los pícaros, siempre que comemos, vamos á menos? Pues capitan ha habido, á quien príncipes tributarios suyos le encontraron cenando nabos pasados por agua, dando

en ellos con tal priesa y furia, que se podia decir con toda propiedad, que era la batalla naval. ¿Es porque los pobres traemos el testamento en la uña del meñique? Pues romanos cónsules la habido, para cuyo entierro fué forzoso pedir limosna, sin haber muerto con otra deuda, mas que la del cuerpo á la dura tierra. ¿Ello es, en resolucion, que los pícaros somos pobres, mendigones, menesterosos? ¿Pues no sabes, pluma mia, que la diosa Pandora fué pobre, y por serlo tuvo ventura (y aun accion) á que todos los dioses la contribuyesen galas, cada cual la suya? El pobre sobre todas las haciendas tiene juros, y aun el español tiene votos, porque siempre el pobre español pide jurando y votando. Si juntamente con ser yo pobre, fuera soberbia, tuviera por gran afrenta el llamarme pelona, como tambien la misma diosa tuvo por afrenta que se lo llamasen, cuando (por haber sido pobre y soberbia) la desplumaron y pelaron toda los mismos dioses que la habian dado sus ricas y preciosas plumas, y por afrentoso nombre la llamaron la pelona ó la pelada. Y de ahí ha venido que á algunos pobres hidalgos, que de ordinario traen la bolsa tan llena de soberbia, cuan vacía de moneda, y (piensan que por el barreno del casco han de evaporar el aire, y yerran el golpe) los llaman pelones, porque son pobres pelones como la diosa pelada. Esos se podrán correr del titulillo: pues son pandorgos pelados; pero yo pobreta, que no hay hombre á quien no me someta, no tengo por afrentoso el nombre. Tristes pícaras, si nos preciamos de emplumadas, mal; si de peladas, tambien; digo que del mal lo menos, mas quiero ser pelada que emplumada. Paréceme, señor pelo, que no hay ya que hacer aquí, pues cuanto me ha querido decir no encaja. Podria yo jugar con él al juego que llaman los niños, pelos á la mar, y echarle con un soplo á galeras: y no estoy muy fuera de hacerlo; pero ántes que le dé yo vaya, y se vaya, le quiero hacer una fanega de mercedes, y son: que le doy licencia para que se alabe de que, sin saber lo que ha hecho, me ha hecho sacar del arca un celemin de retórica, porque (con atravesárseme en la pluma, y discurrir los símbolos del pelo y de los pelones) he tenido buena ocasion para pintar mi persona y calidades, lo cual es documento retórico, y necesario para cualquier persona que escribe historia suya ó agena, pues debe en el exordio poner una suma del sujeto cuya es, describiendo su persona y calidades: en especial aquellas que mas á cargo suyo toma el historiador. De manera que mi pluma (aprovechándose de sola la travesía de un pelo) ha cifrado mi vida y persona, mejor y mas á lo breve que el que escribió la Iliada de Homero, y la encerró debajo de una cáscara de una nuez: ni fué mejor abreviado el artífice Mirmecides. Solo un pelo de mi pluma ha parlado que soy pobre, pícara, tundida de cejas y de vergüenza, y que de pura pobre he de dar en comer tierra, para tener mejor merecido que la tierra me coma á mí, que si me rasco la cabeza, no me come el pelo, y segun mi pluma lleva la corriente atrevida y disoluta, á poca mas licencia, la tomáran para ponerme de lodo, porque quien me ha dado seis nombres de P, conviene á saber, Pícara, Pobre, Poca vergüenza, Pelona, y Pelada, que he de esperar, sino que como la pluma tiene la P dentro de su casa, y el alquiler

pagado, me ponga algun otro nombre de P, que me eche á puertas. mas antes que nos pope, quiero soplarle, aunque me llamen soplona.

APROVECHAMIENTO.

De lo que has leido en este número primero (lector cristiano) colegirás que hoy dia se precian de sus pecados los pecadores, como los de Sodoma, que con el fuego de sus vicios merecieron el fuego que les abrasó. Es sin duda que el mundo y el demonio, por fomentar la liga que tiene hecha con la carne nuestra enemiga, acreditan y honran los vicios carnales.

2. DEL MELINDRE A LA MANCHA.

Quintillas.

Por soplar manchó Justina
Saya, tocas, dedos, palma,
Y por el mal que adivina,
Aunque no era tinta fina
Le llegó la mancha al alma.
  Que no hay mas justo recelo
Que temer manchas de lengua,
Pues no hay jabon en el suelo,
Que si te manchan un pelo,
Te pueda sacar la mengua.

¡Ay que me enciende palma, lengua, toca y dedo por quitar un pelo! Ya yo sabia, señora tinta, que vivo en cuaresma, y con velaciones cerradas, sin que ella viniera muy aguda á echar sobre el retablo de mis dedos otro de duelos, con el guardapolvo de su luto. Pues no nos coque, que tiempo hubo en el cual, si yo quisiera, me sobráran sacrismochos, que de un instante á otro me quitáran el guardapolvo, y me pusieran de veinte y cinco. Pasó aquel tiempo, vino otro, no es por culpa mia. Atribúyolo á la fortuna, que es ciega, al tiempo, que es loco, al albedrío humano, que es voltario, y para decir verdad, parte de culpa tienen unos sulquillos que me han salida á la cara, que algunos los llaman rugas, y engáñanse. No solo son, sino que mi rostro es muy blando de corona, y los cabellos soltadizos, que de noche se me han derribado por cuello, cara y frente, me sulcaron la carne, y me dejaron estas señales, y yo de puro enojada contra tan traviesos cabellos, los segué un agosto, y me unté con sangre de morciégalo, porque no naciesen mas cabellos tan villanos, y tan amigos de arar tierra vírgen: y aunque hallé remedio para dar carta de lasto á mis cabellos, no le he descubierto para embeber estas alforzas ó bregaduras del rostro, que parece ojaldrado. Una bruja me dijo que no se me diese nada, que diz que las rayas de mi rostro no se me echaban de ver mas que por la palma. Tómame el consuelo, como si en la palma no se vieran las rayas. Ahora bien, pasé de la raya, y saliéronme muchas rayas, no importa, que el alma tiene muchos agu-

jeros, y si huye de la cara, acude á la lengua. Consuélome con que si la tinta se entona por lo mucho que reluce, á poder de goma preparada, tiempo hubo en que relucia mi cara como bien acecalada, tiempo en el cual mi cara andaba al olio, mudando mas figuras que juego de primera, ejercitando mas metamórfosis que están escritos en el poeta de las odas, mudando mas colores que el camaleon estrujando pasas, encalando carbon, desgerumando redomas, en fin, tiempo en el cual estaba en mi mano ser blanca ó negra, morena ó rubia, alegre ó triste, hermosa ó fea, diosa ó sin dias. Verdad es que, como esta arte estabularia requiere ciencia y potencia, yo lo compasaba de modo que la potencia la encomendaba á mi mocedad y á mis manos, y la ciencia á tres redomas y dos salseras, y con esto, cuando tañian á consejo en mi villa el dia de fiesta, cantaba yo al son de mi bandurria, tres y dos son cinco, y á Dios que esquilan. Mas ¡ay! que no hay tanta infelicidad cuanto haber sido dichosa una persona: este amargo trago, aquesta memoria triste, debo yo á la mancha y fealdad que la tinta ha querido poner en los dedos con que yo solia hacer estas maravillas: mas creedme, señora tinta, que aunque mas ufana esteis de haber manchado mis dedos toca, y lengua, y tras esto lo esteis de que la mancha vuestra me llegó al alma, por lo menos no podreis negarme que habeis calificado mi historia, porque de haber vos dado á entender que ya no tengo sumilleres de corps, ni de cortina, ni sacrismochos despolvorantes, desojados por mi contemplacion, creerán que soy escritora descarnada, desocupada de mociles ejercicios, que ni me vierto, ni divierto, que estoy machucha, que soy de mollera cerrada, que soy cogitabunda y pensativa, y no como otros historiadores de jaque de ponte bien, que de la noche á la mañana hacen madurar una historia, como si fuera rábano. Pero porque no se alabe tanto la hermana tinta, ni se precie de manchega, y de que se halla bien en estas carnes pecadoras, á fe que la he de quitar con saliva.

¡Ay, ay! Por el siglo del buen Diego Diez mi padre, que he mojado tres veces el dedo con saliva en ayunas, y no quiere salir la mancha. Demonio es la negra tinta, pues aunque fuera serpiente, hubiéramos ya aventádola, y aun muértola; que, segun dicen en alabanza del ayuno, la saliva en ayunas mata las serpientes, mas segun veo, esta tinta mientras mas la escupo, cunde tanto como si fuera olio con que asientan y se entrañan la tinta y colores. Por mi fe que lleva camino de pedir término perentorio y meses de plazo ántes de salir á cumplir el destierro: aun si fúese peor de sacar una mancha de las carnes que de los vestidos, seria el diablo. Peor está que estaba, juro como mujer de bien (á lo menos como mujer de buenos) que por quitar la mancha del dedo, se me ha entintado la saya blanca de cotonina, puesta de hoy. Ya es esto mal pronóstico, tiros son á mi fama, irremediable pena, que en fin para el vestido hay jabon; pero no para la mengua en la fama, contra quien esta mancha arma la mamona, estando en la ley geroglífica, y quiere que mi misma pluma dispare contra mí la ballestilla.

¡Ay de mí! Por soberbia me tiene la fortuna, pues ansí me trata, pareciéndole que para humillar mi entonacion, son necesarias todas estas

diligencias. ¡O fortuna! admito la advertencia, pero niego el presupuesto. Nadie piense que el intitularme Pícara es humildad superba, ó que pretendo hacer lo que algunos, los cuales disfrazando su nombre, ó debajo de bucólicas églogas, y diálogos pastoriles, intentan lisonjear á otros, y ensalzarse á sí mismos, volviendo las trabas en sueltas, trepando con grillos de cordel, y sacando caras de hombres, debajo de las máscaras de monas. Que quien entendiere bien qué cosa es nombrarme la Pícara, dará por creido que tomo otro rumbo, y voy agena de toda soberbia y altivez. Herodes se ensoberbeció tanto un dia, que se vió adornado con ricas ropas de tela, reverberantes con el sol, que deslumbrado del resplandor de su vestido (ó por mejor decir de su ignorancia), dió en decir que era dios, y que como á tal le adorasen. Mas como el cielo es enemigo de soberbios (y tanto, que por no poder sufrirlos dió con la carga en el suelo, y aun en el infierno), quiso confundir su soberbia loca á papirotes, y aun á menos. Confundióle con manchas, las cuales cayendo sobre la ropa, le traspasaron el alma, como si cada gota llevara una saeta de celestial fuego envuelta en sí. Y fué que un dia le envió tanta agua, y con ella manchas sobre su vestido rico, con que le dió bien á entender que su nueva divinidad era ahogadiza y pasada por agua, y aun aperdigada á ser pasada por fuego. Justo castigo, no lo niego. Justa pena, contra quien (por verse vestido de oro) se olvida que es de polvo y lodo, como si el oro y cuantos ricos metales hay no trajesen consigo la memoria de la muerte y corrupcion, en razon de que las arenas exhaladas, corrompidas y acabadas, en virtud de su corrupcion, se convierten en sátiros, y en las demas piedras y metales preciosos. Y la misma memoria traen las sedas consigo, por haberlas tejido y labrado un gusano, el cual por unos mismos pasos va caminando á la muerte y á hacer su tela. Mas ¿á qué propósito se ha enfrascado Justina en el miércoles de ceniza, no habiendo pasado carnestolendas? Yo te lo diré, amigo preguntador. A un Herodes relleno de divinidad postiza, bien fué que la tinta le diese á entender que tenia mas de manchego que de inmortal Dios; pero ni de mi vestido, ni del nombre que me doy en esta historia, ¿qué soberbia se puede presumir, para que así me humille el cielo? Es sin duda que me tienen por tan soberbia los murmuradores de estos mis escritos, que han pedido al cielo que, para humillar mi entono, no se contente con haberme echado en remojo á puro hacer saliva, sino que llueva agua de Guinea sobre mis vestidos. Pues por mi fe que no hay para que.

Ya seria posible que esta culpa no estuviese en mí, sino en mi saya. Mas por cierto que no sé yo, saya mia, qué culpas sean las vuestras, que merezcan tan desproporcionadas penas. Antes de verdad afirmo que en mi vida tuve saya que mas en estado de inocencia viviese. Dióme esta saya un inocente de los que caen por verano, habrá cuatro dias, con tan sana intencion y con tantas reverencias, que tuve escrúpulo de vestir saya tan reverenciada y reverenda, imaginando si acaso la habia rifado á alguna imágen, como el otro que azotaron, porque despues de haber ganado á san Anton la moneda, le rifó todas las cochinillas que le encomendasen aquel año, y lo mismo hizo con una santa Lucía, á quien

(despues de ganado el dinero que tenia para aceite para la lámpara, le dijo: Señora santa Lucía, una noche, y sin ojos, bien os podreis acostar á escuras. Con su salsa se lo coma, que á lo menos si pudo rifar la moneda á estos santos, pero no los doscientos amapolos, que le mandaron asentar los señores inquisidores, por estas insolencias y otras semejantes, que ni en burlas, ni en veras, es bueno partir peras con los santos, que son nuestros amos. Así que quizá este era rifa sayas, como el otro era rifa cochinos. Pero débome de engañar. Sin duda fué que aquel bendito que me dió la saya habia sido fraile novicio, y al dármela, no me habló, por no quebrar silencio, si ya no es que las niñas de sus ojos (como niñas en fin parleras) me parlaron un monton de cosicas. Tambien es verdad que ayer, que se contaron tres dias despues de la data salió como ahogado á la orilla del rio, donde me columbró, yendo yo á una ermita de un ventero, y me dijo dos ó tres razones pavonadas, en que me apuntó algo tocante á la saya. Mas, como yo estaba ya ensayada, y era moza de buenas costumbres y mejores pasos, y el hombre no sonaba, no dejé el portante, sino á lo embarado, le volví á mirar con unos ojos, que enfrenáran un berraco. Y desde aquel punto y hora quedó tan á tapon el pobre noviciote, que no me ha dicho chus ni mus. Así que la saya no tiene la culpa la pecadora, y no seria justo que, si la culpa es mia, lo pague ella señora saya, que ya se pasó el tiempo de los Sicionios, Píndaros, Colonios, en el cual ahorcaban los sayos y sayas de los malhechores, lo cual despues la gentilidad tomó por hieroglífico de la injusticia que hacen los jueces cuando imponen al inocente la culpa del malhechor. Mas ya podria ser que alguna otra saya mia, compañera vuestra, os hubiese pegado ruines mañas, merecedoras de estas manchas, que esto de malas mañas pégase mas que frisa de verdugo, á carnes de público penitente.

Mas ¿qué hago de espulgar culpas de mi saya? ya no me falta sino mirar si en el alforza se le ha retraido algun pecado nefando, ó alguna descomunion de matar candelas, segun ando echándola hurones, que husmeen, los deméritos que la acarrearon la mácula. ¿Mas para qué me agasto? ¿Para qué me consumo en despabilar las entendederas? ¿Qué puede haber sido el haberme manchado, lo primero los dedos, y lo segundo un vestido, sino un pronóstico y figura de lo que me ha de suceder acerca de mi libro, si ya no me ha sucedido? ¿Los dedos no son con quien escribo mi historia? ¿Pues quién duda, sino que el haber caido en ellos mancha pronostica las muchas que han de poner ó imponer á mis escritos? Acuérdome haber leido que, tomando Aristóteles la pluma en la mano para escribir ciertas cosas contra Platon, cayó una china de lo alto, la cual le hirió en el pulgar, y (aunque no era nada agorero) dijo: Dedo apedreado, no puede apedrear bien.

Y cesó por entónces de impugnar á Platon. A propósito. Mancharse mi dedo, y con el mismo material que le habia de ayudar á escribir, es cierto pronóstico de que pondrán tacha, ó impondrán mácula y dolos en los dedos que lo escriben, cuanto y mas en la intencion mia y en la perfeccion de esta mi obra. Y el habérseme manchado la saya con que yo me

adorno, es indicio que no solo en la substancia de esta historia pondrán los murmuradores falta y dolo; pero aun en el modo del decir, y en el ornato de ella, conviene á saber, en los cuentos accesorios, fábulas, geroglíficos, humanidades, y erudicion retórica, pondrán mas faltas que hay en el juego de la pelota. Pero pongan, que les llamaré gallinas. Murmuren, que sobre lo que se habla no estan impuestos millones. Desustancien, que no les engordará el caldo esforzado que de aquí sacaren. Digan, que de Dios dijeron. Deslustren, desadornen. ¿Saben cómo me consuelo? con una carretada de refranes. Arrastren la colcha, para que se goce la moza. Tras diez dias de ayunque de herrero, duerme al son el perro. Tañe el esquilon, y duermen los tordos al son. Al son que llora la vieja, canta el cura en la iglesia. Afuera murmuradores, cuyas lenguas son acicates de mi intencion: cuanto, y mas, que el tiempo, aunque es todo locura, todo lo cura, y es cierto que ningun otro médico da tan infalibles recetas, para curar un desengaño. Y por eso dijo bien un poeta: *No hay mancha que con algo no se quite, ni detraccion que el tiempo no desquite.* Si yo manchare agenas vidas, linages, estados, oficios, ó personas, ó descubriere algun nocivo secreto, el cielo manche mi honor. Mas pues no trato de eso, ¿porqué me quieren matar? Venga jabon, Marina, no te dé pena mi mal, que como dice el refran, no temas mancha que sale con agua. Donosa hisopada, que así me ha salmonada la saya. Vive diez, que como la saya es blanca, y se ha salpimentado con tinta, parece naipe de suplicacionero. Mas no importa que las astutas de un momento á otro momento hacemos verano, y mudamos rostro, edad y casa. ¿Qué aliño para no mudar saya? vive diez, no digo yo saya; pero á poder de miel cerotera, entraremos en tantas mudas que mudemos el pellejo, como la culebra, ó ciliebra, que así la llaman unas benditas de mi barrio, que llaman á las zapatillas, daifas; á las ligas, tenedorcillos; á las calzas, taleguillas; al faldellin, cerco menor; á las piernas, listoncillas; al culantro, cilantro; á las turmas del carnero, hígado blanco; y usan otros nombres á este tono, que los debieron de hallar en la calepina machorra, á quien atribuyó la otra Melibea, que decia que este nombre asno se habia de escribir con equis. Pero dejados asnos á un lado, venga papel, Marina.

APROVECHAMIENTO.

Especial vicio es de gente perdida no llorar los graves desastres de su alma, y lamentar ligeros daños del cuerpo. Tal se pinta esta mujercilla, la cual llora la mancha de una saya, como su total ruina, y de sus enormes pecados no hace caso. De este género de gente dijo el profeta: Tienen manchas desde la cabeza á los pies, y siquiera no cuidan del fin en que vendrán á parar males tamaños.

3. DEL MELINDRE A LA CULEBRILLA.

Soneto, de pies agudos, al medio, y al fin.

Púsose á escribir Justina, y vió
Pintada una culebra en el papel,
Espantóse, y llamó al ángel san Miguel,
Diciendo : ¡Ay, que es culebra! y me mordió.
¿Mas si es pintada? Sí es. Mas bien sé yo
Que la culebra, es símbolo cruel,
Franqueóla el temor. Luchó con él.
Es cobarde el temor, y amainó.
Ya que vió la figura sin temor,
Discurre así. ¿Acaso este animal
Anuncia solo mal? No. ¿Pues qué mas?
Bienes. ¿Cuales son? Fuerza y valor,
Prudencia, sanidad. O pesia tal,
¿Qué me detengo? Pesar de Barrabas.

¡Jesus mi bien! ¿qué has traido aquí, Marina? Buena sea la hora que nombré culebra, pues veo con mis ojos la que con la boca nombré. ¿Mas si es dragon? ¿Si me ha mordido? ¿Si me moriré? ¡Ay Dios! Al rostro me mira, debe de ser salta rostro. Válgame san Miguel, que venció al diablo, san Rafael, que mató al pece. Válgame san Jorge, que mató la araña, y san Daniel, que venció á los leones. Válgame santa Catalina, y santa Marina, abogadas contra las bestias fieras. ¡Ayme! ¿donde huiré? ¿Mas qué boba soy? Que no es cosa viva, sino culebra pintada en el papel, que llaman de culebrilla. Ya parece que se me ha tornado el alma al cuerpo. Ya no tengo miedo. Mas ¡ay, que necia! que presto nos consolamos las mujeres con cosas pintadas. Debe de ser porque somos amigas de andarlo siempre. Mas (si va á decir verdad) por mal pronóstico tengo ver pintada culebra en el papel, en quien estampo mis conceptos, y especialmente me da pena el haberla visto al tiempo que tomé la pluma en la mano. ¿No fuera este papel de la mano? ya siquiera, con serlo, persuadiérame, á que despues de escrito tuviera mano para hacerme mercedes, y me acarreára honra y provecho, dándome á maravedi el palmo. ¿No fuera este papel de la mano, para ganar por ella á los que blasfemaren de estos renglones, por ser obras de las mias? Si fuera de la mano, creyera que era mostrador del reloj, con que pintan á la esperanza cuerda; pero siendo de culebrilla, entenderé que es amenaza de la envidia, cuyas armas fueron una sierpe, ó culebra, que va engullendo un corazon.

¡Ay mi Dios! papel mio, ya que no sois de la mano, ¿porqué no fuisteis del corazon, para que en la historia, donde hago alarde de algunos empleos del mio, fuérades tan felice pronóstico, como yo deseo? Necesidad teníades de corazon, para mostrarle en las adversidades en que os habeis de ver, y aun cuando tuviérades dos, como las perdices de Paflagonia, no fueran de sobra. Mientras un animal muerto tiene dentro de sí el corazon, tarde y mal le penetra el fuego. Así, si vos (aunque vais

muerto) tuviérades corazon, tarde os venciera el fuego de la envidia de mis contrarios, los cuales por momentos intentáran alquitranaros con el fuego de sus lenguas fogosas. Pero siendo de culebrilla, pensaré que sois el fogoso can Cerbero, ó que habeis de ser traidor, y ofreceros á quien de vos se quisiere servir, para atacar contra mí la culebrina de su intencion infernal. En ver que teneis culebrilla, ó dragon pintado, se me caen las alas de águila, tan propias de mi arriscado ingenio, y me parece que, así como es propiedad del dragon subirse al encumbrado nido de la real águila, donde, con el veneno que allí pone, quitára la vida á sus polluelos, si el águila no se valiera de la preciosa piedra etítes, llamada comunmente piedra del águila (que es única para malos partos, para ser gratos, y amorosos, y tiene otras excelentes propiedades), así pienso que, cuando yo mas me encumbráre en el nido de la altísima elocuencia, cuando mas levantáre el estilo sobre las nubes de la retórica, entónces el villano y terrestre vulgo hará alas de la envidia y veneno de la murmuracion, y querrá (como el dragon) oprimir los polluelos de mi entendimiento, que son mis conceptos y discursos ingeniosos, que creo son particulares, por haber sido engendrados de un ingenio razonablejonazo, crecidos con leccion varia, aumentados con la experiencia, acompañados y bañados de dulces facecias, que (demas de ser sin perjuicio de nadie) van en un estilo muy aparejado, para dar bohemio á los principotes, cansados de cansar y estar cansados.

¿Mas de qué temo? ¿qué me acobarda? ya pensára alguno que soy agorera, y tengo tanto de esto, como de ermitaña. Es posible que la culebra solo anuncia males: ¿y solo es tablilla de malas mensagerías? no lo creo. No hay animal, cuyas propiedades, en todo, y por todo, sean tan malignas, que á vueltas de algunas nocivas, no tenga otras útiles y provechosas. La hormiga con su golosía daña, y con su diligencia enseña. La abeja con su miel convida, y con su aguijon atemoriza. El leon con su cólera mata, y con su nobleza acaricia. El águila con su fiereza persigue al dragon, mas con su realeza ampara los hijos de la cigüeña montañesa su media hermana.

Los elementos con sus excesos matan, y con su temperamento vivifican. Los animales venenosos, con lo mismo que dañan aprovechan á los heridos. Luego no es de creer que haya animal, el cual no tenga algunas buenas calidades, que sean pronósticos de algun buen suceso. Segun eso, algo de bueno habrá en la culebrilla, que me prometa un venturoso fin. Milagro es, que no se me acuerde á mí, lo bueno que significa la culebrilla, que no hay hoja en los geroglíficos, ni en cuantos autores romancistas hay, que yo no tenga cancelada, rayada, y notada. Doime en la frente con la palma, para preguntar á mi memoria si está en casa. Ya, ya. Ya se me acuerdan mil primores á cerca del símbolo y buen anuncio de la culebrilla. Moza, abre esas ventanas, que (segun me hierve de concetos esta cholla) no hay papel en casa de Anica la papelera, ni tinta en los tinteros, para comenzar á discantar los alegres pronósticos que me anuncia para en este caso la culebrilla, cuyo temor he rendido con la memoria de lo que tengo de escribir á este propósito.

Por cierto (si bien lo miro) ántes tengo por anuncio de gran consuelo que el papel en quien deposito mis conceptos y mi sabiduría sea de culebrillas. Lo primero, porque quien viere que mis escritos tienen por arma y blason una culebra, pensarán que soy otra diosa Sofia, reina de la elocuencia, y que me convertí en culebra, no para engañar al dormido Adan, como los hereges valentinianos lo afirmaron de la dicha diosa Sofia vuelta en culebrilla, sino para enseñar sabiduría á los dormidos, que no saben en qué mundo viven, segun como lo canta el poético coro de la misma Sofia vuelta en culebra. Y en parte no se engañará quien pensare de mí aquesto; porque yo, en el discurso de este mi libro, no quiero engañar como sirena, ni adormecer como Cándida, ni transformar como Circe ó Medea, ni entontecer como Cecrope, ni deslumbrar como Silvia: que si esto pretendiera, no pusiera las redes en la plaza del mundo, ni las marañas por escrito y de molde. Quiero despertar, amonestar, y enseñar los simples, para que sepan huir de lo mismo que al parecer persuado. No hablo con los necios que, para ser oidores de mi sala, á los tales cuéntolos por sordos, y aun ternia á gran merced si para en caso de leer fuesen ciegos, que de esta suerte pensaria que (siéndolo) me serian mas acetas las oraciones que me rezasen á cierra ojos, que con ellos. Así que, lo primero, la culebrilla os significa la desengañadora elocuencia mia.

Pintan á Aristóteles como que traslada sus escritos del corazon de una culebra, por ser ella símbolo de la prudencia, astucia y sabiduría. Y así debo entender que mi autoridad importa que el papel en quien yo escribo sea de culebrilla, porque de aquí colegirán mis devotos (si gustaren) y mis enemigos (aunque les pese) que mucho de lo que aquí dije, lo trasladé del mismo original de quien Aristóteles trasladó la ciencia con que se alumbra el orbe.

Esculapio, dios de la medicina, tuvo por armas y blason una culebrilla argentada, en memoria de que en figura de culebra hizo en Sicionia milagrosas curas, en especial en materia de ojos. Esto me viene muy á próposito, porque la culebrilla me promete, y yo me prometo, que con mis escritos he de curar y desengañar muchos ciegos, conviene á saber, madres descuidadas, padres necios, inocentes niñas, errados mancebos, labradores tochos, estudiantes boquirubios, viejos locos, viudas fáciles, jueces tardos. Y debérsemeha el blason de segunda Esculapia, pues lo que la culebra rasguña, mis obras lo dibujan. Y si faltare quien me diga un amen, por lo menos podré decir que una escritora ha dicho gran bien de mis cosas, y será tanta verdad, como que yo soy nacida y tengo boca.

El dios Mercurio era el dios de los discretos, de los facetos, de los graciosos y bien hablantes; y este tenia por armas una hermosa culebra, enroscada en un báculo de oro. Segun eso, norabuena os vea yo, culebrilla mia, enroscada en el papel sobre quien yo recliné mi corazon y mis manos: pues con esto entenderán los que en vos vieren mis obras que no les quiero dar pena, sino buenas nuevas, como el dios Mercurio. Que les hablo con donaire y gracia, y sin daño de barras. Que si con lisonjas unto el casco, por lo menos no es unto sin sal. Que si amago, no

ofendo; que si cuento, no canso, que si una liendre hurto, ó fama de alguno, le restituyo un caballo. Que con los discretos hablo bien, y con los necios hablo en necio, para que me entiendan. En fin todas son gracias de Mercurio. Y si doy algun disgustillo, es con palo de oro, que es como palo de dama, que ni dañan, ni matan.

Pero ya que tantas cosas se me acuerdan en pro del prójimo, querria dar con alguna en derecho de mi dedo, por no ser del bando de los galeotes, que dicen no se haber ensillado para ellos el refran que dice : *Mas cerca está la camisa que el sayo.* Ya ya una boa : la culebra, para no dar á la muerte franco el postigo de los oidos, por donde el encantador la guia, cose el un oido con el suelo, y el otro zúrcele con la cola, para que á puerta cerrada se torne la muerte, y aun el diablo. ¡ O culebrilla amiga mia, y qué bien me está remirarme en el espejo que me aclara vuestro catecismo, y aprender en él, y en vos, cómo me he de defender de los que socapa de melosas lisonjas me baldonan ! Bien sé que de estos sirenos enmascarados me han de salir á cantar y ladrar juntamente. Unos me dirán : Buena está la picarada, señor licenciado; otro dirá : Gentil picardía; otro : ¡ O que pícaro libro! otro dirá : Buena está la Justinada; otros : Bueno es el concetillo, agudo pensamiento, gánasela á Celestina y al Pícaro. ¡ Dolor de mí, si yo no supiera que hay mordiladas insertas en uncion de casco, y pullas envueltas en lisonjas, y aun envidias enroscadas en alabanzas! Hermanitos, á otro perro. Mil años ha que hice esta obrecilla. Para aquel tiempo sobraba, y si no fueran mocitos, que de lástima no me han dejado vaciar esta conserva, ya hubiera este librito ídose por su pié á la especiería. Dícenme que está muy bueno el librito picarero, y que se holgáran con él. Vayais norabuena, librito mio, que mas cuestan los naipes, y valen menos. Si ello el libro está bueno, buen provecho les haga, y si malo perdonen, que mal se pueden purgar bien los enfermos, si yo me pongo ahora muy de espacio á purgar la Pícara. ¡ Mas ay que se me olvidaba que era mujer, y me llamo Justina! Vayan con Dios, que estábamos hablando yo y el señor don papel de culebrilla.

Señor don papel, como digo de mi cuento, si alguno de estos hombriperros, ó perrihombres, os saliere á cantar por delante, y á morder por detras, no tengais pena, que (teniendo culebrilla) con los que os ladraren jugareis de diente, y con lo que os cantaren con lisonja, ó sin lisonja, hareis lo que la culebra, cosiendo el un oido con el suelo de humildad, y el otro con la cola de despedida. El ignorante vulgo es de casta de perro de aldea, que halaga al safio mal vestido, y ladra y muerde al caballero bien ataviado que pasa de camino, no teniendo otra causa de este mal acierto, otra que su natural ignorancia, y el no tener trato ordinario con los de hábito semejante. Así el vulgo ignorante, como no conoce ni sabe qué cosa es una discrecion en hábito peregrino, á bulto ladra á la fama del autor, y aun si puede morder, se ceba asaz. Culebra teneis, papel mio, defendeos. Si á lo grave que teneis os perdieren el respeto, silvades, y aprovechaos de que teneis culebra, y teneis de pícaro lo que yo de pícara, y si prohidiaren morded, que los dientes no se hicieron para echar melecinas. Solo os pido que si llegáre un Perez de Guz-

man el Bueno, os rindais á su grandeza, acompañada de hidalga intencion, y noble proceder, que ni por Perez tendrá pereza en haceros bien, ni por Guzman le será nuevo el usar de cortesía. Y generalmente, quiero que os rindais, y sujeteis al noble lector, que con bondad pasare los ojos por vuestros sanos consejos, vestidos con el zurron de chistes y gracias picarescas, que en fin teneis culebra, y es vuestro oficio andar pecho por tierra. Ahora bien, mal ó bien preparado, ya tengo papel sin temor, dedo sin mancha, y pluma sin pelos. ¿Puesta estoy á figura para escribir? no me faltaba, sino que vos, señor tintero, os entonásedes, y hubiésemos menester hacer otros tantos conjuros. Mas yo os fio. Que siendo tan propio de cornudos el sufrir, siendo vos de puro cuerno (por bien lo nombremos) forzoso será que sufrais estocadas de pluma, que os saquen sangre tinta; y tengais tanta paciencia, cuanta suele tener una olla de mondonguera, ó mal cocinada, en la cual (segun decia Cisneros) es mucho de ponderar, que aunque tan de ordinario es combatida de esmerilazos de cucharrear, jamas quebró, ni estalló ni hendió por los lados, mas que si las tales ollas fueran encantadas. Agua va, desviense, que lo tengo á punto, y va de historia.

APROVECHAMIENTO.

La verdadera sabiduría es luz que no solo descubre su objeto; pero á sí misma se manifiesta á quien la posee, de manera que nadie hay que mejor sepa lo que sabe, ó lo que ignora, que aquel en quien la ciencia está. Y por el contrario, el ignorante la primera ignorancia que tiene es de que es ignorante. De aquí es, que con razon pinta el autor esta mujercilla tan hueca, de cuatro geroglíficos que leyó en cualque romancero, en el entretanto que se le sacaban los paños, ó traian el medio para medir cebada, que le parece que no hay sabio de Grecia, á quien no la gane, ni hombre que no envidie su sabiduría y elocuencia.

LA PICARA JUSTINA,

NOVELA COMPUESTA

POR

EL LICENCIADO FRANCISCO LOPEZ DE UBEDA.

LIBRO PRIMERO.

LA PICARA MONTAÑESA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA ESCRIBANA FISGADA.

1. DEL FISGON MEDROSO.

Octavas de esdrújulos.

Al comenzar Justina, entró Perlícaro
Llamado el mataquista, semi-astrólogo,
Miró á medio mogate, al uso pícaro,
Y viendo un libro sin título, ni prólogo,
Hizo el columbron, y pino de Icaro,
Tosió, sentóse, y dijo : Yo el teólogo,
Condeno por nefando ese capitulo,
Pues va sin nombre, prólogo, ni título.
A sora coronicona, ya es deífica,
¿No responde? pues oya, es un mal pésimo,
Que porque ha visto ya que no es prolífica,
Dé en coronista, el año quincuagésimo.
Métase á bruja que es arte mas pacífica.
¿Qué aguarda? ella ha de ser, y no al centésimo.
Corrióse Justina, bravea como un Hércules,
Aquel que dió famoso nombre al miércoles.

Nació Justina Diez, la Picara, el año de las nacidas, que fué bisiesto, á los seis de agosto, en el signo Virgo, á las seis de la Boba allá. ¿Ya soy

nacida? ¡Ox que hace frio! tapagija, que me verán nacer desnuda. Tórnome al vientre de mi señora madre, que no quiero que mi nacimiento sea de golpe como cerradura de loba; mas vale salir de dos golpes, como voto á Dios de carretero manchego. Quiero marchar de retorno á la panza de mi madre, aunque vaya de vacío, y estaréme uchoando de talanquera: que todo lo he bien menester, para responder al reto de un fisgon, que (andando ayer cuellidegollado) ha salido hoy con una escarola de lienzo tan aporcada como engomada, mas tieso y carrancudo, que si hubiera desayunádose con seis tarazones de asador, y para los que no le conocen, yo les pintaré su traza, postura, y talle.

Llámase Perlícaro á contemplacion de una su doña Almirez, que por el gran concepto que concibió de sus buenas partes, le llamó Perlícaro, dándole nombre de perla por su hermosura, y el de Icaro por la alteza de su redoma sabiondez. Mejor me parece á mí que fuera denominarle Perlícaro, de que en ser murmurador de ventaja era perro ladrador (que el perro símbolo fué de la murmuracion por el ladrar, como de la lisonja por el lamer), y en el trato era pícaro: y de uno y otro se venia á hacer la quimera de un Perlícaro. Mas pase, que esto de dar nombres jacarandinos, es pintar como querer. Entró el muy pícaro husmeando como perro perdiguero, jugando de punta y talon como si pisára sobre huevos, deshombreciéndose por mirar lo que yo hacia, haciendo colombrones de sobre ojo con la mano sobre la frente, empinándose por momentos al modo que los pícaros se realzan y alean de revuelto, cuando dicen que hacen los pinicos de Icaro.

Ya que confrontó conmigo, y tuvo llena la barjuleta de lo que pensaba decir de repens, comenzó á retorcer é hilar un bigote mas corpulento que maroma de guindar campanas, mirando de lado y sobrehombro, como juez de comision á criados alquilones, torcido el ojo izquierdo á fuer de ballestero, cabizbajándose á ratos mas que oveja en siesta, volteando la lengua sobre el arco de sus dientes, con mas priesa que perro de ciego, cuando salta por la buena tabernera, con un sí es no es de asperges de narices, hablando algo gangoso, como monja que canta con antojos, y á puntería me habló así:

Sora Justiniga, sora pícara en requinta, ¿de cuando acá da en ser coronicona de su vida y milagritos? ¿Escribe la historia de Penélope, de Circe, de Porcia, y de otras de esta birlada? ¿Su vida guachapea? Bien hace, que quizá no hallara otro historiador, que contara la vida de una persona tan necesaria como secreta. Pocos hubiera, que á cuatro azadonadas de su leyenda, no quedáran oliendo á pastel de ronda. Para coronista, no tiene poco andado, que algun dia habrá tenido mas de cuatro coronas en su casa. ¿Tienes verecundia, coronista de Bercebuc? ¿Qué madre Teresa, para escribir sus ocultos éxtasis, captos, y devociones? ¿Qué Eneas, para contar á Dido como salió libre y sin daño de los abrasadores incendios de la tierra, y de los recios infortunios y borrascas de la mar? ¿Qué César, para comentar sus hazañas, indignas de que otro que él las tomase en la lengua ó pluma, ya corta por invidiosa, ya larga por lisonjera? ¿Qué Esdras, para contar la reparacion de su pue-

blo, que obró con una mano, y escribió con otra? ¿Qué Moises para escrebir el Pentateuco santo? Maldita sea la manta que te escupió. Mas yo me perdono, porque voarced me perdone. Y me deje llegar otro palmito.

A buen tiempo llegué, señora niña, pues vine á punto en que (por mi gran culpa) la ví nacer envuelta en las pares de los dos oficios mas comunes de la república; pregunte á mamá, si quiere que la enalbarde con miel, y huevos gueros, unas torrijas, y haga por ella los demas oficios de partero? ¿Mas cómo no gritó su madre, pariendo una hija tan grande? Aunque debe de ser, que como usted es hija tercera, y su madre pare como descosida, la parió sin pujo : como quien se purga con pepinos. Dígale á su madre, si quiere unas cuentas de leche, para desenconar los pezones. Dígaselo. Ande. Ea. Aunque no. Téngase, no se tenga. La verdad. En mi almario, que cumpliera todo lo que la he ofrecido, si su madre tuviera la mitad de años que usted alcanza por el presente. No se me enoje, daifa, que vengo enfermo de vómitos. Y aun ahora en principio.

Dígame (así se vea sin esa ruga, que le hace mamona en la frente) ¿en qué ley de historia trágica halló voarced, que se puede comenzar un libro sin prólogo, ni capítulo sin título? ¿Este capítulo, cómo puede ser capítulo, sin cabeza? ¿Este libro, cómo lo puede ser, sin título, prólogo, ni sobreescrito? ¿Es este acaso el original del libro de los naipes? ¿Ella es la humanista? Por cierto, si no supiera mas de otras humanidades, que de estas escritas, pocas cuentas tuviera que rematar en el valle de Josafat. En esto tosió, y con gran astrondidad se sentó. Y (como si fuera un senador, ó concilista) dijo : Digo yo el licenciado Perlícaro, ortógrafo, músico, perspectivo, matemático, arismético, geometra, astrónomo, gramático, poeta, retórico, dialéctico, físico, médico, flebótomo, notomista, metafísico y teólogo, que declaro ser este primer capítulo y todo el libro el segundo pecado nefando, pues no tiene nombre, prólogo ni título.

Señora suputante, la que fué nacida del año moquero, en el mes gatuno, ¿á cuantos números ó capítulos piensa poner el de mi camarada, el alferez Santolaja, llamado por otro nombre el Moscon celibato, que fué su marido? ¿No ha de decirnos con muy buena corriente, cómo la barqueó, y lo de la purga surrepticia, con que le hizo aflojar las cinchas un coto? Avísame cuando aportare á los arrabales de este capítulo, que yo le pondré de mi mano una ó dos márgenes, sacadas del rio Leteo. Haréle una tabla, señalando en ella los lugares comunes de su vida y legenda : que todos lo han sido, desde que su edad encontró con cero, y con la tabla le haré un par de cornucopias no malas. Y aun si yo quiero, la haré un sotano (digo un soneto) para la cabezada de su libro, porque parezca madeja con cuenda, que (si llega á gozarla) no será la primera madeja de que goce. Y si voarced no quiere que su libro lleve pies ni cabeza, ahórquese en buen dia claro, y aun esto no habrá lugar, porque si, para colgarla, no tiene cabellos, ni pies, ni cabeza aun para ahorcada, no será de provecho. Espérame, que yo daré la postrer bocada luego que no acierto á morir de súpito.

Díganos, madre Berecinta, si acaso es su intencion transpalarnos su vida á enviones de capítulos, y sorbetones de números, como si fueran las obras del buen san Buenaventura (buena nos la dé Dios) ¿porqué se olvidaba los mejores dos tercios de su historia? Lo primero, el abolengo de la cristiandad de su padre, cuyos abuelos son tan conocidos, que nadie lo puede ignorar. Sino es ¿quién no sabe que aquellos son cristianos, á quien dan el santo bautismo, especialmente cuando son gente que lo hace á sabiendas? ¿Lo segundo, porque no alegró la fiesta, con la cascabelada de los abuelos de parte de madre? Que si los pusiera en ringla, sonáran mas que recua encascabelada. Pues aun, sin estos dos lios, se olvidó otro muy perteneciente á su vida. Decláreme porque calló su concepcion, refiriéndonos por estupendísimo portento, que supo callar los nueve meses que anduvo en el vientre de aquella su madrona: que en el cuerpo fué ballena, y en el alma Celestina? ¿Tampoco le parece que hay que hacer en comprehender lo que hizo en el comedio de aquellos nueve meses de su taciturnidad increible? Yo seguro, que en toda aquella nuevemesada no anduvo ella queda, sino que hizo algun enredo allá en las tripas de su madre, como se escribe en la historia de aquel gran trapacista Falencio, el cual (todos somos historieros) el cual, en los nueve meses que estuvo en el vientre de su madre, en estando ella dormida, le sacaba algunas tripas, y se las iba á vender á las bodegoneras. A mí reñona, ¿á nada responde? ¿Ya se nos hace deífica, despues que tiene de historia, lo que se podia digerir con dos de girapliega? ¿No oye? No, que está muerta, pues vaya de responso á humo muerto.

Anima pecadora, sábete que si va á geringar verdades por red de matraca, que me parece pésimamente que ahora des en esa flaqueza. ¿Cómo, ahora que habia voarced de aprovecharse de su experiencia para ser maestra de principiantigas y medio mundo, da en escriba? Hase tardado toda su vida en hacer cortar plumas, tornear tinteros, y brunir papel, sin haber escrito cosa que sea de provecho, ¿y ahora quiere en el mas breve tercio de su vida guachapear historias? ¿En fin, que despues que la experiencia le enseñe que no es prolífica, ni está de provecho para hacer oficios en derecho de nuestro dedo, quiere dar tan en derecho de los suyos, que pretende sublimar en los cuernos de la luna una vida, que ha tantos años que anda en los del toro? ¿Y para eso pone en cabeza de mayorazgo, que nació en el signo Virgo, olvidándose que aquella hora hubo eclipsi entre Virgo, y Capricornio, y quedó Virgo de lodo? ¿Halo por dejar oficios rencillosos, y tomar oficio pacífico? Pues métase á bruja, que la mitad del camino tiene andado. ¿A cuando aguarda? Ello ha de ser, pues es cierto que es usted tan diligente, que no ha de haber barranco que no navegue, ni mal paso por do no ande. ¿Por ventura piensa ser bruja en el año matusaleno? No lo crea, que seria mucho durar vasija tan tresnada, que ha mucho que pisa la soga, y ya se roza: yo bien estoy, señora miadora, que despues de ser quincuagésima, dé en carnestolendas; pero no en historio garfio. Segun eso, ¿á cuando aguarda? Diráme que es mocita la recien nacida. No medre don Perlícaro, si á buena cuenta, tomada el bisiesto en que nació, hasta el pre-

sente en que estamos, no hace hoy cuarenta y ocho, tan justos como baraja de naipes, si ya no es que los cinco ceros y un cinco le vengan á plana ringlon, por aforrarse con la mejor pinta de en tres.

Aquí puso mi paciencia el ***non plus ultra***, á la espera de la enfadosa matraca. Ya has oido lo que me dijo este alquilador de verbos. ¿Qué seria bueno que hiciese en este caso una matrona como yo? Enojarse, á todo reventar. ¿Y dirán de qué? Yo te lo diré, amigo preguntador, si me dejas tomar huelgo para el salto. No se me hizo nuevo que hubiese matracas en el mundo, ni que á él viniese quien diese bayas, que el Dios de amor las dió á la muerte en diferentes casos, y en coyunturas, en que el amor tomó por empresa los mismos muertos amantes, que la misma muerte habia señalado por triunfo de su vitoria. No me dió pena que fray Menos diese matraca á fray Mas : pues en las historias consta, que ha habido criados que se han puesto á dar matraca á príncipes, sus señores. Tampoco me pareció cosa indigna de pechos nobles, sufrir bayas y fisgas de fisgones rateros, y de medio mocate, que aun el águila segun vemos muestra su realeza y condicionaza hidalga en estar muy paciente y serena cuando la corneja se pone, papo á papo, á partir peras con ella, y aun á hacer de ella burla, con visages y ademanes, sin que esto gaste un adarme de su paciencia tanto que algunos filósofos griegos dieron esto por geroglífico de la paciencia, á que su misma realeza les obliga á los monarcas. ¿Pues dirás de qué se enojó Justina? ¿Dirélo? Cómeme el pelo. Ahora bien. Yo lo diré á sorbitos, que los que enfermamos de corrimientos, no podemos estar tan á punto como los otros.

Vaya el primer sorbetoncito. Enojéme, enojéme, de que á tan mal tiempo, y en tan mala sazon, coma era al punto que tomaba la pluma en la mano, para sacar mis partos á luz, me hablasen á la mano. No ha salido mala la desecha de mi enojo, y no poco verisímil la razon de mi enfado. Y por si alguno pensare que la razon que he dado es cristiana, verdadera y católica, yo la quiero confirmar, y sea con una fabulita que no hiede. ¿Acuérdanse de la fábula de la zorra, que por otra causa semejante á esta, se enojó como yo, y echó su maldicion á una gata preñada en agosto, y desde entónces salieron los gatos agostizos desmedrados? Pues si no sabes la fábula, oye que con la fábula de la zorra me desterró mi madre. Estaba la zorra en una ria, y como siempre anda á buscar de comer de lance, parece ser que quiso engañar á las sardinas, para cumplir con su buen deseo de cuaresmar por agosto. Y para esto dió en escribir una carta á las sardinas del mar. Escribió, y decia la carta así : Señoras sardinas. El salmon mi señor besa á vuesas mercedes las manos, y dice, que por acá en agosto hay frio en rostro, y así que vuesas mercedes se vengan acercando adonde suelen, que ahora es buen tiempo, entre la siega y la vendimia, que andan los pescadores en la labor del campo, y le dan franco á vuesas mercedes. Por caridad las amonesto, que no aguarden á venir quando suelen, que (como las han caido en el chorrillo) no dejarán piante, ni mamante, á quien no pongan cerco y maten (matados ellos se vean, que tan in-

justamente persiguen á vuesas mercedes). A mí no me va nada, mensagero soy del señor salmon. Pesarmeía de su daño, por lo mucho que me muero por vuesas mercedes, y tambien creo se morirán vuesas mercedes por mí. Y con tanto, nuestro señor guarde á vuesas mercedes de falsos y engañadores. Fecha en Alba á los hígados de agosto. Ya que firmó de él su carta la hermana zorra, contrahaciendo la firma del salmon, lo mejor que supo una gata preñada que allí estaba (pareciéndole que la treta iba buena, y que si las sardinas anticipaban su venida, ella y la zorra sacarian el vientre de mal año) de puro contento comenzó á retozar. Y el retozo fué tal que repeló la zorra, quebró la pluma, borró el papel, y lo peor fué, que puso la carta de máscara, é imposibilitó el leerla. La zorra (viendo que se le iba el mensagero, que era la lamprea, y que tenia poco tiempo y menos papel) viendo su traza resuelta en retozos, y su intento tan deshecho, como su vientre desesperado, maldijo con todo su corazon á la gata y á cuanto en el vientre traía, diciendo: Asados veas tus hijos como sardinas. Comprehendió la maldicion á la pobre gata; y desde entónces salieron los gatos agostizos, tan desmedrados y friolentos, que á trueco de calentarse se ponen á asar como sardinas. Quejóse la gata criminalmente de la zorra ante el leon, y dijo: Muy poderoso señor. Yo doña Gata, digo: que tengo alquilados por un tanto todos los retozos de mar y tierra, sin embargo de que todo el linage gatuno y todos mis antepasados han tenido ejecutoria de esto, y privilegio inmemorial. Y siendo así, que (usando yo de este mi dicho privilegio y ejecutoria) cierto dia retocé un poco con ciertas menudencias, la madre zorra me ha echado maldiciones, que me han prejudicado á mí y á mis hijos. Por tanto vuestra alteza me desagravie. Y pido justicia, etc. Dióse un traslado á la zorra, la cual en descargo de la sobredicha acusacion, dijo ansí: Muy poderoso señor, yo doña zorra, digo que, respondiendo al cargo que falsamente me impone nuestra hermana la gata, afirmo, que caso negado que yo la haya maldecido á ella y á su generacion, no lo hice por impedirla sus retozos, que en esto, ni entro ni salgo, retoce hasta que reviente, aunque fuera bien que una gata que es gata de bien y ya madura, y preñada, mirara cuan mal le está andarse ahora en retozos. Mas pues dice que ha ganado privilegio, ó comprádolo, cada cosa en su tiempo retoce. Pero, señor leon, cada cosa en su tiempo. ¿Es bueno que al punto que yo escribo mi carta, y hago mi hacienda, y aun la suya, venga la hermana gata con sus manos lavadas, y lo eche todo á mal? Antes digo, que yo soy la agraviada, y ella debe ser castigada con la pena del talion, como acusadora inicua, y pido justicia, etc. El leon (como padre enfin) proveyó una justicia de entre compadres, y mandó que la gata pidiese perdon á la zorra, y no hubiese pleito entre personas de una profesion. A propósito, yo no digo que quien tiene por oficio el fisgar no viva de matracas, que es su oficio, como el de la gata retozar; pero quéjome que haya venido á hablar á la mano á una persona cargada de conceptos, á tiempo que comenzaba á partir y hacer hacienda, que fué tanto como el arar sobre yemas de vid, y ventear sobre cierna de espiga. Esta fué la causa de mi enojo, para quien lo quisiere creer;

pero si va á no meter la verdad entre cahibachos, sábete que me enojé, de que (¿diréIo? Otra vez me rasco, vaya), de que me llamó vieja de cuarenta y ocho años al menorete, y aun si lo notaste, me llamó quincuagésima, que es la edad en que las mujeres apelamos para Noé. Quiero decir, apelamos para decir que no es así, aunque nos metan el libro del bautismo en las niñas de los ojos : que antes nuestras niñas, por ser niñas, aborrecen semejante libro, que para ellas no es libro de vida, sino de muerte. Son burlas tan pesadas, que no hay mujer (por atlantada que sea) que pueda llevar onza de ellas. El querer que la mujer guste de estas burlas, es querer darle un burro para perro de falda, y que guste de sus coces como si fueran paticas de un don Florisel Lanudo. El que gusta de decirlas semejantes gracias, es tanto como tener gusto de ver patalear las gentes, como hacia Perico de Soria, el de la abuja de descoser almas y tripas. Es dar en lo vivo. Es ser segundas parcas. Pardiez yo me corrí. Enojéme. Y hecha una onza de enojo, y una arroba de cólera, le dije en esta guisa.

APROVECHAMIENTO.

Concedió á los hombres el autor de naturaleza la política comunicacion de palabras, y el uso de ellas, para ayudarse unos á otros en las miserias de esta trabajosa peregrinacion, para pedirse socorro en los trabajos, para alentar el amor del prójimo y de Dios, último bien nuestro. Pero los hombres ignorantes y viciosos adulteran la lengua y las palabras, usando de ellas para comunicar entre sí mismos cosas frusleras y vanas, mas propias para calladas que dignas de salir á luz. Tales son las que en las fisgas y matracas usan de ordinario pajes, estudiantes, damas cortesanas, y gente de la faccion de Justina y Perlícaro, como viste en el número pasado, y verás en el siguiente.

2. DE LA CONTRAFISGA COLÉRICA.

Terceto de esdrújulos.

Justina está de cólera frenética,
Por ver que la llamaron quincuagésima,
Como si aquesto fuera ser somética.

Miente, remiente (le dije) el muy picaño, que no tengo tantos años como matricula el contador del diablo. Y no porque sea burro de raza ha de retozar con los años, que es burla asnal. Sepa que la edad de una mujer en teniendo cero es de cera, para en caso de andar con ella. No sin causa mandan los obispos que los años de una persona se queden en la iglesia en el libro del bautismo, y guarden el libro los mismos curas que guardan los pecados en secreto, todo á fin que nadie ande, ni toque, ni burle con los años de nadie. Y pues se precia de haber comido del salpicon de Silva de varia lecion ¿parécele que fuera tan grave afrenta y maldicion ser las mujeres estériles (segun consta de las historias) si no fuera

que la esterilidad es ajuar de viejas? No sabe que aun los milanos, en sintiéndose viejos (corridos de serlo) no parecen entre gentes, y por no parecer perecen de hambre? La culebra, por no parecer vieja, se mete en prensa de piedra aunque le duela. Y el águila demostola el pico por no parecerlo : y aun se echa á cocer en agua caliente para renovar sus plumas, porque tiene decoro el refran que dice : Padecí cochura por hermosura. Y aun los niños le pudieran enseñar esto, pues para significar cuan aborrecible es la vejez, dicen que el repelarles los cabellos por la parte mas sensible y delicada (que es la mayor pena que ellos conocen) la llaman estira viejos. Y pues usted toda su vida ha vivido á ratos perdidos ¿porqué algunos de los que ha ocupado en leer cartispitis no los aplicó á leer que los griegos, para encarecer cuan odiosa es la vejez, aun á los mismos dioses dijeron, que porque una vez entró á ver el cielo, mandó Júpiter que se hiciesen dos escobas de dos rayos, y con ellas barriesen el sitio donde la vejez estampó sus plantas, como si su mal olor pudiera corromper lo incorruptible? Y las fábulas refieren que en la república de Gauja, una mujer riñó con dos verdades, llamadas la una Vieja sois, la otra Fea sois. Y finalmente no paró hasta que las acusó falsamente por sométicas, induciendo muchas mujeres que fuesen testigos. Fué de modo, que quemaron públicamente por sométicas las dos verdades. Mire él si yo fuera de las mujeres de aquel tiempo, á que figurilla se habian puesto. Siempre estas verdades saben á nueces verdes. Diráme, que pues los hombres no se añusgan de que los llame viejos, ántes se afrentan de que los llame mozos, tampoco es justo que Justina se enoje de que se lo digan. ¡O qué gentil entablar para un penséque! Bien parece que no es hombre pues no sabe en que cae el serlo, ni donde el hombre tiene el tuétano, ni la mujer la cañada : y de ignorar estos principios, le viene el errar los fines. Es como el otro desollador principiante, que en estando un animal sin orejas, decia que no se podia atinar donde estaba la cola; porque la ignorancia de los principios es erradora de colas. Si quiere saber que lo que ha dicho allá entre cuero y carne, no tiene entre sí semejanza que un huevo con unas medias calzas, sepa que los hombres, solo por tener derecho á enfadar de oficio, huelgan que los llamen viejos; pero las mujeres como huelgan de ser bonazas, provechosas, salsa de gusto, pollas comederas, rabanitos de mayo, perritos de falda, por eso gustan de parecer mocitas, y desgustan de que las llamen talludas. Y si va á hablar á lo gordo, como quien gobierna el mundo desde el banco del Cid, sepa que el hombre fué hecho para enseñar y gobernar, en lo cual las mujeres, ni damos, ni tomamos. La mujer fué hecha principalmente para ayudarle, no á este oficio, sino á otro de á ratos, conviene saber, á la propagacion del linage humano, y á cuidar de la familia. De aquí nace (atencion por caridad) de aquí nace, que porque el varon en la vejez está mas á propósito para el gobierno, por estar mas instruido y experimentado, lo mismo es llamarle viejo, que decirle un requiebro, y le pesa encontrar con Jordanes que le remocen (digo de dia, que de noche hay otro calendario); por el contrario, la mujer, como fué hecha para ayuda de cámara, en viendo que los años

se van de cámaras, y los hombres las tienen por decírselo, ponen un gesto de pujo: y el llamarlas mozas, ó niñas, es tañerles una almendrada. Y por eso dijo aquel gran trobador de las plateras:

Si quieres gozar lo que goza,
Y lo que el sabio aconseja,
Llamarás moza á la vieja,
Carrilla y niña á la moza.

Dígame, irregular, ¿hame visto dejar de comer nueces por falta de muelas? Soy yo como el que, para refinar y ennegrecer la barba overa, se peina con escarpidor de plomo; ¿y no ve el pobrete que está como el puerro, con porretas verdes y raices blancas? No gasto yo mi patrimonio, como él, en agallas, ferreto, nueces, granadas, piñones, mirra, salvia y legía, con que hace ungüento y liga, para que el rey negro restaure su barbacana. Y ya que le parece mal que yo sea historiadora de mi vida, no lo sea él de mis años: ni es bien que se meta en hacer cuentas justas un tan público pecador como él. Sepa, que si parece que tengo rugas, es que, cuando me enojo con hidarvines como él, hago alforzas en el rostro para embeber la cólera. Y créame, que á no saber que ha poco que le hizo de corona el dueño de la montancha, Dios es mi padre, que le diera un cabe á vista de oficiales. Haga cuenta que no soy nacida, y que en el vientre de mi madre me estoy todavía, que acá sabremos nacer y ser nacidas, sin que nos madure ni partee el muy comadrero. Lo que podrá hacer es, á la señora su espada virginal la partee, y saque del vientre de la vaina, que á fe de hija de agrio, y nieta de dulce, que pienso que la vaina de la dicha durindana ha muchos años que está preñada teniendo dentro en sí el intacto *Joannes me fecit*. Nacidas ó por nacer, así nos quieren en nuestra casa. Y el capítulo del viejo yo le pondré de modo que le amargue, y sepan todos cómo mi marido Santolaja, si fué moscon, le picó en las mataduras, y (aunque celibato) le bregó á coces la barriga al muy lebron. Que si él tuviera sangre en el ojo (aunque parezca pulla el hablar así) no habia de atreverse á mirarme á este geme de cara que Dios aquí me puso, ni á estos ojos pecadores con los cuales le ví tender, como cuerpo de notomía, y darle mas azotes que á pulpo en pila. Todo se andará. ¿Y quién le mete á él ahora en sí cuento, ó no cuento, mi conceta? ¿No sabe que los cristianos, ni tenemos nombre, ni edad, ni historia, hasta estar bautizados, siquiera de socorro? Aun podria ser, que una sola cárcel que le falta de visitar, le hiciese yo que la tresnase, y me soñase. Ola, ola, conmigo no. ¿Y hace gestos? Por el siglo de mis maridos, que le meta esta pluma por los ojos, y le escriba con ella una carta en la pia mater, haciendo tinta de sus sesos, y le despache á las mil, de modo que esta noche llegue á cenar sus sesos, con los sesenta caballeros que hundió la tierra.

Enojéme con tales ademanes, que se espantó el valenton, mostrándose tan liebre, como yo libre. Y (mas por costumbre vieja, que por audacia nueva) retocó, y espolvoreó la halda del chapeo, y mirándome con un

ojo de vergüenza, y otro de miedo, me dijo lo siguiente el medroso fisgon, entonando en ut. Perdone sarcé, sora Justísima, que no entendí que tenia calafeteada esa ánima de tan varia historia, ni entendí que voarced habia acusado á la verdad por somética. Al punto bajé la mano para desenvainar un chapin valenciano, mas él comenzó á huir y medir tierra á varas de pescar. Y de trecho en trecho tornaba á mirar como ciervo acosado, cuidando si acaso le parecia mi chapin, en forma de bala ó lágrima de Moisen. Que en fin los corridos, el nombre se lo dice, que tienen caras de tornillo para bornearse, y pies de pluma para al traspontin. Cansada quedo de acuchillarme con un necio, que es tanto como batallar con una fantasma, que para herir es furia infernal, y para herida es aire: y por tanto reservo para el dia y capítulo siguiente el dar á mi libro cabeza, pues la mia por ahora está encalmada, y bocinada de oir las dichas, roncerías, ó rocinerías de este asnal mancebo, el cual (para que veas quien es) pretendiendo hacer su informacion para graduarse de cola en alcolá, intentó probar que decendia de Balaan, y sacó en limpio que por línea recta decendia del asna de Balaan.

APROVECHAMIENTO.

Algunas mujeres hay de tan poco peso, que les pesa de que les llamen viejas, y no porque les pese de carecer de fuerzas con que servir á Dios (que es la causa porque les deberia pesar) sino porque aun cuando el mundo y la carne les despiden de sus vanidades, no se quieren dar por entendidas, y no sienten otras injurias, y sienten que les digan la verdad mas cierta de cuantas hay.

CAPITULO II.

DEL ABOLENGO ALEGRE.

1. DEL ABOLENGO PARLERO.

Redondillas con su estribo.

Cada cual de sus abuelos
Dan á Justina una cosa,
Como á Pandora la diosa,
Que emplumaron en los cielos:
Melindres, el titerero,
El suplicacionero, andar,
El tropelista, engañar,
Y locuras, el barbero.
El mascarero, alegrones,
Gaitero, quita pesares,
Y el meson que pida pares,
Cuando le ofrecieron nones,
¿Mas cual será Justina, cual su ciencia
Que es de tantos enredos quinta esencia?

Dicen que el consejo que da un necio es comparado al oro, porque es cosa de tanto precio, que no menoscaba su estima el hallarse entre lodo y cieno, y asimismo el consejo (aunque se halle en la boca de un necio) es de gran valor y estima. Es tambien comparado el consejo que da un necio, á flor que nace de abrojos. Al sol del invierno. A la comida quitada de la boca de leon. A la presa acogida á ave de rapiña. A invierno, que con lo que hiela aprovecha. A la comida del puerco que se vuelve en sustancia regalada. Al palo con que azotan el pulpo que azotando aprovecha. Así las palabras de un necio, aunque por ser de su boca enfadan y enojan, pero, por ser consejo, regalan y aprovechan. Tambien el consejo que se da acaso es comparado al estiércol de ovejas, que queda acaso, y hace gran provecho á la heredad. ¿Dónde va San Geminiano con sus símiles? Dígolo, porque ya que aquel necio importuno me dejó espinada, mordida, apaleada, y estercolada, será bueno aprovecharme del consejo que me dió, diciendo, que para que mi libro no fuese hombre sin cabeza, ni madeja sin cuenda, contase mi abolengo. Por vida de mi gusto, que lo he de hacer. A fe que les he de dar un alegron de abuelos, con que ande la risa al galope.

¿Mas qué hago? ¿Historia de linage (y linage propio) he de escribir? ¿Quién creerá que no he de decir mas mentiras que letras? ¿Que si el pintar (que es poco mas que acaso) es al tanto del querer; el hacerse uno honrado (que es causa tan pretendida) quien habrá que no la ajuste con su gusto, aunque sea necesario desbaratar la verdad, para que venga al justo? Decia un Guzman intruso, caballero de don alquitar, camarada de un marido que me tuvo : Nadie hay que tenga licencia para pintar armas en su casa, que no ponga un castillo y un leon. Que para esto basta ser castellano, ó leonés. Y si los oradores tienen licencia, para dar el nombre de la cabeza á los pies, sin que se les pueda decir que juegan á punta con cabeza, tambien pueden los vasallos aplicar para sí los títulos reales, pues todos somos miembro de rey. Viene muy á cuento el de un sastre natural de la provincia de Picardía, el cual vino á ser rico, y se llamó Pimentel, y puso en la portada de su casa un muy fanfarron escudo de piedra, y en él las armas de los Pimenteles. Tuvo soplo de esto la justicia (que quizá fué la fragua simbolo de la justicia, porque la una y otra cosa se gobierna á soplos) y mandóle que borrase la pimentelada, ó declarase la causa de haberse armado caballero tan de cal y canto, y puesto las venerables veneras de los Pimenteles, no habiendo para ello otro fundamento, que el haber sacado la piedra de la cantera de su rollo. Respondió el caballero sastre : Señor, las razones que me han movido á que lo escrito sea escrito son tres. La primera, que el cantero las puso. La segunda, porque me costó mi dinero. La tercera, que lo mandé hacer por mi devocion, y en memoria de las muchas veneras que traje en mi sombrero, yendo y viniendo en romería á Santiago tres veces, en los cuales viages me hice rico con limosnas, y en agradecimiento y reconocimiento pongo estas veneras. Y el que me quisiere quitar mi devocion no está dos dedos de hereje. El juez (que era cristiano temeroso) respondió : A la inquisicion, chiton. Y el sastre se salió con lo que quiso. Así que todos

se salen con poner las armas que pueden pagar, en especial los que son de la mi provincia de Picardía. Y si los pedis razon, cumplen con un pié de banco, y con que les costó su dinero. ¿Qué será lo que tan poco cuesta, como escribir uno de su linage lo que soñó? Como el otro, que dijo haber decendido su linage de la casa de los reyes de Aragon, y fué, porque algunos de sus antepasados, mozos de caballos de la casa real, huyendo de miedo de sus amos, se hicieron descolgar en unos cestos desde la muralla abajo. Y esto fué decender de la casa real.

¿Pues qué en este tiempo en el cual, en materia de linage, hay tantas opiniones como mezclas? Verdad es que algun buen voto ha habido, de que en España, y aun en todo el mundo, no hay sino solos dos linages: el uno se llama el tener, y el otro no tener. Y no me espanto, que la codicia del dinero es mondonguera, y hace morcillas de sangre de toda broza, por ser toda de un color. Y cierto, que no es de espantar que haya tantas opiniones de un linage, porque despues que en una casa entran cuatro ó cinco mujeres, cada cual de su suerte, como pan de diézmo, ó como morcilla rellena; ¿quién atinará cual es lo gordo, cual es lo magro, cual es el piñon, ó cual es el ajo, ó alcarabea? Bien haya el tiempo que hacian la torre, y el que alcanzó el mundo, antes de ser pasado por agua, que en aquellos tiempos todos eran guzmanes, y todos eran villanos. Y así los escritores que se quieren engrandecer, toman de atras el salto, acógense á la torre de Babel ó al arca de Noé, y salen tan godos como Ramiro Nuñez.

Empero esto de sacar piedra de la cantera de la torre, ó del archivo de Noé, no se entiende con la escritora, que se intitula Pícara: pues para fundar su intento, debe probar que la picardía es herencia, donde no, será pícara de tres á cuatro.

Y si alguno pensáre, que por el mismo caso que me hago fundadora de la Picardía, se cree de mí, que así como todos los fundadores de casas grandes se preciaron de altísimos principios, así yo me he de hacer de apar de Deus, no, no. No fundo yo á Roma, para decir de mí (como dijeron los romanos de Rómulo, su sanguinolento fundador) que soy hija de Marte, nacida por el costado de Ilia, vírgen incorrupta. Que si Rómulo fué de casta de dolor de costado, la fundadora de la Picardía es de casta de dolor de piedra, que acude á las vias de la bejiga, que es camino real. No quiero yo fundar la república latina, como Eneas, de quien fingieron ser hijo de los dioses, aunque no se le lució, cuando al salir de Troya se aperdigó para asado, y al entrar en Italia, para cocido. Que la Pícara nació de las tejas abajo como tordo. No fundó la escuela de Platon, para fingir (como fingieron de él sus discípulos los platoncillos) que nací de una sombra, y de la intacta vírgen Perictione. Hijo le hicieron de vírgen, y de sobra. Era agudo. Debia de ser hijo de alguna doncella relamida, y su padre debia de ser padre de á sombra de tejado, y por eso cátale hijo de sombra. No soy de casta de sueño, que nazco á la sombra. No fundo yo la escuela de los gimnosofistas, como Buda, para decir de mí (como mintieron de él, y de Celso, y de Aureoto, y Cecloponto) que fueron hijos de vírgenes incorruptas. Como si el parir fuera regüeldo, ó

estornudo. Ni soy tan hereja, ni tan necia. Pregunto: ¿De qué les sirvió á las palomas el honrarlas los poetas, con decir que son abuelas de Eneas, y madres, ó hijas de Venus? Por ventura, ¿por eso túvoles mas respeto el pan en que las empanan, ó el asador en que las asan? ¿Pues de qué le sirve á la pícara pobre hacerse marquesa del Gasto, si luego han de ver que soy marquesa de Trapisonada, y de la Piojera, y condesa de Gitanos?

Yo confieso que este es un tiempo en que el zapatero, porque tiene calidad, se llama Zapata, y el pastelero gordo, Godo. El que enriqueció, Enriquez, y el que es mas rico, Manrique. El ladron á quien le lució lo que hurtó, Hurtado. El que adquirió hacienda con trampas y mentiras, Mendoza. El sastre, que á puro hurtar girones, fué marqués de paño infiel, Giron. El herrador aparroquiado, Herrera. El próspero ganadero de ovejas y cabras, Cabrera. El vaquero rico de cabezas irracionales, y pobre de la racional, Cabeza de Vaca. Y el caudaloso morisco, Mora. Y el que acuña mas moneda, Acuña. Quien goza dinero, Guzman. Todo esto, y mas que yo me sé, pasa hoy dia; pero norabuena, pase, que esto y mucho mas merece el dinero; pero la ilustrísima Picardía no va por esa derrota, porque eso es querer engualdrapar las verdades.

Ea, Justina, ya que no quieren veros nacer monda y redonda, sino que vais con raices y todo, para que adonde quiera que os planten deis fruto: decid vuestra prosapia, vean que sois Pícara de ocho costados, y no como otros, que son pícaros, de quien teme enojo Isabel, que al menor repiquete de broquel se meten á ganapanes. Una gente que en no hallando á quien servir, cátale picaro, y puesto en el oficio, vive forzado, y anda triste contra todo órden de picardía. Yo mostraré como soy pícara desde el abinicio, como dicen los de las gallaruzas. Soy pícara de amacha martillo. Dijo un labrador de Campos, de los del buen tiempo, á mi padre: Señor Diez, acá entre los labradores tenemos por nosotros, que el macho para ser buen macho, ha de ser bien amachado, el caballo bien acaballado, el burro bien aburrado, y el labrador, para ser buen labrador, bien alabradorado. Aquí entró mi padre, y dijo: Y el mesonero, bien amesonerado. Aquí entra Justina, y dice: La pícara bien apicarada. Por lo cual no enmantaré cosa, que á nuestra picardía pertenezca. Nació mi padre en un pueblo que llaman Castillo de Luna, en el condado de Luna. Y mi madre era natural de Zea. Y si no saben donde es Zea, yo se lo diré. Es Zea junto á Sabagun. Es Sahagun un pueblo, donde reside una reverendísima cuba, la cual (como casi siempre está tan vacía como hueca) da en entonada, y dicen que la deben trigo y centeno, el cual se le paga siempre. A lo menos despues acá que pasó el año del muermo, digo del catarro, nunca le hinchieron de líquido, sino de trigo y centeno. Aquel año de la moquera se hinchió de mosto, y cupo tanto en ella, que molió un molino con él. Bravo espectáculo. ¿Qué seria ver salir sangre de aquella hermosa ballena, herida por las manos de algun inhumano modorro de ropa parda? Y si no conocen á Zea, por la cercanía de esta darna, yo se le pintaré. Es Zea un pueblo que está en dos tercios, como lio de sardina. Otros dicen que parece puramente alforjuelas, en razon de que al principio y fin del pueblo estan muchas casas apiñadas, y en

medio está una puente, que es la faja con que se traba el alforjuela. A lo menos, si las mujeres de aquel pueblo diesen en ser mal entalladas, y alforjadas, escusa ternian por nacer en una villa que parece molde de alforjas. Finalmente es Zea una villa llana como la palma, no de la mano, sino de las que llevan dátiles. De aquí colegirás, letor cristiano (y aunque seas moro colegirás lo mismo), que siendo mi padre natural del castillo y condado de Luna, puede decir la Pícara Justina, que de parte de padres es lunática, á pesar de su colodrillo, y siendo de Zea mi madre, podré decir que de parte de madre soy ceatica, á pesar de mis caderas. Mas por no torcer el órden de una generacion tan importante, diré primero de mis abuelos machunos y hembrunos, y luego diré de mis padres. Ello, yo no sé, porqué mi padre no me llamó la torda, ó la papagaya, pues mis padres todos tuvieron oficios, que no eran nada deslenguados, ántes eran el crisol de la parla; pero llamáronme Justina, porque yo habia de mantener la justa de la picardía, y Diez porque soy la décima esencia de todos ellos, cuanto y mas la quinta.

Fué mi padre hijo de un suplicacionero, el cual en barajas y cestos, y gastos de bergantines cosarios, traia mas de cincuenta escudos en trato. Él fué el que inventó traer los criados barajas, y por eso le llamaban por mal nombre, el de Barajas. Él fué el que inventó el echar la buena barba, y compuso el terlin-campuz de tabla á tabla. En su tiempo los que ahora se llaman barquillos, se llamaban suplicaciones, porque debajo de oblea iban otras muchas que hacian una manera de doblez; mas las de ahora, como no tienen doblez debajo, sino una oblea desplegada, en forma de barco, llámanse barquillos. Es vergüenza. Todo está sofisticado. Este mi abuelo enviaba todos sus ministros, vagantes, con general licencia, para que en campo raso, y cuerpo á cuerpo aguardasen á todo jugador de primera y quinolas, mas no de otro juego, atento que cartas conocidas (cuales eran las que daba él á los suyos) para ningun otro juego valen lo que para estos. En los puntos de los naipes tenia notables cifras, y habia buenos discípulos de cifra, por oirle echar una buena barba, y repicar un terlincampuz, se podia ir á tres leguas á verle uno, aunque fuera ciego. Murió en Barcelona á la lengua del agua, y con su lengua, á lo menos por su lengua, hubo palabras con un rufo, el cual le echó de un transportin abajo; y aunque puesto de rodillas le hizo suplicaciones, el rufo le hizo barquillo en el agua. No era muy malo este oficio para una espía doble, ó un enfermo de bazo. Pero mi padre no se aplicó á él, porque era barrigudo y pesado, y así de ordinario se estaba recogido en casa de su padre, cosiendo montetas, y aderezando banastas para los bergantines, yentes y vinientes, que sulcaban el asturiano seno.

Mi bisabuelo tuvo títeres en Sevilla, los mas bien vestidos y acomodados de retablo que jamas entraron en aquel pueblo. Era pequeño, no mayor que de el codo á la mano: que de él á sus títeres, solo habia diferencia de hablar por cebratana, ó sin ella. Lo que es decir la arenga, ó platica, era cosa del otro jueves. Una lengua tenia harpada como tordo una boca grande, que algunas veces pensaban que habia de voltear por la boca. Daba tanto gusto el verle hacer la arenga titerera, que por oirle se

iban desvalidas tras él fruteras, castañeras, y turroneras, sin dejar en guarda de su tienda mas que el sombrero ó calentador. Malogrado de este cuitado, que (como parecia gurrion, ó pardal) dió en aparearse, y agarrarse tanto á hembras, que despues de haberle comido los dineros, vestidos, mulos, títeres y retablo, le comieron la salud y vida, y le dejaron hecho títere en un hospital. Cuando quiso tomar, y morirse, dió en frenético, y desenfrenóse tanto, que un dia se le antojó que era toro de títeres, y que las habia con una cruz de piedra, que habia en el zaguan del hospital; y despues de hechas algunas suertes en su camisa, y en otra de la hospitalera, embistió con la cruz de piedra, diciendo: A pera que te aqueno. Y embiste con mi cruz tan fuertemente, que se quedó allí al pié de la letra. La hospitalera era simple y bonaza; y viéndole morir así, decia: ¡Ay el mi bendito! Al pié de la cruz murió hablando con ella. Este abuelo nos dejó un pesar, y es, que algunos bellacos, por hacer mal á sus sucesores, nos dicen que nuestro abuelo se mató en la cruz.

Mi tercer abuelo de partes de padre alcanzó buen siglo. Fué de los primeros que trajeron el masicoral y tropelías á España. Casó con una volteadora, gran oficiala de todas vueltas, y larga de tarea. La cual (con morir de mas de cincuenta años, despues de un año tísica) murió volando. Su marido no quiso casarse mas por no ver volar mas mujeres. Ganó tanto dinero al oficio, que hombres muy honrados y muy estirados le quitaban el sombrero. Y es esto tanta verdad, que un hombre tan honrado, que le sobraba un palmo de honra sobre la cabeza, y tan estirado que murió en la horca, un dia quitó á mi tartarabuelo el sombrero de tal modo, que por pocas le quitára la vida á vueltas del sombrero. Fué el cuento que mi tartarabuelo estaba un dia haciendo una tropelía, llamada los nueve pasages de embudon, y por donaire (que era amigo de decirlos) dijo á fuer de gitano: Garda la bulza, y armó cierta mamona á una faltriquera. Oyólo el hombre (que era honrado por parte de su mujer) y creyendo que de veras habia montería de bolsas, dió un torniscon á mi tropelista en la cámara de popa, que le derribó solas dos muelas que le habian quedado de resto en el juego de las encías, y recudido el sombrero que tenia en la cabeza, y dentro de la mitad del oficio. Era desgraciado en riñas, que de ahí á poco en una se le cayeron todos los dientes; y fué el caso, que por decir otra gracia, le sucedió otra desgracia, en que á cierto Roldanillo ratero, se le deslizó un punto de dedos, y como habian de dar en otra parte, le dió en los dientes, y quedaron vacantes las encías. El pobre tropelista, como aun para hablar entre dientes no tenia resto (viendo que no le podian entender palabra de las arengas, mas que si las tropelías fueran arábigas), se fué de corrido á una granja de Guadalupe, donde entendia en pasar higo, y el sol de Guadalupe, como le vió un dia en una higuera, redondico, arrugado y negro, pensó que era higo pollino, y pasóle de esta vida á la otra. Tres dias despues de muerto, le tuvo el sol en la higuera, holgándose con él, y los tordos gorgeando al rededor, que no tuvo otros parientes mas llegados que celebrasen sus exequias.

De los otros abuelos de parte de padre, no sé otra cosa, mas que eran

un poco mas allá del monte Tabor, y uno se llamó Taborda. Y así si no se hallaren en este catálogo, hallarsehan en el que hizo el presidente Cirino. que ellos, y los cuchones, estan en una misma hoja. Los parientes de parte de madre son cristianos mas conocidos, que no hay niño que no se acuerde de cuando se quedaron en España, por amor que tomaron á la tierra, y las muestras que dieron de cristianos, y con qué gracia respondian al cura á cuanto les preguntaba. Luego los besára las manos. Ves aquí el abolengo parlon, de quien nació Justina parlona; solo les hago ventaja á mis abuelos, que ellos parlaban cuando el oficio lo pedia; pero yo á los oficios mudos hago parleros.

APROVECHAMIENTO.

No hay perdicion, ni libertad, cuyo principio y fomento no sea la demasiada parlería.

2. DEL ABOLENGO FESTIVO.

Closa.

Nace, y vive, y trota al son.

Siempre engendra un bailador
El padre tamborilero,
Pero siempre con un fuero:
Que si acaso da en señor,
Se torna siempre á pandero.
Y porque estos aranceles
No tuviesen excepcion,
Justina (que en conclusion
Es hija de cascabeles)
Nace, y vive, y trota al son.

Tengo por averiguada cosa que los hijos solo heredamos de nuestros padres los malos originales y los biénes naturales; pero malo y bueno lo barremos, aunque no sea natural, especialmente las hijas, que el dia que nos casan barremos la casa, y el dia que nacemos, el cuerpo de Eva heredamos las mujeres ser gulosas, y decir que sabe bien lo que solo probamos con el antojo, parlar de gana, aunque sea con serpientes, como quiera que tengan cara, y hablen gordo. Comprar un pequeño gusto, aunque cueste la honra de un linage. Poner á riesgo un hombre por un juguete, echar la culpa al diablo de lo que peca la carne, y finalmente heredamos comprar caro, y vender barato. Y no me digas que estos males se heredan, porque de puros usados se hacen connaturales, y por eso se heredan como naturales. Crea que no es ansí, sino que viejo y nuevo, natural y accesorio, todo lo heredan los hijos. Leocion, médico famoso, pintó los hijos como quiso, solo con mirar atentamente una hermosa imágen de Venus y Cupido, un poco ántes del conflicto maridable. Las preñadas imprimen en los hijos la señal de una flor, si la hue-

len con intencion. Yo he leido, que es cosa muy natural, que si las ovejas poco ántes de concebir miran con intencion varas descortezadas, saldrán los corderos manchados. Pero en las cosas racionales hay mas notorios ejemplos : una ama ladrona crió con su leche á un emperador, y salió tan inclinado á hurtar, que por satisfacer su inclinacion hurtaba; pero para remediar este daño pregonó el emperador, que cuando se hallase faltar alguna hacienda mueble á algun cortesano, la primera diligencia que hiciese la justicia, fuese buscarla en su imperial palacio. Nise mamólo en la leche. ¿Adónde vas, hermana Justina, cargada de prólogos de burlas? Ay, hermano lector, iba á persuadirte que no te admires si en el discurso de mi historia me vieres no solo parlona, en cumplimiento de la herencia que viste en el número pasado, pero loca saltadera, brincadera, bailadera, gaitera, porque (como verás en el número presente) es tambien herencia de madre. Hallaras en el discurso de esta historia que soy cofrada de la ventosilla, que ántes me faltará el huelgo que un cuento : no se escandalice, que tengo abuelo barbero.

Colegirás de mi lengua que soy moza alegre, y de la tierra, que me retoza la risa en los dientes, y el corazon en los hijares, y que soy moza de las de castañeta y aires bola, que como la guinda, y por no perder tiempo á punto á la alilla. No te espantes, que tuve abuelo tamboritero, á quien no le holgaba miembro. Veráscme echar muchas veces por lo flautado, no se te haga nuevo que tuve abuelo flautista, y parece nací con la flauta inserta en el cuerpo, segun gusto de ella. Vereir (finalmente) varios enredos, trajes, figuras, estratagemas, disimulos y solapos. No te espantes, que soy nieta de un mascarero, y (como tengo dicho) de los padres, madres y lechonas (digo de las que nos dan leche) chupamos á vueltas de la sangre los humores y costumbres como si fuéramos los hijos esponjas de nuestros ascendientes. Vaya de abolengo festivo, que harto hago no le intitular el loco, y si hiciera son, ó fuera porque no me dijeran que les ensució el oficio, como dijo el zapatero, cuando (mientras fué á su padre con un recado) un pasagero se ensució en la esportilla; tornó abajo el muchacho, y hallando el mal recaudo, comenzó á dar voces, diciendo : Padre, que nos han ensuciado el oficio. Aquí del rey y del papa.

Fué, pues, el padre de mi madre mi abuelo, y era barbero, el cual de solas figuras de monas, gatos muertos, armas de túmulo, y retazos de monumentos de papel, tenia empleados en su tienda mas de seis docenas de reales; y aunque en casa no habia seso, habia muchas bacías, y aun no habia cosa en casa que no lo fuese, en especial su bolsa, que siempre repetia para bolsa de arrepentida. Jamas hizo la barba á hombre que le faltase cuento. Almorzaba una guitarra por entremo. Vez hubo, que por hacer las crines al potro rucio, desechó buenas barbas de su tienda. Muerto por comedias. Y como muerto en Málaga, saliendo á representar la figura de Mostoles, cayó una teja de un tejado que le desmostoló.

Mi bisabuelo era mascarero, y aun mas que carero, que era carísimo.

Vivia en Plasencia, donde ganó en alquileres de máscaras, cascabeles y aderezos de farsas muy buenos reales. En lo que él solia echar mucho clavo, era en la cuenta de los cascabeles, que daba á los danzantes de las aldeas, porque los buenos de los labradores, como venian con gran prisa de llevar los vestidos para ponerse galanes, malcontábanse, porque al llevar contábanse á lo sordo, y al traer contábanse de sorna, y con esto pagaban la cascabelada. Su mujer á ratos perdidos hacia aloja, y por dársela un dia á su marido, en otro rato perdido perdió el marido; porque por dársela muy fria de nieve la aloja, le alojó el ánima de esta vida á la otra, que todo es barrio, y pared en medio; y no muy gruesas las paredes.

Mi tartarabuelo materno fué gaitero y tamborilero, vecino de un lugar de Estremadura que llaman Malpartida, que es un lugar que con estar junto á Plasencia, no simboliza con él mas que si Malpartida fuese lugar de la China. El dia de las danzas del Corpus, ó en cualquier otro de alegría, el que llevaba á este mi abuelo no pensaba que hacia poco. Hacia hablar á un tamborino, dado que algunas veces hubo menester hacerle que callase algunas tamboriladas, que si las parlára fueran mas sonadas que nariz con romadizo. No habia moza que no gustase de tenerle contento, y ser su parroquiana, teniendo en la memoria aquel refran, que dice: *A ruido de gaitero, érame yo casamentero.* No le holgaba miembro. Con la boca hacia el son al baile, y al del matrimonio con los ojos. A un volver barras, sacara él de la lunada de un hornillo una sartenada de novios fritos. Verdad es, que no eran los matrimonios de aquel tiempo tan campanudos como los de este, en el cual son necesarios muchos arrequives para matrimoniar de modo que aproveche. Por cierto con mas propiedad le pudieran llamar á mi abuelo muñidor de matrimonios, que tamborilero. Y todo la hacia el mi bendito por ganar un real, y dejar á sus hijos bien puestos; y salió con ello, pues nos dejó un tamborino lleno de tarjas, que para aquel tiempo era un tesoro. Y porque gatos de dos pies no goloseasen la cañada del tamborilete, le tenia el mi buen Arias Gonzalo colgado en una estaca muy alta, como atambor ganado en buena guerra. Y decia el buen viejo, con grande disimulacion, que no descolgaba aquel tamborino, porque era vínculo heredado de su padre, fulano garzon tamborinero tambien de fama, y que le tenia por consuelo de su memoria, y que el dia que no le viese no estaria en sí; y que queria mas aquel tamborino roto y remendado que cien sanos. Y de cuando en cuando dábale golpecitos, y decia: *Mas valeis vos, Antona, que la corte toda.* Todas verdades apuradas. Este murió de desgracia; y fué, que yendo un dia de Corpus como capitan de mas de doscientos tamborileros, que se juntan en Plasencia á tamborilar la procesion, tañendo su flauta y tamborino bien devoto, á lo menos bien descuidado de lo que podia suceder, sucedió, que andaba de bardanza en la procesion un hidalguete de los de la casa de doña Nufla, el cual (de pesadumbre que mi viejo le habia desentablado una amistad de una diez y ochena, para asensuarla á otro parroquiano suyo, por dos años, ó como la su merced fuese) viéndole descuidado, le dió una gran puñada en

la hondonada de la flauta, y atestósela en el garguero. Debia tener el pasapan estrecho, y aturó la gaita, como si se la hubieran encolado con las vias del garguero. Y lo peor fué, que al entrar se llevó de mancomun tras sí los dientes que encontró en el camino, como si la gaita no supiera entrar sin aposentadores. Esta fué gaita, esta fué cuña, esta fué el diablo de Palermo, que nunca quiso salir, hasta que de un estirijon se la sacó del cuerpo un tabernero, pareciéndole que lo mismo era sacar una gaita de aquel cuerpo, que sacar un embudo de un cuero empegado. Y tambien como mas amigo quiso ser verdugo en trance semejante. En fin, de aquel embion salió la gaita, y junto á ella revuelta aquella animita saltadera, trotadera, brincadera, bailadera, sotadera, que parecia un azogue. Murió en su oficio, y su oficio murió en él, que despues acá no ha habido tamboritero de consolacion en todo aquel buen partido de Malpartida.

APROVECHAMIENTO.

Muchos hombres de oficios alegres, cuales son tamboriteros, gaiteros, son nocivos en la república, y dignos de gran castigo, porque en achaque de entretenimientos lícitos, incitan y mueven á cosas dañosas, en lo cual imitan á los que acompañaron la idolatría con el juego.

CAPITULO III.

DE LA VIDA DEL MESON.

I. DEL MESONERO CONSEJERO.

Octava de pies cortados.

Los padres de la Pícara Justi *na*,
Que fueron en Mansilla mesone *ros*,
Siendo (como son) padres, y ella hi *ja*,
La enseñan, y la dan sanos conse *jos*.
Como el consejo á gusto no se olvi *da*,
Estos por serlo tanto los retie *ne*,
Que ya no hay quien se humille á madre, ó pa *dre*,
Si no es que al justo con su gusto cua *dre*.

La primera pluma que se ha ensillado en Castilla para alabar la vida del meson, será esta, que tengo pico á viento, esperando si viene el arriero del Parnaso, y me trae alguna carraca con que hacer la costa de la buena barba del meson. ¿No viene? Pues crean que he recorrido hasta el pajar de las musas, y los moldes de las loas, y no hallo molde que diga del meson cosa que de contar sea: consuélome, con que podré decir, que los moldes se erraron, que son grandes erradores; pero allá en Castilla la Vieja un rincon se me olvidara. Dígolo por un librito intitulado *la Eu-*

rosina, que leí siendo doncella, que se refiere de un discrepito poeta, que para alabar el meson, dijo que Abraan se preció en vida de ventero de ángeles, y en muerte de mesonero de los peregrinos y pasageros del limbo, los cuales tuvieron posada en su seno. Pero este escritor monobibilio no advirtió dos cosas: lo uno, que es necedad traer tales personas en materias tales: y lo otro, porque Abraan dió de comer á su costa en su casa á los vivos, y á los del limbo no llevó blanca de posada, lo cual no habla con los mesoneros de este mundo, ni tal milagro acaeció en casa de mi padre. Demas, de que yo no me quiero meter en historias divinas, no porque las ignoro, sino porque las adoro. Veamos si enristro con algo que de contar sea. Para alabar á los mesoneros, unos les comparan á los grajos, otros á las abejas, otros á las cigüeñas, porque todas estas aves hacen oficio de mesoneras con los huéspedes de su especie, entre las cuales quien mas se adelanta es el grajo; porque no solo hospeda la cigüeña, cuando pasa por su casa, pero la acompaña hasta ponerla en salvamento, cuando va, ó viene de veranar. Y quizá de aquí les vino á los mesoneros ser tan amigos de tener de municion grajos empanados. Ya te veo estar gorjeando, por decirme que ninguno de estos símbolos cuadran con el mesonage, porque ninguna de estas aves mesoneras pide dinero de cama, ni de posada. O pues, si todo lo quieres tan guisado, hazte preñada. Vaya otra. El mesonero es como la tierra, y el pasagero como rio. Verdad es que el rio por donde pasa moja, y al meson tambien siempre se le pega algo. Es el meson como la boca, y el pasagero es como la comida. Verdad es que siempre la boca medra, siquiera en probaduras, y lo mismo el meson. Finalmente, el meson es como olla nueva, que siempre toma el olor de lo que en ella se echa. Si el que pasa es próspero, queda el meson oliendo á bienes; y si pobre, la casa huele á trapos, y la cama á piojos. ¿Qué mas loor quieres del meson que compararle á la tierra, que es madre de los vivos, y al agua, que es el espejo en quien nos remiramos todos? ¿Qué te contaré? Un dios mesonero hubo. Verdad es que le desterraron del cielo por alcahuete. No se me logra cosa buena que diga del meson. A esta va que parece que hago pinicos de gineta, y á cada paso trota el potro. La mayor alabanza que yo hallo del meson es que no es tan malo como el infierno, porque el infierno tiene las almas por fuerza, y para siempre, y con no gastar con los huéspedes un cuarto de carbon, los hace pagar el pato y la posada; pero el meson, cuando mucho, es purgatorio de bolsas, y en purgándose las gentes, salen de allí, y aun los hace salir. ¡Ha, ha! ¿Es por ahí la grandeza del meson? ¡O meson, meson! Eres esponja de bienes, prueba de magnánimos, escuela de discretos, universidad del mundo, márgen de varios rios, purgatorio de bolsas, cueva encantada, espuela de caminantes, desquiladero apacible, vendimia dulce; y por decirlo todo, sois tan dichosos los mesones y mesoneros, que teneis por abogado á mi buen padre Diego Diez, y á mi buena madre, ambos mesoneros en la real de Mansilla de las mulas, cuyos consejos y astucias verás en este número, que si le lees no te habrás holgado tanto en toda tu vida, como despues que naciste.

Mi padre y mi madre no quisieron tener oficios tan trafagones como sus antecesores, porque como eran barrigudos, quisieron ganar de comer á pié quedo. Pusieron meson en Mansilla, que despues se llamó de las mulas, por una hazaña mia que tengo escrita abajo. Es pueblo pasagero, y de gente llana de el reino de Leon, aunque pese al refran que dice : *Amigo de Leon, tuyo seja, que mio non.* Verdad es que no asentó de todo punto el meson, hasta que nos vió á sus hijas buenas mozas, y recias para servir ; que un meson muele los lomos á una mujer, si no hay quien la ayude á llevar la carga. El dia que asentó el meson, eramos tres hermanas buenas mozas, y de buen fiegado (otras tres Gracias) bien avenidas en lo público, aunque en lo secreto cada cual estornudaba como el humor la ayudaba. No eran nada lerdas; mas pardiez yo era una águila caudal entre todas mis hermanas. Víales el juego á legua, mas el mio para ellas era de pasa pasa. Mis hermanos todos se fueron á romper por el mundo, y asentáronse en la soldadesca; solo quedó en casa Nicolasillo, muchacho hábil, que le enviaban por ocho de vino, y sisaba doce. Era el misterio, que vendia el jarro en un cuarto, y decia que se le habia vertido el vino y quebrado el jarro. Este quedó para llevar al rio las mulas de los huéspedes, é ir por recado de noche; que á nosotras no nos lo consentian, porque habia en el pueblo pisaverdes trasgeros, que es villa de buen gentío, y lo fino de la ronda es en la calle de los mesones, y lo acendrado del mujeriego es el mesonage. En buena fe, que una noche que se me antojó ir por vino á una taberna, que estaba junto al cementerio, me sepultó mi padre el jarro en las espaldas; y alegando que llevaba salvo conduto de mi madre, fué á ella, y la jarreó las costillas : y nos dejó tales á ella y á mí, que (á puro gastar incienso macho en vizmarnos) quedamos oliendo á vispras por mas de medio año. Pero todos estos daños desquitaba mi buen padre con sanos consejos, y tan sanos, que nunca les dolió diente ni muela. Miéntras el pulmon me sirviere de abanillo, no se me olvidará la plática que nos hizo nuestro padre á sus hijas el dia que puso el meson en perfeccion, y con todo buen recado de empeñan, y suela, buen meson tengas, donde quiera que te coja la noche, que tan bueno tú lo paraste. Mi buen Diego Diez mi señor, y mi bien y regalo, corona y gloria de los mesoneros, que no parecian tus consejos sino parlamento de un gran capitan (y á mis ojos chorreaban lagrimoncijas; pero estoy de prisa, y no me puedo detener á llorar). Y porque veas la crianza de mi padre, te quiero contar la plática que nos hizo el dia que dedicó su casa á los huéspedes, que es la siguiente :

Hijas, la carta del meson, y la cédula de la postura pública de la cebada, esté siempre alta y firme ; no haya junto á ella arca, banco, silla, escabel, ni otro cualquier estribadero ó arrimadero, porque no se atreva algun bellaco á hacer cuenta sin la huéspeda, y examinar y cotejar por el arancel, si yo relanzo mi hacienda. Que vive Crispo, que no se ganó á mecer los niños de la rollona. No quiera nadie hacer exámen de mi conciencia á costa de mi sudor. La cebada no se mida al ojo, antes el arca en que estuviere, esté en otro aposento mas adentro del portal, y sea oscuro, y al medir, siempre la que midiere vuelva barras á quien la pi-

diere recado. Las medidas esten siempre dentro del arca, porque mientras os dicen, quíteme allá esas pajas, esté la medida conclusa. El rasero no os obligo á tenerle en el arca, que si hay tiento, el rasero está en la mano. Y si por la prisa, ó por comprarse cara la cebada, ó con zelo de hacer bien por vuestro padre, quisiéredes medir con el celemin del gusto, y con el rasero del ojo, bien podeis, que mas valen vuestras manos que un medio celemin, y vuestros ojos mas que mil raseros. Y por eso os encargo que la cebada esté siempre en parte escondida, y el arca no tenga otro fiador de la tapa mas que vuestra cabeza, y con eso estorbareis que os husme en el arca. Que no es bien, que si está una moza honrada con medida á las manos, la hable nadie á la mano. Cuanto y mas que la medida de un medio celemin no es palabra de rey, que nò puede tornar atras, y bornearse un poco; ni es calle de plaza, que no puede tener altibajos; ni es mesa de trucos, que no puede haber hoyos, que el medio celemin tan bien duerme de lado como de barriga. En año de carestía, ya sabeis que la cebada si la dais un hervorcito crece mucho, y pierde poco, y aun es de provecho para las bestias que andan lastimadas con tolanos: y quien mas medra es la bolsa del mesonero, si se corre el oficio, y no le amarga el caldo del cocimiento. Y años tales en que se compra cara la cebada (y aunque sea barata, que no debe nada lo barato á lo caro), tened siempre de municion algunos granzones que revolver con la cebada; que para quien lo quisiere creer, aquello es la nata; y para el que no, es la espuma. Soplen y avienten, que así lo hacen las viejas en las heras. Cuanto y mas que si las bestias son buenas, de todo comen, y sino aun zarazas no merecen.

Cuando el huésped os dijere: Señora huéspeda, ¿qué habrá que comer? encárgoos, por lo que debeis á la fidelidad de vuestros oficios, que aunque tengais en casa la cosa, no digais que la teneis: encareced la cura, que para tasar de las puertas adentro cada cual es señor en su casa. Cuando trajeredes lo que os encargare, decid que lo que os pidieron lo comprastes al vecino á precio de ruegos y dineros, para que al vecino se pague la hacienda, y á vosotras la salsa y la gracia. Con los huéspedes menos palabras que gracias, mas donaire que respuestas. No pongo puertas al mar, aunque al mar si con quien hablaredes, siempre tierra en medio; que la mujer es cosa para de léjos, que es como figura de cera, como pintura al temple, librea de oropel, labor de masa, forma de emprenta, cadarme de embalsamado añejo, polvos de clavete de azucena, que en tocándolos se descomponen, deslustran y deshacen. Cualquiera demonstracion que hubieredes de hacer de alguna gracia, donaire ó servicio, sea ántes de comer, porque el pasagero todas las cédulas libra en el cambio de la comida, y alzadas las mesas, haced cuenta que se alzó el cambio: al primero ó segundo plato de servicio tendreis mucha advertencia, si hubieren enviado algo á vuestra madre, porque sino, tendreis entrada vendiéndola por preñada antojadiza, que ninguno habrá tan incrédulo que (viéndola con tan gran barriga) no lo crea, ni sea tan mal cristiano, que de miedo que no se pierda un alma no lo haga. Y no repareis en si os creerán, que con mozas de esperanza no hay quien no

tenga fe. Cuanto y mas que encontrareis creederos que os crean, si decis que yo estoy preñado, y que de aqueso traigo tan levantado el pecho, y porque no os quejeis de que todos los consejos que os he dado son para *nobis*: oid, cuando estuvieredes en la mesa delante de los huéspedes, sacareis de la vuelta del delantal, ó de entre corpiño y saya un mendrugo de pan, ó cosa que lo valga, y valdrán harto, que por eso dijo el refran: El francés hueso de tocino, y la mesonera pan en el corpiño, y sea el pan tan duro y seco, que solo el verlo provoque á lástima, y gana de proveeros de algun socorro y remojar la obra. Y si este tiro saliere incierto, á causa de que algunos á la hora del comer miran hácia el redaño, llamad una vecina, que con ocasion de vender algo que sea ó no sea necesario, conquiste su benignidad, y levante las golillas á la gana de daros algo, con presupuesto que habeis de ir horras á todo, y mancomunaros, que lo que hoy por tú, mañana por yo. Y cuando no haya mas que estrujar, y todos los cañales esten requeridos, dejad entrar á los pobres, dando primer lugar á los que sirven en casa: y si viéredes que estos negocian mal, licencia teneis para abogar por ellos, pues aun los clérigos y frailes pueden (segun derechos que me han platicado) abogar por los pobres en las causas civiles.

En dándoos algo, no aguardeis que segunde. Porque se tiene por medio milagro que uno de estos datarios rehaga la chaza. A primer quilmo recoged la tierra, que no nace lana tan presto; aprended del gato, que miéntras tiene en la mano el primer raton, no espera segundo, hasta orearse un rato. Huid luego Nadie piense que sois alquilonas, ó que tomastes á censo lo que se os dió de gracia. Y dado á una, entre otra, y haga las mismas diligencias, hasta ver el hondon á todo. La que quitare la mesa, quítela sin reirse, porque no la hagan fiadora, y ejecuten por la que se hizo invisible. Antes, de mi consejo, ha de entrar á quitar la mesa la que menos bien hubiere recibido, y entre rostrituerta y ceñuda, que unos pensarán que lo hace de zelos, otros que de envidia, otros que de hambre, otros que de indispuesta, lo cual (como decia un discreto) la oscuridad, de que se hace boca de lobo. *Item* se advierte á la tal moza quitante, que si le dieren cosa de poco momento, no la tome, sino diga: Déjelo ahí, señor galan, en esa mesa, y presto, que me quiero ir á comer, y de camino lo daré á un pobre. Y al alzar la mesa, revuélvalo con los manteles, que de derecho toda sobra es sombra que sigue al cuerpo del mantel. Ademan es este tan eficaz, que muchos, por no ser notados de mezquinos, dejan emboscar en los manteles el pan entero, el pedazo de queso, tocino, conserva, etc. Y cuando hubiere este lance, sed diestras, no haya bien caido la caza, cuando la amortajeis en los manteles, no llegue algun criado que desbalije el mantel, y lo meta en corbona, y os quite la caza de las uñas. Que hay huéspedes astutos que traen hecho monopolio con sus criados, y dícholes que á cuenta de los amos está el ser reyes, y á la de los criados ser tin entes. Y para hacerse mejor todo esto, converná que deis traza de embarazar los criados en algun ejercicio nada desabrido, miéntras se hace la siega y se levanta de heras. Que lo que una vez traspusieredes de un aposento á otro, es morcilla de gato.

Alzada la meza, suelen los huéspedes chorrear de rebalsa gracias escusadas, pretendiendo evaporar la comida á costa de una pobreta. Este es el Magallanes en que suele haber naufragio. Ola avison. Huid evaporaciones de sobrecomida. En chirlando mas de lo que es uso y costumbre, dejádmelos engolito. Y si columbraredes que se levantan á montear la caza, hablad alto, que será pedir favor. Y si no os valiere, asomaos á la ventana, y decid á voces: ¡Nicolasillo, Nicolasillo! Que como los Nicolases son obligados de la castidad, proveerá Dios de que os oya yo. Demas, de que yo siempre estoy cerca de mi casa, y al primer vocear vendré, como que me vengo á mi casa, ó á lo que Dios me diere á mí de gracia, y á ellos de pena. Veréisme, que entro mas sesgo que si me hubiera desayunado, con seis palmos de garrote, mas severo que un Cid, y mas grave que el conde Fernan Gonzalez. No hayais miedo; que en viéndome á mí que vengo, y á vosotras que huis de padre, hombre chiste. Que por eso dijo el refran. *No hay mejor perro que sombra de mesonero* Hijas, si no estuviere en casa mas de una de vosotras, una ha de hacer todas las tres figuras. Conviene á saber, que ántes de comer, sea perrillo de falda halagüeño; mientras comen, galgo hambriento; y al levantar de heras, liebre huida.

Encárgoos mucho que todo lo que entrare en vuestra casa, lo honreis mucho; no digo á los hombres, que en eso bailareis al son, y hareis conforme á los méritos de cada cual. Que de los hombres no hay que tener pena, pues cada cual tiene boca alquilada y pagada para alabarse á sí. A los que habeis de honrar, son las cosas que no saben hablar y volver por sí. Decláromé. Si viene á vuestra casa un gato muerto, honralde, y decid que es liebre; al gallo llamalde capon, al grajo palomino, á la carpa lancurdia, á la lancurdia trucha, al pato pavo. Las frutas nunca digais que son vecinas de Mansilla, que es decir que son villanas y montañesas, sino que vinieron de Bretaña con los Godos. Que es villanía no honrar, pues la honra torna siempre á su oriente. Y en tiempos que hay tantos dones pegadizos, como piojo de cárcel, no os duelan estos bautismos, que en el meson hay pilas para todo. A lo que empanaredes, hacelde el vestido holgado, para que crezca, que si no creciere, será por su culpa; y con eso podreis vosotras decir, que es la trucha tan grande como parece. Que estos yerros son como los de los médicos. Y aun mejores, que aquellos los cubre la tierra, y á estos el pan, que es cara de Dios, como dicen los niños. Nunca digais que vuestra ropa no es limpia, que en España es cosa afrentosa. Y para vencer tretas de huéspedes, que para ver si la sábana está limpia, miran si está tiesa y sin rugas, si cruge ó no (como si hubiéramos de almidonar las sábanas): para esto lo que habeis de hacer es rociarlas y emprensarlas, que con esto podreis hacer informacion que son limpias de todos cuatro costados De dia yo os doy licencia que vais por vino y por recado á partes públicas. Y no sea como una criada que tuve, que la enviaba por pasteles, y iba por ellos á los centenos; y si la reñia, me respondia: Eso merece quien se ha tardado por traer bien ojaldráda la cosa y la carne aperdigada. Y vez hubo que la dí un real de á cuatro para que trajese para comer lo que le pareciese,

y trájolo todo de nesferos. Reñíla. Díjela, ¿qué comida era aquella? Respondió: ¿Él no me dijo que trajese lo que mejor me pareciese? Pues esto es lo que mejor me pareció. Tened mejor ojo que esta babitonta. Cuando algun huésped os dijere que le vais por vino, preguntalde en alta voz, que la oyan todos: Señor, ¿cuanto quiere usted que le traigan de vino? Que es buena treta (la cual llamaba un pariente mio la treta del atambor) porque los huéspedes, parte por vergüenza de ver gran jarro, parte porque no piensen que son mezquinos, y acreditarse de liberales, envian por mas vino del que han menester. Y hacen bien, que si el vino es bueno, jamas se pierde, y aunque sea malo, sirve para lechugas. Hacen bien, rebien, buena pascua les dé Dios, que cuatro maravedis que un hombre alcanza son para lucir con ellos fuera de su casa, y pagar su trabajo á una moza honrada, que se desvela en almoazar el gusto á los huéspedes. Tampoco se os olvide que nunca falte una de vosotras á la puerta bien compuesta y arreada, que una moza á la puerta del meson sirve de tablilla y altabaque, en especial si es de noche, y junto á la candela. En lo que no habeis de perder punto, es cuando les oyeredes boquear á los huéspedes que quieren jugar, porque esto es una mina. Con tres us decia un tio mesonero de Arévalo que se enriquecian los mesones. Y eran las us, velas, barato, barajas. Y baraja tengo yo en mi casa, que ha entrado en percha de ochenta veces arriba, y nunca salió á ver luz, sin alumbrarme con un real de á cuatro. Al mas pobre que pidiere baraja, se la dad, no se diga de vosotras que quereis mal á pobres. Confiésoos que oí á un hombre de buen rejo que el inventor del naipe habia puesto en la baraja tres maneras de figuras; conviene á saber, sota, caballo y rey, y que esto denotaba que el juego no le han de usar sino tres géneros de personas: una señorota, que es sota sincopada, un caballero y un rey. Pero tambien oí que le respondió un amigo que estaba par del señor bacalario zurraverbos: Advierta usted, que aunque los pobres y pícaros no entran en la figura de rey de oros ó de espadas, pero entran en la de copas y bastos. ¿Qué os parece de la respuesta? Pues yo fuí el responsorio. Atento eso, no quiteis á nadie su derecho. Jueguen todos con unos mismos naipes, miéntras no se mandare que los ilustres y señores de vasallos paguen ocho reales por cada baraja, y los pobres dos reales. Por aquí sacarás, lector benevirlo (digo benévolo) la discrecion de mi padre, su erudicion y maestría. Bien le llamaron á él Diego Diez; mil le pudieran llamar, pues en solo él habia la astucia y saber que pudiera hacer famosos á diez mil. Y le pudieran cantar las mozas del meson el cantar de Carmona, que dice: *Mas valeis vos, Diego Gil, que otros cien mil.*

APROVECHAMIENTO.

Hay mesoneros tan mal inclinados y disolutos, que hallarás en su casa aposentados mas vicios que personas. En ellas se aposenta la codicia, la sensualidad, el ocio, la parlería y el engaño; y sobre todo, el mal ejemplo y libertad, lo cual es causa de gran perdicion en república cristiana.

2. DE LA MESONERA ASTUTA.

Redondillas de pies cortados.

Nunca de rabo de puer.
Se pudo hacer buen viro.
Ni para vihuela, cuer.
De palo, leña, ó garro.
Cual el arbol, tal la fru.
Pu. la ma. y pu. la hi.
Pu. la man. que la cobi.
Y el pobre yerno cornu.

Ya que sabes quien fué Fernando, no puedo absconderte á Isabel. Yo, hermano lector, ya adivino, que en oyendo quien fué mi madre, te has de santiguar de mí, como de la Bermuda. ¿Qué quieres? Diérasme tú otro molde, y saliera yo mas amoldada. Soy fruta de aquel árbol y terron de aquella vena, ¿qué me pides? Escucha, y oirás las hazañas de otra Celestina á lo mecánico. Mi madre era menos boquipanda que su matrimonio. Todos los recados que nos enviaba eran con las dos niñas de sus ojos, los cuales traia siempre á puntería de bodocazos. Era por extremo imaginativa. Nuestros pensamientos eran su melonar, y siempre calaba melones. Decia que nos queria como á los ojos. Y para untarme el casco, me decia : A tus hermanos quiérolos como á los ojos de la puente, y á tí como á los de la cara. Oyólo una hermana mia cierta vez, y dijo : Pagados estamos, madre, que no faltarán ojos, que sean tan cosa de aire, á cuyo amor la compare. Entónces ella (que era astuta) dijo : Calla, boba, que quien pasa por un rio, tanto quiere que la puente tenga los ojos en pié, como que lo esten los de su cara, pues le va la vida. Con esto nos dejó contentas. La verdad es que me queria mucho, y debíamelo, que le presté mucha masa en que empanar secretos tan graves, que el menor que mi padre husmeara, la despetuara; y quizá, si esto hiciera, acertara con el malhechor. Mas Dios me libre que yo sea como otras, que en haciéndose preñadas de un secreto, luego enferman de vómitos. Era muy caritativa, tanto, que quitaba la comida de la boca para dar á quien nunca vió, ni esperaba de él hazañas ni viñas. Verdad es que lo daba pagándoselo, y que lo que valia cuatro vendia en cuarenta; pero todo es contar por cuatros. Muy de ordinario nos decia que la mejor provision que podíamos hacer era de palominos empanados; porque lo uno es carne dura, y lo otro puestos en pan, son tan grandes como los hace quien los vende. Que las empanadoras somos de la calidad de los reyes, que en haciendo cubrir una cosa, la damos título de grande. Y lo otro, porque si fuere grajo, nadie habrá que lo jure ni denuncie, como denunciaron del otro villano, cortador, y obligado en tierra de Campos, que pesó una burra en la carcinería, y yendo á su casa par carne, respondió un niño hijo suyo á los que importunaban por ella, diciendo : ¡ Válgalos el diablo ! ¿tiene mi padre cada dia una burra que pesar? Aquellos son hurtos bobos, y peso de muchos pesares, que una

burra hay muchos que la conocen tambien como á la madre que los parió; pero un grajo despues de pelado, y metido en la ataud, el diablo que conozca si es palomino, ó cernicalo, ó pito, ó cualque cosi. Gran mujer de pedir prestada á una bestia la mitad de la racion, y darle una libranza para el primer meson. Era tan compasiva de los pobres, que á ninguno recebia, solo por no le ver mal pasar en su meson por falta de dinero. Que quisiera ella que cuantos entraban en su casa les diera Dios mucha hacienda, y con que hacer mercedes.

En su vida aderezó comida que no cobrase pasaporte, ni armó ave caballera en asador, que (demas de sacarle la quinta esencia en forma de pringue para tostas) no le hiciese la salva, por tratarla como á caballera: y para escusar las mermas y alcabalas que por su propia autoridad cobraba de todas las cosas asadas, usaba donosas tretas, las cuales, cuando nos las platicaba, decia que era la lecion de la confusa. Unas veces se escusaba con decir que los huéspedes se habian tardado en venir, y el gato dádose prisa á llevar. Otras veces soldaba la rotura con ceniza, como hondon de caldera rota. Otras veces quemaba lo desmantelado, con un tizoncito, delicadamente, que parecia todo una pieza lo asado y lo castrado. Oirás (y esto era en caso desesperado) hacia un guisadillo, atendiendo siempre á dos cosas: la una, que llevase poco coste; y lo otro, que no fuese muy sabroso. Aquí anegaba todas sus faltas. Y solia decir: Mirad, hijas, una cazuela es escusa barajas, porque como allí se mete todo confuso, hueso y pulpa, viene á tener verdad el refran viejo, *que á rio revuelto, ganancia de pescadores y pescadoras.* Y creedme, que los huéspedes se obligan mucho, y dan de sí mas que calza de aguja, si ven que las mesoneras les guardan el aire al apetito del comer. Pongo caso, hijas, que vaya mal guisado (que así ha de ser siempre) luego dicen: El guisado, así, así; la intencion fué buena, no supo mas la pobreta, que quien esto hizo sin decírselo, hiciera mas, si mas supiera. Y luego les vereis esquilar, diciendo: Señora María, señora María (que no hay huésped que no llame María á toda moza de meson, como si todas nacieran la mañana de las tres Marías) ó sino, dicen señora hermosa, que, como dijo el otro, para que una vieja sea moza, no hay otro remedio mejor que ser mesonera ó ajusticiada; porque á la del meson, no hay pasagero que no diga: Ola, señora hermosa; y si á una mujer la sacan á justiciar, luego dicen: La mas linda mujer, y de mas bellas carnes que se vió jamas. Así que, señora María, alcance de su guisado, que está como de su mano. Aquí haya gran advertencia, que la tal moza en tal caso ha de hablar como inocente y vergonzosa, diciendo: En verdad, que compré por amor de sus mercedes un ochavo de especias, y un maravedí de vinagre y ajos, para que la cazuela sabiese bien á sus mercedes, y dejé en prendas la mi sortija de plata, que no tengo otra. Y tras esto, hijitas, una reverencia, que estais á pique de que si es hombre liberal, os dé una buena pieza, en pago del empeño de vuestra sortija, y sin haber enagenado, ni perdido nada. No acabara yo si te contara por extenso sus tretas. Concluyo con decirte que, para abrasar la casa, le sobraban dos herborcitos de imaginacion; y para hacernos perder pié á

todos, no habia menester echar toda la presa. Con todo eso decia de mí: Justinica, tu serás flor de tu linage, que cuando á mí me deslumbras, á mas de cuatro encandilarás. Y por verme tan bien aplicada, y por las buenas muestras que siempre dí, gustaba mucho de platicarme todos estos ejercicios que he referido, y otros que callo.

Estos trastos heredé de mi madre, sin quedar cachibacho que no me traspalase. ¿Qué quieres? Quien da lo que tiene, no debe nada. Y quien enseña lo que sabe, menos. Las águilas enseñan á sus hijos á que miren el sol de hito en hito; porque como nacen con los ojos húmedos y tiernos, pretenden que el sol se los diseque y aclare, para que vean la caza de lejos, y se abalancen á ella, por ser esta propiedad única de el águila, la cual desde lo altísimo de las nubes ve al cordero en la tierra, y los peces en el agua de los profundos rios; y bajando con la furia de un rayo, divide con las alas el agua, y saca los peces de el abismo. Así (puedo decir) en esta materia era mi madre una águila, pues aclaró mis tiernos ojos, para considerar la caza desde lejos, y saberla sacar, aunque mas encubierta estuviese, un mar de dificultades. Verdad es que yo no habia menester mucho apetite, ni me costó muchos pellizcos el aprender, en lo cual hice ventaja á los aguiluchos (y grande), porque ellos son lerdos, y tan perezosos, que es necesario que la madre, á punzadas y herronadas, los saque del nido, y aun á veces los cuelga de las uñas, y los hace mirar por fuerza al sol. Y por eso fingieron los poetas que, en el general repartimiento de los oficios, el águila se inclinó á ser ballestera, y tiraba al sol bodocazos, y no erraba tiro. La paloma enseña á sus pichones á barrer y limpiar el nido, porque no es puerca, como la orpendola, que teniendo doradas plumas, tiene enlodado el nido, lo cual es símbolo de las mujeres, las cuales salen á vistas vestidas de oro, y dejan un aposento mas sucio que una letrina. ¿Pues qué mucho, que la palomita de mi madre me enseñase á barrer y limpiar (no solo la casa) pero las bolsas y alforjas de los recueros y aceiteros, que son mas sucias que ojos de médico y nidos de oropéndola? Muchos puedo contar, á quienes el zelo de enseñar sus hijos los ha hecho maestros de voto el muerdo: especialmente en Egipto, todo bueno y santo.

Pero mis padres no sabian otros geroglíficos sino jacarandina, ni otras ciencias, sino conjugar á *rapio*, *rapis* por *meus*, *mea*, *meum*. ¿De qué te espantas? oye un cuento á propósito. Cierto soldado quiso ganar de comer á poca costa, y para esto se puso á lo escolástico, aunque algo bastardillo, un bonete algo lardosillo, y muy metido hasta la cóncava, un cuello solo asomado, aunque pespuntado de grasa, una cara á humo muerto, un sayo sayon, un ferruelo largo y angosto, como cédula de sacar prendas, unas calzas que se reian del tiempo, un zapato empanado, un andar de Pero Hernandez, un mirar de brujulistas, un meterse de hombros, como concomido, una voz modesta y baja (aunque tenia el bellacon mas chorro que un pollino), un cuello torcido, como remate de cuchar, otro segundo pavon, de quien te daré noticia, despues de andadas algunas millas de esta historia. Con esta figura y talle se hizo pedagogo intruso, y ayo de algunos, á quien engañó en la mitad del justo

precio. Especialmente engañó á un caballero, que confió de él un hijo suyo, para que fuese su ayo. Díjole el caballero : Mire, padre, que le encargo este mochacho, que es travieso, para que le imponga. No sepa cosa buena que no se la enseñe. El dómine ayo se lo prometió así, y cumpliólo. El ayo á tercer dia comenzó á leer la cartilla á su alumno, y díjole : Mocito, ¿él piensa que yo soy alguno de los siete de Grecia? Engáñase. ¿Piensa que es todo oro lo que reluce? Engáñase. ¿Piensa que hace el hábito al mono? Engáñase. ¿Piensa que soy quien piensa? Engáñase. Vive Cristovalillo, que aunque le quiera enseñar cosa buena, yo no sé otra sino dos, una de guerra, y otra de paz. De paz es un boquivuelto, y ver si pinta, y hago á todos, tope donde topare. Y por mas señas, ve aquí la baraja Lo de guerra, otro que tal. Tome esa espada. Uñas arriba. Punta al ojo. El pié siga á la cara. Medró tan bien el caballerito, que á pocos dias andados se fueron ambos á Sevilla, y en el camino comieron lo que hurtaron, y en llegando á Sevilla, hurtaron lo que comieron. Este fué el bellacon, por quien se inventó el entremes que dicen : no le enseñaba á matar, sino á ser el obediente Isaac. Así que, hermano lector, cada cual enseña lo que sabe, aunque no todos saben lo que enseñan.

APROVECHAMIENTO.

Podráse decir de algunas madres de este tiempo, que son para sus hijas mas crueles que avestruces; y que las que por naturaleza y obligacion debian ser misericordiosas comen y cuecen sus hijos, como dijo Jeremias. Porque, ¿qué mas propio cocer y tragar sus hijos puede haber, que cocerlos en maldades, y aprender en ellos el fuego del pecado, y deshacer sus almas con ruines consejos, y ejemplos?

3. DE LA MUERTE DE LOS MESONEROS.

Sextillas.

Diego Diez desafió
A romance y á latin
A la muerte. Ella venció,
Y al Diego Diez le metió
En un medio celemin,
Con que vencido quedó.
La mujer del mesonero
Sustituyó el batallon.
Mas tambien le dió tapon,
Porque la atestó el garguero,
Con longaniza y carnero,
Y así triunfó del meson.

Siempre oí pregonar que las gentes como viven mueren, salvo que viven con aire; y mueren sin él, y que como pecan penan, salvo, que el gusto del pecar es enano, y las penas del pagar son gigantas. Callo la historia de la perra y aperreada Jezabel, y otros cuentos de las historias

sacras, de hombres cuyos verdugos fueron sus mismos gustos. Que en chapines de tan altos cuentos, no me atrevo á nadar sin caer. Ahí está Diomedes, rey de Tracia, que fiará y abonará mi intento, pues él usó engordar sus caballos con carnes de reyes vencidos, y Hércules con las suyas dió un buen dia á sus perros. Tambien me fiará mi camarada Herodías, que, por saltar y bailar sin estorbo, mandó cortar una cabeza, y despues de cortada, punzó rabiosamente con un alfiler largo la lengua difunta; pero tambien ella murió bailando, y la hundió y cortó la cabeza un carambano, sobre quien andaba danzando. Mi padre en lo que siempre ponia mucho cuidado era en esto de echar polvoraduque de granzones al medir la cebada, segun y como nos lo notificó el dia de la creacion mesonil. Un dia me mandó cargar la mano algo mas de lo acostumbrado, y yo (como hija obediente) eché á osadas. Dormióse Homero. No reparó el buen padre que nos oia un caballero ratiño de junto á Portaalegre, que estaba junto á la puerta triste del pajar, y era para sus bestias la cebada sobre quien granizaban granzones. Hubieron palabras. Mi padre de corrido arrojó la soga tras el caldero. El caballero de honrado desenvainó un medio celemin (de que habia sobra en casa) con el cual le dió en la nuca, á tan buena coyuntura, que le metió el ánima en el medio celemin, y el cuerpo le tendió á la puerta del pajar. Vean aquí el celemin pecó, y allí penó. A lo menos podréme alabar que murió como un pájaro mi padre, y que fué tan enemigo de dar fastidio que murió sin gastar un camino en su enfermedad.

Al caballero se le echaba bien de ver que era noble y principal, pues no hubo bien mi padre caido en el suelo, cuando le pidió perdon, y le dijo que no lo decia por tanto, y otros cumplimientos muy de cortesano. Y si mi padre no tuviera escusa que estaba muerto, hubiera andado muy mal en no responderle muy buenas palabras Era comedido el señor y liberal. En viendo el mal recado, luego (para consolarnos) nos dió á cuantos estábamos en casa tres reales de á ocho, y á mi señora madre doce, por ver que llevaba este negocio con tanta paciencia, esperando á ver como lo hacia con ella y con nosotras aquel buen señor. Y con esto nos obligaron (él con dinero, y mi madre con su mandato) á decir á la justicia que nadie le habia hecho agravio á nuestro padre, ni tocado al pelo de la ropa (y era verdad, que no le tocó en pelo ninguno, porque la parte donde le tocó el medio celemin estaba pelada), sino que cayó de la escalera, como él lo solia hacer algunas noches. Y esto era verdad, y tanta, que una vez se quejó de un cucharetero, porque le puso una mano de mortero en una escalera. Y viéndola, dijo: ¿Mano de mortero, á mí para caer, hidaruin? ¿He yo menester mano de mortero ni otro apetite semejante para rodar cincuenta pasos de una escalera? Con esta buena relacion que dimos de nuestro padre, nos dejó la justicia. Amortajámosle. Pusímosle en el aposento del horno, porque ya que no estuviese honradamente, estuviese hornadamente. Sobre el amortajarle hubimos palabras yo y mi madre; porque me dió una mortaja vergonzosilla, que (por ir rota por ciertas partes, y vérsele el cuerpo á tarazones) algunos pensaron que habíamos enterrado á mi padre con el rasero en mano, en me-

moria de lo que habia ganado con el medio celemin, y por tener de sobra los raseros. De esto habia mucha risa y chacota en el entierro. Tontos. Por cierto sí. Las ganancias del Cid. Si supieran la buena obra que le habia hecho el medio, no pensáran que le habíamos enterrado con el rasero. Necios. ¿Mirad qué baston de capitan, para antojárseles que le enterrábamos con él en la mano, sino un rasero negro y carcomido? Si mi madre en dar mortaja no anduviera tan medida, nadie saliera de ella en maliciar lo del rasero.

Tratamos de enlutarnos; y sí hiciéramos, sino que mi madre echó de ver que no habria luto que le viniese bien, porque era muy gorda, y así se puso á la malicia el luto. Aquella tarde toda no quisimos recebir pesames de nadie, porque dijo mi señora madre: Aun ahora mi marido está en casa, no quiero pesames. Cerramos nuestra puerta, como gente recogida; y aunque quisimos velar al difunto, no podimos, porque el ratiño de Portaalegre, en viendo cerrar las puertas, nos convidó á una muy buena cena. Mi madre (como estábamos á puerta cerrada, y sin nota) aceptó el convite. Verdad es que le dijo: Señor, somos muchas; ó todas, ó ninguna. El caballero hizo á todas.

Era honrado. Fuímonos. Dejamos en guarda de mi señor padre un perrillo que teníamos, linda pieza. Valia por seis hombres. Y así nos pareció que para guarda aquello era lo que hacia al caso; que para lo que es responsos y oraciones, las de sobremesa habian de ser todas suyas. Con todo eso, el diablo de el perrillo, como olió olla y carne, comenzó á ladrar por salir; y viendo que no le abríamos, fuése á quejar á su amo, que estaba tendido en el duro suelo. Y como vó que tampoco él se levantaba á abrir là puerta, pensando que era por falta de ser oido, determinó de decírselo al oido. Y como le pareció que no hacia caso de él, ni de cuanto le decia, afrentóse, y en venganza, le asió de una oreja; y viendo que perseveraba en su obstinacion, sacóla con raices y todo, y trasplantóla en el estómago. Con todo eso, por si era sordo de aquel oido, acudió al otro, acordándose que suele ser respuesta de discretos, á esotra puerta, que esta no se abre. En fin, acudió á otra oreja, hizo su arenga, y la misma diligencia. El perro debió de hacer su cuenta: Este está muy muerto, y mis amas muy vivas; yo muerto de hambre, y ellas de boda. ¿Así, que sin mí hacen la boda? Pues yo haré la mia sin ellos. Y pardiez dióle de tajo, y destajóle el cuerpo y cara, de modo que no le conociera el mismo diablo, con ser su camarada. Cuando yo llegué, y ví al perro harto de carne de mesonero, y la cara de mi padre tan descarada, y el cuerpo tan emperrado, dióme lástima. Y aun yo creyera que la tenia mi madre si no la oyera decir: Valga el diablo tanto muerto. ¿Dónde tengo yo ahora aquí hilo y aguja, para andar á coser muertos? Por ahí lo remendamos, aunque mal. Lo que es la carne, no tuvo remiendo. Yo quisiera quitar unos pedazos de carne á un tabernero vecino; pero como mi padre era mesonero, no venia bien remendarlo con carne de tabernero, que es remendar paño de Londres con sayal. Con esto determinamos enterrarle muy en haz, y en paz. Mi madre no chistó mas que si ella fuera la muerta; y aun el caballero la dijo, que si hablaba la acusaria de que habia echado

á su marido á los perros. Era discreta. Vió lo que le convenia. ¿Qué le habia, ni qué habíamos de hacer? Ya era muerto. Lo perdido no era mucho. Lo que él habia de hacer en casa, nosotras lo sabíamos de coro, y aun mi madre vivia de sobra. Aquel señor era comedido. Mi padre le dió la ocasion. Cuando le pidiéramos la muerte, solo fuera enriquecer justicias, y empobrecernos nosotras, y perder los patacones que nos dió bueno á bueno, sin pleitos ni barajas. ¿Qué habia que hacer sino pedir á la tierra que, pues cubre tantos yerros de médico y purga, cubriese uno de un caballero y un medio celemin?

En el entierro no lloramos mucho, que no llevamos palabras hechas. Mi madre era muy ojienjuta, y nosotras no podíamos llorar si no era comenzando madre, y yendo arreo. Y aunque comenzára, no sé si pudiéramos seguir la corriente de sus lágrimas, porque íbamos muy ocupadas en mirar no hiciesen rabos los mantos, que era invierno, y los habíamos de tornar á sus dueños en acabándose la tragedia. A lo menos, no enterré yo así á mis dos maridos. Veráslo. Una verdad no podré negar; y es, que cuando me mandaron enlutar, me holgué, como los niños cuando los mandan poner calzones nuevos. Mis hermanas lo mismo. Y sucedió que á un mismo tiempo tuvimos gana de ver al espejo como nos estaba el luto, y qué pantorrilla nos hacia. Mas por haber gente delante, y unas de empacho de otras, no osábamos descubrirnos, ni salir á mirarnos á él. Pero como todas éramos quimeristas, cada cual dió su traza para mirarse al espejo. Una (la mas boba) dijo: Quiero poner ese espejo á la boca del padre, por ver si echa baho, y cubre el espejo. ¿Qué aliño para quien, sobre muerto, estaba atenazado con dientes de perro? No se admitió su voto, ni sirvió de mas que de desenlutar un poco mi risa. Otra, algo mas hábil, dijo: Quiero ver si está firme el clavo de este espejo, porque como entran tantos, no entre alguno que le derribe. Mas yo dije: Mostrádmele acá, que en dia de mortuorio no parece bien espejo aquí, quiéromele guardar en el arca. Mi madre dió su alcaldada, y le pidió para ver si le habíamos quebrado, y con este achaque se miró á su sabor, y me le dió, diciendo: Toma, Justina, guárdale, que ya de poco servirá en esta casa. De modo que cada cual por su camino dió un golpe al espejo, segun los méritos de su discrecion, y consiguió su gusto. En fin, llevámosle á la iglesia. A fe que, si él fuera por su pié, no llegára tan presto á ella. Tornámonos á casa, y corrió el agua por do solia. Mas ántes que la de mi corriente dé otro paso, te quiero referir una glosa que hizo un pisaverde, á quien yo dí cuenta muy de raiz del caso, y hazla que sirva de epitafio del túmulo y blason del príncipe de los mesoneros.

Redondilla.

Que á Diego Diez mesonero
Le cabe un medio, es muy justo,
Que en medio del sumo gusto,
Pide allí la muerte el fuero.

Glosa.

Un rotiño caballero,
Con un medio que arrojó,
Dió tal golpe á un mesonero,
Que fué el primero y el postrero
Que en el medio el fin halló.

Prescrito á la muerte un fuero,
Que á cuantos lleva y da fin
Los lleva por un rasero:
Mas no por el celemin,
Que á Diego Diez mesonero.

Mas hay ley que á hierro muera
El que con hierro mató:
Y es regla muy verdadera,
Que le miden á quien quiera
Por el medio que midió.

Y así no te cause susto
Que á Diez un medio mató:
No digas que es caso injusto,
Que á quien por medio pecó
Le acabe un medio es muy justo.

¡O cierto é incierto fin!
¿Quien pudiera imaginar
Que te habia de encontrar
Debajo de un celemin,
A la puerta de un pajar?

No me admira que se muera
En su cólera el adusto,
O en medio de un gran disgusto;
Lo que pasmará á quien quiera,
Que en medio del sumo gusto.

Muerte, llévente los diablos,
Somos aquí rocines,
Que con medios celemines
Nos dejas por los establos,
Hechos unos matachines.

Quien por ventas y mesones
Gastare de hoy mas dinero,
Será muy gran majadero,
Sabiendo que con traiciones
Pide allí la muerte el fuero.

Yo no sé glosar mas atine: me parece que mi padre (segun era de resabido) debió de sacar la muerte; y ella, por ganar honra en sacar del mundo á un hombre tan arraigado en él, se quiso meter en un medio celemin, porque se dijese de ella que sabe tanto que supo meter á un mesonero en un medio celemin. Y no dudo, sino que viendo mi madre vencido á su marido, quiso ella salir á vengar los cuernos, y vencerla á bachillerías. Mas la muerte le dió tapaboca, y aun tapagarguelo. Y si quieres saber el cómo, oye.

Mi madre era muy devota de cosa de asador, en especial era perdida por cosa de longaniza y solomo. Sucedió, pues, que una noche, viendo que ciertos pedazos de longaniza medio asada pasaban carrera en la plaza de una chimenea, y á caballo en su asador corrian parejas con otra cuadrilla de pedazos de pierna de carnero, les mandó que vista la presente se apeasen del asador. Los pedazos de longaniza se escusaron con decir que no estaban tan bien asados como era razon, y que, estando así, no podrian hacer cosa que fuese de provecho. Los otros pedazos de pierna de carnero se escusaron con que estaban desnudos y en piernas, y que no se podian apear sin tratarlo con su amo. Pero ella les dijo que sin embargo obedeciesen lo decretado. Ellos por via de fuerza apelaron en segunda instancia para su amo, que era un tocinero de Valladolid, pariente de Villamanan, de quien te contaré un gracioso chiste en el libro segundo siguiente. Lloraban los pobretes, tanto, que por pocas apagáran el fuego á puro llorar, y ponian los suspiros en lo alto del cañon de la chimenea. Derretíanse de puro miedo. Y siempre apellidando

por sus amos. Pero el tocinero era de la condicion del rey, que donde no está no parece, y así no pudieron ser socorridos de su amo. Ella (vista su rebeldía) embiste en ellos, derríbalos del caballo, y así como estaban, metió la mayor parte de ellos en la cárcel del estómago, y á los otros les temblaba la contera. Ella, que estaba encarnizada, bebida, y embebida, véle aquí el tocinero, que venia en favor de su gente. Ella, por no ser sentida, metió sin mascar mas de dos varas de longaniza, repartida en cuadrillas, aunque mal ordenadas, y peor mascadas. Y como toda esta gente entró tan aprisa por el postiguillo del gaznate, sin avisar á la mucha gente que habia dentro que se arredrase, pardiez atoró la cuadrilla de longaniza, de modo que ni podian pasar atras, ni adelante: ni ella hablar, ni respirar, porque estaba atacada hasta la gola. Entró el tocinero, y pedíale razon de sí y de su gente, mas á esotra puerta, que aquella estaba cerrada de longaniza. Y lo lindo era, que demas de estar relleno el gaznate, le sobraba fuera de la boca un pedazo de longaniza, que á unos parecia sierpe de armas con la lengua fuera, á otros ahorcada, á otros bota con llave, á otros garguelo con cabo, á otros que era boca recien nacida sin ombligo cortado, á otros tropelista con trenzas en la boca, á otros culebra á boca de vibar. Solo al tocinero que le dolian, le parecia emboscada de enemigos, y cueva de ladrones, y en fin le parecia sepultura de longaniza. Pedimos favor para que aquella longaniza desocupase el paso; los criados del tocinero, enojados del tuerto que se habia hecho á su amo, del derecho que á ellos se le habia quitado, iban á embocarla el asador por el gaznate, y el mas propicio le metió la punta de un cuerno albar, con que la maltrató no poco. En fin quedó tan lisiada, que de harta y atormentada, de asada y asadorada, la dió dentro de cuatro horas una apoplejía, que la asó el ánima, y la sacó de este mundo malo, sin llevar mas subsidio que la longaniza en la boca. Espantóme, á manera de decir, cómo pudo tan presto salir el ánima por un garguero tan acuñado. Decia un ladron famoso, que el ánima de un ladron es de casta de agua de pozo, que no sale sin soga: mi madre, que se picaba de ladrona mas que de boba, pudo decir esto mismo, y aun añadir, que como los famosos mueren con soga de seda, ella murió con soga de longaniza. A lo menos, la muerte hízole mas cortesía que á su abuelo el tamborilero, que mal partió de Malpartida, que á ella le tapó las vias con flauta de longaniza, y al otro con flauta de madero. No sé. A toda mi generacion la llevó la muerte por lo enflautado. Mucho me pesa, empero vaya. Y tiraba de cantazos á su madre. Lloré la muerte de mamá algo, no mucho, porque si ella tenia tapon en el gaznate, yo le tenia en los ojos, y no podian salir las lágrimas. Y hay veces que, aunque un hombre se sangre de la vena cebollera, no quiere salir gota de agua por los ojos. Que las lágrimas andan con los tiempos, y aquel debia de ser estilo de lágrimas. Y aun podré decir que unas lagrimitas que se me rezumaron salian á tragantones. ¿Qué mucho? Via que ya yo me podia criar sin madre, y tambien que ella me dejó enseñada desde el mortuorio de mi padre á hacer entierros enjutos y de poca costa. Pues á fe que del trapo que sobró á la mortaja, de puro cumplida, no se pudieran hacer mu-

chas balas de papel, ni muchas encamisadas. La dicha camisa era cinclana de mangas, que no tenian mas de una, y era de pechos bajos. Y tan bajos, que la hizo entrar á la sepultura á mi madre pecho por tierra. De espaldas no era muy cumplida, porque estaba á posta para disciplinantes. Y las faldas no carecian de celosías. Como no tenia la camisa mas de una manga, allí la metí ambos brazos. Y creeme, que no hice mal: que quizá si se los dejara sueltos ambos, se anduvieran de sepultura en sepultura buscando longaniza; y como no viese donde topase, echaria mano de lo que hallase, aunque fuesen tripas. Y si algun muerto la riñera, no dudo sino que respondiera una necedad, con que se alborotáran los cementerios. O cuando mucho dijera: Cada loco con su tema, y perdonen, que topo. Que eran dos bordones que ella tenia muy ordinarios. Cierto, que cuando la estábamos amortajando la miraba á los ojos, y me parecia que me hablaba con ellos, tanto, y tan amenudo, que el encaje de ellos parecia jaula de papagayo; y no se me pudiera quitar el miedo y temor, sino que mirando cuan calafateado tenia el gaznate, se echaba de ver que era muerte de amazo y escoplo.

Mis hermanas tambien lloraron sus sorbitos, pero siempre guardándome la antigüedad en que yo jugase de mano y llorase la primera; y todo con mucho decoro, porque cuando la una lloraba, callaba la otra. Que era para alabar á Dios oir el concierto de nuestro lloro. Parecíamos los morteros de Pamplona, que cuando uno alza, el otro abaja. Lo que mas sentí fué que quedó oliendo la casa á longaniza por mas de seis meses. Y el que guardaba los ataudes se quejaba de lo mismo, porque segun dijeron los que la llevaron á hombros, yendo allí dió la cuerda, y la longaniza, y fué tanta, que parecian trenzas de tropelista. Yo me espanto de mi madre, que quisiese dejar acá aquella longaniza, y no la enterrar en sagrado, como hizo el Cid con su querido Babieca. A fe, que si no fuera el mal olor que dejó en casa, que ella llevara mas de cuatro responsos mas de los que llevó; pero con este achaque, mas de cuatro maldiciones llevó de sobra, Dios nos perdone á todos. Misas no le dijimos muchas. Éramos tan bobas, que pensábamos que todos los niños de la doctrina á quien diésemos pan, decian misas por ella. Y repartimos una hogaza entre mas de mil de ellos, que vinieron de diversas partes, y con esto hacíamos cuenta que la habíamos hecho decir de mil misas arriba. No le dijimos otra. Del dinero que habia en casa, no osábamos gastar nada en cosas de iglesia, porque como no era muy bien ganado, temimos no se nos dijese que hurtábamos el puerco, y dábamos los piés por Dios; y por no dar á Dios cosa mal ganada y agena, retuvimos el dinero. Despues, cuando quisimos con ellos hacer por su alma algun bien, ya nuestros hermanos nos habian hecho tanto mal, que no hubo lugar. Mi fe pensamos que nos durara mucho el ser mandonas, y con esto, todo lo que se lloraba era de acarreo.

El llorar de veras fué cuando vinieron de Italia mis hermanos, rompidos de vestido y de vergüenza, y sin ninguna nos tomaron á mí y á mis hermanas los cetros del imperio, que eran las llaves de casa, y nos ganzuaron arcas y buchetas. Trepaban por las paredes á los socarrenes y

desvanes, con el orgullo que si entráran la Goleta. Y todo por ver si habia emboscada alguna pecunia. Para lo cual no tuvimos otra defensa ni remedio sino soltar la rienda al lloro, y madurar los tragantones pasados. Como éramos bozales, no estábamos prevenidas de pendencieros. No fuera ello á hora que pudiera yo poner en campo unos doce pares, que ni por otros mas necios diera un garbanzo, ni por mas determinados un comino. Contentárame que mis hermanas lo fueran mias, mas estaba de Dios que yo habia de salir de Mansilla sin raices, y así me dejaron, y nunca comimos buenas migas. Verlohas en el segundo libro, si allá llegamos.

Paréceme que te leo los labios, hermano letor, y que me preguntas y me mandas, que te diga muy en particular el discurso de mi vida, y aventuras del tiempo que fuí mesonera con tutores, y viví con mi madre. ¡O necio quien tal preguntas! ¿Qué vida quieres que cuente, sabiendo que bailaba al son que me hacia mi madre? Ea, déjame. No me importunes. Gentil disparaton. No pienses que lo dejo porque es de echar á mal, que cosas hice que pudieran entrar con letra colorada en el calendario de Celestina; pero no quiero que se cuente por mio lo que hice á sombra de mi madre. ¿Quiéresme dejar? Quita allá tu real de á ocho. ¿Dinero das? Pues si tanto me importunas, habré de pintar algo, aunque no sea sino el dedo del gigante, que por ahí sacarás quien fué calleja. Una cláusula tenia yo ordenada, para dejar en mi testamento en favor de una discípula : esa quiero poner aquí, y sea donacion entre vivos en favor de las plateras del meson, y serviráles de ejemplo, de espejo y de aviso : pues ella es suma en que se suma, y cifra lo que toca, y pertenece á cuales y quienes, cuando y como, y para cuando han de ser cual fuí yo, que dice así. Y va medio en copla.

La moza del meson, esto es en conclusion. En andar, gonce : en pedir, pobre. De dia, borrega : de noche, mega. En prometer, larga : en cumplir, manca. Antes de mesa, perrilla : despues de mesa, grifa. En enredos, hilo portugués : al fallo, puerco montés. Lo empeñado todo lo vendido, nada, ó poco. Una alforja de bailar, y otra de trabajar. En la bolsa municion : en la cara siempre uncion. Cumplir con todos : amistad con los mas bobos. Lo pagado pase : lo rogado no vale. De ordinario, alegría, y siempre, tapagija. Y aires volan, y á Dios que es esquila, que con decir, viene mamá, y rascar la cofia, se avientan los nublados, y no debo mas.

Querria pedir á sus mercedes una licencia, y es para ser un poquito cuerda, y durar como de lana para enjaguarme los dientes con una consideracion, que me brinca en el colodrillo, por salir á danzar en la boca, á ringla, con los diez y ocho. Ya soy cuerda. Dure lo que durare. Señores los mis señores, compadeceos de esta pobre, que tales alhajas de inclinaciones heredó de aquella que la parió una vez, y mil la tornó al vientre, para renovar las marañas que en mí esculpió al principio. Créanme, que á veces me paro á imaginar que, si fuera verdad que las almas se trasiegan de cuerpo á cuerpo, como dijeron ciertos filósofos bodogueros, sin duda creyera de mí que tenia á meses las almas de padre

y madre. Y pues va de seso, digo : Que ahora me confirmo en que todas las cosas tornan al principio de do salieron. La tierra se va al centro, que es su principio : el agua al mar, que es su madre : la mariposa torna á morir en la pavesa de quien fué hecha : el sol torna cada veinte y cuatro horas al punto donde nació y fué criado : los viejos se tornan á la edad que dió principio á su ser : la espiga, madura y abundante de granos, se tuerce é inclina por tornar á la tierra de á do salió : y el ave fénix vuelve á morir en las cenizas que dieron principio á su vida. Y el hombre... ¿Dónde vas á parar, Justina? Pardiez que si no me hablaras á la mano, por pocas parara en el miércoles de ceniza, y dijera acuérdate, hombre, que eres ceniza. Mas no voy á eso, que cuando yo me hubiera de meter á predicadera de los encenizados, no me faltara que decir, aunque no fuera sino lo que oí á un predicador que predicaba coplas de deleites; y viniendo á tratar del evangelio de aquel dia, dijo : Hermanas, el evangelio que se ha cantado en la misa de hoy dice, que el dia que ayunaredes, unteis la cabeza y laveis la cara. Mas vosotras las mujeres (como en todo andais al reves) haceis esto á la trocadilla : que untais las caras y lavais las cabezas. No me descontentó el puntillo de este padre ceniciento, porque valia cualquier dinero para sí yo fuera quien le predicara, ó para él, si el sermon fuera en la ronda, ó entre las cercas, ó en la lumbre asando castañas, mas en el púlpito, pardiez que fué una de las catorce. Por otra parte no me espanto, que quizá lo halló aquel bendito escrito en algun cartapacio de alquiler, y se le dieron con condicion que lo dijese todo como en ello se contenia, y emborrólo, ó quizá de puro respeto, ó de vergüenza. Tambien le escuso por ignorante. ¿Pero quién me hace á mí portazguera de púlpito, ni alcabalera de echacuervos? Mas no importa, que las necias (digo, las mujeres) siempre tenemos pagado el alquiler de los cascabeles para entrar en esta danza; pero cierto que no iba á decir nada de esto de predicas, sino que se atravesó el acho, y birléle. Iba á decirles que echen de ver que no hace poco quien naciendo de tales madres se refrena, ni mucho quien se desfrena, que las hijas son esponja de las madres. A fe que he estirado bien la cuerda. Ya bostezo. ¡Jesus, mis brazos! Entumida estoy. Cansada estoy de tanto asiento, y enfadada de tanto seso. Ahora digo que no hay mayor trabajo que obligarse un hombre á hablar en seso media hora. Pardiez yo temia que me nacieran rugas en las entendederas. Ya pensé criaba moho el molde de las aleluyas, y telarañas el decir gracias. Ya me daba brincos el corazon, por decir de lo bien hilado : que los sentidos habituados á decir gracias son como danzantes de aldea, que si una vez se calzan los cascabeles para subir al tablado, no los harán detener cuarenta alcaldes de corte.

APROVECHAMIENTO.

No dice mal esta libre mujer, en que todas las cosas tornan á su principio; pero es culpable ella, y otras de su jaez, en no inferir de este punto, que pues el nuestro fué tierra, polvo y ceniza, obremos como

quien temé al que puso al hombre este fin y paradero, y como quien agradece el haber salido de tal principio, y como quien ha de volver á Dios, que es universal principio.

PRIMERA PARTE.

LIBRO SEGUNDO.

LA PICARA ROMERA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA ROMERA BAILONA.

1. DE LA CASTAÑETA REPENTINA.

Cancion de á ocho.

El gusto y libertad determinaron
Pintar una bandera
Con sus triunfos, motes, y corona,
Y (aunque varios) en esto concordaron,
Libertad, saque á Justina por romera,
El gusto, saque á la misma por bailona.
Sea el mote: En Justina,
De gusto y libertad hay una mina.

Si es verdadero el título que los poetas dieron á la vida presente, y á la inclinacion natural que mas florece, llamándola puerta del otro siglo: yo digo que los dos quicios de mi puerta (que son las dos mas vehementes inclinaciones mias) fueron, y son, andar sin son, y bailar al de un pandero. Otros dirán que quieren su alma mas que sesenta panderos: mas yo digo de mí que en el tiempo de mi mocedad quise mas un pandero que á sesenta almas; porque muchas veces dejé de hacer lo que debia, por no querer desampanderarme. Dios me perdone. Con un adufe en las manos era yo un Orfeo, que si de él se dice que era tan dulce su música, que hacia bailar las piedras, montes y peñascos, yo podré decir que era una Orfea, porque tarde hubo que cogiendo entre manos una moza montañesa, tosca, bronca, zafia, y pesada, encogida, lerda, y tosca, y cuando vino la noche, ya la tenia encajados tres sones, y los pies (con traerlos herrados de

ramplon, con un zapato de fraile dominico) los meneaba como si fueran de pluma; y las manos, que un momento ántes parecian trancas de puerta, andaban mas listas que lanzaderas. Todo es caer en buenas manos. Que quien las sabe, las tañe. ¿Mas qué mucho que fuese amiga de adufe, pues mamé en la leche la flauta, tamboril de mi agüelo, el que murió con la gaita atorada en el gaznate?

Antes que pase adelante, quiero contar un cuento á propósito de la gaita que tapó á mi abuelo las vias. A un comediante oí yo una vez apostar, que nadie acertaria, como es posible, tapar siete agujeros con uno, ó uno con siete. Yo (acordándome de la muerte de mi abuelo) dije que los siete agujeros de la flauta los tapó mi abuelo con un agujero del gaznate, y el uno del gaznate con los siete de la flauta. Con esto gané la apuesta, que fué unos chapines, con que me engreí, aunque miento, que con ellos me humilló mi novio. Pero esto no es de aquí, sino del medio. Asi que el un quicio, ó polo de mi vida, fué ser gran bailadora, saltadera, adufera, castañetera, y la risa me retozaba en el cuerpo, y de cuando en cuando me hacia gorgoritos en los dientes.

La segunda inclinacion era andar mucho. Hubo un emperador que dijo, que la mejor comida era la que venía de mas léjos : y yo sentia que la mejor romería y estacion era la de mas léjos. Decia la otra : El santo que yo mas visito, es san Alejos. A la verdad, esto de ser las mujeres amigas de andar, general herencia es de todas; y cierto que muchas veces he visto disputar cual sea la causa por qué las mujeres generalmente somos andariegas, y será bien que yo dé mi alcaldada en esto, pues es caso propio de mi escuela.

Un librito que se intitula *Córtes de las damas* dice que, en las córtes de las damas que se celebraron en el Parnaso, se propuso esta cuestion, y que sobre ella hubieron varios pareceres. Unos dijeron que la primera mujer fué hecha de un hombre que estaba soñando; y que el sueño era, que andaba por la posta una gran jornada sin saber adonde iba, ni para qué, y que así salieron las mujeres tan andariegas, que salen de casa, y si les preguntais donde, dirán que van á salir de casa, y no hay mas cuenta. Otro reprobó este parecer, diciendo que tan viva y despierta inclinacion de andar no pudo tener principio en andador soñado, y así dijo que pensaba que el pedazo de hueso ó carne de que fué formada la primera mujer, fué hecho de tierra de mina de azogue, que es bullicioso, inquieto y andariego. Otro dijo : No fué eso, sino que en realidad de verdad, la mujer fué hecha de un hombre dormido, y él, cuanto despertó, tentóse el lado del corazon; y hallando que tenia una costilla de menos, preguntó á la mujer : Hermana, dónde está mi costilla? Dámela acá, que tú me la tienes. La mujer comenzó á contar sus costillas, y viendo que no tenia costilla alguna de sobra, respondió : Hermano, tú debes de estar soñando todavía. Yo mis costillas me tengo, y no tengo ninguna de mas. Replicó el hombre : Hermana, aquí no hay otra persona que me pueda haber descostillado, tú me la has de dar, ó buscarla. Anda ve, búscala, y tráemela aquí. La mujer se partió, y anduvo por todo el mundo pregonando : Si alguno hubiere hallado una costilla que se perdió á mi marido,

ó supiere quien tiene alguna de mas, véngalo diciendo, y pagaràsele el hallazgo y el trabajo. Y de aquí les vino á las mujeres, que como la primera iba pregonando, ellas salen bocineras, y como nunca acaban de hallar quien tenga una costilla de mas, nacen inclinadas á andar en busca de la costilla, y viendo si hallan hombres con alguna costilla de sobra. Bien veo que es blasfemia para creida, y fábula para reida, y para entendida símbolo, y catecismo no malo. Pero vaya de cuento. Llegó á las córtes un enamorado, y dijo : Las mujeres son cielos acá en la tierra, y por esto andan en perpetuo movimiento como los cielos. Bien hubiera dicho este galan, si las mujeres fuéramos incorruptibles como los cielos; pero ni lo somos, ni él las buscaba así. Muchos pareceres hubo, que por estar algo desarropados no osan salir al teatro, y tambien por dar lugar á que salga uno muy acertado, el cual dió la doncella Teodora, el cual no solo alcanzó la razon de ser las mujeres amigas de andar, pero declaró la causa porque todas por la mayor parte somos amigas de bailar, en lo cual venció el parecer de otra discreta dama, que afirmó solo ser natural á las mujeres el andar mucho; y que si son tambien amigas de bailar, es por andar. Y vése, en que las que pueden andar mucho no bailan, sino andan; pero las que no tienen herencia para andar mucho bailan mucho, porque ya que no andan en largo, andan en ancho. Este parecer hace mucho agravio á todo el hombruno, porque es decir que son tan locas, como el otro que se paseaba todo el dia sobre un ladrillo solo, y si le reñian, decia : Necios, cuando viene la noche, tantas leguas he andado yo como un correo de á pié, sino que lo que él anda á lo largo, lo ando yo en redondo. Pero la doncella Teodora dió mejor en el punto, y de cada una de las dos inclinaciones de andar y bailar dió su distinta razon, aunque en alguna manera redujo ambas cosas á un principio y razon, y dijo así :

Habeis de suponer, ilustres madamas y deifises, que aunque es cosa tan natural como obligatoria que el hombre sea señor natural de su mujer, pero que el hombre tenga rendida á la mujer, aunque la pese, eso nos es natural, sino contra su humana naturaleza, porque es cautividad, pena, maldicion, y castigo. Y como sea natural el aborrecimiento de esta servidumbre forzosa y contraria á la naturaleza, no hay cosa que mas huyamos, ni que mas nos pene, que el estar atenidas contra nuestra voluntad á la de nuestros maridos, y generalmente á la obediencia de cualquier hombre. De aquí viene que el deseo de vernos libres de esta penalidad nos pone alas en los pies. Vean aquí la razon por que somos andariegas. Y la que hay para que seamos tan amigas de bailar es la siguiente : En el bailar hay dos cosas : la una es andar mucho, y la otra es alegrarnos mucho con el alegre son. Y como en el estar sujetas hay dos males, el uno estar atadas para no poder salir donde queremos, el otro estar tristes de vernos oprimidas, y tanto, que no hay necio á quien no le parezca que hace suerte en decir mal de nosotras, como si fuéramos todas burras de venta, y en mala feria, que para ser compradas hayamos de ser vituperadas, y como en el bailar hay dos bienes contra estos dos males, el uno el andar, y el otro el alegrarnos, toma-

mos por medio estas dos alas pára huir de nuestras penas, y estas dos capas para cubrir nuestras menguas. Y esta es la causa porque somos tan amigas de la baila, que encierra dos bienes contra dos males.

Celebróse mucho este parecer en las córtes, dando á Teodora la palma de discreta, por una resolucion tan atinada. Así que, señores, no se espanten que Justina sea amiga de bailar y andar, pues demas de ser herencia de agüelas, es propiedad de muchas, especialmente de todas. Verdad es, que yo aumenté al mayorazgo lo que fué bueno de bienes libres; porque en toda mi vida otra hacienda hice, ni otro tesoro atesoré, sino una mina de gusto y libertad; de modo que, aunque entre la libertad y el gusto hubieran sucedido las discordias que fingen los poetas, podrás creer que yo sola bastara á ponerlos en paz, dándoles en mí campo franco, para dibujar en mí sus blasones, trofeos, vitorias y ganancias. Que cuando el gusto me considera tan bailona, y la libertad tan soltera y tan tronera, se contentan uno y otro con tener por armas y divisa á sola Justina única amada suya, y propia mina de todos los deleites suyos, confusion mia, escarmiento tuyo.

Muertos pues mi padre y mi madre, y entregados ya mis hermanos en el cuerpo de la hacienda (y aun en el alma de ella, que es la bolsa) sin decir mas misas por sus ánimas, que si murieran comentando el Alcoran, ó haciendo la barah, tomé ocasion de andarme de romería en romería, con achaque de hacer algo por ellos, porque se me deparase quien hiciese algo por mí. Y á fe de veras, que si ahora no tuviera mas malicia que entónces, valiera mi saya un manto de barato; verdad es, que era moza alegre, y de la tierra, y en viendo bailar me retozaba la risa en el cuerpo. Y para hacer yo cada semana siete romerías de á nueve leguas cada una, no habia menester mas razon, que ver andar la veleta de abrego. La primera que hice despues que murió mi madre fué Arenillas, la cual contaré por extenso, por cuanto en ella sucedieron cosas dignas de memoria. Es Arenillas un pueblo que cae junto á Cisneros, donde hay la behetría, de la cual dijo el otro bellacon, que preguntó al diablo si entendia los aranceles de aquella behetría: y respondió que toda una noche habia estudiádolos, y no los habia podido entender. A esta romería fuí desde mi casa de Mansilla. Salí de noche como cigüeña que va á veranadero. Aunque miento, que á las cigüeñas nunca hombre las vido salir; mas á mí me vió un tabernero, por señas que me dijo, viéndome ir vestida de colorado: *Colorada va la novia, ella resbalará, ó caíra*. Mal haya quien no le dió doscientos por adivino. Pues en efeto de verdad, ya que no caí, resbalé. A Arenillas llegué á las doce del dia, á lo menos entre once y mona, cuando canta el gocho. Holguéme de ver en campo raso tantos campesinos, que me olian á camisa limpia, que son los ámbares de aquella tierra. Viendo tanta gente, dije á mi vergüenza que me fuese á comprar unos berros al Alhambra de Granada. Luego (como buen predicadero) dí una vuelta al auditorio con los ojos, y no sé qué fumecinos me dieron, que me parecia otro mundo. Ví de léjos que habia baile, y pardiez no me pude contener, que, sin apearme de la carreta, puse en razon mis castañuelas, y en el aire repiqué mis casta-

ñetas de repica punto á lo deligo, y dí dos vueltas á buen son. Fué este movimiento tan natural en mí, tan repentino y de improviso, que cuando torné sobre mi, y advertí que habia hecho son con las castañetas, si no viera que las tenia en los dedos, jurara que ellas de suyo se habian tañido, como las campanas de Belilla y Zamora. Yo habia oido decir, que afirman dotores graves, que cuando dos instrumentos estan bien templados, en una misma proporcion y punto, ellos se tañen de suyo: y entónces me confirmé en que era verdad; porque como mis castañetas estaban bien templadas, y con tal maestría, que estaban en proporcion de todo pandero, no hubieron bien sentido el son, cuando ellas hicieron el suyo, y dispararon una castañeta repentina, para que dijese á los señores panderos, acá estamos todos, como el bobo de Plasencia, que escondido de una dama debajo de la cama, luego que vió entrar el galan, salió de adonde le habia metido la dama, y dijo: Acá tamo toro. Quizá pudo ser, que aquella castañeta repentina se causó de que las castañetas retozaban de holgadas; y no me espanto, supuesto que en aquel momento se cumplian veinte y cuatro horas que no sabian qué causa era siquiera un adarme de golpecito.

Oyó el son un primo mio, que guiaba el carro, y no tanto por mal ejemplo que tomase (que tambien él era de los de la baila) ni por pena que tuviese de ver bailar antes de misa, sino por temor de que no se le espantasen las mulas, que eran nuevas, me riñó á lo socarron, diciendo: Prima, muy á punto venian esas tabletas de san Lázaro: muy poca teneis vos de la muerte de vuestra madre mi tia, y de la de mi tio vuestro padre, que Dios tenga en el cielo. Pardiez, si entónces tuviera mi vergüenza en casa, yo me corriera; pero como no habia venido de la Alhambra donde la despaché por berros, llamé al enojo, y con su ayuda dije: Tenga en el cielo, tenga en el cielo. Por cierto tenga, porque segun vuestro tio era de urgandilla, y amigo de husmearlo todo, y segun era cohete, y busca ruido como su sobrino, y segun era amigo de verlo y escudriñarlo todo, sin parar en ninguna parte, imagino que (si posible fuera salirse las gentes del cielo) no le pudieran detener allá, ni detenerle de que nos viniera á ver y tantear los pasos, y contar si las castañetadas fueron una ó dos, como si fuera caso de inquisicion, que se examinan los relapsos. Mira ahora, ¿para una castañeta repentina que se le podia soltar á un ermitaño tanto ruido? Pardiez ello medio bobería parece; mas díjela con enojo, y luego pedí perdon á Dios. Prosiguiendo mi enojo, le dije: ¿Jurareis vos que fué castañeta lo que oistes? ¿Berros se os antojan? Aguardad, que luego os los traerá una criada mia, á quien envié por ellos al Alhambra. Bobo, tocan á misa, ¿y piensa el muy majadero que las repicamos á buen son? En diciendo que dije esto de la misa, un esgrimidor que estaba junto á nosotros (que siempre me depara la ventura con gente de esta cazolada) me dijo: ¡O qué lindo! ¿Misa ahora? Por Dios, señora hermosa, que lo que es misa voló, que en este punto dice la postrera el cura de Guaza, por señas que entre *Dominus vobiscum* y *Amen* no dejaba tragar saliva al monacillo. Que aunque se puede pensar que lo hace por no hacer falta á un convite de

boda, pero creo que es porque los clérigos no dicen misa despues de mediodia. Con todo eso fuimos allá, y no con poca prisa, y todo fué necesario, que por pocas no oyéramos misa; mas si plugo á Dios, llegamos al *Ite missa est*, y entretanto que duró el oirle, encomendé á Dios mis padres y abuelos, y todo el estado eclesiástico, y la casa real, los buenos temporales, la paz de los príncipes cristianos, los pecadores y pecadoras en mis pobres oraciones. Ello poco tiempo fué, mas la oracion breve diz que penetra los cielos; y aun en una oracion de ciego oí decir, que las oraciones breves, si son fervorosas, son como barreno de gitano, ó como ganzúa de ladron, que en un soplo hacen su efeto.

APROVECHAMIENTO.

Muchos y muchas de las que en nuestros tiempos van á romerías, que van á ellas con solo espíritu de curiosidad y ociosidad, son justamente reprehensibles, y comparados á aquellos peregrinos israelitas, que caminando por el desierto adonde Dios les guiaba, dieron en ser idólatras. Y nota el modo de oir misa, que se pinta de esta mujer libre y olvidada de Dios.

2. DEL ESCUDERO ENFADOSO.

Villancico.

Muy bien la fablé yo,
Mas ella me respondió,
Jo, jo, jo, jo.

Un muy gordo tocinero,
Obligado de Medina,
Quiso servir á Justina
De galan y de escudero:
Ofrecióla vino y pan,
Queso, tocino y carnero,
Y ella le ofreció un no quiero
Tan gordo como el galan:
Muy bien la fablé yo, etc.

Los suspiros que arrojaba
Este nuevo gerineldos
Eran muy crudos revueldos
Con que el alma penetraba:
Y entre suspiro y revueldo
Sacó un hueso de tocino,
Y una botilla de vino,
Diciendo, vida, bebeldo:
Muy bien la fablé yo, etc.

Dijo corrido el galan,
¿Jo, jo á mí? ¿Soy jo, jodío?
Mientes, mientes, amor mio,
Que mi padre es Reduan.

Y así te juro, Justina,
Como moro bien nacido,
Que de gana te convido
A tocino y á cecina:
Muy bien la fablé yo, etc.

Salimos de la iglesia, llevando algo picado el molino del estómago, con ánimo de ir á moler debajo de nuestra carreta; y al salir de la iglesia, como yo ví tanto mirador por banda, íbame hecha maya, y tenia porqué, pues iba de veinte y cinco, sin los de los lados. Llevaba un rosario de coral, muy gordo, que si no fuera moza, me pudiera acotar á zaguan de colegio viejo: y tuviera la culpa el rosario, que parecia gorda cadena. Mis cuerpos bajos, que servian de balcon á una camisa de pe-

chos, labrada de negra montería, bien labrada, y mal corrida. Cinta de talle, que parecia visiblemente de plata. Una saya colorada, con que parecia cualque pimento de Indias, ó cualque ánima de cardenal. Un brial de color turquí, sobre el cual caian á plomo borlas, cuentas, y sartas, con que iba yo mas lominiesta y lozana que acémila de duque con sus borlas y apatusco. Un zapato colorado, no alpargatado, que en mi tiempo no se nos entraba á las mozas tanto aire por los pies. Mis calzas de villacastin, algo desavenidas con la saya, porque ella se subia á mayores. Mas si los hombres mordieran con los ojos (segun fingieron los Argotides) ¿qué de tiras llevara mi saya? Si los ojos de puro mirar se ausentáran de los parpados, y desampararán sus encajes (como fingieron los oculatos) sin duda que me dejáran pavonada á puro engerir ojos sobre mí. Nunca gozamos las mujeres lo que vestimos, hasta que vemos que nos ven. Y así pude decir, que hasta que vi que me miraban de puntería, no supe lo que tenia puesto, ni por poner. Mas en viendo que me miraban á dos coros aquellos disciplinantes, que estaban en ringla á la puerta de la iglesia, luego dí en lo que era. ¿Qué cosa es ver gente? Vive diez, que me entoné por mas de una hora, y que al mismo Narciso despreciara, si por entónces llegara á mi puerta. Es necedad pensar que mujer estimada haya de hacer caso de quien la mira. Antes hará mercedes á un verdugo, si la amenaza con la penca, que favores á quien la quita una gorra y se le humilla. Somos como pulpo, que nos halla mejores quien nos hostiga mas: y véolo claramente, en que habiendo por dos veces columbrado dos pollarancones, de los que no me solian saber á ruibarbo, ni oler á cuerno; que si en otra ocasion los viera, por todo el mundo no dejara de decirlo un remoquete en el aire (porque esto de un conceto agudo siempre lo gasté), mas por verme tan llena de borlas y falsas riendas, tan ojeada y reverenciada, no los hablé mas que si estuviera en muda. Cierto, que eran de oir. Unos me decian: Dios te bendiga, viéndome tan cariempollar. Otros giñaban con los ojos, y me hacian el ademan del vino de al diablo, que es el mejor, segun Mostoles. Otros me hablaban con la boca del estómago.

Y en este número entra un tocinero, obligado de la tocinería de Rioseco, muy gordo de cuerpo, y chico de brazos, que parecia puramente cuero lleno. Unos ojos tristes y medio vueltos, que parecian de besugo cocido. Una cara labrada de manchas, como labor de caldera. Un pescuezo de toro. Un cuello de escarola esparragada. Un sayo de nesgas, que parecia zarcera de bodega. Unas calzas redondas, con que parecia mula de alquiler con atabales. Unas botas de basqueta, tan quemadas, que parecian de vidrio helado. Una espada con sarampion en la hoja, y viruelas en la vaina. Una capa de paño, tan tosco y tieso, que parecia cortada de tela de artesa. Con esta figura salia mas tieso, que si fuera almidonado. Contentéle. Negra fué la hora. Pegóseme como ladilla. Quísome hablar. No supo. Quísele despedir, no pude. Iba tan junto conmigo, como si tuviera de tarea el ingerir su bobería en mi picaranzona.

Y de cuando en cuando, por hacerme la fiesta, hacia un rodeon de pes-

cuezo, cuerpo, y espada (que todo parecia de una pieza) y cada vez que volvia, me asestaba dos ojos del tamaño y color de los bodoques. Y á cada bodocada, despedia un revueldo; y tras él (como cuando tras el rayo sale trueno) me decia con una voz de mulo: Señora Justina, almorcémos, que no ha de faltar pan y vino, carne y tocino, queso y cecina. Yo (que nunca aguardo á desquitarme el miércoles corvillo) le dije: Jo, jo, jo, jo. Él volvió, y con gran sinceridad me preguntó: ¿Con quien habla, señora? Yo dije: Señor, está aquí cerca mi pollino, el cual da fastidio, y si no digo esto, no habrá diablo que le eche de adonde está. Creyólo el buen Juan Pancorvo (que ansi se llamaba el mal logrado) y volvióse á mirar atentamente mi pollino, rogándole (con el mirar de ojos) que por la amistad lo dejase. Maldígate Motezuma, tocinero de Barrabas, que aun ahora no me parece que he acabado de abroquelarme de las estocadas que contra mí sacaste de la vaina de tu estómago, y de los tiros de tu boca tan secreta de palabras, cuan pública de revueldos. Fué tanto el asco que me dió, que pensé que me dejaba conjurada la gana de comer por un año. Donde quiera que iba, me seguia. No me valian trazas. A todo salia. No me dejaba. No á lo menos por lo que yo tenia de Elias, ni él de Eliseo, que tan pecador era él como yo, salvo que él pecaba caballero en un asno, y yo al pié de la letra. Él era bobo en grado superlativo. Tantas veces le deseché, que él se echó á pensar una traza con que me obligar. Y fué, que echando mano á la cinta, desenvainó una botilla de vino, y de la faltriquera un zancarron de tocino, envuelto en un cernadero. Y con la bota en la mano me saludó, diciendo: Vida, mire qué belleza, viva y beba. Que es rico, rico, rico. Yo que me pico algo de poeturría, dije al mismo punto: Borrico, borrico, borrico, jo, jo, jo. Él tornó á mirar, si acaso yo hablaba con el pollino, como la vez pasada; y viendo que el pollino no parecia, medio corrido, medio atolondrado, medio amante, medio enojado, me dijo: ¿Jo, jo á mí, Justina? ¿Soy yo jodío? Juro á san Polo, que era mi padre de la Alhambra, y de los Reduanes, ¿mire cómo podia ser jodío? Yo (que oí ser Reduan) le dije: O señor Reduan, pues si es Reduan de los finos, yo quiero ver como corre la vega en mi servicio. Vaya usted, ande este campo, haga gentilezas, y entre ellas una sea, que me compre una sortija de azabache, tan negra como estuviera ese sombrero suyo, si estuviera bien teñido; y no se me enoje, que no le dije jo, jo, por motejarle de jodío. Muy léjos voy de eso. Y yo le diré el porqué, cuando me compre la sortija. Por ahora no digo mas, sino que por tenerle por muy caballero, le dije lo que le dije. Con esto conjuré aquella fantasma, y fué á correr la vega, pensando diligenciar la sortija, mientras yo diligenciaba el absconderme donde correr la sortija, quiero decir, huir de adonde me encontrase, para darme la prometida.

Ciertamente, que no hay cosa mas penosa que unos de estos caimanes enamorados. Son los tales como tiro, que si va muy atacado, y dispara, vuelve en daño lo que pudiera ser de gusto y de provecho. Aquel necio mas provecho se hiciera, si dijera con el corazon (no pudiendo ó no sabiendo con la boca) á mí que no pido. ¿Pues decir, que supo él manifes-

lar su cuidado? Mas que un jumento. En mi vida ví amor enalbardado, si no fué este. Miren qué aliño de dárseme á entender un hombre, que en vez de ardientes suspiros, despachaba por instantes revueldos, que salian de lo íntimo de la hiel, que eran harto mas á propósito de dar muestras de una infernal piscina, que publicar tiernos sentimientos de un corazon herido dulcemente. De las palomas dicen las fábulas que las desterró del cielo el dios de amor (aunque nieto y decendiente suyo). Y yo no hallo que pueda haber habido otra causa, sino porque el dios de amor tiene por asquerosos los amores del palomo, por cuanto van insertos en revueldos. ¿Miren cómo no me habia de ofender á mi amor tan aborrecible, que aun enfada el ahidalgado y sufrido Dios de amor? ¿Qué Celso amador habíamos encontrado, el cual á peticion de su dama (que era amiga de oir músicas en carros triunfales) se transformó en el carro y bocina del cielo, para que su dama tuviese carro triunfal incorruptible, y juntamente música incansable? Reniego de su bocina Roldana, que tal son ella me hizo. ¡Mirad por vuestra vida qué billetes en papel dorado! ¡Qué tercera sutilmente ingerida como cuña! Qué dos mil patacones ogigallos para guantes, como á la ley del siglo dorado, que decia aquello que tradujo el poeta, y dice:

Si tienen puntas de oro las saetas,
Amor puede al seguro hacer sus tretas.

¿Qué pasacalles en falsete? ¿Qué chinas al marco, ó golpecitos de celosía? ¿Qué coplas en esdrújulos? ¿Qué canciones tan menudeadas, que unas á otras se alcanzasen, sino un revueldo, y otro tras él? Por él se podia decir: ¿*Suspirastes, vida mia? No señor, sino regoldé*. Corrida estoy de haber parecido bien á un tan mal pretendiente. Mas me holgara que dijera mal de mí, como el otro caballero, que riñó con un gran murmurador, y le dijo: Señor fulano, hanme dicho que todos los hombres honrados de este lugar os parecen mal, y hablais mal de ellos, y que solo yo os he parecido bien, y decis bien de mí; pues juro á diez, y á esta cehuz, que si de mí hablais bien, os he de sacar la lengua por el colodrillo: que á quien tan mal le parecen tantos hombres honrados, córrome yo de parecerle bien. Decid mal de mí, como de ellos, para que entienda yo que soy tan honrado como ellos. Así que estoy corrida de haber parecido bien á este burrihombre. Mas pues no se queja el dorado y rubio sol de que le miren tantos feos, y el cielo no se cansa de que le miren tantos bobos, quiero sobreseer del enfado, con presupuesto de no acordarme de él, si no fuere cuando tenga hipo tras carcajada. Solo digo, que tornó á buscarme con la sortija; pero yo me hice reina de Tacamaca, que donde estaba no parecia, y estaba encobertada. Dejo esto. En resolucion, yo despedí á mi avechucho, y me fuí á mi carreta, donde asentamos real yo y la parentela de Mansilla, donde comimos á dos carrillos lo que teníamos (y aun lo que no teníamos) y pasaron lindos chistes. Escusóme de ponerlos aquí el que, para hacer el retal de las carnestolendas, llevó de mi casa listas de seda, que en otra tela vinieran bien. Digo que me hurtaron los escritos de lo que en todo este convite y sus chistes pasó. Y

digamos á lo breve este paso, que (como dicen los labradores) cuento de socarro, nunca malo.

APROVECHAMIENTO.

Es tan sutil el engaño y engaños de la carne, que á los broncos, zafios é ignorantes persuade sus embustes, y embeleca con sus regalos.

3. DEL CONVITE ALEGRE Y TRISTE.

Endechas con vuelta.

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Sentóse á comer
La hermosa aldeana,
La que come ojos,
Corazones y almas:
Dice mil apodos,
Lindezas y gracias,
Fortuna envidiosa,
Las trueca en desgracias:
Que no hay placer que dure, etc.

Con boca de perlas
Mil perlas derrama;
Pero los villanos
Nada bueno alaban:
Que lo amargo es dulce,
Si hay voluntad sana;
Pero si está enferma,
Lo sabroso amarga:
Que no hay placer que dure, etc.

La envidia es harpía,
Tigre y fiera hircana,
Que en agenos bienes
Halla muerte y rabia;
Y viendo Justina
Que esta la maltrata,
Con sentidas quejas
Asi lamentaba:
No hay placer que dure, etc.

Mas considerando
Que fortuna es varia,
Trueca sus suspiros
En gustos del alma:
Da higas al tiempo
Y á la vil mudanza,
Y al son de un adufe
Esto dice y baila:
No hay placer que dure, etc.

Despedida aquella fantasma tocinera, aquel galan de ramplon, aquel amante inserto en salvage, me acogí debajo del pabellon de nuestra carreta, donde nos asentamos yo y mi gente, ras con ras por el suelo como monas. Estaban conmigo unas primillas mias de buen fregado; pero no tan primas, que no fuese mas la envidia que mostraban que el amor que me tenian. Tenian por gran primor el servir á mis primos de estropajo, y así las trataban ellos como á estropajos, y mas yo á ellos, y á ellas hacia que me respetasen, y aun los despreciaba, porque siempre tuve por regla verdadera, que la mujer solo compra barato aquello que estima en poco. Con todo eso quise dar vado al birotismo, y soltar el chorro á la vena de las gracias y apodos, que es ciencia de entre bocado y sorbo. Bien sé que no he errado cosa tanto en mi vida; porque las gracias no son para villanos, y menos para entre parientes. El afeite, la gala, la damería, la libertad, el favor, el dicho, el donaire, parece bien al yente y viniente, pero no al pariente. Es como los que dicen: *Justicia, y no*

por mi casa. Ya se erró. Contémos los que de mis cascos quebrados, habrá quien haga cobertera para la olla de las gracias, para que no se le vierta cuando mas yerba.

Comenzamos á hacer penitencia con un jamon, y con ciertas genobradas, bien obradas, y con nuestras piernas fiambres, llenas de clavos y ajos, y llueva el cielo agua; miento, que maldita la gota bebí, porque en nuestra tierra destétannos á las mozas con la que llora la uva por agosto, á causa de que todas somos friolentas, y boca de invierno, como dijo el otro que nos vendió el rocin por mayo. Yo estaba recostada en el suelo, á la usanza de los convites de los Hebreos (y no me faltaba razon); mis primos y primas todos echados en ala, que parecíamos tinajas sacadas á lavar.

Al principio de comer no corria la vena, y así callábamos como en misa, y aun mas, que para las mujeres que contrapunteamos una misa á lo girguero, no es mucho encarecer; pero luego que el dios novio de la Baca (que es el Baco) carbonizó la hornacha, rechinaban las centellas de los ojos, y espumaba la olla por la lengua. A la verdad, si Justina no entonára los fuelles, maldita la tecla habia que sonára bien, sino que á ruido de una buena decidora, todo hace labor. Preguntéles mil que cosi cosí, y respondieron á todo como unos muletos de tres años. Preguntéles cual era la cosa de comer que, siendo carne, primero se cortaba el cuero que la carne. No dieron en ello. Díjeles que era la molleja del ave, y persinábanse de *verbum caro*, como si relampagueára. Preguntéles cual era la cosa que con mas carga pesa menos; pero dieron en ello como en la ciudad de Constantinopla. Uno dijo que era la porra de Hércules. Otros que era el caballo Babieca. Tomame el tino. Y cuando los dije que era el cuerpo del hombre vivo, el cual cuando está cargado de manjar pesa menos que cuando está vacío de comida y muerto de hambre, por pocas se volvieran en matachines, á puro espantarse de la sabia Justina. Y eran tan discretas mis primazas, ó (por mejor decir) tan buenas pagaderas, que me lo pagaban todo á golpes sobre mis espaldas. Hacian bien, que si yo lo quisiera entender, me decian que gracias tan mal recebidas las echase á las espaldas, y al cabo del tranzado. En fin, ellas tras cada gracia palmeteaban las espaldas, como si el decir gracias fuera enfermar de tos, que se quita con golpes de espaldas. Otras mil preguntas les hice de las muy perfiladas, así de motes, como de cifras y medallas, enigmas, y cosicosas. Mas, para ellas, era hablarles en arábigo.

Verdaderamente la ufania de un vencimiento es ciega. Dígolo por mí, que no miré que al paso que iban riendo mis agudezas, iban envidiando mi buen entendimiento, y así iban resfriando la risa, hasta tanto que se murió de frio, y despues de muerta la enterraron la pena. Pero mi orgullosa pujanza tenia vendados mis ojos, para no echar de ver que ya el placer habia reconocido las riberas de su fin, y que aquella gente no estaba para gracias. Y en fin, siempre fué tan celebrado como verdadero aquello que dijo el poeta español, y yo cantaba:

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Yendo, pues, en alto mar de mi pujanza, queriendo á lo solapado dar un picon á dos de los del corro macho y femia, al uno de comedor, y al otro de bebedor, escupí una bachillería que se me tornó á la cara, y dije: Ola, oid, que os quiero preguntar un que cosí muy gustoso, para que torneis á enhilar el hilo de la risa. ¿Mas que no sabeis porqué pintó Apeles á Céres, diosa del pan, con un perrillo de falda, y á Baco, dios del vino, con una mona? Estaba allí una prima mia, que habia hablado con mi Apolo; quiero decir, oídome á mí la resolucion: y como tenia las armas de mi ciencia y las de su envidia, entró con armas dobles, y con gran desprecio (cosa que sentí mucho) me dió un mandoble, y dijo: Por cierto sí, gran sabiduría. Ya no quiero callar, como hasta aquí he hecho, mas por ver que no dejas hacer baza, y que hablas á destajo, quiero decirlo; y porque entiendas que si queremos hablar, podemos, y que nuestro callar es de discretas, y tu mucho hablar es de necia. Mira. El perrillo y la mona son dos animales, los cuales crió naturaleza, solo á fin de entretener las gentes con sus juegos, retozos, y burlas, y visages: y si dan á la diosa del pan (que es Céres) y al dios del vino (que es Baco) perrillo y mona, es porque se eche de ver que, en habiendo que comer y que beber, luego se sigue el haber entretenimientos, juegos, y burlas, conforme al dicho de un poeta, que dijo:

> Sin Baco y Ceres,
> Son de sobra gustos, juegos y mujeres.

Acertó. Corríme de verme cogida en mi trampa, y empanada en mi masa. Mas ya me contentara con que este disgusto fuera ciclan, y sin compañeros. Pero nunca la adversa fortuna hizo una primera, sin hacer tras ella mazo ó fluj. Siempre llueve sobre mojado, como distilacion de alquitara. Siempre pica sobre llagado, como mosca. Y es de casta de albarda de rocin triste, que siempre cae sobre matadura. Dígolo, porque luego que la primilla me fasquió de lleno, salió un primo de bastos, que (saliendo de su paso) aguzó (cosa desusada) y dijo: Justina, ¿sabes qué se te puede decir acerca de tu misma pregunta? Dos cosas. La una, que en esa pregunta muestras que eres de casta de pistolete italiano, que apuntas á los pies y das en las narices. Dígolo, porque preguntas uno, y malicias otro. Pero, dejando á parte tus siniestros, que son mas que de mula de alquiler, yo te quiero responder á lo que has propuesto, ya que quieres que se ponga la catedra debajo del carro. Digo, pues, que si aquí hay alguna persona que merezca nombre de mona, eres tú: lo uno, porque tienes la bota al lado (y decia verdad, porque ella me rogó que defendiese su castidad que corria gran peligro, y tanto mayor, cuanto era mas chica y tiernecita), y lo otro, porque si las armas y los nombres de Baco y Céres se hubiesen de repartir entre los del corro, á nosotros los hombres nos cabia el nombre de Céres, y tener por armas perrillo de falda, y á las mujeres el nombre de Baco, y tener armas de mona. Que por eso dijo el poeta picaresco que son los hombres cereros y las mujeres bacunas.

¿Quiéreslo ver? ¿Qué hombre hay de nosotros que, si le dejasedes, no

os serviria de perrillo de falda, sin dejar jamas la tarea? Y en eso bien probada tenemos los hombres nuestra intencion. Pero tú, y otras bailadoras como tú (que sois muchas, especialmente todas) sois propias monas; porque propio de monas es andar siempre bailando, ser mimosas, melindreras y urgandillas. Y yo seguro, que antes de mucho te tome la mona y bailes. El diablo se lo dijo. Por adivino le pudieran dar doscientos por docena. Con esta respuesta me pagó el primillo. Confieso que lo pregunté con malicia; y confieso no sin verecundia, que como tan sin pensar revolvió sobre mí con tan buen discurso, no solo no le dí á él ni á ellas mas vaya, pero me atajé y corté de manera, que por un buen rato no encontré con cosa buena ni mala que poder decir.

Un buen decidor, ó decidora, es de casta de lanzadera, la cual aunque muchas veces y mucho tiempo ande aguda y sutilmente sobre los hilos de la tela; pero si por desdicha encuentra en uno solo, aquel la ase y detiene. Así yo, aunque habia gran rato dicho con agudeza, topé en este hilo, y perdí el hilo. Y (sin echarlo de ver) no hacia otra cosa, sino mirar atentamente á una cabeza de conejo, monda y raida, despues de repasada, que estaba acaso en la mesa, y escarvarla con el dedo, como si allí me comiera. Entónces otro de la compañía, á quien jamas ví meter letra, ahora dió tan en el punto, que en un punto me acabó de poner de lodo, como me vió estar maganta y pensativa, mirando tan atentamente la calabrera de conejo, que yo tenia en las manos (que como dije, la fortuna adversa es tirana, si desea venganza es insaciable, y á pendon herido da licencia general á todo necio, para que haga suerte en un discreto asomado; y en parte hace bien, pues con ellos gana la honra que pierde, en ser tan favorecedora de bobos). Dijo, pues, el decidor moderno: Justina, si como creo que has sido pecadora, creyera que eras penitente, dijera, que estando así pensativa mirando esa calabrera de conejo que tienes en la mano, te estabas diciendo á tí misma: Acuérdate, Justina, que eres conejo, y en conejo te has de volver. A lo menos no negaré que este dicho me tornó en gazapo, pues me agazapó de modo, que no dije mas que si tuviera los dientes zurcidos. Tanto fué lo que me hizo callar y encallar. Mis invidiosas holgaban. La parentela reia, y todos daban las carcajadas que se pudieran oir en Cambox. Yo (como avecindada en la corredera) quíseme vengar. Y no fué poco ofrecérseme como responder, de manera que le reñí al tono que él me habia reñido la castañeta soltera. En fin, yo saqué fuerzas de flaqueza, y troqué mi cara por otro tanto de máscara de grave, y con ella le dije: Señores mancebos y mancebas, y sor primazo, gentiles honras hacen á su tia mi madre, á quien Dios tenga en su gloria, pues con un *Ite missa est* que han rezado por su ánima, les parece que tienen derecho á reirse, con mas bocas que pierna de pordiosero de canton de corte. Miren que es la casa baja, y que con tantas carretadas de carcajadas reventará la carreta. Bien quisiera yo decirles mas, pero á un corrido acábasele presto el huelgo. El primo (como iba de vencimiento) sin interpolar risa, antes con mayor orgullo respondió al mismo tono que yo le respondí, cuando me retó la castañetada de marras. Y lo que me dijo fué: Boba allá Justina, no re-

vientes tú de pena de estar corrida, que la carreta segura está de eso. Justina, por tus ojos, que se te antojan berros, que el ruido que has oido no son risas carcajales, sino que la mula boba suena mucho los cascabeles del petral y collera. Verdad es, que yo no sé porqué ella lo hace. Que comerle, nada le come, que está encobertada. Debe de ser sin duda que la mula está corrida como tú, de que la llamamos la boba por mal nombre, y refunfuña. En diciendo esto el primo, acaso la mula se meneó, y viendo que le salia tan á cuento lo del refunfuño y los cascabeles, acrecentó mas la risa suya y del auditorio : y todos (ni sé si á mí, si á la mula) dijeron : Jo, jo, jo, tan mal pronunciado como bien reido. Pardiez la mula (como todo andaba tan confuso y de revuelta) no oyó bien, y aunque le decian jo, debió de pensar que la decian arre (si ya de puro beodos no decian arre) y acordó de tomar las del martillado. Dió un estirijon para desasirse de la carreta con tanta fuerza, que por pocas hubiera de hacer empanada de nuestros sesos. Y aun fuera con toda propiedad empanada, porque siendo nuestro seso tan poco, ó tan ninguno, siendo empanada de sesos, fuera en pan, nada. Soltóse la mula. Quebró una maroma, y el hilo de la risa. Pasó de trapala por entre toda la gente, vendiendo coces á blanca, y encontrones á maravedí. Y no se le dejaba de gastar la mercadería. Si no me cayera tan en parte la pérdida de la mula, y de su huida, holgárame mas que nadie de verla : aunque (para decir la verdad) tan de corrida andaba yo como ella y por eso no me vagaba el reir. No me pesó del alboroto, porque á no romper el hilo de la matraca, llevaban camino de torcer maroma con que ahorcarme.

La mula andaba que parecia novillo encascabelado, y yo tambien lo parecia, con tanta sarta y apatusco como traia en la collera. Mis parientes los machos fueron tras la mula; mis parientas las mulas quedáronse junto al carro, recogiendo sobras, que eran aprovechadas, como monas de unto, y diz que sus abuelos fueron grandes apañadores. Yo pardiez no soy tan apañadora, ni aprovechada, si no es de la ocasion. Esta tuve por buena, para reirme un poco. Ya me querrás reprehender. ¿Qué querias que hiciese? ¿Correr? No podia, porque con las sartas que llevaba hiciera mas ruido que la mula con sus cascabeles, y fueran muchos toros. ¿Habia de llorar? No. Que si á la doncella lo, por llorar la vaca, la llamaron jo, á mí, por llora mulas, me llamáran mulata. ¿Habíame de sentar? Era mucha, mucha, remucha flema, flemaza, para quien era prima de tan buenos corredores. ¿Habíame de echar? Menos me convenia, porque pensáran que como pusilánime me enterraba de pura pena : cosa tan ajena de un corazon ginete. ¿Habíame de estar en pié como grulla? Eso era mucho lanzon, en especial quien tra a el molino corrido de puro picado. En resolucion, como me ví sola, y á peligro de dar en la secta de melancólica, que es la herejía de la picaresca, determiné de irme al baile, dando dos higas al tiempo, y otras tantas á la mudanza, y cuarenta mil á quien mal le pareciese. Sentéme entre una camarada de pollas, que estaban en espetera, aguardando el brindis de los bailones. La moza que almoazaba el adufe, hasta que yo llegué, habia ido viento en popa, mas en llegando yo, parece que reconoció ser yo la princesa de las bailonas,

y emperatriz de los panderos, y luego me rogó se le templase y pusiese en razon. Yo me hice de rogar, como es uso y costumbre de todo tañedor, mas al cabo hice su gusto y el mio. Toqué el pandero, y canté en falsete unas endechas, que yo sabia muy á propósito de mis sucesos, cuya vuelta era:

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Salian estas palabras calientes del horno de mis fervorosas imaginaciones, y así no dudo que avivaron mas de dos friolentos. Hecha mi levada me torné á sentar mas con la opinion de buena oficiala de tañer, y rebuena de cantar, y rebonisa de bailar, luego me apuntaron los bailones, no reparando en la poca antigüedad de mi estancia, ni en el agravio que se hacia en ser yo de las primero escogidas, siendo la postrera venida, sino en los muchos méritos de los buenos toques de pandero que habian visto, y los de castañeta que se esperaban. Sacáronme á bailar luego, lo cual no causó poco fruncimiento: pero lleváronlo en dos veces. Sacóme á bailar (en buena estrena) un escolar, que siempre mi dicha me queria dar estos topes, como si yo rabiara por ser de corona; entónces mas quisiera yo que me cayera en suerte un labrador, no cierto para que cultivára mis dehesas, ni labrara mis sotos, que no habia aun llovido sobre cosa mia que raíces tuviese, sino que son gustos Pero al fin no es fuerza que el que escoge sea escogido ni acendrado. Ley es de baile, salgan las que sacan. Obedecí al sacamiento, y cuanto á la ejecucion, apelé para las castañuelas. Mas ellas, de puro agudas, al instante me condenaron. Entró el estudiante dando mil brincos y cabriolas en el aire. Y yo á pié quedo como lo bailo menudito, y de lo bien cernido y reposado, le cansé á él, y á otra trinca de compañeros suyos, que decian del colegio de los dominicos de Sahagun. Mas á lo que yo allí ví, ella es gente floja para el oficio. Débelo de hacer, que es muy húmeda aquella tierra, y mejor para criar nabos que bailadores.

APROVECHAMIENTO.

La libertad y la demasía del gusto entorpece el entendimiento, de modo que aun en los tristes sucesos no se vuelve una persona á Dios: mas ántes procura alargar la soga del gusto, con que al cabo ahoga su alma.

4. DEL ROBO DE JUSTINA.

Liras.

La Vigornia ladina
  Ordena una danza, máscara y cancion,
  Con que coge á Justina,
  Cantando en fabordon
  Su presa, su trofeo y su traicion.
La máscara acababa,
  En robar la Boneta seis vergantes;

La Boneta cantaba:
Soy palma de danzantes;
¡Ay, ay, que me llevan los estudiantes!
Cogen en bolandina
Con este embuste á Justina descuidada.
La triste se amohina,
Mas no apovechó nada,
Que fortuna (si sigue) da mazada.
Decia muy penosa:
¡Ay, ay, que me llevan los estudiantes!
Mas era esta la glosa
De los mismos danzantes,
Y así todos pensaron ser lo que ántes.

Ya venia la noche, queriendo sepultar nuestra alegría en lo profundo de sus tinieblas, cuando ví asomar una cuadrilla de estudiantes disfrazados, que venian en ala como bandada de grullas, danzando y cantando á las mil maravillas. Eran siete de camarada, famosos bellacos, que por excelencia se intitulaban la Vigornia, y por este nombre eran conocidos en todo Campos, y por esto solian tambien nombrarse los Campeones. Estos traian por capitan á un mozo alto y seco, á quien ellos llamaban el obispo don Pedro Grullo, y cuadrábale bien el nombre. Cuadróle Justina para ser su feligresa, y enderezó la proa á someterme á su jurisdicion, y sí hiciera, si mi industria no me hiciera exenta. Este venia en hábito de obispo de la Picaranzona. Traia al lado otro estudiante vestido de picarona, piltrafa, á quien ellos llamaban la Boneta, y cuadraba el nombre con el traje, porque venia toda vestida de bonetes viejos, que parecia pelota de cuarterones. Los otros cinco venian disfrazados de canónigos y arcedianos, á lo picaral. El uno se llamaba el arcediano Mameluco; el otro el Alacran; el otro el Birlo; otro Pulpo; el Draque. Y las posturas y talles decian bien con sus nombres. Era harto gracioso el disfraz, para forjado de repente. Venian en el propio carro de mis primos, porque con engaño le habian cogido. Y como le enramaron á él y á la mula, no le conocí, porque entónces no me entendia con carricoches rameros. Antes que hiciesen sus paradas, cantaban á bulto, como Borgoñones pordioseros. Pero cuando paraba el carro, lo primero que hacian era bajarse, y danzar un poco de zurribanda con corcobos; y tras esto á lo mejor del baile cogian en brazos á la picarona, que llamaban la Boneta, y poníanla el bonete de don Pedro Grullo, y su manteo roto, y metíanla en el carro con gran algazara, haciendo ademan como que la robaban. Luego se subian con ella al carro, y cantaban una letrilla en fabordon, la cual trataba de que, por premio de buenos danzantes, llevaban la moza llamada Boneta, que comenzaba y acababa la cancion. La Boneta tenia un buen tiple mudado. Lo que cantaba era romance, con esta vuelta siguiente:

Yo soy palma de danzantes,
Y hoy me llevan los estudiantes.

Unas veces decia oy oy, otras decia ay ay, con unos quejidos tales, que

parecia que real y verdaderamente la hurtáran. Con este disfraz incensaron toda la romería, hasta que se cansaron todos de verlas, y ellos cantar que cantarás. Con razon pudieran ser estos comparados al cínife, que cuando mas muerde mas canta, pues cuando quisieron morder mi honor y mi punto, cantaron en contrapunto. Aunque iban cantando todos los de la Vigornia, no les holgaba miembro, porque con los pies danzaban, con el cuerpo cabriolaban, con la mano izquierda daban cédulas, con la derecha bailaban, con la boca cantaban, con los ojos comian mozas, y con el alma toda acechaban mi estancia, que por mí lo habian, y mi muerte clara intentaban para echarme en sal en su carreta. No quiero dejar de decir las cédulas que daban á los circunstantes, porque vaya el cuento con raices y césped. Una cédula decia :

¡O qué lindas niñas,
Si pagan primicias!

Otro decia :

Bien estudiado habemos,
Si á nuestro obispo aplacemos.

Otra, que pronosticaba que mis borlas habian de ser ornatos de sus bonetes y galas del pendon de su triunfo, decia así :

Doctora, ganad las borlas,
Que aquí estan las ciencias todas.

La cédula de la Boneta decia :

Si me llevades, llevedes,
Como no me matedes.

Duró buen rato el disfraz : pero como el cansancio tenga juros sobre todos los disgustos, cobró sus derechos en este. Deshiciéronse los bailes y corrillos, y cada cual comenzó á enderezar el norte de los ojos y el timon de su carreta al puerto de su pueblo.

Y ya que los recios vientos de mi importuno baile habian ondeado con el presuroso movimiento el flaco navío de mi cansado cuerpo, fuéme forzoso descansar un poco sobre una blanca arena, adornada de oloroso tomillo, donde para mi descanso recliné, y amarré mi navichuelo, recogiendo los remos de las castañetas y las velas de mis ganas. ¡Ay de mí! que entónces debió de echar su sonda mi contraria fortuna : y viéndome encallada en el arena de las Arenillas, se atrevió á embestirme á lo callado la que rostro á rostro no se atrevió entrar á justar con Justina. Dígolo, porque con gran desgracia mia, viendo la Vigornia que yo estaba apartada del corro de la gente, y que nadie miraba en lo que ellos ni yo haciamos, sino que todos entendian en aprestar su jornada, si no es yo, que tenia carro y carreteros : en fin, viéndome descarriada y descarada, embistió de tropel conmigo toda la Vigornia. Cubriéronme el cuerpo con un negro y largo manteo, y con un mugroso bonete mi rostro. Cogié-

ronme en volandillas : metiéronme en el carro, con los mismos ademanes con que metian en él á la Boneta, y luego comenzaron á entonar la letrilla, que solian :

Yo soy palma de danzantes,
Y ¡ay, ay, que me llevan los estudiantes!

Todos los que me vian pensaban que yo era la Boneta : en fin, que me arrebataron, y comencé á ser ánima en penas mias, y cuerpo en glorias agenas. Comencé á contemplar la vigilia de mi mal cierto. Gritaba, lamentaba, y decia á voces : ¡ Ay, que me llevan los estudiantes! Mas de mí nadie se dolia, porque estaban hartos de oir ladrado y cantado aquella lamentacion : en especial que ellos, para mayor disimulo, echaban el bajo á mi voz en fabordon; con lo cual no podia percebirse si eran las burlas pasadas, ó las veras nuevas : era suyo el fabordon, y así no quedó don de favor humano para mí. Repetia mil veces : ¡Que me llevan que me llevan los estudiantes! Desgreñábame, y desgañábame, pero eran vispras de regla en dia de atabales : en especial, que la Boneta me arropaba, porque pensasen que yo era la verdadera Boneta : y para que mi voz no sonase, me hacia la mamona, y levantaba el tiple, y el obispote esforzaba el bajo. Con razon pusieron en mi propio carro sus arcos triunfales, en señal de que con mis mismas armas y con mis mismas voces me habian de vencer. Al paso que corrian por el suelo de las ruedas del carro, acarreador de mis males, corrian por mis mejillas lágrimas, que las sulcaban, viendo que con la ligereza que el águila arrebata el tierno corderito, y con la que el presuroso Mercurio arrebató á la triste doncella Tevera, para forzarla, y con la que el pensamiento sulca el orbe, con esa me iban remontando, hasta que me hicieron perder de vista el sitio de Arenillas, y la vista de la romera gente : la cual, como no sabian la gran traicion de aquel troyano seno, en que iba el nuevo tesoro de pobres, pensando los unos que era burla de entre primos, y otros que era el disfraz antiguo, ó se reian de mí, ó no reparaban.

Ya que ví que la burla iba haciendo correa, congojéme mas y tenia razon. Consideré que aunque yo no era la primer robada ni forzada del mundo, pero sabia que tenian cierto de mi parentela que mi rapto y deshonor habia de ser vengado con lanzas de copos y espadas de barro. Tracia fué forzada de su hermano Leoncio; pero tuvo otro hermano llamado Serpion, que en venganza del agravio le hizo sangrar de todas las venas de su cuerpo, y con la sangre que salió argamasó la cal con que puso las primeras dos piedras, sobre las cuales levantó unas casas que edificó para su hermana, sobre el cual paso he oido discantar algunos poetas. Unos dijeron que Serpion no quiso que se preciase su hermano de pariente, y que por eso le vació toda la sangre. Otro le llevó, porque sangre tan insensible no podia estar menos que entre piedras y arena : pero lo que mas hay que notar en este cuento, fué el rótulo que puso en un padron que relataba la historia, el cual á mi ruego tradujo de griego un buen griego, y decia así :

Vivan los edificios señalados,
Con sangre fatricida argamasados.

Sabna y Heris vengaron el agravio de su hermana Damaris, sacando el corazon del incestuoso Arnobio, el cual dieron á los leones : lo cual discantó el poeta, que dijo :

Tan crudos corazones
Solo pueden ser comida de leones.

No traigo á este propósito lo de Tamar ni lo de Dina, porque no es Dina Justina, sino indina. Así que estas pobres violadas tuvieron pendencieros de mantuvíon, que despescaron su agravio : mas yo juraré por mis hermanos que si la burla viniera á colmo, perdonáran la sangre por una banasta de sardinas. Todo esto tenian ellos muy bien tanteado, y por eso iban tan satisfechos de la gatada. ¿Qué te contaré? Si vieras esta pobre Marta al revés, que quiere decir Tamar, ir camino tan fuera de camino, enjaulada como toro que llevan al encerrado, ladrando como perro ensabanado que llevan á mantear, tuvieras duelo de la pobrecita medio cocida, medio asada, medio empanada, medio aperdigada Una cosa me dió siempre mucho consuelo y esperanza de salir intacta, y fué, que unos por otros se detenian, y me llevaban en medio, sin hacerme declinar jurisdiccion, ni conjurar tampoco. Parecia el asno de Buridano, que estando muerto de hambre, y en medio de dos piensos de cebada, de puro pensar á cual saludaria primero, nunca comió de un pienso, ni del otro. Parecia tambien al zancarron de Mahoma en medio de dos piedras imanes, las cuales cu otra se impide el robo : y á la verdad, muchos pretendientes, que aman una misma dama, cuando así estan juntos, son como olla de nabos, que mucho hierve, que aunque todos audan listos con el calor, ninguno se pega á la olla. Así que todos me comian con los ojos, y ninguno me tocaba con las manos. Hasta aquí se alargó fortuna á hacer limosna á estudiantes, con quien pocas veces suele ser franca : mas cansada la hermosísima gitana celeste de emplear su favor en estudiantes (gente ingrata, gente que en ser voltaria compite con la misma rueda de la fortuna), extendió su mano diestra con rostro favorable para ampararme y defenderme, pareciéndole que si para un Eneas bastó una inclemente borrasca, para Justina bastaba una carretada de enemigos, y que bastaba haberme armado la mamona, sin disparar la ballestilla.

Mas porque, despues de un reventon subido, da gusto el mirar atras, por ser trabajo pasado, así me le da el referir unas octavas que compuso un gran poeta á quien yo comuniqué esta historia : y como iba lamentándome, cuando me llevaban en el carro los de la Vigornia, y á este propósito compuso en octavas un diálogo entre mí y la princesa de las Musas (que á la cuenta es Calíope) en que finge que la diosa de las musas me manda referir mis penas, y que yo á duras le cuento mis ansias y suspiros. Tienen un artificio singular, y es, que juntamente son elegante latin y elegante romance : dificultad que pocos la han vadeado con el

ingenio que este, que si lo que le sobraba de poeta le faltára de loco, era digna de lauro su cabeza.

DIALOGO

ENTRE LA PRINCESA DE LAS MUSAS Y JUSTINA, A PROPOSITO DE SU ROBO,

En octavas españolas y latinas.

MUSA.

Declara (si me amas) o Justina,
¿Quantas chimeras ibas fabricando,
Instante una tan proxima ruina?
¿Quales interna, voces replicando,
Urgente tanta pena repentina?
Quales lamentaciones resonando?
Quando tantas injurias publicabas,
Quantos celestes orbes penetrabas?

JUSTINA.

Grandes penas intentas, musa cara,
Mandando tan acerbas jusiones,
Suspende obediencias tales, dea preclara;
Suspende tan penosas relaciones.
¿Suspendes? Responde, o musa clara,
Respondes negativa. ¡O duras confusiones!
¿Mandas? Subjectome. Affirmo, fui clamando
Tales infrascriptas voces dando.

¡O raras peregrinas invenciones!
¡O machinas tan viles, quan brutales!
¡O chimericas, ó vanas ilusiones!
¡O barbaras personas animales!
¡O terrestres, caducas, intenciones
Serpentinas, crudas, duras, infernales!
¡O fortuna inhumana, ingrata, varia,
Tan dura quan astuta, falsa quan contraria!

APROVECHAMIENTO.

En achaque de máscaras y disfraces se cometen hoy dia temerarios pecados: por lo cual los padres cuerdos y cristianos deben guardar á sus hijas de semejantes ocasiones, en las cuales está solapado el anzuelo del peligro.

CAPITULO II.

DE LA VIGORNIA BURLADA.

1. DE LA ENTRETENEDORA ASTUTA.

Rima doble.

Despues que la carreta apresurada
Quedó emboscada y léjos de la gente,
La Vigornia insolente alborozada,
Saltó en una llanada, y su regente
Quedó muy prepotente en la emboscada.
Viose Justina apretada, y de repente
Pensó tan conveniente modo y traza,
Que el carro le sirvió de red de caza.

Despues que salí (ó por mejor decir) me llevaron por mar en carreta, metida como carne de pepitoria entre cabezas y pies: y ya despues que la noche puso al sol el papahigo, para que, ó durmiese, ó fuese de ronda á visitar las antípodas, dejando á Delio su tenencia, pararon en una llanada, que estaba poco mas adelante de un bosque, que les servia de trinchea y emboscada. Al parar, vieras llover tanto de jo sobre las mulas, que se te amulara el alma: dolor de quien temia que querian desquitar los jos de la mula con los arres de su persona. Tras esto saltó en la llanada la insolente Vigornia, con gran alborozo y algazara, diciendo todos: Vítor la secretaria del señor obispo. Y para aperdigarme para el oficio, me dejaron sola con el obispote. Miren qué aliño para una pobre diez y ochena, que era niña y manceba, y nunca en tal se vió. Temblábanme las carnes de miedo: y aunque para él eran mis temblores trémoles de bandera en coyuntura de asalto, con todo eso se detuvo y dijo: ¿Justina, de qué temes? ¿Aquí no estoy yo? ¿No estás conmigo? ¿Ay hermano lector, mira con quien, para consolarme, con decir no estás conmigo? ¡ Qué faltiel para mucho! ¡Qué Absalon en guarda de Tamar, sino un obispo de la Vigornia, y capataz de la bellacada!

Pero bien dicen que la apretura y estrecheza en que se ve un entendimiento es la rueda en que cobra filos; pues en viéndome en este nuevo estrecho de Magallanes, comencé á dar en el punto de la dificultad, y lo primero en que me resolví fué en entretener agudamente toda aquella noche el obispote, para que no corriesen sus gustos por mi cuenta, dado que él pensaba rematar cuentas del pié á la mano. Valióme mi ingenio. A él le doy las gracias, que por su industria embalsamé mi cuerpo, y le libré de corrupcion y del poder de aquella fantasma eclesiástica, y del incendio que ya me tenia tan socarrada, como socarretada. Demas de que mi ganancia no fué de las de tres al cuarto, pues (como verás) de los despojos de mi victoria quedé tan aforrada de capas, sombreros, ligas, ceñidores, etc., que pudiera poner en campaña sombrerados, ligados, ce-

ñidos, y capados otros ocho capigorrones, tan grandes bellacos como estos que quisieron en tan breve tiempo dar á la enterísima Justina el ditado de Barca Rota. Oian, pues, mi traza: escuchen la victoria alcanzada de una invencible novicia, no con mas soldados que sus pensamientos, ni con mas fuerza que sus trazas y con tan buen modo, que quizá si algunas le usáran, sonáran menos sus voces, y mas su fama.

Luego que me ví á solas con este sireno de carreta, y ví que con la una mano me tenia echado un puntal al cuerpo, como hacen al árbol cuya fruta está á pique de caerse, compré una libra de Roldan por dos arrobas de dolor de estómago, y con ella desleida en lágrimas, galbegé mi cara, la cual quedó tan arroldanada, que hiciera temer al mismo Almanzor, si estuviera en la carreta, y con buen tono fablé así:

Ea, picaron de sobre marca, obispo de trasgos, y trasgo de obispos: él no debe de haber medido los puntos del humor que calzo. No me ha pergeniado, que á pergeniarme bien, aun fuera Berzabú. Amanse el trote y el trato, que el que por ahora usa es para motolitas que no saben de carro y toda broza, que las de mi calimbo saben hacer de una cara dos, y en caso de visita saben dar á un obispo cardenales, que le acompañen sin perderle de vista. Como el bellacon oyó que yo le hablaba á lo de venta y monte, y que yo habia tomado el adobo de la lampa que él praticaba, en parte le pesó, por ver que no podia sentenciarse de remate su pleito, en tan breve término como él pensaba; y en parte se le alegró la pajarilla, viendo que habia encontrado horma de su zapato. Con esto deshizo la mamona: y mirándome de otra guisa, con mas respeto y menos vergüenza, me dijo: Picarona, si es que me habia de responder al uso de la mandilandinga, hablara yo para la mañana de san Junco. Por Dios que me encaja. Hermosa hilaza ha descubierto. Así la quieren en su casa: y así será de provecho: y yo la doy palabra, que por las buenas partes que ha descubierto, la he de hacer obispa de la Picaranzona. Dígame rostro atento, que mi sentencia es la suprema, por ser dada en consejo de rota: mire si tiene que alegar ó suplicar, porque donde no, tomará la posesion quien trabó la ejecucion. Como me quiso tocar en lo vivo, avivé, y rechinando como centella, le respondí: Eso no. Tate, señor picaron (y díle un muy buen golpe en los dedos), yo apelo: á lo menos suplico del tribunal de su injusticia al de su clemencia. Pero no. Aguarde. Oya. Oyámonos. Escuche, escuche. Dígame, muy infame, ¿parécele que mi entereza guardada por espacio de diez y ocho años (que tantos hago á las primeras yerbas) es bien que se consuma á humo muerto, y se quede aquí entre dos costeras de carro, como si fuera hoja seca de carrasco viejo, que despues de vendida la leña, se queda en la lastre de la carreta? No quiero alegar en mi abono las leyes gentílicas, que dan término para llorar la virginidad; pero á lo menos no permita que entre cristianos muera una entereza tan de súbito. Dígame, ¿qué picaro de hospital muere sin mas luz que ahora tenemos? ¿Sin mas ruido de campanas que el que ahora nos acompaña? Los descomulgados van á la sepultura á lo sordo; pero pues no lo está mi entereza, no quiera que tan sin solemnidad se le dé sepultura de carreta á cencerros atapados, y cuando yo y mi entereza

hubiéramos incurrido en descomunion alguna por delitos (que nunca faltan), para eso es el obispo, para absolverme de ellos, y dar órden que mi entereza sea honrosamente sepultada. ¿Sabe lo que ha de hacer? ¿Sabe lo que quiero mandarle? que pues yo soy obispa, justo es mandemos á veces: que llame la camarada, y por lo menos de antemano bebamos la corrobla (como dicen los montañeses de mi tierra) y delante de la insigne Vigornia se ordene un festin, y me deje hacer cuatro pares de melindres siquiera porque vean que me duele el degollar un pollo, que ha tantos años que crio para su mesa episcopal. Y tambien sepa, señor don Azemilo, que me estimo, y quiero que delante de ellos me dé palabra (aunque no sea sino por bien parecer) que cuando sea cura me darán de beber, que lo que es de comer, ya sé que es pedir peras al lobo, pues no las ha de tener jamas, ni para sí, ni para mí, si no es que comamos las calabazas que tiene de renta pagadas por mano de obispo, cada cuatro témporas un tercio, sin algunos que estan caidos, que es la renta mas cierta que hay en Castilla; y si esto le está muy á cuento, consiento, sino pique. Digo pique el carro. Que si por fuerza va, ya sabe que las mujeres sabemos malograr los gustos. Mas vale carnero en paz, que no pollo con agraz. Créame, ámen, que le digo la verdad. Persona forzada, aun para servir en galera es mala, con ser oficio aquel de por fuerza. ¿Cuanto menos podrá una forzada servir de hacer favores, siendo oficio de gente voluntaria y gustosa? Y si esta razon no le contenta, llame á consejo, y verá lo que le dicen sobre esto de las fuerzas. Créanme, ó no me crean, sabe Dios que en esta ocasion me encomendé con todo corazon á santa Lucía, de quien dicen que es abogada de los que la invocan en peligros semejantes. Vayan conmigo. Mi intento era apellidar por compañía, para dar á largas con untura de almacen, y entretener el tiempo, aunque el motolito con toda su Vigornia en el cuerpo creyó que el llamar compañía era para hacerle la salsa al plato, ó para tañer de mancomun al conjuro de la bruja que decia: *Allá vayas piedra do la virginidad se destierra.*

Cuando yo ví que mi obispote suspendia el auto, y me oia de Autan, y ví que el gustosillo y blando zéfiro de mis regaladas y airosas palabras borneaban su cabeza de porra de llaves, y su cuello de tarasca, y hacia ademanes de aprobar mi consejo, y llevar este negocio de gobierno, conforme al arancel de mi peticion, luego dí por tan hechas mis chazas, como sus faltas. Dicen que cuando las alas de cualquier ave de rapiña se juntan á las del águila, con el poder y virtud de las del águila, se van pelando y consumiendo las de las otras aves, en especial las de las panteras y las grullas. Así, ni mas ni menos, viendo yo que las trazas de este avechucho y grullo (que así se llamaba) se juntaban con las mias, tuve por cierto el apocar sus intentos, y destruir sus estratagemas con mis astucias: en especial me animó el ver que habia perdido la primera ocasion, porque es regla cierta que quien pierde el primer punto pierde mucho. Y no tuve mejor pronóstico de que la fortuna estaba en mi favor, que el ver que se le habia escapado el primer lance de fortuna. Acuérdome de un galan pensamiento de un poeta que fingió que el amor salió un dia á caza llevando en su compañía al consejo. Era el desinio del amor cazar

una fiera llamada buena ocasion. Yendo pues en prosecucion de tan gustosa caza, llegaron á un espeso monte, en el cual estaba la ocasion encovada en el cabezo de un alto y casi inaccesible risco. Luego que el amor vió la presa deseada, pidió ayuda al consejo. Ayudóle. Llegaron al puesto tan ligera y astutamente que el consejo le puso la ocasion en las manos, de modo que el amor la pudo asir. Ya que el amor tuvo la presa en las manos, volvió el rostro hácia donde estaba su compañero el consejo, y díjole muy de espacio : Amigo, haced traer una jaula, en que enjaulemos y llevemos viva la ocasion que tan perdidos nos ha traido. Miéntras el amor volvió el rostro y cuerpo á decir estas razones al consejo, huyó la ocasion á vuelta de cabeza, y dejó al amor burlado, y aun afrentado. Quejóse el amor de la poca ayuda del consejo. Mas el consejo le respondió, diciendo : Amigo amor, yo no acompaño mas que hasta cazar; pero no hasta enjaular : y así tuya es la culpa, que teniendo la caza en la mano, y armas en la cinta, no era necesaria mi ayuda. Así, que con mucho fundamento me consoló el ver que se ponia á tomar consejo el obispo en el tiempo que tenia la ocasion en la mano. Con las razones que le dije al obispote, puse su señoría de cera, y mas obediente á mi mandato, que si yo fuera la papesa. Queriendo pues poner en ejecucion mis ordenanzas, dió un silbo como de cazador, ó de ladron (que todo lo era, y de todo tenia gesto) y al reclamo acudió la Vigornia, pensando que yo habia (como ladron) embolsado el hurto; y (como cazador) degollado á la pobre tortolilla, cogida en la red que ellos dejaron armada. Y como los soldados, despues que veen desmantelado el muro que han sitiado, se entran con algazara á tomar posesion del castillo conquistado, diciendo á voces : ¡Viva España y su rey! así ellos con voces y alaridos venian diciendo : ¡Viva el obispo y su Vigornia! y otro picarazo, que tenia una voz rocinable, dijo con un bajo temerario : ¡Viva el señor obispo, remediador de huérfanas! Yo (por les ganar la boca para mis intentos) dije á un bulto un ámen, y tras él dos de mudanzas con tres castañetas en seco, en el poco sitio que me cabia en el carro, donde íbamos como palominos de venta. Usaba de todas estas trazas, por vestirme del color de la caza, lo cual fué parte para que el mismo carro, que ellos ordenaron para su triunfo, me sirviese á mí de vivar donde cazarlos, como mas larga y gustosamente lo verás en los dos números que se siguen. Esto que he referido era entre dos luces, cuando se reia el alba, y tanto mas se reia, cuanto mas de cerca iba contemplando la burla que yo pensaba hacer al villadino, ó, por mejor decir, al vil ladino.

APROVECHAMIENTO.

Permite Dios que el pecador no solo no consiga los gustos que pretende con sus quimeras; pero ordena y quiere que ellas sean instrumentos de sus penas, y verdugos de su persona.

2. DEL PARLAMENTO LOCO.

Estancias de consonancias dobles en un mismo verso.

Hizo cetro de un garrote el obispote,
Y á guisa del rey Mono hizo su trono,
Y para mas abono, dijo en tono:
Amigos, cese el cote, y ande el trote.
Hoy se casa el monarca con su marca,
No quede pollo á vida, ni comida,
Con que sea servida mi querida,
Llamalda en la comarca, polliparca.
Traed tocino y buen vin de san Martin,
Pan, leña, asadores, tenedores,
Frutas, sal, tajadores los mayores,
Presto, que el dios Machin pretende el fin.
Acabada esta razon, dijo el moscon:
Marchad luego, ola, sin parola.
Fuéronse con tabaola, y quedó sola
Justina en conversacion con su obispon.
Justina entretenia y suspendia,
De modo que pudieron los que fueron
Hurtar lo que quisieron y volvieron
Con lo que pedia su señoría.
Venidos, se asentaron y brindaron.
El obispo don Pero se hizo un cuero.
Luego el carretero cargó muy delantero,
Mas que si mucho pecaron, mas penaron.

Ya que estaba el carro atacado de bellacos, y el gobernador de la Vigornia en medio de ellos, pareciéndole que no venia bien el ser obispo casado, no siendo obispo griego (aunque andaba cerca de serlo), renunció los hábitos, é hízose rey. Tomó un garrote en la mano en forma de cetro. Hizo de las capas un trono imperial, poniendo por respaldar dos desaforados cuernos. Parecia rey mono puramente. Captó la benevolencia; pidió atencion, estaban boquiabiertos. Dijo Eneas, y escuchaba Dido el parlamento muy atenta por su mal. ¡O qué bien dijo el refranista español: En consejo de bellacos, razonamiento de trapos! Lo cual quisieron sin duda decir los antiguos, cuando para pintar una tropa de semejantes bergantes, gobernados por otro tal, pintaron una zorra coronada de restas de ajos, predicando en un cesto á las monas y á los gatos; pero vaya de parlamento episcopal.

Caros infanzones mios, conocidos en nuestra region campesina por vuestras hazañas tan claras, que de noche relucen mas que ojos de gato, por lo cual son hazañas gatunas; famosos por vuestras prendas nunca empeñadas, sino es en buena taberna: lo primero, hoy cese el cote, pues no hay para mí fiesta cumplida sin cumplirse mis deseos. Lo segundo, quiero que andeis al trote, que es el paso de mis cuidados: de mas de esto aviso, que os he juntado en este mi carro triunfal, para que como á otro Scipion coroneis de gloriosa palma mi cabeza, no por la vito-

ria que he alcanzado, sino por la que espero. De mas de esto os advierto que conviene á mi servicio y á vuestra honra vigornial, y á la virginal de Justina, nuestra hermana tan cara cuan barata, que pues puedo decir que hoy nació del vientre de la fortuna, vea yo que con gusto festejais mi nacimiento claro. La circunstancia del tiempo (si quereis mirarlo) me da á entender que pues nació debajo del amparo de la estrella de Vénus, me ha de ser propicio el Dios de amor su hijo, y el alba de mi Justina. Cantareis á voz en grito, cuando el piadoso cielo honrare mi cabeza con su lauro, y direis que renazco como ave fénix de las cenizas que ha hecho Justina en mi alma, despues de haber quemado las potencias de ella, con el inmortal fuego de su rigor. Atencion. Ella está entera como su madre la parió (y aquí suspiró el auditorio) mas en esta hora piensa tomar puerto mi presuroso bajel, y estampar en su entereza el *non plus ultra* asido de mis dos columnas Digo claro que pretendo que dentro de una hora fatal la caza de esta rara ave haga plato al gusto mio. Este es el dia mayor, de marca, en que vuestro monarca se casa con su marca, por tanto mando y quiero que os extendais por los lugares de esta region comarcana (que son muchos y muy cercanos) y no dejeis pollo, ni ganso, ni palomino á vida. Llámese mi Justina la poliparca, porque quiero que ella sea hoy la Parca, que accelere la muerte á todo pollo. No quede fruta, ni queso, ni bon vin de San Martin, ni cosas de las de pasagaznate, que no adjudiqueis para mi cámara. Y porque no hay principal sin accesorios, traed para mi servicio asadores, tenedores, tajadores grandes de madera, que son los platos de las bodas de los labradores, manteles, sal, cuchillos, y todo buen recado de pieza y suela. No quede cosa que no sea tributaria de mi solemne dia, ofreciéndola á los pies de mi Justina, á quien justamente estoy rendido.

A vueltas de esto, no cesareis de hacer perpetua demonstracion de la alegría que en vosotros causan mis esperanzas, pues os consta que aun las cigüeñas se juntan á hacer fiesta el dia que alguna se casa. Ea amigos, que el dios de amor tiene alas y no sufre dilaciones. En especial el mio, que es mas volandero que la garza de Baldovinos. Ola amigos, menos parola y mas obediencia, que pues las esperanzas de mi placer no dan mas larga que una hora, no es justo que os dé hoy mas de plazo, para cumplir lo que tengo ordenado y dispuesto. No hubo bien dicho esto el nuevo Eliogabalo, cuando los de su faccion, con gran tabaola, saltaron un barranco que nos dividia, con la presteza que los galeotes saltan en el remo, ocupándose en obedecer al principote de la Vigornia. Entónces tuve por verdadera la fábula del zorro, el cual, para ir á caza de una querida zorra, puso á un cochino alas de grifo, y se halló mejor con este modo de cetrería, que con otra ninguna : así estos, aunque como cochinos iban hacinados en una carreta, pero este zorro, con ánimo de cazarme, les puso alas de grifo : solo hay que aunque cazó carne, pero no la que él quiso. De la presteza con que parlé, me espanto : mas si cochinos mandados de zorra vuelan, ¿qué me admiro de la ligereza de estos ?

Cosa donosa es ver cuan de gana obedecen los bellacos á quien go-

bierna su bellacada, y cuan de mala á sus legítimos superiores. Preguntó uno á un caballero : Señor, ¿ porqué pagais tan mal á vuestros acreedores, siendo tan franco y pródigo con las personas á quien no debeis nada? Respondió el caballero : Porque el pagar con obligacion es de pecheros, y el dar sin deber es de nobles. No me quiero detener ahora en calificar este dicho, que bien se echó de ver que erró este franco necio, que ántes el pródigo paga pecho á la imprudencia, y al vulgo, y al qué dirán, y á todo el mundo, y por el contrario, el que paga á su acreedor muestra gran nobleza : lo uno en desechar sujeciones, lo otro en ejercer la virtud mas hidalga, que es la justicia, la cual hace una ventaja á las demas virtudes, que las demas solo miran el provecho de su dueño; pero ella, y las que á ella se llegan, no miran sino el provecho del tercero, que es mas nobleza é hidalguía : y tambien porque ella es tan noble é hidalga que iguala al mayor, si debe, con el menor, si es acreedor. Pero dejado esto para los Sotos frescos, para los Gallos briosos, y para las Peñas fuertes (que son los floridos de nuestra Salamanca), concluyo á mi propósito con decirte, adviertas, como estos bellacones tenian por bien obedecer á su verdadero obispo, el cual les traia sobre ojo : empero á su obispo soñado le obedecian : y con la presteza que el rayo sale de oriente, y aparece luego en occidente, con tanta y aun con mayor obedecian estos demonios á su Belcebub. Dejáronme con él, y sin mí, tan sola cuan mal acompañada, tan triste cuan disimulada. Comenzóme á decir muchas chanzonetas, y de travesía me daba algunas puntadas, para que le dijese lo que pensaba yo hacer, cuando tomásemos la Goleta. Yo al principio comencé á responderle á son; mas ya que ví que se metia en tantos dibujos, eché por otro rumbo. Comencé á contar cuentos, los mas de risa que se me ofrecieron, para divertirle la sangre. Contéle medio libro de don Florisel de Niquea, que entónces corria tanta sangre como yo peligros : mas á estos me respondia que para entónces mas se atenia á el Niquea, ó por mejor decir, al *neque ea*, que al don Florisel, y que para quien esperaba fruta, eran muchas flores. Díle algunos sorbos de Celestina; mas decia que tenia espinancia, y que no podia tragar nada de aquello. Pero ya que no me valieron los cuentos de mi señora madre Celestina, valiéronme sus consejos. Del momo un poquito; mas dijo al momo no, no. De alivio de caminantes dije lo que importó, para aliviar mi camino de la carga que tenia; mas él en nada sentia alivio : bien es verdad que todo cuanto yo le decia le sabia bien, y todo lo aprobaba, aunque era con tal modo que daba bien á entender que como no me tenia á mi toda, sino sola mi lengua y sombra, no las tenia todas consigo.

En esta sazon venia ya el hermoso Apolo, corriendo presurosamente por los altos de un cerro, siguiendo el alcance de los alojados infanzones, para descubrir los hurtos y emboscadas, de que siempre fué tan enemigo. Mas cansado el bellísimo jóven luciente de correr tras los nuevos Jonatases, parece que se detuvo, y descansó tras un espeso monte de encinas, y ellos llegaron ante el tribunal de su antiguo obispote y nuevo rey de copas (y yo era una de ellas), con la presteza y provision que si ellos fueran el águila de caza que tuvo Paleologo el rústico. Unos traian

pollos, otros palominos, otros patos, otros pan, otros platos, que como era boda de pícara y pícaro, y hecha por mano de pícaros, casi todo cuanto despescaron empezaba en P, pues instrumentos de platos, y asadores, cazos, y sartenes, pudieran alhajar dos novias con lo hurtado. Uno trajo un costal de pan caliente, con juramento que se lo habian sacado á traicion á un horno por las espaldas, que tenia vueltas á la calle, dejando por lengua, que lo parló, el calor y olor tan conocido. Otro (por no venir mano sobre mano) hurtó diez candiles de un meson, para hacer en mi boda el entremes de la encandiladora. Otro trajo una sobremesa de unos que se habian quedado dormidos, despues de haber jugado sobre ella á los naipes; y aun dijo el estudiantico Vigornio, que como vió los jugadores dormidos, hizo á uno la mamona hácia la faltriquera. Parece ser que no traia bien los dedos, por lo cual recordó el dormido, y como sintió sobre sí la mano del nuevo reloj (que apuntaba á su faltriquera, no para dar, sino para tomar) se alborotó, y comenzó á dar voces. Era el estudiantico bello bellaco, y sin perder compas, ni mostrar turbacion, le dijo con mucho sosiego y contento: Hermano mio, si como soy estudiante burlon, fuera algun ladron de los que andan hoy dia por el mundo, mala manera de negociar teníades, y muy peligroso era el sueño: pero amigos somos; duerma, galan, y mire, que por hacerle caridad y buena obra, le arropo. Tras esto le atestó el sombrero sobre los ojos, no tanto por arroparle, cuanto por arroparse con la carpeta, ó sobremesa, sin que lo columbrase el labrador, á quien dejaba hecho pita ciega, y tan ciega, que pensó que de pura caridad duranga, y zelo gatuno, le dejara casquiatestado. La sobremesa era galana, por señas que una poyata se la habia prestado á la mesa sobre su palabra, y el estudiantico la tomó sobre su conciencia, y debajo de sus brazos. Otro trajo un tizon de lumbre: quemado él sea con él, que este me desatentó, que no hacia sino soplarle, y alumbrarme á la cara, y reirse, diciendo: Colorada va la dama. No acabara, si contara por menudo las cosas de comer, y el recado que trajeron. No me espanto, sino como no sacaron de cuajo las aldeas, y de cimiento los muros y casas de villas, segun y como lo hizo Júpiter, cuando vino á las bodas de su querido.

Ya se juntaron todos. Vesme aquí con todo el conciliábulo congregado, para decretar á costa de la pobre Justina, que en esta ocasion era blanco de tantos necios: mas yo tenia reforzadas mis trazas, y un ánimo como una capitana. Mi inquina era toda contra aquel Olofernes eclesiástico, que aun reir no me dejaba, segun que con los ojos me tenian confiscados boca, lengua y sentidos. En llegando, me sacaron del carro á hombros, como á cátedra de opositor: y el obispo don Pero Grullo miraba á las manos á los apeadores, por si acaso alguno se le deslizaba alguna mano, al tiempo del trasladarme del carro al suelo. Dí orden como se guisase de comer. Hiciéronlo, y aunque sin órden, pero con tanta presteza, que parece que de mohatra se les hacia cuanto querian. En todo me obedecian, si no es en irse poco á poco, que esto no se podia acabar con ellos, para entablar mi juego de trecho en trecho, y bien á menudo les decia: Amigos, beban, y así lo lleven las viñas. Yo, mirando al obispote, hacia

que bebia con mi vaso de cuerno, y decia : *Brindis, quoties.* Beba el obispo, y vaya arreo. El obispo se escusaba de beber con una gracia, que contenia mucho de naturaleza, y era decir : De vino poco, que soy patriarca de Jerusalen : mas aunque le amargaba, todavía por mi contemplacion bebió unos polvillos, los que bastaron para añublársele el celebro, y aun para añadir algunas erres al abecedario de su Vigornia, el que menos, y estaba á treinta y uno con rey. Ello las gracias sean dadas á ciertos puños de sal, que eché en el jarro. Decíame el obispo don Pero : ¡Ay, mi Justina, que en todo eras un terron de sal! Decia yo para conmigo : Verdad dice este, pues aun el vino á pura sal está echado en cecina. Ya que todo estaba guisado, y á puntó, hizo señal el señor Vigornio mayor, y todos escanciaron, y comieron como unos leones; solo mi obispo tragaba mas bocados de saliva, que de otra cosa : y pienso que en mirarme gastó una libra de ojos, y en decirles que se diesen priesa otra de lengua. No dudo, sino que tras cada bocado, que en sí daban los de la Vigornia, le daba su reloj las ciento : mas ellos (como de la fiesta no habian de sacar otra cosa, que entremesar á las panzas, y como las traian húmedas del rocío y humedad de la noche, y daban de sí como panderos mojados) iban dando alargas al tiempo, de lo cual recebia yo tanto gusto, como el obispo pena y rabia. Entre burlas y juego, siempre yo muy cuidadosa con que bebiese el obispo, y fuese arreo. Hízolo el obispo á tan buen son, que ya por decirles daos mucha prisa, hermanos, decia, daos murria perra hernandos.

Ya que tuvieron rechechas las chazas, y hechas las rechazas, los buenos de los mozalbetes decian donaires. No metian letra; y si alguna metian, eran ces, y erres. Hacíanme quebrar el cuerpo de risa, que ya el miedo habia pagado el alquiler de la casa, é ídose á Berbería. Uno, que no tenia salero á la mano, echó cantidad de sal en el suelo, y allí mojaba el carnero, que por ser sobre yerba, salia carnero verde; y por ser sobre tierra, negro, y por todo salia verdinegro. Otro hacia sopas en vino con brizuas de cecina, y sacábalas, usando de huesos como de cuchara. Otros bebian con un zapato, porque á segunda vuelta voltearon las copas. Era hacienda hurtada, que se logra poco. Ya viendo sus demasías el enfrenado y compuesto Pero Grullo, menos bebido, aunque mas beodo, puso general silencio, diciendo : Carren, carren, por decir callen, callen. Averigüe Vargas el vocabulario. Los mozuelos, como estaban metidos en la erre de Babilonia y su confusion, no le respondian, porque ni se entendian, ni le entendian. Entónces el monarca, muy enojado, alzó una mano (que entre ellos, y en su habla jacarandina, era indicio de imperativo modo en la manera de mandar) y con esto se recogieron todos derechamente al carro aunque no tan derechamente, ni tan por nivel, que no hicieran algunas digresiones de cabeza, paréntesis de cuerpo, y equis de pies.

Ya entraron todos, con que el carro quedó en cueros, ó los cueros en el carro. Lo que yo temí mucho fué que el carretero los habia de despeñar, porque habia cargado la mano mas que todos, y aun la cabeza, é iba atazado hasta la gola. El obispo me escudereaba, y llevaba de la mano al carro, aunque no tenia él poca necesidad de quien se la diese, para

reparo de los muchos traspies que á cada paso daba. No he visto pies de gozncs, si aquellos no. Daba vueltas (como mona en fin) y una vez dió una, que pensé se despuntara las narices, que las tenia sobresalientes un poco, y aun un mucho. Él bien via que eran caidas de mas de á marca (que era beodo reflejo, que son los peores), mas por escusar su flaqueza, decia el pobre obispote : Justina, por tí danzo. Respondíale yo : Ya veo que por mi danza su señoría, sino que no quisiera yo que hiciera tantas reverencias, ni que llevara los cascabeles en la cabeza y corona. Yo (para decir verdad) mis ciertas mamonas le armé hácia los piés, y no fueron de poco efecto, que maldita la que me salió en vano. Cuando se caia hácia mí, dábale un envioncito hácia el otro lado, diciendo unas veces : Ox que no pica ; y otras, allá darás rayo, que este lado es de ladina. Con estas estaciones y revelladas llegó al carro hecho pedazos, con mas sueño que amor. Para subirle al carro, le dí de pie tres veces, y él otras tantas de cabeza : y cada vez que se levantaba, decia : Upa, que de esta entro. Ya de pura lástima hice á mi maña que le sirviese de grua, y metíle en el carro, y yo tras él tan sin miedo, cuan sin tardanza y sin peligro. Reclinéle sobre las capas, sobre las cuales comenzó á dormir la mona alta, y profundamente. Veslos aquí, todos duermen en Zamora, sola la hija de Diego Diez velando, pero no sin provecho : pues segun ya verás, en el carro que cogieron el gato, pagaron el pato.

APROVECHAMIENTO.

Los malos, como tienen dada la obediencia al demonio, sujétanse de mejor gana á sus ministros que á los de Dios : mas, cual es el dueño á quien sirven, tales son los gages que tiran.

3. DE LOS BEODOS BURLADOS.

Octava de consonantes hincados y difíciles.

La fama con sonora y clara trompa
Publique por princesa de la trampa
La gran Justina Diez, que con gran pompa
Vuelve su rebenque en cetro y le estampa.
La que usa del rebenque como trompa,
La que llueve azotes y no escampa,
La que de su carreta hace palenque,
Y cetro lanza, y trompa del rebenque.
¡O fama, cuyo acento el orbe encampa!
Tu sonoro clarin no se interrompa,
Hasta ver la picaresca estampa,
No digo en papel puesta, do se rompa,
O en letra de escribano, que haga trampa,
Sino en peña, en quien no se corrompa
Memoria de un triunfo tan ilustre,
Con el siguiente mote por mas lustre.

Mote.

Justina triunfó de ocho beodos,
Echándolos del carro á azotes todos.

Cuando las necesidades son repentinas, las mejores trazas y remedios son los que las mujeres damos. Ca así como el uso de la razon en nosotras es mas temprano, así nuestras trazas son las que mas presto maduran. Mil veces verás en los entremeses ofrecerse necesidad de trazas repentinas, y por la mayor parte las dan las mujeres, que son únicas para de repens. Es el discurso y traza de la mujer como carrera de conejo, que la primera es velocísima, ó como envion de francés, que el primero es invencible. Esto quisieron decir los antiguos, cuando pintaron sobre la cabeza de la primer mujer un almendro, cuyas flores son las mas tempranas. Decia un discreto: ¿Las mujeres porqué pensais que hablan delgado y sutil, y escriben gordo, tardo, y malo? Yo os lo diré. Es porque lo que se habla es de repente, y para de repente son agudas y sutiles. Por esto es su voz apacible, sutil, y delgada. Mas porque de pensado son tardas, broncas, é ignorantes, y el escribir es cosa de pensado, por eso escriben tardo, malo, y pesado. Digó esto á propósito, que tuve dos ocasiones para dar una galana traza; la una el cogerme de repente, y la otra el verme tan apretada; y mas á la verdad, la mayor fué el ver que tan á mi salvo podia trazar. Viéndolos todos beodos, y al carretero mas que á todos, lo primero que hice fué darle un torniscon por verle tan fuera de mí, como de sí. Con el golpe arrojó una espadañada de vino, que espantó á las mulas: toméle el rebenque, ó látigo, con que gobernaba las mulas, y con él derribé mi carretero en el duro suelo. El golpe fué grande, con el cual quedó sin habla, y yo sin pena. Sintieron las mulas notable alivio.

Volaban, pero mas mis pensamientos. El camino que el carretero habia traido hasta allí no iba apartado del de mi pueblo, mas que sola media legua, y yo le sabia, porque algunas veces le habia andado viniendo con mi madre. Y tambien la mulá sabía el camino; piquéla, y como las mulas no eran nada lerdas, el camino apacible, el azote menudo, el cuidado grande, caminaron de modo, que en espacio de dos horas pude meter por mi pueblo esta carretada de odres, sin mas sentido ni movimiento que si fueran insertos en la misma carreta.

Yo comencé á pensar como diria al entrar con ellos por medio de mi pueblo. Ofrecióseme si diria: ¡Guarda las zorras! ó si diria: ¿Quien compra cueros? ó si diria: ¡Fuera que entra la Vigornia y Pero Grullo! Mas para espantarlos bien, y vengarme mejor, me resolví en entrar dando voces, y diciendo: ¡Aquí de la justicia, que estos bellacos robaron la mula y el carro en Arenillas! y era así verdad como lo viste. Hícelo así, y con tales voces, que le pudieran oir en el real de Zamora. Los beodos, con mis grandes voces, despertaron despavoridos, y como reconocieron que estaban en medio de la plaza de Mansilla (castigados por mi mano) y aun por la de Dios, como los de Senaquerib, acudian á derribarse del carro

a toda furia. Esta era la primera estacion, y no poco gustosa, porque al echarse del carro, daban temerarios zarpazos, y sonaban á cueros que se enjaguan, y los mas de ellos chocaban por salir con toda prisa, y huir de mis rigores, como los cuervos mansos y travlesos suelen derribar un vidrio, vaso, ó copa, y volver el oido para percebir con gusto el sonido, así yo, aunque á rebencazos los derribaba, volvia el oido á percebir el sonido del golpe. La segunda estacion, era huir con tal prisa, que parecia llevaban cohetes en los posteriores. Mas ya que habian huido algun tanto, y tornando sobre sí algo, echaban de ver que iban sin sombreros, sin capas, sin cuellos, sin ligas, sin ceñidores, asomaban á querer tornar al carro á sacar su hacienda. Yo les dejaba acercar en buen compas, y en viendo que estaban á mi mano, tremolaba el azote de las mulas, y dábales el rebencazo zurcido, que les aturdia. Bravas suertes hice, defendiendo mi carro encantado, ó por mejor decir encantarado. Jugaba de rebenque floridamente; porque para de léjos me servia de lanza, para de cerca de trompa de elefante, para en pié de azote, y para asentada de cetro. Con estas mis levadas, se atemorizaron de modo, que sin capa, ceñidor, liga, sombrero, ni cuello, ni otras muchas cosas suyas (aunque habidas de por amor del diablo) se fueron huyendo por entre los sembrados, que parecian puramente las zorras de Sanson, con cuelmos encendidos en las colas. Todo el pueblo y muchachos se llegó al ruido, y todos les silvaban y gritaban, y si alguno me miraba de léjos, tornaba á tremolar el azote. ¡Qué confusion para ellos, y qué gusto para mí! Estos fueron zorros, estos fueron diablos, que desde ahí á mas de diez y ocho ó veinte dias, no se pudieron dar alcance unos á otros, hasta que un dia de mercado se juntaron en el de Vilada, que era donde ellos solian hacer sus conciliábulos zorreros. No se acababan de santiguar de la villana de las borlas, y de las burlas (que ambos nombres me llamaban ellos); de las borlas, por las que llevaba al cuello como montañesa, cuando me encestaron, á lo menos cuando lo pensaron: de las burlas, por las que les hice desde que les puse en cueros, dejándolos con sus vestidos (que es el cosi cosi de Mostoles) Ya despues que tornaron sobre sí, alababan mi traza, pero escocíales la injuria, y tanto mas, cuanto mas sin reparo la hallaban, que al cabo, al cabo, todos éramos de la carida, cual mas, cual menos, y no podian dejar de reconocerme superioridad.

Despues que se juntaron, y trataron de lo pasado, quitaron al Pero Grullo la presidencia y obispado de la Vigornia, con tales ceremonias como si en hecho de verdad le quitáran algun insigne oficio, y por sus edictorios, le privaron de oficio y maleficio, por muchos años precisos, y otros á merced, y lo sintió él, como si le quitáran algun verdadero obispado, que en fin siempre fué verdadero el refran que dice: Lo que mas se quiere, mas se siente. Decíanle: Hermano, no merece plaza quien tan infamemente salió de la de Mansilla.

Diéronle criadas bayas, lo cual él sintió mas que todo. Uno le decia: ¿Como digo de aquella emperatriz, ante cuyos pies hoy habemos de pagar tributo? Mejor dijeras, aquella emperrada emperradera, ante cuyos pies cai-

mos hechos unos zaques : y de cuyo rebenque fuimos tan gobernados, como desgobernados. Díjole otro : ¿Esta me llamais polliparca? Llámola yo Grulliparca, pues fué la parca del Grullo, y aun de toda su camarada. Otro le dijo : Camarada, como era aquello, de hoy renazco como ave fénix de las cenizas que ha hecho Justina, con el inmortal rigor con que me ha quemado las tres potencias del ánima. Mas cierto fuera decir : Yo naceré con dolor del vientre de una carreta, cabeza abajo, y pies arriba : y hoy seré aborto de carreta, y me pondrá Justina como nuevo, de puro frisado, con su azotina. Otro le dijo : Hoy la rara ave de mi gustosa Justina hace plato al gusto mio. ¡O pecador! bien habias dicho, si no te hubiera primero dado con el plato en los cascos, y si no quemara tanto el plato, como el de aceite, que lamió la mona golosa que estaba sobre una hornacha de lumbre. Otro decia : Viva el señor obispo, remediador de huérfanas. El huérfano sea el diablo : y tal remedio venga por su casa. Otro dijo : Ella está entera como su madre la parió. Eso juro yo que la entera es ella, y los quebrantados nosotros. Otro dijo : Ea presto, que el dios de amor tiene alas. Juro á diez, y á un rebenque, con que hace volar de la carreta. Otro viendo tan adelante iba el darle baya, medio lastimándose, medio fisgando, dijo : Carren carren, murria perra es esa en dar bayas al rasante. Tocó tecla de cuando por decir él, callen callen, daos mucha priesa, dijo carren carren, daros murria perra, etc. Dijeron dichos agudos y donosos, que por agudos los rio, y por largos los callo; quédese á la discrecion del pícaro mas discreto, que es el único censor de toda letura de folga. No dejaron cosa que no tocasen, ni punto que no glosasen, hasta decirle : Bien pareces patriarcon de Jerusalen, y nacido allá, pues tan vil y cobarde naciste. Henchíanlo de necio, cobarde y pusilánime, y fué tal, y tan pûblica la baya, que corrido de los mates que le daban, y motes que le ponian, se fué de aquella tierra; yo no dudo sino que no paró hasta Ginebra. Y aun segun le pusieron hecho un negro, se debió de ir á Mandinga, ó á Zape, donde envian á los gatos. Aunque lo natural era que se fuera él á la isla de las monas, y yo á la de los papagayos. La bellaca que le saliera al encuentro, á este toro agarrochado. Muy capada quedó la Vigornia, y tan capada, cuan descapada; con todo eso se rehizo y cazaba, no como ántes, sino mosquitos, como milaño de cuarta muda, y á fe que no me da á mí poca pena, cuando veo picarillos de alquimia entonarse : y que no concurren quien los haga tenerse en buenas. No sé acabar un cuento, ya sé que enfado en él; pero ya acabo.

En fin, yo me fuí á mi casa, donde fuí recebida como un ángel (que la gente de mi casa aunque me queria mal, holgaba de estas morisquetas, que mamamos todos en la leche retozona) y cuando fuí á mi casa, llevé tras mí gran cáfila de gente de toda broza, especialmente niños y paparos, como pantera que con el olor de su boca arrebata tras sí los animales absortos tras su fragrancia. De todos fuí alabada por casta mas que Lucrecia, por astuta mas que Berecinta, por valerosa mas que Semiramis. Verdad es que por si acaso llevaba algo socarrada mi fama, ó otra cosa, me zahumé con trébol é incienso macho en llegando á mi po-

sada, quiero decir que conté el cuento, con tan buenas clines, que sobre él pudo volar mi fama. Súpose y divulgóse la burla en toda la comarca, y fué tan célebre el cuento del carro y de las mulas, que por esta causa desde entónces llamaron á mi pueblo Mansilla de las Mulas, que hasta entónces no se llamaba mas que Mansilla á secas. La gente que me venia á ver, y darme á mí el parabien, como presente, y á los Vigornios el paramal, como ausentes, me tenian despalmada á puros abrazos, aunque no muy puros, que algunos me pellizcaban (que es uso de la tierra). Despues que reposé en mi casa, y se me asentó la cosera, hice libro nuevo. Ya era otra cosa. Ya los principotes de mi pueblo me miraban con otros ojos, ya me llamaban de merced, y las gorras bajaban tantos puntos, que llegaban á dos corcheas, y aun al corcho de mis chapines. Mas no sé que me hube desde niña, que jamas hombre de mi pueblo me cayó en gracia. Confieso que las mujeres somos de casta de plaza, que siempre gustamos de lo de acarreo, y somos como el deseo, que siempre endereza á lo mas remontado. Y somos como perros; que nos hallamos donde no hay gente, y por esta causa apetecia yo emperrarme; yo en particular siempre tuve humos de cortesana, ó corte enferma, y cosa de montaña no me daba godeo. Con todo eso, el tiempo que duró el festin de los parabienes, viví contenta, que el gusto es el corazon de la vida. La justicia (sabido el caso) me adjudicó el despojo de la batalla, y mandó que el dueño de la mula hurtada me pagase muy buen hallazgo, pues por mi industria habia sido librada del poder de la Vigornia, y que se me diese por testimonio, porque nadie me pudiese motejar de mala, sino honrar por casta y astuta. Ello nunca faltan bellacos. Alguno me ha dicho despues acá: Hermanita, ¿cómo digo de la jornada de Arenillas? Sino quemada, tiznada, que una vela pegada á un muro, aunque sea argamasado, verdad es que no le puede quemar; pero dejar de tiznar, es imposible. ¿Qué será, si se pega á carne gorda, que se derrite tan bien como la misma vela? Como de estas necedades he yo oido. Digan, que de Dido dijeron. Lluevan dichos, que ya ahora no me sabian en mi pueblo otro nombre, sino la Mesonera burlona, aunque algunos me llamaban la Villana de las burlas. Ya yo no me preciaba de mirar á quien quiera, que una honrilla sirve de garbo al cuello, y de almidon al vestido. Holgárame de haber tomado por tema de este número, aquel refran que dice: Quien hurta al ladron, gana cien dias de perdon, de los concedidos por el obispo de sábado. Délos quien los diere, que si perdones se ganáran, yo habia ganado jubileo plenísimo: pero ya sé, que para perdones verdaderos, aun el nombre les sobra, cuanto y mas el hecho. Con el mio á lo menos glosé el refran á osadas: pero ¿quien me mete en temas ni glosas, sino en tejer historias, y en hilar mis romerías? Pero no, mejor me será dejarlo, que no es paro sin venta, para no dejar descansar las gentes. Yo lo dejo. Duerme, duerme, hermano lector, que mañana amanecerá, y quizá tendrás gana de leer mas.

APROVECHAMIENTO.

La beodez no solo impide los buenos intentos, y daña á la vida de la

razon; pero hace que el que se embriaga peque mas y guste menos: en especial note el lector en qué paran comerías de gente inconsiderada, libre, ociosa é indevota, cuyo fin es solo su gusto, y no otra cosa.

SEGUNDA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO

DE LA PICARA ROMERA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA JORNADA DE LEON.

1. DEL AFEÍTE MAL EMPLEADO.

Sáficos y adónicos de consonancia latina.

Vencido el Grullo,
Cobra gran orgullo
La hermosa Justina
Y se determina
Salir de aldeana,
Y ser ciudadana
Súbitamente.

Una mañana
Se puso galana,
Y desde el meson
Se partió á Leon,
Acompañada
De su camarada
Bárbara Sanchez.

Fué bien arreada,
Y mal afeitada:
Y las que la vieron
Tal baya la dieron,
Que en fin se apeó,
Y el afeite lavó.
Triste Picaña.

Muchas veces he oido que los soldados viejos tienen por comun refran decir: *Nunca una victoria sola;* dice bien, porque el orgullo de un triunfo hace los ánimos invencibles, y los arrisca y dispone para emprender nuevas hazañas. El grifo no pelea hasta que es de edad de cinco años y tiene bueu cuerpo y suficiente proceridad: y si en la primer batalla que tiene con alguien vence, es prodigio de fortaleza; y si ven-

cido, queda mas pusilánime que un milano, y pocas veces alza cabeza, y cualquier águila (no digo yo la morfnos, ni osifraga, ni haliero, ni pigargo, que son las especies naturales del águila, sino la bastarda, ó mestiza, llamada cigüeña montañesa) le vence y acobarda : así yo, como de la pasada y referida empresa salí tan lozana cuan triunfante, no solo me ensanché, pero en mi misma opinion crecieron mis humos, mis desdenes, mis pensamientos, y aun pongo en duda si creció mi alma, segun vi en mi universal mudanza. Ya yo era dama : ya las cosas de Montaña, y de Mansilla (que todo es uno) me olian á aceite de alacranes : ya se habia pasado el tiempo cuando queria mas uno de zaragüelles blancos, con una pluma de pavo en el sombrero, ó carapuza cuarteada, que á los mil narcisos de corte, con todos sus alfeniques y perfilados. Ya se habia pasado el tiempo en que yo estimaba mas que uno de estos me prometiese una libra de lino, ó azumbre de leche, ó vello en jugo, ó un cordero hurtado á su agüela, que si un cortesano me ofreciera una cadena ó cabestrillo de oro. Son las labradoras y montañesas como la loba, que en tiempo de brama huelen todos los lobos, y siempre escogen el peor y mas flaco. Hablad, con que se me diera á mí en aquel tiempo un pito, por el galan que, besando la mano, derribara la rodilla, y dijera : Dama, toma ese cabestrillo de oro, par diez pensara que era pulla, y que me queria encabestrar y enalbardar. El mayor presente que por entónces pensaba yo que se podia hacer á una mujer de mi estofa, era una sortija de laton morisco, y á lo sumo de plata, y cuando llegaba á ser sobredorada, venia á perder la senda de la consideracion, y pensaba que era el *finis terræ* de los presentes : que como dice el refran : En estómago villano no cabe el pavo. Pasóse este solía, y á tal tiempo me trajo mi entono engomadero, que no estimaba yo entónces un faldellin de grana de polvo, con franjones de oro, mas que si nacieran los faldellines entre las cercas, ó entre los cuernos del rastro : y todo esto vino de que (como dice) la pasada victoria sacó mis pensamientos de quicio, y mi persona de mi estado.

Viéndome, pues, encapada y ensombrerada, á costa de la carretada de tontos que desembarcaron por mi órden en la real de Mansilla, rica de sus despojos, y ufana de mis tranpantojos, se me puso en la cabeza salir de aldeana y montañesa, y de dar de súbito en ciudadana. Resolvíme en dar una pavonada en la ciudad de Leon, por ver si se me pegaba en ella algo de lo civil, ya que de lo criminal yo era maestra. La ciudad de Leon está solas tres leguas de mi pueblo, aunque hay en medio un mal paréntesis de un puertecillo, en cuya cumbre en tiempos pasados estuvo gran tiempo la estatua de un hombre capon. Hombre, digo, capon ; alguno me dirá : Justina, adjetivad para peras. Acaba ya, hermano lector, vente conmigo, que buena es mi compañía : así que la estatua de este capon tenia el letrero siguiente : El capon tiene del hombre lo peor, y de la mujer lo mas ruin. Cuando yo andaba mal herida de este escrupulete, era por agosto, y muy cercanas las fiestas agostizas, que se celebran en aquel pueblo con muchos atabales cuando menos. Resolvíme de ir : y resuelta, hice resolver á ciertos caballeros de Aburra, hijos de rocino de mi pueblo, que me tocaban algo en sangre, y aun no me tocaba poco, que me buscasen una

pollina mansa, en que yo dromedease la llanada que hay desde Mansilla á la noble ciudad de Leon. Esta es la campaña donde los antiguos dicen que fué la primera fundacion de Leon, cuando ella estaba en su flor, en hecho y en nombre, pues se llamaba entónces Sublantia flor; mas el aire de la mudanza, que todo lo derriba, la arrancó de cuajo, y mudó al sitio adonde ahora está, tan linda de léjos como fea de cerca, trocado el nombre de flor y su belleza en la apacibilidad, en el nombre de Leon, y junto con el rigor del frio y melancolía de las lluvias y humedades, en que por lo riguroso y melancólico representa la fiereza del leon, y la melancolía de su cuartana.

De veras puedo decir que no fuí á Leon tanto con espíritu de holgazana, cuanto de curiosa de ver cuantos grados de verdad me trataban los leoneses que posaban en mi meson, los cuales noche y dia se estaban contando las grandezas de Leon : y leonés sé yo, que por contarme toda una noche las excelencias de la fuente del Piojo, dejó de dar de cenar á su mula. Miren con que ansia estaria la pobre acémila, de que su amo acabase de espulgar los piojos de aquella fuente. No he visto hombres mas moridos de amores por su pueblo : y es de manera, que donde quiera que se halla un leonés, le parece que la mitad de la conversacion que se halla se debe de justicia á la corona y coronica de Leon. En esto todos tienen una pega. Paréceles á los leoneses que alabar otro pueblo, y no á Leon, es delito contra la corona real. Oí decir á uno, que le venia el ser leonés, desde que le quiso bautizar un don Fulano Quiñones Lorenzana, su amo, honrado caballero : O señora, Leon entre los animales, rey; Leon entre las ciudades, reina. Si, cuando esto oí, supiera lo que ahora sé de granuja y cronicones, yo le dijera al paparo que no se entendia : pues (segun consta de las historias) dado que Leon se honre, arme y autorice con las armas, blason é insígnias del leon, que es rey de animales; pero su apellido no viene de ahí, sino del nombre de una legion de soldados, enviados de los Romanos, para ganarla ó fundarla, ó trasladarla, ó lo que sus mercedes mandaren, y aun por su honra no digo que el nombre de legion tambien le han tomado los diablos : pero voy á mi intento, y digo, que por escusar á un leonés, ú otro necio en su nombre, de que contando cuentos de las grandezas de Leon, haga salivas por mi cuenta, y por poder decir con libertad, no cuente mas, sor leonés, ni entable juego tan largo, que ya yo he andado esas andulencias, y visto la leonera, determiné dar principio á mi jornada.

Trajéronme una borrica donosamente aderezada, porque venia ensillada y enfrenada, y parecia mona con sayo. Como ví mi burra disfrazada, dije : Por mi fe, pues vos vais á lo húngaro, que he de ir yo á lo del diablo, y que me he de vestir á mí y á mis mejillas de grana de polvo, de modo que parezcan dos agís bien maduros. Mira qué envidiosas somos las mujeres, que aun de la burra tuve envidia de verla venir tan galana : mas no es nueva en nosotras esta flaqueza. De Blandina dicen los poetas, que tuvo envidia á la gala y colores del papagayo : y por verse con otros tales colores y plumas, pidió al dios Apolo, ó Júpiter (que no sé cual era el hebdomadario de aquella semana) que la convirtiese en papagayo. Hízolo Jú-

piter : y como Blandina era mujer apapagayada, ó papagayo amujerado, parlaba por papagayo de dia, y por mujer de noche. Los dioses, enfadados de tanto parlar, mandaron que la enjaulasen, que pues era papagayo no se le hacia agravio; que el refran dice : ***Lo que me quise, me quise, lo que me quise, me tengo yo.*** Ella entónces, viendo acortados los pasos y libertad (cosa tan contra el gusto de las andadorísimas mujeres), echó de ver cuanto mejor le solia ir con sayas antiguamente, que ahora con plumas de color. Pidió á Júpiter que la tornase á su menester, que mujer solia ser; y el Jupiter, que era bueno como el buen pan, y debia de estar borracho cuando tal hacia y deshacia, hízolo como se lo habia pedido la papagaita á propósito. Tuve envidia como Blandina, y por no tener que pedir á Júpiter, ni á otro beodo como él, y por tener juntamente galas y colores de papagayo, y libertad de andar y parlar como mujer, envié por blanco y color á la tienda de una amiga, con que me pueda poner hecha un papagayo real. Trajéronme buen recado, sino que yo no lo supe amasar; recogíme á un aposento, no tan defendido, que no tenia dos agujeros, por donde un tabernero de la calle, que vivia frontero, me solia dar unas esmeriladas de ojos, en tiempo que yo solia recogerme á ser cazadora, y notomista de puertas adentro, y por jalbegarme á gusto, y no me ver corrida como otras veces, tapé lo desmantelado del emplente con tres cedazos, porque ya que me viese el tabernero, fuese por tela de cedazo como á luna en el eclipsi, y aun con todo eso no me aseguré, porque era el tabernero gran astrólogo de estas visiones, y eché de ver, que no hube bien puesto los cedazos, cuando cernia mucho por verme, y para escusarle de esta labor, y á mí de este temor, volví hacia él las partes que no pensaba afeitar, y puesto el espejo en el velador, me puse un poco de blanco y color de prima tonsura. Ello no quedó tan bien asentado como Scévola, de quien dicen que vivia tan de asiento, que por no se desasentar de una letrina, donde le dió el mal de la muerte, le aguardó allí tan de asiento, que aunque le quitó la vida, pero no el quedarse sentado por mas de cincuenta dias en aquella cátedra de pestilencia.

Podré decir de esta primer postura, que la primera en tierra. Como era la primera vez que me ojaldré, encendióseme la sangre con la bregadura, y excitóse tanto el calor, que me derritió el pringue, de modo que cuando llegué á la puente de Villarete, que es legua y cuarto de Mansilla, tuve por buen partido echar mi cara en remojo, y lavar toda la uncion, que fué la extrema de aquel año. No me pesa sino de ver el mal empleo de una salserita refina, que la reina se podia amapolar con ella. Tengo por cierto que esto de andar al olio es necesario, que ó sea siempre, ó nunca, porque lo demas es como comer de una vez para toda la semana, que ni luce ni engorda. Es linda cosa irse entablado el rostro á tercios concertados, amoldándose con la postura, y venciendo dificultades, ***que no se gana Zamora en un hora.*** En fin tornando á mi propósito, yo acabé de componer mi gesto (si á Dios plugo). Tras esto me eché una saya de grana de polvo, que á fé que otra ha levantado menos polvoreda, mis cuerpos de raso, un rebocino ó mantellina de color turquía, con ribetes de terciopelo verde, mi capillo á lo Medines, que parecia monge de la cogujada, unas chinelas valencianas, con unas me-

dias lunas plateadas á usanza de estas nobles doncellas de Tiro, por si se ofrecia hacer alguno como el de marras. Queríanme subir los galanes, mas yo les dije que era ligera, y saltaria sin ayuda de burreros encima de la burra, puse la sobremesa, que era del vigornio que hizo la mamona á la faltriquera del dormido. En la manga de mi sayuelo metí un manto de burato, con puntas de avalorio para lo que se ofreciese, y ofrecióse conmover á mi burra, iba galana, y yo tambien, de modo que ella y yo parecíamos de una pieza, como lo sintieron los de Arauco de los caballos y caballeros españoles, partí llevando los ojos de la vecindad : que si los ojos que tras mí llevo se estampáran en mi jumenta, de burra se volviera pavon : iba la burra orgullosa y grave, como quien sentia el favor de la carga, que no era mala por ser yo; ni poca, porque demas de que yo pesaba mis ciertas arrobitas, como lo podrian decir los del peso de Valencia de don Juan, donde se pesan las mozas á trigo en la iglesia, llevaba las alforjas cargadas de pepinos y cohombros, los cuales me habia dado un bendito hortelano, siempre augusto y nunca angosto, el cual solia librarnos á las mozas todos sus favores en estas frutillas, mas tampoco nosotras le pagábamos en mejor moneda; tambien saqué algo fiambre, por no andar en Leon pordioseando, que como me decian que Leon era pueblo frio, temí que la caridad leonina no tuviese la misma propiedad.

Fuí en compañía de una Bárbara Sanchez, gran mi amiga, y aun no queria yo tanta amistad como ella me ofrecia. Iban tambien conmigo otras mozuelas, que me alababan poco por mirarme mucho. Una de ellas, viéndome mas lucida que todas, y aunque lo ordinario y acostumbrado en mí, á causa del nuevo acecalada, no lo pudo sufrir, y con mas envidia de la fruta de mis granadas que deseo del buen suceso de mis flores, me dijo : Señora Justina, muy sonrosada vas. Yo que siempre envido en las primeras cartas, la respondí luego, mas confieso que el haberme aforrado de primera me hizo necia de fluj; en fin la dije : Señora Brigida Roman, no es lo que piensa, sino que me lavé con agua de agabanzas y amapoles. Dió una gran risada de ver mi inocencia, y de que pensase yo que habia de persuadirse ella, que porque las amapolas y agabanzas son coloradas, me habia de colorear á mí el agua de ellas. Confieso que respondí como inocente, que nadie nace enseñado si no es á llorar. La muy matreta como vió que me llevaba de vencida, me dijo : Mi hijita, pues en verdad, que habiéndote encerado el rostro de antemano, con esa cera que se te derrite por el rostro, que fué mucho pegarse tanto á él el agua de amapoles, y su color : que no suele el agua detenerse tanto sobre cosas enceradas. Víme convencida de la nueva Celestina, y hube de ser confesora sobre mártir. Mas juré de nunca llevar sobre mi rostro testigos que á la primer vuelta de cordel parlan, y descubren cuantos secretos les encarga una mujer honrada en su retrete; por esta causa, por no verme mas corrida, yo me apeé, y lavé mi rostro y garganta en una de agua que iba mansamente murmurando de mi sencillez y de mis enemigas, por entre unos amenos y deleitosos sauces; encarguéle el secreto que tocaba tanto á mi honra, prometiómelo, y creila, que aunque las aguas no saben guardar secreto, pero tampoco le descubren, que es el misterio que no en-

tendió Erasto, mas es fácil de entender, porque el agua no tiene sujeto sólido para conservar la memoria de los secretos; pero eslo para que nadie los conozca en ella, porque á nada da asiento firmeza (como dijo el poeta español, no conserva el agua los escritos, mas hace los secretos infinitos) y cuando no conociera yo esta propiedad en aquella dulce corriente, bastaba ver que se iba riendo conmigo, para sospechar que conmigo habia de ser noble y fiel : que el agua fué símbolo de la fidelidad, por la que guarda en tornar al mar, de do nació, á pagar el tributo que debe. Estúvome tan propicia, que se detuvo á mi ruego, para que en un breve espacio remirase en ella y en sus cristales mi rostro y mis mejillas renovadas como alas de águila anciana, la cual, para renovar las plumas, pico y alas, las moja en agua viva, despues de tenerlas cálidas con el fervoroso sol, y concitado movimiento.

Hasta este punto yo no iba muy de porte para con mis carillas, como ni ellas muy de amistad con mis carrillos, á causa de que el cuidado de mi cara fué prisionero de mi lengua (si vale tocar en los geroglíficos que acotó el gran maricon), mas en echando que eché en remojo mi cuidado, parlaba mas que una picaraza, y si bien se contara, mas cuentos dije que pasos anduve. Mis carillas á todo esto gustaban poco, y respondian menos; lo que mas gastaban no eran risas ni palabras, que no las llevaban hechas, sino las nesgas de mi saya y ribetes de mi rebociño, siendo sus ojos dientes y su envidia vientre.

¡Ah envidia, envidia! unos te pintan como perro rabioso, mas á otros les parece que es decir poco, porque al perro el saludador le sana con su gracia, mas el envidioso con ajenas gracias empeora. Otros te llaman leona parida, mas á otros les parece que dicen poco, porque el parto de la leona y sus furias son de cinco á cinco meses, mas tú de un momento á otro momento, estás parida de mil daños, y preñada de dos mil amenazas, que eres hidra en partos. Otros te dan epítetos de harpía, mas pareceres hay, que es poco subir de punto tu rigor, porque la harpía, despues de haber muerto un hombre, mira su rostro y figura en el agua; y como se ve tan parecida al hombre que mató, ahoga en las aguas su vida, por sepultar de una vez su rigor; mas tú, mientras mas te miras y remiras, mas persigues, y nunca te pesa de daño hecho de hombre á hombre, ántes entre los mas semejantes eres mas cruel, y metes mas cizaña. Otros te pintan en forma de un tigre que despedaza su propio corazon, mas otros dicen que esto es decir nada; porque en un corazon no tienes tú para comenzar, y aun te parece poco, si no llegas al alma misma. No acabaré de decir pinturas tuyas, y aunque mas males de ti diga, todos serán pintados. Respecto de tus verdaderos daños, píntante como escuerzo, y como ponzoñoso encobado, porque les parece que el veneno del mal ajeno te engorda, y su bien te da en rostro; pero yo no me quiero meter contigo en dibujos, y menos en pintarte, que si á mí se me cometiera tu trasunto y el compararte, solo te pintára como mujer, y como á una de mis carillas, en quien derramaste un veneno por entero, y este bastára; pero quiérote dejar, porque me dejes solo concluyo con decirte, que entre muchos malos renombres y epitetos, heredados de tu madre la soberbia, y de tu

agüelo el desamor, ya no te faltaba otro, sino llamarte come sayas, gasta tiras, engulle trapos, segun lo cual te podrán tambien llamar tarasca; porque quien engulle sayas, engullirá tambien caperuzas y sombreros. Esto he dicho á propósito de las que de pura envidia comian con sus ojos mis sayas, y engullian mis ribetes y molinillos; mas punto en boca, que como yo pesqué tanto del sombrero y capa, no faltará quien tambien á mi me llame traga capas, y engulle sombreros. *Callar callemos, que quien tiene tejado de virlo, no es bien bolee al del vecino.*

APROVECHAMIENTO.

Pondera, lector, que los males crecen á palmos, pues esta mujer, la cual la primera vez que salió de su casa, tomó achaque de que iba á romería, ahora la segunda vez sale, sin otro fin ni ocasion, mas que gozar su libertad, ver y ser vista, sin reparar en el qué dirán.

2. DE LA PULLA DEL FULLERO.

Sáficos adónicos de asonancia.

Yendo su camino,
Desde el jumentillo,
La hermosa Justina
Mil gracias decia.
De los estudiantes
No la hable nadie
Porque la temen.
Mas (como el que peca
Siempre paga pena)
Vino un estudiante
Fullero y farfante,
Que la echó una pulla
Con que quedó muda,
Y hecha una rosa.
Ella se las jura,
Y ordena tal burla,
Cual verás abajo
(Que es cuento galano),
Pues hizo la moza
Escupir la bolsa
Mucha moneda.

Muchos estudiantes pasaban por el camino á las fiestas: mas como el rumor de mis trazas y la fama de mis burlas les habia dado zahumerio de pimiento, y aun de rebenque, no habia hombre de ellos que me osase encarar, mas que si yo fuera osquillo jarameño, y ellos bolteados: yo el perro de Alba, y ellos gerosolimitos: yo el leon disfrazado en traje de cordero, y ellos los zorros, de quien hace mencion la fábula. Con todo eso les quiero decir una verdad, que aunque aborrecia estudiantes, sentí, y me dió pena, que no me hablasen y mirasen; y miéntras menos me

miraban, mas crecia en mí el pesar y el deseo. Somos sin duda las mujeres como puentes, que si no estamos cargadas de ojos, se abre é hiende la obra; y antes quebramos por falta de ojos, que por sobra de pasageros, aunque sean muy pesados. Somos las mujeres como mosquitos, que se van con mas deseo al vino mas fuerte, en que mas presto se ahogan. Somos como rabos de pulpo, que quien mas le azota, le come mejor sazonado. Somos como mariposas, que dejando la apacibilidad del sol y de la luna, con toda propiedad morimos por la abrasadora luz de la candela, donde juntamente hallamos el desengaño y el castigo. Muere muy ántes una mujer por un atrevido que ofendió su honor (y aun su gusto) que por un comedido que la guarda el aire (que es un no sé qué, y si sé qué raro). Las mujeres del disgusto hacemos salsa de agraz al gusto : el diablo entienda el guisado. Dijo bien un discreto : El que quisiere que una mujer tope primero con él que con otri, hágase sierpe, que como él parle, aunque la haga mal, saldrá con lo que quisiere : porque las mujeres heredaron de Eva hacer rancho con una sierpe, aunque tengan á su servicio un bello Adan, aun en tiempo de pan de boda. Son como Atarlia, que despreció todos los dioses, y casó con Vulcano, el cual con un rayo habia muerto á su padre y maridos. Y aquesta fué la causa porque los antiguos, para pintar la imprudencia y condicion de la mujer, pintaban una bellísima doncella, pisando un gallardo mancebo, y dando la mano á un horrendo salvaje, que con un ñudoso baston amagaba un golpe á sus hermojos ojos. No sé de adonde nos viene morir por lo peor, si no es que sea la causa la que dió un griego, que como por malo que sea un hombre, siempre hay una mujer mas mala, consiguientemente ningun hombre debe ser despreciado de la mujer : mas cuando eso fuera, ¿qué es la causa que tan mal sabemos tantear méritos, graduar personas, diferenciar calidades? Averígüelo Vargas : ello va en la comadre. Voy á mi cuento. Estudiantes fueron los que intentaron mi deshonor, como viste, y porque pasaban sin hacer caso de mi memoria por ellos, reventaba porque me dijesen algo; y si me lo dijeran, no lo estimara en el baile del rey Perico. Si tengo culpa, aparejen el borrico para cuantas son mujeres, que yo en el mio voy caballera como las otras, y cuento mi cuento.

Los estudiantes pasageros andaban mas cuerdos que yo, que como hostigados no me miraban, aunque yo, como mal escarmentada, los echaba un ojo de á real. En viendo que me veian, bajaban la cabeza, y decian unos á otros : Pasito, olá, amigos, la Mesonera burlona : las cuales palabras en nuestro lenguage castellano era, como si mas claramente dijéramos : Agua va, que pasa la que imprime las burlas con el rebenque. Mas quisiera entónces venir en mi carreta, que á quien me diera un escudo, que para ellos no hubiera otro tal coco; y lo mismo fuera verme los estudiantes en mi carro, que ver los moros al Cid en su Babieca, que fué la emprenta de sus bravezas, segun y como me lo solia contar, ó (por mejor decir) cantar un pastelero mi vecino, el cual cada mañana me hacia desayunar con tres romances del caballo Babieca. Yo no he visto pastelero mas á pie, ni mas á caballo, que aquel : y echábase de ver en los pasteles, que parecian tener la carne del caballo Babieca.

Aunque los estudiantes no se dignaban de vernos, nunca me faltó por el camino conversacion de mujeres y espadachines, porque todo hombre, ó mujer, que no fuese estudiante, me decian una chanzoneta. Yo no la escupia, que las mujeres (si creemos á los maldicientes talmudistas) somos hijas de una flauta y tamboril, y así salimos estrechas de pescuezo y anchas de cuerpo, y hablamos tiple. Si entre chanzonetas y donaires venia de máscara alguna pulla, aunque fuese mayor de marca, la rebatia con la presteza posible, y procuraba hacer el retorno, con el mejor consonante que podia distilar mi alquitara. Esto de repens, es como sale, aunque los buenos dichos de las mujeres (como son todo paja) son los que mas presto salen al pelo del agua. De todas y todos me desquité, solo de un pícaro medio estudiante, medio rufian, no me desquité : y no es mucho que una pelota se me fuese por alto : y acontecióme lo que cantó el poeta que dijo : *Quedóse la respuesta en el tintero, que alguna vez se duerme el buen Homero.* Así que este bribon, inserto en escolar, se llega á mí, y con la mayor socarronería del mundo me miró en redondo con una sorna, que entendí que me habia de meter los ojos en el pulgarejo, ó comerme las tripas con los ojos. Ya que le iba á decir un poco de lo bien hilado, atajóme con quitarme el sombrero, y hacerme una inclinacion capital, y comenzar á alabar mi talle, postura y cuello. Ya ven que una mujer alabada no tiene espada, y si la tiene, no mata. ¿Qué habia yo de decir á un hombre que me estaba loando? ¿Y qué no habia de poder él decirme, usando de tan astuta invencion? Ya se sabe que el cazador de ordinario coge las palomas á su salvo, cuando se estan remirando en el espejo del agua su belleza, y componiendo con el peine del pico sus doradas y plateadas plumas : así no es mucho que me burlase, y me cogiese con tiro de palabras y pullas este cazahampo, estando yo como inocente paloma entretenida, remirándome en el espejo que me hacian sus alabanzas abogadoras de mis primores. Iba el hombre discurriendo en su laudatoria, y vino á alabarme los agnus y piezas que yo llevaba al cuello, y en esto gastó mucho almacen. Preguntóme : Y, señora, ¿qué piezas son esas dos, que lleva asidas al rosario? Respondí : Señor, son agnus Dei. Él dijo entónces : Eso no son ellos, juro á tal. ¿Pues qué son? le repliqué yo. Él entónces comenzó á concertar su capa, y poner el freno á punto de aires bola, para en acabando de decir su dicho, picar : lo cual hecho, me dijo : Hermanita, estos son los sellos de las bulas de coadjutoría, que lleva para el canonicato del señor don Fulano, canónigo de Leon, y señaló pieza no mala. Tan presto como lo dijo, se traspuso de modo, que cuando me quise descargar á uso del duelo picaral, no tuve con quien hablar, sino con su sombra y las pisadas del cuártago : y aun este parece que iba ufano de la pulla que me echó su amo, segun iba coleando. Tal fué su presteza, que de corrida quedé hecha una mona. Nada hubo allí bueno para mí, sino un rosicler que me dicen mis vecinas que me hacia no mala pantorrilla á la cara. Juréselas, y no me las fué á pagar al otro mundo. Acuérdate, y verlohas, que si él me glosó al *agnus* (iba á decir, que yo le glosé el *qui tollis*; pero no quiero, por el respeto de cosas santas, aunque es gracia sin perjuicio).

Confieso que quedé picadilla: mas estos enojillos son agua de fragua y ceniza, que hace cala, para que corte la espada. Este escolar era sobrino de un hermano de un cura rico de aquella tierra, gran fullero. Iba á jugar á Leon, por fama que tenia de que á las fiestas concurria gente del oficio brujular (que estos huélense de cien leguas, como vizmados, y se conocen por brújula, que les sirve de judiciaria en defecto de la cabeza toledana), y quiso su ventura, que en aquel breve rato que me hizo la salutacion, le eché de ver una señal, y aun señales, por donde no le podian desconocer, que estos bellacos son los Caines del mundo, que andan vagamundos, y traen señal, para que todos les conozcan, y nadie les mate: porque quiere Dios que no tengan tan honrados verdugos, como manos de hombres, sino que sus pecados lo sean. Las señales que en el rostro tenia eran dos juanetes, que podian ser hijos del Preste Juan (que yo supongo que los hijos del Preste Juan se llaman Preste Juanetes). Tenia un ojo rezmellado, y el párpado vuelto afuera, que parecia saya de mezcla regazada, con forro de bocací colorado, y el ojo parecia de besugo cocido, y no poco gastado, á puro brujulear.

APROVECHAMIENTO.

Traza del demonio es que las mujeres libres á primera vista encuentren ocasiones con las cuales se conserven, y continúen sus libertades, porque toma él muy á su cargo fomentar la perdicion que una vez persuade.

3. DE LA ENTRADA DE LEON.

Redondillas de pié quebrado.

Tiene Leon una entrada
Tan extendida y tan larga,
Que por desabrida, amarga,
Y por importuna, enfada:
Mas Justina,
Por vencer esta mohina,
Y por dar contento á todos;
Comenzó á decir apodos
De una entrada tan malina
Y tan lodosa.

Yo entré por mi Leon, por la puerta que llaman del Castro, que es una gentil antigualla de guijarro pelado, mal hecha, pero bien alabada, porque los leoneses la han bautizado por una de las cinco maravillas: casi yo tenia creido que era semejante á la Segoviana, que hizo Hércules, ó el diablo por él (segun dicen los niños), ó Trajano el que hizo la de Alcántara, de quien dijo el otro al rey Filipo segundo, que mirase su majestad muy bien el ojo de medio, ó como la que hizo de media legua de largo Hérodes, el que reedificó el templo; pero con licencia de los señores leoneses, mas gesto tiene de caballete de tejado, que de puente pasagera. Dolor de la puente de Villarete, que está junto á mi pueblo, que si no tu-

viera en medio un tirabraguero de madera, á causa de haberse quebrado por la parte mas necesaria y de mas corriente, pudiera hablar donde hubiera puentes, aunque fueran las de Navarra, de quien dice el refran de aquella tierra: *Puentes y fuentes, Camarra y Campanas: Estella la bella, Pamplona la bona: Olite y Tafalla la flor de Navarra, y sobre todo, puentes y aguas.* Junto á esta puente por do entré, está el arrabal de Santa Ana, que, si como iba á ver fiestas, fuera á buscar la muerte civil, yo escogiera el ir por allí á buscarla, como el otro que escogió morir sangrado de los tobillos. Necio, mejor fuera escoger que le lleváran á morir cien mil leguas de su lugar, ó que le dejáran ir á morir á Leon, y entrar por la puente del Castro, y arrabal de Santa Ana, que con este medio tuviera esperanza de que en el ínterin pudiera apelar sesenta veces, y tener despacho. Ya quiso Dios que aporté á la ermita de San Lázaro: quise entrar á hacer oracion, mas ví unos altarcitos, y en ellos unos santitos tan mal ataviados, que me quitaron la devocion, y yo habia menester poco. A la puerta de San Lázaro oí tañer unas tabletas, no de botica, que á serlo fuera mas á cuento para remedio de mi cansancio; mas no se me hizo creible que la ermita de San Lázaro fuese como el templo de la diosa Céres, que tenia siempre á la puerta pan caliente. Tambien se me ofreció si acaso tañian á entredicho ó tinieblas, que par diez, segun yo sabia poco de iglesia, no me acordaba si caia el juéves santo en agosto. Tambien me vino á la imaginacion, si acaso se habian anticipado mis castañetas, y hecho otra llevada, como en la entrada de Arenillas; mas nada de eso era, sino que aquella mujer pedia limosna con aquellas tabletas: y para pedir de léjos, de modo que cuando allí lleguen los caminantes, traigan desatacada la bolsa, y no se detengan en madurar la gana de dar, se hace aquello. Yo (como nueva) le pregunté á la tabletera: Hermana, ¿no fuera mejor pedir con la boca, y no que pareceis que espantais moscas? Dijo: No, señora hermosa, que esto se hace para que puedan pedir todos los pobres que aquí se curan, aunque sean gangosos y mudos. Yo enmudecí tambien, porque me tapó la razon: solo dí un rodeon hácia las compañeras, y les dije: Bueno por vida de Justina, muy probados son los de Leon: á fe mia que deben de ser pedidores de á legua y de ventaja, pues enseñan á pedir á los mudos. Amiguitas, otro ñudo á la bolsa, que piden mucho en Leon. De la diosa Angerona dicen los relatores de la giroblera, que era madre del silencio, y abogada de los mudos, y que tenia siempre puesto el dedo en la boca: pero los muy curiosos añaden una cosa, en que se parecen mucho á esta tabletera de San Lázaro: conviene á saber en que estaba á la puerta de la iglesia, y en la mano derecha un plato ó cepo, en que se echaba la limosna para la diosa Volupia: ya sé que no es solo Leon quien tiene estas Angeronas, que todo el mundo es uno, sino que entónces era tan bozal, que no pensé que habia en todo el mundo mas que un san Lázaro y unas tabletas.

Fuí adelante, y por mis pasos contados me fuí al rollo: ví que en frente de él estaban unas mezquitas pequeñas, ó casas de calabacero, donde estaban asomadas unas mujercitas relamiditas, alegritas, y raiditas, como

pichones en saetera. Parecian cotorreras de á seis en libra, y no lo eran mas que la Mendez: y por vida mia que para ser leoneses tan proveidos, no me pareció que las habian puesto en lugar decente y acomodado: lo uno, porque estando aquellas oficinas junto al rollo, ningun leonés honrado puede decir á su mujer vete al rollo, sin que en estas palabras vaya engerida (como piojo en costura) la licencia para que la tal mujer salga de sus cosillas, y entre en aquellas casillas, ó se ahorque en buen dia claro, porque mujer junto al rollo, y conjurada con tan maldicion, ¿qué otra tela tiene que echar, ni otro oficio que hacer, si no es ahorcarse de una manera ú de otra, habiendo ocasion para todo? y tanto mayor inconveniente es este, cuanto mas usada es esta maldicion en aquella tierra. Bien sé que las leonesas nunca se aprovechan de esta maldita licencia, y maldicion licenciosa: mas si se aprovechan, escusa tienen diciendo: Marido, hice lo que mandastes, como el otro hortelano motilon, á quien su provincial mandó que le trujese una lechuga de la huerta, y por saber dél que era espacioso, le dijo por gracia: Lo que habeis de hacer, es no la traer en todo este año: fué el hortelano por la lechuga, y no tornó desde allí á un año, que vino con su lechuga al provincial, y le dijo: Vea aquí la lechuga, padre; no dirán que no hice lo que me mandó. Quiso el provincial castigarle por fugitivo, mas él se escusaba con decir: Padre, ¿vos no me mandastes que no viniese dentro de un año? Así las de Leon las envian sus maridos al rollo, y van, y se recogen mientras hace calma, ó quiere llover; escusa tienen de un mal recaudo, diciendo: Marido, vengo de donde vos me enviastes.

Otro inconveniente hallo yo en estar aquellas publicanas en aquel puesto, que es muy húmedo y frio, lo cual sobre calido pela á las gentes, y aun á las águilas, y aun hacen muy grande agravio á las bubas que allí nacieren, porque las bubas son nobles, y siempre vienen de caballeros y caballería, y las que de allí nacieren serán bastardas, en fin nacidas de polvo de la tierra, y aun del lodo. Dolor de los que allí traginaren, que meterán carga de la tierra de España, y la sacarán de Francia. Ahora se me ofrece la causa porque los leoneses debieron de poner junto al rollo aquellas casas de placer, sin duda fué por tener en un mismo cartapacio culpa y pena. Decia un papelista de aquí de Salamanca, que como no hay sermonario que no tenga junto con la pascua la cuaresma, tampoco hay placer carnal, que junto á un oy no tenga un ay, y junto á un pequé, un por ello: el ejemplo no es muy á pelo; pero pase si quiera; porque no se quejen los papelistas que no entran en la picarada, y así es bien que los citemos siquiera á una vez de remate. Lo que yo sabré decir es, que como yo era niña, y ví la horca antes del lugar, y junto á la casa de las mujeres maletas, pensé que era tan bravo el Leon, que en saliendo las gentes del lastre de la casa los subian á la cámara de popa del rollo, y que en apeándose de las burras, los subian al caballo de canto, y no de órgano; mas despues perdí el miedo, y ví que no era tan bravo el Leon. Todas estas imaginaciones y buenos conceptos me importaban para entretener el cansancio, con el cual iban batanadas mis asentaderas, lo que era bueno, y aun lo que era malo. Si tuviera un ojo en un dedo

(como pidió el momo), á fé que con él pudiera ver estampada en mis espaldas la verdadera imágen de una albarda; por esta causa si alguna vez salia yo con alguna bachillería, y me preguntaban mis compañeras: Justina, ¿para quien te mete la paja? respondia: Hermanas, la albarda. Tambien estos buenos pensamientos me sirvieron de freno, para refrenar el temor que llevaba, pensando que por la mucha humedad del sitio, cuando llegase á la posada nos habia de haber nacido berros en las uñas á mí, y á la jumentilla.

Ya entré por la puerta que dicen de Santa Ana, y á fé que no faltaron gentes que mirasen la procesion de los que entrábamos, y sobre todo la mesonera burlona hacia raya (que un cansancio aunque embota el gusto, aguza el garabatillo). Hice parage en un meson que está pegante con la misma puerta de Santa Ana: lo primero, porque mi cansancio no me daba mas licencia (que al cansancio los antiguos le pintaron con las piernas trozadas); lo segundo me entré allí, por ver entrar gente de Campos empanada en carretas; lo tercero, por tener cerca un paseo, que llaman el prado de los Judíos, y lo principal, porque ví una fuente apacible allí junto á la puerta del meson, fuente es que corre cuando quiere, y algunas veces se queda á oir vísperas en la iglesia mayor, ó hacer colacion de rábanos en la plaza de San Martin. Dígolo porque con todos estos puestos y manantiales, tiene necesidad de hacer cuenta antes de llegar allí: y aun cuando llega trae necesidad de otra tanta agua con que lavar el barro que ha cogido en estas estaciones. Yo habia oido nombrar la fuente de Jabalina, y viendo que allí iban á beber muchos caballos que habian venido de acarreo para las fiestas, pregunté si era aquella la fuente cabalina: engañóme el nombre. Sucedióme tambien un buen chiste, y fué que me dijo un leonés, viendo que yo miraba á aquellos caballos forasteros: ¿Qué mira, señora hermosa? espántase de que haya en Leon gente de á caballo; á fé, señora, que si hubiera en Leon caballos, que hubiera muchos caballeros. Mira por tu vida que querrias que le respondiese, sino un arre allá; pero díjele, porque me dejase, que segun ví en él, era uno de los que buscaban caballo, y pudiera ser que me cayera acuestas la respuesta, y el arre allá. Dióme gusto que ví bien proveido el meson: y sin duda lo estaba mejor que el mio, digo de alhajas, mas no de astucias, que á las mocitas de municion se les via el juego á legua, parecian todas sus trazas hijas del clérigo, segun se traslucian ellas de intencion bien pecadoras, mas faltábales la sal y el saber, faltábanles el consejo de una buena madre que yo tuve, la cual con media espolada de ojos nos hacia andar á las quince, si no es que la mano de su reloj anduviese de posta, que para este caso no habia regla cierta; si era necesario, con un mismo candil nos hacia alumbrar y deslumbrar. Era ella una Circe, y mi padre otro Estabulario, tal que no les faltaba, sino convertir á los huéspedes en mulas: y sí hicieran, si no temieran que siendo todos mulas, todos comieran la cebada, y ninguno la pagara. Yo no sé como no fundaron una universidad de mesoneros, que otras ha habido de menos consideracion, á lo menos provecho, así que las mocitas de este meson eran en grado superlativo boquirrubias.

¡Cuitaditas! no tenian maestra. ¿Qué habian de hacer? ¿quién tuviera lugar para hacerles buena obra? Lástima les tuve. El otro para llamar siempre á uno, decian, el señor fulano muchas veces come sin plato; yo se lo dije á las bobillas, por ver si habian aportado á la provincia de Pulla, siquiera de barlovento, y me respondieron si el pan, y pensaron que habian hilado beatillas.

Estando, pues, contemplando profundamente la somería de estas parvulitas, y examinando una de ellas, que segun me dió á entender pretendia sacar carta de exámen: y para poder públicamente hacer su labor (digo de mesonera) sin temer malsines, quiso mi buena suerte que acaso y sin pensar supe cómo el fullero del ojo rezmellado, el que me dijo en el camino que los agnus Dei eran bulas de coadjutoria, posaba en aquel meson, lo cual no me dió poco gusto, porque de mas de que yo se las habia jurado, toda mi vida tuve inquina contra escolares como el perro de Alba contra los carpinteros de la Veracruz.

APROVECHAMIENTO.

La persona que una vez pierde el respeto á Dios mira con desprecio las cosas santas y no santas, las honrosas y las que no lo son tanto, y de aquí es que aun de las piedras, calles y edificios y paredes murmura y fisga.

CAPITULO IV.

DEL FULLERO BURLADO.

1. DE LA DEL PENSEQUE.

Seguidilla.

Hácese bobilla la del penseque,
Y no mira á cosa que no penetre.

Ojos que ven no envejecen, si no son los del águila, que cuanto mas pico ven, van mas á villa vieja. Tambien digo que de la regla dicha exceptúo los ojos de mi amigo el ogimel, el sobrino del hermano del cura, el que nos vendió el galgo: el cual con lo continuacion del juego y falta de sueño andaba tan chupado, que pensé que se le habia exprimido el alma por los ojos, de puro brujulear se habia tornado brujo: así porque no envejeciesen mis ojos todos once, miéntras esperaba alguna coyuntura para hacer la burla al del ojo arremangado, quise ver (y no por brújula) todo lo que habia que ver en Leon, que ojos, y de leon aun durmiendo, es bien que esten despiertos, y aunque tuve bien que mirar en algunos buenos picos que acudieron á decir donaires, mas como ojos de águila envejecen viendo pico, no quise que me acaeciese otro tanto, en resolucion quise ver libremente sin costas, sin echar sisa en voluntad

agena, ni pagar alcabala de la propia; y para esto era propio ver de léjos, y guardarme de picos, que ó son picadores, ó picardeadores: yo pensé que habia mucho que ver en las fiestas, mas confieso que no habia, aunque miento, yo me absuelvo que sí habia: y es bien decirlo, porque no nos maten los legoneses, que tienen nombre de azadon, de los que llaman legones, y azadonadas; me harán decir la oracion de los leoneses y de Leon. Lo primero granado y la granada habian desembarcado allí, y habian de representar la comedia de santa Tatais, y santa Egipciaca, y habia de salir la granada con una calavera en la mano, que cuando la ví salir pensé que era vieja, que salia á echar agua bendita á algun cimenterio. Tambien traian el entremes de los sacristanes enharinados, que parecian puramente torrijas enalbardadas, y otros muchos entremeses que comenzaban. Digo que somos las mas desgraciadas del mundo, estas que somos hermosas, como es uso y costumbre con todos los entremeses de maricastaña, miren si habia que ver, así hubiera que beber; pero todo el vino que habia era vino á la malicia; pero dejado esto, creé que no soy tan festiva, que ni iba tan descuidada de mi tiro, que no pregunté, y supe á qué hora vendria puntualmente el fullero al meson, de lo cual hice alforja para su tiempo y coyuntura (que todo está en guardarla, como boca de enfermo). Yo pensé que era verdad lo que maldicientes dicen, que las mujeres tenemos correo ordinario, y posta que marcha del corazon á la lengua, y de la lengua á todo el mundo, mas de veras que yo no despegué mis labios para decir á persona alguna con qué fin inquiria del estudianton, y crean que nos agravian, si piensan que no sabemos ser cerrajeras de bocas las mujeres. Denme que sepa una mujer que le importa para algun gusto ó provecho, que con las de Nicodemus no le abrirán los labios. Pregunto: ¿No era mujer Angerona? Sí, pues ella fué la que á la entrada del templo de la diosa Volupia estaba con el dedo puesto en la boca. ¿Qué era aquello, sino que si la mujer huele que hay entrada para algun gusto ó deleite (significado por la diosa Volupia) es mas cerrada que trozo de nogal rollizo?

É informada, pues, de este punto, con el posible silencio, partí á ver un rato la ciudad, iglesia y fiestas: debí de parecerles melosa á algunos hijos de vecino de Leon, aunque los leoncillos son retozones como cachorros, y aun me dicen que despues de grandes son sugetones; deben de ser leones de la cuarta especie de los que fingió el poeta que se convirtieron en moscas. Algunos de estos moscones se me pegaron, á título de que en un portal mio, que yo tenia en Mansilla bien regado, habian estado de camarada como huevos en cazo de agua; la que yo sudé en ir por la calle de Santa Cruz, plaza y calle Nueva á la iglesia mayor no fué poca, porque el calor era mucho, y el trecho no poco. Yo pensé que aquel pueblo era fresco, como me habian dicho; mas debíase de entender que era fresco porque no es nada salado, ó que lo es cuando no es menester, ó quizá, como los leoneses tenian tan publicadas sus fiestas, debió de venir á verlas el calor de Estremadura. Dijéronme que los temporales de Leon eran muy francos, y pensé que nacian por las calles manzanillas de oro; mas segun ví la franqueza, era que no sabe aca-

bar por poco, porque comienza en fresco y acaba en hielo, y su calor acaba en fuego : pueblo estremado. Llegué á la iglesia mayor, y poco ántes de entrar en ella, encontré con una tropa de mozas de cántaro, que pensé que eran gorriones en sarmentera, segun chillaban; y era, que al pie del patio (que es el paseo de los señores de la iglesia) está la fuente que llaman de Regla : no á lo menos por la que allí les ví tener, sino por la que fuera razon guardar junto á tan sacro lugar, ya que está allí la fuente. Mas estaba tan agena de regla, que yo ví moza que embebida en ver, oir y no callar, con un lacaísimo bellaquísimo se entretuvo cogiendo y vaciando agua en su cántaro de barro mas de media hora. ¡Dolor de su ama, si la estaba esperando con el frio de la calentura, para que le echase ropa de la que le sobraba á ella! Lo que es la moza tardó mucho, yo la perdono, porque me dió á beber por su cántaro un poco de agua, que aunque gruesa y no nada fresca, por donde mojaba pasaba, y aficionéme mas á su cántaro que á otro, por ser el mas enjaguado, ó enaguado, como dicen las ciliantristas.

Comencé á entretenerme en mirar la iglesia; es bien galana, tanto que pensé que era el carro del dia del Corpus, adornado de varios galardetes y banderolas. Noté que estaba notablemente envejecida la portada mas que ninguna otra parte de la iglesia, y pensé que la causa era porque todas las viejas gastan mas de boca que de ninguna otra parte : en especial cuando son afeitadas; pero no es eso, sino que aquella portada está vieja y mohina, y gastada de puro enfadada, de ver entrar allí tantas caperuzas y tan pocos devotos á oir vísperas y oficios tan solemnes. Aunque entré dentro de la iglesia, yo cierto que pensé que aun no habia entrado, sino que todavía me estaba en la plaza, y es, que como la iglesia está vidriada y transparente, piensa un hombre que está fuera, y está dentro como corregüela de gitano. De otras iglesias dicen que parecen una taza de plata; de aquella puédese decir que no solo parece, sino que es una taza de vidrio que se puede beber por ella. Yo no sé para qué fin hicieron tan abrinquinado aquel famoso templo : si no fué porque, como el frio y calor de aquella tierra son traidores, quisieron que no se pudiesen esconder, ni retraer á la iglesia, que la iglesia no vale á traidores, ó quizá el Topo que impedia aquel edificio, cuando se comenzó á hacer en aquel sitio casa real, debió de sacar en condicion que las paredes fuesen de vidrio, y las bóvedas de toba; mal año si les mandáran hacer tejados de vidrio, ¿qué malas pedradas fueran estas? Yo hablo como boba, y á fe de penseque, que pudo ser que como la iglesia es chica, y la gente de aquella tierra mucha, en aquellos tiempos dieron traza que quedase la iglesia de modo que pudiesen oir misa desde la calle. Ya la gente está apocada, y así han cubierto los claros de las vidrieras, y pintado allí unas cosas, aunque se han atajado muchos de los inconvenientes que yo pensé que habia, y no debia de haber ninguno, que de esto de iglesia á mí no se me entiende mas que á puerca de freno.

A lo mejor de mi mirandura entró gran tropa de canónigos, vestidos de blanco, las camisas sobre el sayo, que iban entrando al coro por diferentes puertas : yo (como era la primera vez que ví cosa semejante)

pensé que era la hueste; mas despues, viendo que eran hombres como los otros, les perdí el miedo. Tras esto vinieron unas danzas de mozas, que llamaban las cantaderas: y guiada por este nombre, pensé que habian de cantar en el coro las vísperas con los canónigos, como cuando cantan las sivillas: y como ví pocas sillas, respecto del mucho número de prebendados, que me dicen ser ochenta y cuatro, y que las cantaderas eran mas de cincuenta, pensé que en cada una silla habian de estar cantando un canónigo y una cantadera; mas todo fué pensar en vago, que no iban á cantar, sino á bailar. Por cierto que las pudieran llamar bailaderas y no cantaderas, y ahorrarnos de un penseque, de los muchos que me sobraban: y hay de mas de cuatro que yo no digo. Estas cantaderas eran buenas niñas, pollas de hasta diez y ocho ó veinte años: en fin, de mi edad, que no tuve yo poca gana de entrar en la danza, y engerirme como mujer de Pigargo, que se metió en el sarao de las reinas, y aunque al principio estuve por hacerlo, porque como iban bailando con atambores delante, pensé que iban haciendo gente: y como somos gente, par diez por pocas nos asentáramos en la danza; por esta causa me anduve un rato tras ellas, bailando con los ojos al son: y algunos de los que me veian me preguntaban si era yo cantadera. Yo, aprovechándome del nombre de cantadera, y de la ocasion de fisga, les respondí: No, hermanos, que estoy en muda como colorin: yo no canto ni soy cantadera por todo este mes; y si algo canto, es clueco como gallina, y es cuando pongo, y entónces soy cantadera para lo que les cumpliere. Con esto conjuré algunos nublados: con esto desaparecian como trasgos los mancebos pescudaderos, aunque alguno de ellos hubo que dijo: A lo menos, si vos no sois cantadera, teneis gesto de encantadera. No se fué riendo, que yo le dije á el: Si yo soy encantadera, tápate con la cola, pues te sobra, asnazo. Ya me dicen que no son las cantaderas de diez y ocho años, como solian, porque diz que han de ser doncellas, en memoria de las que lo eran en tiempo del rey Almanzor, que es una historia brava. Yo no la sé, mas bien pienso, que si aquello durara, y Santiago no lo remediára, llevaba camino el Almanzor de barrer cuanta virginidad habia en España. Parecia aquello á lo de la fábula del lobo, que pidió en parias las ovejitas mas bobas: y el bobo Almanzor de cada parroquia diez ó doce cantaderas, y diz que todas vírgenes: y en mi ánima, que si fuera este tiempo, lo tuviera por medio milagro, y aun en aquel no era poco. Ellas decian que lo eran, que este es un pleito que nunca tiene mas de un testigo.

El modo de matricular estas danzantas me cuadró mucho, cuando me lo dijeron, que diz que los curas tres meses ántes de Nuestra Señora de Agosto tienen cuenta con las casadas que mejor les parecen, de quien saben que son diligentes, y les encargan que les vistan y lleven una de aquellas bien impuesta, corriente y moliente, para bailar á son, con un salterio que les van tañendo. Tambien les van tañendo delante á las cantaderas unos atambores: yo pensé que las llevaban á la guerra, porque pensé que fuera imposible consentir, que un dia como aquel, en que procuran los cantores desgañir los chorros á puro ser cantaderos de los

forasteros, se habia de permitir henchir la iglesia de ruido de atambores, que totalmente impide el poder oir la misa, y parecen todos caldereros : ello causa debe de haber; mas si yo la entiendo, me quemen. Habíanme dicho que en las fiestas de Leon salen unos que llaman apóstoles, y pensé que tambien habian de ser cantaderos y bailar : mas despues me dijeron que no se usaba salir sino el dia del Corpus, cuando sale la gomia y el gigante Golías, y que no bailan los apóstoles, por cuanto no hay allí el indulto que hay en Plasencia, para salir los apóstoles con cascabeles y danzas, y llevar en la procesion borrico y borrica; pero ya que no danzan en Leon, no les faltan danzantes baratos, que de casa del dianche sacan á danzar unos zancarrones, que es danza de mucho ruido y poca costa, que así lo requiere la tierra. Una cosa ví que se consoló mucho esta alma pecadora. En la iglesia de Leon hay una claustra ó calostra (no sé como se llama); sé que en ella hay un patio, que gastaron muchos ducados en medio en loarle, y lo dejaron á la mitad, como al labrador de Zahinos, que le hicieron la media barba á navaja y la otra le dejaron, á causa de que pidió plazos para la paga y el maestro para la hecha. Dicen que se dejó así medio enlosado, porque aquella piedra la desmoronaba el agua, y á pocos años se volviera de piedra en arena. ¡Ay Dios! ¿y el maestro no pudiera primero mirar los materiales que tenia? Así que en el claustro donde está este medio enlosado, ó este remiendo entero, me enteraron que ofrecen las cantaderas de la parroquia de Señor Marciel, que es una iglesia que ha años que está comenzada á hacer de por amor de Dios, y porque no se acabe tan buen amor, no se acaba la obra : y aun me dicen, que no solo ofrecen esto en aquella iglesia, pero que pocos dias despues las mismas cantaderas llevan en un carro de bueyes un cuarto de toro, y le ofrecen á nuestra Señora : ¡ay Dios, que llaneza! Yo de estas cosas de iglesia siempre pensé que era caso de inquisicion el murmurar, porque sino, de esta ofrenda y del tributo de las pescadas, ajos y puerros, á fé que les habia de dar una matraca, que les enviara á Egipto á los leoneses : no para hacer agravio á nadie (que bien sé que todo es santidad, y nació de la antigua devocion pura y llana) sino para entretenerles y galopearles el gusto : mas como temo no quiera algun bachiller ir á mi costa á besar las manos á los señores inquisidores, no quiero meterme en agudezas, sino creer firmemente que las cantaderas de Señor Marciel llevaban por guia delante de sí una que llamaban la Sotadera, la cosa mas vieja y mala que ví en toda mi vida, que me parece que para purgar una persona y digerir hígado y livianos, y todos los entresijos, bastaba enjaguar dos veces los ojos con la cara de aquella maldita vieja cada mañana, que yo fio hiciera esto mas efecto que tres onzas de ruibarbo preparado. La cara pensé visiblemente que era hecha de pellejo de pandero ahumado : la faccion del rostro puramente como cara pintada en pico de jarro, en pescuezo de tarasca, mas negro que tasajo de macho : unas manos embezadas, que parecian haberlas tenido en cecina tres meses; solo en una cosa ví que andaban bien los curas, que la mandaban á la Sotadora cubrir el rostro con una manera de zaranda, forrada en no sé qué argamandeles, y con esto no la ven : con todo eso,

algunas veces que soliviaba la zaranda, pensé que aquel maldito basilisco me queria encarar por mi gran culpa, y daba el tranco que me ponia en Baeza.

APROVECHAMIENTO.

Personas mal intencionadas son como arañas que de la flor sacan veneno: y así Justina de las fiestas santas no se aprovecha, sino para decir malicias impertinentes.

2. DE LA VERGONZOSA ENGAÑADORA.

Una octava con hijuela que glosan el pié siguiente.

Hurté á un ladron, gané ciento de perdon.

A un jugador famoso gran fullero,
Justina jugadera mas fullera,
Con ser estítico y maduro que un madero,
Le hizo derretir cual blanda cera.
Trocóle el oro aparente en verdadero,
Purgóle la indigesta faltriquera,
Y á sus oidos canta esta cancion:
Hurté al ladron, gané ciento de perdon.

Madre la mi madre,
Remediadme vos,
Que me miran ojos
Con amor traidor.
Prestadme unos ojos
Contra el mal miron,
Porque me desquite,
Y le cante yo:
Hurté al ladron, gané ciento de perdon.

Ya que me ví libre de esta medio Celestina, y eché de ver que no habia mas olas de forasteros ni forasteras, comíame los piés por irme á casa á la hora de las cinco, ó poco mas, porque sabia yo que puntualmente aquella hora era en la que el fullero habia de acudir al meson, y aun él me lo habia enviado á decir, y que le viese á la hora de las cinco, ó poco mas. Ya eran cerca de ellas. Dábame pena, que no sabia las calles: pero siendo fuerza el haber de ir á las cinco á la posada, quise mas dar cinco de calle que cinco de corto. Dios sabe la intencion con que él me envió á llamar, y aun yo la sé; la mia era muy diferente, yo la diré: él me echó la pulla, aprovechándose de los agnus que yo traia al cuello. Yo determiné hacerle con ellos mismos una que se le acordase: pues para que comiencen á verme el juego, supongan que me habian dicho que traia al cuello un muy hermoso Cristo de oro esmaltado, que de solo oro pesaba doscientos reales, á demas de unos pendientes de perlas graciosas y costosas, que de solo oirlo me ginglaba el corazon, que el oro tien

este efecto en las mujeres, que á las quietas las hace corredoras, por cuanto el oro se labró con azogue vivo; y á las corredoras las pára y detiene, como se vió en la doncella corredora, á la cual ganó y aventajó el mancebo que, yendo corriendo, derramaba manzanas de oro, y por cogerlas la doncella corredora, se paró y perdió la apuesta: así que sola la memoria de esta pieza de oro me hacia traer el corazon á la gineta. Esta era la pieza que él hacia asomadiza á las pollas, que es treta de motolitos y feos mostrar el vellocino de oro para que les tengan amor, y vayan doradas las píldoras de sus faltas: y no dudo sino que es eficaz, que yo me acuerdo cuando para significar esto cantaba: *Tarraga, por aquí van á Málaga*, etc. Y decia la copla: *Tarraga, ¿por qué camino rendiré de amor el pecho?* Y respondia Tarraga: *Parraga, si fueres hecho cual Júpiter de oro fino, Tarraga, no que el amor tiene alas y volará*. Perro Parraga se estaba en sus trece, y decia: *Tarraga, por aquí van á Málaga: Tarraga, por aquí van á allá*. Así que yo no dudo sino que este medio fuera eficaz, si lo que ofrecen á los ojos estos de tú si la viste, dieran con ello en las manos. Amor al Cristo sí que le tenia yo; mas el que á él le tenia era tan poco, que con dos de girapliega le barriera de las faldas del corazon. Vaya de traza, y no me maten, que esto de contar cuentos ha de ser despacio, como el beber. Yo llevaba dos agnus Dei medianos á los dos lados de mi rosario de coral, uno de plata sobredorado, y otro de oro, notablemente parecidos. Por estos me habia dicho el bellacon que eran las bulas de coadjutoria del canonicato. Eran (como digo) los agnus tan parecidos en la labor y aparencia, que á cualquiera que no fuera muy cursado artífice, le engañara la indiferencia y rara semejanza que tenian las dos piezas entre sí. ¿Qué hago? desato de mi rosario el agnus Dei de plata sobredorado, el cual guardé en la manga de mis cuerpos, que para secretaría era tan buena como una de un fraile francisco, de las que llamamos las damas arcas de Noé. El otro (para que mas campease) le puse con un rosario de azabache, que entónces era muy estimado; con todo eso costaba menos que ahora, que es el cosi cosi de Fromista, que el pato que valia menos, vendian por mas. Esto de los agnus á su tiempo verán de lo que sirvió.

Entré en el meson, y como supe donde estaba, entré como que no sabia de él, pero tan compuesta y enfrenada como una mula de rua. No me hubo visto bien el fullero, cuando comenzó á meter fagina y gastar boliña, y decir fanfarias y muchos donaires, y algunos picantes, que estos necios son como lobitos, que no saben jugar sino á mordicadas: mas yo dejéle gastar el pimentero, é hiceme cuenta que pues no habia respondido á la echadiza del camino, mejor era llevarlo por la via de colotorto, tan encargada de las damas del tiempo de Macastrada. Entré baja, encobadera, maganta y devotica, que parecia abejita de Dios. Entónces eché de ver lo que sabemos disimular las mujeres, y con cuanta razon pintaron á la disimulacion como doncella modesta, la cual debajo del vestido tenia un dragon que asomaba por la faltriquera de su saya. Por cierto, tan en mi mano estuvo disimularme y mostrarme temerosa, que con no tener mas vergüenza del hombre, que si me la hubieran tundido,

hacia de la vergonzosa con tanta facilidad, como si mi voluntad, y mis carrillos estuvieran hechos del ojo. Esto del disimular (segun yo oí á un predicador) aunque seamos santas, lo hacemos : y trajo á propósito que Ester fingió delante del rey Asuero estar tan flaca, que no podia tenerse en pié sin el arrimo de una dama de palacio : y trajo de Judit, que fingió no ser viuda, y otras cosas, y la mujer de Abrahan fingió que era su hermana. Paréceme que dijo que habian fingido sin mentir. Yo no dijera así, sino que habian hecho aparencia de ficcion. ¿Mas qué boba? ¿Ahora me subo yo á quebrar púlpitos? Bájome con decir que no se espante, que las pecadoras sepamos fingir y disimular. Como el estudiante me vió tan humilde y vergonzosa, y que de solo alabarme de hermosa me ponia colorada, iba quebrantando olas, y haciendo sincopas : en fin, poco á poco se iba enfrenando, y hablaba con menos orgullo, ca siempre fué verdadero aquel dicho del maestro : ***La vergüenza en la doncella enfrena el fuego y apaga su centella.*** En fin, ya vino á desfalcar y hablar con menos hipo : íbamos á menos, y calló. Ves aquí ya tenia Justina la perdiz parada : ¿ mira tú si soy buena para perdiguero? Ayudóme mucho á hacer mi tiro, que este barrabasino no sabia que yo era la que llamaban la Mesonera burlona; ó si lo sabia cególe el diablo, que no se le acordó : y no me espanto, porque como esos fulleros lo viven todo de noche, como predicadores de setas falsas, y como nunca salen de la imprenta de Pierre Papin, no llegan á su noticia estas burlas largas y discretas, mas que si fueran misas de pontifical, que para ellos es pueblos en Francia, pues hay hombre de ellos que el dia de Pascua oye misa para todo el año. Así que no me conoció, respondíle con gran mesura : Yo beso las manos de usted, que seria bueno que me dijese ¿qué te contaré? Cuadróle tanto mi virginal vergüenza y cortedad de palabras, que comenzó á decir : ¿Qué mujer esta? ¿qué vergüenza? ¿qué agrado? Mal haya yo si no diera por una mujer como esta cuanto tengo. Así han de buscar los hombres las mujeres, para casarse con estas vergonzosas, encogidas, temerosas, compuestas, que todo es esmalte sobre el oro de la hermosura (harto fué oyendo oro no saltar como la gata de Venus : mas como era el punto aquel de cazar, ó espantar la caza, mandé al corazon que se metiese adentro, y á los párpados que echasen la tapa á los ojos de ello). Estas quieren de veras : estas son fieles : estas obedecen : estas regalan : estas entretienen : esta es la hermosura que se ha de preciar : esta es la hermosura que se ha de amar : este es el dote que han de buscar los hombres : esta es la dicha y suma felicidad. Aquí detuvo el portante, porque topó en la piedra del rubí de mi vergüenza, lo cual me cubrió de una hermosa purpura, sembrada de escarlates, cuando me alababa. Llanamente él me compuso una letanía de epítetos y gracias mias, que á ser yo tan blasfema como el pícaro del auto de Llerena, fuérale respondiendo *ora pro nobis* : lo que mas sacaba á luz los granos de mi granada, era ver que como el hombre me habia perdido el miedo, por tenerme en posesion de parvulita é inocente, cuando me dijo aquella arenga, daba de mano y traia la punta en par de *os olhos*, como quien prueba vista de burra que anda en venta. Tras toda esta laudatoria arrojó un celemin de

ofertas cordiales. Mándeme, señora, que mal haya yo si no la sirva de ojos, que aunque me vé apicarado, y sin temor de Dios y de las gentes (de que me arrepiento), vive Dios, que me muero por doncellas virtuosas y de vergüenza. Juraré yo que está usted criada á pechos de buena madre, que en el blanco de los ojos se lo echara de ver un niño. En diciendo esto trocó la lengua en ojos, digo, que una modestia (aunque sea fingida) de una mujer pondrá puertas al mar, y quemará un rio con toda su corriente. Véanlo por mi hombre, á quien mi vergüenza tenia en tal disposicion, que en el calor de su pecho pudieran cocer mas masa que en un horno de concejo, y en las llamaradas de sus ojos se pudiera quemar Dardin Dardeña, y le debia de dar su corazon y el dios machorro mas recios golpazos que mazo de batan, ó que cordoncito de santera.

Como yo ví buena coyuntura, y tal, que pesara él cada onza de mis palabras á otro tanto de topacion, entré con mis once de oveja, y fingiendo que de pura vergüenza tenia caidas las golillas, y que tragaba saliva á duras penas, y tantas, que á garabatadas de ruegos era necesario patearme las palabras, le dije : Por cierto, señor licenciado, que no está usted engañado en ofrecerme toda esa merced, que es cierto verdad que anoche aquí en la posada me dijeron que usted pretendia empeñar una pieza de oro por no sé qué dinero prestado, y dije que me le llamasen á usted, que yo queria, sin otra prenda mas que su palabra, prestarle todo el dinero que traigo, que son cincuenta y cinco reales y dos cuartos, porque yo sé que el señor su tio de usted es muy abonado y rico y usted puede pagar mas que eso, que ha dias que una malograda hermana que tengo, á quien no me parezco en la condicion, ántes por huir sus libertades vengo á buscar mi remedio, y encomendarme á nuestra Señora del Camino, esta me dijo quien era su tio de usted. A esta razon (como fundada en falsa presuncion) él se hizo de nuevas, y dijo : Por cierto, señora, en lo que toca al ofrecerme el empréstito, usted me ha echado una ese y un clavo, y una argolla y un birote, y una cadena y unos grillos, y una amarra (mejor dijera) y una albarda para todos los dias que yo viviere; mas eso de empeñar mi pieza no me ha pasado por el pensamiento, porque á mí me sobran quinientos reales á su servicio de usted, y harto mal me habian de andar las manos si á costa de bobos no hubiese yo de sacar de Leon horros unos ochocientos, y el papo, fuera que el trato que yo tengo es mas seguro que en cueros de Indias. Tener un Cristo de oro, sí que le tengo, y le mostré á Julianica, la moza de casa : mas ella podrá decir si yo he tratado de tal empeño; solo le dije por via de chacara : ¿ Cuanto me darás, Juliana, por esta pieza? Así lo creo yo (dije) que esa pieza no la habia usted vendido, ni empeñado, sino que la debe de traer consigo. Así es (dijo el hombre) y véala usted, y comenzó á desabotonar el sayo. Yo, como ví á hombre quitar botones de sayo, atemoricéme y apartéme un poco; mas él se me llegó un mucho, y me hizo miralle por fuerza, diciendo : Mírele, señora, que quizá no habrá visto otra tal pieza. Yo (no con pocos ademanes de vergüenza, soltándole y tornándole á tomar) le miré y remiré á mi sabor, por señas que creo que se me salió el alma á los ojos, y tras ella las tres potencias á mirar la

pieza. Alabésela parte por parte, y púsele en las nubes, por ver si me le daba: ¿mas quién le habia de alcanzar, habiéndole puesto en las nubes? Repetíle mil veces: Usted le goce con quien mas bien quiere, pensando que quizá me respondiera, pues usted la goce, porque usted es á quien yo mas quiero, ó si quizá me preguntase si me queria servir de él; mas paréceme que por entónces no quiso. Es muy ordinaria treta de mujeres alabar una cosa para que nos la den, ó por ganar nuestra boca, ó por temer no reventemos de antojadas. Está tan en uso esto, que ya se tiene por vil quien no se deja caer en este lazo; mas yo conocí un bellaco, que con gran sutileza se salia de él. Si le alababan mucho alguna buena pieza, oíalo: y ya que se habian cansado de alabarla, ó por mejor decir, de pedírsela, preguntaba muy de reposo: ¿De veras, señoras, que á vuesas mercedes les parece bien? Decian: Sí, y resí mil veces, por entender que á cabe de paleta estaba el decir: pues sírvase usted de la pieza. Mas él entónces con mucha pausa decia: Huélgome que esta pieza esté calificada con tan buenos votos, por estimarla mas de aquí adelante: yo, por ser tal la aprobacion, la terné por pieza avinculada. A gente mas moderna solia decir, cuando le loaban sus cosas: No me espanto que á usted le parezca bien, que por buena me costó. A mí este mi hombre no sabia tanto de respuestas, como de echar cerraderos, y hízose gorra, aunque pienso que lo debió de hacer, por pensar que de vergüenza no la recibiera yo á título de dada.

Ya que ví que este tiro habia salido incierto, eché el resto de mis estratagemas, y comencé á fingir con ademanes y tragantones de saliva, encorbadas de rostro y cuello, que no me atrevia (aunque queria) decirle una cosa: mas él (que de mis palabras razonaba mas que rocin de yerba nueva) no via bien asomada á mi boca una palabra, cuando me la procuraba sacar con raiz y todo: y de esta suerte, y con protesta de que cuanto le pidiese me daria (aunque fuese la mitad de su reino), me sacó la razon siguiente: Señor, yo quisiera (no sé si lo diga), yo quisiera trocar este agnus Dei de oro, y así, si usted, en algun tiempo ha de trocar esa pieza de oro, yo trocaré con usted, y lo que pesare mas yo lo pagaré á usted, que ya yo he dicho á usted que traigo dinero, y si no alcanzare, aquí traigo un manto de soplillo y estos corales para paga ó empeño; cuanto y mas que bien sabe usted y bien saben los de la posada que yo queria fiar de usted, y así mismo creo me fiara, pues soy abonada. ¿Qué razones estas para no le enternecer? ¿qué cabe para no le tirar? ¿qué lazo para no caer? No hube bien dicho esto, cuanto descuelga la pieza de oro del cuello, y me la pone en las manos. ¡Miren qué duro trance para una doncella vergonzosa como yo! Yo cuitándome toda, sonrojada é inquieta, andando el medio caracol, y orejeando con las dos manos, le dije: ¡Ay, señor, que no quiero! Tómelo allá! desdichada de mí! no quiero yo nada dado; lo que quiero es que lo tase un platero, y lo que fuere de mas á mas, de su Cristo á mi agnus de oro, yo lo pagaré á dinero. ¿Qué dirán de mí los primos y primas que vienen conmigo, sino que soy alguna mala mujer? Vaya conmigo el piadoso lector, y no me tenga por boba, que yo me entendia. ¿Quieres saber porque lo dije esto del platero? Hícelo

y díjelo, porque pudiese yo decir que el trueco, ó por mejor decir, que el engaño habia sido á vista de oficiales, sin poderse llamar jamas á engaño, ni ponerme ante justicia, y para otras cosas que luego verás. Tanto le porfié, que por mi ruego trajo un platero amigo, á quien dijo: Señor, á esto os llevo, encárgoos que en todo seais contra mí, y en nada contra la dama con quien trueco; que vive Dios, que mi gusto era que ella se sirviera de la pieza de bueno á bueno. De las fanfarrias que él dijo al platero sobre la paga que él esperaba de su alejandria, no me haga Dios testigo, ni de otras tales, mas vaya que ya se sabe que los hombres las mas veces se alaban, no de lo que es ó fué, sino de lo que les estaba bien que hubiera sido. Vino mi platero con su peso, y todo recado: y por pocas no me hallara, que me escondí de vergüenza. Verdad es que á la ventana aguardé, como Hero á Leandro, á lo menos como á Alejandro, y despues que ví que estaban en casa, me metí detras de una cortina. Todo lo llevaba la jacarandina.

Sacaron á la infanta detras de la manta. Mirélos; desenvainó su peso el platero, que no fué estocada, y las pesas, que no fueron pedradas; pesó la pieza y dijo: Pesa doscientos reales; hícele un gesto de probar vinagre, el fullero hízole del ojo al platero para que no anduviese tan en fiel. Añadió el platero de hechura, perlas y esmaltes, tres ducados (no medre yo si no valian otros doscientos reales) y así enmendé el rostro, y púsele de perlas. Llegó á pesar mi agnus, no tan en fiel del peso cuanto en el de los ojos del fullero, y como eran algo desconcertadillos, no tomó bien el tino, y dijo: Pesa el agnus solos diez ducados. El fullero que no perdia compas alguno de mi rostro, como me le vió avinagrado, en segunda instancia dió un golpe al platero: y de conchabanza mientras yo luchaba con la vergüenza que tanto me azotaba, tasaron que yo pagase solos diez y seis reales, diciendo que bien mirado todo, no iba de mas á mas del Cristo al agnus, sino solos diez y seis reales: pagó el fullero al platero su trabajo, que fué como quien paga al verdugo. Despidióse el platero; mas yo, para entablar otro segundo y mayor engaño (que te dará gusto el oirle), le dije al platero: ¿Qué le parece, señor maeso? ¿no le parece que es buen oro y muy fino el de mi agnus Dei, que doy en trueco al señor licenciado? Él dijo: Muy bueno, señora, de Portugal. Y aun el platero pienso yo que era algo de allá, que sus fumeciños daba de muito galante, que á no venir de tasa él saliera de ella. Mas como temió al fullero, tornóse con su peso y pesas como se vino. Dicho esto, eché mano á un bolso que traia, y temblando de vergüenza de dar y tomar con hombres, le dí al escolar en sus manos los diez y seis reales, en que fuí condenada, y al dárselos me animé á reir un poco, mostrándome contenta, agradecida y halagüeña mas que perrilla de falda, que siempre acompaña la alegría, con temor de que le destierren de las faldas á título de cipe zucio, díjele: Tome usted los diez y seis reales, con lo mio me haga Dios bien (entablando para que no pidiese paga en otra moneda). Él entónces me volvió los diez y seis reales, y aun me los metió por fuerza en la manga. Ya te he referido que en esta manga tenia yo emboscado el bolsillo con el agnus de plata parecido al de oro, y así porque no

encontrase con este bolsito, en quien yo tenia envuelta mi segunda treta, acudí á la manga, y metí mano á las vueltas de la saya. Él lo tomó por favor. Verdad es que la sacó presto, porque se compadeció de ver que yo de pura vergüenza estaba por cortarme la mano, ó por raer el cuero, donde las suyas me habian dado un cabe. Y sobre todo, por verme que decia yo entre dientes : Nunca mas. Nunca otra en mi vida tal me acaeció con hombre. En esta coyuntura entró la segunda burla.

Yo, para darle á entender que me daba pena el verme tan obligada, le dije : Muéstreme vuestra merced, muéstreme vuestra merced ese mi agnus de oro, que no me ha de llevar por ahí, que yo quiero no quedar á deber mas que buena voluntad; él se hizo de pencas, por pensar que yo queria deshacer el trueco; pero como le importuné, me le dió al cabo, diciendo : Tome, señora Justina, veamos lo que manda. Suyo es, haga de él guerra y paz. Tomé el agnus de oro, y dije : Si no fuera grosería, yo deshiciera el concierto; pero ya que usted quiere hacerme tanta merced, yo le quiero dar de mi mano cierta cosa con que se desquiten los diez y seis reales. Entónces como de vergüenza niñera le volví las espaldas, porque no viese lo que queria yo hacer. Él estuvo quedo como un cepo, mirándome solo por detras, como si yo tuviera vidrieras en el espinazo, sin intentar ver mis manos, ni lo que hacian. Bien dicen que el amor es ciego, no solo porque ama feo, sino porque aquello en quien él pone su blanco, le ciega para que piense que el engaño es gozo, la traicion servicio, el daño obligacion, y el mal bien. Verdad es que cuando este amante tuviera ojos de lince, estaba la burla tan bien tramada, que no la alcanzara, porque toda pasaba de mi manga adentro, que para él fué manga de arcabuceros contra su bolsa, mas que manga de sayuelo. En esta manga metí el agnus de oro que le tomé, y saqué el bolso de tela con el agnus de plata, el cual yo había guardado para esta sazon y coyuntura. Alargué la mano, hícele una solemne reverencia, y díle el bolso, saco el agnus de plata sueltos los cerraderos, para que le viese, y no pensase que era engaño. Mas no dudo, sino que aunque le diera un pardal pinado del bolso, pensara que era agnus Dei, y pensara que en mi poder le había cubierto pelo. Valia el bolso y agnus de plata todos gordos, cuatro ducados; al darle dije : Tome vuestra merced, que en verdad este bolso me lo dió por vistas uno que habia de ser mi esposo, y le costó cuatro ducados, y por seis no estuviera en mi poder. Bien empleado va, dóisele á usted por dos cosas. Lo uno, porque no es cosa lícita que las doncellas se carguen de obligaciones que no pueden desquitar, lo otro, porque ya que lleva mi agnus de oro, tenga en que le guardar, porque es de oro de Portugal : el cual de puro fino se toma de cualquier cosa, si no anda muy guardado. No hube bien dicho del coste de los cuatro ducados, cuando el dómine licenciado escupió otros tantos de su indigesta faltriquera, y me los dió; yo por no ser porfiada toméles con los deditos. Entré en el número de damas, cuyo nombre quiere decir *da mas*, y él en el del buen ladron, que es *di mas*; y es claro que las mujeres, pues fuimos hechas de una costilla de hueso de hombre, tenemos privilegio para recebir y pedir hasta dejar al hombre en los huesos, y

aun despues de todo pedir los huesos por justicia. En resolucion, haciendo avanzo de la burla, yo saqué horro el Cristo de oro enteramente, pues me quedé con el agnus de oro, y los diez y seis reales que habia dádole en trueco. Item, vendí mis agnus de plata y mi bolsillo muy honradamente, sin miedo de que mi burla sea conocida ni descubierta, ni probada, hasta que nos veamos el fullero y yo de patas en el valle de Josafat; y aun para doblar la burla, de ahí á un hora estando él jugando, me puse á cantar una cancion que entónces andaba muy valida; pero tan á propósito que no pudo ser mas. Al principio del número la puse. Él se puso á escucharme con harto gusto, y decia : En todo tiene gracia esta doncella. Mejor dijera : en todo tiene agraz esta matrera.

APROVECHAMIENTO.

La modestia y vergüenza, aunque sea fingida, es agradable y muy decente á las doncellas, y gran pecado el aprovecharse mal de una cosa de suyo tan buena, loable, para fines malos.

3. DE LA BURLA DEL ERMITAÑO.

Fué un ermitaño ladron,
Llamado Martin Pavon,
A dar una pavonada
En la ciudad de Leon :
Y posó en el meson
En que estaba aposentada
Justina,
Gran zahorí, y adivina
De gente de esta bolina.
Él era muy redomado,
Mas ella fué tan ladina,
Que á puro meter fagina
Le cogió como á cuitado
Sus dineros.

Todos los dias de mi vida quise mal á bellacos hipocritones, y no me falta razon. Los malos justamente son aborrecidos, por las virtudes en que faltan como flacos; pero los hipócritas solo por lo que tienen, y por lo que mienten. ¡Caso bravo que quieran estos que respetemos las virtudes que no tienen, que llamemos al mono hombre, al lodo oro, al oropel perlas, y á sus marañas y latrocinios tesoro de bienes! Dios me deje avenir con un bellaco de pan por pan, y no con estos sirenos enmascarados. En mi pueblo hubo uno de estos, tan gran ladron como hipócrita, que en hábito de ermitaño era gran garduño, por tal le prendió el corregidor. Escapóse dos dias antes de Nuestra Señora de agosto, y fué á posar en el mismo meson del fullero, con quien tenia especial conocencia, porque se llamaban Pavones (la bellaca que fuera la pava). No osaba salir de dia, porque no cayesen, ó porque no recayesen en él, y fuése por la recaida. Al justo le venia llamarse Pavon : propio de bellaco famo-

sos, segun he oido decir á uno que llamaban pico de perlas, es traer puestos en el nombre el marbete de su marca; como Lutero y Manes, autor el uno de los luteranos, y el otro de los maniqueos, que el nombre quiere decir una cosa sucia en su lengua; y el otro luterano en la nuestra, significa una cosa de burla y mofa. Pavon se llamaba, y es propio este nombre para que por él y por las calidades de esta ave me vaya yo acordando de las malas y perversas de este bellacon.

El pavon es propia figura de un hipócrita, porque tienen propiedades tales los pavones, que unas desmienten á otras, y en hecho de verdad, parece uno y es otro. Tiene el pavon en la cabeza crestas, en las cuales denota lozanía, como la del gallo, y poder, como de serpiente; pero el macho es muy flaco y de pocas fuerzas, y la hembra de tan poco calor, que los mas huevos que pone los aguera. Tal era mi Martin Pavon. Quien le oyera decir, como antes que se recogiese habia servido al rey en Oran, en Malta, y otras fronteras, pensara que era gallo de cien crestas, que es tan lozano que vence al leon, y poderosa serpiente, temida de todo hombre. No hay cuchillo que así cante su nombre como él cantaba y cantaba sus hazañas; pero venido al fallo, era tan grande lebron, que si no es en la batalla de corta bolsas, y en la guerra de gallinas, nunca otro acometimiento hizo, ni otra cabeza cortó. El pavon todo está lleno de ojos, y ve tan poco, que si la pava se esconde, jamas la puede descubrir, hasta que ella quiere. Este bellacon tenia tantos ojos para censurar vidas ajenas, que nunca hacia sino dar memoriales, y en ellos noticia de los amancebados y amancebadas de Mansilla. Teníanos enfadadas á las pobres mozas de meson, y él tenia tres por falta de una, todas hormas de su zapato. Quien viere una ave tan linda como un pavon, pensará que tiene la carne mas blanda que el pavo de Indias; mas en hecho de verdad, no la hay mas mala, mas negra, ni mas dura. Así quien viera á este hipocriton tan cargado de los ojos de todos, como de trapos, descalzo, maganto, ahumado, macilento, pensara que sus propias miserias le pusieran ojos, y compasion de las ajenas; pero era un Neron, y donde él hurtaba con mejor denuedo, era en los hospitales; ¿qué ánima esta? ¿Quién fuera á él en confianza que habia de partir con ella la capa, como san Martin? Yo sé que se le averiguó, que de un manto que le dieron á guardar partió la mitad; pero no para dar, sino para tomar, y llamábase Martin. El pavon tiene un pecho dorado, de color de finísimo záfiro, pero los pies son feos y abominables; así, quien viera la modestia de este, pensara que era oro todo lo que en él relucia. Hacia que rezaba, y daba el silbo como cañuto de llave, suspiraba, hacia ruido, como que se azotaba, y hacia mil embelecos, con que parecia un záfiro de santidad en la tierra; mas sus pasos eran negros y feos, que ni habia bolsa que no conquistase, ni mujer que no solicitase, y en saliendo el tiro en vano, echábalo por lo de Pavia, y tornábase á azotar á santo. El pavon es de terrible y espantosa voz; mas los pasos tan sin sentir, como si pisara en felpa. Así este daba gritos que fuésemos buenos; y metia mas herrería que un Ferrer; mas de noche sin sentir descorchaba cepos, y ganzuaba escritorios, con el silencio que si fuera llover sobre paja. En suma el

pavon tiene figura de ángel, voz de diablo, y pasos de ladron puro, y parado Martin Pavon.

En fin (como no hay cosa encubierta, si no es los ojos del topo) vínose á saber su vida y milagros; prendiéronle, soltóse. Llevaba muchos reales, fuése á Leon á dar una pavonada en las fiestas de agosto. Estaba en el meson en hábito de ermitaño; víle á las dos de la tarde, otro dia despues del tiro del rezmellado; conocíle, y no me conoció; y en viéndome tomó un libro en la mano, que decia llamarse *Guia de pecadores*, y yo como pecadora descarriada, lleguéme á él para que me guiase; él bien vió que la moza que entraba no hedia; mas no me quiso mirar en tretas, dando á entender que lo hacia por no caer en la tentacion; yo me llegué tan cerca de él con el cuerpo, como él lo estaba con la voluntad; saludóme humildemente, diciéndome: Dios sea en su alma, hermana. Yo confieso que como no estaba ejercitada en estas salutaciones á lo divino, no se me ofreció que decir, *et cum spiritu tuo*, ó *Deo gratias*, ó *sursum corda*, mas á Dios, y á ventura díjele: *Amen.* Ya que me tuvo parada, y tal que á su parecer no era censo de alquitar, me dijo: Hija, razon será que se acabe de leer este capítulo que tengo comenzado, porque como son cosas de Dios, no es razon que las dejemos por las terrenas, vanas, caducas, y transitorias de las tejas abajo. Yo cuando oí aquello de las tejas abajo, sospiré un sospirazo, que por pocas hiciera temblar la taconera de Pamplona, como cuando la ciudad de la Mosquetea. Él prosiguió con su sermona: Podrá ser, hija mia, que la haya encaminado el Espíritu santo, para que oiga algo que le aproveche, y si tiene algo tocante á su alma, despues habrá lugar para comunicarlo. Pardiez por entónces tapóme, é hízome oir lo que bastó para enfadarme, y díjele: Padre mio, yo traigo lengua de su buena vida, y tengo necesidad de consolarme con su reverencia. Traigo priesa, y no me puedo detener; ruégole, que si es posible, deje eso por ahora, y oiga una cosa que quiero comunicar con él, que importa á la salvacion de mi alma. Él entónces, que no queria otra cosa, sino que aguardaba á que yo le hiciese el son, dejó el libro, y aun asomó á quererme consolar por la mano, por consolarme en arte de canto llano, que comienza por la mano: mas yo, como intentaba consuelos en contrapunto, ahorréle esta diligencia, y propuse, y dije: Padre, yo soy una mujer honrada, casada con un batidor de oro: soy natural de Mayorga: vine aquí con unos parientes mios á las fiestas de la bendita madre de Dios, y á estarme aquí algunos dias en casa de una prima mia, beata, haciendo algo y comiendo de mi sudor: hanme hurtado la bolsa, y algunos de mis vestidos, y la almohadilla y los majaderos que traia, para hacer puntas de palillos, que las hago muy buenas; véome tal que estoy á pique de hacer un mal recado, y afrentar á mi linage: por caridad le ruego, que pues la gente bendita, como su reverencia, tiene mano con los señores honrados y ricos, y tambien quien tiene mano para ricos, la terná con la justicia, que dé órden como me socorran: y si su reverencia tiene algo, reparta conmigo. Respondióme y díjome muchas cosas, que de suyo provocáran á castidad, si él no castrara la fuerza de ellas, con ser quien era. Decia sin duda buenas cosas, pero con un modillo

que destruia la sustancia de la doctrina, que bien parecia obra de diferentes dueños, pues la sustancia olia á Dios, y el modillo á Bercebú.

Despues de alargar arengas, tan malas de entender como buenas de sospechar, no pude atar cosa que dijese; solo colegí que en buen romance me aconsejaba que muriese de hambre en amor de Dios, si pensaba ser buena; y si mala, que él me aplicaba para la cámara, y que menos escándalo era que entre Dios y él y mí quedase el secreto: y que cuanto al pedir para mí, pienso que dijo que tenia gota, y no podia andar; y cuanto á darme de su dinero, que él no lo tenia, y que ántes un rayo abrasase sus manos, que en ellas cayese dinero, cuanto y mas tenerlo. Tómenme el despecho del ermitaño Ya yo sabia que este habia de ser el primer auto; pero yo iba pertrechada de fagina. Díjele pues: ¡Ay, padre, no quiera Dios que yo haga mal á un siervo suyo como él! Ya que yo haya de serlo, acá con estos bellacos del mundo es mejor, porque lo uno es menos pecado, porque es caza que se sale ella al encuentro: es mancha en mas ruin paño, y es mas á provecho: en fin, saca el vientre de mal año. ¡Ay padre! quiérole confesar mi flaqueza, ya que le he comenzado á decir toda mi vida con tanta verdad, y me parece tan humano que se compadecerá de mí. Sabrá, padre, que un criado del almirante, muy gentilhombre y caballero, corregidor de cierto pueblo suyo aquí cerca, que ha venido aquí á Leon, me ha ofrecido muchos reales, porque acuda á su gusto, y si Dios, y él, padre, no me remedian, por otra via pienso echarme con la carga. Él, en oyendo corregidor de cerca de Leon, criado del almirante, luego sospechó (como culpado y temeroso) si era el de Mansilla, y preguntóme: Jesus, ¿quién es este mal juez, ó de qué pueblo? Dios tenga piedad por su misericordia de pueblo gobernado por un hombre de tan poco gobierno. Decidme, hija, ¿de qué pueblo es, para que yo le encomiende á Dios? Yo, con inocencia aparente, me dí una palmada en la frente, y dije: No se me acuerda; bien sé que es tres leguas de aquí. Él me dijo: ¿En Mansilla? Respondíle: Sí, sí, sí, ese es el pueblo, y ha venido aquí el corregidor á ver las fiestas, y como me ha visto á mí, dice que si yo le hago placer, no quiere mas fiestas. Lo que él se inquietó y zozobró, no se puede significar, porque se le traslució que le venia á buscar y á prender, y á hacer extraordinarias diligencias; pero el hipocriton, como yo le dijese que no se inquietase, me respondió: No os espanteis, hija, que las ofensas de Dios en el pecho de un cristiano son pólvora que le minan, y hacen que se inquiete y salga de sí: pero con todo eso, decidme, hija: ¿Ese corregidor sabe adonde vivís? ¿No os podíades vos esconder de él? Item, si yo os buscase dineros, ¿cómo le habíades de huir el rostro? A esto le respondí: Padre, el corregidor bien sabe que yo poso aquí: y dice que aquí á este meson donde estamos, ha de venir á la noche, y que para esto tiene un buen achaque, y es, que anda espiando un famoso ladron, que en Mansilla llaman el Pavon, el cual se le fué de la cárcel de Mansilla, y se vino aquí á Leon, y creo no tardarán mucho en venir: mas si su reverencia me buscase algun remedio, muy fácilmente me escaparia yo de él, porque aprestaria luego mi jumentilla, é iríame esta noche á Nuestra Señora del Camino con mis compa-

ñeras, que van allá todas: y si me dice algo, diréle que en la romería se verá su negocio. En la romería escusaréme con mis parientes y compañeras. Diréle que me lleve á Mansilla, que es camino de mi pueblo. En Mansilla avisaré á su mujer que mire que su marido anda perdido, y le recoja, y con esto iré mi camino, y él se quedará en su casa. Pero si voy sin manto á mi casa, y sin la hacendilla que traje aquí para entretenerme algunos dias, ¿qué he de hacer?

Entónces el bellacon se alteró aun mas, viendo que si el corregidor venia, le habia de coger infragante: con todo eso me hizo otro sermoncete, pero con mejor método que el pasado, porque la conclusion fué darse otra palmada en la frente (confrontábamos) y decir: Ya, alabado sea el Redentor algun ángel dejó aquí unos dineros de un mi compañero para tal necesidad: yo me quiero atrever á tomárselos, con que vos le receis otros tantos rosarios, como os doy de reales. Dicho esto, sacó de un zurron seis escudos, y me los puso en estas manos pecadoras. Juntáronse su temor y mi contento, para que ni él me dijese otra palabra, ni yo á él. Fuíme. Él luego mudó de traje, y se fué á ver con el fullero. Yo ensillé mi burra, y marché, porque los Pavones no me cayesen en la treta. Pavon fué este, que en mi vida mas supe de él, que ha sido mucho para la mucha tierra que he visto, y para la dicha que he tenido en encontrar con bellacos. El del ojo resmellado no me vió jamas: pero escribióme una donosa carta, y yo en respuesta otra no menos: y por mi fé, que aunque se ha de detener la historia de la vuelta de Leon á mi tierra, te he de referirlas: y si te parecieren largas cartas, ya te he dicho que yo siempre peco por carta de mas; y si buenas, holgaréme de que encartaré gente hōnrada.

APROVECHAMIENTO.

Hipócritas y gente que no viven en comunidad y hacen ostentacion de ejercicios y ceremonias, y hábitos inventados por solo su antojo, siempre fueron tenidos por sospechosos en el camino de la virtud.

CAPITULO III.

DE LAS DOS CARTAS GRACIOSAS.

Quintillas de pié quebrado.

El fullero escribe, y pica
A la Pícara Justina:
Ella picando, replica,
Y repicando, repica,
Y con furiosa bolina
Le demuestra
Que su burla fué mas diestra,
Lo otro mas provechosa,
Lo tercero mas graciosa,
En fin burla de maestra,
En todo el mundo famosa,
Y ainda.

Este es un traslado bien y fielmente sacado de un escrito y rescrito, que pasó entre mí Justina y el bachiller Márcos Mendez Pavon, en razon de una burla mayor de marca, que despues de haber pasado en cosa juzgada por espacio de nueve años, retoñando las quejas en el corazon y lengua del sobredicho bacalario, enviaron á las quince un correo á su pluma, y ella al papel, y todos dieron de rebato sobre la pobre Justina, á quien con parte de real y medio, bien llorado y mal pagado, le publicaron la sentencia irremisiva siguiente, que á no poder apelar para la respuesta, era casi casi cosa de afrenta.

Va de carta :

Yo el bachiller Márcos Mendez Pavon, el agraviado, á vos, Justina Diez, ovejita de Dios, trasquilada á cruces, que á precio de vuestras vergüenzas comprastes las que yo tengo de mis faltas en dinero, y mis sobras en manilargo : por estos mis escritos os reto á campo abierto, para que aguardeis las asadoradas de mis razones, no con menos paciencia que la que mostrais en esa insigne escuela, teniendo tantos actos, y aguardando en ellos tantos argumentos cornutos de tanto género de estudiantes capigorristas, resolviéndoles y resolviéndoos, sin dificultad ni impedimento, cuantas objeciones os representan. No podeis negar que una mia vale por ciento, pues por una palabrita que en el aire os dije de las bulas de coadjutoria, armastes todo el caramillo que ha pasado, y metido mas obra que los cazos de Toledo y monumento de Sevilla : y creed que en buena filosofía natural (la cual vos sabeis ya muy bien, atento que profesais mucho los movimientos sensibles de que ella trató) toda causa es mejor que su efecto, y por tanto se conoce que mi burla fué mejor que la vuestra, pues ella os hizo á vos parir la que me hicistes : reventaredes con ella el cuerpo. Otrosí, bien sabeis que todo licor mezclado no es tan perfecto en su especie como el puro : y pues mi burla fué burla de todos cuatro costados, sin brizna ni mezcla de veras, ni de ofensa ni de venganza, fué burla mas perfecta en su especie que la vuestra, la cual vino envuelta en un muy verdadero y averiguado latrocinio. Creedme, que así como se tienen por malas las burlas del burro, y otros animales de su jaez, porque no se saben burlar, sin estampar uñas ó patas, así vuestra burla se ha de llamar burral, por cuanto en ella señalastes las manos, y aun las uñas. Yo burlas he visto de damas, que con amor fingido parece que echan llamaradas, y queman la olla del seso, y de recudida espuman la bolsa; pero vos, no con demonstracion de amor, sino á título de trueco, engañastes, y por trueco bautizastes el hecho. Ruégoos que si otro trueco hubiéredes de hacer al tono de este, lo primero que troqueis sean esas manos por otras, so pena de que á pocas tretas os cortarán las uñas, para asentaros el guante : y no solo os cortarán las uñas, pero los pasos.

No se alabe tanto, y sepa que yo pensaba darle la pieza que me llevó, y mas barata, y con menos trotes de pasos, que si bien se acuerda, anduvo al trote desde la iglesia al meson, para topetar con yo pecadorcito : ¿en qué vicio dió? Menos inconveniente fuera dar en otro vicio menos

costoso, en quien aunque llevara carga, pero no de restitucion. No le declaro el vicio, porque de ese menester se le entiende mucho. Diráme voarced : Señor licenciado, todo se andará, y aun todo se ha andado. Créolo, porque el vicio que yo digo y el hurto son grandes camaradas. Por eso dijo el otro que los vicios son conejos. Allá en Salamanca le declararán este latin, que á lo que yo perjunco quiere decir que como los conejos y conejas todos paren, y ninguno es estéril, así un vicio pare mas vicios que un conejo gozapos. Engañóme su merced : pero puédome alabar que me engañó, tomando por medio un agnus de cera, cordero mudo. Hágome cuenta que tomó la pieza de mi cuello, como tomaron á cuenta los soldados en hábito y forma de ovejas y corderos, á la misma hora que voarced me hizo el tiro; solo me pesó que para un hecho tan humano tomase un medio tan divino. Herejota, ¿por fuerza habia de ser la burla en cosas de las tejas arriba? ¿No me podia hacer la burla en unas calzas de obra, que yo tenia en la posada, ó en algun dinero seco? Mi fé no se atrevió venir cara á cara, sino que se metió detras de un santo, como fugitiva y lebrona : ¿porqué no me pretendió hacer la burla de Pero Grullo el de Arenillas? Por estas pocas que aquí Dios me puso, que si yo fuera el obispote, y conmigo las hubiera, que yo la habia de traer un *extra tempora* y me habia de salir del carricoche ordenada ó desordenada de mi mano. Yo juraré que dijo su merced en Leon bien cacareada y pregonada la burla que me hizo. Eso creo yo, que mujeres no saben callar cosa, aunque sea la caca, y el coco, y el cuco. Gran hazaña : ¿porqué no les dijo que me enviaba preñado por obra de gatuperio, que á trueco de llevar adelante el nombre y opinion de mesonera burlona, dirá eso, y mas? y porque la crean, dará un cuarto al diablo. ¡La inocentilla, y con qué sencillez me decia si queria prestados los cincuenta y cinco y un cuarto! El cuarto déle ella á Bercebú, y no sea el trasero, porque no paguen justos por pecadores. Los cincuenta y cinco guárdelos, porque siquiera se pueda decir de ella que entró una vez en su poder un mazo, y se descartó de él.

¿Cómo digo de aquel bolso, que le dió en vistas su novio? O válgame san Macario, si cada uno de sus novios le hubiera de dar un bolso para vistas del pleito, y qué de bolsos tuviera, aunque todos los tuviera necesarios, si es que ha de ir adelante en embolsar muy á menudo de manos á boca doscientos y cuarenta y cuatro, que me llevó en un soplo! Si pensara que tenia alma, rogárala que me lo dijera de misas, pues que tiene tantos capellanes como dias hay en el año, y en el bisiesto dos mas para andar conforme al tiempo, á uso de potrosa. Mas no la quiero encargar esto, ni meterla en escrúpulos escusados, porque me temo que si se encarga decir estas misas, cuando se muera, hallará tan quejosos los del purgatorio, como los que acá quedan, que si bien los mira, son todos los estados que cuentan, atrevidamente se atreve á entrar burlado, y burlado del estado eclesiástico, cuyo mínimo profesor y acólito cuadragenario soy, no ha de dejar hombre á vida. ¡Ay hermanita, ay nueva parca de bolsas, Caribdis del dinero, silla de piezas de oro, tarasca de sombreros, gomia de capas, zángano de meleros, condesa de gitanos,

pícara de tres altos! Ruego, la mi santica, que se reporte, no piense que es grandeza menudear tanto el hacer burlas á los hombres, que alguna vez vendrá por lana, y muy sicofanta. Ya que quiso hacerme la burla, ¿para qué volvió barras, y sacó á asomorgujo el agnus de la manga? ¿no fuera mejor rostro á rostro? Pero es de casta de caracoles, que hacen su hecho á traicion. No le pediré el hurto ante justicia, que ya sé que no teme varas altas; pero apareje el zarzo, que yo la haré vomitar la empanada. No me dieron pena los doscientos reales, pues de una asentada gano yo mas á los boquirrubios de su tierra; pero pésame del mal empleo. Avíseme de su salud, y si llega ya á tener el alma setena, que de su edad ya otras tienen seis almas y media. A lo menos bien pienso yo que si con cada muela que se cae entra un alma de nuevo, pasan ya de doce sus almas, y terná ya las encías hechas un purgatorio. Sobre todo me diga si ha entrado algun cardenal en la corte de sus espaldas, y si le han frisado la costilla que le cupo en el repartimiento de Adan, que no me holgaria yo poco una tan gentil tundidora de bolsas ajenas hallase un buen frisador de espaldas propias: mas en manos está el pandero que le sabrá tañer, porque me dicen que el señor corregidor de esa ciudad (buena vida le dé Dios) los pone como nuevos á los que tienen los dedos de mas de marca: y porque me nombres, te digo que Márcos te llama Marca, de mas de marca. Con esto ceso, y no de rogar á Dios, que si es posible, en la resurreccion de la carne, por burlarte, te hurte el cuerpo un caiman, y salga tu alma trocada, media en un bolson ó bolsa de arzon, ó manga de sayuelo, como el cordero que fué signo de tu cielo y memoria de mis penas. Fecha en el general, donde dicen leyes en la universidad de Asma. El bachiller Márcos Mendez Pavon.

RESPUESTA DE JUSTINA POR LOS TENORES MISMOS DE LA CARTA ARRIBA DICHA.

Yo la licenciada Justina Díez, llamada por otro nombre la Guzmana de Alfarache, y pícara de prima por claustro, á vos el bachiller Márcos Mendez, fullero burlon de palabras, y burlado de obras, nariz de alquitara, ojo de besugo cocido, pescuezo de tarasca, cuerpo de costal, piernas de rastrillo, píes de mala copla, que á precio de la desvergüenza que me dijestes en el camino de Mansilla, comprastes la privacion y traspaso jurídico de una buena pieza de oro y perlas, que decis estar en mi poder: salud é gracia, sépades. Digo salud, que os reviente, gracia que mejor os venga que la mia, y sépades para que no os engañen, ni os esquilmen.

Primeramente, por estos mis escritos os inhibo de mi fisgon, y os apercibo que para el tiempo que durare el resolveros el alma con dichos, y la bolsa con hechos (que será el que la nuestra merced durare) os armeis de la paciencia que tuvo vuestra caritativa madre, en oir llamar á su marido, vuestro putativo padre, hijo de Cornelio Tácito por via de hembra, y por la de varon de Rabi Sidraque. No podreis negar, señor Ojunregazado, que una mia vale por mil, pues de un golpe os engañé en mil géneros de cosas, cuya suma vos la podeis hacer, como á quien mas

le toca, y como tocóos en las tres potencias del alma, y aun en las de la bolsa. En la voluntad os tocó, pues con cebo de amor llegastes, y quedastes oliendo el poste, como el amo de Lazarillo. En el entendimiento, porque os hice ver por tela de cedazo, y creer que tenia vergüenza de vos, quien no os estimaba en un pelo de buboso, salvo el guante ó la pieza, ya la crisma (si es que estais bautizado, siquiera de socorro), y no me engañaria, si dijese que el zahumerio de la burla llegó á vuestra memoria, pues la terneis y debeis tener de mí, mientras durare el nombre y vida de Justina, á quien Dios conserve muchos años, y á vos tambien, aunque sea hecho tarazones, y en escabeche. Poneis tacha á mi burla, que tiene mas obra que los cazos de Toledo; pero si yo fuí el Juanelo del artificio, vos fuistes el pagador del trabajo. Mirad vos quien es el mas medrado en este lance. ¿Con filosofía me acotais, ó azotais? Yo no sé qué es filosofía, ni la he menester: porque para saber yo que vuestros ojo no salieron por el órden comun de naturaleza (sino cuando mucho por alguna jeringa) ni vuestra fullería se dió por el arancel de los honrados, no he yo menester filosofía natural, ni moral, ni enviar por sabios á Grecia.

Preciais os de que vuestra burla parió la mia, ahí vereis vos que me sirvo yo de vos como de potra paridera. No me diera Dios mayor trabajo, que (si conversáramos mucho) haceros cada año escupirme mas renta, que una potranca de las de buena arca, que maldito mas me diera, que tener cada año una mula boba, hija de madre. Ríome mucho de que repudieis mi burla, por ir mezclada en veras: ¿pues ahora sabeis, que todas las cosas vivientes, cuanto mas perfectas, son mas mixtas? Hermanito, mi burla era viva, y vivirá, y porque fuese mas perfecta, la hice mixta: es que soy boticaria de entre cristianos, y no curo con simples, como árabe, sino con pildoritas, que le hagan buen provecho. No hay mentira sin mezcla de verdad, ni mal sin mezcla de bien, ni aun bobo (como vos bien sabeis) sin mezcla de discreto: y aun vos, con ser tan tonto, comenzastes á querer soñar de poder tener algo de discreto.

El tiempo que os duró el fisgar de mí, decid. ¿No teneis vos por buena burla el ser fullero? Pues por mi fe que vuestras fullerías no van forradas menos que en pellejo de garduña. Mi burla no tiene lugar de ser llamada coz burral, y se haria agravio el quitaros ese nombre, y usurpar el título que teneis avinculado, y puesto en cabeza de mayor asno. ¿Sabeis cómo podeis llamar mi burla? Llamalda retozo de garduña, ogimel de daca y toma, agridulce de bobos, que estos nombres le vienen mejor; y sino, sea como su reverencia mandare; con que no tenga pena que por acá nos corten las uñas, que moza soy yo que no solo sé trocar mi plata por su oro, pero sé asentar el guante, y tras él las uñas, y tras todo armar mamona sin ser necesario traer de acarreo quien suelte la ballestilla. De la intencion con que pensábades darme el Cristo dado, no teneis para que darme cuenta, que yo creo alforjaríades mil quimeras; pero uno piensa el bayo y otro lo ensilla. No tengais por consejo sano dar joyeles dados, que no hay peor juego que el dado: y si vine á priesa, y dejé la iglesia para venir al meson á buscaros, sabed que era porque sabia que

aunque estuviera á todas horas en todas las iglesias del mundo, en ninguna os habia de encontrar: porque sé que lo que vos teneis de oficio, no se cursa en la iglesia: y si dejé víspera de nuestra Señora, fué por las del Cristo.

Los consejos que me dais de escoger vicios que no deban restitucion, la villa os los pague; pero tomaldos para vos, y no en el juego de la primera, en el cual me dicen que de puro escoger, echais en la mesa muchas primeras, que no se hacen ellas, sino vos las haceis por un molde hecho en Asis. Debe de ser que como enseñais á otros á escoger pecados, vos os habeis enseñado á escoger cartas: y pues vos haceis primeras á vuestro gusto, no os metais en los flujes de bolsa, que yo hago al mio: y pues sabe que los vicios andan de camarada, como él, y los fulleros que trae en rueda, aprovéchese de ese buen consejo, para advertir que cuando viera una moza de buen fregado como yo, carilucia, barbiponiente, pieza suelta, sin tio ni sobrino al lado, y sin can que ladre, sino solo con su borrico y su picarico, y su baldeo y moza de la jabega, y á Dios, que me mudo, no la crea: santigüese de ella: lea en un libro como su primo el ermitaño; conjúrela, y por relucir que vea las cosas, no piense que son oro, aunque se lo diga un platero de oro ó un orero de plata, que debajo de un bolsito de tela hay mil telas y mil engaños. De esto le puede servir aquel ejemplo de los zamarrones de Cuenca, que trajo á buen propósito: y si le parece que mi burla es caso de inquisicion, hable á esos señores, y cuénteles el caso, que quizá les entretendrá y aliviará un poco del cansancio que suelen tener, de tratar con algunos tan grandes bobibellacos como él. Ello bien puede ser caso de inquisicion; mas crea que no me acusa la conciencia del haber consentido deliberadamente en pensar que una imágen de un Cristo crucificado en poder de un sayonazo como él no andaba segura, y es caridad quitar la ocasion. Alegármcha en su favor que fueron parientes suyos los que labraron la cruz á Cristo: pues pesia tal con él, ¿labró una de palo y quiere poseeer en pago una de oro? Para renovar memorias, una de palo le bastaba, demas de las muchas que hace cada momento en los dedos, para jurar que pierde, aunque gane. Linda maña, mentir aboque de abaque, y ahí está la cruz que lo atestiguará.

Ahora bien, unas buenas nuevas le quiero dar, y son, que los cristianos viejos le damos licencia para que pueda traer al cuello una cruz de palo, para que Dios le libre de los relámpagos de Justina, aunque á un motolito como él debajo de los piés le saldrán ocasiones y peligros que temer: que para los bobos se hizo la mala fortuna y mal caso, que á los discretos nada les sucede acaso, porque todo lo previenen. Paréceme que á su noticia ha venido la burla de Pero Grullo: ¿y júramelas? ¡Ay bobito, bobito! con él me depara mi dicha, siempre que yo fuese á caza, que á fe que no la tuviéramos mala, y á fe que si él fuera el Vigornio, yo le hiciera entender que la carreta era bolso. No le quise hacer la burla en calzas, que yo no trato de echarlas á pollos; demas de que la burlada yo lo fuera, si me cargara de sus calzas de obra, que á mí no me la podian hacer buena, ni tengo por buena burla espulgar vestidos de mona. ¿Alega que no fuí

cara á cara y que volví barras? A eso digo, lo uno, que en guerra de retorno son lícitas las tretas: lo otro, que si fué engaño, fué engaño á vista de oficiales. ¿No estaba un platero delante, con sus pesas y apatusco, y entre ellos dos lo ordenaron como quisieron? ¿Qué mas quiere? ¿No le dije yo que guardase bien el agnus en el bolsillo, porque el oro de Portugal de puro fino se toma? No quise decir que se tomaba él de fino, sino que por ser tan bueno, le deseaban muchos tomar, y le tomaban: y echarálo de ver cuan presto se toma, pues no se le hube bien dado, cuando fué tomado de mí. No le dé cuidado pensar si acaso parlé el chiste en Leon, que le digo de verdad, que nunca fuí amiga de vender secretos que se suelen pagar por calles públicas: y no quiero yo que por falta de secreta me hagan hacer la digestion en la calle, geringándome las espaldas con alguna penca ó rebenque ó cual que cosi.

Acá para conmigo confieso que mil veces me parlo el chiste entre pecho y espalda: y á su costa traigo forradas en risa todas las tres potencias del alma, especialmente cuando me acuerdo que se queja de mí, porque con inocencia fingida le ofrecí si queria prestados los cincuenta y cinco y un cuarto. Sepa que á tontos como él no se pueden ofrecer los cincuenta y cinco justos: lo uno, porque no vienen bien justos con pecadores: lo otro, porque como es número de mazo, moriráse por él, como gavilan por rábanos: y así, no se le podrán envidar de falso, y dirá que no me descarto de mazos y descártome de él. Ofrecíle un cuarto: pregunta si es trasero, ó delantero. El que su merced mandare, que para el tantan monta, que me dice hace á dos luces, como candil de meson, y que ha estado á pique de una plaza él y otro, por ser amigos de atras: aun dicen de él que es dado á perros. No se espante que le dé el bolso de los novios, porque quien no vió, novio es. Si no está roto el que le dí, por su vida que me le envie con un poco de almizcle, porque despues que tomé en las manos su carta, me huelen á sudor de jalma: y prométole (si me le envia) de pagárselo en mandar á una recua de tontos, que traigo tras mí, con cebo de que serán mis novios, que bailen toda una tarde por su ánima, disfrazados con vestidos hechos de ochos y nueves, que es librea muy á su gusto: mas eso de hacerle decir misas ni sacrificios, no me lo mande voarced, porque unos pocos de capellanes amigos que tenia estan depuestos como gallinas cluecas. Si él quisiere que por su intencion y á su costa haga que me recen cada dia á mi puerta la oracion del justo cordero, yo lo haré, con que me envie el agnus de plata que me tomó, que tal como es, á mí me hace falta, y á él sobra, por ser cosa buena y de devocion.

Ya sé que tengo enojado al purgatorio; mas tambien sé que tiene él por amigos los del infierno, cuente á como salimos. Cuando leí los muchos títulos que me daba, conocí que esa debe de ser la letanía que reza: cual es el devoto, tal el santo, y tal la devocion. La menos á propósito para él, es contar mis años; porque si, con los pocos que tenia entónces, le dí la papilla que papó, ¿qué le parece al papenco, que será ahora si le tornase á requerir el cañal, despues de haber comido mas guindas que él arrobas de bobo? ¿Por los dientes me cuenta el alma? bien parece que

le mordí; por lo menos sabe que soy viva, pues muerdo. Con salud lo cuente, y sea tanta que le reviente por los hijares. Ya pensé que tenia olvidada esta burla; mas paréceme que segun busca consuelos, no debe de tener aun bien sana la llaga: échala un poco de mas sea, y mascunda, con un granito de sal de necio, y luego sanará. Por acá no hay nada de nuevo, sino que el cardenal vive en esta ciudad, y trae órden de desterrar todos los vagamundos y fulleros. Avísole porque no le tiente el diablo de venir á esta tierra, en tan mala coyuntura; porque (demas y allende que los cardenales de esta tierra son muy rigurosos) tenemos un corregidor en esta ciudad, que á cincuenta pasos huele cuerpos malhechores. Por allá (que es tierra de bobos) se le correrá bien el oficio, que por acá hendemos un cabello por veinte partes. Lo de la marca se borre, que el rey no comete el marcar á gente de tan ruin marca: cuanto y mas que un pigmeo como él, no puede marcar á una giganta como yo. Ríome de que se me firme Pavon. Como digo de aquella bendita limosna que me pidió su pariente, el que nos vendió el galgo. Sabe que veo que les viene tan de casta el ser ladrones, como el ser engañados. A buenas noches Pavon, deshace el rodancho, mosquilon arrímate giganton, que eres un bobarron, y por si acaso quisieres presentar esta carta á la justicia, para pedir lo que fué ganado en buena lid, advierte que va de letra de un escribano muerto (que siempre es falso) y sin firma, porque solo un tonto como tú podrá firmar carta semejante. Fecha en Salamanca, en el mes gatuno, entre once y mona.

APROVECHAMIENTO.

La gente disoluta no se empacha de publicar sus maleficios por palabra y por escrito; pero Dios los escribe en el libro donde los leerán con gran confusion y mengua suya.

CAPITULO IV.

DE LA ROMERA DE LEON.

1. DE LA ROMERA DORMIDA Y DESPIERTA.

Un sonetillo de sostenidos.

Ni dormida mas despierta,
Ni despierta mas dormida.
Ni ganada mas perdida,
Ni perdida mas alerta.

Cubierta mas descubierta,
Cosiente mas descosida,
Gineta mas á la brida,
Fiscona mas encubierta.

Devota mas sin rezar,
Pagadora mas en venta,
Veladora mas en vano.

Huéspeda mas sin pagar,
Cual este número cuenta
Jamas la vido cristiano.

Ya que he dado cuenta de lo que me sucedió en Leon, y del retoño que de ahí á nueve años hubo (lo cual puse junto, porque se conociese mas de próximo la materia de que las cartas trataban) quiero que nos descartemos de cartas, para ir adelante con el cuento de mi jornada. Aquel dia de Nuestra Señora en la noche, porque acaso aquellos pavitos no me apareciesen en sueños y pidiesen carta de pago de mis deudas, y desengaño de mis burlas, y por quitarles del cuidado que querian tomar de ser de mi guarda, sin ser ángeles buenos, determiné ser romera, como quien va á Roma por todo. Mandé á mi mochillero que ensillase mi hacanea, y que me la sacase al prado de los Judíos, donde tambien encontré otras mozas que aquella misma hora iban de tropel á la romería que llaman de Nuestra Señora del Camino, que es una legua de Leon, donde van aquella noche casi todos los forasteros. La cuenta que hice con la huéspeda fué ninguna; solo hice cinco reverencias á un san Cristobal que tenia junto á una lamparilla, y le encomendé la huéspeda, que lo habia menester, porque como era colérica (como verás abajo), y se ahogaba en poca agua, le seria de mucha importancia un tan buen barquero de á pie; y si san Cristobal me oyó, bien pagada quedó; y sino, basta que yo fuese contenta, sin que ella quedase pagada. El camino de la romería no es muy bueno; pero la compañía lo era, y con ella y con la profunda consideracion de mi Cristo lo pasé con mucho consuelo, y como muy buena cristiana. No pude á la ida despabilar mucho la lengua; porque el sueño me hacia hacer mucha pavesa, si no fuera que mi picarillo de cuando en cuando me soliviaba con un cantarcito, que decia: *No durmais, ojuelos verdes, que por la mañanita lo dormiredes;* bien creo que la romera diera un par de romeradas en aquel suelo de Jesucristo. Ni me aprovechaba mudarme de bridona en gineta, ni mudar mas posturas que veleta en campanario, que en fin el sueño es volteador, y me enseñaba las vueltas peligrosas; la postrera me ví en gran peligro, porque no estuve dos dedos del duro suelo; y entónces con el gran espanto desperté despavorida, y no pude tornar á pegar ojo.

Maldita sea cosa tan mala como el sueño. El sueño es loco; si da en seguir, no hay quien le eche á palos; y si da en huir, no hay traerle con maromas. Dicen que las mujeres tenemos dos extremos de locas; el uno, que si decimos de no, y tijeretas, no hay villanchon como nosotras, y el otro, que si decimos de sí, rogarémos á un caiman. Yo digo que sea así verdad; pero decidme, maldicientes, si la mujer es hija del sueño de un hombre dormido, y tan dormido que le sacaron una costilla sin sentir dolor de mas, ni hueso de menos; ¿qué os espantais de los siniestros mujeriles? cuando la mujer fuera la misma ficcion y engaño,

la pura vanidad y mentira, no habia que espantar, pues es hija del sueño vano, fantaseador y loco. Olofernes y otros que durmieron á medias en esta vida y en la otra, bien saben ser verdad lo que digo, pues el sueño trocó su descanso en alas, su quietud en azogue, su lecho en potro, y su reposo en horca y cuchillo. Dije esto á propósito de mi cabezudo sueño, que me puso á pique de hacer tortilla de sesos para perseguirme, y en un momento se ausentó de mí, y desvió con el denuedo que si yo hubiera muerto á su padre; y la verdad, quizá dirá el sueño, que si maté, porque las mujeres matamos con Eva al primer hombre padre primero del sueño; y por eso las mujeres somos de poco dormir, porque el sueño, en odio y venganza de que matamos á su padre, no quiere hacer con nosotras mucho rancho. En mi vida vide despierta mas dormida ni dormida mas despierta. Ya que del todo despabilé los ojos, iba imaginando mil cosas por momentos; y la que mas á menudo salteaba mi pensamiento, era si acaso en esta romería me sucedia otra gatada como la de Arenillas. Si las veces que esto se me acordó se convirtieran en repollos de oro, mejor estuviera mi olla.

Ya llegué á la ermita, y de veras que me dió gusto el sitio, que es un campo anchuroso que huele á tomillo salsero, proveido de caserías, y aun hay allí personas que no las podrán sacar tan presto de sus casillas; dígolo porque engordan mucho á las venteras. La ermita bien edificada, adornada, curiosa, limpia, rica de aderezos, cera y lámparas, ornamentos, plata, telas y presentallas. Gran concurso de gente, que por eso (y por estar en el camino de Santiago) se llama Nuestra Señora del Camino. Notable provision de todas frutas, vino y comidas. Acuérdome que desde esta romería quedé muy devota de los perdones de aquella tierra. Fué el cuento que cierto galan estaba rifando al naipe ciertas avellanas y genobradas, lo cual ganó; y viéndome, convidó á ello, y dijo : Tome perdones, señora hermosa. Yo no entendia el uso de la tierra; y pensando que se burlaba, y que me habia deparado Dios otro obispo de romería, le dije : Beso á vuestra merced las manos, señor obispo, que en verdad que me suele á mí ir bien con obispos, aunque á ellos conmigo no tanto. Replicó el galan (que era á mi parecer galan comedido) : No piense, señora hermosa, que me burlo, que en esta tierra es uso llamar perderas todo lo que se da en la romería, porque se tiene por devocion, como si fuera pan bendito. Con esto me quieté, y dí grandes gracias á Dios nuestro Señor de haber encontrado tierra donde los galanes saben tan de raiz las cosas eclesiásticas. Verdad es que antes de decirme esto, habia yo recebido los perdones con una mano, porque esto del recipe es cosa que las mujeres lo decoramos en el vientre de nuestras madres : y por eso nos llaman boticarias, porque nunca salimos de recipe. Estos perdones fueron para mí jubileo plenísimo, porque como partí sin cenar mas que de una empanada á la salida de la ciudad, traia picado el molino, y en un punto comí tanto del perdon, que si como quedé sin pena, quedara sin culpa, fuera jubileo de penas.

Al candil de la luna (que la hacia no muy clara) pude maniatar mi borrico, y tender mi albardoncito en el duro suelo junto á unas mujeres

que allí estaban en un corrillo, que las de mi pueblo á cabezadas me huyeron, digo, mohinas de verme dar con el sueño cabezadas contra el aire; y aunque algunas veces una amiga me daba con la punta de un palillo, mi sueño burlaba de todo, y jugaba á punta con cabeza. Tambien es verdad que las busqué con el candil de la luna, mas no las hallé, porque alumbraba mal.

Echéme junto á unas mujeres grandes estornudadoras en sueños, eran morcilleras de pato, reclinéme, y porque no me faltase centinela que me hiciese cuerpo de guardia, dí á mi mochillero un pedazo de mollete duro, de lo que metí en la alforja en Mansilla, para que se entretuviese y royese en él: y bien tenia que roer; mas hice mi cuenta que aquel pan en la mano le serviria de lo que á las grullas les sirve una piedra que llevan en la suya para sentir si duermen las que son de guarda. Yo le dije: Leonardillo, come este pan poco á poco, que está como unos bizcochos (entendíase de galera) y en acabándosete, despiértame; mira no te duermas, y en pago te prometo para almorzar el mayor pepino que traemos; y si algun hombre llegare muy junto á nosotros, recuérdame. No notas el natural cuidado que tenemos las mujeres que no nos vean los hombres; ¿qué piensas que es? ¿por ventura huir de ellos? no, hermano; y sino mira tú cuan pocas dejan de salir de casa por miedo de encontrallos. No es sino una de dos, ó que como basiliscos queremos ganar por la mano, por matar y no morir; ó porque nuestro bien parecer es casta de purgas, que nunca se hacen con sola naturaleza, sino con artificio, y por eso no queremos que quien nos viere nos coja descuidadas: y así verás que en mirando á una mujer de repente, luego se inquieta y se remira, acude á cubrirse y descubrirse en aquella forma y manera que á ella le parece que es mas á propósito de agradar: mal me haga Dios si jamas quise mal á hombre. Con todo eso nunca gusté que me cogiese de repente, aunque ni mato ni espanto. El muchacho comenzó á tascar con su bizcocho, y al ruido que hacia con el juego de las muelas (que era mayor que el de los veinte y ocho majaderos de la pólvora de Pamplona) me dormí como perro al son de los golpes del ayunque: descansé, y aunque el sueño fué poco mas de hora y media, con todo eso me satisfizo; porque las mujeres (como vivimos de priesa) dormimos poco, y aun si dormimos es á ojo abierto como leones; y no cerramos ojo sino á pura fuerza de naturaleza. Dormí, y debíme de echar de mal lado, porque todo se me fué en soñar; y fué el sueño, que por las burlas que habia hecho en Leon, me habian desterrado un año. ¡Cosa notable! que me pareció real y verdaderamente que habia pasado por mí un año, por donde eché de ver cuan fácil será á Dios el dia del juicio, dar á un hombre en un instante tanta pena de fuego en alma y cuerpo, que le parezca que ha sido un año; y que le haya de doler, como si tuviera diez cursos de infierno. Tambien me confirmé en sentir cuan traidor es el sueño, pues igualmente abre las puertas al gusto y al daño nuestro, para que igualmente haga suertes en nuestra imaginacion, y aun abre puerta para que entre la muerte en sueños, como el ladron que saltea con máscara. Miren quien y cuan traidor es el sueño, que aquel á quien yo hice la burla estaba quieto, y sin acordarse de pedir jus-

ticia, á mi traidor sueño me desterró, y por un año, y sin oirme de justicia. Mil cosas pudiera decir del sueño muy á propósito; mas no quiero que me digan que yendo caballera en una burra, predico el sermon de las vírgenes locas. Dígalo otra, que á mí no me vaga.

Parece ser que mi mochillero siguiendo su molienda, debió de encontrar algun nudo en el mollete, y queriendo conquistalle avivó el ruido, y con él me despertó á muy buen tiempo, porque ya la gente se rebullia, y parece que hormigueaba el trato; dí dos ó tres esperezos, y levanto mas tiesa que un ajo, dando de camino un pescozon al mochillero para sacarle el sueño con raices y todo; y las porconas todavía roncando, como unas poltronas. Parecióme mucho sosiego y buen aparejo, para darles un poco de almagre de mi propia mano. Pardiez (si no lo han por enojo) viendo que una de ellas traia aguja y hilo en la vuelta de una alforza, y un ovillito de hilo de buen tomo en la de la saya, cosílas muy á mi gusto por las faldas de las sayas del lienzo, que en aquella tierra se llaman camisas. Por el hilo y su olor saqué que aquellas eran tan mal cocinadas como bien cochinadas, y debian de estarse allí á hacer morcillas de pato, y las otras (segun me lo parlaron mis narices) eran del oficio tambien. Ya que tuve hecha mi tarea, parecióme que estas burlas son como pintura, que se ha de ver de léjos para que parezca bien, y así me aparté á ver la labor que habia hecho. No fui yo sola la mirona, que en breve espacio tuvieron el auditorio que bastó, para reir asaz la encamisada. Era cosa donosa ver la labor que hacian, sueño, enójo, vergüenza, y descoberturas. Andaban en torno, unas tras otras, que parecian el toro de las coces: en fin, ellas andaban como cosidas, y yo me reia como descosida.

APROVECHAMIENTO.

Los que toman la santidad por via de burla, hácenla de los santos lugares: pero tiempo verná en el cual la haga de ellos el juez universal.

2. DEL ASNO PERDIDO.

Súmase un romance.

Una notoria excelencia,
Que vemos en los borricos,
Es que casi todos son
De un color y talle mismo.

Y aun hay algunos dolores,
De que sanan los heridos,
Si se sientan ras por ras
Encima de algun pollino.

Y aun quien quisiese emborrar
Propiedades de borricos,
Se pudiera estar roznando
Desde aquí al otro siglo.

Basta saber que las dichas
Fueron único motivo
Para que Justina hiciese
A su salvo un lindo tiro.

De puro bobl de bota
Se le traspuso el pollino,
Y ella traspuso en otro
El sillon y albardoncillo.

Que si los hurtan ó truecan,
Ni lamentan ni hacen mimos,
Y con el mismo semblante
Sirven al pobre que al rico.

Tanto le parecia
El nuevo hallado al perdido,
Que á boca llena le dice :
Vos sois burro y asno mio.

Que pues tanto os pareceis
Al burro que se me ha ido,
Y me sanais del dolor,
Que mis entrañas ha herido;

Y pues que concurre en vos
Todo burral requisito,
Sin duda que vos sois él,
O sois hermanos ó primos.

Norabuenca lo seais,
Desde hoy llamados mio,
Mio sois, pues mio os dice
La gata que os ha cogido.

Comenzaron muchos corrillos de bailes, juegos de naipes y de esgrima. Allí oí que alababan á un negro, de que esgrimia bien con dos espadas y montante. En especial decian que jugaba por extremo un tiempo que llaman los esgrimidores tajo volado, con sobre rodeon y mandoble (que tambien los esgrimidores son como los médicos, que buscan términos exquisitos para significar cosas, que por ser tan claras tienen vergüenza de nombrarlas en canto llano, y así les es necesario hablarlas con términos desusados, que parecen de junciana ó jacarandina : y en verdad que las mujeres habíamos de usar esto mismo, y poner nombres particulares á nuestras ordinarias cosas, que ya de puro usadas y nombradas, seria necesario novarles los nombres, con que se ennobleciese el arte). Mas pues hablo de esgrima, quiero ahorrar de gracias, porque siempre que nombro esgrima y esgrimidores, se me arrasan los ojos de lágrimas, en memoria de un malogrado á quien quise bien, que era la prima de los esgrimidores, tan aficionado al arte, que muchas veces, faltándole con quien esgrimir á deshora, me pedia que por su gusto tomase yo la espada negra y esgrimiésemos, lo cual yo hacia de buen rejo : porque (como dice el refran) *quien bien quiere, bien obedece.* Murióse; mas no se me da nada, que donde quiera que estuviere, él sabrá defender su capa : que aunque la muerte esgrima con guadaña, él la hará con su montante tener á raya. Habia buenos bailes de campesinas : mas como yo ya era mujer de manto, y en esta sazon estaba enmantada, no quise meter mi cuerpo en dibujos, porque ya me habia hecho porque quererle mas que á sesenta panderos. Verdad es que los piés me comian por bailar, como si en ellos tuviera sabañones : mas vencé la tentacion, acordándome que Herodías murió bailando; solo de léjos me holgué en la taberna, y ví algunas vueltas no malas desde un repecho, que sobrepujaba la gente : y como algunos me viesen hacer el son al baile con los ojos, me preguntaban si queria bailar. Yo respondí : No, señores, que soy coja. No faltó quien con curiosidad llegó á ver de qué pié cojeaba; pero díle un favor de pantuflo, tal, que á asegundar el favor, no fuera mucho sembrar por agosto. Somos muy curiosos los Españoles. Diz que porque le dije que era coja, habia de saber en qué nervio estaba la falta. Por diez que si le dijera que no bailaba por estar enferma del bazo, se me chapuzara en las tripas á tomar el pulso del pulgarejo : yo le perdono y quiero paz, porque me perdone la que le dí.

Digámoslo todo. Bien dicen que *la fortuna del tiñoso tiene la rueda de corcho* : y quieren decir que nunca la fortuna de las pobres piedras es

tan favorable que no tenga mal de bazo y se canse de correr. Quiero, pues, contarles una desgracia que entre mis fortunas buenas me sucedió. Mi mochillero andaba guardando la burra, y al son de la guarda tascaba el pan que le dí; mas como estaba tan seco añuzgó de sed, y dejó á la burra sobre su palabra, fiando no menos de su fidelidad que de su castimonia: y tuvo bastante ocasion su confianza, porque habia visto que habiendo llegado á hacerle el amor algunos de su especia y clavo, respondió á piés juntillos que no queria amores en romerías: de adonde se pudo certificar el muchacho, que quien con sus amigos jugaba de pié, á los ladrones y enemigos daria de mano. En fin, el muchacho se iento, boquiabierto como un pato, se fué á un pozo que estaba junto á la ermita, donde pidió de beber á una medio samaritana, bachillera y relamida, y parece ser que la mozuela tenia poca caridad para con muchachos, y el mayor bien que le hizo fué enjaguarle los dientes con un refran, que es muy comun entre las mozas de aquella tierra, que dice: *Quien no trae soga, de sed se ahoga.* El muchacho era ladino, y aunque sediento, respondió: A ese andar, la primer soga que hallare será para ahorcarme. Quede con Dios bendito, y Dios la depare quien la de agua, cuando tenga toca y potro y verdugo á mano, tan sediento de su sangre como yo de su agua. No se enterneció la daifa, ni se aplicó mas que á darle la sed de agua, que él mismo se llevaba consigo, diciéndole: No le quiero dar agua, rapaz, porque dejándote sediento puedas decir que te he dado una sed de agua. Él replicó no mal: Aun eso no os debo, que si sed de agua llevo, es la misma que yo traia. Aguardó el muchacho á mayor nubada, y allá despues de buenas noches, tras mucho Dios agua, le echaron una poca en un sombrero, como si fuera racion de galera. En este ínterin parece ser que mi burra hubo palabras con otra algo reboltosilla: de una en otra se desafiaron: apartáronse, por no alborotar el bodegon: debiólas de encontrar algun condestablo (que es prebenda de gitanos) y por via de justicia mayor les dió su casa por cárcel, y las metió donde hasta hoy no han parecido. No dudo, sino que por no escandalizar la asnería, les dió garrote secreto. Busqué mi burra: pregunté por ella á su guardian; mas él con una cara de risa respondió: Los gansos á boloron, y la burra huse. Yo comencé á reirme, porque entendí que el pícaro queria regodearse (que tambien calzaba buen humor). Él, viendo que me reia, alzando y bajando su cabeza, me dijo: Ríete, ríete, que ofrezco al diablo la burra parece. Ya que vi que la burra iba talluda, comencé á buscar la burra con mas diligencia, y aun ya andaba perdida por la perdiada. A lo menos podré decir que tengo algo de reina, que es haber buscado asnos perdidos: mas como soy de inclinacion humilde, de profesion pícara, de cuidado ajena, y como ni viven Saules ni Samueles, determiné carecer de la expectativa y accion, que podia tener por este camino á ser reina: que cosi cosi hallé mi burra, sin parecer mi burra. Explícome sin declararme, porque no me lleven ante el nuncio. Para hallar mi burra, dí la traza siguiente.

Yo (luego que desperté) habia rogado á una mesonera, ó ventera gorda, que vivia frontera de la ermita, que me guardase el sillon y ade-

rezo de la burra, porque como era de codicia, temí no me aplicasen al fisco, y porque con achaque de ver mi burra ensillada y enfrenada, muchos se desenfrenarian á tratar de ensillarla sobre burra: en fin, pedí mi aderezo: diómele, con que de antemano pagase tres cuartillos de posada, como si el aderezo de mi burra hubiera tomado cama, y sudádole las sábanas y almohadas: vaya con Dios: venteras son: su oficio hacen, y yo el de discreta en callar aqueste punto, pues la emprenta de estas peticiones salió del meson que me parió. Sacó mi mochillero el aderezo de la burra, poniéndose el freno en la boca, condenándose á servirme de asno, por haber sido él causa de la perdicion de mi burra, por hilar tan flojo su cuidado. Muy poco atenta estaba yo á aquestas gracias, por estarlo mucho en acotar con los ojos la burra que mejor me pareció, y la que mas se parecia á la mia. Paré una con los ojos, y para mayor certificacion le eché las manos, y dije al mozuelo: Muchacho, ensilla aquí, que pues esta borrica está queda, ó es nuestra, ó lo quiere ser. Mira, tú no lo ves, que parece que nos conoce: no temas, haz lo que sabes. El muchacho era obediente é inclinado á estas levadas; mas era algo temeroso (como niño) por lo cual volvió los ojos atras, y dijo: ¡Ola, nuestrama, no sea que por un burro que tomamos, nos hagan subir en cada sendos! ¿No hay nadie que replique? pues yo te ensillo. Por cierto la burra estuvo tan sujeta y obediente, que á mí me echó en obligacion, y así uno de los mejores sillones que jamas burra vistió. Paréceme que la burra engordó un palmo en ancho y largo de verse en mi poder, y tan galana, con que quedó contenta tanto como yo pagada de la burra. Muchas buenas propiedades he oido de los jumentos de boca de algunos filósofos burreros: la una es, que si alguno mordido del escorpion se sienta sobre una burra, traspasa en ella el dolor que le causó la mordedura: á lo menos el de mi pérdida, como por la mano me le quitó.

Esta mi burra no es mi intento hacer catecismo sobre las propiedades asnales, como el otro que se cansó de tratar del asno, que llamó de oro, y le dejó en el lodo: mas tampoco quiero dejar de decir que la propiedad que en las burras me contenta mas á mí, es que como unas se parecen á otras en el color y talle, cualquier trueco bueno ó malo pasa por ellas, y ellas por él, cualquier burla de trasposicion, si se hace con ligereza, tiene efecto. Otros sabrán otras mejores propiedades de burras, que como las maman en la leche, no se les caen de los labios; mas á mi gusto y parecer, la mejor que yo hallo en ellas, es la dicha. A un caballo nunca le falta un remiendo en el pellejo: á una mula unos pelos en la bragadura: á un rocin una estrella; mas las burras todas parecen que salen por un molde; y cuando sea alguna la diferencia, que con lodo seco, que con trasquilarlas, se desconocen mas que Urganda la desconocida, sin que haya Vargas que lo averigüe, ni Ronquillo que lo sentencie: y así verán que el gitano por la mayor parte trata en burras, por ser hurto enaveriguable: en fin, yo le dije mio, y por mio quedó. Nunca fuí mejor gata, ni jamás me ormié. Quiérote confesar una ignorancia crasa que entónces tuve, y fué que como yo oí decir á bulto á algunos teólogos de bódega, no sé qué casos de las cosas mostrencas, y de que la necesidad

gradúa á las gentes de licenciadas, me pareció que (siendo la mia extrema, y siendo yo de la Santa Trinidad, pues soy su criatura, y profeso su fé, y alabo su nombre, en especial que entónces traia un hábito de la Trinidad, que compré á un padre, sin licencia de mi madre) me podia componer conmigo misma, en razon del aplicamiento burriqueño. Verdad es que despues acá me han mandado hacer restitucion de ello, y no lo tengo olvidado, que si muero con mi lengua y mi juicio, que bendito sea Dios hay tanta falta de ello como sobra de ella, en mi testamento he de mandar al escribano que me lo diga de misas, por no ir cargada de una borrica de esta vida á la otra, que pesa mucho, y el camino es largo.

APROVECHAMIENTO.

El malvado como por burla obra la maldad (ansi se vé en Justina) que celebra sus hurtos, como si fueran virtudes heróicas y excelentes hazañas.

3. DE LA ROMERA ENVERGONZANTE.

Súmase en un sonetillo.

Demas de ser cosa bella,
No hay cosa mas subida
Que vergüenza de doncella;
Y ora dada, y ora vendida,
La que se apovecha de ella
Con ella pasa su vida.
Con aqueste presupuesto
Dió Justina en vergonzante.
Con que ganó un joyel de oro,
Y si como hizo un cesto,
Hiciera mas adelante,
Pudiera hacer un tesoro.

Una vendedera ó corredera de Leon andaba cruzando entre todos los de la romería, á fin de que la comprasen un joyel de oro que traia en la mano para vender, que estas venteras de ciudad son como pescadores, que mudan mil veces el anzuelo agua arriba, agua abajo, hasta encontrar pez que pique: y como yo era hacendosilla y codiciosa de estas piezas, piqué en el anzuelo, y puse en venta la pieza, que si buena era la que se vendia, mejor era la ventera, sin hacer agravio á la mercante. Confieso que, como maliciosa, temí no me hiciese otra gatada, como la que yo dejaba hecha en Leon: mas mal año, que sabo yo mucha mona. Bien sabia yo que para ver si una cosa es oro ó plata, el mejor contraste es morderla: y para ver si es alquimia ó laton, ver si mancha en raso blanco. Hice la prueba, y salióme á prueba: concertéla en ocho ducados; pero como inadvertida no hice cuenta con la bolsa, y así, cuando fuí á pagarla, eché de ver que no podia sufrir tantas ancas, porque me venian á faltar diez y seis reales, y sin embargo de eso no tenia con que tornarme á mi pueblo, ni con que pagar aquella noche cena y cama. Aquí verán mi virtud, pues estando yo en tiempo en el cual pudiera yo

hacer dinero empeñando la honra, no consentí en tal tentacion, ni nunca Dios tal permita, porque tenia yo muy de coro una sentencia que ví escrita en el pedestral de una cruz de canto, que está hácia Villamartin en la Montaña, que dice: Antes á reventar que pecar: y así yo eché á volar mi pensamiento, para cazar una traza conveniente con que cumplir mi deseo sin pecar: y crean que las mujeres, en órden á cumplir un antojo de galas, somos extrañas: y si nos determinamos á comprar una gala, nos ha de venir á las manos, aunque nos cueste lo que la manzana de Páris. Es herencia de Eva: y desde que ella, por un gusto que el diablo pintó, puso á riesgo un hombre, y en él el mundo todo, quedamos mal enseñadas á poner á riesgo cuanto hubiere, y atropellarlo todo, á trueco de salir con nuestros gustos, y mucha parte es para salir con nuestros antojos, el poder estar preñadas, ó el estarlo, ó el querer que lo estemos: y á este título quedamos tan mal acostumbradas, que aunque todas las demas costumbres se nos alcen y hagan treguas, pero esta nunca jamas á mí: pues que si el antojo es de galas de oro, es carta ejecutoria para trabucar un mundo, y es la causa de semejante afecto, porque todos nuestros bienes los hallamos juntos en el oro, míralo tú, los bienes son en tres maneras, honesto, útil, y deleitable: en el oro hallamos honra y estima, que es moneda del premio y del bien honesto: en el oro tenemos el interés y el provecho, que es el bien útil: tenemos gusto, hermosura y gala, que es bien deleitable. Mira, pues, con tanto tropel de bienes adunados, cómo no se ha de avivar el deseo á la vanagloria (que es un deseo de honra y estima); pintáronla con unas velas hinchadas, que caminan presurosamente al gusto; con tijeras y aguja, para cortar y coser nuevos trajes; á la codicia con alas: pues juntándose todo en uno, ¿qué se puede imaginar, sino que como codiciosa habia de ser inventiva? ¿y en hilar mil trazas y dar mil cortes, y como deseosa de gusto y fau fau, habia de andar solícita, viento en popa, y volando para poner mis deseos en ejecucion?

¿Para qué ando por rodeos? yo determiné hacerme pobre envergonzante, y ponerme á la puerta de la iglesia, para igualar mis deseos con mi bolsa y con mi deuda. Ya parece que te ries, y das vaya á la envergonzanta; oye por tu vida siquiera un descarte, para no hacerme tener tanta vergüenza ahora como entónces. Deseos de galas hicieron á Medusa idólatra, á Hortensia incestuosa, á Pentesilea parricida, á Romelia voladora, á Ceusis gata, á Silvia impúdica, que á mí me hiciesen pobre envergonzanta, ¿qué hay que espantar?

Hecho el concierto de la pieza, díle á la vendedera ocho reales, por principio de paga, y no mas, porque le dije que por no trocar un poco de oro, no le pagaba por entero; depositamos de mancomun la pieza en poder de un mercero que allí estaba, por señas que se quiso hacer depositario de lo que no habia para que, vaya con el dianche, no hay gato que no diga mio, y al cabo no le dan nada, dejéle con su peticion en los ojos y lengua, y con la pieza en las manos, con apercebimiento de que dentro de seis horas, que pedí de término perentorio, remataria la paga y el depósito con que dejé segura la compra. Mas para la paga en que es-

taba el busilis verdadero, comencé á entablar. Mi manto para desvergonzada, era muy vergonzoso, y para vergonzosa, muy desvergonzado, para rica, muy pobre, y para pobre, rico. Fuéme necesario buscar un manto que cubriese mi traza y mi persona, en fin tal cual el oficio Yo habia visto andar por allí cruzando, cubierta con un manto viejo de anascote, tan sobrado de rugas, cuan falto de tinte, á una medio santera del año de uno; y cuando no trajera cara, por el manto se le podian adevinar los años, y servir de libro de bautismo. Yo le dije : Señora hermosa (que aunque sea una lamparera mas pesada que higo duñigal, se huelga de que la llamen hermosa, y se derrite aunque sea durandarta), señora hermosa, ruégole por su cara que en prendas de esta burra, y de este manto nuevo, me haga merced de prestarme este su manto viejo, para llegarme con él aquí á un pueblo que se llama Trobajo, y está cerca; tengo en este pueblo un poco de fruta que me la golosean los pasageros, y se me pierde de madura; habemos de ir yo y una tia mia, y buscar de camino unos primos; no nos atrevemos á llevar buenos mantos, porque si llueve se nos destruirán, y creo será la lluvia muy cierta, porque un primo me dijo que su reportorio daba agua : ruégole, pues, mi reina, que me le dé; ande acá, que si llueve ella se podrá entrar debajo de los portales; ¿mas á mí hame de coger el agua en descampado? Mire que soy agradecida, y no faltará un regalo con que servirla esta amistad. Quédese aquí este muchacho, para que tenga la burra de cabestro, y la entretenga miéntras yo vengo; yo sé que gustará del que es donoso; ea, muchacho, quédate con la señora. No hube bien acabado mi arenga, cuando la mujer se desmantó á sí, y me enmantó á mí. Era leonesa de las del buen tiempo, llamabáse fulana de la Puerta, y como puerta, cuyo quicio estaba untado con mis mantecosas dulzuras y promesas, dió entrada á mi gusto, y puerta franca á mis intentos.

Yo puse el manto una vez, y ciento me pesó, manto fué que me hubo de matar con un abominable hedor de malvas y girapliega que á mi gusto es insufrible; por la cuenta era melecinera de consejo, y díjome él manto que se le corria bien el oficio en Leon. No me admiro que los de Leon, como con el frio traen reconcentrado al calor, de ordinario enferman de estíticos : ya en fin me puse mi manto, que era largo, y me cubria todos mis ribetes y cortapisas, y puesta ansí (que el diablo no me conociera) me tapé como condesa viuda, y despues de dada una vuelta á la ermita para deslumbrar la vieja, me senté á la puerta de la iglesia como pobre envergonzante; puse sobre mis rodillas un pañuelo blanco, para que los que me hubiesen de tirar limosna diesen en el blanco, y para señuelo de que pedia, y no para los mártires; y como la gente de la romería viese á la puerta de la iglesia (cosa allí pocas veces usada) una mujer de buen talle, compadecíanse de mí, y decian : ¡Ah triste de tí, que te hace la pobreza ser niña grande, echada en la arca de la misericordia! Mucha fué la limosna, sin duda creo quedaron todos descuartizados, segun los cuartos muchos que me echaron sobre mis rodillas; caian de recio, y pensé que por pocas me las quebraran; pero *golpe de cobre nunca mató á hombre.* En resolucion dentro del término perentorio

que pedí á la moza corredora y á la vieja corrida, saqué mas de diez y seis reales en moneda de vellon, sin un patacon de á ocho que me metió en las manos un canónigo que debia de ser un santo; á lo menos si tenia tanta mano para con Dios como para conmigo, él pudo medir el camino del cielo á palmos. Yo de cuando en cuando, en achaque de componer el pañuelo, sacaba mi mano nada negra, y no poco larga, con la cual pareciendo moza de respeto, provocaba á lástima á los que veian que una tan buena moza la obligaba su pobreza á tales extremos, y su castidad á tales trazas. Algunos galanes me echaban alguna limosna por los oidos, ó, por mejor decir, me la pedian: mas yo cabeceaba como rocin enfrenado que siente mosca, y la espanta á cabezadas, y dílas tan buenas, que aunque dí algunos cinco de calle, una vez encontré el hachon, y llevé de camino una nariz jerusalena, que parecia cuatro de bolos, y (como es uso y costumbre) me descarté, diciendo, perdone que topé. Estaba junto á mí cierto niño diez y ocheno, de los que crió la Rollona á castañas y pan de boda; el cual viendo mi resolucion, dijo: Ox como se espolvorea la envergonzanta; tambien á ratos descubria un sí es no es de una mejilla, en buena coyuntura y sazon: y ví palpablemente la eficacia de esta accion, pues hubo mozo que entró y salió seis veces en la iglesia con su antepos, solo por dar limosna á la envergonzanta: ya que tuve hecha mi mochilla, me levanté del ponedero.

Y no fice poco acabar de levantar de eras, porque cada cuarto que me echaban era aceite en el fuego de mi codicia, y clavo que me cosia de nuevo con el asiento adonde estaba: es verdad cierto que probé á levantarme mas de cinco veces; y que con decir: Tras de este cuarto voy, ya va, ahora luego; mas luego me detuve un juicio: válgate el diablo la codicia cual eres, ahora digo que no me espanto de los escribanos, ni de otra gente de á dinero fresco por barba, aunque esten amancebados á pan y cochino con la codicia; y que abrazados con ella se dejen caer en el infierno, porque es liga que cose, red que caza, sirena que engaña, Circe que transforma: es en fin, un embeleco vivo para cuerpo y alma; yo pienso que si no fuera el temor de que mi manto se perdiera, y de que mi burra la hallara otro dueño aparecido, ahora no me hubiera apartado del ponedero. Bien dice el pícaro mi señor: *Que nadie cree cuan sabrosa es la vida del pícaro pobre, si una vez le paladean con ochavo tras ochavo.* Levantéme de mi folga, amortajé en mi pañuelo los cuartos advenedizos, llevélos tan atados en él cuan cosidos en mí mil ojos de pisaverdes. Tomé la derrota hácia unas peñas que están allí cerca de la ermita, camino de Astorga y Paramo. Alli me traspuse y detuve un rato, el que bastó para que los galanes perdiesen la esperanza de verme, y el hipo de buscarme; sentéme, conté mi hacienda, y puse á parte el dinero que me restaba de la paga del joyel. Quitéme el manto, y para deslumbrar la gente, me puse un galan rebociño ó mantellina que yo llevaba en mi manga, en la cual metí mi manto viejo (que no fué poco caber, segun tenia el bolumbo). Ya no me olia tan mal el manto, parte por el bien que me hizo, parte porque la costumbre se vuelve en naturaleza, y el haber cursado el olor hacia no extrañarme tanto. Tornéme hácia la ermita con

mucho desenfado, como si viniera de suplir algunas necesidades de las que no pueden tener sostituto ni coadjutor. Metíme entre la gente. Aquí se acabó el ser envergonzanta, y comencé el tornar á andar con mi cara descubierta, y tan sin vergüenza como antes. ¿Qué te parece de la invencion? Dirás que bien. Pues á mí mejor. Dirás quizá que aunque fué la traza aprovechada, pero no honrosa. ¡Ay hermanito, cuántos hidalgos honrados hay que en achaque que piden para pobres envergonzantes, piden sin vergüenza para sí! ¿pues qué mucho que yo trocase mi vergüenza en menudos, si tanto dicen que vale la vergüenza de una mujer? Yo (á la verdad) no he tenido aquella por limosna, sino por justo estipendio de mi trabajo. ¿Parécete, hermano, que fué poco estar una moza de buen gesto y mejor pico, mas de hora y media con funda en el rostro y lengua, en tiempo que andaban de sobra veedores y conceptistas? Pues si esta paciencia es tan difícil, no te lo sea el entender que merecí lo que se me dió, con mucha honra mia.

Ya te estará silbando la lengua, (como á rezadora escrupulosa) porque te diga como me hube, y como despaché la vieja que me dió el manto, con que mi vergüenza se desvergonzó á ser envergonzante de asiento. Jesus, ¿quién tal pregunta? reniego de fautores de viejas, dejémosla, que otros mejores chistes te dirá; mas pues porfías con la tácita habréte de despeñar, contándote lo que á la vieja le acaeció con la burra, con el mochillero y con mi manto, y sin el suyo, vaya de cuento melecinero. Mientras yo andaba en estas estaciones, la vieja melecinera, cubierta con mi manto de soplillo y avalorio, se dió al diablo tantas veces, que si no la llevó fué porque le pareció que ni era de provecho para sí, ni para ningun enemigo del alma (tales son las viejas). A la verdad su queja era no muy mal fundada: lo uno, porque yo la tuve cosida á la burra largas dos horas (que no tuvo ánimo la triste vieja para levantarse de encima de un canto pelado mas que su calva, porque no dijese yo que huia con mi prenda), lo otro, porque por causa del manto mio que se cubrió, la hicieron tantos sinsabores, que fuera el menos mal el mantearla como á perro; fué el caso que como los pisaverdes husmeadorcillos de ojeo que por allí andaban, vian una mujer sola con buen manto de soplillo y avalorio, no mirando que debajo de buena capa hay mal bebedor, pensaban que habia caza. Hacíanla de señas, mas ella no entendia el reclamo; llegábansele, hacian cabriolas como perros coliholgados; mas la triste de corrida y confusa se cubria el manto y trascubria de sudor; ellos pensaban que era doncellita de á quince, vergonzosita y moderna, y que por el tanto no tenia muestra. Con esto de cubrirse echaba agua al fuego, y gana á quien no habia menester apetito. Juntábansele mas, y porfiaban á que se les descubriese, alegando mil razones, atinadas al uso, mas no á propósito. Ya vió la vieja que le era mejor partido el descubrirse. Desmantóse de súpito, y medio deletreando, por falta de dientes, dijo: ¿Qué me quereis, malogrados? dejadme en paz. Los mozalbetes, viendo su gesto y habla, huyeron de ella como si fuera fantasma. Estas y otras rociadas de pesadumbres causaron muchas á la triste vieja, no acostumbrada á tanto trabajo: esta era su queja.

Y para decir la verdad, mayor la podian tener de mí aquellos galanes, pues por una parte les chupé la moneda, ó (por mejor decir) la troqué á vergüenza, y por otra les puse ojos de médico, con una tan mala vision, forrada en soplillo y avalorio. Hasta la burra estaba de mí tan quejosa, que por pocas se arrepintiera de ser mia, y si no la detiene se acoge por piés. Miren cual estaria el ánima de mi vieja, miéntras yo estaba echando el altabaque. Estando, pues, ya su paciencia para escurrirse, me fuí acercando á ella. Compré de camino tres meloncitos por medio real: con los dos le pagué el alquiler del manto, con que le dí tapaboca de melon, para no quejarse ni de mi venida ni de su estancia. Era una cuitada la triste melecinera: quizá se contentó porque de melon á melecina va muy poco. Con el otro contenté al mochillero, que estaba tan descontento, que en venganza habia parlado á la vieja lo del aplicamiento de la burra, y gran parte de mi vida y milagros: y así la buena vieja, que debia de ser escrupulosa (como lo suelen ser muchas) me dijo: Señora, yo la perdono lo que me ha hecho esperar, porque Dios nos espere á todos: mas mire, hija, que torne la burra á su dueño, porque con lo ajeno nunca Dios hizo bien á nadie. Yo quísele decir por gracia: Madre vieja, eso no es así, que si Dios no hiciera bien á nadie con lo ajeno, no me hubiera ido á mí tan bien con vuestro manto: mas porque no hay gracias con viejas (á quien en un mismo tiempo se les seca la madre y el gusto) quíselo llevar por otro rumbo, derribé mi cabeza á lo santucho, para darle á entender que todas éramos escrupulosas, aunque no melecineras. Puesta así en figura, abemolé mi voz, clavé mis ojos en el suelo, y muy aserenada me volví al mochillero, y dije: Sea por amor de Dios, niño, pues de una gracia que te dije á tí, has sacado una infamia para mí: mas padeció Cristo por viejos y por mozos, y por niños, aunque no por bestias. Señora, con su licencia me quiero enojar, hideputa bobo ¿y tan presto creiste (lo que te dije por burla) que esta burra no era la nuestra? Anda, bobo, que lo hice por probar tu memoria de gallo. ¿No ves, necio, que miéntras fuiste al pozo y te tardaste, siempre yo tuve cuenta con la burra, y ví adonde fué y con quien se juntó, y por eso estuvo ella queda cuando la echamos el albardoncillo, que á no ser la nuestra huyera como un pecado? Volvíme á la vieja, y dijele: Ah, señora, si esta burra fuera hurtada, no la habia yo de dejar aquí públicamente á que la conocieran, y vieran el hurto. Con esto embazó la vieja, y me creyó á macha martino. El muchacho, como si despertara de un sueño, levantando las manos, dió una palmadica sorda, diciendo: ¡Ay, Dios es mi padre, que dice verdad mi señora! Sabe Dios que temí no hablara la burra como la de Balaan, y descubriera mi enredo: mas consoléme con que si la burra hablara, enfrenada ansí como estaba no se le entendiera palabra. Entónces, viendo la buena vieja mi notoria inocencia, y un falso testimonio tan convencido y patente, contrita de haber sospechado lo que sospechó de una tan honrada moza, se hincó de rodillas, y con las manos puestas, me dijo: ¡Ay señora! perdóneme su merced, que bien habia yo de echar de ver que no tenia ella cara de andar en tales tratos, sino que este mal muchacho, de enojo que tuvo, por ver que tardaba tanto, lo dijo: yo no

se lo decia por mal á su merced, sino que este muchacho (malogrado él se vea) debe de ser algun pecador: perdóneme, señora. Sonreíme de haber de perdonar á una inocente, y con un ademan de paciente la abracé, y si no concluyo presto, y me aparto, ella me echa una espadañada de lágrimas, con que un molino pudiera moler pan de dolor; yo la perdoné la injuria, porque Dios me deparase otra perdonadora tan buena y tan creedora. El muchacho tambien medio llorando, medio riendo, me pidió perdon y besó la cinta, y púsola en la cabeza como mona, que no sabia hacer cosa sin sal. Hermano lector, ruégote que si no te duele la muela del seso, escuches un poco de sermon cananeo. ¿No echas de ver cuanto puede la virtud? Cree que es omnipotente (á manera de decir). Dime, ¿si solo el parecer virtuosa una ladrona como yo hizo semejante efecto en un corazon humano, qué será el serlo? Mucho puede contra el calor la sombra de un frondoso copado y fresco limon, naranjo, plátano, ó laurel; pero mas puede la sombra de la virtud, pues sola ella vence enojos, allana cóleras y ataja pesadumbres. Muchos grandes filósofos de los antiguos dicen que el divino Platon nació de una sombra, y quisieron decir que la sombra de la virtud hace hombres divinos y efectos soberanos: no predico, ni tal uso (como sabes), solo repaso mi vida, y digo que tengo esperanza de ser buena algun dia, y aun alguna noche: ca pues me acerco á la sombra del árbol de la virtud, algun dia comeré fruta, y si Dios me da salud, verás lo que pasa en el último tomo, en que diré mi conversion: basta de seso, pues quédese aquí. Voy á mi cuento.

La vieja se partió (y no con poca prisa) á desayunarse con el melon que la dí, y un poco de pan que ella traia, mas duro que ánima de rico avariento, que habia sacado de mohatra de poder de mi mochillero, y á fé que le escalfé el valor del pan, cuando hice con él las primeras cuentas: ca con mozos de servicio todo se ha de llevar por punto crudo, pues ellos no perdonan una jota. Aquí acaba la historia de la vieja: ruégote, lector de mis ojos, que esta vez y no mas, me hagas escurrir cuentos de vieja. Hecha esta diligencia, fuí al mercero, pagué el joyel á la vendedera, dando todo el menudo y moneda de vellon que saqué en el ponedero; púseme la pieza al cuello, y díjela si bien me acuerdo: Ah, pieza rica, cara me habeis costado, mas yo fio que me lo pagareis: honrad mi cuello, y mirad que me lo debeis, que pues me habeis hecho ser pobre envergonzante, podré decir con mas propiedad que nadie que me habeis costado mi vergüenza.

APROVECHAMIENTO.

Algunas mujeres se enriquecen á título de pobres envergonzantes: mas no por eso los siervos de Dios han de olvidar de dar la limosna, que dan por solo amor de su buen Dios y Señor.

4. DEL PLEITO DE LA ROMERA CON JUSTINA.

Media rima.

Dijo á Justina un galan:
Vamos al Humilladero,
Do aquestas romeras van.
Ella dijo: Majadero,
Vaya él, que yo no quiero
Ir do bordionas estan.
Ir vírgen con hombre á humilladero,
Es irse tras el manso al matadero.
Las romeras que esto oyeron,
De tal suerte se enojaron,
Que sus bordones alzaron,
Y por pocas no la hirieron,
Mas de palabra chocaron,
Aunque al cabo amigas fueron.
Que la guerra y la paz de las mujeres
Anda presa con puntas de alfileres.

En la romería de quien voy contando de la ermita de Nuestra Señora del Camino hay uso que todos los que allá van vayan juntamente á otra, que llaman el Humilladero. Andándome entreteniendo, llegaron unos galanes, que me dijeron: Señora Justina, véngase con nosotros: llevarla hemos al Humilladero, que tambien van allá estas damas. Yo (como no sabia el uso de la tierra, y oí que me querian llevar al humilladero) pensé que era pulla, y respondíles con extremada cólera, ca la de las mujeres es siempre de Extremadura: jamas nuestro enojo es niño, siempre nace vestido y calzado, ca por eso y por decir que nuestros enojos nacen siempre de ocasiones ligeras, pintó el otro nuestra cólera, dibujando una fuerte amazona que nacia de un colchon de lana; y otro lo volvió al revés, y pintó un hombre de borra, nacido de una mujer enojada, dando á entender que nuestro enojo nace de pelos, y pára en borra: en fin, yo me enojé hasta tentejuela, y en un tono irregular le respondí: No soy yo de las que ellos ni otros como ellos han de llevar al humilladero: allá á otras bordionas de su marca podrán ellos humillar y llevar al matadero ó humilladero, que yo soy muy soberbia para semejantes humildades. Por pocas se alborotara el bodegon: porque como dije de bordionas, y estaban allí tres romeras de no mal fregado, con sus bordoncillos en las manos, á las cuales escudereaban los galanes que he dicho, sobre que menté bordionas, por poco me bordoneáran los hocicos con sus bordoncicos, y por pocas me humilláran, por lo que les dije del humilladero. De las palabras que me dijeron no hago caso, porque entre mujeres esto de palabras, por donde se van, se vienen. Los hombres, como son sólidos y macizos, en echando una palabra de la boca de uno á otro, se les torna á ella la injuria, que como encuentra en duro, torna de rebote; mas las mujeres diz que andamos muy barrenadas, y así las palabras que nos decimos no han llegado de una para otra, cuando colan tierra: y aun dicen que conforme al libro del duelo

del género femenino, palabras de mujer á mujer no cargan, debe de ser que pesan menos, y son hechas de aire colado: y aun dicen que dichos de mujer á hombres se desquitan con dar una carrera por su calle, ó darlas paz de Francia: lo que yo sé de uso, es que entre nosotras aquella queda cargada á quien le quedare, ó por corta, ó mal echada. En este sentido yo quedé cargada, porque como ví que eran tres á una, siempre que les decia injurias, era con veinte con quies, y cincuenta peros. Duró buen espacio la rociada de palabras, sin reconocerse victoria de una ni otra parte, y en el ínterin los mancebilletes, considerando que todo aquel ruido habia nacido de mi inocencia, y de la falta de haber cursado vocabularios de romería, no cesarian de reir, el ver que tenia yo por pulla el decir que me querian llevar al Humilladero: mas de mi inocencia no hay mucho que espantar, porque yo habia oido decir á buenos predicadores de mi pueblo, que cuando se cuenta á lo divino algun mal recaudo de alguna vírgen loca, se significa diciendo que la humillaron: lo cual se funda en que no hay cosa que mas entone á una mujer, que el tener su caudal entero, ni que mas la humille que lo otro, digo si se sabe, que si es oculto, siguen su trote: en fin, yo me tripulé en el nombre de humilladero, y fué la causa del tripularme y del engaño esta negra habla española, que despues que hay sermones impresos en romance, da de sí mas que unto de ángula; declaróme la timulgía del nombre, ó como se llama, y tan amigos como antes. Ya que se apaciguó el pleito, y se fué el diablo para ruin, y nos concertamos como buenas cristianas, fuímonos de camarada todas con tanta hermandad, como si todas cuatro fuéramos mellicas. Este sí que es uso, y no el de los hombres, que por dos palabras que se digan cara á cara, se descaran, para no verse la cara uno á otro en mil años. Por gran loco fué tenido el que dijo que queria hacer un soterrano en que guardar el aire del invierno para el verano, como la nieve; pero por mas locos tengo á los hombres, que guardan las palabras de diez en diez años, que pues las palabras son aire, quien las guarda guarda aire: por cierto que es impertinencia. De *miel* á *hiel* solo va de diferencia una letra; de *jo* á *yo* ninguna, solo ser letra de griegos ó nuestra. Lindo caso, que por echar una *i* por otra, cata el pleito en casa. Igual lo paramos las mujeres, las cuales somos como arcos de cubas, que cuanto mas rechina, es señal que estan mas cerca de juntarse los extremos del aire: y así, miéntras mas rechinamos riñendo, mas amistad nos hacemos, y aunque mas nos carguen de injurias, no por eso hacemos mas ruido: ántes somos como carretas, que miéntras mas las cargan, menos ruido hacen. Las riñas de las mujeres son sobre si dijiste cipe, ó zape, y sobre si parece bien el hurraco, ó sobre si arrastra la falda. Nunca reparamos en cosa sustancial: nunca reñimos injurias graves, que esas ántes sirven de hacernos callar: par diez, mientras me dijeron de floreo, bravamente les revidé; mas en diciéndome dos ó tres verdades, que contenian la casa y nombres pascuales, callé como en misa. No nacieron las injurias graves, sino para capitanazos: yo, en fin, vine á buenas, y ellas á rebuenas, y de mancomun me llevaron en medio, como armas de frontispicio, engarzadas en sirenas.

E ya que me vieron de paz, me contaron ellos y ellas el fundamento de la devocion y denominacion del Humilladero, diciendo: Mire, señora Justina, lo que llamamos el Humilladero; es una ermita pequeña, en que la Vírgen se apareció á un humilde pastor, y él humillado la adoró, y hizo humilde oracion, y por eso y por los que allí van y se humillan á la santa imágen, se llama el Humilladero. A mí muy bien me pareció, y reconocí con humildad interior aquel santuario; pero soy tan poco humilde, que por escusar el yerro de mi enojo y la ignorancia del vocablo, dí una gran risada, y para restañarla como sangre de vena rota, me dí una gran palmada, y dije: Hablara yo para mañana. De manera que por allí se humillan las gentes, y se llama Humilladero: yo digo que á esa cuenta se puede llamar volteadero, que yo he visto desde léjos que los que allí van, dan mas vueltas á la ermita que reverencias á la imágen. Con estas y otras chanzonetas fuimos entreteniendo el tiempo, para no sentir el calor que nos hacia llevar humildes las cabezas, como á ovejas en sesteadero. Ya que llegamos al Humilladero, hicimos nuestra oracion enana, como suele ser la oracion de los perdidos, y dimos nuestras vueltas al derredor, como si fuera casa de San Anton: aunque de esto no hay de que hacer escrúpulo, porque en aquella tierra hay tantos volteantes de obligacion, que para ellos cada dia es de San Anton, para bien hacer y bien voltear. Ya no quedaba nada que hacer, ni estacion por andar, solo me restaba oir misa: en esto fuí desgraciada, que no bastó mi descuido de acudir tarde, sino que cuando la quise oir, se me pusieron mil gentes delante que me estorbaron el oir misa: como supe, me encomendé á la Santa Vírgen, aunque si va á hablar de veras, fuí tan sin acuerdo, que me fuí á mi casa sin verla: y para desquitar algo de mis descuidos, hice cien reverencias, treinta y dos á cada altar de los colaterales, y treinta y seis al altar mayor. Mira mi muchachería, todo en loco: no faltó quien se rió de mí, y me contó las veces, mas esto es lo de menos: ca si yo fuera quien debia, pudiéralo sufrir, pues de Ana y de otras santas mujeres se rieron de verlas devotas, y alcanzaron lo que pedian; lo malo era que yo era tan bobilla, que si me preguntáran qué pidia á Dios con tantas reverencias, no supiera responder, porque todo aquello iba en loco: y el mayor cuidado que yo tenia en cuantas reverencias hacia, era ver si salian buenas, y conforme á un molde de reverencias que á mí me habia dado una dama mesonera, gran mujer de reverencias. Concluido mi centenario de reverencias, besé á la cruz de mi rosario, como es uso y costumbre, y tomé agua bendita, y hice como fiel cristiana, aunque en todo conozco mis faltas, si va á hablar de veras. El molino de mis tripas iba bastantemente picado, y como mis ocupaciones habian sido tantas que me estorbaron el prevenir comida, lo mas á propósito que se me ofreció fué ingerirme á buenas gentes, y comer á bulto. Así lo hice: peguéme á ciertas camaradas de Mansilla, con quien comí de maquilas, y no mal: súpome ricamente, porque esto que se come de mogollon, siempre sabe á pechuga. Despues que hice y rehice la chaza, despedíme muy en breve, para tornarme á Leon, y ver curiosamente las cosas de

ciudad (que fué el desinio que me sacó de Mansilla) y tornarme luego á mi pueblo. Despedíme, pagando el escote con una reverencia de medio tornillo. Cierto fisgon, que á su parecer habia entablado conversacion conmigo para toda la tarde, como echó de ver la treta, y reparó en que yo me habia hecho gorra, y comido de mogollon, estándose escarbando los dientes con un palo de tomillo, me dijo muy á lo fanfarrico: Vaya con Dios la gorra: como si mas claramente dijera que me habia yo hecho gorra para comer, y que con brevedad levantaba de eras, á tiempo de pagar el recibo. Yo que le leí el corazon, le respondí: Agradézcame, sor galan, que tan presto me he comedido á quitar la gorra de despedida, que suelo yo no alzar el cerco en tres dias, cuando sitio un puesto.

Yo quisiera mucho tornarme sola á Leon, por poder contar á mi salvo el dinero que me habia quedado despues de tantas aventuras; pero no pude, que una mujer moza es como un fraile, que nunca le falta compañero. Pegóseme un bachillerejo que de puro agudo era bobo, y un bobo que de puro bobo era agudo. El bachillerejo no se fué alabando de la aventura del encuentro, de lo cual daré mas larga cuenta en el número siguiente. El bobo era un barbero de mi pueblo, tan discreto como oficial, y tan bobo como tocho. De este no me pesó, lo uno porque hizo la barba á mi burra, socorriéndola con cebada, quitándola de su boca. Ellos se entendian, que era para en uno. La otra causa porque no me pesó del encuentro, fué porque los bobos son de muchos provechos para un discreto. Un bobo picado y enojado sirve de truhan: mandado, sirve de burro; despachado, sirve de posta; y á mí me sirvió este de todo esto, y de sombra de hombre, por ser como era hombre de sombra: á lo menos no era loco, como lo son otros barberos, segun dicen malas gentes; algo arrocinado eso sí era. Como me conocia el humor, por parecer que queria simbolizar con él, se esforzó á decir algunas gracias, esforzadas como caldo de enfermo. La mayor gracia que halló á mano, para entretenerme, fué decirme: Señora Justina, ¿sabe qué voy mirando? Respondíle: ¿Qué, señor Araujo? ¡Qué! (replicó) que esa su burra me mira mucho, y no sé si lo hace porque la dé el parabien de que va galana. Yo le dije entónces: Podria ser, señor Araujo, que con el favor que usted hace á mi burra, se entone: y creo que hay algo entre los dos, sino que no lo dice todo. Él se comenzó á echar maldiciones, afirmando que no me tenia cosa secreta. Yo le hablé á la mano, y dije: Tenga, que sin duda le diré en qué pende mirarle tanto mi burra. Sepa, señor maeso, que la sangre sin fuego hierve. Si otro fuera, ya ven si se diera por agraviado del impositicio parentesco: mas él entendióle como el arte de Nebrija. No es lindo que entendió que le habia yo dicho que la sangre sin fuego hervia, por querer decir que la burra era nueva, y su sangre fervorosa. Yo no diera en que él habia entendido mi dicho en esta significacion, sino que por el hilo de su respuesta saqué el ovillo de su concepto. La respuesta fué decirme: Por cierto, señora Justina, si el hervor de la sangre hiciere mal á su burra, á falta de otro mas honrado, yo seré albeitar, por servir á su merced. A este dicho, ¿qué querias que respondiese, siendo el cabe tan de paleta, y la respuesta tan á la mano? Díjele:

Por cierto, señor Araujo, muy enterada estoy yo, que adonde usted estuviere, no puede haber falta de albeitar.

APROVECHAMIENTO.

Las mujeres libres aun los nombres de los santos lugares ignoran : tal es el descuido que tienen de las cosas santas.

5. DEL ENGAÑO MELOSO.

Unisonas.

Un bachiller graduado
De importuno y porfiado
Se pegó á Justina al lado,
Mas él quedó escarmentado,
Del habérsele pegado
En tan mala coyuntura
Para su ventura.
Envióle por cierta miel,
Pero volviósele en hiel :
Y aun anduvo tan cruel,
Que le llevó á Peñafiel
El chapeo y zaragüel,
De que quedó avergonzado
El Anton Pintado.

Dos maneras hay de gentes que no saben lo que tienen; unas que por ser tan ricas no lo pueden contar; otras que por ser tan pobres no tienen que contar. Asimismo hay dos maneras de cosas, que no se saben bien los provechos que tienen : unas porque tienen innumerables, como si dijésemos el unto del hombre, la camisa de la culebra, flor de romero, bálsamo (y sobre todo el dinero), y sobre todo el amarillo; otras porque no tienen ninguno, como si dijésemos el unto de mona, cabeza de rana, ómbligo de oso, ojos de lobo, y sobre todo la pobreza y la sarna. Asimismo entre los hombres unos hay de notable provecho, como si dijésemos los buñoleros, figones, ojaldristas, y sobre todo la familia picaral. Otros por extremo desaprovechados, y sin yugo, como si dijésemos los médicos y boticarios, y sobre todo los escribanos sin número. Pero si algun hombre sin provecho ví en el mundo, fué un bachillerejo algo mi pariente, que aunque me pesó, se me pegó al tornarme de la romería á Leon. Este, en virtud de ciertos cursos interpolados que habia tenido en el colegio de los dominicos de Trianos, llevaba un pujo de decir necedades, como si hubiera tomado alguna purga confecionada de hojas de Calepino de ocho lenguas, y diez y seis onzas de disparates de Pero Grullo, y trecientas cosas mas. Iba tan disparatado en el decir, que si no fuera por mi respeto cuantos pasaban le hinchieran la cara de dedos; porque en achaque de decir gracias, les decia lástimas, y si replicaban, les decia necedades desaforadas, y daba la pernada que desmostolaba la

gente. Un padre de san Francisco le respondió á él como merecia. Iba el fraile en un pollino, y el bachillerejo en otro; no le faltaba sino no ir tan fuera de sí. Así, que mi bachiller en viéndole, dijo así: Padre, ¿en tiempo de nuestro padre san Francisco no andaban los frailes á caballo? El fraile le respondió: Hermano, es porque entónces no habia tantos asnos como ahora. Yo me espanto como á cordonazos no le echó á orear el seso, que me pareció mozo de digo y hago; yo mil veces (hecha una diosa Angerona) puse el dedo en la boca pidiéndole que callase; mas él (hecho un Vulcano) arrojaba rayos de lástimas, envueltos en truenos de pullas, con que abrasaba la gente; esto de decir gracias, si no cae en manos de discretos, es retozar á coces; á un necio parécele que la mejor gracia del mundo es decir secretos propios, y menguas ajenas, y es general engaño de bobos, que como ven que la gente se rie de lo que dicen, é imaginan que hacen aplauso á sus gracias, y no ven los cuitados que son risas que canonizan su necedad y tonterías. Demas que no es mucho que se rian los que oyen faltas ajenas, porque eso procede de que no hay quien no guste de sacar á luz faltas ajenas con la mano de un tonto. El discreto hace las gracias del aire, y de que el otro escupió recio, ó paso, saca facetas gracias, dichos donosos, y entretenimientos suaves. Ca por eso á el dios Mercurio (que era el dios de las gracias y buenos dichos) le pintaban con un perrillo de falda, el cual sin morder ni hacer perjuicio, retoza con el aire y con su sombra; y he oido referir de Séneca, que llamaba perversores de naturaleza, corruptelas del tiempo, y enemigos de la vida humana á los que por via de gracia decian verdades que amargaban, y (como dicen las fábulas) aun el pito pronosticador de buenas nieves y malas nuevas, formó quejas ante Júpiter, porque la corneja un dia (burlando) le llamó carro de malas nuevas: y dijo que las veras no se han de decir por burlas. Helo dicho á propósito del gran enfado que me dió este primo, en decir de burlas cuantas veras él alcanzaba. Decir que llevaba piés ni cabeza en cuanto decia, es pensar que el cielo de Burgos se cae á pedazos.

Por esta causa me resolví en buscar un medio y traza con que echarle de mí, porque viéndose ausente, no ternia correncia de decir gracias en mi servicio. Así, que para aventarle que fuese otro poco en cas del diablo, y juntamente aprendiese á cómo se han de hacer burlas á otros, y de las suyas escarmentase, entablé lo siguiente. Díjele: Primo, mire que me importa mucho que se adelante, y vaya con mucha prisa al meson donde yo posé ayer y anteayer, porque ahora se me acuerda que por olvido se me quedó debajo de mi cama un cesto con unos favos de miel, que yo traje para presentar á un procurador que en tiempos pasados hacia los pleitos de mi madre, y ahora ha de hacer los de mi partija. Entre en el meson como que va á otra cosa, y sáquelo sin que lo sienta la huéspeda: y si le apretare en que le pague lo que yo quedé á deber de posada, abóneme, que bien me lo debe. Ande, aguije, ¿no vuela? ya ve lo que importa, no se quede aquella ozicuda con la miel, que es un muy buen regalo, y vale dinero. Ola, mire que es miel vírgen, guárdela el decoro, no la lleve su entereza, vaya que importa á mi servicio. Pensó el

bobo que le habia hecho los hijos caballeros en mandarle cosas de mi servicio, y aun no entendió el majadero cuan de mi servicio era.

Fué hecho un rayo al meson, llegó jadeando, desasosegado é inquieto, y orgulloso como si á título de la encomienda y comision de los favos llevara un rey en el cuerpo, y fuera juez pesquisidor de la mesonera y del meson. Entró, pues, muy alborotado, y dijo: Ea, huéspeda, déme cuenta de aquellos favos de miel que mi prima dejó. La huéspeda como le vió tan alborotado, pensó que alguna gran presea se le habia olvidado, y díjole: Aquí no sabemos nada de eso; lo que sabemos de esa buena pieza de vuestra prima es que se fué anoche sin mas ni mas, y sin hacer cuenta ni pagarme un chocho: si ella dejó algo en la posada, yo no estoy obligada á dar cuenta de ello, pues no me entregó cosa; pero si ello ha quedado algo en mi casa, ó alguna prenda suya, no me saldrá de ella hasta que me pague el último maravedí. Pensaba la muy pelleja hacer burla de las mujeres de bien, que ganan de comer con el sudor de sus carnes; pague noramala, que segun trae los pasos muy barato le cuesta el dinero, y esta noche debe de haber ganado ella eso, y mucho mas. Han visto el tontillo. No supo responder, sino subióse de rondon por la escalera, y de en aposento en aposento andaba husmeando donde hallaria el cesto de los favos, que era su comision mal entendida y peor efectuada.

Y supongan, para la inteligencia de la burla, que yo á causa de cierta priesa, ocasionada de unos pepinos y ensalada que comí, me habia aprovechado de un cestillo de la huéspeda que hallé á mano, y le hice servicio, y me hizo servicio. Por eso dijo el otro que el bacin era la cosa mas agradecida del mundo, porque le hacen servicio y hace servicio. En fin el cesto sostituyó otro vaso mas sólido; hícele servicio, é hízome servicio: ya parece que me llamas puerca; no te espantes, que son cosas que pasan por las gentes. Andando, pues, el señor mi primo hecho huron buscando el canastillo, viendo la huéspeda que el mocito no descubria caza ni prenda mia en que poder ella trabar ejecucion para hacerse pagada de lo que yo la quedé á deber, asióle la capa, y no la soltó, hasta que le hizo escupir tres reales de moneda forera que se me cargaron de cama, paja, cebada, candil y posada. Hecho esto le dijo: Como busque su miel, melada mala venga por él. Debió de ser justa aquella mesonera, pues le comprehendió aquella maldicion que le echó, diciendo: Melada mala venga por él. Aunque bien creo yo que no estuvo la lacre en ser ella justa, sino en serlo la causa, y en ser yo Justina, y mis trazas mas que por justicia; ya que tuvo licencia cumplida para buscar lo que queria, entró á somormujo debajo de la cama en que yo habia dormido, donde encontró con el cestillo que yo le dije; sacóle, y dió una gran risada, diciendo: Sea Dios bendito, que ya he encontrado miel y cesto. La mesonera como reconoció ser suyo el cestillo, que era nuevo y bien labrado, le dijo (un disparate que suele pasar por gracia): No muy bendito, galan, que es mio el cesto; y diciendo y haciendo, arremete al estudiante á quitarle de la mano el cesto que estaba cubierto con alguna cantidad de lana, que pedí prestada á una almohada: el

pobre por defender el cesto, y los favos putativos, no sé como se fué, que queriéndole encorporar consigo, se le trastornó el cesto con todo el matalotaje, y se puso de lodo vestido, manos, y hocicos : el olor no era el mejor del mundo, el disgusto no poco, y todo lo pasara el estudiante, si la rabia de la mesonera no fuera tan inexorable y furiosa ; mas quiso su desgracia que como la mesonera vió su cesto perdido, arremetió á él por detras, y quitóle el sombrero, con la presteza que el águila quitó el de Diadumeno, hijo de Macrino. Solo fué la diferencia que aquel quitar de sombrero fué pronóstico de investidura real, pero este de desnudez picaral; y no solo le quitó el sombrero, pero un zaragüel de paño que para ir mas ligero habia quitado, é ido con un sevillano de lienzo. El estudiante quisiera arremeter á la mesonera, y darse un refregon con sus sayas para medio partir la ganancia; mas ella por no encerrarse asió de un látigo, y á palos le fué guiando hácia la calle, haciéndole hacer algunas síncopas y sinalefas en la escalera, atrancando los pasos de tres en tres; de esta suerte le echó á orear en la calle, quedándose ella ladrando (que morder era caso peligroso), y diciendo : No tengo yo cestos para pícaros. Andá, bordion. Esto decia dentro de su casa, temiendo á lo público al pobre secretario del papa, etc. El triste mozuelo, que de corrido no hablaba, de temeroso se escondia. Al fin tuvo por bueno darse á partido, y hablar á la mi señora con aquella humilidad y sumision, que si ella fuera la Vandomesa, y él un pobre cautivo.

Señora huéspeda, máteme usted, que, voto á Dios, siquiera por sacar el alma de entre tanta suciedad, me holgara que me matara. Señora huéspeda, déjeme llegar, y no me haga estar aquí afrentado entre tantos muchachos que tienen mi cuerpo cercado. ¿Han visto como se han juntado como moscas á la miel? Señora huéspeda, compadézcase de mí, que estos muchachos no me dejan, como si nunca hubieran visto á un hombre enlodado. Mal haya aquella infame de mi prima, que me hace andar en estas estaciones. Ande, señora, meta aquí la mano, y sacará dinero. Como la huéspeda oyó dinero, enternecióse algo, y por gran merced le miró al rostro; mas como le vió sayo, gregüescos, manos, cara y calzas tan avecindados en Mérida, no solo no llegó; pero huyó, y dijo : Algun sin alma. Andad para bordion á burlaros con la hideputa de vuestra prima. El mocito, pensandoque sus ruegos habrian enternecido la empedernidísima mesonera, íbasele acercando; mas ella, asiendo del látigo, tornó á hacer segunda impresion de palude y palazos sobre el cuarto derecho delantero, con lo cual le hizo ir trepando calle ahita, hasta que embocó por la puerta de la ciudad; y no fué poco caer yendo tan rodeado de muchachos, que festejaban la burla aosadas. En fin el triste, por último albergue, se fué á lavar á una alberca de agua, que estaba junto á la barbacana del muro. Allí se echó en remojo; pero ni quitó la mancha del vestido, ni de la fama. Ya que esto hubo pasado por agua, parece ser que le miraron con mejores ojos, y le recibieron en el meson, donde sacó real y medio, con el cual hizo finiquito de la deuda del cesto : cobró su sombrero y zaragüel, y á vueltas de esto le dió una correccion fraternal la hermana mesonera, á la cual estuvo descaperu-

zado, y tan temeroso como si fuera penitenciado por la inquisicion : y así era, sino que la inquisicion no era santa.

Yo bien adiviné el ruido que á esta hora debia de haber en el meson, porque conocia el humor del mozo, y la codicia y cólera de la mesonera, aunque á prima faz parecia borrega; pero en fin leonesa. Decíame á mí mi madre que una mesonera es como un reloj. Decia bien. El reloj, cuando va de en lance en lance, y de muesca en muesca, ruido hace, pero es pequeño y gustoso; mas si da un golpe en vago, todas las ruedas se descomponen, y hace gran ruido : así una mesonera, que de momento en momento va golpeando la bolsa con dinero fresco de huéspedes que van y vienen, hacen un ruidito suave, y al son de las llaves del llavero alegra el hemisferio de su meson; mas si un huésped se le escapa sin pagar, da el golpe en vago, desconciértase el reloj, y arma un ruido del diablo. El estudiante despachado salió reciamente como una vira á buscarme; pero por ahora no te daré cuenta del suceso del encuentro, porque tengo que despachar otros mejores cuentos. Así que adevinando el alboroto, que á este punto pasaba en el meson que estaba junto á la puerta de Santa Ana, no quise tornar por ella, que es sobre asnedad no huir del lugar en que una vez hubo daño y peligro. Fuíme por una calle que los leoneses llaman Renueva, y creo pusieron este nombre á aquella calle con intencion de renovarse las casas : y como quizá no hubo bolsa para tanto, pusiéronla aquel nombre para cuando lo hagan. Ya no le falta todo, que tras el nombre le vendrá el hecho, si Dios quiere : á lo menos ella es angosta y larga, como cédula de sacar prendas; con todo eso cupimos por ella yo y mi borrico, que no fué poco, segun iba ancho de ver que entraba en ciudad y en poder de quien le sabia bien tañer, y acompañado de otro, digo de Bertol, que tanto monta. Ya te cansará el leer los arrabales de mi leyenda : pues ¿porqué no me lo decias ántes, lector amigo? Quédese aquí norabuena : y en estando de áutan, avísame, que me verás ciudadana, y en el meson, que es mi centro, y quizá te dará mas gusto.

APROVECHAMIENTO.

La mujer viciosa fácilmente se precipita á poner los hombres en peligro, que quien no teme el suyo, tampoco teme el ajeno.

TERCERA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO

DE LA PICARA ROMERA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA MIRONA GUSTOSA.

1. DE LA MIRONA FISGANTE.

Esdrújulos sueltos con falda de rima.

Suele en el verano el blando céfiro
Hacer entre las yerbas varios círculos :
Éntrase penetrando hasta lo íntimo,
Queriéndolas haber con los antípodas.
No pudiendo bajar, sube al empíreo,
No pudiendo subir, torna á lo ínfimo.
Anda, vuelve, y revuelve, y desde el árctico
Da vuelta general hasta el antárctico.

El necio, cuando oye tal estrépito,
Teme como si fuera ruido bélico.
El sabio dice que es cosa utilísima,
Pues los terrestres, aéreos y acuátiles,
En él tienen contra el mal antídoto,
Gusto, regalo, esfuerzo, ánimo;
Solo el enfermo dice ser mortífero
El dulce viento á los sanos salutífero.

Así Justina, hecha un blando céfiro,
Con piés, ojos y lengua hace mil círculos,
Apodos da que penetra hasta lo íntimo,
Sus ojos son zahorís de los antípodas:
Lo que encarece, súbelo al empíreo,
Lo que vitupera, abátelo á lo ínfimo,
Anda, vuelve, revuelve, y desde el árctico
No deja cosa intacta hasta el antárctico.

Oyóla un necio, é hizo tal estrépito,
Cual si resonar oyera rumor bélico,
Mas ella prueba ser cosa utilísima,
Trayendo á cuento (¿qué piensas?) los acuátiles,
Y concluye, que las gracias son antídoto
Contra el daño, y en las penas ponen ánimo,

Que solo un necio siente ser mortífero,
Aquello que llama el cuerpo salutífero.

Dicen que la vista es el sentido mas noble de los cinco corporales, y por esta causa los filósofos le dan muy honrosos epítetos : y he oido que Aristóteles dijo ser la vista la mas noble criada del alma, y la mas fiel amiga de las ciencias : y Platon la llamó espejo del entendimiento : Séneca arcaduz de bienes : Ciceron mina de tesoros : Eurípides llamó los ojos los galanes del alma : Teseo escuderos de la voluntad : Menandro espejos de la memoria : los excelentes griegos, reyes de los poetas, los llaman aljófares, perlas, cristales, diamantes y estrellas. Estos diz que lo dicen, véanlo allá, que si la cota saliere falsa, no seré yo la primera que creo en cotas que no son á prueba : así que todos convienen en que no hay gozo sin vista, y que con ella todos los gustos son tributarios del alma. Por mí digo que esto de ver cosas curiosas y con curiosidad, es para mí manjar del alma, y por tanto les quiero contar muy de espacio, no tanto lo que ví en Leon, cuanto el modo con que lo ví, porque he dado en que me lean el alma, que en fin me he metido á escritora, y con menos que esto no cumplo con mi oficio : y noten que cuando les parezca que murmuro, me aguarden, no me maldigan luego, espérenme, que cuando no piensen, volveré con la lechuga, que aunque sea para con tocino, no es mala, y hecha la cuenta, verán que torno mas honra que la que debo, que no pretendo disgustar á nadie, ni llevar lo bien ganado.

Como digo de mi cuento, yo entré en Leon caballera en mi borrica, por la puente que llaman de San Márcos, que es el nombre de un ilustre convento de los señores frailes de Santiago, á cuyas paredes está arrimada la puente. Esta casa, segun me pareció, tenia muy buena habitacion, si se tomáran las sillas del coro, que son tan buenas, como yo pienso que serán las celdas en que han de vivir, cuando las hicieren. Tambien la iglesia está muy buena. Es muy suntuosa, capaz, esenta, costosa, alta, anchurosa, desenfadada, grave y galana : sino que yo quisiera que la volvieran lo de dentro á fuera, como borceguí : y si así estuviera al derecho, dígolo porque noté que lo mas delicado de la obra, lo mas primo, y mas costoso, y la imaginería de canto mas delicada y mas sutil, la pusieron hácia fuera, al oreo de viento y agua, y lo mas llano hácia dentro. Yo no sé qué fundamento tuvieron los artífices, para hacer un tuerto tan contra derecho. Esta misma cuestion se movió, estando yo presente : y sobre cual hubiese sido la ocasion de traza semejante, daban mis compañeros los romeros varios pareceres : y no se espanten, que ya han prescrito los holgazanes en dar sus votos sobre toda arquitectura y perspectiva; y aun los pícaros no admiten cuento que sea de menos estofa que la toma de la Goleta, y cuando mucho quitan del precio, consienten de por amor de Dios, que se cuente á la ligera un poco del señor don Juan de Austria, con censo de que al mejor tiempo se le ponga silencio, para que se trate de mayores cosas. Así que comenzaron á discurrir mis camaradas en esta cuestion, que á caer entre pícaros llamáran de voz, sin permitirla sentar; pero romeros comen de todo.

El primer voto (sin duda galano) fué decir : Mirad, esta iglesia, como está tan junto al rio, débenla de lavar á menudo, y ahora como la han puesto á secar, sécanla por el derecho, que en estando enjuta, volverán la haz hácia dentro, como á ropa seca. Otro dijo : No es eso, sino que esta iglesia la fundó gente caritativa, y viendo que todo el aire burgalés (que es el dañoso) habia de entrar por esta parte, pusieron hácia fuera la imaginería, para que tocando el aire en ella, se purificase de pestilencia. Devota contemplacion por cierto; pero á mí no me cuadró, porque si esto pretendieran, ¿no habian de haber puesto entre otras santas imágenes algunas medallas que allí hay de mozas tan pecadoras como yo, y otras como yo? Otro dijo que como aquella casa se ha mudado tantas veces, á la iglesia se le antojó tambien : y no se le amañando jornada mas larga, se volvió lo de dentro á fuera, que fué encamisada, de las mas galanas que no he visto : á lo menos, si es así, que desde principio la fundaron aquella casa, como ahora está, una queja tenemos los forasteros de los señores tracistas, y es, que sin duda fiaron poco de nuestra devocion y curiosidad, pues creyeron que no tendríamos flema para entrar á dentro á ver lo bueno, si lo pusieran dentro, sino que lo dispusieron de tal modo, que visto el lienzo del frontispicio, no hay mas que ver. Es como colgadura de tela, que todo se ve de una vez : ó (por mejor decir) es comida á la borgoñona, que todo se sirve junto. Verdad es que adentro diz que tienen un muy buen medio claustro, con una escala de Jacobo, que parece que se hizo á posta para enseñar á trepar. A fe que diz que es agria : aunque no sé si esto de la escalera mal madura es allí, ó en el monasterio de señor san Claudio, donde cantan muy recio unos pavos. Tambien tienen allí en San Márcos una sacristía de muy buen yeso, con variedad de molduras y medallas, que por lo menos nadie dirá que aquella sacristía está hecha en canto llano. Junto á este convento ví un hospital, que se edificó para que esten allí malos los franceses y otras gentes que van camino de Francia, y no buscan á Gaiferos.

Parécele á alguno que soy como el hortelano, que de cuantas yerbas tocó, solo echó mano de la mala; pero aunque pícara, sepan que conozco lo bueno, y sé que aunque esta iglesia, mirada con ojos médicos (cuales son los mios) parece que está al revés; pero para quien mira á las derechas, al derecho está, sino que siempre fué verdadero el refran de aldea : *cual el cangilon, tal el olor*. Los ojos picaños, aunque sean truheros, siempre tienen algo de borrachos, en pensar que las combas del nivel propio son tuertos de lo que mide.

Bien veo que fué muy buena traza no poner aquellas medallas junto al sacramento, y en parte tan escura : y si dije que no hay mas celdas y habitacion que iglesia y coro, búrlome; ca hablando de veras, es claro que es suma alabanza suya el no haber edificado celdas para sí, ni cuidado de su descanso, por solo dárselo á Dios, y carecer de aposentos, porque Dios los tenga holgados, que aunque pecadora, bien sé la historia de Salomon, el cual primero dió templo á Dios que palacio á su corona : y la de Urías, que no quiso cama, por saber que estaba en campaña la tienda del capitan general de los ejércitos el cielo y suelo. Si mi voto no acor-

tara la grandeza de aquellos señores, yo los llamara segundos Urías y Salomones, pues por haber dado insigne templo y casa de descanso á Dios, carecen del suyo propio : cuanto y mas que la órden de aquellos ilustres caballeros no quiere descanso, siendo su profesion y ejercicio el quitar á los enemigos el que desean, y ahuyentar la infidelidad de los términos de su invencible España. Estos cuidados los hacen no acabar claustros, pretendiendo ántes atender á cercar y claustrar ciudades y reinos enemigos : y este asiduo y trabajoso ejercicio les hace, que no sientan la subida de escaleras agrias, gente que escala fuertes con tal valor, que si en las nubes hubiera muros de enemigos, por ellos rompieran, y en el mas alto alcázar pusieran su real bandera, adornada con la espada que da á España renombre famoso y blason insigne. ¿Paréceles que lo he parado bueno? ¿No ha estado buena la buena barba? Pues déjolo, con juramento que es verdad todo esto : y otro tanto que callo, así de lo de veras como de lo de burlas. Hágome de cuenta que callando lo ridículo y lo no tal, quedará la olla de mi seso hecha cazuela de pepitoria. Quiero contar mi derrota y camino.

Dos famosos rios cercan á Leon, para que entre otras coronas que ciñen aquella ilustre cabeza de las Españas, no sea menor una corona de claros y cristalinos rios, adornados de varios y frondosos árboles, pregoneros de una victoriosa é ilustrísima cabeza. Por la ribera de uno de estos rios, alta, llana y apacible, fuí caminando para entrar en la ciudad. Yo amo á aquel pueblo, por ser cabeza de mi madre Mansilla, y así me perdono por haber dicho mal de él. Cuanto dije de mal en la primera entrada, fué disimulo, que el que quiere bien una cosa, siempre anda por extremos, cuando diciendo mucho bien, cuando mucho mal : pero siguiendo el picaral estilo que profeso, acudiré á lo uno y á lo otro; solo vayan con lectura, que lo bueno se tome por veras, y lo que no fuere tal pase en donaire, porque lo contrario seria sacar de las flores veneno, y de la triaca que hago contra sus melancolías tósigo para el corazon.

Fuí caminando, como dicho tengo, por una espaciosa y apacible ribera, hasta entrar en una ancha calle, que tiene ambas las aceras de huertas y planteles amenísimos. Llegué hácia otro convento, que está junto á la puerta, por donde entré en la ciudad, y no tuve poca gana de entrar dentro de la iglesia, siquiera á la puerta, á tomar agua bendita, que no venia yo tan mal obligada de entradas de iglesia, que trajese perdidos los aceros de entrar por sus puertas. Parecióme el monasterio grave y bien edificado; mas quiso mi desgracia que aunque ví la iglesia y el monasterio por de fuera, no entré dentro, porque jamas pude columbrar ni divisar la puerta de la iglesia, ó si la ví, no la conocí, porque una que allí se descubria era agravio manifiesto pensar que por ella se entraba. Por menos inconveniente tuve pensar que en aquella iglesia se entraba por minas, como en la ciudad de Pamplona, ó por el tejado con garruchas, como en algunos castillos, que pensar que por tan poca puerta, vieja y baja, astrosa y estrecha, habian de entrar : porque pensar que era casa encantada, y con puerta invisible, es pensar que somos

esdrújulos : á lo menos no podrán decir que aquella es la puerta de los vicios, sino puerta de las virtudes, pues en la entrada es tan estrecha cuan anchurosa despues. Con esta ocasion pasé de largo, sin ver el monasterio mas que por de fuera; solo pude echar de ver que aquel monasterio tiene mas tierra que el Escorial : entiéndese en las tapias. Por eso decia el otro : Dios te deje, hijo, tratar con gentes llanas, que hacen las casas á mazadas. Verdaderamente que cuando los predicadores quisiesen decir á los hombres que sus cuerpos son casas terrenas, les podrian decir : Acuérdate, hombre, que tu cuerpo es casa leonesa, que en nuestro lenguage jacarandino seria decirle : Acuérdate que tu cuerpo es terreno y desmoronadizo.

Aunque no ví el monasterio, tuve mucho cuidado de preguntar á mis compañeras si le habian visto, y me dijeron que sí. Pedíles que me contasen lo visto, y una me dijo que le mostraron un candelero de Flándes, el cual sobre una piramidal de bronce torneado, funda un vistoso artificio, y de este tronco de bronce salen cuarenta y cinco hermosos candeleros de tres órdenes, á quince por banda, con gran proporcion, y de trecho en trecho, entre candelero y candelero, sembradas bolas de bronce y salvages de preciosa labor, y en el último remate un salvage bravato, con unas armas asidas de la una mano, y en otra un ñudoso baston. Yo, cuando las oí, las dije : Segun eso, cuando ese salvage y salvagicos estuvieren colgados, al menearse el candelero parecerá danza de títeres ó matachines, gobernada por el gran salvage : en fin me hicieron creer que era el mejor candelero del mundo, y por hacerles limosna y buena obra, lo creí. Tambien me dijeron que les mostraron seis cabezas de vírgenes, las tres bien puestas, bien labradas y aderezadas, con unas piedras que fueran preciosas, si todo lo que reluce fuera oro. Las otras dos ó tres las tienen en unas cajas de una madera muy no sé como, y hízoles lástima su mal aliño : mas esto de la pobreza hace que las cosas esten fuera del nivel del deseo. Yo mando dos reales de limosna para el aderezo, y ruego que pidan para ellas, que cuando todas las pícaras den tanto como yo prometo, yo creo que en son de hacer cabezas de vírgenes, podrán hacer otras tantas de lobo.

Como cuando yo oia esto iba diciendo algunas gracias, quiso mi ventura que un cura muy aficionado á los frailes de aquella órden, que me habia venido escuchando, y llevaba muy mal las gracias que yo decia, rompió la presa de súbito, y queriendo hacer la correccion fraterna, cogió un periquillo de predicarme con un hipo, como si hubiera jurado á Dios de convertir esta mi ánima pecadora, que es muy propio de necios tener las gracias por agraz, y pensar que todo donaire es aire corrupto y todo entretenimiento tiempo perdido. Comenzó á dar voces, diciendo : ¡Aquí de la inquisicion, que murmura de los conventos de Dios! ¡aquí del rey, que dice mal de los monasterios reales! y no le faltó sino decir : ¡Al arma, al arma, que es el cuerpo del Draque, y el ánima de Lutero! No podré ni sabré referir todas las razones que me dijo, en reproche de las mias; pero diré las que mi memoria pudiere sacar al ojo de la colada. Va de sermon.

Hermana, si estos padres no tienen gran puerta de iglesia, es porque

ni han menester mucha puerta para salir ellos, ni para que vos entreis, que lo primero les viene de su mucho recogimiento, y lo segundo de su poca codicia, tan conocida en el mundo. Y si vos no hallastes por donde entrar, no importa, que los monarcas, emperadores, papas, reyes y príncipes hallan puerta para entrar por ella á tratallos, regalallos y estimallos. Por esa puerta han entrado y salido gentes, que con milagro conocido han alcanzado salud del cielo en raras y estupendas enfermedades. Es puerta chica, como de castillo, porque los conventos de religiosos son castillo de sabiduría, muro de ciencia, alcázar de santidad, y como castillo de universal armería cristiana, tiene la puerta estrecha. No me espanto que para vos no haya habido puerta, que por la tan estrecha no entran sino los que pretenden desnudarse de la camisa vieja del mal trato y vida pasada. Puertas son que allí donde las veis, á muchos han parecido estrechas al entrar, y anchurosas al salir, quiero decir, pesádoles que fuesen tan holgadas para poder salir, y al entrar no tan anchurosas, cuanto la gana de entrar por ellas.

No se rian del candelero, que tal candelero para tales luces de religion, y tales luces para tal candelero, y si tiene salvages, es una gala, que para ornato divino es muy bueno. Y crean que los santos que sanan enfermos, tienen en sus altares las muletas, en señal del hecho : no fuera impropiedad decir que delante de sus luces estan hombres salvages, en testimonio de las bárbaras é incultas naciones que han reducido á la luz del evangelio. Las santas vírgenes confieso que estan mal puestas. Mas eso es confusion de nuestra corta devocion, y argumento de su pobreza. Cuanto y mas que es grandeza que de tal materia hayan salido hechuras de tres medios cuerpos humanos, y con poco aderezo se pudieran adornar de modo que parecieran mucho. Y otra vez, hermanas, no les acontezca hablar así de los monasterios. Aquí paró el santo cura, que no fué poco, segun habia sido la carrera que habia tomado. Halléme tan confusa, apretada de ver su enojo y mi inocencia, que no supe sino decirle que yo pedia á la iglesia el otro sacramento de la extrema uncion que me faltaba. Tan afligida me ví, que ya pensé que habia recibido todos los demas sacramentos, y solo me faltaba luchar con el diablo.

Quiso Dios que una vecina mia, por divertir mi pena y la correncia del padre cura, salió á decir un cuento, y fué que entrando en aquel convento de que tratábamos, vió en una capilla unas vimbres atadas, con que diz que azotan á los frailes, y se llaman disciplinas, y el fraile que les enseñaba la casa, tomando la disciplina en la mano, las dijo : Señoras, ¿quieren colacion? y ella respondió : Padre, yo ayuno, que es hoy viérnes. Alza Dios tu ira; hele aquí mi cura otra vez mohino. Con este tema, tornó el cura á sus alegorías, diciendo : Ahí verán, son unos santos, no convidan mujeres con veinte meriendas profanas, sino con disciplinas. Mas quieren parecer secos que prófanos, mas desamorados que pretendientes. Pardiez mi vecina y yo, viendo que entablaba para otro sermon, dejámosle dando de mano hasta que se cansó y dejó de moler. ¿No veis qué necio? ¡ miren de que se enojó, de oirme decir gracias! como si mis donaires fueran bombardas. ¡Qué mal sabia este buen

señor, que no hay mejor rato que un poco de gusto! No hay hombre discreto que no guste de un rato de entretenimiento y burla. En su manera, todas cuantas cosas hay en el mundo son retozonas, y tienen sus ratos de entretenimiento. La tierra cuando se desmorona retoza de holgada, el agua se rie, los peces saltan, las sirenas cantan, los perros y leones crecen retozando, y la mona, que es parecida al hombre, es retozona; el perro, que es mas su amigo, es jugueron; el elefante, que se llega mas que todos al hombre, los primeros dias de luna, retoza con las flores, y dice requiebros á la luna. Lo demas que falta dígalo doña Oliva, que libra en el gusto salud, refrigerio y vida; esta sí que era discreta; pero ya se sabe para quien no es la miel, ya se sabe qué ojos disgustan del sol; aclárome. Tambien y todo, ahora que no me oye el clérigo, ¿es necedad pensar que á una mujer que dice una gracia, luego es hereja? Sí, que cristianos somos, y aunque no sabemos artes, ni toldogías, pero un buen discurso y una entrapelia, bien se nos alcanza, sino que estos hombres del tiempo viejo, si dan en ignorantes, piensan que no hay medio entre heregía y Ave María.

APROVECHAMIENTO.

A los santos templos (que para el santo son un despertador del alma, y un incentivo de devocion) hacen la gente libre y disoluta casa de conversacion, y blanco de entretenimiento. Cosa que por ser tan contra la honra de Cristo, morador de los templos, la castigará ásperamente: de lo cual dió indicio su Majestad divina, viviendo en esta vida mortal: pues solo castigó por su mano á los violadores del templo, cosa digna de notar de su modestia. ¡O Majestad suprema!

2. DEL BARBERO EMBOBADO.

Versos sueltos, con fin de rima.

Un solar vivo salvage, vió pintados
Ciertos salvages, que con sus lanzones
Ocupan un hermoso frontispicio
De unas ilustres casas, que en Leon
Habitan los Guzmanes mas famosos;
Quedó abobado solo en ver salvages;
Puédese decir de este embobado:
No difiere lo vivo y lo pintado.

Bertol Araujo (que así se llamaba el malogrado del barbero que se me ingirió) tenia muy poco de especulativo, y dábale notable pena verme tan escudriñadora y curiosa. Mas viendo que no me podia sacar de mi paso, y que era fuerza el verlo todo, me dijo: Señora Justina, pique esta burra, si trae con que, ó sino, déla que ande, y verá la huerta del rey, que es nombrada en Leon, y está dos pasos de aquí. Yo como oí decir huerta de rey, pensé que era algun Aranjuez ricamente aderezado, con mucha murta, jazmin, arrayan, alelis, mosqueta y clavellinas. En fin, huerta

de rey; ¿qué será bueno que viese yo en la huerta del rey? Por vida de mi gusto, que si no fueron muchos infinitos cuernos del rastro, otra mosqueta ni mosquete, otros claveles ni clavellinas, yo no ví. ¿Pues el olor? de pecinas, sangre, lodos, charcos, lechones, era todo tan lindo, que hacia olvidar la fragancia de los mil Aranjueces. Eran tantos y innumerables los cuernos que cubrian el suelo, y aun mi corazon de tristeza, que verdaderamente no sé quien puede llevar en paciencia aquel estar un cuerno siempre jurándolas por la punta, la cual por la mayor parte está vuelta hácia la cara, y querria mas ver puesto hácia mi cara un mosquete á puntería, que aquel maldito y descarado encaramiento corniculorio. Esto llaman los leoneses huerta de rey, que si hay herejías contra la magestad real, esta es una. Mas soy tan dichosa, que nunca me falta quien me saque el ánima de pecado; diréles el cuento, que es donoso.

Encontróme un soldadillo leonés, donosa figura; traia un alpargate y calza de lienzo, un gregüesco de sarja, ó por mejor decir arjado de puro roto y descosido, una ropilla fraileña, que de puro manida parecia de papel de estraza, un sombrero tan alicaido como pollo mojado; una capa española, aunque segun era vieja y mala, mas parecia de la provincia de Picardía; un cuello mas lacio que hoja de rábano trasnochado, y mas sucio que paño de colar tinta, una espada del cornadillo, en una vaina de orillos. Era pequeño, azogado, inquieto, bullicioso y gran bachiller, otro segundo mesado, sin mas ni mas; se enojó en forma de ver que me reia de que llamasen á aquella huerta de rey, y hecho un leon, con la espada empuñada, me dijo: El rey mi señor hizo esta huerta, y esta huerta es huerta del rey mi señor, aunque la pese á la relamida. El rey mi señor es rey de España, y cuando plantó esta huerta, le pareció que para el sosiego que él habia de tener en su casa, le bastaba haber unos simples sauces calisos que aquí plantó, porque lo mas del tiempo ocupaba en vencer infieles, moros y paganos. Sí, y aunque pese á quien pesare, esta es huerta del rey mi señor. Yo no me turbé de esto, que no soy espantadiza: mas á mi burra no sé que le tomó, que no daba paso adelante, aunque la daba palos asaz, pues no sé porque que yo no iba á maldecir maldito aquel. Visto que Bertol no respondia, y la burra no caminaba, y el soldadillo no cesaba, determiné hacerle un fiero espantavillanos, y dije: Si es huerta de rey, ó no, no se meta el muy pícaro en eso: que si llamo á mis criados le haré moler el colodrillo á palos. ¡O como relampagueba los ojos, ó qué asas de brazos, ó qué ademanes! Todo fué tal, y tan bueno, que el soldado determinó encomendarse á san piés, y rezar la oracion del buen callar llaman santo; ansí noramala, ansí se han de tratar estos buscaruidos, que son como cohetes que no hacen mal á quien los apuña, y ofenden á quien de ellos se desvia. ¿Qué se le daba al picarillo que yo dijese lo que quisiese? ¿yo no tenia pagado el alquiler de mi boca por todo el dia? El rey mi señor decia, mira quien dijo el rey mi señor; todos somos del rey, y si tales hombres, por ser soldados, son del rey, muchas mujeres que somos soldadas, aunque mal soldadas, tambien somos del rey.

Concluida esta aventura, apresuré el paso, porque me sacó del mio la pesadumbre de la rencilla, y si por mí fuera, no anduviera mas á caza de ver curiosidades en Leon, por no encontrar mas uñas de leon; pero como sea verdad lo que oi á un galan, galinillo, que adonde acaba el filósofo, comienza el médico, parece ser que cuando yo acabé el deseo de ver curiosidades, comenzó á tenerle el barbero Bertol mi íntimo: persuadíame fuésemos á San Isidro, donde estan muchos reyes juntos sin baraja, que no es poco; mas yo le dije que no era amiga de ver reyes tan de por junto: y por buen arte me escapé de que me llevase á ver las antiguallas de aquel santo monasterio. Si yo fuera muy devota, en lo que yo me habia de ocupar, era en ver á San Isidro de Leon, pues aquella casa en reliquias preciosas es una Jerusalen: en indulgencias, una Roma: en grandezas de edificios, un Panteon: en religion, la Anacoreta: en coro, un cielo: en el culto divina, riquezas, brocados, plata, oro, un templo de Salomon; pero como á los ojos tiernos es la luz ofensiva, tambien esta grandeza lo era para mí, en el tiempo que mis mocedades me traian como corcho sobre el agua. Ya soy otra. Aquí venia bien el dicho de Marioleta (si no fuera gracia insolente) la cual, para persuadir á un su sobrino en que fuese bueno, le dijo: Mochacho, aprende de mí que ya soy otra, que compré un rosario, si á Dios plugo, por señas que aunque está enhilado de un simple hilo de seda floja, no se me quiebra: que no soy como otras traviesas que á segundo dia quiebran el rosario: noranegra cuélguenselo de un clavito, como yo hago, y así durará el rosario: mal cuento, peor dicho; pero peor era yo.

Fuímonos por las casas de los Guzmanes, que es paso forzoso. Estas me parecieron una gran cosa: mas bastaba ser aquellos señores del apellido del mi señor Guzman de Alfarache, para pensar que habian de ser tales. Ahora me dicen estan muy mejorados, y muy ricamente adornados los dos lienzos de casa con ricos balcones dorados, en correspondencia de muchas rejas bajas y altas, de gran coste y artificio, de lo cual resulta una gran hermosura, acompañada de una grandeza, gravedad y señorio trasordinario, anchurosas salas, aposentos ricos, vigamento precioso, cantería y labor costosa y prima, hermosa casa á fé; solo me pareció mal que á una escalera le falta cosa de veinte y cinco varas de pasamano, y dos ó tres salseritas de blanco color, para afeitar unas desvergonzadas tapias de la caja de la escalera, lo cual, por ser en parte tan notoria y comun de aquella casa, hace notable fealdad, digna de enmienda. Aquí, en ver estas cosas, se quedó abobado el barbero Bertol Araujo, aunque para esto de embobarse no habia él menester apetito. Lo que á él mas le cuadró, fueron dos salvages de cantería, que estan á los dos lados del balcon que estan sobre la portada principal, en cuyo frontispicio esta un epitafio, ó letrero, el cual, á dicho de los que le entienden, es tan verdadero como bravato. El Bertol, viendo los salvages, que eran de marca mayor, nunca acababa de repetir: Estos sí que son hombres, pesiatal: porque entendian el gusto barbero, que no supo hablar de burlas, sino con burras vivas; ni de veras, sino con salvages pintados. En San Márcos habia él visto las figuras de muchos emperadores, capitanes,

emperatrices, reinas, galanes, damas, y otras mil curiosidades, y en la misma casa las habia, mas nunca desplegó su boca, para alabar cosa ninguna, sino estos salvages: solo á estos dió título de hombres, y dábale gran gusto verlos tan denodados con sus lanzones. Yo pienso que estos salvages le cuadraron por dos razones: la una, por la conveniencia bobuna: y la otra, porque segun era animal desasociable, si á él le dejáran sangrar, conforme él quisiera, sangrara las gentes con un lanzon, en la figura, traza y postura que tenian aquellos salvages, y con todo eso tenia de exámen: que segun he oido decir, al que va graduado por el que llaman daca dinero, nunca negocio mal. Vaya con Dios, que con esto se podrá decir que somos hoy dia tan caritativos, que aun los bobos no llevan la sangre del brazo, y aun con eso mueren hoy dia las gentes á humo muerto.

Yo bien dejara á mi sangrador espetado y boquiabierto, á que se hartara de ensalvajar los ojos y alma con la vista de sus queridos salvages: mas por los que nos habian visto venir juntos, y por llevar compañía de hombre, como moza honesta, le recordé del susto, para que pasásemos adelante, y él á mis ruegos lo hizo. Verdad es que le dí dos aldabadas á la boca del estómago, para que recordase, y aun ahora no sé si ha acabado de mirar los salvages. Hasta que colamos toda la calle, que llaman la Herrería de la Cruz, otra cosa él no hizo, sino volver aquellos sus ojos á los amigos, que yo no sé como no se deservigó á puro torcer la cabeza, que parecia cigüeña cantora, ó el asno Ciprico, el cual despues que Júpiter le convirtió en hombre, siempre que oia roznar, bailaba, y volvia la cabeza atras.

Ya quiso Dios que llegamos á un meson que está á las espaldas del palacio del conde Fernan Gonzalez, donde entónces vivian los obispos. Consolóme ver que hubiese meson á quien hiciese espaldas un obispo, y mas yo, que tenia algunos pleitos con estudiantes. Antes de tomar posada, le pregunté á mi camarada qué pensaba hacer, y cuando se pensaba ir á Mansilla. A lo cual me respondió que él habia de comprar unas ventosas de vidrio y dos lancetas, y no sé qué listones, y algunas monas muertas y gatos para la tienda, y que comprado aquello, se pensaba partir de mañana. Yo le dije: Pues, señor Araujo, si es que por la mañana se parte, todos iremos de camarada, que gusto de oirle rocinar, digo razonar, por el camino: y crea que poco mas á menos toda la lana es pelos. No sabrá porqué lo he dicho: dígolo porque cuanto á habitacion, conversacion y recreacion, Mansilla y Leon para en uno son. Con esta determinacion entramos en el meson yo y Peranton.

APROVECHAMIENTO.

Las mujeres dadas á vano gusto, no le tienen en mirar cosas honrosas y de autoridad.

CAPITULO II.

DE LA BIZMA DE SANCHA GOMEZ.

1. DE LA ENFERMEDAD DE SANCHA LA GORDA.

Tercetos de piés cortados.

Aquí verás la pintura del dios Ba *co*
En una mesonera gorda y bo *ba,*
Que es puro bodegon carne huma *na.*
Descúbrele á Justina sus amo *res,*
Su trato, su hacienda, y sus secre *tos;*
Justina en pago le hace la mamo *na.*

Era la dueña de este meson viuda de dos maridos, ó (por mejor decir) de marido, á cuya causa traia una toca roquetal, muy larga, que en razon de exceder la gravedad de su persona aquel hábito y toca, se puede creer que la mitad de la toca era por el marido, y la mitad por el fiador. Parecióme algo coja, y no lo era, sino que las gordas siempre cojean un poco, porque como traen tanta carne en el peso, nunca pueden andar tan en el fiel, que no se desquilate una balanza mas que otra : y esta era gorda en tanto extremo, que de cuando en cuando la sacaban el unto, para que no se ahogase de puro gorda. No lo hubiera conmigo, que yo la enjugara la panza con cortezones duros y secos, que ansí curé yo una perrilla de una dama, que tenia hastío de comer bizcochos. A esta mesonera mi huéspeda la llamaban en Leon por mal nombre Cobana Restosna, de que ella se corria mucho, porque se le pusieron por causa de cierta noche que se halló bautizada en vino como sopa. Preguntándola un huésped : ¿Cómo se llama, huéspeda? Respondió que ¿Cobana Restosna, y con él se quedó. La triste quiso decir que se llamaba Juana Redonda, y por decir Juana Redonda, dijo Cobana Restosna. No hay que espantar, que si los moldes, con ser de molde, se yerran, que la lengua se yerre de noche, y á escuras, y en tiempo cargado, y con nieblas en el celebro, no hay que espantar. Despues de este suceso se mudó nombre y sobrenombre, y se llamó Sancha Gomez : mas para memoria del antiguo nombre de Cobana Restosna, le hallarás en la suma del número, en lo sobrado de los piés cortados, que soy como sastre hacendoso que hasta los retacitos aprovecho. La cuitada, para echar el resto á sus pesadumbres, traia un muy grueso cordon, que mas parecia bordon, segun era duro, ñudoso y grueso, que á los dos lados de este gordo cordon tenia una bolsa y llavero de llaves, la bolsa de la hechura de huevo de avestruz, el llavero tamaño, y con tanto hierro, como el incensario de Santiago. Miren si esta carga era para doblegar una mujer, que parecia que constaba de solo carne momia, ó que era carne sin hueso como carne de

membrillo. Sin duda era mala vision : toda ella junta parecia trozo de roble : era gorda y repolluda : no traia chapines, sino unos zapatos sin corcho viejos, herrados de ramplon con unas duras suelas, que en piedras hacen señal. Los anillos de sus manos eran berrugas, que parecian botones de coche en cortina encerrada, nariz roma, que parecia al gigante negro, los labios como de brocal de pozo, gruesos, y raidos, como con señal de sogas, los ojos chicos de yema, y grandes de clara, gran escupidora, que si comenzaba á arrancar, arrancaba los sesos desleidos en forma de gargajos.

Tenia dos lunares en las dos mejillas, tan grandes que entendieran bolargas untadas con tinta. Parecia ella por cierto en la sodomia del rostro no muy avisada, aunque para su cuento nada boba, y menos descuidada en casa; destapóse, y echaron de ver cuan endiablada cara tenia, pues no bastó mi presencia para aparroquiar el meson de pisaverdes, que en fin (como dijo el otro) poco puede un buen despejo donde hay un buen despego.

Luego que columbró gente la mesonera, vino á recebirnos de paz, aunque ántes de hablar disparó una rociada de gargajos, y yo la hice la salva á la gran salvaja primero, que ella bajó solas seis gradas de la escalera de su casa para dar conmigo, y proveer de recado. Ya tenia mi mochillero echado á mi jumenta todo buen recaudo de paja y cebada; anduvo agudo el muchacho, porque en un momento columbró que en los pesebres habia reliquias, y parecióle darlas á besar á mi burra, porque ganase las dulugencias, cosa del diablo, que en un invisible aparvó el muchacho un gran monton de comida : solia él decir que un pesebre recien vaciado era la era de Dios, y que allí cogia él mas que si sembrara. Bajó la huéspeda, si á Dios plugo, y me dijo : ¿Cuanto quiere de cebada, hija? Yo la respondí que de nada abajo, cuanto quisiese me diese. No entendió el gerogllfico, y antes pensó que decia que de medio abajo le diese algo; iba á echar un cuartillo, que es racion de burra, yo la dije : Tenga madre, que mi burra ayuna, y viene acebadada. Con esto soltó el rasero, y acudió al arnero á dar paja; el muchacho (que era agudo, y decia sus gracias de en cuando en cuando) la habló á la mano, y desde léjos la dijo : Madre, tampoco es menester paja, que está la burra empajada, acudiendo á que yo habia dicho que estaba encebadada. La Sancha estaba atónita oyendo la nueva jacarandina, y muy asustada dijo con mucho pasmo : Nunca tal ví ni oí de burra, aunque ha que trato burras mas de veinte años. El barbero echó cebada por sí y por otro, que era tan franco como bobo, y con esto se fué á comprar sus ventosas, y yo quedé con mi mesonera, que de ella á una ventosa encarnada habia muy poca diferencia.

Llamábase la mesonera Sancha Gomez, y siempre se me iba el silbato á llamarla Sancha la gorda, como á la tripera de Jaen : luego que ví el talle de la mujer y el ingenio de ramplon, se me ofreció que habia de hacerla algun buen tiro, y asesté á este blanco, poniendo en razon la ballesta de la atencion, el arco de palabras dobles, el virote de la lisonja, y el jostrado de mi perseverante ingenio : sentéme á sus piés, habléla con

mucha humildad y vergüenza, y llaméla madre y hermosa, y estuve con ella mas amorosa y retozona que gato de monasterio. Ya yo sé que la discrecion tiene tres partes: la primera, olvido de majestades; la segunda, halagos de palabras; y la tercera, inquisicion de secretos, á cuya causa el prudentísimo Mercurio tenia por armas el perro retozon, el lobo olvidadizo, y la culebra escudriñadora; y puesta en este aviso, como loba me olvidé de otras curiosidades y designios, y aun de mis narices (que á acordarme que las tenia, no sufriera un olor de la rabia, y de la mesonera, que todo es uno, mas híceme cuenta que olía boca de lobo); como perrita de falda la hice mil halagos, y como culebra la saqué cuantos secretos tenia, y sin duda la caí en gracia, que es gran cosa entender el trato como yo lo entendia desde que mi madre me crió, que fué flor de mesoneras. Con estas mis razones la ataladré los hígados á la buena vieja, y me dijo de P á PA toda su leyenda, tomando por presupuesto el declararme su Sancho nombre en vano, y el apellido de los Gomez, si bien me acuerdo redujo su linage á los goznes de un arqueton de un molino, de adonde vino que sus abuelos se llamaban Goznes, sino que se corrompió el nombre, y como, cuando á ella vino, venia corrompido, la llamaron Gomez; todo lo hacia por asentar conmigo al odio el nuevo nombre, porque el antiguo de Cobana Restosona no viniese á mi noticia, y era boba, yo al principio pensé que lo redujera á la tarasca, que en mi tierra la llaman la Gomia, que tiene simpatía con el nombre de Gomez; pero no me estuvo mal que se apellidase de los Goznes, para que su arca me diese puerta franca. Díjome como cuando era moza traia una albanega labrada con hilo acaparrosado, con unos majadericos que entónces se usaban, y un rodete hecho de cabellos trenzados sobre alambre, galana Ines con trenzas de pabilos, y rosario de agavanzas. Mil cosas me dijo de los trages de su tiempo, que si era como ella lo pintó andaban las gentes vestidas de monas. No hubo cosa que me escondiese. A lo menos, si todas las mujeres tuvieran tan buen desportage, no se quejara el momo ni Alonso de la fábrica humana, ni retara la falta de no haber puesto Dios vidriera al lado del corazon, por donde se vieran sus secretos, aosadas que la ví el alma, pues decir que me escondió los trances de sus amores en cecina; todo lo dijo, y allí ví cuan poco deben al amor los discretos, los galanes y las damas, pues aquella habia tirado sus gages. A esto dice el amor que estos son los encuentros de cuando juega á la pita ciega; mas á otros con eso, que eso fuera si él jamas saliera de ciego.

Mas ahorrando de cansadazos cuentos ó historias que me contó, yendo á lo que hace al caso, diré una, que fué la que me abrió camino para mis deseos. Teníame ya por tan suya, que quiso repartir conmigo de sus males, y descansar de sus penas, y no lo errara; como tenia por suyos mis oidos, tuviera tambien mi lengua; pero no echó de ver que donde una puerta se cierra, ciento se abren. A este fin me dijo (no sin algunos suspirones enalbardados con lágrimas) como ella habia hecho diligencia de juntar algunos huevos para vender á los huéspedes que habian venido á las fiestas: mas que como valieron las truchas baratas, no gastó siquiera

uno; de que estaba muy apesarada, porque tanto venia á ser la pérdida en los huevos, como la ganancia en posadas de huéspedes: de camino me dijo como por temor de traviesos huéspedes estudiantes habia escondido los tocinos, miel y manteca. Vayan conmigo por caridad, ¿qué alma habia de escaparse de inquieta y azorada, sabiendo que estaba donde habia tocino, huevos y miel? ¿Qué entendimiento hubiera que no moliera mas que un molino? ¿qué voluntad que no se engolosinara, ni qué memoria tan olvidada de su estómago, que no le hiciera amistad en semejante trance? Pero vamos con el cuento, y advierte que me precio de llevar una ventaja á las mujeres, y es que otras comunmente trazan para de repente, yo soy mujer que trazo á lo gatuno, quiero decir que me estaré un dia aguardando lance, como cuando al ojeo de un raton está un gato tan atento y de reposo, que le podrán capar sin sentir, segun está atento á la caza.

Despues de todas nuestras conversaciones, como ella se fiaba de mí, me dijo que la alumbrase con un candil á sacar de un bodegon todo lo que habia escondido, segun y como mas largamente lo habemos referido. Alumbréla, trasladólo todo á una alacena con la veneracion y atencion que si fuera cuerpo santo, cena, y todo lo encerró so el poder de una llave que traia asida de un cordon harto manido y jugoso, el cual se echó al cuello por sobre toca, y la llave por joel, con la estima y respeto que si fuera llave del arca del tesoro de Venecia. Yo no andaba muy sobrada de comida, como ni de dineros; pero nunca hay falta donde traza sobra, en especial en esta ocasion, en la cual con el dedo se adivinara que era muy cierta la merced de Dios (que así se llaman huevos y torreznos con miel). Fué de gran consideracion para mis trazas que no hab a otra persona al meson, sino sola yo, porque una criada y mal criada á lo que dijo la Sancha que tenia, se le habia ido de casa (y á lo que piadosamente se cree) con un requero que la traginó hácia Santander, donde son los buenos besugos y frescos.

Como anduvimos la vieja y yo haciendo San Juan, traspalando mil géneros de baratijas que tenia escondidas, por temor que tenia de que los estudiantes se las hiciesen declinar jurisdicion, quedó muy cansada, y no me espanto, porque yo no la ayudé á nada ni la ayudara, aunque la viera echar los bofes á tarazones, ántes me holgaba de verla despeada como puerco en camino de feria. Parecíame que para lo que habia que nos conocíamos, bastaba que la alumbrase con un candil tan trabajoso, que á puro amecharle me dolian los dedos: maldita sea tan mala invencion como fué la de los candiles; he oido decir que todos los malhechores tuvieron parte en la invencion de los candiles, y que inventó el garabato un gitano, la punta un ladron, la torcida un judío triste, la crisuela una vieja, y el cazo un tavo, y el atizador una sodomita, y el fuego trajeron prestado de una aldea del infierno. Miren qué aliño para no me cansar yo en entender con este malhechor; la pobre Sancha Gomez, con el ansia de acabar su tarea, y componer las alhajas de su casa, no cesó hasta que todo lo puso en buena razon y gobierno. Solo su cuerpo quedó desgobernado con el desmoderado cansancio de las idas y venidas del bo-

degon al aposento, y tan molida y quebrantada de piernas, y cuadril, y caderas, que le fué forzoso en acabando estas diligencias irse derecha á la cama, aunque no muy derecha, pues á cada paso se le torcia el cuerpo, de modo que parecia que iba sembrando cuartos de mesonera, ó que era mercilla al aire. Desnudóse, y como iba sudando, y el desnudar era tan espacioso, resfrióse, y con esto le sobrevino al cansancio un dolor de panza tal, y con él tan apresurados cursos, que entendí serle mas fácil el parir que el parar: dos mangas de arcabuceros no trajeran mas obra é inquietud que ella. Al cabo se echó, ya la tuve un adarme de compasion, y quisiera acudir á su consuelo, viendo lo que por ella pasaba; verdad es que si alguna era mi compasion, mayor era la pasion que yo tenia, por mirar en cual lugar ponia la mesonera el tuson, digo el cordelejo untado, con el pendiente de la llave de la alacena: porque me importaba para mi traza, que no era mala. Como estaba tan congojada y decia á voces que se moria, pensé que tambien se le muriera el cuidado de la llave; mas si no lo han por enojo, despues de desnuda y en camisa, la puso otra vez al cuello en lugar de gargantilla, miren qué hábito del Cármen. Lo cual parte me hizo reir, porque se me acordó del morisco que comulgó para morir, puestas las manos, y tenia entre ellas muy apretada la bolsa, y en parte me hizo rabiar, de ver que mi traza se iba descabalando, que en fin entre aves de caza, primas y oficialas, en el primer vuelo se adivina el alcance y se ven las ventajas. Mas con todo eso volví sobre mi, considerando que no hay castillo roquero, ni alcázar pertrechado, que deje de rendir su entono y descervigar su presuncion, si vé sitiado de una perseverante estratagema, ó imaginacion constante, determinada á morir ó vencer. Acrecentó mi ánimo ver el poco que tenia la vieja. Ello la diablesa de la Sancha estaba perdida, y quejábase de modo que á no ser mal conocido, yo pensara que hacia cuenta con pago. Pluguiera á lasánimas de Purgatorio, que si así fuera, á fé que habiamos de ser herederos *ab intestato* Araujo y yo. Pero guardábame la ventura para serlo *in solidum* de la morisca de Rioseco, segun verás en el tercer libro, que ya asoma la caperuza como la sota de bastos. No dicen que el gato hizo un testamento, en que mandó á sus descendientes todo lo puesto á mal recaudo, y por no se hallar presente el gato, entró el raton *ab intestato*, con decir que él y el gato se parecian en el color del pellejo; y viniendo el gato á cobrar su testamento, el raton lo tragó y royó, á cuya causa quedó perpetua disension entre gatos y ratones. Pues segun eso, bien pudiéramos Araujo y yo ser herederos *ab intestato* de Sancha por la parecencia, puesto que Araujo se le parecia en lo bobo, y yo en lo mesonático. Pero dió en no se morir, y yo en que con su candil habia de encontrar la merced de Dios, con miel encima, como dijo el bobo.

APROVECHAMIENTO.

Débense guardar las viejas sencillas de mozuelas, que con halagos conquistan no tanto su amistad cuanto su hacienda.

2. DE LA BIZMA PEGAJOSA.

Sextillas de piés cortados.

Sancha Gomez mesone
En su meson recebi
A la Pícara Justi
Y al mochillero barbe
Linda trinca por mi vi
De mazo, fluj, y prime
Tomaron la posesi
De la apacible posa
Y la Sancha los rega
Mas llevó su mereci
Que quien hace bien á rui
Jamas espera otra pa

La primera que oyó ficciones en el mundo, fué la mujer. La primera que quimerizó y fingió haber remedio cierto para muerte cierta, fué ella. La primera que buscó aparentes remedios para persuadirse que un daño claro habia remedio infalible, fué mujer. La primera que con dulces palabras hizo á un hombre de padre amoroso padrastro tirano, y de madre de vivos abuela de todos los muertos, fué una mujer. En fin la primera que falseó el bien y la naturaleza, fué mujer. Dirás, hermano lector : Pues, Justina, ¿adonde apuntan los registros de ese breviario? Anda, déjame, letorcillo, que en haciendo un pinico de predicadora, luego me tiras nabos. ¿Sabes á qué voy? á que nadie se espante, si nos viere á las mujeres fingidoras, disimuladas, recetistas, bizmadoras, saludadoras, y todo sobre falso, que todo es heredado, y mas que yo me callo; y tambien voy á contarte lo siguiente. Ofrecióseme decir á Sancha, la mesonera que te he referido, que aquel hombre que venia conmigo, á quien ella habia visto apearse, era el médico de mi lugar, y que era muy inteligente y cursado en semejantes necesidades; y pardiez arrojéme á esto, porque me hice cuenta que lo que allí habia que curar, entre él y yo lo podíamos recetar, y dar una higa al médico, y dos á la bolsa de Sancha, y tres á la alacena, y mil á otras mil cosillas y adherentes necesarios. A este fin despaché á mi mochillero, para que diese priesa á Bertol Araujo, y que acabase de negociar en la plaza de regla, y viniese, porque importaba. Salió el muchacho tocando con la boca la trompetilla como pastareal, que era este su ordinario caminar. Mas cuando el muchacho salia del umbral del meson, ya Araujo venia cargado de ventosas, y aun de penas, á causa de que por haberse parado á ver una mona, se le habia caido una ventosa en el duro suelo. Y temiendo la estrecha cuenta que de ella habia de dar á su mujer en Mansilla, á quien temia como al fuego, comenzó á llorar, de modo que las lágrimas hacian correa, como si llorara arrope. Ello no me espantó que el hombre temiera aquella mujer, porque solia ella decirle al Bertol : Ola, Araujo, no me hinchas las narices, que por esta señal que Dios aquí me puso (y era un lunar) y por aquella luz que salió por boca del ángel, y por el pan que es cara de Dios, que

esa tu cara te sarge. Miren, ¿quién no la temiera? Esto alegaba él, y añadia: Señora Justina, ¿ella no sabe que en toda Mansilla no la saben otro nombre sino Muerte supitaña? ¿Pues con qué ojos quiere que vaya yo á verla enojada? Querria mas ver cien diablos. Yo le consolé, y dije: Por cierto que me parece que ese su mal tiene tan fácil remedio como el hastío de la mula enfrenada del vizcaino, y el estar la roseta del sombrero adelante, que lo uno se curó con quitar el freno á la bestia, y lo otro con volver barras al sombrero. No diga él que compró mas de siete ventosas: y si pidiere cuenta del dinero, dígale que lo gastó en cebada, que hombre como él es forzoso gastar mucha cebada por estos caminos. Con esto quedó mas sosegado que el cornudo á quien llevando á degollar á su mujer, porque habia parido de solos cuatro meses y medio, le dijo uno: Hermano, cuatro meses y medio de dia, y cuatro meses y medio de noche, son nueve meses, y así vuestra mujer es nueve mesal: con lo cual dejó el cuchillo, diciendo: El diablo me lleve si te mato.

Tras esto le dije en cifra la burla que tenia pensado hacer á nuestra huéspeda: mas hablarle en cifra era hablarle en arábigo. Fuéme forzoso llegarme mas hácia él, y decirle pan por pan lo siguiente: Amigo, yo he dicho á esta mesonera que sois médico de nuestro pueblo: tomalda el pulso, y salíos luego conmigo afuera, que yo os diré lo que habeis de hacer, y lo que nos puede valer la trama, si se teje. Ya yo le tenia acreditado con la mesonera, y díchole, á lo menos mentido he dos ó tres curas milagrosas que habia hecho en mi pueblo, y que nunca hombre, que él curase, se murió. Todo verdad lisa, que eso de verdad siempre me precié de ella. Hizo lo que le dije, que era puro para rocin de tahona, segun era de bien mandado. Solo lo que él exceptuaba en todos los mandamientos, era que no le estorbase el llevar con cabezadas los compases á quien le hablaba, y que no le mandasen hablar, porque para semejantes ocasiones nunca tenia palabras hechas. Entró, pues, á la cama de la huéspeda, de la cual á una pocilga no habia diferencia. Sentóse el médico graduado en mi escuela. Tomóla el pulso, el cual con la inquietud andaba tan recio como mazo de batan. Advertíle por señas que la hiciese sacar la lengua, y la tentase estómago, hígado y espaldas, haciéndola volver y revolver barras por momentos. No hago caso de decirte como nos hizo ver visiones; solo digo que en estas tentativas se le aumentó el resfriado, y con él las quejas y deseos de que la curásemos. Hechas estas diligencias, nos salimos afuera yo y el hermano médico á consultar el mal y la cura: y á fé que he oido yo consultas de buenos médicos, que en graves enfermedades iban con menos tiento que yo en esta ocasion. Resultó de la consulta, que por mi órden, en un tono bajo y grave difinió una receta vocal por el órden que yo se lo iba diciendo, que si alguien lo oyera, mas aina pensara que era pregonar que recetar, pues iba diciendo conmigo; y acabóse el razonamiento con decir: Y no falte nada de lo que digo y ordeno. Yo le respondí amen, porque parecia mesa de órdenes, segun iba de grave y repetido. Con esto me entré á dentro á intimar á Sancha mas distintamente lo que con un confuso sonido habia oido al doctor Bertol. Díjela: Madre, dice el doc-

tor Araujo que á usted se le ha de hacer una bizma estomaticona, y ha de llevar los requisitos siguientes: tomarás de lo gordo del tocino, que está mas metido y entrañado en lo magro de un pernil añejo, sin rancido ni corrupcion; derretirlo has, y con ello algo caliente fregarás las sobretripas, que por otro nombre se llama barriga, ó espalda delantera, y juntamente las mejillas dentonas y molares del rostro, porque no acuda el mal á perlesía: despues de esto la fregarás el cuerpo con pan rallado: hecho esto, harás una estopada con doce ó catorce claras de huevos, no muy frescos, sin que se mezcle yema ninguna: sobre esto harás una sufasion de miel en buena cantidad, *et fiat mixtio*: encerótenla y arrópenla. No entenderá todo esto, madre; pero lo principal y los materiales ya lo habrá entendido. Yo me ofrezco á ponerla las manos: y agradézcamelo, que con mi propia madre no hiciera esto. Manda tambien el doctor que despues de echada esta bizma, se esté queda, y cubierta de ropa cuerpo y cara por espacio de hora y media, que con esto será su remedio cierto ¿Qué me dice? ¿No me agradece la diligencia? Pues á fe que si no entendiera de ella que es liberal y dadivosa, y que en otra cosa me lo podrá pagar, no me ofreciera á tanto. Ella, que estuvo atenta á la receta, y tan medrosa de que no se le ordenase cosa que costase dinero, como yo astuta en echar el cartabon de las puertas adentro, acabado que la oyó, dijo: ¡O bendito sea Dios! que no he menester enviar fuera por cosa ninguna de las que ha recetado el señor doctor, que todo eso tengo yo de mi puerta adentro: y vos, hija, no perdereis de mí la paga. Tomá, hija, esta llave: con ella podreis sacar pan, huevos, estopas, tocino y miel. Cerrad la puerta de la calle, no entre nadie: treta vieja para decir que no le cogiésemos nada. ¿Mas con quién las habia? Yo la dije: No la hurtará hombre un pelo, ni se disporná de nada, si no es como lo manda la receta. Fué necesario hacer hombre: y como las mujeres somos soplonas de oficio, y no habia otra por el presente, cúpome á mí la tanda; mas por salir de este trabajo, y por no rogar nada á soplos, supliqué al aceite de una alcuza que atizase por mi intencion. Remojé con ella los maderos verdes, hice una lumbre real, saqué la yema á un pernil de tocino, freíla con una docena de huevos. Rechinaba el oficio, y la mesonera muy contenta, pensando que estábamos muy ocupados en hacerle su socrocio. Sacamos de pañales lo frito: pusímoslo á enfriar, mientras tanto eché en una escudilla el pringue de lo gordo del tocino, lo cual con unas claras de huevos llevé para curar á Sancha. Con esto la unté la barriga, y quedó tal, que parecia cordoban vaqueteado: con lo que sobró la floté los hocicos, de modo que parecia vendimiadora golosa. Tras esto le calafeteé todo el cuerpo con mucha de la clara de huevo y miel, con que quedó tan clarificada como pegada: tras esto la revolví las estopas al cuerpo, y quedó de suerte que en ser redonda y con pelos, parecia vellon en jugo, y en lo apretativo de las estopas y claras parecia cuba breada. Cubríla cuerpo y rostro, y arropéla. Como todo su mal era cansancio y frio, con ropa y calor descansó. Dejé á mi Sancha cubierta, como perol de arroz, sudando mas que gato de algalia, tan cubiertos sus ojos y sentidos, cuan atentos los mios por ir á despachar lo frito.

Cenamos, y no digo mas, porque sabiendo la cena y la gana, estáse dicho el cuento. Ya que vimos á la cena el fondo y bebido de la bota de cuero de Araujo, remordióme la conciencia, y fuí á destapar el perol de Sancha. Halléla medio loca de contento, dándome por lo hecho mas gracias que si yo fuera el mismo *Benedicamus Domino* en persona. Parlaba tanto, y prometia tanto, que temí no se resolviesen sus promesas en palabras, y las palabras en aire, que es su fin y su principio. Ya me enfadaba, y díjela : Madre, acabe de dar gracias tan repicadas en canto de órgano ; déjelas para el *Gloria in excelsis*. Ofrecióme si queria quedarme en su casa, dándome á entender que no estaba fuera de hacerme heredera de su hacienda. Yo repudié la herencia, y repudiara mil, á trueco de no quedar en la pocilga de tan gran cochina, porque temí que á pocos dias que allí estuviera, me convirtiera en chinche, como la doncella Onocrotala, la cual, por ser tan puerca, fingieron los poetas haberse convertido de mujer en chinche, y que desde entónces este animal, por lo que tiene de mujer, busca de noche compañía, y por volver por su honra, busca ropa limpia, porque piensen que lo es ella. Así que herencia de á pié quedo, yo la repudié. Verdad es que si yo me quedara en su casa, á pocos sorbos como estos yo la pusiera á ella y á su hacienda tan en delgado, que ni tuviera para qué sacarse el unto, ni para qué gastar un comino, para dar al escribano por la nota del testamento ó codicilo. Bien sé yo que si le preguntáran á Mostoles qué le parecia de la burla, bizma y receta, dijera mal de ella, por cuanto no se recetó vino para la cura; pero no creo yo del clementísimo Mostoles, que si me oyera mi razon, y viera que no era justo hacer recetas dudosas, con que se pusiera la burla á peligro de dar en vago, dejara de darme por excusada. ¿No es claro que si yo recetara vino, corria peligro el querer sacar dinero, y tras eso se habia de dar cuenta á vecino? Sí. ¿Pues qué burla puede medrar, donde el secreto se extiende á mas de á dos? Antes por esta misma razon enviamos á pasear el muchacho miéntras anduvimos de botica : cuanto y mas que todo tenia remedio, ni aun yo le dí malo, y es el siguiente. Yo le dije al barbero : Señor licenciado, no es justo que la vieja deje de pagar la bota, pues lo bebido fué por su intencion. A la verdad, si yo quisiese de bueno á bueno sacar á la huéspeda para vino, bien creo yo seria el lance cierto : pero lo uno, por reservarme para cosas mayores, y lo otro porque lo hurtado es mas sabroso (y aun de mas estima, porque va por obra de entendimiento y traza) quiero que con maña saquemos á Sancha dinero, con que remojar la obra, que anda muy seca, como dicen los oficiales, cuando echan la buena barba. ¿Qué hago? Dígola : Madre, ahora solo resta, para que el mal no acuda á perlesía, que se le echen dos ventosas en los dos carrillos. No hube bien dicho esto, cuando el Bertol, que estaba encarnizado en curar la vieja, desenvainó las dos ventosas; pero ántes que se las echase, de comun consentimiento la hicimos muchas mamonas, con achaque de que era necesario hacer llamamiento de humores á las mejillas, para que la ventosa los desbombase. Ya que tuvimos gastados los dedos de hacer mamonas, y las reideras de celebrarlas, echámosle las dos ventosas, las

cuales encarnaron y tiraron de manera que la boca se reia renegando, los ojos parecian disciplinados, y los oidos como de liebre. Con esto excedia la Sancha á los consejos de Caton, pues no solo callaba, como él manda en la cartilla, pero ni via, ni oia, ni aun podia. Con todo eso la cubrí la cara con la sábana, porque de lo que no se vé no se da testimonio, y con dos deditos eché mano á la bolsa de Judas, que tenia colgada á la cabecera, como si fuera disciplina, y saqué á discrecion cuartos, los que bastaron para lamprear los torreznos en la sarten de mi estómago. Ya dióme conciencia de tenerla tanto en el potro; y cuando la destapé, estaban tan bien medradas las ventosas, que no se le via la cara. Parecia acémila de grande, con armas de bronce en la cara. Tambien, para quitar escrúpulos, le dije al licenciado que si algo fuese de mas á mas, lo tomase por el trabajo.

Muchas veces me he acusado de esta gatada que hice á Sancha, y estoy bien en que me culpen; pero no tanto como me culpó una vez un sota teólogo, que me dijo en una venta y sobremesa (sabe Dios con qué intencion) que él sustentaria que el mayor pecado del mundo era retozar con la bolsa, y que esto defenderia en pública disputa. ¡Hideputa traidor! sin duda lo dijo por concluir que era menor pecado el retozar con las gentes que con la bolsa. Nunca argüí tanto como con aqueste cabrahigo de teología. Oye lo que le dije, que aunque es necedad meterse las hembras á tontologas, con todo eso sé que te holgarás de verme metida á teóloga. Díjele: Señor talego (digo teólogo) no niego que burlas con la bolsa traen consigo carga de restitucion. Bien sé que es gran pecado; pero no hay porque hacer alborbollas, sabiendo que una gran necesidad, aunque no todas veces excusa del todo, pero siempre excusa en parte, que aun los sabios, para pintar la excusa, la pintaron muy flaca, hurtando un asador con carne asada, donde dieron á entender que no hay pecado mas excusable que aquel que procede de la necesidad de comida y sustento. Estuvo tan necio, que se puso á disputar conmigo, como si yo fuera la misma universidad de Bolonia, y arrojaba terlogías de dos en dos, como pernadas de mulo, que no babia quien asiese una. Si alguna dijo que se le pudiese apuñar, fué que mirase que por gula se perdió el mundo. Yo par diez, como ví que la teología me habia venido á las manos, díjele: Ahí verá que este pecado de la gula no es tan desesperado, pues aunque fué principio de nuestros primeros males, tambien fué ocasion de nuestros postrimeros bienes. Tomaos con Justina, si se ha emboscado por el paraiso terrenal. ¿Qué pensaban? Concluí la disputa con darle un corregimiento hermanal, diciendo: Hermanito, ya que es sembrador, no me siembre de espinas el camino del cielo: distinga entre el ser golosa y pecar contra el Espíritu Santo: no quiero decir que no es mal hecho, que cristiana soy, y bien sé me entiende que comer á costa ajena no está en ninguna de las obras de misericordia, sino cuando mucho estará á las espaldas de los cinco sentidos corporales, juntico á los tres enemigos del alma, sino que es malo y remalo; pero no nos quiera decir que todos los pecados son de una marca. Ya me iba enojando contra los espantadizos; mas yo les perdono, con que rueguen á Dios me

dé con que restituir estas y otras burlas: porque no piense alguno que me ha de acontecer lo que fingieron haber acontecido á Eutropolo, que era gran burlon (conforme al nombre), y porque pagase sus culpas le convirtieron en mona, á la cual los muchachos hicieron muchas burlas, hasta tanto que lastó sus maleficios en el mismo género de sus ofensas. Ello no es posible este metamórfosis; mas cuando mis culpas lo hicieran posible, solo me consolara con que hay ya en el mundo tantas monas de medio mogate, que si yo lo fuera fuera entre tantas monas monarca.

APROVECHAMIENTO.

Permite Dios, por justo juicio suyo, que quien gana hacienda con engaño, sea engañado de otros en honra, salud y hacienda: porque pague en la misma moneda sus delitos.

CAPITULO III.

DEL BOBO ATREVIDO.

Liras seminimas.

Es muy recio
El tiro del dios rapaz:
Y mas necio
Quien sustenta paz
Con él, que al mejor tiempo echa el agraz.
¿Quién pensara
Que el rey de la aficion
Intentara
Tirar á un bobarron
Flecha, saeta y dardo al corazon?
Mas sin pensar
Le hizo tal herida,
Que á perseverar
Justina dormida
Hubiera de caer de recudida.

Sentíme muy cansada, y para remediar mi mal, determiné de echar la comida. Quiero decir, echarme yo y la comida sobre la cama, que eso llamo yo echar la comida. Quiero confesar una verdad, aunque no la doy de diezmo, que segun son pocas entre año, mas gana conmigo el alcabalero de las mentiras, que el dezmero de las verdades. Es, pues, la verdad ciclana, que si el barbero Araujo fuera de otro humor, sin género de duda afirmo que no me atreviera á dormir sola en el meson tan junto á él, que el hombre solo y con muger fué simbolizado en un nogal, junto á la hortaliza, la cual con su sombra se enflaquece, y con sus nueces se deshace. Mas como era un cuitado, parecióme que no se le entendia cosa de provecho, y que cuando tuviera algunas trazas, fueran enfermas, que

no pasáran del quinto, aunque del quinto al sexto no hay mas que un tabique en medio. Con esto me acosté tan segura de que él cantara el alamire, como de que podia yo dormir de re mi fa sol la. Pero no hay que fiar en esta materia de hombre nacido, que ántes las personas mas arrocinadas son mas tocadas de este muermo. Por esta causa fingieron poetas que animales, como son cisne, águila, cigüeña, pato, íbice, elefante y centauro, han acometido diosas celestiales. Dijo bien un filósofo de entre cuero y carne, que la pasion de procrear era muy divina y muy humana, muy alta y muy bajaza por la parte que tira al bien comun: es tan divina que pretende que las bestias puedan arribar á las nubes, y por la parte que es tan terrena pretende deprimir las nubes. Como esta es cosa que no consiste en perfiles de razones, ni en bemoles de palabras, ni en curiosos ardides ó estratagemas, por mi fé que estos asnos presumen de que para el caso hacen al caso mejor que los discretos. Verdad es que se explican mal: pero Dios nos libre de burros en descampado, que como no saben de freno, ni le tienen, con todo atropellan.

Así que estando yo durmiendo á sueño suelto, pasada ya la media noche, y digerida la mona, me cantó el gallo muy cerca, y despertóme, y á no tener pepita, me fuera mal con él. Fué el caso que el señor doctor Bertol queria hacer otra cura en casa, y no la huéspeda. Echen la buena barba, y vean á quien cabia el miedo. Yo debo de ser. Triste de mí, si no supiera conjurar fantasmas de entre once y mona. Yo que le sentí el humor, y adeviné de qué pié cojeaba el muy licenciado, díjele muy de priesa: Señor Araujo. Ce ce, ¿no oye? Escuche, escuche, ¿no sabe? Éstese quedo, no haga ruido. ¿Oyeme? Oya. Él con esto detúvose, y aun creo, si fuera mujer, se le rayara la leche, segun tomó el espanto, á lo que él despues me confesó. Señor Araujo, dije, sepa que despues que se acostó, han venido un monton de huéspedes, y yo por lástima que he tenido de esta pobre mesonera, y porque no pierda la ganancia, los he hecho las camas, y acomodádoselos todos. Ahí junto á su cama está uno, y dice que es muy pariente mio, y me da muy buenas señas de que conoció á mi padre y á mi madre. Por su vida le ruego dos cosas. La una, que si le preguntaren si es mi pariente, diga que sí, porque tiene traza este hombre de matarme, si sabe que estoy aquí con él, sin ser mi pariente, y parece un Roldan. Lo segundo, le ruego que pise paso, porque no los despierte, que vienen cansados y molidos de romería. Si se ha levantado á buscar jarrillo de orinar, hácia acá no hay, maldito sea aquel por ahora: yo le ví anoche debajo de su cama hácia los piés, búsquelo bien, que ahí lo hallará, ó si no, váyase al hospital de las cien doncellas (el hospital de las cien doncellas llamaba él el corral, por las tejas que en él destilan agua, y habléle en su lenguage). Añadí: Tórnese á la cama, y duerma un poco, que ya casi será tiempo que tomemos las del martillado. Con esto amainó. ¿Has oido mi traza? ¿no has atendido como en ella acudí á todo? ¿qué portillo dejé por cerrar? ¿qué razon sobró ni faltó? Y despues dirás que las mujeres somos indiscretas é incapaces, y que por eso no nos dan estudio. Engáñanse, y crean que si nos niegan el estudio, es porque de antemano sabe mas una mujer en la cama, que un estudiante

en la universidad desojándose. Es nuestra ciencia natural, y por tanto las ciencias de acarreo son de sobra. No conviene que á las mujeres nos ocupen en estudios que duren de media hora arriba, porque si tal nos ocupáran, se acabáran todas las buenas trazas repentinas. Los hombres trazan de tarde en tarde, y con tinta y pluma, nosotras en el aire, y por eso, para que se conserven las ciencias repentinas, no es justo nos ocupen en las de asientos. ¿Qué predicador ni qué Apolo pudiera con mas presteza remediar un peligro, como el que yo remedié, con solas cuatro palabras? Acaba, pues, de creer que hay sofías, y que son mujeres. El bueno del doctor fantasma, como me oyó decir que habia en el meson gente y tanta gente, y pariente mio aroldanado, no solo no me habló, pero comenzó á temblar y á mover el aposento á puro temblor, tanto que pensé quedara como otro Cain, conocido por malhechor; pero no era su culpa tanta, pues no hubo sangre. Solíame decir mi madre: Hija, tú fueras buena para falso testimonio, porque te levantas tarde; pero en esta ocasion como sentí la mosca, avivé, levantéme y vestíme, y aun si hallara una cota me la atacara. Y no contenta con esto, me fuí junto á la cama de la mesonera, con achaque de que iba á saber de su salud; mas la verdad era que me pareció á mí que junto á ella no podia correr peligro mujer ninguna, que así como á la oropéndola ninguna vez la conoce el macho en el nido, porque le tiene sucísimo, así junto á tan sucio nido, no me parecia á mí que corria peligro mi honestidad. Ello pardiez que si allí viniera, que lo habia de pagar la vieja, porque á repelones la habia de sacar la bizma de claras de huevos, y flotar con ello la cara á Bertol. Levantóse por la mañana Araujo, y como me vió vestida y en talanquera junto á Sancha, el meson sin gente, toda la casa yerma, que parecia casa de encantamento ó aventura de Galiana, echó de ver su necedad y mi discrecion, y de espanto comenzó á dar manotadas en seco, parecia gato que está á caza de pardales en punta de canal de tejado, y al querer hacer la presa, da una gatada en el suelo, por causa de querer echar al aire las dos manos en qué estribaba. Este no tenia de donde caer alto, porque siempre andaba á burra, sin peligro de poder caer de ella, mas lo que es dar manotadillas en seco, como gato burlado, dábalas que era un contento; corrióse de ver que le habian entendido la treta, y defendiendo el saco, y tanto de corrido y avergonzado, voló sin decir siquiera á Dios que me mudo, y ya disimulara con que no me dijera á mí quedad con Dios, pues estaba escusado de ofrecerme salud de Dios quien me habia intentado enfermedad del diablo, pero el no pagar la posada, con un decir, señora huéspeda, mire que vuelvo barras, fué recio caso.

Para remate de sus desdichas y principio de sus temores, se le olvidaron en la cabecera de la cama de la mesonera cuatro ventosas, y una venda de sirgo, que él decia que le habia mandado su mujer comprar para sangrar las damas, y entre ellas á un muy melindroso capon de mi pueblo, que se sangraba muchas veces del tobillo, y á pesar del diablo, que le habian de poner una venda de sirgo; á este llamaba un sobrinito mio mamá, taita, por verle sin barbas; pérdida fué esta, por la cual fué

ásperamente reprehendido Bertol Araujo de su mujer, á quien llamamos Muerte supitaña. ¿Qué diré? hasta los tiros de la espada dejó olvidados. Negro tiro fué el suyo, que tan mal salió, pienso yo que los vientos no llevaban mas ligereza que aquella con que la vergüenza le sacó de la posada. Aquí verán que tuvieron razon los que pintaron á la vergüenza con alas, pues el vergonzoso, cuando huye, vuela. Y por eso dijo el refran: *El toro y el vergonzoso poco paran en el coso.* Aunque sea anticipar cuentos, es muy donoso el que me aconteció con Araujo en Mansilla. No habia darle un alcance, que la vergüenza de no se haber careado conmigo le hacia no carearse ahora á las derechas; ya una vez no pudo dejar de verme en mi casa, porque le hice llamar para sangrar un huésped que estaba en ella, de quien él sabia que tenia tan buena sangre en la bolsa, como en las venas vino; y no le quise hablar hasta que hiciese la sangría, por no le alterar la mano con el miedo, como el emperador, cuando para sosegar un barbero medroso de ver á su majestad, le tomó de la mano; ya que acabó, hice encontradiza con él, y díjele: Señor Araujo, esta es buena hora para sangrar; pero en horas desacomodadas, avísole como amigo, que no use oficios que no son para hacer á tientas; y dígame, mameluco, como se ha atrevido á venir á mi casa, que nacen en ella Roldanes de la noche á la mañana, que son espantavillanos. Estas y otras mil gracias le dije buenas, pero á hablar con un discreto; pero decir semejantes gracias á tontos, es como quien prueba corneta donde no hay eco. Con todo eso si alguna vez estuvo menos necio, fué entónces, que me dijo: Señora Justina, ¿qué se le antojó decir que habia tanta gente en el meson del pais de marras? ¿A media noche ve visiones? Yo le dije: ¡Ay el mi buen Bertol, buen Bertol! y aun por no ver yo una, dije que via tantas. Diga, bambarría, al maestro cuchillada; con mesonera burlona, quiere burlas en meson; ¿no sabe que yo en meson estoy como Anteon sobre su madre la tierra, que nadie le podia hacer mal, ni de veras, ni de burlas, y él á todos sí? Pues aprenda, y para semejantes trances busque aprendizas, que yo he comido muchas guindas, y tirado muchos huesos, y descalabro con ellos.

APROVECHAMIENTO.

No hay hombre que, estando con mujer á solas, comunmente sea seguro en caso de sensualidad; y aunque mas ignorante sea, ántes deben ser reprehendidas las que con decir: fulano es un ignorante, excusan su flaqueza y falta de recato; siendo esta razon, que antes acusa que excusa, pues la ignorancia es la que carece de freno, y suelta las riendas en semejantes casos.

CAPITULO IV.

DE LA PARTIDA DE LEON.

1. DE LA DESPEDIDA DE SANCHA.

Soneto.

Justina se despide, y pide á Sancha
La paga de la bizma y medecina,
Y porque dé de sí la muy mesquina,
La aprieta con sus brazos, aunque es ancha,
Y como la lisonja siempre ensancha,
Dió de sí, y dió truchas, miel, ceniza.
¡O omnipotentísima lisonja!
¿Cuánto vales? ¿cuánto puedes? ¿cuánto enseñas?
¿Y mas si te encastillas en mujeres?
Allí del bien ajeno eres esponja,
De allí vences durezas, rompes peñas,
Lo que quieres puedes y puedes lo que quieres.

Es uso en la ciudad de Leon, á lo menos entónces éralo, ahora no sé si se ha quitado con los diez dias, digo que era uso que á las cuatro de la mañana, el abogador de una cofradía en voz muy alta iba por todas las esquinas de las plazas, diciendo á voces: Encomendareis á Dios las ánimas de fullano pilletero, y de fulana pilletera, y por aquí iba echando una letanía de gente del otro mundo; y como yo aquella noche habia estado tan despierta, que habia contado todos los relojes, y estuve atenta al pasar este pregonero eclesiástico, espantóme, y duróme el periquillo hasta que la Sancha me refirió la coronica de la cofradía, y no con poca devocion. Despues acá me ha parecido que seria bien mandar quitar aquel uso, que quien oyere aquello á tal hora, pensará que ó es cofradía de trasgos, ó zorra de morrazos. En esta sazon me acabé de vestir, y fuí á dar los buenos dias á mi burra, ¿y qué tales los tenia ella con estos bodorrios? Volví arriba á tomar la bendicion de la gran Trapisonda de mi huéspeda, y preguntóme ¿qué hacia el licenciado, que no la via? Yo le dije que habia partido muy de priesa aquella mañana, que las causas de irse así habian sido muy urgentes: lo uno, porque á lo que yo creia tenia mucho que curar en Mansilla; y lo otro, porque él habia allí en Leon ordenado una sangría á una persona en sana salud, la cual no sucedió bien, y por temor de que no le denunciasen, se habia partido; y verdad es (añadí luego) que él no tuvo la culpa, porque la misma persona que él queria sangrar le dió ocasion, y ántes me espanto como no la desangró, segun ella anduvo descuidada y dormida. Así lo creo yo, dijo Sancha Gomez, que no tendria la culpa el señor doctor, que se le echa á él muy bien de ver que es muy cuerdo y atinado, y por mí lo veo, que nunca hombre tanto bien me hizo, ni médico me curó tan diestramente, y cuando

mas señales no hubiera en él, para ver cuan honrado, cuan discreto, cuan cuerdo y cuan bendito es, bastaba ver las pocas palabras que habló. Por tu vida, oyente mio, que aunque te parezca fuera de propósito, me escuches, y juzgues si tengo yo razon en una cosa que te diré. Sabrás que no hay cosa que mas ofenda y dé en rostro, que oir y ver que algunos (y aun muchos) alaban y engrandecen á algunas personas bobas de ejecutoria, sin otro fundamento, principio, ni razon, mas que decir fulano es discreto, es santo; ¿sabido porqué? porque no habla, porque no dice gracias, porque no se burla, y hoy dia hallarás en las repúblicas y comunidades, que unos necios desconversables, impolíticos, groseros, hacen favor á algunos personages, por decir que no hablan. Aquí de Dios, y válgalo el diablo, como decia el bobo, ¿si estos no saben hablar, qué mucho que no hablen? ¿qué universidad jamas graduó de doctor en callar? ¿qué virtud puede haber donde hay fuerza? Luego si estos no callan por no poder y no saber hablar, ¿porqué han de dar nombre de virtud á lo que ellos mismos quisieran escusar? Dirá la otra vieja roñosa : Hija, ¿no ves el seso de fulanita, que ni rie, ni burla, ni dice gracias ni donaires, ni es chocarrera? Diré yo : ¡Pues, vieja maldita! ¿hay cosa mas fácil que dejar de hacer lo imposible? ¿pues porqué alabas en aquella lo que le es forzoso? ¿qué donaires quieres que diga, quien si se echa al aire no tiene alas con que volar? ¿qué gracias quieres que diga, quien por naturaleza salió en desgracia, como las tres hermanas, que son las madres de las gracias? ¿qué burlas quieres que haga, quien no sabe qué son veras, ni qué son burlas? Lo que yo entiendo es, que como algunas veces hay tontos, mudos en buenos oficios, acreditan otros tales, por calificar su patrimonio, y aperdigarlos para que sus oficios se hereden en personas tales, y lo que peor es, que discretos habladores favorecen á veces tontos mudos, parte porque los han menester para campear junto á ellos, como rosa entre espinas, parte porque presumen que los tales, como no hablan, no parlarán sus males, y de estos se fian por ver que tienen siempre el secreto en el pecho, y yerran lo que antes estos tontos medio mudos, como no saben hablar en canto de órgano, una vez que abren la boca, es para decir en canto llano las verdades que saben, tope á quien topare. En fin que tienen en el pecho secreto, y en la boca secreta. No alabo el parlar mucho, que bien sé que es gran mal : bien sé que es resolver el alma en aire, y dar la llave del castillo al enemigo (Dios nos libre y nos guarde), y que contiene otros mil males, que la lengua los calla, por no escupirse á los ojos : mas lo que vitupero es que se tenga por grandeza y blason decir que uno no hace lo que no sabe, y que sepa callar quien no sabe hablar. Si el que no habla es porque no conviene, santo y bendito, ese tal es digno del lauro de un Hipócrates y Agenore; pero que ese se dé á un callon de por fuerza, es necedad, y por tal la declaro por estos mis escritos. Bien está, tornemos á poner los bolos, y vaya de juego, que no quiero predicar, porque no me digan que me vuelvo pícara á lo divino, y que me paso de la taberna á la iglesia : solo dije esto á propósito de la mesonera que alababa al doctor Bertolo, no solo de gran médico, pero de hombre de pro, porque hablaba poco;

concertáme esas medidas; ¿qué tiene que ver hablar poco, con ser buen médico? como si el ser médico consistiera en abogar en el tribunal de las parcas, para que de hilanderas se tornáran en ser cocheras, para traspasar gentes de muerte á vida. Vean aquí lo que yo digo: esta Sancha como era una jumenta, cuadróle aquel asno mudo; pues díme, vieja de bereceguey, si todo el mundo fuera mudo, ¿quién te relatara la bizma que te sanó, sino que ya es refran viejo: *Lo que ignoran baldonan?*

Una cosa dijo Sancha, con la cual yo estuve muy bien, porque la estuve aguardando el envite al embocadero. Pésame (dijo Sancha) que se haya ido el señor doctor sin decirme nada, que quisiera yo darle un muy buen regalo por el trabajo. Ya yo sabia que la ausencia aumenta los regalos de boca, y á poco los de obra, que por eso pinta á la ausencia con la lengua de fuera y las manos cortadas, y porque esto no tuviese lugar, determiné hacer conforme al antiguo refran, que dice, cuando le ofrecieren la cochinilla, etc., y en cumplimiento de ella dije: ¡Ay señora! si usted tiene aficion al doctor mi primo (que mi primo es), y tiene gusto de obligarle, no lo pierda por estar ausente, que yo se lo llevaré, que aunque sea una trucha, ó cosa fresca, llegará muy buena á Mansilla, pues me parto ya, y he de caminar con la fresca de la mañana. A ella creo le pesó de haber regoldado la oferta de regalo; mas como la habia hecho con tanto ahinco, y yo fortalecídola con mayor, y tomado los puertos á todos los perros que podian estorbar su intento, no tuvo lugar de tornar la habla al cuerpo. Replicó: Pues, hija, ¿qué os parece á vos que se le podia enviar, que le estuviese bien? A mí bien se me ofreció decirla: Pues, madre, ¿ese es el buen regalo que teníades aparejado? mal aliño tiene de dar regalo quien no tenia determinado nada; pero no me pareció ir en esa letura, antes para alejandrarla, así del ordinario bordon de lisonjeros, diciendo: Madre, en casa llena presto se guisa la cena. Tiene la casa tan proveida de regalos, que el menor se puede dar al príncipe y á la princípa, cuanto y mas al doctor mi primo; mas pues lo pone en mi albedrío, paréceme que aquel jarrillo de miel que tiene en la alacena será allá muy estimado, y yo me amañaré bien llevarlo, si va así lleno como ahora está, porque si se vacía algo, batucárseha todo, y perderá la miel su fuerza, y por mucha cuenta que se tenga se caerá y verterá toda. Fué razon concluyente: y allá á tragantones y con hartas contenencias me la dió. Paréceme que si la Sancha cupiera dentro del pipotillo de la miel se me metiera en ella, segun se le fueron los ojos tras él; al punto que me hizo la entrega, no hacia sino destaparle, y mirarle como si me pidiera que la diera testimonio jurídico de algun cuerpo muerto que me depositára allí. Harta gana tuvo ella de pedirme que la dejase mermar algo de la miel; pero para sí esto me dijera, ya yo habia reparado el golpe, con lo del batuquerio y derramamiento.

Tras esto metí yo mi cólera tambien, y dije: ¡Ah, señora, para mi primo se hizo la tierra de promision, que manaba leche y miel, y para mí no darán agua las piedras! Pues á fé que si no fuera yo nacida, que vuesa merced fuera muerta, y con los muchos no apedreé yo las viñas. Si yo comiera miel, no se me diera nada, que de este regalo partiéramos

yo y mí primo; mas soy muy poquito golosa de cosas dulces; ea, reina, siquiera porque me acuerde de ella en mis pobres oraciones. Quiso Dios que oyó las mias la vieja, y me dió un pedazo de cecina que tenia debajo del almohada, no tan frio como puerco, y una gargantilla de avalorio, un rosario melonado bien labrado de azabache tan fino como yo: y lo que mas es, me dió la llave para que yo sacase estas galas de una arca, donde tenia este flete, en un escaparate hecho de ochos y nueves. Yo por pagarle la confianza que de mí hizo, le cogí un espejo del arca. Merced fué que le hice para que no viese su maldita cara, y se ahorcase como harpía; mas no haria, que yo la ví tocar en los cristales de una errada de agua, y no desesperó ni se ahogó. De gasto de cebada y costa de posada no hubo memoria, que *cuando corre la ventura, las aguas son truchas.*

Creeme que un avariento la vez que da es Alejandro, es como Zapardiel cuando sale de madre. Yo hallo por mi cuenta que tanto da el avaro como el franco, sino que el avaro lo da de un golpe, y el franco de muchos: el liberal como siempre piensa en el dar, siempre piensa en el retener. y así salen de sus manos las franquezas con freno y falsas riendas; pero el avariento da sin freno, porque da con deseo de poner fin de una vez á todos los dones. He oido referir de Séneca, que en materia de espontáneas donaciones se atenia á los dones de avariento vivo, y testamento de liberal muerto; y en el libro de Jauja se refiere que cierta gata era bodegonera, y tenia en su servicio otra gata á quien encargó ciertas varas de longaniza para que las vendiese á palmos; vino á la tienda cierta garduña amiga suya á comprar ciertos palmos de longaniza; quísola hacer cortesía, y dar buen palmo, y pareciéndola que palmo de gato es muy estrecho, se hizo cortar las uñas, y con ellas cuchilladas en largo, le midió el palmo tan largo como su voluntad. Pidióle su ama á la gata razon de tamaña perdicion, y de un medir tan sin medida. A lo cual respondió: Quien mide á amigos, no puede medir con uñas, y por eso me las quité. Y si el palmo salió grande, yo no excedí el mandato de usted, porque palmo hecho de uñas de gato palmo de gato es; entónces la gata señora dijo con grande prosopopeya esta sentencia. Sin duda que la vez que hace merced un gato, es Alejandro. El emboque de la aplicacion me perdona, pues ves que le dejo por estar la bola tan junto á barras, que entre buenos jugadores pasa por hecha. Bien te pudiera traer el geroglífico del gusano de seda, el de las hojas del oro, y el del cáñamo; mas no quiero, por cesar de ser coronista de esta mesonera de la pestilencia; solo te digo que harto bien pagué su liberalidad, pues sufrí que me abrazase, ó (por mejor decir) me cinchase, y yo la medio abracé. Digo medio abracé, porque para abrazarla por entero, fuera necesario un arco de la cuba de Sahagun. Tambien sufrí derramarse sobre mi albanega ciertos lagrimones de oveja vieja, y me retozase con sus claras, olor y estopas, que tuve bien que hacer en sacudir de mí tascos y pegotes.

APROVECHAMIENTO.

La hacienda mal ganada siempre paga censo á malos y á buenos. que

contra el ladron, los unos sirven de verdugos, y los otros de jueces.

2. DEL DESENOJO ASTUTO.

Séptimas de todos los verbos y nombres cortados.

En el capitu siguient
Se cuent un cuent admira
De un bachiller disparata,
Neci, bo, loc, imprudent,
En quie se cumpli el refra,
Que tras cornu, apalea,
Y tras los cuern, peniten.

Salí del meson con la furia que sale el impetuoso torbellino impelido del Éolo enojado, y aunque pasé por mi primera posada, no me dió temor ni los Pavones ni la mesonera, porque los unos tuve por cierto que estaban en cartis pitis, y la mesonera (á ley de creo) habia trabado la ejecucion en los muebles del bachiller. Mi burra iba cargada, y sin peligro de que el aire la llevase á trasformar en canícula, á causa de que mi criado y yo habíamos metido en las alforjas mas especies de cosas, que cupieron en el arca de Noé : porque como mi mochillero entendió la vida y humor de su ama, tambien él hacia por su parte tiros, mochilla y levadas, conforme á su capacidad, que no se puede pedir mas á un muchacho de poca edad. Seguia el arte y entendíala, y vílo en algunos buenos tiros que hizo á inocentes platerillas. Mucho me debe aquel muchacho. Hícele hombre, que si yo no fuera tamboritera, no saliera bailador. Aunque salí de Leon por la misma parte que entré, y dije mal de las entradas, me parecieron bien las salidas, que las tiene Leon muy buenas, muy mucho : entiéndese, si las salidas son para no volver jamas, como yo lo he hecho. Venimos cantando yo y mi Lazarillo (que el cantar alivia el cansancio) y aun la burra roznó su poquito bien, viendo echar el bayo á un burro que la salió á recebir, el cual para medir lienzo no le faltaba todo. No me alabo de lo que canté, porque no falta quien diga que en las mujeres, en cuanto crece la dulzura del canto, mengua la inclinacion á las virtudes, sino de que dije coplas que me parecia que se me hacian de mohatra. No me espanto que cantase Marta despues de harta, que el canto fué el padre de las musas y abuelo de la poesía : y el Parnaso fué corte de la poesía, por ser paraiso de los deleites.

Con este ejercicio fué mi burra viento en popa, hasta encimarse y arribar á la cumbre del Portillo de Mansilla, y en viéndose á vista de mi pueblo, cayó : mas la noble é hidalga burra se levantó en un punto mas orgullosa que ántes, de modo que me dió al alma : sí, aquella burra, como era ciudadana, y reconoció tierra de villa, al caer hizo lo que Julio Cesar, que cayendo dijo : Téngote, Africa, no te me irás. Todas estas aventuras y conceptos me llevaban empapirotada el alma, y con próspero viento marchaban mis sentidos á tomar puerto en mi querida villa, que es naturalísima cosa á una mudanza acarrear un deseo de sosiego, y un

extremo otro extremo : porque como desde el príncipe hasta el último gusano ó polvo terreno, todas las cosas estan armadas en el fuste de la mudanza, es claro que por no salir de quien son, jamas toman ningun puesto, si no es para que sirva de paso y tránsito.

Algun miedo llevaba de sí el bachiller melado : parte de cansado, y parte de enojado me aguardaba en el camino : y como sea verdad que un fiel corazon nunca engaña, por la parte que tiene correspondencia con principios, aun mas altos que el mismo cielo corporal, tampoco en esta ocasion me quiso ni pudo engañar. Dicho y hecho. Al revolver de una peña cortante le encontré, muy melancólico y pensativo, que sin duda la cólera, adusta y requemada de tanto esperarme, se le habia vuelto en melancolía. Pero como es natural que la vista del matador hace revivir la sangre helada, é inquietar las precordias, alborotósele la pajarilla, y como si él fuera una colmena de abispas ofendidas, con esa misma furia y susurro de palabras comenzadas y no acabadas, henchia el aire de quejas, y á mí de algunos temores. El mayor que yo tenia era no hubiese cogido alguna sopa de arroyo, ó marimica del cascajal, que es lo mismo que lágrima de Moisen : y dicho en romance, es un guijarro. Esto me hacia mirarle á las manos y a la faltriquera, por si la habia hecho vivar de estevanías, que lo demas no me daba pena, que era un lebroncillo, y no valia sus orejas de agua para cosa de pendencia. Si él fuera un David, no temiera, que los Davides y los Corteses solo tiran piedras á los gigantes, y no á damas : si un Adan, aunque yo hubiera pecado mas que Eva, no temiera, porque nunca he oido que Adan apedrease, ni aun riñese á Eva, por el daño que hizo Si supiera el capítulo que en libro del Duelo que compuso don Oliva, y trata la venganza que pueden tomar los hombres de las mujeres que les ofenden, no temiera, pues se dispone allí que basta por venganza tomarlas un guante : mas de todo sabia poco, y menos de disimular; pero confiada en que nunca me fué mal con estudiantes, se atrevió mi pobre chalupa á abordar con su buen calafeteado ó enmelado bergantin, no con poco cuidado de disimular la risa de la burla, la pena del mal olor, y el temor de sus desacatos.

Era gran habla lorcillo, y por no perder la costumbre, quiso vengarse, no con piedras, sino poniendo en la honda de su lengua las crudas é indigestas razones que se siguen.

Mala hembra, ¿porqué has querido autorizar, con la honra que me has quitado, tu mesonera é ingrata descendencia? Serpiente, ¿porqué me has hecho arrastrar por los suelos de las camas, bañándome de espurcia? ¿No sabes lo que yo y tú oimos en un sermon, que el estiércol de una golondrina causó mil pesares en casa de un santo, que no se me acuerda como se llamaba? ¿Pues porqué has querido estercolarme de hoz y de coz tan sin lástima de mí? ¿No habia otras burlas mas enjutas, y de mejor olor? Naciste entre sebosos ratiños : criástete como gusano en estiércol de letrina. ¿Qué te contaré? Díjome cosas que no cupieran en el Calepino. Yo no por eso perdia tiempo, ni perdoné algun jo á la burra; antes decia el jo doblado, con presupuesto que el un jo era para la borrica, y el otro jo para el bachiller melado, aunque no melifluo. Ya quiso Dios que paró

la bomba. Bien pensó él que le respondiera yo algunas razones, con que ablandara algo su escrupuloso enojo, mas no se me ofreció otra respuesta sino la de Marcela á Garceran:

¿Quiere darme por escrito
Ese largo parlamento?
Que me importará infinito
Para un negocio que intento.

Corrióse porque era copla usada en Mansilla, y recebida por afrenta si una moza la decia á quien la hablaba.

Entónces, él enojadísimo con la afrenta de la respuesta presenté y burla pasada, echó mano á un puñal de dos, que llevaba en la mano, y á cofre cerrado me amagó como valenton. Yo quisiera atropellarle con la burra, mas aunque la espoleé, no me entendió, ó si me entendió, no le quiso hacer mal por el símbolo y parentesco que entre ellos habia. Ofrecióseme de hacer del ojo al acólito, para que conjurara sobre él una nube de pedradas, con que siquiera le espantara : dejélo de hacer, porque como mi picarillo era determinado, sabia que tardara yo mas en decírselo, que él en empedrarle la cara, y esmaltar la miel dorada con la sangre de sus venas, y ansí me determiné tomar por mi persona la empresa de espantarle, confiada en que no era yo la primer mesonera que triunfó de hominicacos.

Bajé, pues, como un leon pardo, ó azul, y fingiéndome furia de onza, y aun de arroba, le amagué con un terron; y juntamente le hice un gesto, tan de hircana furia, que tuvo por mejor mostrarme él á mi las espaldas, que esperar á que yo le mostrara á él los dientes. Con este ademan nos quedamos ambos hechos estatuas de salvages de armas, él con sus dos dedos empuñados en la mano, y yo con mi terron punta al ojo. Él medroso, espantado y absorto de ver mi ademan, yo perseverante por meterle el gesto en las tripas.

Ya fuimos á menos, retraje el brazo, eché á mis espantadores ojos las cortinas de mis párpados, y plegué el pendon de mis extendidas cejas; yo perdí el miedo, y él la cólera, con que pudo hablarme, con algo menos rumbo, aunque no menos correa (que en esto del decir tenia rauda despepitada): llegóseme cerca, y dijo : Señora Justina, que no lo hacian por tanto, que cinco dedos envainados en la palma, nunca dan estocada de muerte Particularmente que un agraviado de justicia pide algun camino para su descargo; y el que yo intenté no era el mas costoso. ¿Parécele bien, señora Justina, haber afrentado su sangre, enlodar á sus parientes, poner mal olor en mi fama y mi persona? ¿Pues así me paga, que todo el camino de la romería la vine acompañando, hecho un Roldan contra todos aquellos y aquellas que la querian agraviar? Dígame, ¿es posible que no tuvo miramiento una doncella tan limpia y tan honesta emporcar un cesto nuevo y limpio como aquel, y tras esto poner mi vida al tabléro, por defender su honra y su limpieza, ó por mejor decir su suciedad? Ya yo sabia que aguardar fin á sus ba-

chilleras razones era buscar el fondo al mar con sonda de calabaza, ó cabeza de alfiler, y por tanto le quise atajar, temiendo no me diese ocasion de segundo relámpago. Basta, basta, le dije, basta, señor enlodado, el del mal olor en su fama y su persona, ¿si él es un bobo, qué culpa le tiene el consejo? ¿Porqué, pues yo le dije que fuese á la cama en que yo dormí, no subió paso á paso, sin ruido, á la propia cama donde yo le dije? Si él fué á otra cama de algun puerco como él, ¿de qué se maravilla que le ensuciasen y afrentasen? En las camas donde yo duermo, nunca yo dejo esos incestos. Si fuera á la propia cama donde yo dormí, hallara ser verdad cuanto le dije, y que debajo de ella estaba un gran cesto de favos de miel; y por mas señas sepa que el procurador que trataba mi pleito en Leon no los quiso, porque me hace el pleito de balde; y yo, por no traer sucia la alforja, derretí los favos en casa del procurador, y traigo la miel conmigo en un perolejo vidriado; véala aquí para que entienda que es un tortolico, y que no hace cosa á derechas; y sepa que no lo tiene todo averiguado, que no lo hará con un real de á cuatro lo que me debe. Lo uno, porque sepa que no me costó poco á sacar de rastro el cesto y favos, que como él lo metió todo á barato, ya no habia rastro de la miel, y pensaba que era negocio dejado, y para sacar el juego dé mañana dí un real á una moza del meson, que me parló cómo y donde estaba: mire si yo no fuera ladrona de casa, y supiera negociar en mesones, ¿qué bueno lo habia parado? Lo segundo, que por el daño que él hizo, y por vengarse dél, me tomaron á mí mas de tres reales de miel, y el cesto, y hube de comprar este pote vidriado. Velo aquí todo pote y miel, y el cesto, y mostréselo, y al verlo quitéle el sombrero en prendas. Él, confuso y convencido de verse culpado, y la claridad al ojo, cortóse, y no supo qué se hacer. Parecióle que habia de ser segundo pleito de mesonera: y tanto mayor, cuanto yo era mesonera mayor de marca. No tuvo otro remedio, sino hincarse de rodillas, y pedirme, por las plagas de san Lázaro, que le fiase la paga, hasta que nos viésemos en Mansilla. Mas yo, como soy misericordiera, eché de ver que no llevaba moneda en que trabar la ejecucion; se le torne con algunas ceremonias y ratificaciones de que escupiria el real de á cuatro en viéndonos en Mansilla. Pidióme tambien con mucha instancia, que no dijese cosa de lo que por él habia pasado á nadie de Mansilla: yo no le dije sí, ni no, porque pensaba, en cobrando el cuatrin, no dejar persona escolar, ni lega, á quien no dijese el chiste; y por contentarme, me dió algunas cintas y arenillas, que de Leon traia, lo cual todo lo tomaba yo, con un ademan tan grave como si le hiciera merced de la vida.

Ya que ví que no tenia mas que dar, sino palabras suyas, que para mí eran tan enfadosas, comencé á darle matraca, avisándole que si allí no desfogaba, no me podria contener en Mansilla: y que mejor era que allí descargase la nube. Con este presupuesto, estuvo un poco quedo, lo que bastó para decirle galanas cosas, sobre lo del haberse ido á fregar al caño, como muchacho azotado, y echarse en remojo como pescada salada, y sobre lo de haberle hecho perder tierra la diosa Palas, digo la mesonera con el palo. Quisiera que se me acordáran los dichos que le dije; pero

ya es comun que las que decimos de repente, no tenemos buena retentiva, causa de no ser húmedas de celebro. Él si con su humedad podrá haber retenido para esto de matracas; era entónces yo una cendra, y aun ahora: *No es tan viejo el moro, que puñalada no diera, si ocasion de burla y fisgo hubiera.* La matraca fué tal, y tan buena, que no fué en su mano aguardarla mas que si fuera melecina de plomo derretido. En fin, tomó, y fuése.

Cuando yo entré en Mansilla, ví que se estaba paseando por la plaza, con el vestido mudado, y en compañía de Bertol. En viéndome que me vieron ambos á dos, fué como si se les apareciera algun muerto á pedir ejecucion de testamento; y aunque mas los ceceé, no hubo venir; y no me espanto, que como yo decia ce, ce, el Bertol pensó que era el ce, ce de marras, cuando le dije ce, ce, téngase, que está aquí mi pariente Roldan: y el bachiller oyendo ce, ce, se acordó del cesto, y por esto huyeron ambos. Con todo eso, el bachiller lo pensó mejor, y para obligarme á que callase, me vino á besar las manos, y me trajo un real de á cuatro, tan duro como un hueso. Puso el dedo en la boca; y como así el callar como el hablar, se hace con la boca, y él apuntaba á la boca, no entendí bien si me decia que callase, ó divulgase la burla. Yo por acertar eché á la peor parte; en especial que yo tenia el cuatrin embolsado. Vi buen auditorio. Comencé á decir pu, pu, y taparme las narices. ¿Qué ha, señora Justina? dijeron los del mercado. Respondí: Fuego de Dios, señor bachiller, y como huele á miel de ovejas. ¿Yo, señora? ¡Ay si! dije, él es señor bachiller melado, que no debió de lavarse bien en los caños de Leon. Mal haya la mesonera que le encerró con tan mala trementina, hideputa del mal ojaldre.

¿Este es el secreto macho que me encargaba, siendo el secreta? La bellaca que tal callara. ¿Parez que calla, señor bachiller? ¿Vuélvese á niño, que no sabe decir la caca? De aquí fuí diciendo, bellacas, que despues que una picara desprende tres alfileres del secreto, no hay tal boemio del gusto. Furiosa fué la venida de hayas que le dí, y la que le dieron los de mi pueblo, que habia en él muchos de baya. Quedó tan asentado el nombre del bachiller melado, y con él tal mancha y mal olor en su fama, que por muchos años que dure no le jabonará taborda.

APROVECHAMIENTO.

Quien quiera triunfa de un hablador, porque su indiscrecion da armas contra él.

3. DE LOS TRAJES DE MONTAÑESES Y CORITOS.

Sextillas unísonas de nombres y verbos cortados.

Yo soy due,
Que todas las aguas be.
Escuch, que quier pintá,
Un mapamund generá,

De Montañe y Asturiá,
Desde el cocó hasta el zapá,
Espád, monté, guadá,
Y si pregunt ¿quien lo ha be?
Yo soy due,
Que todas las aguas be.
Soy la reina de Picardi,
Mas que la rud conocí,
Mas famo que doña Oli,
Que don Quijo y Lazari,
Que Alfarache y Celesti'.
Si no me conoces cue,
Yo soy due,
Que todas las aguas be.

Yo pienso que la bondad de las cosas no consiste tanto en la sustancia de ellas, cuanto en menudencias y accidentes de ornatos y atavíos. Así mismo pienso yo que la bondad de una historia no tanto consiste en contar la sustancia de ella, cuanto en decir algunos accidentes, digo, acaecimientos transversales, chistes, curiosidades, y otras cosas á este tono, con que se saca y adorna la sustancia de la historia, que ya hoy dia lo que mas se gasta son salsas, y aun lo que mas se paga. De aquí saco que pues he referido lo que toca á la jornada de Leon, será justo decir algunas menudencias de graciosos trages y figuras que ví por las aldeas y en el camino, especialmente cuando me torné á Mansilla; y si lo que dijere para alguno fuere agraz, haz cuenta que mi historia es polla, y que la salsa es de agraz.

Yo gustara ser una duquesa de Alba, Bejar ó Feria (y mas ahora, que las tres hermanas son las mismas tres gracias, sobre una misma ínclita é ilustre naturaleza), quisiera, como digo, ser una duquesa, para hacer de estos trages una tapicería tan costosa como la de Tunez, tan graciosa como la de los disparates, tan fresca como la del Apocalipsis. En fin, fuera tapicería tan varia, y de tanto gusto, que su variedad te excusara un Aranjuez, su riqueza unas Indias, su gusto los mil placeres. Decia (y decia bien) una dama discreta: No soy amiga de tapicerías de seda, brocado, terciopelos ni damascos, porque estas son colgaduras de pobres, y probábalo porque estas son telas de repuesto, para que faltando dinero para saya, puedan servir de lo que les mandaren. La que es propio ornato para tapicería, es la que tiene figuras, porque estas tienen mucho provecho y gusto. En invierno, harto pan; en soledad, acompañan; en tristeza, divierten; en necesidad, adornan; en fin, casi suplen lo que los hombres; como se vió en el otro capitan, que no quiso ir en casa de un amigo suyo, que tenia muy buenos tapices, diciendo: No quiero ir á ver hombre enemigo mio, que tiene dinero para sustentar tantos hombres pintados, que quien compra pintados que le deleiten, buscará vivos que le venguen. Así que, si yo fuera duquesa, es sin duda que yo mandara hacer una tapicería de estos trages de los montañeses y montañesas de mi tierra, y coritos y coritas, que te diera muy grande gusto. Lo primero, yo encontré unos

asturianos, á los cuales, por aquella tierra de Leon, unos les llamaban los Guañinos, porque van gruarando como grullas en bandadas, ó quizá porque siempre van con las guadañas insertas en los hombros : otros les llaman coritos, porque en tiempos pasados, todo su vestido y gala eran cueros : alguno dijo ser la causa otra. La verdad es que la falta de artificio, la necesidad del tiempo, la simplicidad del ánimo, y la necesidad de su defensa, les hizo andar de este trage, y no (como algunos maldicientes dicen) el haber salido de Asturias los que inventaron los cueros para el vino, y las coronas para Baco : mas no por eso niego que el Baco tenga allí y haya tenido jurisdicion y gran parte de su real patrimonio; no digo en vivos, sino en vinos. Ahora ya no se visten de cuero, si no es algunos que le traen de parte de dentro, y para esto tienen comercio de por mar con las Indias de Ribadavia, que engendra vino de color de oro. Otros llaman á estos coritos hijos de la Pernina, maldicientes quieren decir : venia esta denominacion de una gran hechicera, que allí traia los diablos al retortero, y se llamaba la Pernina; pero no es por eso, sino que por denotar que sus piernas andan vestidas de las calzas de aguja, que sus madres les labraron en los moldes de sus tripas, les llaman de la Pernina. Todos estos nombres son asentados en las córtes de los muchachos, con solo el fundamento de su niñero gusto; y no es mi intencion que pasen por verdades, pues se sabe que los muchachos han tomado licencia para dar vayas á los mas calificados del mundo; y si yo hubiera de tejer historias de seda fina, á fé dijera bellezas de Oviedo y de la cámara santa, y del principado de Asturias; pero soy relatera, ensarta piojos; y si tomo pluma en la mano, es para hacer borrones; voy con la pluma retozando, con orlas de cortapisas : díselo tú, que á mí no me vaga. Va de cuento : estos asturianos encontré en diversas tropas ó piaras, con tales figuras, que parecian soldados del rey Longaniza, ó mensageros de la muerte de hambre, lo cual creyera cualquiera que los viera flacos, largos, desnudos y estrujados, y con guadañas al hombro : ví tambien que llevaban unas espaditas de madero en la cinta; paréme á pensar qué podia ser aquello, porque decir que habia enemigos, que no podian morir si no es con puñal de madera, era negocio difícil de entender, si no es creyendo que eran enemigos encantados, como los de don Belvanis : imaginé si era batalla de sopas, en la cual se suele hacer la guerra con madera, pero eso fuera si las espadillas tuvieran forma de cucharas; en fin, no atinando la causa, me resolví de aguardarlo á saber en el otro mundo. Miren si es por ahí la gente corita, pues llevan armas incomprehensibles, que agotan el entendimiento : los que iban, sin sombreros y casi desnudos; los que venian traian dos sombreros, y mucho paño enrollado. De manera que imaginé si acaso iban á la isla de los Sombreros, y allí los segaban con aquellas guadañas : en lo del paño tuve envidia, porque las mujeres somos grandes personas de andar empañadas, y de los sombreros tuve curiosidad; así, con toda mi inocencia, pregunté á un asturiano lo siguiente : Hermano, decidme, ¿cuánto hay desde aquí á la isla de los Sombreros donde segais y desde aquí á la isla Pañera donde os habeis empañado? El bellacon del asturiano debia de ser hijo

de la Pernina, y tener la redoma llena, respondió: Señora, los sombreros se siegan en Badajoz, y el paño en Putasi, digo en Potosí. A esto le repliqué luego: Yo entendí que me habian engañado; b en haya el que es llano, y dice las verdades á las gentes: y diga, hermano, y estas espadicas, ¿para qué son? A esto me dijo él: Vamos contra unas mujeres, que estan rebeladas contra don Alonso el Casto; y porque no es honra pelear con hierro contra gente de corcho, llevamos armas de madera. Preguntéle mas: ¿Y en qué isla es eso, galan? Respondió tan presto: Dama, en la isla del Cuerno. Parecióme mozo alegre, y de la tierra, y por diez metí el buen sol en casa, y estiré las preguntaderas, y dije: ¿Y esas guadañas? Dice: Son para segar oro, para contentar las mujeres ruinas, que son muchas, á las cuales (como por una parte son locas, y por todas codiciosas) se les ha encajado que hay en Potosí una muy grande dehesa, en que nace el oro con barbas y raices como puerro; y así, á ruego de muchas, les vamos á segar el oro con estas guadañas y les dejamos las casas en prendas de que volverémos, y á esto vamos para lo que cumpliere. Mil gracias me dijo el asturiano: preguntéle ¿porqué los de su tierra no tenian cocote? Y díjome: Señora, en Asturias, entre dos hombres tienen una cabeza partida por medio; y para que se junten como medias naranjas, están así sin cocote para estar lisas y juntas. Preguntéle que porqué andaban en piernas los asturianos; dijo que porque hay una profecía de Pero Grullo, que fué asturiano, de que en Asturias ha de venir por el rio una avenida de oro, y toneles de vino de Ribadavia, y por estar prevenidos para la pesca, andan siempre descalzos. Preguntéle ¿que porqué hablaban siempre en tonillo de pregunta, y dijo que como tienen fama de que yerran mucho, preguntando siempre puedan decir que quien pregunta no yerra, si no es que pregunte lo otro, que ya me entiendes; tambien dijo que hablaban en tono de pregunta, porque como estan léjos de corte, siempre llevan de acarreo respuestas. Ibanse léjos los compañeros, que á no verlo traza tenia el asturiano de entretenerme todo el dia. Verdaderamente parecia noble, y sin duda lo seria, que aquella tierra tiene las noblezas á segunda azadonada, dado que los nobles de aquella tierra son ilustre y heróica gente. No te he dicho del trage de las asturianas. Oye: unas traian unos tocados redondos, que parecian reburujon de trapos en empujo de melecina. Otras los traian que parecian turbantes de moros: otras (las mas galanas) azafranados, como cabeza de pito: otras de tanto volúmen y de tal hechura, que parecia tejado lleno de nieve; ví tantas diferencias de ellos, como hechuras de pan de ofrenda. En aquella sazon traian todos luto por una persona de la casa real, y era cosa de risa ver los lutos de las asturianas. Una ví que por luto traia una soleta de calza parda, presa con dos alfileres sobre el tocado. Puramente me pareció que las ánimas de aquellas asturianas debian de ser de casta de truchas empanadas en pan de centeno, porque quien viera un rostro negro, una mantilla atras, y otra adelante, no podia pensar sino que allí vivian empanadas las ánimas, no encorporadas, ni humanadas. ¿Pues las diferencias de los calzados no eran donosas? Unas traian unos zapatos de madera, que llamaban abarcas, con unas puntas de madero, que

parecian cola de ternero retozon. Si aquellas mujeres supieran escribir, con los piés pudieran firmar, que aquel pico sirviera de pluma. Otras usan unas sandalias, que llaman zapato de apóstol; estas son de cuero, ó pellejo, y las traen atadas con un cordel tan fuertemente, que despues de calzadas pueden en las soplantes hacer son como pandero; y creo lo hacen á veces a falta de tímpano. Otras traen unos zapatos de vaca, no cosidos, sino clavados con tan fuerte clavazon, como si fuera postigo de fortaleza, y aun algunas, para vestir tan al propio como al provecho, traen echados tacones de herraduras viejas. Una cosa vi en que juzgué que los asturianos deben de ser volteadores de inclinacion, y aves de caza, porque sus madres los crian en el aire. Y es que van camino ocho y diez leguas, y llevan los muchachos en unos cestos ó banastos sobre las cabezas; si como los traen en el aire, fuera en el agua, segun razon, habian de ser pescados, y cerca andan ellos de ello, pues no suelen tener casi nada de carne. Verdad es que á ellas les sobra.

Todas estas visiones llevara en paz y en haz de mi gusto, si encontrara alguna de buena cara; pero teníanla todas tan mala, tan negra y abominable, que yo imaginé que eran salvages escamados; y que quitados los pelos y cerdas, habian quedado así las caras sin barbas. Yo no sé como, siendo aquella tierra fria, son aquellas mujeres negras, porque el color negro es efecto de mucho calor, como se ve en el cuervo : mas debe de ser que con el frio se queman y ennegrecen, como los naranjos cuando se hielan, ó se deben de afeitar con color de guinea, ó las paren sus madres en los cañones de las chimeneas, ó las ponen al humo, que se acecinen, ó cualque cosi; ya seria posible que como Asturias ha sido, y será el muro de la fe, y la heregía tiene por antecristos al ocio, al gusto, y al dios Cupido, proveyó Dios de estas malas caras, porque sin duda, viendo estos caballeros tan malas visiones, se tornáran á la heregía, su señora, diciendo : Señora, hay peste; no es tierra para nosotros, que no vivirémos dos dias; y con esto dejará la heregía la jornada, y el intento de entrar allí, santo y bendito. Ahora digo que las doy licencia para que sean feas del papa, pues tanto importa.

APROVECHAMIENTO.

Animos libres y holgazanes solo ponen su fin en cosas vanas y de poco momento, olvidándose de las cosas sólidas é importantes.

LIBRO TERCERO.

LA PICARA PLEITISTA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA HERMANA PERSEGUIDA.

Tercetos de ecos engazados.

Pusieron en Justina sus hermanos
Manos, lengua, y tras esto una demanda:
Manda el juez pague costas de escribanos,
Vanos jueces (dice) apelo al almirante,
Ante el cual llamaré á Justes de Guevara
Vara de manteca y pecho de diamante.

Ya Dios norabuena asenté real en Mansilla: fuéme como en real, pues contra mí asentaron sus tiros, los que mas obligacion me tenian hermanos y hermanas, unos por codicia, y todos por envidia: y esto duró lo que bastó (y aun lo que sobró) para desengañarme, que la esperanza de buen suceso era ninguna, porque la ocasion era tan durable como mi persona: y aunque á los principios me mostraban hocicos solos á boca cerrada, de ahí á poco abrieron la boca, y deshocáronse: luego mostraron dientes, luego me mostraron las manos, y luego las uñas, cada cosa por su órden: tras ten con ten, pinicos: tras pinicos, andadura; tras andadura, trote, y tras trote, asomo de garrote. Como el odio es fuego, si una vez mina el alma, crece, y cuando mas no puede, revienta. Mis hermanos siempre salian con decirme que yo era libre y pieza suelta: y esto de pieza suelta me repetian cada paso, porque demas de parecerles injuria, la tenian por brava elegancia. Yo jamas les respondia de veras, por no les dar ocasion á que la tomasen, sino hacia mis letradas por via de gracia, que siempre tuve esta por muy buena manera de responder, que la tal respuesta tiene lo bueno de la venganza y lo bueno de trapajija. Es fruta madura para el dador, y verde para quien la recibe. A esto de pieza suelta les solia yo decir: Por cierto que no os entendeis. En realidad de verdura, que una moza villana (digo de villa) yendo á ciudad, es como peon, que en yendo suelto se hace mas presto dama, segun dicen los jugadores del juego de los de Alba, que es el de los escaques. Decíales mas: ¿Qué sabeis vosotros, si con esto grangearé yo un casamiento, con que honre á mi linage, y sea nuestro meson casa solariega, y se llame la casa de los Dieces, ó de los Justinos? ¿Cuantas doncellas las envian

sus padres á comedias y fiestas, para que finjan que van sin licencia, en demonstracion de las finezas de amor, solo á fin de que acarreen á casa un novio mostrenco, de los que creen á las quince? Andad, que bolos son diablos, como dijo el otro, que iba á birlas, y le faltaban diez. Donde no se piensa salta la liebre, y andaba sobre un tejado. Creed, que antes ser pieza suelta me ha de hacer á mí mucho provecho, y quizá á vosotros otras veces: par diez espumaba la olla, y despumaba la mar, y les decia con toda la cólera del mundo, y del diablo y la carne: ¿Qué pensábades que me habia yo de estar aquí hecha monja entre dos paredes? Nunca medre Justina, si vosotros tal viéredes en los dias de vuestra vida, aunque vivais mas que Matuta. No ha habido monja en nuestro linage: no quiero yo ser la primera que quiebre el ojo al diablo. No en vano dice el cantar: ***Mariquita, daca mi manto, que no puedo estar encerrada tanto.*** Estas gracias no podian sufrir, que eran para ellos sol de marzo, que parece que sabe, y da mazada. En fin, viéndome moza de tan buen descarte, mis hermanos me querian tan mal como si de hermana me hubiera vuelto en almorrana. ¿Qué piensas? Viniéronse á poner conmigo en contarme los pasos, en fingir quimeras, y todo era sobre que yo les pedia mi hacienda. ¡Ah interés, interés! mas puedes que la natura, pues ella me dió hermanos, y tu me los volviste culebrones. Hacíanme fieros, y aun si va de confesion, me pusieron las manos, y no para confirmarme, ni aun para componerme el albanega. ¡Ayme! que no hay peores ni mas crudos verdugos para una mujer que hermanos. Estos, para decir desvergüenzas, se aprovechan del privilegio de hermanos: para reprimir y quitar gustos, del oficio de padres: para regalar y hacer bienes, se acotan á hombres, y no mas, que en esto se dice que son tiranos: y para si una pobre moza hace alguito, luego tocan á la hermandad, y aun al arma. Un mal hermano es enemigo, como la carne, que no la podemos echar de nosotras. Quien dijo hermano, dijo herir con la mano: hablo de los que tienen tan corrompido el amor como el nombre. Mis hermanas me ayudaban poco; antes creo ellas de él componian la paz y armaban las pendencias: y sabido el porqué, no era otro sino que me olian dama y orgullosa de condicion, y no podian llevar mis cosas. Maleaban con los de fuera mi crédito, y con los de dentro mellaban mi honra. La tijerada me daban, que me toreaban la ropa, y ainda. Decian de mí que era una harpía, que habia yo sola gastado á mis padres mas que todas: y tenian razon, que yo gasté á mis padres todo el caudal de entendimiento, y no dejé que heredasen. Esto sí, gasté mas que ellas: mas de hacienda yo aseguro que la mitad del tiempo comí lo que no entrara jamas en casa, si no fuera á contemplacion mia.

Es ordinario gente de condicion villana perseguir las personas de buen entendimiento. A este propósito pintaron los sabios á la villanía como corneja, y á la nobleza como águila: y es la causa, porque el águila es tan noble de condicion como libre, y la corneja tan envidiosa como villana. Es de manera, que la corneja siempre anda maquinando males al águila, tanto, que cuando mas no puede, se le pone frontera al águila, para hacerla gestos; mas ella (como reina) no estima por afrenta lo que

hace una ave vil, vasalla suya, que es tan para poco, que aun muerta el águila puede comer, y de hecho con sus alas, como las suyas, y las de la epantera. Esto para mí no era consuelo, porque yo quisiera comerlas en vida, y no aguardará cuando muerta, que entónces no es tiempo de comer.

Es muy propio de jgnorantes envidiar á los sabios, y todo menesteroso tiene envidia de aquello que no tiene. Cuando yo veo que el elefante sufre que se quiera con él levantar á mayores un raton, no me admiro de la enemiga y odio natural y entrañado que tienen los hombres de corto y ratero y ratonado entendimiento con los de bueno. Persigue el raton al elefante, por ver que el elefante tiene todo lo que á él le falta El elefante es enamoradizo, y tanto, que los pechos de una doncella pueden matarle de amores, con ser hembra de especie diferente: y como el raton es tan vil que tiene por madre y padre la corrupcion, telarañas y tierra de sotambanos, y las menos veces engendra un raton á otro, de aquí procede que el raton persigue al animal en quien florece la inclinacion de engendrar, la cual (segun he oido) llaman los filósofos divinísima: y á fe que es mucho, para ser cosa tan de acá abajo. Otras muchas propiedades tiene el elefante, como son grandeza, proceridad, compañía, habilidades varias, gustos de comidas, nobleza, gratitud y excelencias, que no hay en el raton: por lo cual, no reparando en que el elefante le puede sorber como á mosquito, le pretende hacer guerra con grande detrimento suyo, no por otra causa, sino porque lo que al raton le falta de calidad, le sobra de envidia al elefante: en fin que mis hermanas eran ratones, y yo elefante. Mal haya el haber nacido sin trompa, que á tenerla trompeara el cuerpo, y trampeara la hacienda. Con estas consideraciones me animaba á tener por honra esta contienda, y por calidades esta porfía: pero como en fin las mujeres no somos de hierro, no es mucho que ratones que matan elefantes, minando la trampa de mi entono, de cansada me venciesen. Tras todos mis males, me pusieron demanda de mi hacienda ante la justicia de mi lugar. Para mí fué la justicia justicia; para mis hermanas misericordia. En resolucion, el señor Justez de Guevara, que así se llamaba el cogedor de mi pueblo, me condenó á desheredada, y que pagase costas de escribanos. ¡Qué aliño, para no quererlos como á dolor de hijada! ¡Ay de mí! para mí tenia vara de hierro, y para mis contrarios de manteca: harta de esta enjundia hacian mis hermanas. A estas sí consentian mis hermanos que saliesen á deshora á informar la justicia en el pleito, y esto no les afrentaba: y si yo miraba al cielo, ya pensaban que llevaba el rio el ojo á la puente: todo esto se escusara, si Justez me hiciera justicia. Dios nos libre de pleitar en pueblos chicos, donde hace la cabeza del proceso la envidia, el proceso, el soborno, los autos, la aficion, la apelacion, la del alcalde, la revista, solturas, y sobre todo el dinero. Hízome daño el ser conocida por burlona, que nadie se atrevia á hacer conmigo alparcería, pensando medrarian conmigo, como el melado y Bertol. Llamábase el corregidor de mi pueblo Justez de Guevara: y aunque por el nombre de Justez me debia favorecer de justicia, mas paréceme que se acotó el apellido de ladron. Mas á fe que no se fué alabando, que de P á PA lo conté al almirante mi señor.

Viendo, pues, que cada dia salia para mí el sol con ceño, y para ellos sol de boda, determiné ir á buscar tierra donde el sol no fuese embarrador. En fin determiné irme á Rioseco, adonde estaba el almirante mi señor, á seguir el pleito en grado de apelacion, y hacer á derechas el negocio de mi partija. Muchos hermanos juntos por maravilla estan en paz. Son como nabos muy atestados, que no los penetra el fuego: como arcabuz muy atacado que revienta: y como plantas juntas en la tierra de do nacieron, que si no se apartan y trasplantan, nunca medran. Y con esta terná suficiente excusa mi determinacion; y si esta no bastare, llámome Marimaricas, que es tanto como hacer ceribones. Dirásme: ¿Pues como se partió Justina tan de súpito? Aguarda, amigo interrogatorio, verás que tomé gentil carrera para el salto; y sábete que para esto veinte dias ántes hice un ruido hechizo, y fué, que descerrajé unas arcas en que me tenian encerradas unas joyas mias, las cuales saqué con otras niñerías comuneras, que valian buen dinero. Moneda no la saqué, porque no fache geito, como dijo el Galateo, y porque no estaba madura, como dijo la zorra; ello voluntad visto habias, como dijo el Vizcaino. Mas porque el disimulo del descerrajar no era bastante á encubrirme, ántes en caso que me partiese me hacia mucho mas sospechosa, hice otra cosa que me aseguró, y fué que á cierto galan floreado, á quien yo daba alguna audiencia, á la buena fin le dije que me importaba que á las cuatro de la mañana pasase por mi calle y por junto á mi puerta corriendo, y fuese por cierta vereda, y que si fuesen tras él, hurtase el cuerpo á quien le siguiese, y al revolver de un canton, quitase una media nariz postiza, y que si le diesen grita, y le dijesen al ladron, él tambien á bulto lo dijese para disimularse; y que lo mas presto que pudiese, pusiese los piés en polvorosa. No le dije mas, y él lo hizo sin discrepar, que como el amor es ciego, á cierra ojos obedece. Aguardé al punto concertado, y poco ántes que pasase, arrojé desde la ventana dos piezas de plata, una taza y un copon, y comencé á dar voces: ¡Al ladron, al ladron que nos lleva robada la hacienda! Levántanse despavoridos y en camisa. Los de mi casa y los vecinos corren tras él, y no le pudiendo dar alcance mas que si fuera hombre de sombra, ó sombra de hombre, se tornaron no con poca risa de la gente que los vió ir y venir desnudos. Yo les dije al venir. Levantad esas dos piezas de plata que se le cayeron al bellaco. Y con esto hízose mas que creible que aquel ladron habia entrado y descerrajado las arcas. El mozo no pudo ser descubierto, porque (demas de que corria con la ligereza de un pensamiento) se puso la media nariz de máscara que yo le dí, y al revolver de una calle, se la quitó y tornó atras, y comenzó con los otros á appellidar el ladron. Con lo cual fué imposible dar en él, como ni en mí. Yo luego comencé á entablar mi juego, y les dije que mirasen que aquello era castigo de Dios; y todos aquellos veinte dias, ántes que me partiese á Rioseco, hacia ruidos hechizos como de trasgo, y estallidos como de amenazas de ruina, hasta que un dia de San Cristoval, puesta de rodillas ante una imágen, oyéndome ellos, dije: Yo hago voto á tal y á tal ellos pensaron que de meterme monja, y parece ser que se alegraban, esperando que renunciara lo demas de mi legítima; mas salióles el sueño del

perro), voto á tal y á tal de no anochecer en esta casa, porque nó quiero que se caiga, y me coja en pecado mortal de odio y de rencor, que no solo hay en ella ladrones de la hacienda, sino de la paciencia, y aun parece que los diablos andan en esta casa. Díjelo con tal grima que les puse miedo, y aunque me dijeron que estaba loca, tenian temor, y tanto, que aunque me vieron tomar el manto y mi hatillo, me dejaron salir pensando qué de veras y de temor me iba en casa de alguna vecina. Ya yo tenia prevenido un truchero cosario que me llevase á Rioseco, y así lo hizo.

Entramos las truchas y yo frescas, y corriendo sangre. Frescas, porque entramos de mañana; y corriendo sangre, porque la burra sin duda iba pensando algun consonante para alguna copla, cuando se le resbaló un pié quebrado, y me sarjó las narices de la vena de las dos ternillas, y fué la sangre que me salió mucha. Así supiera hablar aquella sangre inocente; y como dijera: ¡Aquí de Dios, justicia contra los mesoneros de Mansilla y contra aquel ladron de Guevara! y sí debió de decir, sino que con el frio llevaba el pecho apretado, y lo otro era de mañana, y como estaban todos en las camas no la oyó nadie gritar. Púdose decir por ella lo que dijo el alcalde bobo á Mariforzada: De hablar hablaste, y mas no te entendiste.

APROVECHAMIENTO.

Los malos no saben tener paz aun entre sí mismos, que lo heredan del demonio, que es príncipe de las discordias.

CAPITULO II.

DE LA MARQUESA DE LAS MOTAS.

Versos heróicos macarrónicos.

Ego poeturrius, caballino fonte potatus,
Ille ego qui quondam Parnasso in monte pacivi
Jam sum cansatus luteas trasiæ deretejas;
Jam cantare nolo porrazos, atque cachetes,
Non porra Herculea, non jam Roldanica maza
Arridet mihi. Cosas de marca minori
Nunc cantare volo. Fussum turnum, atque mazorcam
His quasi gladiis Justina picaña triumphat:
Quam cardatores titulis regalibus ornant.
Hæc est hilanderarum princepa sublimis.
Hæc cardatorum barbatorum stafatora.
Hæc vetularum et brunarum garduna sutilis,
Inter acertatos, hæc est marquesa Motarum:
Atque inter picaros, hæc est picaña suprema.

¡Qué vieja cosa es entre oficiales de audiencia untar con manteca los pleitos para que den de sí como los de cierto pueblo, que untaron un

banco con manteca, para que diese de sí y cupiese mas gente : y sí cupo, mas fué porque se quitaron los capotes; pero la untura de estos escribas hace que quepa un mundo en sus manos, y todo con capote de justicia. A vara de justicia, que siendo tan delgada, hace sombra mas que el árbol de Nabico de Sorna, como dijo el bobo, y con ella se disimulan y encubren hartas cosas, no lo digo sin propósito, que soy linda aplicativa. Es el caso que pensando que mi negocio era mas breve que acento de monjas, aun no despedí el truchero, que esto de negociar como sale tan del corazon, siempre camina con alas; pero un solicitador mio que hacia mi negocio (aunque mas el suyo) me dijo que seria mi negocio largo. Pesóme, porque se me representó que queria gastar papel, tinta, dinero y tiempo, á costa de la pleitista novicia; é hicele un gesto de golosa en miércoles de ceniza. Y como él viese que yo me amohinaba de tan largas esperanzas, y temiendo no me solicitase otra para darle la ganancia de solicitador mio, deseoso de no me desaparroquiar, me apuntó cierta vereda y camino para abreviar mi negocio, diciéndome que por el camino que él me apuntaba, habia tanta diferencia para negociar como hay diferencia en andar un camino á caballo, y con acicates á las quince, ó andallo á pié y con muletas, y á legua por dia, y á veces tornar atras. y añadió : Y con todo eso es via ordinaria ¿Qué cosi cosi? ¿pensó el necio que ignoraba yo aquella junciana si la quisiera usar? y así le dije : Señor mio, no me está á cuento la abreviatura que me ofrece de mi negocio : á otro hueso con ese perro. Entónces él, por abonar su yerto, me comenzó á decir : Pues en verdad, señora, que han venido á mí pleiteantas que han seguido mis consejos, y alguna pleiteanta entró á pié, pobre y sin blanca, que salió con sentencia en favor y con dinero de sobra, y á caballo, y todo por órden mio. Tambien me dijo que entendiese era mucho lo que me ofrecia, y tornó á repetirme lo de la comparacion del que anda el camino á pié ó á caballo. No tenia este necio otro estribo de su arenga ni de su amor, sino esta comparanza torreznera; y por darle tapaboca, y que se le acabase la listecilla con que queria hacer ostentacion del abismo de su aviso, le dije : Señor mio, usted se resuelva, que yo quiero que mi negocio camine á pié y con muletas, y ándese lo que se anduviere, que bien sé yo entenderme con muletas, y aun con mulas. Aquí de Dios, no me muela, que este pleito no es de á caballo, sino de á pié. Haga cuenta que es mi pleito mendicante. El solicitador, viendo mi resolucion, redujo sus motus propios á mi derecho comun, y prometió acortar rienda y tiempo. Con todo eso no fué muy poco el que tardó; pero no tanto como fuera si yo no le hubiera cercenado el portante. Yo tenia mucha cuenta de cebar la lámpara con dinero, y con esto me parece que no se perdia lance, á lo poco que á mí se me entiende de pleitos. Nunca daba dinero adelantado, que son peores que sastres algunos escribanos y letrados, y ántes esto les descuida que les aviva. Aguardaba á la puerta de la audiencia con el dinero en la mano, y con esto era como llevar cascabeles para que á mi son danzasen. Lo que nunca pude acabar con el escribano fué que metiese mas letra en las planas, que iban tan apartadas las partes que parecian que estaban reñidas, ó que eran rebujones de cabellos en cabeza de

tiñoso; ni con que tomase los derechos delante de testigos. No sé qué misterio tenia esto, aunque sí sé que mi bolsa me lo parló, harto ánimo tenia para gastar, que esto de pleitos es como pasion de cátedras, que saca fuerza de flaqueza; y hace que las gentes sean como las perdices de Paflagonia, que tiene cada una dos corazones : mas como el corazon y la bolsa no se cortaron en una misma luna, ni tienen una misma propiedad, vino á ser que el corazon se me hinchó de esperanzas, y la bolsa me vació de dineros, á pocos dias andados despues que entré en Rioseco. Verdad es que era fácil consolarme de la falta del dinero, atento que tenia conmigo piezas y joyas, como ya tengo dicho, y en la presente sazon andaba mas enjoyada que tienda milanesa. Ya que me fué forzoso deliberar sobre el medio para tener dinero, imaginé si seria bueno vender las joyas, las cuales son las mas ciertas suplefaltas, y fiadores abonados en semejantes trances. Pero si no me engaño, paréceme que me dijeron que no querian salir de mi casa, porque no esperaban tener otra tal ama, y tenian razon, porque ama que así las sacase á vistas ninguna como yo; sin embargo de esto, parecióme que era lástima vender piezas ganadas en tan buenas lides : y que aunque hubiese dinero para pagar su valor, pero no mi estima, porque eran mis joyas invencibles, ni avinculadas á mi mayorazgo, pero estábanlo á mi gusto, y por tanto me resolví de buscar dineros por otra via.

Díjeme á mí misma : Ea, Justina, ¿no eres tú la que hallas Indias entre salvages? ¿No eres la que arenillas de campos vuelves arenas de oro? ¿La que en las romerías haces hechos romanos? ¿La que sacaste un Cristo de oro de poder de un sayon? Pues confia que ahora saldrás de aqueste aprieto, pues eres la misma que ántes, y tu ingenio el mismo. Andaba mi cabeza como rueda de molino, y molió un poquito de lo bien cernido, digo, que al cabo acerté con el punto de la dificultad; y tanteando la disposicion del pueblo, la ocasion presente y esperanzas futuras, dí en la mejor traza que se pudo imaginar; óyela, que yo sé que te cuadrará, solo no me pidas cochite herbite, que yo cuento de espacio, aunque trazo de prisa.

Yo vivia en una calle donde moraban muchas hilanderas, que hilaban lana de torno, y tambien mi posada era en casa de una viejecita, que el rato que le sobrába de hacer los ejercicios que abajo verás, lo gastaba en hilar lana de torno. En esta calle habia especialmente tres famosas viejas hilanderas, que segun eran enemigas del género humano, parecian las tres parcas que hilan las vidas, y la principal era mi huéspeda (que está de Dios) que yo he de topar siempre con casas señaladas. Parecióme que con este trato podria tener alguna grangería, no en hilar (que por mis pecados nunca llamé grangería lo que no se hacia solo con gorjear) sino en lo que verás. Mas como para un trato tan mecánico como este, era necesario bajar el entono, determiné mudar pellejo como culebra, quiero decir mudar de vestido. Así lo hice. Recogí mis joyas, corales y sartas, mis sayuelos y mis sayas, mi manto y rebociños, y quedéme (como representante desnudo) con sola una saita parda y corta, una mantellina blanca, mi zapato mocil, en fin á lo hilandero. Ello el

gemecillo de cara, siempre puesto en razon; que por virtuosa que sea una mujer, nunca se suele olvidar de esta estacion, y yo en particular siempre tuve por opinion que no hay traza buena que no tenga en la cara el molde. Y esto mejor lo sé entender que explicar.

Puesta, pues, como pícara pobre (aunque no rota) fuí una ó dos veces á pedir lana para hilar, en compañía de la vieja mi huéspeda, y traíamosla de casa de un cardador que vivia junto á San Andres. Era el cardador muy barbado, como ellos suelen serlo de ordinario, á causa de que el aceite y el arroyo de berruezes tienen el arrendamiento de las barbas de España. Ya yo tenia prevenida á mi vieja que llevase mas lana de la ordinaria, para que yo la ayudase á hilar. Ella la pidió de buena gana, y el cardador me la dió de mejor, y aun me prometió que para mí nunca faltaria lana en su casa. Los cardadores no dejaban de decirme sus remoquetes, y yo los llevara menos mal, si no fuera que aquel olor del aceite me daba intolerable fasquia. Mas decíanme mis compañeras que cuando (melindreando) decia: ¡Ay Jesus, con el aceite, y qué mal que huele! se me ponia el rostro como unas flores. Era sin duda de pura congoja, y ahora echo de ver cuan bonita estaba, pues mientras mas me enfadaba yo, mas se desenfadaban conmigo los de la carda. ¡Ha interés villano! que para poseer tu gusto es necesario comerte como perdiz manida, con las narices tapadas. ¡O interés, interés! no me admiro que esfuerces á pasar mil mares de agua en navíos de frágil madera, ni que el delicado galan y melindrosa dama, los cuezas en el frio de la escarcha, nieve y granizo, y vistas de trapos al que pudiera andar como un conde, pues desnudaste á Justina de sus tan queridas joyas y galas, y la hiciste que en compañía de una abominable vieja y unos agaleotados cardantes, pasase por los mares del aceite, que son sobre manera penosos, contra quien no bastan alas de paloma, ni aun de grifo. ¡O interés, interés! bien te pintan con espuelas calzadas y con alforjas, pues en mí vi que de plano me volviste en mujer de alforja cuanto al vestido, y en mujer de pluma cuanto á la ligereza. Tal era mi diligencia. Así que yo iba y venia en casa del cardador, cuando con la vieja, cuando con mis vecinas, hasta que ya me conocian, y tenian en aquel obrador y en otros por parroquiana ordinaria: y me prometieron darme á mí que hilar, sin llevar padrinos ni intercesores, ni mas fiadores que mi persona y mi cara. Andados unos pocos de dias, les dije á las tres parcas: Madres, vosotras no os podeis menear, porque una de vosotras es tullida, otra gotosa, y otra coja; y mientras vais y venis en casa del cardador á pedir y traer la lana que habeis de hilar, perdeis de hilar cada una tres libras, y de salud cuatro, porque la congoja que os causa la prisa de tornar á vuestra tarea, os acaba, y es lástima, madres, trocar la vida por lana de ovejas; mejor será que vais hoy conmigo todas tres al obrador del maeso, y digais que á mí me entreguen en vuestro nombre toda la lana que vosotras y yo hubiéremos de hilar, que yo daré de todo muy buena cuenta. A vosotras os está bien, y á mí no mal. La paga que de vosotras quiero sea á vuestro gusto; y si le poneis en el mio, digo que no quiero de cada una de vosotras mas que un cuarto por ir y venir cargada, que son tres cuartos en-

tre todas, quemado sea tal barato. Y para decir verdad, lo que mas me mueve es la lástima que os tengo. Las viejas entraron en acuerdo sobre la concesion destos millones (que para ellas lo eran). Y aunque las demas decian que bastaban tres maravedis, mi vieja (como era la bruja mayor del hato) las hizo acetar el partido. Celebrado este contrato, de mancomun se fueron conmigo, y me abonaron con el maeso y maesos; de lo cual se holgaron no poco los lanudos, viendo que ahorraban de tan malas caras, y que el trueco era tan bueno. Con esto entablé yo mi juego, como se podia desear. ¿Pensarás que pretendia yo hilar esta lana? Mejor me trasquilen, que yo tal quise ni hice. Yo te diré lo que hacia. Yo traia la lana, y encargaba á las vecinas que la hilasen delgada, igual, lasa y á provecho. Cobraba el hilado, tornábalo, y dábanme el dinero. Dirás ahora: ¿Pues esa es la famosa traza que Justina tanto cacareó? ¿Pues ganaba Justina en traginar cada dia treinta ó cuarenta libras de lana? Negros doce maravedís. ¡Gran cosa! Antes parece que era perder tiempo, y servir de balde, y ser como el sastre del Campillo, y la costurera de Miera, que el uno ponia manos y hilo, y la otra trabajo y seda. Advierte, y no te engañes, que si no miras mas de á como lo he contado, es como caso de conciencia en materia de restitucion, puesto por boca del mismo mercader interesado, que lo afeita de manera que si encuentra un nuevo teólogo, buscadero de los de á ciento en carga, no solo le tumbará, pero haràle parecer que un promontorio de injusticia es monte de piedad, y una manifiesta usura es una variedad heróica. Sábete que en esto de pedir yo la lana y traerla y llevarla por mi mano, tenia yo muchas é infinitas ganancias, que yo habia aprendido de hilanderas famosas: que si como me enseñaron á hilar lana, me enseñáran á enhilar rosarios, ellas me aprovecháran mas, y yo me engañara menos; pero ya ves que hago alarde de mis males, no á lo devoto, por no espantar la caza, sino á lo gracioso, por ver si puedo hacer buena pecadora.

Al punto que yo llegaba en casa del maeso, los cardadores, desvalidos y á porfía, se levantaban á tomar el peso y pesas, para pesarme las libras de lana que se me habian de dar, para llevar como colectora y agente de mis viejas, para que hilasen: y entónces, ora por descuido del que pesaba (que atendia mas á verme que á poner el peso y pesas en razon), ora por hacerme placer y obligarme, ora por mi ruego, ora porque yo daba al peso un pasagonzalo á lo disimulado, me solian dar dos ó tres onzas, y á veces un cuarteron de mas. Vean, pues, en treinta ó cuarenta libras, otros tantos cuarterones de mas que me daban, y otros tantos de menos que yo tornaba, confiada en que las mismas diligencias me habian de valer, si era una mina, y sin hilar una mota. Demas de esto yo ponia la lana hilada en parte húmeda: y como la lana cogia humedad, pesaba mucho mas, que la lana coge cuantos licores se le juntan, y por eso fué geroglífico de la niñez y del mal acompañado. Ola, amigo avison, que por eso te hago avanzo de mis pasadas travesuras, que para solo decirlas bien excusado fuera el hacerme yo escritora. Vino, pues, á ser que no habia dia en el cual, con faltas y sobras, no me quedasen horras tres, cuatro, cinco libras de lana hilada en mi casa: porque la cuenta

que yo pedia á las viejas era estrecha mas que pulgarejo de liendre; y la que yo daba mas ancha que calle de corte. Vendia cada libra de lana por tres, cuatro ó cinco reales, y á veces por siete, segun era: y para abonar mas mi hecho y mi persona, y asegurar mi juego, dí en una cosa, y fué que compré á una moza de un tejedor gran cantidad de tamo, y motas de jerga, y no me costó muy caro, que por un pedazo de pan me lo dió la triste, que diz que en su casa rodaba tanto el pan, que no lo podia alcanzar, si no era con las alas del corazon. De este tamo y motas llevaba con cada libra de hilaza un poquito, mostrándome tan fiel que hasta el tamo y motas tornaba: y este punto fué el que me acreditó tanto, que por la fidelidad de las motas, me llamaban en todos los obradores la marquesa de las Motas. Vine á tener opinion de tan buena y tan fiel y aprovechada hilandera, que en teniendo un cardador un paño regalado, ó prisa de hacer algun surtimiento, me llevaban á casa la hilaza. Verdad es que nunca recebí hacienda que de esta suerte me trajesen, porque libras enviadas por mano de maeso, y pesadas en mi ausencia, venian pesadas muy á lo justo, y por eso no las queria yo recebir, porque no habia lugar de hacer mangas de lana. Lo que les decia era: Señor, torne esa lana á su casa, que yo no quiero hacienda sorda, sino delante de testigos, que acaecen muchas desgracias, por recebir las mujeres lana en secreto, y debajo de los piés le salen á una mujer embarazos. Tornábanla, y despues iba yo á ventura de que los oficiales y mi ventura y mis diligencias me valiesen. Con este tratillo muerto vine á revivir, y juntar muy buenos reales, con que hice mis negocios, pasando como marquesa: y de lo restante compré una borrica, que me costó veinte ducados, que las borricas de aquella tierra andan muy subidas. Esta dí á comision á un aguador por un real, y de comer cada dia: y él sacó en condicion que las fiestas gozase de los alquileres de traginar dueñas honradas, y corriásele el oficio, porque habia entónces en aquel pueblo unas doncellas amovibles y algunas viudas de oropel, y cierta camarada de mujeres que parecian de casta de nabos, que para no se esturar es necesario revolverlos y menear la olla.

APROVECHAMIENTO.

En las hilanderas hay muchas marañas y embustes para hurtar lo que se les encarga, y deben restituirlo, por quien tanta cantidad de menudos vienen á defraudar notablemente.

CAPITULO III.

DE LA VIEJA MORISCA.

Cancion mayor.

¿Que no viera yo un barbero acaso,
O siquiera un albeitar no se hallara,
Que con ballestilla ó mano de mortero

De la vena poética sangrara
Un triste roza yerbas del Parnaso?
¿No basta media vez decir no quiero,
Sino que á fuer de fuero
Me pidas, musa mia,
Que con mi talento
Los hechos de una vieja en verso cante?
Que doña Lucía,
Sino una parca, una harpía en el alma y gesto,
Vaya en prosa, que de verso sobra aquesto.

Así como los caudalosos rios se van ufanamente gallardeando por junto á las márgenes de la tierra, sustentando un paso grave y entonado, usando de sus hinchadas olas como de brazos, para ir poniéndolos sobre las cabezas de las tiernas plantas, que á uno y otro lado le acompañan, llevando un ruido magestuoso y autorizado; pero en entrando en la corte de la mar, en presencia del emperador Neptuno, enmudecen y se esconden, sin dar mas muestras de autoridad que si se hubieran convertido en terrestre limo ó polvo seco y menudo : así yo, la que entre estudiantes, galfarros, barberos, mesoneras, vigornios, pisaverdes, mostré mi entono, sin poder alguno medir conmigo lanzas iguales, reconociéndome todos superioridad, dando á la excelencia de mi ingenio título de grandioso, ahora que entré á competir con el mar de una morisca vieja, hechicera, experta, bisagüela de Celestina, me verás rendir mi entono y humillar mi no domada cerviz, sin mas ruido ni semejanza de quien fui, que si nunca fuera.

Esta vieja, en cuya casa posaba, era advenediza, natural de Andujar. No dudo, sino que me recibió de buena gana en su posada, por parecerle que era yo algo á propósito para enseñarme el arte : ca es muy propio de hereges y de brujos desear herederos de su profesion. Son como los bubosos, que quieren beber por todos los vasos, porque hereden todos sus bubas. Ella era morisca inconquistada : y aun tengo por cierto que sabia mejor el Alcoran que el Padre nuestro : y viéraselo un niño, no solo en la lengua, pero en las obras, de las cuales dire algo, no para escandalizar el lector, sino para que fie poco de viejas ruines, que parecen rezaderas y ejemplares, y no relucen sino al candil del diablo, y para que te guardes de las tales. Yo creo en Dios; pero que ella creia en él, créalo otro. Cuando se persinaba, no hacia cruces, sino tres mamonas en la cara, como quien espanta niños : y cuando llegaba al pecho, hacia un garabato, y dábase un golpecito con el dedo pulgar en el estómago : entiende por allá el persignum. Si la queria enmendar, respondia : No querer max persino, que no ser santiguadera. Preguntábala si sabia el Ave María. Respondia : Ben saber Almeria é serra de Gata, é todo. En las cuatro oraciones decia mas herejías que palabras, que por no hacer agravio á tan santas oraciones no quiero conquistar la risa con trabucos de necedades, y aun blasfemias. Preguntábala porqué no se habia casado, ni queria casar. Respondia : No haber marido bueno, sino ser morisco. No sé en qué lo podia fundar, sino en que temia casarse con quien la hiciese ser cristiana. No

niego que pueda haber y haya muchos moriscos buenos cristianos: mas cosa notable es que los mas no quieran casarse con cristianos viejos. Quien duda, sino que dan sospecha; de que quiero callar, por no me acordar del cuento del que castigaron, y yo conocí, que ántes que bautizase un hijo, ó él hiciese alguna apariencia de cristiano, decia: Perdonar, Mahoma, que no poder mas, so pena de caraña. En lo que toca á ir esta mujer á misa, era hablar en cosas excusadas. Una sola vez la ví ir á misa: y miéntras estaban alzando, se echó de hinojos sobre la tierra, y todo el mas resto de la misa estuvo tosiendo, con ser la mujer mas enjuta y avellanada que en mi vida ví: y tanto, que jamas, sino entónces, la ví toser. Maldita sea persona que de cuantas veces Dios nos visita con sus bienes, no va á visitar á Dios en su casa; pero si yo se lo decia, cumplia con tromposelas: veis aquí un clavo para la herradura. Y ahora me acuerdo que un dia, tratando ella y yo de la obligacion que todos teníamos á la iglesia y á los señores curas que son nuestros pastores: Sí, hija, que el primer medio real que yo gano cada año, lo guardo para el cura. Yo que pensé que tenia devocion de dar aquel medio real al cura para aceite de la lámpara, ó para la fábrica de la iglesia, ó por otra cual que devocion; y no era, sino que ella pensaba que todo el toque de la confesion y de los misterios de la iglesia consistia en pagar el medio real, y que con eso se acaban cuentos: nunca ví tal vieja De la gente en procesion se espantaba y huia: y cuando habia truenos, se salia á la calle. Si pasaba el sacramento, luego tenia en que entender en algun retrete: y si habia un ahorcado, se descervigaba por mirarle, y hasta perderle de vista le hacia ventana, que era pura para dama de ahorcados. El dia que los habia era el dia de sus placeres: y con ser coja todos aquellos tres dias siguientes no cojeaba; ántes con gran prisa salia todas aquellas tres noches de casa: lo cierto era que no iba á rezar por ellos, sino que la primer noche traia á los dientes que podia, la segunda de la soga, y la tercera hacia conjuros al pié de la horca. ¡Qué demonio! Dabala osadía el diablo, que es el maeso de estas obras. Era cosa particular el agua que gastaba en lavatorios y cocimientos. Malditas sean personas que tan sin gusto ni honra ni provecho se dejan engañar del diablo. Siempre yo entendí de ella que era bruja, y no me engañaba, porque ella hacia unos ungüentos y unos ensalmos que no era posible ser otra cosa.

Si no me tuviera Dios de su mano yo hubiera caido en tentacion de regalarla, que pues sabia tanto de nigromancia, me resucitase á mi padre, segun y de la manera que la hechicera de Saul le resucitó a Samuel, ó al diablo por él: y á fe que si á mi padre resucitara, le habia de preguntar que quien libraba peor en el infierno, porque me han dicho que los que mas carena llevan son los malos escribanos, y otros que los letrados injustos, y otros hablan diversamente; pardiez yo sospeché que me dijera que ni unos ni otros, sino los confesores absolvedores de estos, pues sin zelo de gusto ni intereses los absuelven como ignorantes. Mas no quiera Dios que yo pidiera que á mi ruego se pusiese en cerco al diablo, que es gran pecado, porque en buen romance es tener el diablo por amigo, y con merchan. Ella bien me quisiera enseñar el oficio por pegarme la sar-

na, y aun si yo quisiera aprovecharme de cosas que ella me decia, bien supiera yo en una noche coger sangre para hacer morcillas; pero no quise, lo principal por temor de Dios, y lo segundo, porque siempre fuí enemiga de oficios que se hacen medio durmiendo como este de la brujería; en el cual por la mayor parte (como yo via) las brujas se quedan amodorridas de sueño, y lo que en sueños hacen les persuade el diablo que es de veras, con unos enredos que si los hubiera de contar como ella me los refirió, nunca acabara. Bueno es saber de todo, no para usarlo, ni aun para saberlo, sino porque ya que se sabe, sirva de defenderse una persona de bellacas brujas sanguijuelas, que así llamaron los antiguos á las lamias, brujas y megas. Y advierto que es cosa de risa pensar que es cosa de importancia ruda, ni salvia, ni otras destas cosas solo naturales, pues no pueden impedir que el demonio chupe la sangre, y se la dé á las brujas. Lo que es de mas importancia es sobre todo rezar. Lo segundo traer el evangelio de san Juan escrito. Y lo tercero, bendiciones santas, y así decia esta bruja: ¡Ay hija, las matronas (que así llamaba á las brujas) las matronas no temen ruda, ni salvia, poleo, ni yerba buena, sino conjuros de abad. Llamaba la vieja conjuros de abad, á las santas oraciones que nosotros reverenciamos. Con todo eso, por el bien que me hacia, estaba con ella en paz, no siendo jamas fautora de sus ensayos, no denuncié de ella, porque como ignorante se me escapó la obligacion que yo tenia de decirlo á los señores inquisidores; y si la hice bien, fué por la natural obligacion que tiene cada cual á querer bien á quien le hace bien. Estábamos como madre é hija; aunque me queria bien la diablo de la vieja, con todo eso, ni por amores que la decia ni servicios que la hacia, jamas pude conquistar la bolsa, porque cuando yo pensaba la cosa ya ella iba dos leguas adelante. Eran sus mañas, enredos y ardides tantos, y tan disimulados, que me hizo caer en la cuenta de una cosa que leí, y dudaba, sin atinar salida.

Leí que en el templo de Arcadia dibujaron al dios Júpiter de la estatura de un gran gigante, que tenia los piés sobre una tinaja vuelta boca abajo, y hácia la parte de la tierra una vieja chica y fea. Significaban en esto que Dios tiene debajo de sus piés la luna del cielo y el terreno mundo; y el geroglífico se concierta de esta suerte. Por la tinaja entendian la luna, porque esta preside al agua significada por la tinaja, y por la vieja entendian el mundo, porque los engaños y embustes del mundo no pueden tener mejor imágen y dibujo que una vieja hechicera. Tambien entónces entendí un refran que dice: La águila enseña á vivir sin mengua; y creo quiere decir que como el águila, cuando se remoza, se despide de ser vieja, puédese decir que cuanto mas desecha la vejez, desecha menguas, que estan avinculadas al estado de la senectud femenina: á lo menos, cuanto á la significacion geroglífica. Confieso que me acobardó tanto su ingenio, que ya aunque dejara el arca del dinero abierta, no me atreviera á hacerle de menos un comino, ántes hiciera como el Draque, que cuando vió las puertas de la Coruña abiertas, huyó y temió, pensando que era ardid; ¿pero quién diablos se ha de atrever á una bruja, que es el diablo el reñidor de sus pendencias?

APROVECHAMIENTO.

Mujeres viejas que son indevotas dan un indicio que son un abismo de mil miserias y hechicerías.

CAPITULO IV.

DE LA HEREDERA INSERTA.

Octavas de arte mayor antigua.

Cual suele la tierra con agua amasarse,
Y como el rocío sin sentir desciende,
Como suele el aire por lo hendido entrarse:
Y como á lo sordo el fuego se prende,
Cual suelen las plantas en tierra entrañarse,
Cual hiedra que en canto y en un muro prende,
Y cual corderito que al pecho se pega,
Y cual sanguijuela que la sangre allega.

Cual suele la planta por la sutil hienda
Juntarse con otra á quien se semeja,
De la misma suerte, y sin que se entienda
Justina hecha nieta de la muerta vieja:
Se pega á la sangre, pecunia y hacienda,
Y sin tener gana á gritos se queja,
En mañas y hacienda hereda á la muerta,
Por eso se llama la heredera inserta.

Un mártes á la noche se levantó una gran tempestad de truenos, relámpagos, aires, lluvia y turbiones, que ponian grima. Yo encendí una vela bendita, y púseme á rezar. La vieja fuése á otro aposento, y pensé que se iba á acostar, porque ella no tenia nada de estos embarazos; como dormia con luz por defuera y miedo por de dentro, no pude enristrar el sueño, ni aun pude acabar con mi fiel corazon que dejase de dar aldabadas á la puerta de mi imaginacion, el cual por instantes las daba á las puertas de mi alma para que recordase y escudriñase lo que pasaba. Levantéme y vestíme y fuí al aposento de la vieja, por salir de la inquietud que me atormentaba sin saber la causa. No hube bien entrado, cuando veo mi vieja papo arriba, como trucha amorgada, que estaba muy en sana paz, dando la última boqueada. Verdaderamente confieso que en verla muerta perdí algun tanto del miedo que tenia de los relámpagos y truenos, porque saqué por mi cuenta que segun ella habia muerto y aun vivido sin rastro de arrepentimiento, sin duda los diablos hacian fiesta por la muerte de aquella su amiga, y que los relámpagos eran cohetes; y los truenos atabales, á fin de festejar la entrada de la diablesa. Yo como ví que la vieja habia dado en esta flaqueza, y que tan sin ruido habia hecho fini-

quito, comencé á ensanchar el corazon, y mirar la casa con ojos señoriles. Y tras esto comencé á hacer libro nuevo y trazar una buena vida, tras una tan mala muerte, y presto tracé cuanto me convenia. Lo primero. yo la amortajé sin asco de mal olor, porque estaba la vieja avellanada y enjuta que era un contento, y porque no se le antojase hacer alguna travesura, la até piés y manos aosadas, y aun así como estaba temia que en cogiéndola el menor real me habia de espantar, como el Cid al judiguelo que le tiró de la barba estando muerto; no lo digo por la semejanza que con el Cid tenia en lo bueno, sino por la que yo tenia con el judiguelo. Tras esto voy derecha á la cámara benedicta donde tenia la pecunia, fuí cargada de llaves, y probando una y otra abrí un cofrecillo barreteado, y en él hallé gloria es el decirlo, y regocijo el mentarlo) envueltos cincuenta doblones de á cuatro, con lo cual pude hacer doblar por ella, pues ella doblaba por mí. Como hacian poco volúmen, metí parte de ello en las zapatillas y entre soletas de las calzas, parte en la faja de grana que traia junto al cuerpo, y como algunos cayeron junto al corazon, y el oro es confortativo, tuve un ánimo invencible. tanto que estuve sin comer ni beber hasta que eché la vieja de casa, y la dí eclesiástica sepultura, como si fuera cristiana. Púseme un luto muy de gobierno, para lo cual me vestí una saya negra de la misma vieja, y de unos griñones que tenia para vender, corté asaz una toca de luto muy honrosa, que del pan de mi comadre nunca fuí escasa. Bajé al portal. Puse dos ó tres sillas de costillas en hilera, abroqué los tornos. y arriméloss como quien arrastra banderas, y voltea arcabuzes, y destiempla añafiles y atambores en entierro de capitan general. Llamé al sacristan que me pusiese el cuerpo en un féretro, concerté á destajo todo el entierro y oficios, lo menos costoso que pude, diciéndole que mi abuela era pobre, y que la comodidad que me hiciese lo pagaria en oraciones : él me dijo : Por cierto, señora, cuando mas razon no hubiera que haber criado á usted su abuela con tanto recogimiento, que la primera vez que á usted la veo es esta, bastara á creer que era una santa, y que debo hacer cortesía. Preguntóme que como no me via él en misa : yo le respondí que siempre me hacia mi abuela oir misa de alba, porque no me viese nadie, y porque no tenia manto. Él respondió : Pobre y honesta. No le dije que habia muerto sin sacramentos, sino que ella por su pié el dia ántes habia confesado y comulgado, y aun dicho : Hija, ten cuenta conmigo, que mañana pienso ver á Dios. Entónces el sacristan comenzó á decir á voces : Profeta, profeta; y fué á besarle el pié. Yo le dejé besar, porque nunca fuí amiga de desembotar á nadie. Llamé algunas vecinas, y todas decian que para ser una santa, no habia tenido otra falta sino haber sido desconversable. No me dió poco gusto este con que, porque con él me persuadí que era fácil persuadirles lo que les era difícil de averiguar; conviene á saber que yo era nieta de la difunta, y traido solo para heredera. A las vecinas no les iba na la, y así me creyeron de modo que me sobraban testigos para probar cuanto quisiera.

Tuvo soplo la justicia de la repentina muerte de la morisca, y mandó á un alguacil viniese á hacer la diligencia y depósito, en el interin que

parecia el heredero, segun los derechos disponen. Entró el alguacil, pero yo no me turbé. Y de propósito no le quise decir cosa alguna del ser yo nieta de la difunta, sino al descuido y como cosa asentada entablé mi hecho. Y el modo fué que comencé á derramar unas lágrimas que enternecieran un Agamenon, cuantimas un alguacil, y con ellas en mi rostro, le dije: Mire, mi señor alguacil, mi desgracia, que se me murió esta bendita como un pájaro, confesada de ayer, y como no han sabido mi mala suerte, no ha venido un ánima que me consuele, hasta ahora que vinieron estas señoras (Dios las dé salud) y usted á quien Dios prospere muchos años como yo deseo. ¡Ay mi señora abuela! ¡ay abuela mia! lumbre de los mis ojos, ¿y qué haré yo sin vos? que me trujistes vos á vuestra casa para vuestro regalo, despues de haberos Dios llevado todos vuestros hijos y nietos: y sola yo he quedado para cubrir los vuestros ojos. Mejor fuera que vos cubriérades los mios. Ay señor alguacil, mucho debo á Dios, que ya que á esta pobre la llevó Dios todos sus hijos y nietos, quedó sola esta triste nieta suya para cubrir sus ojos. Que era ella una santa, un alma de paloma. ¿No es verdad, señoras vecinas, que era mi abuela una bendita? Ellas respondieron todas juntas, y á voz de uno: Sí, por cierto. No llore, señora, que su abuela está gozando de Dios.

Como el alguacil oyó todo lo que dije con inocencia, y que como cosa asentada me trataba como única nieta y heredera suya, y que las vecinas decian lo mismo, no solo no me embarazó la hacienda, pero dijo: ¿Pues qué me traen engañado, supuesto que esta pobre doncella es la heredera? Yo entónces por asegurar mas el caso, me volví al alguacil, y díjele: ¿Heredera yo, señor alguacil? Negra herencia de cuatro trapos. No me dé Dios salud si hay en mi casa un real en cuartos ni en plata con que enterrarla, si no vendo estos tornos y cachibaches (y decia verdad, que yo no tenia suyo real en plata ninguno, porque todo estaba en oro, y no habia plata ni cuartos). Con esto se compadeció de mí el alguacil tanto, que para darme limosna echó el altabaque y sacó treinta reales. Maldita la blanca él puso de su bolsa sino la diligencia sola, pero harto fué para un alguacil. Una cosa juraré yo, y es que si él entendiera lo de la mortalla de la morisca, nunca él me creyera tan presto lo del abolorio; pero la poca esperanza avivó su fé, en especial que mis tretas y eficacia en el hablar dió la vida al negocio, y tanto mayor cuanto menor era mi miedo. Ca atento que la vieja era muerta, no tenia recelo alguno de que pudiese en el mundo haber quien me alcanzase en marañas. Con esto me entregué en el cuerpo (y aun en el alma) de la hacienda, y hice y deshice como quise en todo y por todo. Yo eché mi viejecita en la fuesa, lo mas honrada y prestamente que yo pude: y á fé que me costó la burla buenos cinco ducados; pero guarde Dios al alguacil y buenas gentes que lo socorrieron.

Casi estoy por decir que aunque se ofrecieron algunas cosas de disgusto en este entierro, ninguna sentí tanto como el interrumpir la ganancia de las libretas, porque cree que cuando una codizuela va llevando rauda y corriente, da notable pena el ver que se perturba, y que por perturbarse no hay dinero fresco cada dia; pero en fin, si duelos con pan son bue-

nos, con dineros son rebuenos. Digo mi simplicidad, que para abonar mi atrevimiento, y el meterme tan sin escrúpulo en la herencia, no tuve para conmigo otra excusa sino solo el parecerme que aquella bruja (despues del cabron) me queria mas á mí que á nadie. Otra necedad. No la dije misas, por parecerme que no la podia hacer mayor pesar que ofrecerle en muerte lo que tanto aborreció en vida. Otra simpleza. Parecióme que si ella muriera con su lengua, mandara aquella hacienda á algun mal morisco: lo cual fuera como quien lleva armas á infieles; y por tanto me pareció á mí que era mejor ahorrar de estos inconvenientes á España, y meter en ella paz bien pagada y mejor merecida. Por esta causa me pareció en el pleito de propiedad y herencia, sentenciar en mi favor en vista y revista, y me hice poseedora inquilina, como dicen los escribanos. Lo que hay de culpa, Dios lo perdone; lo que hay de donaire, el lector lo goce. ¿No encontrara yo otras ochenta mil viejas como esta cada dia, para que tan sin contrapeso me hicieran bien? aunque mal digo sin contrapeso. Uno tuve muy á mi despecho, y fué, que ántes del entierro, y en el entierro, y despues del entierro, me ví necesitada de echar algugunos lagrimonatos mal maduros, que me daban gran fastidio: porque llorar una persona sin gana, cree que solo se puede hacer en dos casos. El primero, que sea mujer; y el segundo, cuando ve el interés al ojo; particularmente cree, que forcejar á llorar á una mujer, que le estaban retozando en el cuerpo cincuenta doblones de á cuatro, ya ves que trabajo seria. Casi parece tan grande como la colision del retozo de las dos hijas de Silva, que forcejaban en el vientre de su madre sobre cual saldria primero. De verdad te digo que solo por haber vencido el torrente del alegría, y forzado el alma á llorar en ocasion tan sin ocasion, merecí los doscientos ducados; porque te doy mi palabra que desde el dia que mi padre me imprimió el jarro en las costillas, como viste arriba, hasta aquella presente hora mis ojos no se habian desayunado de llorar, si no fueron aquellos dos sorbitos que lloré y pucheritos que hice en la jornada de Pero Grullo, que aun cuando mis hermanos pusieron en mi cara la verdadera señal de sus cinco dedos, no lloré, que soy muy ojienjuta.

No soy yo moza de ojos cebolleros, como otras que traen la canal en la manga y las lágrimas en el seno; y en queriendo llover, ponen la canal, y arrojan de golpe lágrimas mas gordas que estiércol de pato. Allí eché de ver que el suelo de un pueblo hace mucha impresion en las condiciones y en el cuerpo, pues como Rioseco es, y se llama seco, me pegó la sequedad á mis ojos y celebro; ó debo yo de ser sola la agraviada, pues otras le han hallado mas húmedo para sí que yo le hallé para mí. Era gusto oirme las simplezas de niña inocente y tierna, que yo decia en la iglesia, cuando como tórtola cuitada lloraba la muerte y ausencias de mi querida abuela; daba gritos, y eran tan recios como si estuviera de parto, y tan altos que no sé como no me subieron al cielo estrellado, y me convirtieron en estrellas higadas y pluviales, como á las hermanas de Icaro, en la muerte y lloro de su loco hermano, que murió asado en el sol, cocido en el agua de las fervorosas lágrimas de sus hermanas. Debia de ser mejor hermano que los mios, pues le lloraban tanto, ó debian de ser tan locas como

él, que pretendió con caballos de cera vencer á los del poderoso Facton.

Con estas ceremonias y lloros eché el sello, y confirmé la opinion de ser mi abuela, y aseguré mi herencia, que bien pienso yo que cuanto ha que hay lloraderas en el mundo (sean precisas, sean voluntarias, sean alquiladas, sean insertas) no ha habido lloradera mas bien pagada que Justina.

APROVECHAMIENTO.

Nota las falsas lágrimas de una mujer, las astucias de una doncella, la codicia de una mozuela, sus embustes y mentiras, y todo te sirva de escarmiento y de aviso.

CAPITULO V.

DEL SACRISTAN IMPORTUNO.

Seguidilla cortada.

Señor sacristan, vay con el dia
Que no quiero honras que cuestan ca.

Ya que la gente, despues del entierro, me trajo á mi casa, y tuve segura posesion del arca del tesoro, y del tesoro del arca, paseé toda la casa muy bien, y ví el mueble, que era poco, pero no malo. Verdad es que los vestidos estaban mas á propósito para sacar de ellos polilla que dinero. Estando mirando lo que en casa habia, llamó á la puerta el sacristan, que era una sal, digo en el calor, que en la gracia era una salmuera : lindo talle para un trasgo. El sacristan, mas asacristanado que comí en toda mi vida, era lego, soltero, aunque á los principios no se atrevió á soltar. Venia el bueno del hombre por el dinero del entierro, que eran cinco ducados, en honor y reverencia de los cinco sentidos corporales. Hablóme con tres mil retruécanos y cortesías, dicho todo con una manera de angustia que entendí que era segundo mortuorio á humo muerto : en resolucion, él me dijo que entónces no queria mas de un ducado, y que poco á poco le iria pagando lo demas, que queria cobrar en tres tercios la deuda; yo le dije : Señor, la limosna de la sepultura no es como alquiler de casa, que se paga á enviones, ni tampoco quiero dares ni tomares con sacristanes : no quiero censos de quita y pon con gente eclesiástica, que anda cada dia entre la cruz y el agua bendita : ve aquí todo su dinero, y váyase con la paz de Cristo.

Él entónces, por complacerme, me dijo que si á mí me parecia que él queria hacerme alguna baja; yo le dije : Señor sacristan, ni quiero que me haga baja ni quita. Tome su dinero, y déjeme con mi sosiego. A cada cual haga Dios bien con lo que es suyo : usted no tiene otra renta sino su trabajo, y de este dinero lo menos es lo que á él le toca : no haga

franquezas que le salgan al ojo: no le dije á los ojos, porque no tenia mas que uno; y mas, que era el del cañon el que le faltaba.

Estuvo el sacristan bien importuno, y para mí lo era mas, y en la presente sazon mucho mas, porque me comian los piés por tornar á acabar de hacer escolta y visita general de las preseas que la vieja habia dejado; y se fué haciendo mas reverencias que hay en un convento de frailes.

Esotro dia tornó tan sin vergüenza como si yo le hubiera pedido por amor de un santo que me viese. Díjome mil principios de cosas; y si alguna siguió, fué decir: Señora, véngola á preguntar si ha de hacer honras á su abuela. Yo entónces hice el ademan del piojoso, y concomiéndome toda, le dije: ¿Y de qué señor sacristan? Las mayores honras que usted y yo la podemos hacer á mi honrada abuela, es no hablar juntos, que yo sé de ella que disgusta mucho que yo hable con sacristanes. Eso de honras guárdese para los caballeros y ricos, que yo no tengo sino tres sillas y dos tornos, un jarrillo, un cántaro y dos cestos, y una triste ropa de cama, y un vestido roto; mire si terné bien que hacer para ganar para pagar el entierro, cuanto y mas hacer honras. A él le pareció que era este buen pié para tomar la mano en proseguir su intento, y hacer su oferta, y hízomela de hacer las honras á su costa y mencion, mas por la cuenta queria honrar á mi abuela en la iglesia, y deshonrarla en su casa; yo que le entendí la honorífica, le dije: Tate, señor sacristan, honrados dias viva, que así me quiere cargar de honra, yo se lo tengo á merced: honra el rey tiene harta, descuide de eso. Y (por hablar mas claro) dígame, señor honrador, ¿era él el que estimaba tanto la santidad? ¿Era él el que canonizó á mi abuela por profeta? ¿Eran estas las profecías? Pues crea que no se cumplirán en mis dias. ¿Era él el que alababa la honestidad con que me crió mi abuela? Sola una excusa tiene, y es, que así como lo que el leon toca con la boca, no queda de provecho, así castidad alabada de su boca no queda á su parecer sino para echar á mal. Diga, pensadero, ¿en qué pensaba cuando dió en pensar que á dos dias muerta mi abuela, he de perder lo que he ganado por espacio de tantos dias? No hay enamorado que no sea loco y confiado. Este pensó que yo le dilataba con esto la cura; y que decirle que mi abuela habia solos dos dias que era muerta, era darle poliza con plazos y esperanza para el tiempo de por venir. No me salió el sueño del perro: dicho y visto no me cato, cuando desde allí á otros veinte dias, tornó con la misma demanda, tomando por tema el preguntarme si queria hacer el cabo de año de mi abuela. Aquí ya perdí pié para no hablar en copla, sino en el estilo de ambausan; díjele: Señor don Besugo estrujado, no me enfade, que el dia que enterré á mi abuela, acabé con sacristanes para todos los dias de mi vida, y crea que un sacristan á media legua me huele á requiliternam y á neque especias. Lo cual, para un vivo tan ruin y pecador como yo, es peor que revueldo de desecasado. ¿Adonde, ó en qué calendario halló que en veinte dias se acaba el año, para venirme á acabar la vida sobre que haga cabos de años? Digo que cuando el sol tornare atras, y concluyere su curso en los veinte dias, dentro de los cuales dice que es cabo de año, entónces daré á sus porfías cabo. Y no es poco decirle esto,

que aunque sé que es imposible la condicion, con todo eso, por pensar que pensará que le prometo algo, me animo á mucho. Y avísole no me atraviese los umbrales, porque mi abuela me dejó casi concertada en Mansilla con un hidalgo honrado, que tiene ya mi honra por su cuenta, y si viene y sabe que aquí entra á ofrecerme esas honras, crea que el menor pedazo será la oreja; y mire lo que ha hecho en solos tres dias que aquí ha venido, que por conservar mi honor me es forzoso irme á Mansilla, y de hecho lo haré, que yo lo he dicho á mis vecinas, y me aconsejan que lo haga. Con esto el sacristan voló despedido de honras y provechos de cabo de año, y de todos sus intentos. ¡Cual iria su ánima!

APROVECHAMIENTO.

Un loco amor lo menos que acarrea es deshonor.

CAPITULO VI.

DE LA PARTIDA DE RIOSECO.

Séptimas de piés cortados.

Cual mercader codicio
Que de Indias viene ri
Cuya galera ó navi
Trae el dulce viento en po
Ni mas ni menos Justi
Rica, ligera y gozo
De Rioseco va á Mansi.

Entre la hacienda que habia en casa encontré dos obligaciones; una contra una morisca muerta, y otra contra otra viva, la cual yo conocia, y aun la temia, porque esta sabia muy bien que yo no era nieta de la vieja, sino que todo era trama, y para que no me descubriese usé de este ardid. Yo la dije: Hermana, veis aquí una obligacion de seis mil maravedis que debeis á mi abuela; ella me la dió y entregó para que cobrase de vos; pero creed que yo no os he de dar pena, porque espero que me hareis merced en otras cosas. La morisca era astuta y entendióme, y hízose esta cuenta: Si yo descubro que esta no es heredera, entrará la justicia en la hacienda, y ella por vengarse descubrirá lo de mi obligacion, para que de mí cobren el dinero, y tanto me perderé; y si callo, no me hablará palabra. Visto esto, determinó callar, y calló mas que una muerta, y yo callé porque ambos teníamos buen callar. De los herederos de la otra morisca, tambien pudiera yo cobrar, que abonados eran, mas no quise, porque no me pusiesen alguna objecion con que lo borrásemos todo, que esto de cobrar deudas es busca ruidos, y descubre verdades. A este propósito dice la fábula que la paloma prestó al sapo en prendas de

la cola la castidad, y que el sapo no teniendo de que pagar, y aun enfadado de verse tan casto, pidió á la diosa Vénus le convirtiese en paloma. Ella lo hizo; pero por si el sapo se entonase, sacó dél un retrato, y escondióle en las aguas de el Danubio, para cuando se entonase darle en los ojos con el retrato de quien fué, y que la confusion de ver quien fué, y quien era, le hiciese acortar de presuncion. La paloma viendo al sapo tan paloma como ella, pidióle su deuda, y que le daria su prenda. Hubieron palabras en que vino á decir el sapo á la paloma que era tan bueno y mejor que ella. La paloma corrida quejóse á su madre natural Vénus que la vengase de aquel agravio. Ella le dijo: Anda, hija, y busca en las aguas el retrato del sapo, y con esto le convencerás, para que torne la castidad que le prestaste, que poniéndole delante su figura se acordará de lo que no tuvo, y lo que tiene. Fué la paloma, y como es torpe, jamas pudo descubrir el retrato: pero siempre iba y venia á buscarle, y de allí le quedó á la paloma que nunca cesa de andar solícita mirando y remirando el agua por si halla allí el retrato del sapo, para que le torne su castidad, y aun su honra; lo cual ha sido causa que muchos cazadores maten palomas embebidas en mirar las aguas. Vean aquí en qué pára pedir deudas: en no cobrarlas y recebir afrenta, pues el sapo tras no volver á la paloma su castidad, la dijo injurias, y puso á pique de que el cazador la mate. Por eso no quise yo ser paloma en pedir deudas al sapo.

Bien creerás que con tan buena ayuda de costa concluiria bien mi pleito y sacaria sentencia en mi favor. Así fué, y tan favorable, que solo mi generoso gusto pudiera hacer tal efecto, que (como dice el refran) trae la bolsa abierta, y entrárseteha en ella la sentencia. Concluso el pleito, hice la almoneda; el almoneda, afeitando primero todo el ajuar, y emprensando la ropa de lino, y como se vendia en parte escura, pasó como cuarto falso. Debióme este de valer otros trecientos reales, sin ocho ducados que pagué, porque los debia la vieja del alquiler de la casa, y aun para estos hice que me tomasen para en parte de pago unos cachibachos, que no podia vender, requiriéndolos que yo me habia de ir á servir á Mansilla, forzada de mi pobreza, y que no habia otra cosa de que pagar. Entre otras cosas les hice tomar en pago una albarda vieja de mi burra, en tanto precio como si fuera nueva. Mas ellos se conformaron, diciendo: La mala paga, siquiera en pajas, cuanto mas en albardas.

Partí de Rioseco á Mansilla en burra propia, con sentencia favorable, y con trecientos ducados, poco menos. ¿Qué te faltaba, Justina, sino sarna? Vine cantando las tres ánades madre. No dejaba de tener algun recelo de cuan mal recebida habia de ser. Bien se me ofreció enviar delante de mí presentes á mis hermanos, y algun recaudo amoroso; mas no era yo tan cuerda que imitase á otro mejor que yo, al que por gran temor de su hermano, yendo rico y poderoso, le envió presentes, para que dádivas ablandasen peñas. Antes me pareció como á necia, que tanto me perdiera, y diera nota de que habia ganado mucho en poco tiempo, que es cosa de mucha nota en mozas cual yo era, y aun no pudiendo esconder que el burro era mio, dije que me le habia encargado una vieja,

la cual, cuando se murió, me dijo se le vendiese, y se le hiciese decir de misas; y fué donoso cuento, que cuando mis hermanos me preguntaron la primera vez lo del borrico, estaba delante un clérigo, y como me oyó decir que le habia de vender para decir misas, me salió á la parada, ofreciéndose á decirlas á cuenta; mas yo le dije: No, señor, que han de ser misas con diácono y subdiácono, y en su aldea no hay lugar para tanto. Si esto no digo, cogido me habia el cura. Entré en mi casa, recibiéronme, vivia, y aun á penas. Con todo eso me temian, por ver que me habia sabido valer tan bien de rey y de iglesia, pues traje carta de excomunion para los ladrones de fuera, y ejecutoria contra los ladrones de adentro. En virtud de la sentencia, nombré un curador á mi gusto, que era un hombre de armas, á quien yo conocia muy de atras, y á la sazon estaba conmigo muy adelante en voluntad, y no le nombré tanto por finezas de amor, cuanto porque, para defender mi hacienda y persona, tenia armas y dientes contra aquellos galeotes mis hermanos, cuya cólera creció con el nuevo enfado de la sentencia favorable. Este hombre de armas era viudo, y estaba de asiento en Mansilla, y posaba en la misma casa de mis hermanos, y aun la sustentaba, no de comida, sino de juego. La voluntad que yo le tenia era sana y sincera, aunque no poca, que verdaderamente las mujeres si no nos previerten, sabemos querer sin ofensa de Dios mucho tiempo, sino que no nos entienden, que nosotras somos como mariposas, que querriamos tratar el fuego sin quemarnos. Con esta letura acudia á él en todas mis necesidades, y aunque el hombre me amparaba de merced, con todo eso me pareció que me importaba buscar marido que le doliese mi hacienda, y me amparase de justicia, por lo cual determiné mudar estado, y meterme en la órden de matrimonio. Algunas amigas mias me daban modos de devociones para casarme; mas viendo que eran muchas de ellas de risa las dejaba; hallé por mi cuenta que son mas las recetas de devocion para casarse, que las que hay para dolor de muelas. Acuérdome que hice azotar á una mujer porque me dijo que madrugase la mañana de San Juan, al punto que alboreaba, y que cual fuese la primer cosa que viese, tal seria mi novio. Madrugué, y lo primero que ví fué un borrico, que venia roznando: esperé otro poco, y pasó un sacristan capon. Tomame la esperanza para bien matrimoniar. Dejéme de esto, y dí en hacer las romerías cosarias, que son ir á las mas léjos, parte por alejarme de aquellos verdugos insertos en hermanos, parte por poder decir que el marido traido de léjos es precioso. Imité en esto á la tórtola, que cuando está descasada, se aleja de su nido, y no vuelve á él hasta venir enmaridada. Esto de encontrar con buen marido es como quien compra melones, que ni el hombre sabe si el melon que compra está maduro ó verde, ni si es todo pepita ó todo carne. Solo dice que el melon ha de tener tres calidades, pesado, escrito y oloroso, y á esta cuenta buen marido encontré yo: porque en lo que toca á escrito, no habia otro mas escrito en España, pues lo estaba en mas de veinte compañías de soldados, y á las menos habrá servido, y aun la frente traia escrita con cuchilladas; pesado, no lo era poco; oloroso, tambien lo era, que de ordinario traia una poma porque no le oliese mal una

fuente, y le duró la poma hasta que un dia la jugó al treinta y uno : mas no por eso dejó de oler, que como quedó pobre olia á pícaro á cien pasos, que todo es olor, ó bien, ó mal.

APROVECHAMIENTO.

Pondera el gran descuido de tomar santas devociones para encaminar á Dios el matrimonio santo, por lo cual hoy dia tienen los matrimonios fines tan aviesos y desgraciados.

LIBRO CUARTO.

LA PICARA NOVIA.

CAPITULO PRIMERO.

DEL PRETENDIENTE TORNERO LLAMADO MAXIMINO.

Redondillas de solos dos consonantes de mano de Justina.

Un Maximino de Umenos,
Por ir de menos á mas,
Quiso, ni poco menos,
Poseer en mí lo mas.
Fingióme ser, cuando menos,
Mendoza, Guzman, y aun mas,
Mas todo fué por demas,
Porque era un pelon y aun menos.
Yo le dije no haya mas,
Señor mínimo, de menos,
Que ni tengo amor de mas,
Ni tengo seso de menos.
Y no me torne aquí mas,
Señor tornero, á lo menos
Visite mi casa menos,
Si quiere no tener mas.
Dijo Umenos : A lo menos
No me quitarás jamas,
Que te quiera mucho mas,
Cuanto me quisieres menos.
Si así procedes de hoy mas,
Tal es lo mas, cual lo menos,
Ruégote vamos á menos,
No me envides mas, y mas :
Ni mates ni mueran mas,
Que Dios nos hizo de menos,
Y aun es poco mas ó menos,
Lo que va de mas á mas.
Y si es extremo tu mas,
Y es otro extremo mi menos,
Estima menos tu mas,
Porque valga mas mi menos.
Que aunque yo te viera en menos,
Y me viera á mí en lo mas,
En mi mas tuviera menos,
Porque entrarás tú en lo mas.
Sube un poco mas mi menos,
Baja un poco mas tu mas,
Y con eso desde hoy mas,
Umenos no será menos.
Porque siendo tú algo menos,
Y yo tambien algo mas,
Creceré yo tanto mas,
Cuanto tú fueres de menos.
Aquesto me dijo Umenos,
Y trecientas cosas mas,
Y aunque nunca me amó mas,
Nunca yo le quise menos.

Dos cosas hay en los pueblos pequeños que no se pueden esconder, al-

moneda y moza casadera; y como me olieron á víspera de novia, iban y venian pretendientes como la vanagloria. El primer pretendiente mio (á lo menos de los primeros) fué uno tan falto de hacienda y traza, cuan sobrado de amor y buen despejo, mocito espigado, barbiponiente, bermejolo, pintojo, espadachin, no mal talle, sino que tenia la cabeza chica, que parecia porro de llaves, señal de poco seso, y la cara oyosa de viruelas, tal que parecia molde de picar botas. Llamábase Maximino de Umenos (y aun era menos de lo que parecia). Este, despues de haber hecho algunas demonstraciones, no tan costosas como graciosas, pensando que mi casamiento era de casta de quinola, que se hace sin descarte, ó de un blado, que se hace en el aire, me dijo, como cosa hecha sin arenga ni exordios : Señora Justísima, si usted me quiere por su criado de las puertas á dentro, para almohazar su mula, ensillar su yegua, lavar sus paños, coser sus sayas, y para otros oficios á esta guisa, aquí estoy, hágase su voluntad : créame que no soy perdido sino de amores, y no por todas, sino solo por voarced, á quien quiero por mi esponja. En parte me cayó en gracia el denuedo del hombre.

Díjele que me dijese qué oficio tenia. Él titubeó algo acerca de este punto; pero como era descaradillo, limpióse de saliva y de vergüenza, y díjome : Un alma conjurada no puede negar la verdad : y así sabrá usted que no tengo un oficio, sino muchos, y son mas que los de los libros de Tulio. Mis oficios tienen tiempos, como el ganado pastos : yo al verano torneo, al invierno pongo en órden lanzas, garrochones y rejones, para hacer lo que se ha de hacer en su tiempo, y aderezo garrochas pavonadas para toros, y aun si tomo un caballo entre manos, no hay quien dé mejor cuenta de él que yo. Hidalgo como el gavilan, que soy Mendoza, Guzman, Cabrera, y de ahí arriba cuanto mandare. Soy vizcaino, alaves, linda res, y mozo, que no me duermo en las pajas. En esto último bien sabia yo que mentia, porque me constaba que maldito el colchon tenia en su cama, sino que dormia ras con ras sobre las pajas de un jergon, á causa de que el colchon le tenia empeñado en casa de un sastre, que le hizo coleto, ropilla y valones, para seguir su pretension. Yo bien adeviné que este mocito no traia caudal, para ser admitido á tálamo, y que todo era fruslería; mas con todo eso no le quise responder de repente, porque no me sucediese lo que á la diosa Delio, que queriéndola por mujer el dios Apolo, le desechó, por verle que venia mal vestido y á la ligera el paso de largo; y cuando ella vió que llevaba tras sí todo el ejército del cielo por criados, arrepentida juró hacer de ciertos á ciertos tiempos un gran llanto y vestirse de luto : y de aquí provinieron los eclipses y diluvios de Delio, que es la Luna. Ansí no quise desechar á este pretendiente : lo uno, por lo dicho, que debajo del sayal hay al : lo otro, porque es ignorancia de damas casaderas despedir un pretendiente hasta que pique otro. Es cordura que nunca esté vacío el puesto, que taberna sin gente poco vende. Mas ya que acudieron al reclamo otros opositores de mas suficiencia y partes, yo (que estaba muy bien informada de las pocas de este barbiponiente espadachin) le llamé, y dije : Señor, yo he pensado en aquel negocio que usted me dijo el otro dia, y creo que conforme á la

relacion que usted me hizo, me engañaba en la mitad del justo precio: de veras que cuando usted me dijo que era torneador en verano, entendí que ocupaba usted el tiempo del verano en torneos y justas, y parecíame bien, porque el tiempo del verano, en el cual la sangre se dilata y los miembros se desencogen, es acomodado para los ejercicios belicosos, y yo no estoy mal con personas de esa profesion; mas segun soy informada, el tornear usted en verano, es que usted es tornero, y en el verano tornea trompos para los muchachos: y me han dicho que el poner usted en órden lanzas y garrochones, es que en invierno no tiene que hacer, sino aderezar estos instrumentos á quien se lo paga: y lo de dar cuenta del caballo, segun me han dicho, es que usted, si se lo pagan, engorda los caballos con zanahoria, pan de linaza y aceituna, que dicho en buen romance, es que usted es tornero de niños, garrochero de bobos, y almohacen de caballos. ¿Es ansí como lo digo, y la fama lo canta? El buen del alaves (que tenia muy poquita vergüenza) se quitó su sombrero y dijo: Sí, señora, lo mismísimo; está vuested en lo cierto, véalo voarced, si le arma el mozo. Cuando esto oí, quisiera pelarle las cejas de puro enojo; mas templéme, considerando que él hacia como discreto en buscar su remedio, como mejor podia, y que yo era libre para hacer mi gusto: y por no perder ocasion ninguna que fuese de él, le comencé á dar un poco de vaya; y volviendo el rostro al sesgo, como se usa entre matraquistas de la hampa, le comencé á decir veinte cosas. Sor tornasolado, le dije, dígame por vida de ese banco de botonera, y por esas barbas de oropel, ¿no halló otro oficio que mas le cuadrase que el del tornero veraniego? ¿Pues tan amigo le parece que soy de maridos que tengan oficio de á pié quedo y de siempre en casa? ¿Pues no ve que siendo tornero de dos de queso, en faltándole que hacer, le enviara por cuernos al rastro, para que torneara tinteros para toda la vecindad? Dígame, ¿tantos toros pensaba correr, siendo mi marido, que se ofreció de aderezar lanzas y garrochones con que torearlos? Consuélese con que sabe poner en órden caballos, que para cuando haya de salir de semejantes ocasiones, tan avergonzado como corrido, estarleha bien, y saldrá encima de esos caballos. Una cosa le quiero preguntar, y respóndame, que yo le doy licencia que me hable: ¿porqué, en aquella relacion que me hizo de sus oficios, calidades y partes, no me dijo en qué le podia yo ayudar en aquel oficio de torneador veraniego? No hube bien preguntado esto, cuando el mancebillete me respondió sin maldita la pepita: Sora mia, yo la diré á voarced de lo que me habia de servir, si matrimoniáramos los dos. Habíame de hacer cordeles de cerro, y amolar las puntas á los clavos de trompos y peonzas, porque los muchachos dejáran toda la ganancia en casa.

Aquí confieso que me enojé un sí es no es, y me desprendí dos alfileres de la paciencia, y sin ellos y sin ella le dije: Muy pícaro de á ocho en cuarteron, lo que ha de hacer es ir á buscar moza á Ubeda, donde son los buenos cerros, y busque una aguzadera de puntas de trompos en la manflota, que, Dios es mi padre, si otra vez me mira al rostro, ni estampa el pié veinte y cinco pasos de mi puerta, le haga yo al trompero trompon, no solo ir trompicando, pero tornearle las espaldas, y sacarle la

punta de la lengua por el colodrillo de esa cabeza de peonza. Temióme sin duda el pretendiente, é imaginando que yo tenia de respuesta los diablos de San Anton, se encomendó al caballo de los piés. ¡Cosa rara cuan en manos de una mujer está en coger y en descoger un hombre, ponerle hecho un ovillo y hacerle dar hebra! Ansí le metí á este las cabras en el corral, como si yo fuera el gigante Golías.

Mas no me espanto que nos teman los hombres, que (como decia el señor don Cárlos) aquel capitan es mas temido que sabe mejor vencer con paga y amor la voluntad de sus mismos soldados: y como nosotras pagamos á nuestros Roldanes en moneda de á dos caras, adelantadas las pagas no hay hombre que no nos tema. Una vez oí en casa de unos caballeros sobre mesa seguir este intento: y uno trajo á este propósito aquella pregunta comun, de que por qué causa á la fortaleza la pintan como mujer? Y respondió diciendo que por la causa dicha. No me pareció cosa muy á propósito. Mejor dijo otro, que salió con menos orgullo y mas razon. Este prosiguió el intento, y dijo que para significar los antiguos como las mujeres somos valientes de acarreo y temidas cuando queremos, pintaron á la fortaleza en servicio de Vénus, y que otro pintó á Vénus, que yendo volando, arrebató la fortaleza, y la llevó gran trecho á mal de su grado, y la metió entre unos agrios peñascos, convecinos de un su jardin, y en estando en ellos, le quitó la capa á la fortaleza, y la hizo que cavase y cultivase las peñas, plantando en su lugar árboles deleitosos, y edificase una fuerte torre: y añadió haber leido en muchos poetas que los mas copiosos ejércitos del mundo los habian capitaneado mujeres, no por otra causa sinó porque la fortaleza viene á ser esclava del amor y las mujeres: y concluyendo la plática, dijo:

No se espante nadie, que las mujeres sean temidas; que pagan sus soldados adelantado, trazan con sosiego, y pelean sin peligro. Este pretendiente se llamaba Maximino de Umenos, y sobre uno y otro apellido le dije algunos conceptos razonablejonazos, parte de los cuales puse al principio de este número y parte está escrito en el envés de mi memoria, y por no descogerla me perdonarás el cuento.

APROVECHAMIENTO.

Los que pretenden casarse en estos tiempos mienten en su calidad y casi en todo, siendo el contrato que con mayor verdad se debe tratar.

CAPITULO II.

DEL PRETENDIENTE DISCIPLINANTE.

Liras de piés cortados.

Un pelon desgarra
Que andaba amartelado por Justi

Por verse remedia,
Pidió al Dios Cupi
Le diese de limosna un buen vesti.
El ciego de Cupidi,
Como ciego, pobre inocent,
Le dió un pobre vesti,
Mas para penitent,
Que para ostentacion de pretendient.
Dió al triste amant,
Camisa, capirote, y discipli,
Y hecho disciplinant,
Pasea su Justi,
Mostrando en azotarse gallardi.
En fin de aquesta empres
Salió disciplinante remoja,
Y á toda furia y prie
Seguido de mucha,
Que le hicieron huir mas que de pa.

No se le puede negar al amor que es inventivo, y que en trajes y disfraces tiene la prima, no trato del amor inventivo, porque en mi casa llueve como en Toledo de las tejas abajo, que ni soy Icaro, ni Faeton, ni Simon Mago, ni marques de las nubes, para que el vuelo de mi lengua y pluma suba medio coto sobre el caballete de un tejado. Digo, pues, que con justo título se le dan al amor de inventivo, pues muda y disfraza como quiere las gentes; porque quien es tan poderoso para en un instante trocar las almas, no es mucho que lo sea para trocar los vestidos, si no es que sea los vestidos del otro portugués, que se vistió para morir y dijo: Ahora mátame Deus, con condezaon, que el dia do juicio no me tire este vestido ó truque, que eo quiero, que co o meo me faga Deus ben. Muchas cosas te pudiera decir, por donde conocieras los raros disfraces y ensayos del amor; mas por ahora me contentaré con decirte uno de los mas donosos que has oido, y es de un pretendiente mio, que no teniendo otro modo ni manera como hablarme, dió en vestirse de disciplinante, para que no le faltase al amor librea que no haya dado á los suyos. En mi pueblo habia un hijo de una lavandera viuda muy regalon, y muy hijo de viuda; éralo tanto, que él solo se sentaba á comer á la mesa, y su madre le servia como si fuera madre al uso de Jauja: nunca la llamaba mi madre sino la mi lavandera. Harto tenia la madre que afanar para sustentarle á él. El provecho que de él se tenia en casa no era sino solo que estando él en ella jamas se endurecia, ni tomaba de moho el pan, y para pasar dos azumbres de vino de un aposento á otro, no habia menester bota, ni jarro, ni cuero. Tambien habia su madre del otro provecho, y era que cada dia despues de comer, la contaba un pedazo de la historia y descendencia de los Machucas: concluia siempre diciendo: Lavandera mia, de esta gente fué vuestro marido y mi padre, que sea en gloria. Hidalgo era aunque pese á ruines hombres, que aunque le hicieron pechero, fué cosa injusta, y el rey nos debe todos los pechos mal llevados desde doscientos años acá. Yo soy hidalgo: que en Castilla el caballo lleva la silla. Con este cuento andaba la

madre tan pagada, viendo que su hijo no era solo hidalgo, sino becerro de hidalguías, que daba sus servicios por bien empleados, en razon que de su linaje hubiese en el mundo un hidalgo. En fin la pobre vieja andaba machucada, y él muy pomposo por el lugar. Tenia el mozo no mal talle, ántes era alto, bien dispuesto y por extremo blanco, y de tan buenas carnes como mal espíritu. Púsosele en la cabeza el casar conmigo, gustara él para esta aventura hallarse muy vestido y arreado; mas no le fué posible por ninguna via; porque aunque él quisiera hurtar algun vestido negro mal guardado, no le habia en el pueblo, que por entónces no vestian los de Mansilla paño guineo, ni tampoco era para él oficio de ladron, porque por no llevar él una mala noche anduviera en cueros. Esta ocasion de verse con tan poca ropa, le detuvo de venirme á hablar cuerpo á cuerpo, y decirme su razon. Sí que pasaba él con otros por la calle, y miraba hácia mi ventana; mas tornando á mirarse, deshacia la rueda de los ojos, y alentaba las del cuerpo para pasar de largo. Sin duda que le ví un dia con unas calzas, que para no perderse el pié y pierna al embocarse en ellas era menester una guia de hilo á hilo, los gregüescos tan repelados que mas traia gesto de toreador acornado, que de pretendiente amoroso: sayo y capa de la misma muerte. Y con andar ansí, era tan poderosa para con él la descendencia de los Machucas, que forcejaba contra la tempestad de sus trapos y pobreza, pretendiendo arribar al tálamo de Justina la hidalga. Vino mayo, y con él un dia florido, alegre y claro, fiesta de la Cruz. Este dia se resolvió ponerse de librea para rondarme la puerta, y decirme su razon, y la librea que tomó fué vestirse de disciplinante; y porque se declarase ser acertado geroglífico el de aquellos que por ley ordenaron que las mortajas de venta se colgasen á las espaldas del templo de Vénus, madre del dios de amor: pues este idólatra de su cuidado descolgó este ensayo y mortaja del templo de Vénus, que en su alma hizo para suplir la falta de un buen sayo. Su discurso fué este. Las partes con que yo puedo competir son con que me vea mi buen cuerpo, disposicion y blancura de carnes descubiertas, y aun será posible que el verter mi sangre la mueva á compasion: en cumplimiento de este propósito, se fué á la ermita que llaman de San Roque, y allí se vistió de una sábana de Ruan mia, la cual yo habia dado á lavar á su madre. Comenzóse á azotar y andar á son. La traza del disciplinante era tan donosa como gallarda, si cayera en otro sugeto. Dábase tres azotes en buen compas, y tras ellos daba otros tres gallardos pasos con el azote sobre la espalda, y los brazos puestos en asa. Como el disciplinante era solo uno, y el ruido tanto, y el uso tan nuevo para aquella tierra, en un punto aparroquió todos los muchachos de la villa que llegaron á mi puerta; y como no podia llamar al cerrojo, un poco ántes de llegar, avivó en tanta manera el ruido de los golpes, que entendí que me corria la calle algun desaforado caballo; asoméme á la ventana, y como el disciplinante vió que yo le miraba, por me hacer favor dobló la parada de los azotes, y acortó la de los pasos, dándose á cada paso y medio seis azotes, y repicábalos á buen son. Cuando ví tal furia de azotes, tembláronme las carnes de miedo, y cierto que sospeché que eran azotes del otro mun-

do; ó que era el ánima de Pavon que andaba en penas por mi puerta. Quitóme de este miedo un muchacho que me dijo: Señora, Machin es, ¿no le conoce? Entónces viendo que era hombre de carne y sangre y buena sangre, segun él decia, naturalmente me compadecí de él, y sin mirar lo que decia, ni lo que podia suceder, olvidada totalmente de que aquel era pretendiente mio, dije: ¡¡ Ay el mi disciplinante, y qué llagado vas! y quien te pudiera socorrer y consolarte! No hube bien dicho esto, ni él oidolo, cuando pensando que era hecho su casamiento y mi voluntad conquistada, sin mas ni mas, dejando la procesion de los muchachos en la calle, dió á uno el capillo, y á otro el azote, y se entró en mi casa, y subiendo á toda furia uno y otro alto, se puso en mi presencia; yo temí que así hecho morcilla me diese paz, y huíle el cuerpo. Yo no sabia si reirme ó enojarme en semejante occasion; en fin me reporté, y le pregunté: Hermano, ¿quién sois? ¿A qué venis? ¿ó qué quereis? A esto me respondió: Señora, al quien sois, digo que soy un ave fénix. Y si me pregunta á qué vengo, digo que á si me quiere mandar algo; y si me pregunta que qué quiero, es si le está bien casarse conmigo. Yo no pude tener la risa, soltéla, salió, y queriendo mi risa retozar con el disciplinante desnudo, enfrióse y tornóseme al cuerpo; con esto tuve lugar de hablarle, y díjele: Por cierto, señor hidalgo nuevo, yo tenia lástima de ver sus carnes tan desangradas; pero ya mas la tengo al seso que se le va, que á la sangre que le corre; y pues me habla por párrafos, haciendo una razon de tres esquinas, como bonete de entremes, yo le quiero responder con otra razon de tres gajos, como cuerno de ciervo, ó asador de boda, por los mismos casos. Hame dicho que es ave fénix, y mucho me pesara si lo dijera de veras, porque si se le antoja morir quemado, como suele el ave fénix, no querria me quemase esa sábana de Ruan que di á su madre para lavármela: y como sea verdad que esa sábana no se cortó de la tela del mantel de Plinio, el cual se lavaba y purificaba con el fuego, no querria que pensase su madre que quedara lavada mi sábana, quemándola él con el fuego que promete. No debió de querer decir usted que qué es ave fénix, sino pelicano: y aun se puede creer, y yo lo creyera, si la sangre que saca á traicion la sacara en somo del garguero, como dicen los de su tierra. A lo segundo que me dice, que viene á que yo le mande algo, digo que no he visto disciplinante tan bien mandado, ni él ha visto mas mala mandona de disciplinantes: no mando yo á gente en camisa, demas de que yo tengo escrúpulo de sacarle de un tan buen paso como lleva. A lo tercero de casarse conmigo, la respuesta está en la mano: yo concedo que los hidalgos han de ser recibidos con sola la capa y espada, y las hidalgas en camisa; pero ni pide justicia que reciba yo á un hidalgo en camisa, como si fuera mujer, y sin la mitad de la buena sangre, que yo tanto apetezco. No quiero yo amante que echa su amor en las espaldas, sino por el lado del corazon. Hermanito, tome su capirote y su azote y trote, mire que hace falta á tanto del bello muchacho que le aguarda, que no quiero yo que por mi culpa se deshaga la procesion de la Vera Cruz de mayo, ni quiero, si hay falta de agua, tenga la culpa yo, por hablar á la mano á un dis-

ciplinante tan devoto como él. Ya tú ves con esta respuesta cual se marchitaria el pobre disciplinante: cree que si le vieras bajar las orejas y las escaleras, vieras el retrato de la quinta langosta: tardó en bajar media hora, que un corrido corre poco. En este comedio tuve yo lugar para hacer del ojo á un angelito de la vanguarda, que estaba fregando las escudillas, que hiciese lo que sabia: entendióme (que en mi casa todos entendian á medio guiñar). Ya que salió á la puerta, fué muy bien recibido de los muchachos, que allí esperaban su advenimiento: duró no poco la risa, y él tuvo por bien tornarse á encorporar el capillo, por no se ver mas avergonzado. Tomó su azote, y dando un vehemente suspiro, alzó los ojos á mi ventana: entónces, por sus méritos y pasiones, de la nube de una gran caldera descendió sobre su cuerpo una gran chaparrada de agua á medio hervir, harto limpia, pues limpiaba los platos, en que hubo para él y para los muchachos. Ellos enojados de la mala vecindad, comenzaron á tirar barro y terrones al disciplinante, como si fuera encorozado: el con la cólera quisiera entrar á machucar la moza; mas ya ella habia asegurado el paso, porque tenia echada la tranca; y por si repicase el aldaba, tenia prevenido un canto. Ya que no tuvo otro medio con que mostrar su enojo, echó tras los muchachos, con intencion de hacerlos disciplinantes de por fuerza: mas ellos revolvieron sobre él con tanto brio, que como los ratones vencieron los valientes de Rodas, le vencieron al valiente hidalgo, y fueron tan poderosos, que le echaron del pueblo, así en pelete como estaba, y hasta hoy no ha tornado al pueblo. Sabido el alboroto, vino la justicia, tomóme el dicho: yo dije que aquel hombre me habia dicho que yo era un ángel, y que aquella casa era cielo, y cosas á este tono, y que yo me hice cuenta mi casa es cielo, y este disciplinante de por mayo sin duda pide agua, y así mandé que se le echase, porque no fuese corrido de que con tan recios azotes no sacaba agua del cielo de mi casa. Diéronme por libre, aunque no habia para qué, que yo me lo tenia á cargo, pues fui siempre mas libre que el ave que canta siempre su nombre.

APROVECHAMIENTO.

El loco amor vuelve los hombres locos, y hace que con vergüenza y deshonor sea castigado quien le admite en su alma.

CAPITULO III.

DE LOS PRETENDIENTES QUE NI QUIERO NI CREO.

Redondillas de piés esdrújulos.

Aquí verás junto al tálamo
La celebérrima Fílide,
Y festejar á Amarilide

El amor con dulce cálamo.
Aquí verás la matrícula
De muchos míseros baganos
Que con almas de canícula
Tienen bolsas de carambanos:
En fin verás que amor si es pobre y pícaro,
Alas da, pero son alas de Icaro.

Así como en un cuerpo humano vemos que su hermosura no consiste toda en ojos, que eso fuera ser el hombre puente, ni toda en piés, que eso fuera ser copla, ni toda en brazos, que eso fuera ser mar, ni toda en manos, que eso fuera ser papel, sino que tambien requiere la hermosura que haya uñas, cejas, cabellos, vello, y otros excrementos: así el conocer el honor de haber sido pretendida no consiste en que se conozcan los amantes admitidos tanto cuanto en que se conozcan los desechados, que son como excrementados, estos han de honrar mi historia.

Estos desechados honran á las damas como espina á flor, como cabeza de tirano á piés de capitan, como cautivo acoyundado en carro de triunfo: y créeme, que pudiera hacer una historia entera de los varios sucesos que en mi breve doncellez me sucedieron: porque no hay duda sino que una moza, despues que se embarca en el propósito de casar, es navío que compite con todos los vientos derechos y traveses, altos y bajos, mansos y furiosos: y aun es como roca ó muro de junto á mar, donde son tan frecuentes las olas, que por instantes unas á otras se van siguiendo el alcance, hasta que mansamente se quebrantan en la ribera, roca ó playa arenosa, sino que hay olas que para ser apacibles es necesario que no salgan de madre, y otras que para serlo es necesario que salgan de madre. Quédese ansí: solo haré en general alarde de mis aventureros pretendientes, porque decir en particular de todos, fuera reducir á cuenta los atomos del sol, las estrellas del cielo, las gotas del mar, y los mínimos de las cosas cuantiosas y continuas, y los juramentos falsos de los mercaderes. Unos de mis pretendientes ponian la gala en mostrarse graves, por parecerles que yo tenia algunas avenidas de toldo y entono grave. Estos pasaban por mi calle tan llenos de este almidon, y tan embutidos de juiciazo, que parecian unos senadores de Aténas. De estos me reia yo mucho, considerando su corto entendimiento, pues no veian que el fuego corporal de las minas quita la gravedad á las rocas y peñas, y las levanta desde lo ínfimo hasta la torre de Eolo, aligerando su peso; y ellos, siendo de pluma, presumen que el fuego interior de su amor los vuelve en piedras, peñas, y rocas de gran peso. No creo amor tan de á pié quedo, que es amor peñasquino: amor que para cuerdo es loco, y para loco es cuerdo, no creo al amor: si ese es amor, eso fuera creer que el amor solo por bien parecer tiene saetas ligeras en las manos, y en el cuerpo voladoras alas; y fuera pensar que el fuego enfria y la agua seca. No creo en el amor si ese es amor. Otros daban en quererme enamorar por galas, y estos ponian todo su fin en ir muy entablados de espalda, á puro papel y engrudo, sobrepuestos de pantorrilla, á puro embutir calzas estofadas, asentados de planta, á costa de tacon delantero, borneadizos

de empeña, á puro torcedor: y sobre todo, descontentadizos de cuello, yendo siempre tomando el sumorgujo hácia dentro, y finalmente nunca contentos del asiento del vestido. Allí ví ser verdad que una de las necedades que estan en la lista de España, es que el galan español siempre se anda vistiendo; mas no creo en amor, si este es amor, si no es que pensemos haber sido acaso el pintar al amor desnudo, y como niño, que no se sabe ni puede vestir. El amante de veras no le ha de sobrar tanto tiempo para acordarse de su vestido, ni ha de ser su amor tan garrapato que se quede en el vestido del mismo amante, sin salir afuera. Eso llamo yo ser Narcisos de sí mismos, y no amantes de sus pretendidas. Es su amor fuego de tan poca fuerza, que los enciende por de fuera, como á ungidos con agua ardiente, y por de dentro los deja frios: estos son amantes de entre cuero y carne, requebradores de boca de estómago, y aun estomagadores de boca. Otros daban en representarse enamoradísimos y derretidos. Estos iban por la calle como absortos y asustados, haciendo de su corazon vulcano y de su frente cielo, y de sus ojos rayos, con que abrasar mi casa y persona: y si les parecia no tan á propósito este ensayo, luego que me vian mudaban figura, trocando sus guiños locos en un mirar piadoso y tierno, y con él iban mansamente repasando el espejo de mis ojos, y al trasponer de la calle se cosian como pulpos á un canton, tan sesgos y enteros como si hubieran venido por cuerda como cohetes: y si acaso yo al descuido les daba una onza de mírame Miguel, allí era el alcachofar el alma y regraciar mi vista con tanto del meneo (que parecian sus rostros colas de mula rabona) ya ojialegres, ya alevados, ya hácia un lado, ya hácia otro. Aun de estos me reia mas; y no creo en amor si este es amor. Amor que ántes de llegar á su punto representa los extremos de su última perfeccion, es como camuesa, que sin estar madura, huele, y está amarilla: amor que sale primero á los ojos, y á los meneos que á las manos, no creo en él. Manos muertas y ojos vivos es imaginacion y quimera de amor. Si con este éxtasis de contemplacion tuvieran obras realengas, era entrar por camino real; mas esotras veredas no las conozco: reniego del amor si ese es amor. Creer que en mirar ventanas echa el amor su caudal, es creer que sin fundamento pintaron al amor con los ojos vendados. Es risa pensar que está atenido el amor á mírame Miguel: no creo en amor si ese es amor. El amor chapado cierra los ojos y abre los puños, encarcela la lengua y desataca la bolsa: en fin es calentura que tiene el pulso en las manos. Otros hubo que pensaron de Justina que se moria por Roldanes, y á esta causa pasaban por mi puerta con espadas de á mas de la marca, hechos festones de armas tozadas de instrumentos bélicos. Esto era de dia, que de noche todo era sacar lumbre de las piedras, con los golpes de sus espadas, intentando ruidos hechizos. Uno de estos me acuerdo pasó una vez, entre otras, por mi puerta, y ántes de hacer su acostumbrada salva, comenzó á hilar y torcer los bigotes, metiendo el uno en la boca, mientras el otro se hilaba: y torcidos ambos, dió un soplo que sirvió de goma para entiesarlos. Tras esto reconoció espada y daga: y finalmente, dando un rodeon al chapeo, alzó los ojos y dijo: Reina mia, ¿hale enojado alguno?

que vive Dios que le acabe. Yo le dije : Si me hubiera usted de matar á quien me enoja, no hiciera usted testamento. Pero con todo eso, viva mil años, para hacer reir á las damas.

Con esto se fué él muy contento, y contaba por favor el ventanazo. ¡O ignorantes que pensais que las damas viven de valentías y Roldanages! Eso es no saber que Cupido jamas ciñó espada ni daga, ni embrazó adarga ni escudo, ni empuñó lanza ni chuso, ni jugó montante ni alabarda. Son dos cosas entre sí muy diferentes cursar valentía y profesar amor, que lo uno vive en el alma y es huésped del cuerpo, y lo otro vive en el cuerpo y solo tiene por mesonera el alma. Es el amor humano, si está en posesion, noble, ahidalgado, manso, apacible, quieto, asentado y reposado. Pero la fiereza y braveza es rigurosa, avara, inquieta, impaciente, tirana, espantosa y formidable. De adonde saco que quien lleva el amor por estos cerros, no conoce que es amor, ó es su amor cerril, que no puede ser domado menos que con albarda, y aun. Ya quiero callar pretendientes de otras sectas; por no hacer letanía de erradores. Callo los donaires que me decian algunos, tan frios que al llegar á mi ventana se volvian calamocos ó pingamllos. No digo de los muchos billetes, que fueron en tanto número que no se hacia empanada en el pueblo que no se sentase sobre ellos, ni rueca de vieja que no se entrase con un rocadero hecho de ellos; una moza tenia que ganó muchos ochavos á engrudar papel de estraza aforrado en billete, y á cuarto el rocadero rayado con bermellon hecho de teja.

¿Qué diré de las músicas zorreras, con que me hacian tornar á la memoria el olor del *requiem æternam* con que me sahumaron en el entierro de Rioseco? ¿Pues qué si contara los pretendientes rústicos, que con su humilde bucólica aspiraban á la pretension y cátedra de la pobre mesoneruela? Fuera un juicio contarlos. Mal digo fuera un juicio, antes fuera una gran locura : ¿qué cuenta ni qué cuento he yo de hacer de amadores de estómago, indigestos de bolsa, mancos de manos, que piensan conquistar la torre de un corazon, atacando el arcabuz de solo papel de billete, y pólvora de apariencias? Si no hay cosa que vale, no vale nada, y es tirar sin bala, que por eso se dijo : *Quien dispara sin bala, nunca mata*. Tales amantes ni los creo, ni los quiero.

¿Saben á qué los comparo yo estos amantes campanudos, que hacen aparencias y no ofrecen? parécenme que son como afinadores de órgano, que le templan y no le tocan. Son como hombres de reloj, que amagan á quebrar la campana, y solo la hacen sonar. Son como truenos, que hacen ruido y nunca daño. Son como fuego, que guisa lo que no come. Son (finalmente) como parras locas, que todo es hoja, y el fruto no es ninguno. ¿De qué sirven accidentes sin sustancia, plumas sin carne, paja sin grano, aparencias sin verdad? Es disparate pensar que esto puede satisfacer á una mujer. Tal amor ni le creo ni le quiero. Sí que á las damas las despierta el gusto, pero luego se queda como pulso de desahuciado. Es el dinero el *plus ultra*, con quien todo crece y pasa adelante. Gustamos las damas que haya pasajeros por nuestra puerta, que no es buen bodegon donde no cursan muchos. Pero no es ese el *finis terræ*, que ya la ga-

llardía, gravedad, señorío (y aun el gusto y el amor) por pragmática usual, se ha reducido á solo el dar. Decia un licenciado Soleta mi amigo, que se halló en la batalla gramatical, en que salieron muchos verbos con las narices cortadas, que el amor se declina por solos dos casos. Conviene á saber, dativo y genitivo: el primero, por ante de casadas; y el segundo, por postre. El diablo soy, que hasta los nominativos se me encajaron. En resolucion el arancel con que hoy se miden las calidades y partes humanas, es el dinero. ¿Quiéreslo ver? El dinero, para ser hermoso, tiene blanco y amarillo: para galan, tiene claridad y refulgencia; para enamorado, tiene saetas como el dios Cupido; para avasallar las gentes, tiene juego y coyundas; para defensor, castillos; para noble, leon; para fuerte, columnas; para grave, coronas; y en fin, para honra y provecho, es dinero, que quien esto dijo, lo dijo todo. Un sabio dijo que el dinero tenia tres nombres, el uno por fuerte, el otro por perfeto. Por fuerte se llama moneda, que quiere decir municion y fortaleza; por útil se llama pecunia, que qüiere decir pegujal, ó grangería gananciosa y paridera; y por perfeto se llama dinero, tomando su apellido del número deceno, que es el mas perfecto. No anduvo mal este loador de la moneda, sin duda que era letrado ó á lo menos escribano. De aquí podrás colegir mi seso y buen acierto, pues no andaba á lo loco, sino á lo cuerdo y aprovechado. Siempre tuve por doctrina cierta que los hombres cuanto mas calificados son tanto son de mayor capacidad: cuanto mas largos son de manos, es señal que tienen grandes alas de corazon, pues les hace volar fuera de sí. Somos las mujeres como astrólogos, que las malas ó buenas calidades las conocemos por las manos. Si el amor gana por mano, bésole las manos; y si en otra parte hace su manida, ni le creo ni le quiero.

APROVECHAMIENTO.

La mujer vana es terrero de necios, en quien hacen suerte los locos y de poco seso. Y el vano amante es vil esclavo, que en las minas de su propio cuerpo y alma, cava el azogue y metales para pagar el verdugo de sus gustos, que es la mujer á quien sirve y el propio amor en quien idolatra. Y finalmente, no hay quien no compre el amor á dinero.

CAPITULO IV.

DE LAS OBLIGACIONES DE AMOR.

Hexámetros españoles.

Tanto crece el amor cuanto la pecunia crece,
Que hoy dia todo á él se rinde y todo le obedece.

Varias semejanzas y geroglíficos dibujaron los antiguos para por ellos

significar qué cosa es la mujer; pero casi en todos iban apuntando cuan natural cosa le es buscar marido, para que le apoye, fortalezca, defienda, y haga sombra, ca aun pintadas no nos quieren dejar estar sin hombres: unos la dibujaron en la paloma, porque esta ave sin hembra conocida jamas está en palomar, ni la hembra sin el macho; si así nos pareciéramos á ellas en tenerla, y él en el zangajo, no fuera malo; otros por la hiedra, por cuanto esta planta jamas puede prevalecer, sin tener parte de adonde asir, en tanta manera que por asirse fuertemente á lo que topa, suele derribar los muros, á cuya causa establecieron las leyes que no plantasen hiedra junto á los muros, lo cual he visto yo traer á propósito de que las mujeres hagan menos sombra en los muros de la república, y desmoronen menos cal. Bien aludieron á esto los que dijeron sea la mujer una planta, que en ojos, frente, cabellos, manos y vestidos tenia raices como de hiedra para prender do quiera que acostase. Otros llamaron á la mujer tierra, otros agua, otros aire, otros fuego, y otros cielo; y aunque esto fué dicho á diversos propósitos, conviene á saber que por su bajeza y memoria la llamaron tierra; por su parlería, ola; y por su fecundidad, mar; por su instabilidad, aire; por su cólera, fuego; y por su hermosura, cielo; pero todos estos epítetos convienen en que así como todas estas cosas buscan su centro y natural region para conservarse, y el cielo polos y ejes en que apoyarse, así la mujer naturalmente apetece hombre que la defienda, y como salió del hombre, que es su centro, al mismo quiere tornar para adquirir su conservacion, si ya no es que lo apliques á que una mujer dentro de una casa es junta la contrariedad de todos los elementos. Ola, amigo, basta, lo aplicado estaba bueno.

Viendo, pues, yo que allende de las comunes y generales obligaciones que las mujeres tenemos de ser varonesas y buscar varon, que á mí me corria tan particular por el aprieto en que me via, me casé con un hombre de armas, á quien yo habia nombrado curador y defensor en los negocios de mi partija. Este hombre de armas me armó, y si quieres saber como fué, no digo mas, sino que me miró, y miréle, y levantóse una miradera de todos los diablos, semejante al humo de cal viva. Ahora que cosi, cosi, salia yo con este hombre hablar de la oseta, y meter mas ruido y armonía que gorrion en sarmentera: mas luego que le quise bien nunca tuve palabras. Su duda es que dice que el dios de amor condena á los parleros á que les saquen la lengua por los ojos y el corazon por las manos. Ya es verdad que en esto de sacar la lengua, siempre apelamos con las mil y quinientas. Pienso sin duda que la causa que movió á pintar al dios Cupido con dos saetas, es porque el amor tiene dos tiros, el uno al corazon, y el otro á traspasar la lengua: y eslo tanto, que para mostrar su destreza se venda los ojos: como el diestro tañedor que, para hacer ostentacion de su arte, no mira al juego del instrumento mas que si fuera ciego. En resolucion digo que como el verdadero amor nunca echa su caudal en palabras, al punto que en nuestras almas entró, vació el alma del aire con que se hacen las palabras, y metió en su lugar fuego con que abrasa los corazones. Era fuego, y queméme, que ni soy Larins, ni Setin,

ni Arbeston, ni pábilo de vela de Vénus, ni mantel de Plinio, ni dedo de Pirros, ni cuerpo de Falisco, para que el fuego no me queme.

Díjome Lozano su cuidado con tan pocas palabras, y tan cortas, que daban bien á entender que mas se hicieron para pensadas que para dichas, y como venian abrasadas del fuego de amor, salian tan estrujadas, que denotan quererse tornar á su alma en saliendo, por no se enfriar fuera de ella, ni perder el espíritu interior, con que las despedia el arco de alma por la cuerda de la lengua. Y si pocas razones manifestaron su cuidado, menores fueron las que sacaron mi consentimiento. Que en fin es cosa constante que, por pequeño que sea el eslabon, siempre es de mas cantidad y mas ruido que la del fuego que levanta la de la yesca en quien prende; sus palabras hicieron oficio de eslabon, y las mias de amoroso fuego y yesca, de fuerza habrán de ser tan pequeñas como lo es un sí quiero que en ocho letras se concluye.

Ya no falta sino decir las gracias y partes de mi novio; dirélas, con ellas las tachas, que en fin no hay cosa criada sin chanfaina de malo y bueno, que aunque mas digan de un hombre que es como un oro, nunca es oro acrisolado: era mi marido Lozano en el hecho y en el nombre, pariente de algo y hijo de algo. Y preciábase tanto de serlo, que nunca escupí sin encontrar con su hidalguía; podia ser que lo hiciese de temor que no se olvidase de que era hidalgo; y no le faltaba razon, porque su pobreza era bastante á enterrar en la huesa del olvido mas hidalguías que hay en Viscaya. Era alto de cuerpo, tanto, que unas damas á quien pidió licencia para entrar á visitarlas, se la dieron con que se hiciese un ñudo ántes de entrar. Era algo calvo, señal de desamorado. Ojos chicos y perspicaces, señal de ingenioso, alegre, y sobrino de Vénus. Nariz afilada, que es de prudentes; boca chica, con frente rayada, que es indicio de imaginativos. Corto de cuello, que es señal de miserables. Espalda ancha de valiente, hollábase bien, mas de punta que de talon, que es señal de zeloso. No tenia un cornado; señal de pícaro, y efeto de pobre. Dos cosas tenia por las cuales le podia despreciar cualquier mujer de bien.

La primera, que jugaba el sol ántes que naciese; y no digo yo el sol (que con quedarme á buenas noches se acabara) pero jugaba toda la noche.

La segunda, que era muy amigo de pollas: en esto no reparara tanto, por creer de mí que le supiera amansar: mas lo primero siempre me dió pena, porque no tenia mas retentiva en el juego que si jugara á deber ó á pagar sobre los montes de la canela. ¿Mas qué de tachas digo? Digo mal de la prenda, y quedéme con ella. Caséme con él. Pero diráme alguno: ¿Pues cómo, Justina? ¿La tan guardada, la astuta, la que á todos engañaba, y nadie á ella, se habia de dejar engañar tan á ojos vistos, en hacienda, en gusto y en dinero, y mas en materia de casamiento que es ñudo ciego? A esto pudiera yo responder *que quien quiere bestia sin tacha, á pié se anda*: ó con el otro refran que dice: *Es mucho don Diego, buen marido y caballero*. Pero quiero que me lean el alma y en ella un consejo digno de saberse de todos; ora sean de nuestro bando picaral,

ora sean de otra lampa : y en resolucion, quiero enseñar la vereda por donde camina el corazon de una mujer, que quizá me echará bendiciones alguno de los muchos que andan este camino.

Sepan todos cuantos quieren conquistar corazon de hembra, que las menos se rinden á poder de pasion de amor ó aficion : porque en las mujeres las pasiones de amor, no solo son, como dijo el otro, reposadas y raposadas, sino son lentas y amortiguadas. Es su amor fruta que no nace en ellas, y si nace, no madura, si no es con humanas diligencias de regalos, importunidades y servicios. Es como fruta, que á veces madura en paja, otras en pez, y otras en arena : y si hubiera fruta que madurara en la bolsa, era la comparacion nacida. Si quieres saber por qué caminos le viene á la mujer de acarreo el amor, yo te lo diré. Por una de tres razones ama una mujer. La primera, y mas principal, es por dádivas é interés. Por manera que si estimamos calidades, partes, prendas y grandeza, es por pensar que es plata quebrada, por la cual hallarémos moneda é interés. En fin, que trocamos la estima del honor, por el valor del útil que deseamos. Nadie se espante de que yo diga lo mucho que puede con las mujeres el interés, pues natural razon lo persuade, y patentes ejemplos lo declaran. ¡O si atinase á contrapuntear este puntillo! Tres géneros de gente hay, que por tener avinculada la necesidad, pagan fuero á la avaricia : niños, viejos y mujeres. Los niños, porque ni tienen, ni saben que es tener. Los viejos, porque han menester tener mucho, y no tienen nada. Las mujeres, porque demas de que tienen el mal de los niños y los viejos, tienen extremo en antojos, con el cual pueden menguar el caudal imaginable; no te quejarás que esta razon ha salido mal hilada. ¿Quieres ver cuan codiciosas somos las mujeres? Pues repará que no hay mujer, por excelente que sea, que no recatee en lo que compra aunque sea una reina; nadie hay que se saiga del número de las damas, ni del da mas. Y si es verdad que al oro todas las cosas le obedecen, la mujer jamas cometió crímen *læsæ majestatis* contra esta obediencia debida al rey de oros. Así que el interés es la primera y principal cosa que acarrea nuestro amor. Esto bien claro va.

Perdonen las Alejandras; aunque no, no perdonen, que no ha habido mas de un Alejandro macho, y hembra de este nombre ni de este humor ninguna. Lo segundo que nos rinde y obliga es ver que un hombre nos está sujeto, rendido y puntual, reconocedor de nuestras excelencias y hermosura, protestador de que es indigno siervo, y nosotras reinas meritísimas. Este es gran punto, y su fundamento tambien es muy natural, y si no me engaño es este. Las mujeres nacimos esclavas y sujetas, y como por nuestros pecados todo el dominio y sujecion es aborrecible, aunque sea natural, y para nuestro bien, ni cosa mas amable que el mandar viene á ser, que no hay cosa de nosotras mas estimada que vernos con cetro sobre las vidas y sobre las almas, aunque sepamos que ha de durar poco; y lo peor es que no dura mas el cetro que si fuese hecho de humo; y si lo es, humo es que nace de fuego de estopa. Esta es la causa porque preciamos tanto las gorradas, los paseos, las estancias al agua, hielo, granizo, escarcha, nieve, relámpagos, truenos, torbellinos, turbiones,

borrascas, rayos, y peligros varios, en fé de que son esclavos nuestros, que si de esto gustamos, es porque nos ensancha el verlos como á esclavos herrados con el sello de nuestra obediencia, aunque yo confieso que esto de servirnos los hombres, ó no lo entiendo bien, ó es el servicio del juego de quebranta hueso; empero vaya, servir lo llaman, no le quitemos el nombre. El tercer modo, tambien muy cosario para rendir voluntades mujeriles, es la importunacion perseverante, ó perseverancia importuna. No lo digo por decir, sino porque es verdad notoria: y la razon lo es mucho mas. Las mujeres nacimos para dar gusto, y no hay cosa que á nuestro natural mas le contradiga que dejar á nadie descontento. Aquí prenden los muchos alfileres con que nos prendemos: aquí consiste el deseo de componernos y ataviarnos para dar gusto. De aquí nace favorecer á los atrevidos, y escoger el mas feo por ser el mas importuno. Dirásme, ¿á qué propósito tan larga arenga? No te espantes, que para gran salto es menester tomar muy de atras la carrera; y para excusar un tan errado casamiento, es necesario poner tales fundamentos como los que has visto. Y aun plega á Dios no se nos caiga la casa. Digo, pues, que no te espantes de mi yerro, porque si alguno tuvo excusas, fué el mio. Tres cosas he dicho que rinden á una mujer: interés, presuncion é importunidad. Interés, no dudes que le hubo, pues sin quien me amparara, ni mi sentencia era sentencia, ni mi hacienda fuera mia. Mi presuncion no era poca, pues casando con hijodalgo, habia de salir de la nada en que me crié: demas de que era muy puntual sirviente. Y (si se puede decir) me adoraba, y lo que es importunarme, fué de modo que siempre me andaba haciendo arrumacos, y formando querellas, diciendo las arengas comunes, conviene á saber, que me matas, que me acabas, toma este puñal, y muera á tus manos, tigre, y todo lo demas que en semejantes ocasiones se suele necear. Con esto desaté mi corazon, y me determiné meterme á caballera y mujer de algo. Quísome, quísele, ¿qué se ha de hacer? Puso el fuego la codicia, atizóle la importunidad, soplóle la vanagloria, el diablo cayera. Y mas despues que el amor es indiano, y aun avestruz, que come metal cuñado. De todos nuestros conciertos no dimos parte á mis hermanos, que ya sé el refran que dice: *Quien sus propósitos parla, no se casa.* Sé de cierto que si les descubriera mi pecho, antes me le atravesáran con lanzas que dejármelas correr con este hidalgo; que ya se sabe que es natural la enemiga que tienen los villanos á los hijosdalgo, que para dibujar los antiguos un villano, pintaban un monton de tierra; y para pintar un noble dibujaban un sol. ¿Y qué bien? ¿y qué á mi proposito? La tierra, con ser ansí que del sol recibe tantos bienes, procura como villana con sus vapores y exhalaciones tupir el aire, y ofuscar, y enturbiar la clara y hermosa luz del sol: mas él como hidalgo trueca estos vapores en agua, con que se fertiliza la tierra villana, y paga su osadía, con hacerse el sol estómago de sus indigestas crudezas, y alquitara de sus exhalados vapores. Ansí el villano, con recebir de un hidalgo hombre de armas honra y provecho, siempre le aborrece y persigue. Y allá fingió la fábula que riñeron los hidalgos y villanos animales, y publicaron sangrienta guerra; mas salió de concierto que dos

por ambos campos las hubiesen. En nombre de los hidalgos fué nombrada el águila, y de los villanos el dragon; salieron al campo. El dragon anduvo en todo como villano; lo primero dijo al águila que para pelear con armas iguales, habia de ser la batalla en el suelo, y que le habia de prestar unas alas. Todas estas ventajas le dió el águila. Y en entrando en batalla, al segundo encuentro se retiró el dragon, diciendo que no queria pelear mas. Preguntando el águila que por qué causa lo dejaba, respondió: Yo te lo diré. O me vences, ó te venzo. Si me vences, muy bien es dejarlo. Si te venzo y te mato, ya sé que es condicion de águilas venir cada dia muchas á ver el cuerpo muerto de su especie, hasta que el cuerpo se corrompe; y aborrézcoos tanto, que mas quiero no ser vencedor que veros tan á menudo. Mira hasta donde llega el odio de villanos é hidalgos. Es tanto, que un dia de burlas se lo dije á Nicolasillo mi hermano menor, y me dijo que la maldicion de Dios hubiese si me casase con hombre hidalgo. Por esta causa se lo encubria á los demas, hasta que un domingo fuimos mi esposo y yo y mis hermanos juntos á la iglesia; allí nos amonestó el cura. Mis hermanos cuando vieron nombrar Justina Diez, hija de fulano Diez, con fulano Lozano, embazaron. Mirábanse unos á otros, y luego todos me miraban á mí. Y parecióme ya mucha miradera, y pardiez no lo pudiendo sufrir, aunque estábamos en la iglesia, afirmé mis manos sobre las arcas, y la cabeza sobre el cuello, y en buen tono les dije: Yo soy, ¿no me conoceis? ¿Qué me mirais? ¿Mal era en buena fé, que no les iba yo á ellos á dar cuenta de lo que yo hago? ¿Vistes ahora? Buen aliño tuviera yo para que me lo estorbaran. Lea, señor sacristan, y digan, que de Dios dijeron. No me chistó hombre, riñóme el cura. Mas (como dijo la asturiana) vengué mi corazon. Con esto, y con ver que mi pandero estaba en tan buenas manos, como la del hombre de armas, no boquearon palabra, sino que vomitaron hasta el postrer maravedí de mi hacienda. Desde allí comencé á cobrar brio de hidalga; mas no por eso mis hermanos me tenian mas respeto; mal haya el nacer villana y montañesa, que nunca sale la persona de capotes. Es lo que dijo el otro carnicero, que no quiso adorar la imágen de Vénus, porque supo que se habia hecho de un tajon en que él cortaba carne, y dijo: Como la conocí tajon, no la puedo tener respeto, ansí que como me habian conocido tajona, nunca me guardaban el debido acatamiento.

APROVECHAMIENTO.

Una mujer libre á la misma iglesia santa pierde el respeto, y en ella se descompone; porque quien niega á Dios la posada de su alma, y la tiene tan en poco que de casa de Dios la hace pocilga de demonios, tampoco atiende cuan digno es de suma reverencia aquel divino templo, en que Dios está real y verdaderamente.

CAPITULO V.

DE LA BODA DEL MESON.

Redondillas de tropel.

Casó Justina en Mansilla,
Y tañerone, y cantarone,
Y bailoren, y danzoren,
Hubo cien mil maravillas,
Y trecientas mil cosillas.

Nació el sol sin bermol,
Con cuernos de caracol,
Consplarnero y trompetero,
Y su casa de pandero,
Y su gesto de perol,
Haciendo dos mil cosquillas,
Y trecientas mil cosillas.

La madrina muy aína
Vino á tocar á Justina,
Fué el tocado barajado,
Y el velado lo echó en un lado.
La madrina se amohina,
Paga el jarro las rencillas,
Y trecientas mil cosillas.

Colaciones de piñones,
Y buñuelos y melones,
Y el bon vin de San Martin
Hecho un mastin con retentin;
De avellanas dos serones,
De altramuces mil cestillas,
Y trecientas mil cosillas.

Un cantor y un atambor,
Y bailó el corregidor,
Y el sacristan sin bragas,
Nos convidó á verdolagas,
Y todos al derredor
Hicieron mil maravillas,
Y trecientas mil cosillas.

Ya que vino el dia de mi casamiento, si no lo han por enojo, amaneció y amaneció puro sol de boda : de suerte que era necesaria muy poca astrología para adevinar por el sol que se casaba Justina aquel dia, porque salió el sol con su caraza de harnero, todo muerto de risa dando porradas en las gentes, que son las calidades de novios de aldea, segun dijo el buen Cisneros. Por la mañana me vinieron á tocar mis vecinas, y me tocaron mas que si yo fuera portapaz. Fué tal la prisa de tocarme, que riñeron sobre mis toquijos, que en todo hay opiniones, hasta en tocar una novia. Lo que una tocaba, destocaba la otra : y ya que de comun acuerdo estuve tocada como la Pandora al gusto de muchos, entró la que habia de ser mi madrina, tan ancha y gorda que no cabia por las puertas : y la primera diligencia que hizo, fué quitarme el tocado al rodopelo, diciendo que nadie se metiese en oficio ajeno; y sobre esto hubieron de abrasar la casa, quejándose que nadie se hubiese atrevido á tocar á su ahijada, sin estar ella presente desmelenada : ¿y si fuera ahora, que tengo la cabeza *in puribus?* Traia de su casa para tocarme un papel de alfileres : y creo que si como comenzó á tocarme, prosiguiera, entablaba para dia y medio; mas quiso Dios que vino la del corregidor Justez de Guevara, libróme de las manos de esta bada, que me tenia martirizada, y á pesar del diablo, que diz que si me hincaba un alfiler de á blanca por las sienes, habia de callar, porque diz que las novias no han de abrir la boca, aunque las abran á puro hincar alfileres, como si la novia no fuese persona el dia que se casa. Así que entró la cor-

regidora, y dijo que muchos componedores descomponian la novia, y por tanto me dejasen á mí á mis solas tocarme á mi gusto, que era muy justo. No quisieron; mas las vecinas, para vengarse de la madrina, y en justo y en creyente, me metieron adentro, y me libraron de sus manos. Ella de acá á fuera me hacia algunas advertencias: y yo por bien de paz decia que todo lo que su merced mandase se haria; pero aunque esto decia, hice á mi gusto. Acordóseme de la fábula de la cogujada y la garza, que apostaron cual salia mejor tocada, y la cogujada se ayudó de muchas aves, y la garza solo de su garzon, y salió la garza incomparablemente mejor tocada. Asimismo el señor mi marido me ayudó á tocar su pedazo, y diz que salí bonita, si á Dios plugo. Usábanse entónces unos garbos, que parecian carrancas de mastin: y con uno de ellos salí tan cuellierguida, lominiestra y engomada, como si fuera mujer de bocací, desayunada con virotes. Dióme gran pena el verme obligada á ir tan cuellierguida, y sujeta á falsas riendas, porque toda mi vida fuí amiga de jugar bien de mis miembros: ni sé somo hay mujeres que gusten de ir de aquella suerte, que parecen hombres de pajas sobre fusta de lanzon. La comida fué buena, y bueno el servicio; y con todo eso hubo en ella algunos que comieron sin plato. Dióme gusto de ver que dos pelones de mi pueblo, con achaque de pan de boda, enviaban á sus casas cuanto podian á sus mujeres: y mirándome, decian como por donaire: Con licencia de la señora Justina. Mas yo, porque no pensasen que el ser novia es ser boba y no ver nada, les decia tambien por burlas lo que pudiera pasar por veras, y era responder: Vaya en amor de Dios. El vino no fué malo, por señas que algunos de los convidados á tercera mano se pusieron á treinta y una con rey, y á cuarta hablaban varias lenguas, sin ser trilingües en Salamanca, ni babilonios en torre. Estos son los que honran las bodas, porque despues acabadas dicen á los que les preguntan lo que pasó, que en la boda hubieron danzas, y que hasta la casa era volteadora, y que ardian setenta candiles por arte de encantamiento, sin haber gota de aceite, y que hubo colaciones de letras, y que á ellos les cupo las equis, y que todos los de la boda traian cascabeles, y ellos en la cabeza, y que todos los convidados vinieron de lejas tierras, y hablaban con tal destreza que con sola la R decian cuanto querian, y cuentan mil maravillas, con que pretenden hacer una boda tan famosa como la de Dafne, en cuyo casamiento se volvieron las piedras en vino. La colacion no fué mala, pues allende de ciertos melones de invierno, que hicieron madurar á pulgaradas, hubo piñones mondados, y en agua, que para en aquella tierra es el *non plus ultra* de los regalos, avellanas en abundancia, y aun agabanzas y altramuces, con un sí es no es de turron: y para reir habia mandado hacer unos buñuelos con tripas de estopa, y maldito el hombre dejó de picar. Mira tú cuales debian de estar sus almas, pues les hice hilar estopa con los dientes: otros tenia hechos con pimienta; pero no los quise servir, por creer que era hacerme á mí la burla, y ponerme á peligro de gastar otro tanto vino. Lo de las estopas me dió mucho gusto, porque hubo hombre que con las estopas en los dientes se halló mas embarazado y enredado, que si estuviera entre los dientes el laberinto de Creta.

La madrina comia poco, porque con el enojo de los tocados, se las juró á un pichel, porque tenia en el pico pintado un rostro, semejante á la que sin su órden me habia tocado : y con la saña asió del pico del pichel, y dió tanto en él, que no le dejó (con ser de azumbre) gota de sangre. ¡Mira tú cual estaria para darme los consejos que suelen dar las madrinas! Yo me viera harto corrida, si no proveyera la fortuna, que esta se durmiera á tan buen son, que al son de su ronquido se dieron algunas zapatetas. Una cosa muy calificada tuvo la boda, y fué que bailaron corregidor y corregidora, y los corregidoricos, y todo. Una hija del corregidor bailó bien, y recibiendo de ello gran gusto su padre, la dijo que pidiese cosa de su gusto, aunque fuese la mitad de su reñon. Ella le pidió una cabeza de ternera, y una caja de carne de membrillo, y unas medias lagartadas. Mas él le dijo en su casa á solas : Hija, no lo decia por tanto, cabeza yo te la daré. Di tú á la moza de casa que vaya al rastro por una de cordera tierna, y cata ahí una cabeza de ternera; lo otro que pides no se usa en esta tierra, ni pertenece á mi reino. Tambien el sacristan bailó su poquito, y aun zapateó un sí es no es, y aun algo mas de lo que sus bragas requerian; á cada zapateta repetia : A la gala de san Martin. El bendito decíalo por honrar al patron de la parroquia en que nos casamos, que se llamaba San Martin : mas algunos bellacos maliciando que lo hacia el sacristan en honor y reverencia del vino, que era de San Martin, le comenzaron á arrendar, y tras cada zapateta decian á la gala de lo de Ribadavia, Cocua y Alaejos, que sustenta niños y viejos. En lo que toca á bailar, yo creo que no ha habido boda desde la de Hornachos acá tan festejada con bailes. Fuélo tanto, que hubo persona en la boda que no pudiendo bailar con las manos y piés, por legítimo impedimento que le vino, y otra vez vino, ya que no pudo bailar se echó á rodar por el aposento, y no sé si del peso, si del gusto, cantaban ó rechinaban las vigas.

Una comedia hicieron los estudiantes de Mansilla de repente, y era la historia del rey Morulla, y las córtes del mal cocinado. La música fué buena, y cantaron el cantar de la bella Malmaridada, que fué pronóstico de mis sucesos; pero dejemos esto de mis malas andanzas y varias aventuras y alojamientos en compañía de mi marido, para el segundo tomo siguiente; concluyamos el cuento de la boda. Acabóse la fiesta, y fuéronse á sus casas los bodeantes acompañados del tamborino y una acha de tea, que es el uso de las bodas de los ilustres de nuestro pais; yo me quedé en mi casa con mi Lozano.

No te puedo negar que la noche de mi boda tuve un poco de desconsuelo, y aun mucho : la causa yo te la diré.

Las doncellas que tienen madres ó tias, ó otras mujeres á quienes toque el bien ó el mal de una novia, sácanla de vergüenza en la noche de la boda, y la novia confiada que tiene valedores hace algunos desvíos, y como quien recela el salto, hace que se torne atras, escóndese, concómese, y hace otras diligencias semejantes, con que da á entender su inexpugnable entereza y hace estimarse y desearse. Yo tambien quisiera hacer algunos melindricos á este tono, y llorar de vergüenza de ver que habia de dormir con hombre. Quisiera ir á la cama medio por fuerza,

gritando, suspirando y gimiendo á fuer de las gentiles doncellas, que lloraban su virginidad; pero aunque volví el rostro á una parte y á otra, no hallaba persona de quien poder fiar esta aventura. Mis hermanas escusábanse por ser doncellas, y aun tenian entónces mas envidia que dinero, y no estaban para hacer mercedes, y de mis hermanos no habia que hacer caso, porque este oficio de quitar vergüenzas es de mujeres, y no de hombres, pues ellos ántes las ponen que las quitan. Víme confusa, porque si iba luego, mal : si tardaba, peor, porque habia en el meson unos huéspedes que le convidaban á jugar á mi novio, y era mozo, que si tantico me descuidara y se sentara á jugar, bien podia yo estarme cantando el socorred con agua al fuego toda la noche, porque él no era mozo que no se sabia sentar á jugar para menos que una noche; y aun cenando hizo dos ó tres partidos. Miren, si me descuidara y le soltara de la mano, cual anduviera el mio. Por eso hacen mal las novias que se casan con hombres que las han visto mucho y aperdigado, porque al menor césped que se atraviese, se les empata el molino. En fin, tanteado uno y otro, me pareció que no solo me estaba bien hacerme de rogar, pero lo que mas convenia por entónces era rogarle yo tanto como si él fuera la novia. Y á fé que hizo harto, y ví que me queria mucho, en que dejó por mí la baraja, que era su hembra, como él decia. Yo bien sabia mi entereza, y que mi virginidad daria de sí señal honrosa, esmaltando con los corrientes rubíes la blanca plata de las sábanas nupciales; pero sabiendo algunos engaños y malas suertes que han sucedido á mozas honradas, me previne : que si esto hubieran hecho algunas mujeres casadas con maridos tomines, no hubieran padecido tantos trabajos con sus maridos incrédulos y protervos, que les parece que no hay virginidad carbonizada que le baste para serlo ser confesadera, sino que por fuerza ha de ser martile sanguinolenta y morcillera. Y engáñanse, que hay tiempos en que el haber precedido de próximo abundancia, causa esterilidad : lo otro, que hay sugetos avertices como prados concejiles, y otras tienen otras escusas, mas para dichas entre sopa y brindes que para escritas en papel. Yo sé que mi marido no se quejará de mí en esta materia; cuanto y mas que ingenio tenia yo para, si quisiera andar á engañar motolitos, vender quebrado por sano. Mas no me dé Dios tal dicha. Con todo eso, amigo avison, que las invenciones de las mujeres para en semejantes casos son raras, porque tienen la experiencia por maestra, la necesidad por repetidora, y la inclinacion por libro. Todo cansa : dígolo, porque cuando mas gusto pensé tener, fué forzoso dar al sueño mi cuerpo, para que tuviese verdad aquel antiguo blason que sacó el sueño en las justas de Marte, diciendo entre otras bravatas : Yo soy el primer novio de las damas, y el que mas estoy con ellas en las camas. Y si todo cansa, aunque sea el sumo gusto, justo es que piense yo que la larga historia de mi virginal estado te dará fastidio. A Dios, piadosos letores. Los cansados de leer mi historia descansen : los deseosos del segundo tomo esperen un poco guardando el sueño á la recien casada. Y crean que si los principios de mis infantiles años les han dado gusto, les será incomparablemente mayor saber las aventuras tan extraordinarias que en el largo tiempo me

sucedieron con gentes de varias calidades, no solo en el tiempo que estuve casada con Lozano, el hombre de armas, como se verá en el libro primero; pero en el que lo estuve con Santolaja, que fué un viejo de raras propiedades, como se verá en el libro tercero y cuarto. Era único el mi Santolaja, cuya muerte dió principio á mas altas empresas, las cuales me pusieron en el felice estado que ahora poseo, quedando casada con don Pícaro Guzman de Alfarache, mi señor, en cuya maridable compañía soy en la era de ahora la mas celebre mujer que hay en corte alguna en trazas, en entretenimientos (sin ofensa de nadie), en ejercicios, maestrías, composturas, invenciones de trajes, galas y atavíos, entremeses, cantares, dichos y otras cosas de gusto, segun y como se lo dirá el citado segundo tomo, en cuyo primer libro me llamo la alojada, en el segundo la viuda, en el tercero la mal casada, y en el cuarto la pobre. Libros son de poco gasto y mucho gusto. Dios nos dé salud á todos, á los letores para que sean paganos, digo para que los paguen, y á mí para que cobre, y no en cobre: aunque si trae cruces, y es de mano de cristianos, lo estimaré en lo que es, y pondré donde no lo coman ratones. Soy recien casada. Es noche de boda. A buenas noches.

APROVECHAMIENTO.

Generalmente en el discurso de este primer tomo y en el de la mocedad de esta mujer, ó (por mejor decir) de esta estatua de libertad que he fabricado, echarás de ver que la libertad que una vez echa en el alma raices, por instantes crece con la ayuda del tiempo y fuerza de la ociosidad; verás ansí mismo como la mujer que una vez echa el tranzado al temor de Dios, de nada gusta si no es de aquello en que le contradice; siendo así que sin Dios no hay cosa que merezca nombre de gusto, sino de pena mayor que los mil infiernos. Mas como Dios sea infinitamente bueno, de los males saca bienes para los suyos, y para su divino nombre honra y gloria.

Todo lo que en este libro se contiene sujeto á la correccion de la santa Iglesia romana, y de la santa inquisicion. Y advierto al letor que siempre que encontrare algun dicho en que parece que hay un mal ejemplo, repare que se pone para quemar en estatua aquello mismo, y en tal caso se recorra al aprovechamiento que he puesto en el fin de cada número, que si ansí se hace, sacárseha utilidad de ver esta estatua de libertad que aquí he pintado, y en ella los vicios que hoy dia corren por el mundo. Vale.

LOS

TRES MARIDOS BURLADOS,

POR

El maestro TIRSO DE MOLINA (1).

En la coronada é ilustre villa de Madrid (hija heredera y emancipada de la imperial ciudad de Toledo, que habiéndola puesto en estado y casádola sucesivamente con cuatro monarcas del mundo, uno Cárlos Quinto, y tres insignes Filipos, ahora que se ve corte menos cortesana y obediente que debiera, quebrantando el cuarto mandamiento, le usurpa con los vecinos que cada dia le sobornan, la autoridad y nombre de padre, tan digno de ser venerado) vivian pocos tiempos ha tres mujeres hermosas, discretas y casadas.

La primera era mujer de un cajero de un genovés rico, en cuyo servicio ocupado siempre, aun no tenia lugar de asistir en su casa los medios dias á comer y las noches á dormir.

La segunda tenia por marido á un pintor de nombre, que en fe del crédito de sus pinceles trabajaba mas habia de un mes en el retablo de un monasterio de los mas insignes de aquella corte, sin permitirle sus tareas mas tiempo que al primero; pues las fiestas que daban treguas á su tráfico eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa de este ejercicio comunica á sus profesores.

La tercera padecia los zelos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin tener otra ocupacion que la de martirizar á la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios, les rentaba lo suficiente para pasar, y con la labor de la afligida mujer, con mediana comodidad la vida.

(1) Célebre poeta cómico, cuyo verdadero nombre era fray Gabriel Telles. Pueden verse sus noticias biográficas en el tomo cuarto de nuestro *Tesoro del teatro español*. La novelita que damos aquí está sacada de *los Cigarrales de Toledo*, coleccion de novelas impresa por primera vez en Madrid, en 1631, en 4º. Algunos han atribuido falsamente esta novelita y otras muchas de varios autores al librero Isidro de Robles, que las reimprimió á fines del siglo 17º. Tirso de Molina escribió tambien una coleccion de novelas, entre las que hay algunas comedias, bajo el título *Deleitar aprovechando*, libro que ha llegado á ser bastante raro.

Eran todas tres muy amigas, por haber ántes vivido juntas en una misma casa, aunque ahora habitaban barrios no poco distantes; y por el consiguiente los maridos profesaban amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban á visitar á la mujer del zeloso; porque la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas; y ellos los dias de fiesta, ó en la comedia, ó en la esgrima, ó en el juego de argolla, andaban ordinariamente juntos.

Un dia pues que estaban las tres amigas en casa del zeloso, contándoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costaba el dia que salia á misa, que con ser al amanecer, y en su compañía, aun de las puntas del manto, porque la llegaba á la cara, tenia zelos; y ellas, compadeciéndose de sus persecuciones, la consolaban.

Habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el dia de San Blas, que se acercaba, salir al sol, y á ver al rey, que se iba á Nuestra Señora de Atocha aquella tarde; y por ser juéves de compadres, llevar con que celebrar en una huerta allí cercana la solemnidad de la fiesta, que aunque no está en el calendario, se solemniza mejor que la Pascua; habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del zeloso necio se hallase en ella.

Cumplióse el plazo y la merienda; despues de la cual, sentadas ellas al sol, que le hacia apacible, oyendo muchas quejas de la mal maridada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta, sucedió que reparando en una cosa que relucia en un montoncillo de basura á un rincon de ella, dijese la mujer del zeloso : ¡ Válgame Dios ! ¿ qué será aquello que brilla tanto ? Miráronlo las dos, y dijo la del cajero : ya podria ser joya que se hubiese perdido aquí á alguna de las muchas damas que se entretienen en aquesta huerta semejantes dias. Acudió solícita á examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso, y tan fino, que á los reflejos del sol parece que se transformaba en él.

Acodiciáronse las tres amigas al interes que prometia tan rico hallazgo, y alegando cada cual en su derecho, afirmaban que le pertenecia de justicia el anillo. La primera decia que habiéndolo sido en verle, tenia mas accion que las demas á poseerle. La segunda afirmaba, que adivinando ella lo que fué, no habia razon de usurpársele. Y la tercera replicaba á todas, que siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecia ser solamente señora de lo que le costó menos trabajo que á las demas.

Pasara mas adelante esta porfía, que viniendo á noticia de sus maridos pudiera ser ocasionaran en ellos alguna pendencia sobre la accion que pretendia cada una de ellas, si la del pintor, que era mas cuerda, no las dijera : Señoras, la piedra, por ser tan pequeña, y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse; el venderla es lo mas seguro, y dividir el precio entre todas ántes que venga á noticia de nuestros dueños, y nos priven de su interes, ó sobre su posesion riñan, y sea esta sortija la manzana de la discordia. Pero ¿quién de nosotras será su fiel

depositaria, sin que las demas se agravien, ó haya segura confianza de quien se tiene por legítima poseedora de esta pieza? Allí está paseándose con otros caballeros el conde mi vecino; comprometamos en él (llamándole aparte) nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare. Soy contenta, dijo la cajera, que ya le conozco, y fio de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito. Yo y todo, respondió la mal casada; pero ¿cómo me atreveré á informarle de mi justicia estando á vista de mi escrupuloso viejo, siendo el conde mozo, y ciertos los zelos con el juego de manos tras ellos?

En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando diciendo que pasaba el rey por la puerta, salieron corriendo los maridos entre la demas gente á verle; y aprovechándose ellas de la ocasion llamaron al conde, y le propusieron el caso, pidiéndole la resolucion de él ántes que sus maridos volviesen, y que llevase el zeloso algo que reñir á casa; y pusiéronle la sortija en la mano, para que él la diese á quien juzgase merecerla.

Era el conde de sutil entendimiento, y con la cortedad del término que le daban, respondió: Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva á quitársele á las demas; pero pues habeis comprometido en mí, digo que sentencio y fallo, que cada cual de vosotras dentro del término de mes y medio haga una burla á su marido (como no toque en su honra) y á la que en ella se mostrare mas ingeniosa, se entregará el diamante, y mas cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario de él; y porque vuelven vuestros dueños, manos á la labor, y á Dios.

Fuése el conde, cuya satisfaccion abonó la seguridad de la joya, y su codicia les persuadió á cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos; y porque ya la cortedad del dia daba muestras de recogerse, lo hicieron todos á sus casas revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecos para estudiar por ellos uno que la sacase victoriosa en la agudeza y posesion del ocasionador diamante.

COMIENZA LA HISTORIA

DE

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

CHASCO DE LA MUJER DEL CAJERO.

Poderoso es el deseo del interes en las mujeres, pues la primera por el deseo de una manzana dió al traste con lo mas precioso de nuestra natu-

raleza. Tanto pudo en la mujer del cajero, que habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo á su marido la siguiente.

Vivia en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figura los sucesos de las cosas agenas, cuando quizá en la propia, miéntras él consultaba efemérides, su mujer formaba otras, que criándose á su costa, le llamaban padre.

Aqueste, pues, tenia conocimiento en la de un vecino contador, y deseos no tan lícitos, cuanto disimulados de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio.

Habia la astuta cajera caládole los pensamientos; y aunque por ser ella la estimadora de su honra, cuanto el amante entrando en dias se los rechazaba, quiso en la necesidad presente valerse de la ocasion y aprovecharse de sus estudios; para lo cual mostrándosele menos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridículo con que queria regocijar aquellas carnestolendas, le importaba hiciese creer á su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaria de esta vida á dar cuenta á Dios de la que hasta entónces habia él tan mal empleado.

Prometióselo muy contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretension; y miéntras ella, llamando al pintor amigo y zeloso necio, concertó con ellos lo que habian de hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en dias tan ocasionados y propios para ellas.

Haciéndose el astrólogo encontradizo con el cajero, que cansado de pagar letras se venia á acostar, le dijo: Mal, mal color traeis, vecino: ¿sentis alguna mala disposicion en vos? Gracias al cielo, le respondió, si no es el enfado de haber contado hoy mas de seis mil reales en vellon, no me he sentido mas bueno en mi vida. La color á lo menos, replicó el astrólogo, no conforma con vuestra explicacion: dadme acá ese pulso.

Dióle el pulso turbado el ignorante cajero; y arqueándose de cejas el malicioso astrólogo con muestras de amigable sentimiento, le dijo: Vecino mio, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestiales sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos: para estas ocasiones son los amigos; no lo fuera vuestro si no os avisara de lo que os conviene, y menos cuidado os da: disponed de vuestra hacienda y casa, ó lo que importa mas, de vuestra alma; porque yo os digo por cosa infalible, que mañana á estas horas habreis experimentado en la otra vida cuanto mejor os hubiera estado el haber tenido mas estrechas cuentas con la conciencia vuestra, que no con los libros de la tienda de vuestro dueño.

Entre turbado y burlon, le respondió el pobre moscatel: Si ese juicio que haceis sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicísteis, todo al revés de como sucedieron sus temperamentos, mas larga vida me prometo de lo que yo imaginaba.

Ahora bien, replicó el embelecador astrólogo, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo: haced vos lo que mejor os estuviere, que yo sé que no llevareis queja de mí al otro mundo de que no os lo

avisé pudiendo : y dejándole con la palabra en la boca, echó á grande priesa por la calle arriba.

Turbado y confuso guió á su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y mas partes de donde podia temer algun asalto repentino y mortal; pero hallándolo todo en su debida disposicion, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose de él, y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada á su esposa, por no darla pena, pidió de cenar, que le trajo ella muy diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se habia dado principio á aquel estratagema.

Comió poco, y mal; y diciendo le hiciesen la cama, se comenzó á desnudar suspirando de cuando en cuando. Preguntóle lo que tenia fingiendo sentimientos amorosos la codiciosa burladora, á que satisfizo fingiendo disgustos con el genovés, que le habian desazonado.

Consolóle ella lo mejor que supo; acostáronse, y fué aun menos el sueño que la cena, notando ella, aunque fingia dormir, cuan buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madrugó mas de lo ordinario, algo descolorido; y acudiendo á su ejercicio acostumbrado fueron de suerte las ocupaciones de aquel dia que no pudo ir á comer á su casa, dándosela en la del genovés su amo.

Al anochecer cuando se tornaba á su posada estaban á la esquina de una calle por donde forzosamente habia de pasar el teniente de su parroquia, y otros clérigos, con dos ó tres hombres prevenidos por el pintor á instancia de la cajera, diciendo cuando llegaba cerca de ellos, fingiendo no verle, y de modo que pudiese oirlos : Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno (que así se llamaba el escuchante). Lastimosa, respondió el otro clérigo, pues sin sacramentos ni otra prevencion cristiana le hallaron muerto en su casa esta mañana, estando su mujer que le amaba tiernamente de puro dolor cerca de hacerle compañía.

Lo peor es, dijo otro del corrillo, que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer, y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia. Dios tenga misericordia de su alma, replicó el cuarto, que es de quien podemos tener compasion, que la viuda con dote queda, de lo que quizá él ganó mal, con que segundar el matrimonio; y vámonos á acostar, que hace mucho frio.

Iba el pobre Lucas Moreno á satisfacerse de ellos, y saber si habia otro de su nombre que se hubiese muerto aquel dia; pero ellos de industria dándose las buenas noches se fueron todos dejándole con la turbacion que bien claramente se puede imaginar.

Caminó confuso adelante, y en una calle ántes de la suya halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir dijo (como que proseguian la plática de su muerte) : No quiso creerme á mí cuando ayer le dije que se habia de morir dentro de veinte y cuatro horas cabales : hacen burla los ignorantes mentecatos de la evidencia de la astrología; tómese lo que le vino, que yo sé que es esta la hora en que está bien ar-

repentido de no haberme creido y dado crédito á lo que por su bien le dije.

Respondió el pintor : Era notablemente cabezudo el malogrado Lucas Moreno, y no muy poco gloton, por lo cual hubo de comer alguna fiambre genovesa, y le daria alguna apoplejía : Dios le tenga en su santa gloria, y consuele á su afligida mujer, que cierto es que hemos perdido un buen amigo.

No pudo sufrirlo el confuso cajero, y llegándose á ellos, les dijo : Señores, ¿qué es esto : ¿ auién me hace las honras en vida ? ¿ ó quién, tomando mi forma, se ha muerto por mí ? que yo me siento bueno, gracias á Dios.

Echaron á huir entónces todos, fingiendo espantosos asombros, y diciendo á voces : ¡ Jesus sea conmigo ! ¡ Jesus mil veces ! el alma de Lucas Moreno anda en pena ; alguna restitucion pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado : conjúrote de parte de Dios, ánima cristiana, que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres : y le dejaron con esto de tal forma, que estuvo muy á pique de sacarlos verdaderos, segun el sobresalto que le causó tan apoyada mentira y horrible fingimiento.

Prosiguió medio desmayado y sin pulsos hasta cerca de su casa, y junto á ella vió al amigo zeloso que fingia salir de ella, y le estaba esperando para acabar de desatinarle. Hízosele encontradizo, y al emparejar con él, volvió los pasos atras, y haciéndose mil cruces, dijo : Animas benditas del purgatorio, ¿ es ilusion la que veo, ó es Lucas Moreno difunto ? Lucas Moreno soy ; pero no esotro, amigo Santillana, dijo el asombrado mentecato : ¿ de qué os santiguais ? ¿ ó cuándo me he muerto para hacer tantos aspamientos ? Asióle entónces de la capa, porque no huyese ; y él dejándosela en las manos, se fué dando gritos, santiguándose y diciendo : Abrenuncio, espíritu maligno ; no debo á Lucas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro dia ; pero *quod non pœnitus non solvitur;* si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo.

Fuése huyendo con esto, quedando nuestro Moreno pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra. Alto, no hay mas, yo debo de haberme muerto (decia entre sí muchas veces) ; Dios debe de enviarme á esta vida en espíritu, para que disponga de mi hacienda y haga testamento ; pero ¡ válgame Dios ! si me morí de repente, ¿ cómo no ví á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal alguna del otro mundo ? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿ cómo estoy vestido, veo, y toco, y uso de los sentidos corporales? ¿ Si he resucitado ? Pero si fuera así, ¿ no hubiera visto ú oido algun ángel que de parte de Dios me lo mandara ? Mas ¿ qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo ? Puede ser que me hayan otra vez revestido de mi primera carne, y no sea costumbre allá hablar con escribano ; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menos valor tratar con gente de trabacuentas.

Lo que yo veo es que todos huyen de mí, y me tienen ya por muerto,

hasta los que son mis mayores amigos, y segun esto, debe de ser verdadero; pero si dicen que el mas amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no le he sentido, ni me ha dolido nada? Las muertes repentinas deben de entrarse por una puerta, y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio; pero ¿si será por ventura alguna burla de mis amigos, porque el tiempo es acomodado para ellas, y hasta ahora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspamientos, ni se asombra de verme, sino ellos? ¡Válgate Dios por muerte, que veniste tan á poca costa!

Haciendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con golpes recios: la noche entraba muy fria y oscura, y ya la cavilosa mujer estaba prevenida de lo que habia de hacer, y avisada de todo cuanto hasta allí habia pasado.

Tenia sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí á dos mancebos que vivian en ella, que servian de hacerle las cobranzas de caja al atónito y desatinado cajero.

La moza era tan gran bellaca como su señora; y en oyendo llamar, respondió con una muy quebrantada y lastimosa voz: ¿Quién está ahí? Abreme, Casilda (respondió el difunto vivo), ábreme, que yo soy. ¿Quién llama, replicó, á esta hora en esta triste casa, donde solo vive el sentimiento, la tristeza y la viudez? Acaba ya, necia, que soy tu señor; ¿no me conoces? Abreme apriesa, que llovizna, y hace un frio que no le puedo tolerar. ¿Mi señor? (replicó ella) pluguiera á Dios que lo fuera; ya le pudre la tierra: ya está en parte donde, por lo que sabia de cuentas, le habrán hecho cajero mayor del infierno, porque allí todas se pagan á letra vista, si Dios no ha tenido piedad y misericordia de su ánima.

No pudo entónces impaciente sufrir tantas verificaciones de su muerte; y así, dando media docena de puntapiés al postigo, que como los daba con impaciencia eran recios, no estaba para aguantar mas el picaporte ó aldaba, pues quebrándose se abrió, y entró dentro. Viendo esto la criada echó á huir, dando voces al tenor de los demas que por la calle habia él encontrado.

A los gritos de la criada salió la mujer en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada, y en viéndole se cayó desmayada, diciendo: ¡Jesus, qué veo! Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer habia visto, la llevó en brazos á la cama, desnudándola y echándola en ella, que aunque lo sentia todo, se daba por medio difunta. La moza se cerró en otro aposento disimulando la risa, y vendiendo miedos, que no tenia, por ayudar á su ama.

En fin el pobre ánima en pena, sin averiguar si comian ó no los del otro mundo, abrió un escritorio, y dió tras de una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó á pasar con los empellones de una bota, cuya alma le habia infundido la membrilla, pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella.

Dióse tan buena maña nuestro buen Lucas Moreno en fortalecer su corazon desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y

desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndosele el licor de Noé, sino á las barbas, á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á zancadillas, y acostándose al lado de la que todavía disimulaba su desmayo, y se tragaba la risa, con no poca resistencia de ella, que reventaba por salir.

En fin él se acostó entre desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos, que no hay tal járabe de adormideras como el que se saca de un lagar. Él durmió hasta la mañana, soñando infiernos, purgatorios y glorias, y entretanto vinieron los burlones amigos á informarse de la criada de lo que pasaba, y celebrando la buena eleccion que el difunto habia hecho de haberse amortajado por de dentro de piés á cabeza con las telas que teje Baco.

Amaneció, y viendo la cautelosa cajera que todavía estaba durmiendo su marido, se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el mongil viudo y las hipócritas tocas: compuso la casa de fiesta, y volviendo á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole: ¿Hasta cuándo habeis de dormir, marido mio? ¿aun no se han digerido los humos con qué anoche os acostásteis? Estremecióle los brazos, tirándole de las narices, con que dando bostezos volvió en sí; y viendo á su mujer tan compuesta, la casa de regocijo, y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo, dijo: Polonia, ¿á dónde estoy? ¿Haste tú tambien muerto como yo? Y en fe del amor que me tenias en el siglo, y te he sacado de él, ¿vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad, ó cómo salí de la vida? Que vive Dios (si en esta se puede jurar) que no sé como me he muerto, ni á qué partes me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos acá? ¿véndese vino y bizcochos? ¿qué arriero me trajo á mi escritorio, que yo anoche saqué de él provision bastante á consolar la soledad que sin tí sentia por estos paises no conocidos? Buen humor, respondió la astuta fisgona, crian en vos, marido mio, las carnestolendas; ¿qué chilindrinas son esas? Acabad, levantaos, que ha enviado á llamaros el genoves dos veces. ¿Luego no estoy muerto, ni me enterraron ayer? replicó él. En vos á lo menos (respondió entónces ella) debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, segun está de macilenta, pues decis esos disparates. Si las almas se entierran, Polonia de mi vida (volvió á decir) es verdad que anoche las hice las honras; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el teniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda, y enlutada vos. Acabad ahora de ensartar chanzas, replicó ella, que os llama nuestro genoves. ¿Luego tambien los hay acá? preguntó él. No debo yo estar en carrera de salvacion, pues puedo ir donde habitan cambios y se hospedan trampistas.

Dejémonos de pullas, dijo Polonia, y levantaos de ahí, que parece que hablais de veras, y estais echando bernardinas. Mujer, por nuestro Señor, respondió Lucas Moreno, que ha veinte y cuatro horas que estoy muerto, y no sé cuantas enterrado: preguntádselo á Casilda, al teniente cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el zeloso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos misma, viuda anoche y enlutada, y ahora, á lo que imagino, muerta como yo, que si no me acuerdo mal,

anoché os llevé sin pulsos ni aliento á la cama, y os debió de costar el espanto de verme la vida, y sin saber cómo, de la suerte que yo estais en esta, y no lo acabais de creer. ¿Qué tropelías son estas, marido mio? dijo la fingida turbada. ¿Anoche no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos, ú otros mundos son estos? Casilda, llámame al astrólogo nuestro vecino, que tambien es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno, que estas mujercillas con quien trata le deben de haber trastornado el seso.

No sabia qué se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto ó vivo, ni la mujer podia sacarle de que era espíritu, que volvia á poner órden en su hacienda.

En esto entraron los dos ayudantes de la burla, y ella refiriendo lo que pasaba, le afirmaron (no sin reirse) de que estaba no solo en este mundo, pero en Madrid, y en su casa; y que si duraba todavía en su tema, pararia en la del nuncio.

Vino luego el astrólogo, llamado de la criada, y le afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenian barrenado el cerebro: con lo cual él ya consolado de que vivia, y airado de que le tuviesen por loco, les dijo: Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huísteis de mí, haciéndoos mas cruces que tiene una procesion de penitentes? ¿Vos me visteis á mí? dijo el astrólogo. Sí, ayer estuve con vos, dijo Lucas. ¿Cómo puede eso ser, replicó, si estuve todo el dia metido en casa, y encerrado en mi estudio, levantando figura sobre el descubrimiento de unos ladrones que han hurtado una joya de diamantes? Yo á lo menos, dijo el pintor, no he salido del monasterio donde trabajo hasta las once de la noche. Pues yo, dijo el viejo, tampoco ví ayer la calle, porque estuve despachando un propio con unas cartas para la Montaña mi tierra.

Peor está que estaba (dijo el casi loco de veras): ¿vos, señor vecino, no me dijísteis ántes de ayer por la noche, que segun la mala color, los índices del pulso, y pronóstico de vuestras figuras habia de morirme dentro de veinte y cuatro horas? ¿Yo? replicó él, ¿pues ha mas de cuatro dias que no nos vemos, y ahora salís con eso? Volved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debeis de haber soñado esta noche. Como ello sea sueño, y no pura verdad, replicó, yo haré la costa del mártes de carnestolendas en albricias de la vida que no sé si tengo. Aceptamos la fiesta, respondieron todos; y para que os acabeis de desengañar, vestíos, y vamos á oir misa á la parroquia; vereis lo que puede en vos la imaginacion vehemente.

Hízolo así el incrédulo finado; y le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el dia pasado tratar de su entierro, que con los demas amigos.

Riéronse, y diéronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron, despues de haber cumplido con el convite, á que se ausentase de Madrid á negocios del genovés por quince dias, dando en ellos lugar al olvido, que en la corte sepulta brevemente todos sucesos, por peregrinos que sean, dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla, no dijesen el misterio de ella á su marido, sino que le

persuadiesen á que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa de ella.

CHASCO DE LA MUJER DEL PINTOR.

Poco despues, entre tanto que nuestro cajero experimentaba ausente que estaba vivo, y se moria la fama de su entierro en sueños, no se descuidó la mujer del pintor en ejercitar la burla que tenia imaginada, envidiosa de la buena salida que habia tenido la de su competidora: para lo cual, concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse á costa agena, le envió el jueves siguiente á la plazuela de la Cebada, á que comprase una puerta de las muchas que tales dias traen á vender allí, que fuese á medida de la puerta de la calle de su casa, que ya por vieja pedia la jubilasen. Trájola con todo secreto de noche, y escondióla donde el pintor no pudiese verla; avisó al burlon hermano de lo que habia de hacer, y le encerró con otros dos amigos en el sótano.

Vino dos horas despues su marido, quedándose en el monasterio donde pintaba los aprendices que tenia moliendo colores, porque se habia de acabar el retablo para la Pascua, y era necesario darse priesa.

Recibióle Mari-Perez (que así se llamaba la codiciosa pintora) con cariño y amor. Acostáronse temprano, porque le importaba el madrugar, y durmió hasta la media noche el descuidado marido, que ella mal pudiera dormir, por tener el entendimiento ocupado con sus arquitecturas burlescas.

Llegada, pues, la media noche, comenzó la engañosa casada á dar grandes voces, y á quejarse con descomedidos gritos, y revolcándose en la cama, decia: ¡Jesus, que me muero! mi hora es llegada, marido mio: ¡ay! ay! tráiganme un confesor, que muero. ¡Ay! ay! y otros extremos semejantes, que saben muy bien hacer las mujeres en antojándoseles.

Despertó el marido, y compasivo la preguntaba qué tenia. ¡Jesus! ¡Madre de Dios! ¡ay! ¡ay! ¡que perezco! Confesion, sacramentos, que me muero, esposo mio.

Levantóse á las voces una sobrina que tenia en casa á suplir los ministerios de una criada, y era tambien partícipe en el engaño; la cual llorando de verla así, aplicándola paños calientes al vientre, dándola tostadas en vino y canela, y haciendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cesase, porque la enferma no queria, hubo de obligar al desvelado Morales (que este era el nombre del pintor) á que se levantase harto contra su voluntad, coligiendo de la complexion que en su mujer conocia, y afirmándolo ella y la sobrina, que aquel accidente era de mal de madre, ocasionado de una ensalada que habia cenado, cuyo vinagre recio y una rebanada de queso otras veces la habian puesto en último peligro de la vida. Riñóla de que no escarmentase de tales excesos; y ella le dijo medio ahogada: No es hora, Morales, ahora de reprehender lo que no se puede remediar; vayan á llamar la comadre Castejona, que sabe mi complexion, y ella me aplicará con que se me alivie este mal rabioso, ó sino, ábreme la sepultura. Mujer, respondió el afligido esposo, la Cas-

tejona se ha mudado á la puerta de Fuencarral, este es el Avapies, la noche es de invierno, está lloviendo, y aunque yo vaya con esta descomodidad, ¿cómo sabrémos si querrá levantarse? La otra vez que se os quitó ese dolor me acuerdo que fué con dos onzas de triaca de esmeralda caliente en la cáscara de media naranja, y puesta en la boca del estómago: yo iré á la botica por ella; por amor de Dios sosegaos, y no hagais que vaya tan léjos, pues será en balde, y he de venir con otro mal de madre peor que el vuestro.

Comenzóse á quejar entónces mas recio, y á decir: Bendito sea Dios, que tan buen compañero me dió: miren ¿qué imposibles le pido? ¿qué sangre de sus venas? ¿qué desperdicio de su hacienda, sino que me llame la comadre, por no mojarse unos zapatos? Ya yo sé que deseais renovar matrimonio, y que por eso excusais las diligencias de mi alivio. Volved á acostaros, sosegad y dormid, que si me muriere, declarado dejaré que me echásteis soliman en la ensalada. Mujer, mujer, respondió él, menos libertades; porque aunque tengas mal de madre, podrá ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas á la espalda. ¿Palos á mi tia? dijo la sobrina taimada, malos años para usted, y para quien no le sacara primero los ojos con estas uñas.

Iba el pintor á sacudirle no sé cuantos pretinazos á la moza, que ella los huyó; mas la mujer con mayores gritos volvió á pedirle confesion, comadre, y sacramentos. ¡Ay! decia, ¡ay, que me han dado rejalgar! ¡Jesus! No, no es este mal de madre, sino de marido.

Temió alguna burla mas pesada, que la que sin saberlo el habian comenzado, y que si se moria dejando fama de que él era el causante, era echar la soga tras el caldero, y hubo de apaciguarla con caricias: y encendiendo una linterna bien necesaria para la oscuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa, aguadera, y la capilla sobre el sombrero, salió en busca de la Castejona, registrándole las goteras que llovian á cántaros.

Sabia el buen Morales que se habia pasado la dicha comadre á la calle de Fuencarral, pero no á qué parte de ella: y lloviendo, como os he dicho, sin hallar persona en la larga distancia que hay de Avapies á aquel barrio; la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio: juzgad vosotros ahora, si se tardaria muy buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba y no habia menester: que entre tanto que él se va echando en remojo, volveré yo á la fingida enferma; la cual en viendo fuera de casa á su buscon marido, llamó al hermano que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle, y pusieron la nueva, que ya tenia su cerradura y aldaba, y se habia ajustado á los quicios de suerte que sin ruido se asentó como de molde. Encima de ella en el frontispicio clavaron una tabla chica que decia: *Casa de posadas*.

Hecho esto, trajo una caterva de amigos que vivian cerca de allí con sus mujeres, dos perros gruñidores, guitarras y castañetas, y de casa de un figon cena y gira, acomodada con el tiempo, celebrando con bailes y borracheras el naufragio del pobre busca comadres, que sin hallar la Castejona, no hizo mas que importunar aldabas y dispertar vecinos,

Con el agua á media pierna, y la poca paciencia al gollete, llegó nuestro pintor á su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y gira que dentro habia, pensando que la habia errado, levantó la linterna, y reconociéndola vió la puerta nueva y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobremanera. Volvió á examinar la calle, y halló que era la de Avapies. Recorrió las casas de los lados y de enfrente, y halló las propias que siempre. Volvió á la suya, y desconocióla, y tambien el título de ella. ¡Válgame Dios! dijo haciéndose cruces, hora y media ha que salí de mi casa donde estaba mi mujer, mas para llantos que para bailes: en ella solo vivimos los dos y su sobrina: las puertas, aunque menesterosas de reformacion, eran las mismas cuando salí que los otros dias: casas de posadas en esta calle no las vi en mi vida; y cuando las hubiera, ¿quién puede de noche y en tan breve tiempo haberle dado á la mia este ventero privilegio? Decir que lo sueño, no es posible, que tengo los ojos abiertos y los oidos examinadores de este encantamiento: echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitucion de su honra. Pues ¿qué puede ser esto? Tornó á tentar y ver, y oir puertas, tablilla, y bailes, sin saber á qué atribuir tan repentina transformacion; y asiendo de la aldaba dió golpes con ella, bastantes á dispertar los vecinos, que no oyeron, ó no quisieron oir los bailadores huéspedes.

Asegundó aldabadas mayores; y despues de haberle tenido á curar como lienzo de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba, con un candil encendido en la mano, y un tocador en la cabeza entre sucio y roto, diciendo: No hay posada, hermano, vaya con Dios, y menos golpes, que le coronará por necio un orinal de seis dias. Yo no busco posada que no sea mia, dijo el pintor, sino que me dejen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandon en ella quien en hora y media la ha dado el nuevo oficio de posada, habiéndole costado su dinero á Diego de Morales. De Parras debia de ser, respondió el mozo, el que os gobierna la lengua: hermano mio, para quien tan aforrado viene, poco daño le hará el agua de las goteras; váyase noramala, y no me toque otra vez á la puerta, que le echaré un mastin que le abra media docena de botanas.

Cerró con esto de golpe la ventana, prosiguió dentro la gira y el bureo, y el pobre pintor, dándose á los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacia estos trampantojos: menudeaba el cielo cántaros de agua y nieve á vueltas de un cierzo que le desembarazaba el cerebro: la vela de la linterna se habia acabado, y con ella la paciencia de su portador; y así, volviendo á dar mayores golpes á la aldaba, oyó que respondia dentro uno: Mozo, daca un palo, suelten estos mastines, sal allá fuera, y hazle á ese borracho una fricacion de espaldas con que se le desembarace la cabeza.

Abrióse la puerta entónces, y salieron dos perros, que á no detenerlos el mozo, y cerrar tras sí, hicieran que llorara el confuso pintor la burla de veras. Hombre del diablo, dijo el ministro, ¿qué nos quieres aquí con tantos golpes? ¿No os han dicho que no hay posada? Hermano, esta es la mia, respondió él; ¿quién diablos la ha convertido en meson, siendo

ella desde mis padres acá de Diego de Morales? ¿Qué decis, hermano? replicó, ¿qué Morales ó azufaifas son esos? Yo lo soy, por la gracia de Dios, pintor conocido en esta corte, estimado en este barrio, y habitador en esta casa mas ha de veinte años. Llamad á mi mujer Mari-Perez, si no es que tambien se ha transformado en mesonera, y sacaráme de este laberinto.

¿Cómo puede ser eso, prosiguió el mozo, si ha mas de seis años que esta es hospedería de las mas conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid? su dueño Pedro Carrasco, su mujer Mari-Molino, y yo soy su criado. Andad con Dios, que á no teneros lástima, yo os curara por ensalmo de este garrote la enfermedad vinosa que os deslumbra.

Volvió á cerrar la puerta entrándose dentro; y el expelido amo de su casa, atarantado, sin saber qué se decir, ni hacer, á oscuras y atrancando lodos se fué á la del zeloso Santillana. Llamó á ella, y haciéndole levantar casi á las cuatro de la mañana encendió luz, creyendo le habia sucedido algun desastre ó pendencia.

Preguntóselo; él, informado de lo que pasaba, hizo levantar á su mujer; y aunque ella sabia el fin á que tiraba la burla, la hizo en compañía de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo á hechizos y tropelías, que Yepes y san Martin (de quien no era poco devoto) suele hacer en tales noches y tiempos.

Encendieron lumbre en que se calentó, pusieron á enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro, que resistió mejor el agua que sus fisgas, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando él en acreditar lo que habia visto, y ellos en afirmar que venia, como suelen decir, calamocano.

Luego, pues, que la buena Mari-Perez supo por sus espías que se habia ausentado su enlolado esposo, asentó la primera puerta con ayuda de sus convidados como estaba ántes. Quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y otro consigo, los despidió á todos conjurándolos guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron cansados los pies del baile, y las manos de las castañetas, los estómagos de comer, y las bocas de reir, durmiendo a satisfaccion de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió nuestro pintor medio enjuto en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales, oyéndole afirmar lo mismo por la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla.

Llegaron en fin á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo tambien á desbautizarse, jurando y perjurando, que era verdad cuanto le habia referido, y que aquel era algun arte del demonio, que pretendia se désesperase.

Llamaron, y salió á medio vestir la sobrina abriendo la embustera la puerta, y en viendo á su casi padrastro, le dijo: ¿Con qué cara viene usted, señor tio, á ver á su mujer? ¿ni qué cuenta dará de sí quien dejándola casi á la muerte á las doce de la noche, y enviándole por una comadre, viene á las ocho de la mañana sin ella, y con esa flema? Si tú

supieras, Brigida, respondió él, en lo que por tu tia me he visto esta noche, mas lástima tuvieras de mí que quejas. Mañana nos hemos de mudar de esta casa, que andan en ella enjambres de demonios.

Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama con solo manteo, salió dando gritos, y diciendo: ¡Oh, qué solícito marido de la salud de su mujer! Para frio de cuartana valeis lo que pesais, Morales mio, que no volvereis en toda la vida. ¿Hízoos mal el sereno de anoche? ¿venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! Cerca vivia la piadosa Marta que os hospedó: bien creísteis vos hallarme muerta cuando volviésedes con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero malos años para vos, y para quien mal me desea. ¿A qué viene usted con ese perdido, señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre, que he de irme luego al vicario, y pedir divorcio: no quiero aguardar otra ensalada, cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida: dame de vestir, Brigida; toma tu manto, huye de este busca comadres.

Sosiéguese usted, señora Mari-Perez, dijo el amigo, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos medios quiere hacerlos mal casados.

Mujer, acudió el afligido pintor, puesto que os parezca teneis razon en quejaros de mí, escuchad las mias, y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenia en los embelecos de esta noche.

Contóle en esto todo lo que ella mejor sabia; con que fingiendo alborotos nuevos, volvió á decir: ¿A mí con papeles? ¿no ven vuesas mercedes que soy cabos negros y boquiancha? ¿hay mas lindas papandujas que las que me venden? ¿casa de posadas la mia? ¿mastines y bureo, bailes y fiestas aquí anoche? Aun si dijeran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertaran: no lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del santo, y dos mostachones, acompañado de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre que mi cuidadoso marido, que ya mascará tierra la pobre de su mujer.

Hágaos muy bien provecho, esposa mia, respondió él, y no permitais que me entre en malo á mí, y tras de una noche penosa un dia tan pendenciero. Juro á todo lo que se puede jurar, que cuanto os he contado me sucedió. En esta casa deben andar duendes: con venderla ó alquilarla, pasándonos á otra, se remediará todo. ¿Y cómo que hay duendes, señor tio? acudió la taimada Brigida; las mas noches me pellizcan y dan azotes, aunque blandos, y se rien á carcajadas. ¿Pues cómo nunca me lo has dicho? dijo la disimulada tia. Porque no imaginasen vuesas mercedes, respondió, que era otra persona en descrédito de mi opinion y casa de mis señores tios. Alto, eso debe ser sin duda, dijo Santillana; no hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pié en la cuaresma, que es mañana. Hízose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su mujer con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

CHASCO DE LA MUJER DEL ZELOSO.

No desmayo la bella mal maridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositoras; ántes de un camino satisfizo dos necesidades; el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su zeloso compañero, que la dispuso así.

Acababa de llegar á Madrid un religioso hermano suyo por prelado de uno de los monasterios, que fuera de la corte con la recoleccion de su vida apuntalan lo que los vicios tienen á pique de arruinar.

No sabia su venida el zeloso Santillana; y su mujer cuando ausente por cartas, y ahora presente por papeles, y una visita que él la hizo, se le habia quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban, y dicho que si no fuera por su respeto, y lo que menoscababa la opinion de las mujeres el poner pleitos á sus maridos, y pedir divorcios, se hubiera apartado de él por el vicario.

Estaba informado el prudente religioso de los vecinos y de los amigos del mal acondicionado viejo; de la razon que tenia su hermana de aborrecerle y vivir desconsolada, deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y sin romper con el yugo conyugal persuadirle cuanta satisfaccion era justo tuviese de su esposa, y que zelos sin ocasion no suelen servir sino de dispertar á quien duerme; pero por mas que estudió sobre ello, nunca atinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia que ya vuelta en costumbre era casi imposible de desarraigar su sospechosa vejez.

Habíala escrito que mirase ella qué medio le parecia mas á propósito para que, sin llegar á dar cuenta de sus quebrantos á tribunales causílicos, ella estuviese viviendo descansada, y su marido con sosiego, que por dificil que fuese el medio que discurriese, él pondria toda la diligencia imaginable en su ejecucion.

Ahora pues, que halló ocasion para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarse el diamante, una mañana que él se fué á oir misa y sermon, por ser principio de cuaresma, envió á llamar al bien intencionado fraile: y despues de haberse consolado con él, llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza mas á propósito para sacarle de su pestilencial y desaforada cabeza el infernal veneno de sus zelos, si no era uno que le propuso, y despues sabreis.

Refirióselo con toda la elocuencia que dió el artificio persuasivo á las mujeres con lágrimas, suspiros y encarecimientos, concluyendo en que si no le ejecutaba seria imposible no acabar ó con sus trabajos descansándose, ó con su vida rematándola infelizmente en una viga de su casa por medio de un cordel.

El remedio que la mal casada representó al santo varon tenia una infinidad de inconvenientes; pero en fin atropelló con todos el amor de hermano, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desesperacion

que fuera ciertamente creible, segun la mucha angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que este era su nombre) mostraba.

Prometióla llevar al cabo lo que le pedia; señalaron el dia, despidióse, llegó á su convento, y propuso el caso á sus súbditos: queríanle mucho, y conociendo el daño que se quitaba, y el provecho que se esperaba de que el caso se efectuase para la quietud de los dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandase, y le animaron para que lo plantificase, y concluirle.

Alentado con esto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacísimos para dormir, quien los bebiese, cuatro ó cinco horas con tanta enagenacion de los sentidos, que solo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquellos restituian el alma á sus vitales ejercicios.

Recibiólos contenta la astuta Hipólita, sentándose á cenar con su marido, y mezclándolos con el vino apetitoso á sus años: entre bocado y bocado la daba una reprehension, y entre trago y trago bebia su sueño.

Al último, en fin, sin aguardar á que se levantasen los manteles, cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz la polvadera boticaria, que á no estar sobre el caso la aplicante y la moza, creyeran (y no les pesara) que habia Santillana desembarazado con la muerte el matrimonio.

Desnudáronle, y echándole en la cama aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues á las nueve (suficiente hora y quietud para aquel tiempo frio y de invierno) con dos legos y un coche, se apearon á su puerta, y entrando dentro, mandó á uno de sus compañeros que venia prevenido de tijeras y navaja, que le quitase toda la barba, y le hiciese con brevedad una corona de fraile.

No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle nada el rostro ni la cabeza, porque la frialdad del agua no aguase ni desvaneciese la eficacísima virtud de los polvos, en breve tiempo le convirtió siendo montañes en Recaredo cenobita.

Era cerrado de cabellos, como de mollera, y así salió la corona con toda perfeccion venerable, autorizándola las canas, que se entretejian todo lo posible, y despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa á su mujer viendo vuelto á su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él mas que si esto aconteciera con el conde Partinuples; y metiéndole en el coche, encargó el prelado á Hipólita y á Dios el próspero fin de aquel buen principio.

Llegó con él á su monasterio, y desembarazando una celda le desnudaron, acostándole en una cama penitente, dejándole los hábitos sobre una silla, y un candil encendido, juntaron la puerta, y se fueron á dormir.

Dos horas habia que duraba el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez, que era el término puesto á la virtud de los polvos con jurisdiccion de solas cuatro horas; y habiéndola comenzado á las ocho, síguese que á las doce feneceria su operacion.

Tocaron á maitines como se acostumbra en todos los monasterios á media noche, y tras la campana las matracas, con las cuales despiertan á

los que han de levantarse, que es un instrumento cuadrado de tablas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre los clavos gruesos, y meneándolas apriesa hace un son desapacible para los que despiertan y le conocen, y espantoso para los que coge desapercibidos y bisoños en tan gruñidora música.

Así le sucedió al nuevo padre Santillana, pues despertando despavorido, y creyendo que estaba al lado de su mujer, y en su casa, con un grito tremendísimo dijo: ¡Jesus! ¿qué es esto, Hipólita? ¿Se cae la casa? ¿Hay tormenta de truenos, ó vienen por mí los diablos? Como no le respondió, tentó los lados, buscando á su mujer, y no hallándola, lleno de malicias, é imaginando que estaba haciendo fayancas, y con el ruido pasado querian echarle el aposento á cuestas, se levantó furioso diciendo á voces: ¿Dónde estás, adúltera? Mala hembra, no dirás tú ahora que son vanas ilusiones y vejezes las mias. ¿A media noche fuera de mi casa y mi aposento, recibiendo por el techo el adulterio? Mas leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado. Daca, daca mis vestidos; muchacha, venga la espada, que yo, yo lavaré mi afrenta en sangre de estos infames traidores quedando vengado.

Esto, y buscar los vestidos, hallando en vez de ellos los hábitos de fraile, fué todo uno. La novedad de la celda, ó sin saber cómo ó quién le habia traido á ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí; ni sabia si diese voces, ni si era arte aquella de encantamiento; si dormia ó velaba. Fué á abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera, que cayendo sobre la suya los dos huesos de las canillas, le resfriaron la cólera de los zelos, con la flema del miedo que le causó verse acometido de *requiem*. Juzgándolo á mal pronóstico, tomó el candil para registrar á qué calle ó campo caia aquel aposento encantado, ó en qué parte estaba, y vió un tan largo dormitorio, que le cansó la vista, todo lleno de celdas, con una lámpara en medio. ¡Válgame Dios! ¿qué es esto? dijo, y volvióse á entrar temblando. ¿No me dormí yo en acabando de cenar anoche en mi casa?

¿Quién, pues, me trajo aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¡Si estoy en el hospital! que esta mas parece enfermería que habitacion política. ¡Si mis zelos me han vuelto loco, y para curarme me han traido al Nuncio de Toledo! que la estrechez de este aposento mas parece una jaula, que hospedería. No sé lo que imagine, aunque esto último bien puede ser, pues si mal no me acuerdo, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservacion de mi honra; y no será mucho que haya algunos dos ó tres años que me estén curando en este hospital, y ahora vuelto en mi juicio, me parezca que fué anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi mujer. Si fuera esto como imagino, pues que á navaja quitan los cabellos y barbas á los locos y á los galeotes, la mia me sacara de este temor. Echó mano á la suya, y hallóla hecha tiple, habiéndola él criado con trabajo. Tentóse la cabeza, y hallóse coronado por rey de los zelosos maridos. Lloró su juicio rematado, teniéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse de él, como suele hacerse con los de su profesion, le habian afeitado, y pues-

to la cabeza de aquella suerte. Con todo eso se consolaba, pareciéndole que pues echaba de ver entónces el estado en que estaba, habia ya vuelto en su juicio, y segun esto saldria muy presto de aquel colegio desacreditado. Es verdad que le desatinaban los hábitos, que le disuadian aquestas imaginaciones, porque los locos que él habia visto en Toledo andaban vestidos de ropas de paño tosco de chinchon, pero no de hábitos en forma de religiosos.

Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo, sin haberle acordado que se vistiese el frio, ni saber él por dónde ó cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusion del hábito que en su vida se habia puesto, cuando entrando el compañero, que daba luz á los demas frailes, le dijo : ¿Cómo no se viste, padre rebolledo, si ha de ir á maitines? Dígame usted, hermano mio, ¿quién es aquí Rebolledo? ¿Qué maitines ó qué vísperas son estas que me desatinan? respondió el casado fraile. Si acaso sois loco, como yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, ya yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oir disparates : decidme donde hallaré al rector, y dejad de rebollearme. Con buen humor se levanta, padre Rebolledo, dijo el religioso; vístase que hace frio, y mire que voy á tocar segundo, y que es mal acondicionado el superior. Fuése con esto, dejándole metido en mayores confusiones.

¿Yo Rebolledo? decia. ¿Yo fraile y maitines, no habiendo seis horas que al lado de mi Hipólita trataba mas en pedirla zelos que en cantar salmos? ¿Qué es esto, ánimas benditas del purgatorio? Si duermo, quitadme esta penosa pesadilla; y si estoy despierto, reveladme este misterio, ó restituidme el juicio que sin duda ninguna he perdido.

Pasmado se estaba sin acertar á vestirse, obligándole el frio á rebozarse con las frazadas de la cama, cuando vino otro fraile, y le dijo : Padre Rebolledo, el vicario de coro dice ¿que porqué no va á maitines? que son cantados, y vuesa reverencia es semanero y hebdomadario. ¡Válgame la corte celestial! ¿Yo soy fraile y dromedario? replicó el pobrete. ¿Yo reverencia y padre Rebolledo? ¿Yo ya no soy Santillana? Válganme todos los santos que tiene el almanak.

Dígame, religioso, si es que lo es, ó es hermano loco, si, como imagino, estamos en algun hospital de ellos, ¿quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo ó porque me han quitado mi casa, mi mujer, mis vestidos y mis barbas? ¿O qué Urganda la desconocida, ó Artus el encantador anda por aquí, y ha rematado con mi seso? Buena está la flema y disparate, respondió el corista, para la priesa con que vengo á llamarle. Delantero debió de cargar anoche en el refectorio, padre Rebolledo, pues aun no se han despedido los arrobos de Baco : vístase, y si no acierta, yo le vestiré. Echóle entónces el hábito encima, y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algun espíritu malo que queria ahogarle, comenzó á dar gritos : Arredro vayas, Satanás, déjame aquí, ángel maldito, ánimas del purgatorio, santa Margarita, san Bartolomé, san Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahoga este diablo capilludo; y escabulléndose de las manos, rota la capilla, y ara-

ñado el fraile, echó á correr por el dormitorio adelante sin detenerse en nada.

Atentos y escondidos habian estado oyendo la escarapela ridícula el prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulacion y silencio que este caso requeria; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habian prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado superior: Padre Rebolledo, ¿qué escándalo y desenvoltura es esta? ¿Al fraile que yo envio para que le llame al coro trata de esa suerte? ¿Las manos pone en un ordenado de grados y corona? ¿Y á la culpa de no venir en fiesta doble á hacer su oficio, añade el descomulgarse? Aparéjese luego, que con un *Miserere mei* se le aplacarán esos brios. ¿Qué es aparejar? respondió el colérico montañes, ¿soy yo bestia? Ya lo estoy; por defenderme de vuestras ilusiones, espíritus condenados. Cata la cruz, no teneis parte en mí, que soy cristiano viejo de la Montaña, bautizado, y con crisma: *fugite, partes adversæ.*

Estos y otros desatinos comenzó á ensartar, con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca: pero haciéndole agarrar á dos donados, y diciéndoles el prelado: Este fraile está loco, mas la pena le hará cuerdo, le asentaron en las espaldas de par en par una colacion de canelones, que pagó con mas cardenales que tiene Roma: daba gritos que los ponia en el cielo, diciendo: Señores, ó frailes, ó diablos, ó lo que sois, ¿qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tal rigor? Si sois hombres, doleos de otro de vuestra especie, que jamas hizo mal á una mosca, ni tiene de qué acusarse sino de la mala vida que sus zelos han dado á su mujer; si sois religiosos, baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois demonios, decidme, ¿por qué pecados os permite Dios que me desolleis de esa suerte? Menudeaba el padre disciplinante azotazos en esto, diciendo: ¿Todavía da en su tema? Pues veamos quien se cansa. Ya lo estoy, padre de mi alma, respondió el penitente por fuerza; por la sangre de Jesucristo que tenga lástima de mí. ¿Pues se enmendará de aquí adelante? Sí, padre mio, yo me enmendaré, aunque no sé de qué. ¿Cómo que no sabe de qué? replicó el cascante, miren qué gentil modo de conocer su culpa; aun no está como ha de estar, aguarde un poco, y diciendo esto le taraceaba las espaldas.

Padre de mi corazon, dijo entónces echándose en el suelo, confieso que yo soy el hombre mas malo que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma, que yo me enmendaré. ¿Sabe, le replicó, que es fraile, y que en los que lo son las culpas veniales son de mas escándalo que las mortales del seglar? Sí, padre, fraile soy, aunque indigno. ¿Sabe la regla que profesa? le decia, y él proseguia tambien en responderle y decir: Sí, padre, sí, padre, sí, padre. ¿Qué regla es? le dijo. Y respondió: Cualquiera, la que quisiere vuesa paternidad; no se detenga en eso, que será la que fuere servido; déjeme, y no repare en reglas, aunque entre en la del gran Sofí. ¿Será, le decia, desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebolledo? Seré Rebolledo, respondia, y todo lo que quisieren. Pues bese, le dijo, bese los

piés á ese religioso maltratado por él, y pídale venia. Besóle los piés, y dijo, llorando mas de dolor que de arrepentimiento: Padre mio, pídole brevas, ó lo que es esto que me mandan le pida.

Soltaron la risa todos entónces que no pudieron sufrirla. El prelado los reprehendió, diciendo: ¿De qué se rien, padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un fraile el mejor que teníamos, y que ha servido quince años en este monasterio con la mayor puntualidad que ha visto la religion? ¿Quince años yo? decia entre sí el pobre Santillana, ¿quince años yo en aqueste convento? ¿Hay encantamiento semejante en quantos libros de caballería desvanecen mocedades? Alto, pues, que supuesto que tantos lo dicen, verdad debe de ser, aunque yo no sé el cómo; porque á no ser así, ¿que les importaba á estos benditos el maltratarme y afirmarlo? Véngase al coro con nosotros, le dijo el cuñado, que no conocia, y obedecióle el zeloso por su daño. Comenzaron los maitines, y le mandó el prelado que entonase en medio la primer antífona.

¿Sabia él de música lo que de vainicas; pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando, de suerte que prosiguiendo la risa de todo el coro, y no pudiéndola disimular el superior, le mandó llevar al cepo, donde le tuvo tres dias tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo de ellos le sacaron, y mandó el prelado fuese con un compañero á pedir el pan de la limosna que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra como una oveja cumplió la obediencia. Llevóle de industria el que le acompañaba á la calle donde vivia su mujer; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu, dijo entre sí: Aquí de Dios, ¿esta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido á mí en frailías que no apetecí en mi vida? matrimonio me llamo.

Entróse con esto en el portal, y hallando á su mujer allí, abrazándose con ella, comenzó á decir: Esposa de mis ojos, castigo del cielo fué el mio por la mala vida que te he dado: fraile me han hecho sin saber cómo ó porqué; pero desde hoy mas buscarán talegueros, que yo matrimonio me llamo. ¿Qué descompostura es esta? dijo á voces la mal casada. Aquí de la vecindad, que este loco atrevido ofende mi honra. Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron (por faltarle la longitud de la barba, y estar en tan desusado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas, que pudiera vender flaqueza á los padres del yermo) y le apartaron á empellones, diciéndole oprobios satíricos. Déjenle vuesas mercedes, acudió el compañero, y no se espanten de lo que hace, que ha estado seis meses loco, y su tema principal es decir á cualquiera mujer que ve es su esposa; hémosle tenido en una cadena, y habiendo mas de dos meses que mostraba tener salud, á falta de frailes que han ido á predicar por las aldeas esta cuaresma, me mandaron le trajese conmigo á pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad. Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia, que cuando mas gritaba afirmando era el marido de Hipólita, mas la acreditaba.

Lleváronle medio loco de veras, y en son de atado á su convento: volviéronle á disciplinar y meter en el cepo, donde despues que purgó

mas de otro mes los malos dias que habia dado á su mujer, al cabo de ellos y á la media noche le despertó una voz, que decia en tono triste:

Hipólita está inocente
De tus maliciosos zelos,
Y así te han hecho los cielos
De ese cepo penitente:
Por necio é impertinente
En tí su venganza funda
El que te ha dado esa tunda;
Por eso, si sales fuera,
Escarmienta en la primera,
Y no aguardes la segunda.

Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él puestos las manos, llorando amargamente, con la mayor devocion que pudo, respondió: Oráculo divino ó humano, quien quiera que seas, sácame de aquí, que yo prometo verdaderamente la enmienda en un todo.

Diéronle despues de esto de cenar, y la bebida fué de vino, que no lo habia probado desde el primer dia de su transformacion, que fué una penitencia para él mas cruda, mas cruel y mas áspera que todas las demas. Bebiólo, y con él dos veces mas cantidad de los mismos polvos que primero. Durmióse como ántes; y como ya le habia crecido el cabello y barba suficientemente, le afeitaron, dejándole lo uno y lo otro en la disposicion antigua, y llevándole á su casa en otro coche; se despidió el religioso, médico de los zelos, de su hermana, dándole esperanzas de que cuando despertase hallaria sano á su marido y enmendado.

Púsole los vestidos seglares sobre un arca cerca de su cabecera, y acostóse á su lado. Acabó el sueño, junto con la operacion de los polvos, al amanecer, por haberlos él tomado á las diez de la noche.

Despertó en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vió que estaba en la cama, y á oscuras. No lo acababa de creer. Tentó si eran colchones ó madera, y topando á su mujer á su lado, imaginó que era algun espíritu maligno que proseguia en tentarle, y comenzó á dar voces descompasadas, y á ensartar letanías.

Estaba velando Hipólita, aunque parecia que dormia, aguardando el fin de aquel suceso, y fingiendo que despertaba, dijo: ¿Qué es esto, marido mio? ¿qué teneis? ¿os ha dado el mal de hijada como suele? ¿Quien eres tú que me lo preguntas? dijo el ya sano zeloso todo despavorido, que yo no tengo mal de hijada, que el mal que tengo es de frailía.

¿Quién ha de ser la que duerme con vos, respondió, sino vuestra mujer Hipólita? ¡Jesus sea conmigo! replicó él. ¿Cómo entraste en el convento, mujer de mi vida? ¿No ves que estás excomulgada, y que si lo sabe nuestro mayoral ó superior te acanelonará las espaldas dejándotelas como ruedas de salmon? ¿Qué convento ó qué chanzas son esas, Santillana, respondió ella; ¿dormis todavía, ó qué locura es esta? ¿Luego no soy fraile yo de quince años ha, preguntó él, y el entonador

de antífonas? Yo no sé lo que os decis con esos latines, replicó ella levantaos, que es medio dia, si habeis de traer que comamos.

Mas asombrado que nunca se tentó la barba, y hallóla cumplida, y la cabeza descoronada: mandó abrir la ventana, y se vió en su cama y aposento, los vestidos á su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos: pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los dias pasados le enseñó el de la sacristía. Haciase cruces, acabando de creer el oráculo coplista.

Preguntábale disimulada su mujer, que de dónde procedian aquellos espantos. Contóselo todo, concluyendo en que debia haber soñado aquella noche, y Dios le debia de mandar se enmendase, y tuviese la satisfaccion que era justo de su mujer.

Apoyó ella esta quimera diciendo que habia prometido nueve misas á las ánimas si le alumbraban á su marido el entendimiento; y que sino habia determinado echarse en el pozo.

No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas, respondió él; pidióla perdon, jurando no creer aun lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante: con que dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas á la del conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar á ninguna, les dijo: El diamante, ocasion de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me habia perdido á mí el dia de su hallazgo; él vale doscientos escudos, cincuenta prometí de añadidura á la vencedora; pero todas mereceis la corona de sutiles en el mundo: y así, ya que no puedo premiaros como mereceis, doy á ustedes estos trescientos escudos, que tengo por los mas bien empleados de cuantos me han grangeado amigos, y quedaré yo muy sa-satisfecho si os servis de esta casa como vuestra.

Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose mas amigas que ántes, hallaron al cajero vuelto ya de su viaje, y en todo olvidada la burla de su fingida muerte y penoso fallecimiento, que estuvo muy á pique de salir el fingimiento realidad.

Hallaron al pintor que ya habia vendido su casa, y hecho las escrituras, y aun comprado otra, y otorgados los instrumentos, escrituras y papeles de saneamiento, mudándose de aquel barrio por evitar bellaquerías de duendes y ruidos de hechiceras, contra quien él se habia conspirado por la molestia que decia le dieron la noche del mártes de carnestolendas.

Y hallaron tambien á Santillana tan satisfecho y enmendado de la importunacion de sus zelos, que desde allí hizo propósito de venerar á su mujer como á merecedora de oráculos protectores de su buena vida. Y como lo prometió, así lo cumplió.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



